



PQ 6323.A1 1927

El ingenioso

cen



3 0081 001 458 995

JOINT UNIVERSITY
LIBRARIES

NASHVILLE TENNESSEE



From the
Collection of
John M. Hill

PQ
6323
.A1
1927
v.1

607610

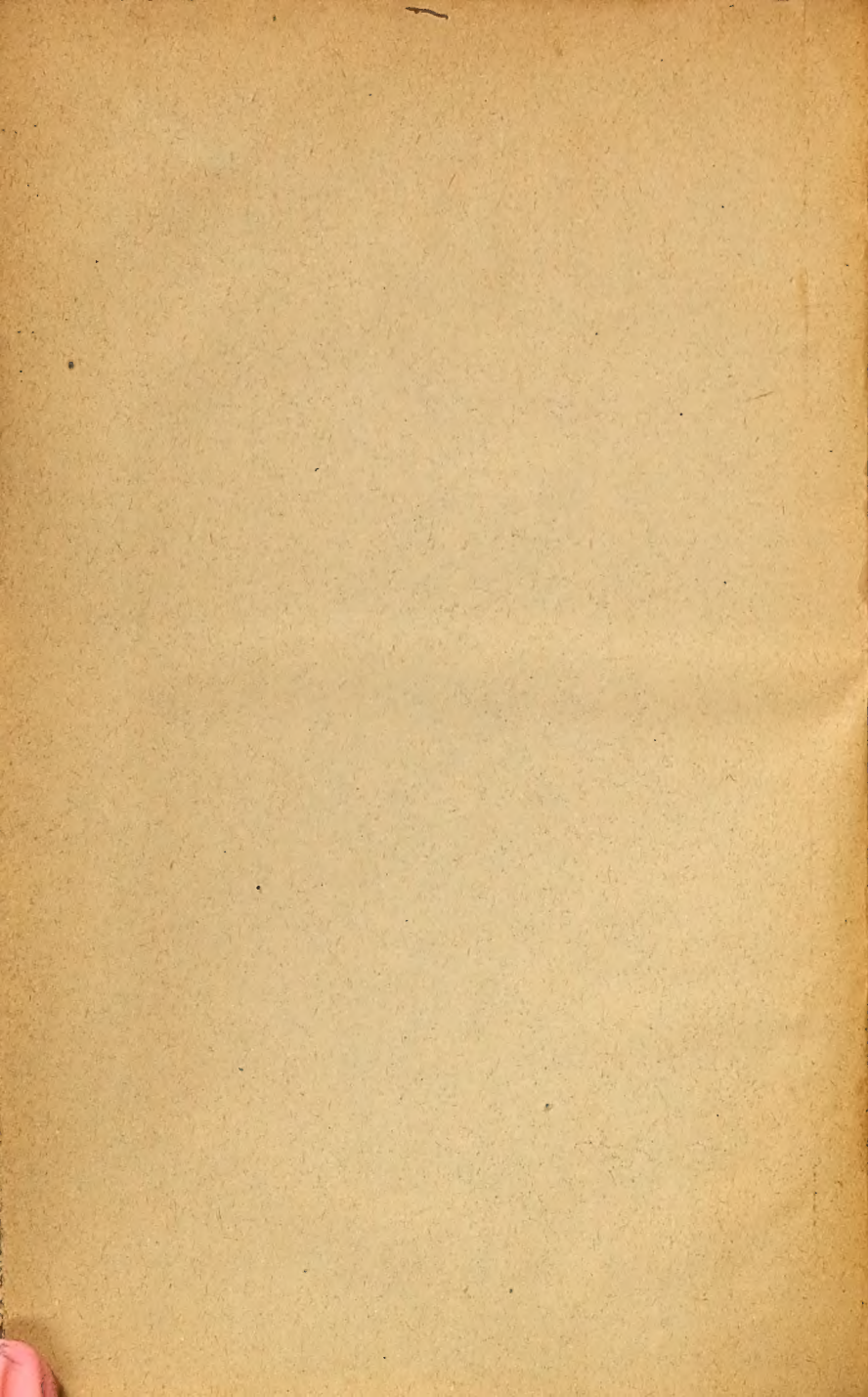
Date Due

RETURNED

MAY 22 1990

JUN 04 1990

pgd
lfc



EL INGENIOSO HIDALGO
DON QUIJOTE DE LA MANCHA

DE
MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

~~~~~  
NUEVA EDICIÓN CRÍTICA  
CON EL COMENTO REFUNDIDO Y MEJORADO  
Y MÁS DE SETECIENTAS NOTAS NUEVAS

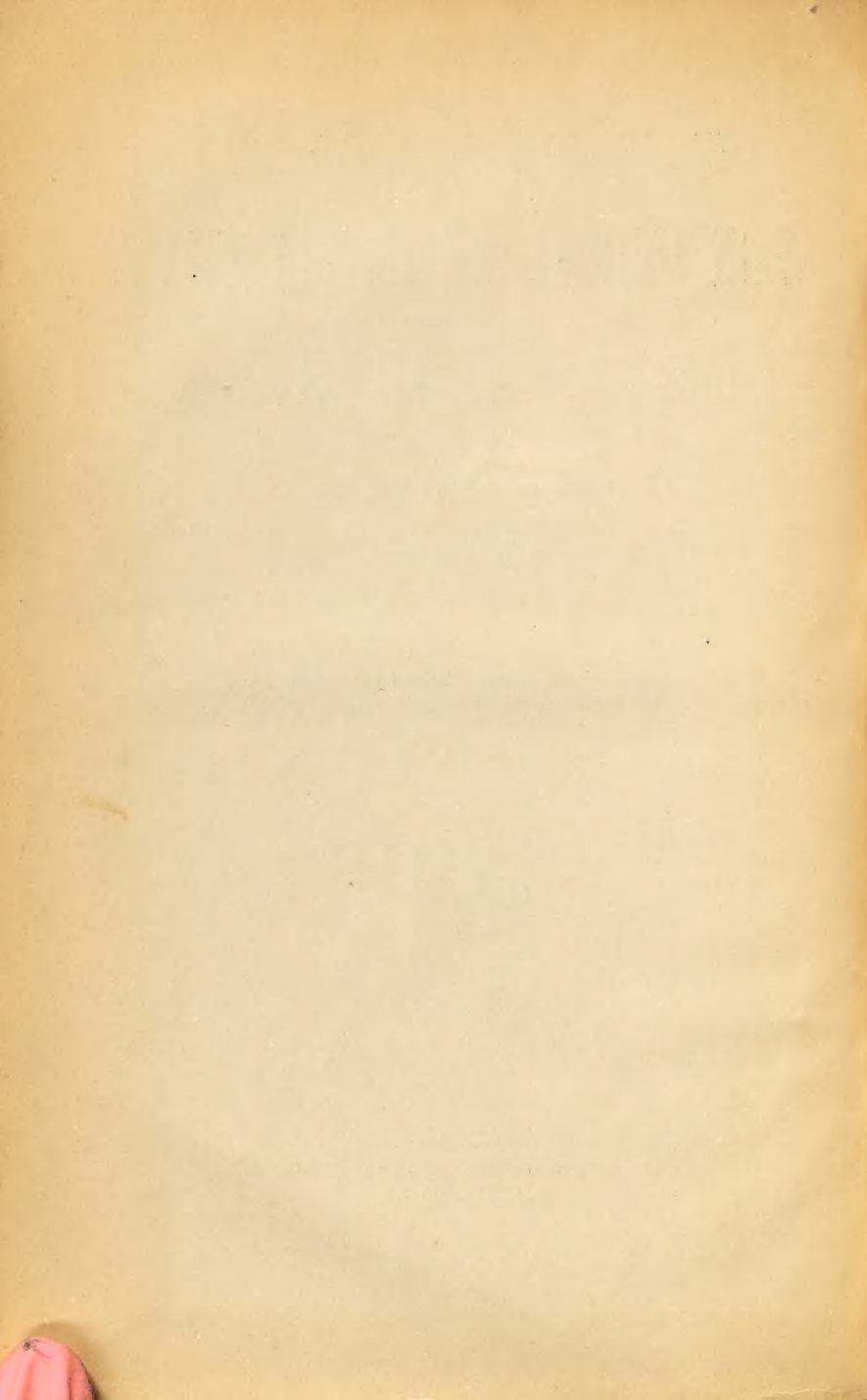
DISPUESTA POR  
FRANCISCO RODRÍGUEZ MARÍN  
de las Reales Academias Española y de la Historia  
Director de la Biblioteca Nacional.

TOMO I



MADRID  
TIP. DE LA "REVISTA DE ARCHS., BIBLS. Y MUSEOS"  
M CM XXVII











EL INGENIOSO HIDALGO  
DON QUIJOTE DE LA MANCHA



RECHERCHES HISTORIQUES  
SUR L'ÉPIQUE DE LA BATAILLE

EL INGENIOSO HIDALGO  
DON QUIJOTE DE LA MANCHA

DE

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

~~~~~  
NUEVA EDICIÓN CRÍTICA

CON EL COMENTO REFUNDIDO Y MEJORADO
Y MÁS DE SETECIENTAS NOTAS NUEVAS

DISPUESTA POR

FRANCISCO RODRÍGUEZ MARÍN

de las Reales Academias Española y de la Historia
Director de la Biblioteca Nacional.

TOMO I



MADRID

TIP. DE LA "REVISTA DE ARCHS., BIBLS. Y MUSEOS"
M CM XXVII

~~~~~  
LAS NOTAS SON PROPIEDAD DE SU AUTOR  
Copiright, 1928, by Francisco Rodríguez Marín.  
~~~~~



HILL Coll.

PG
6323

607610

. A1
1927
v. 1

A S. M. LA REINA

DOÑA VICTORIA EUGENIA

SEÑORA:

Si por Reina de España no debiera yo a V. M., a ley de humilde súbdito, la dedicatoria de mis ediciones del libro español más leído y admirado en todo el orbe, aún la debería a V. M. por nacida en Inglaterra: en la culta nación que se anticipó a todas las demás en el estudio y comento de la peregrina obra de MIGUEL DE CERVANTES, después de estimarla como preciada joya digna de lucir en las manos de los reyes.

Así, pues por lo uno y por lo otro debo a mi augusta Reina este respetuoso homenaje,

ruego a V. M. que se digne de aceptarlo con la generosa benevolencia que tan amable compañía sabe hacer a sus nobilísimas hermanas la realeza y la hermosura.

SEÑORA:

Á LOS R. P. DE V. M.

FRANCISCO RODRIGUEZ MARIN



PRÓLOGO

Dos prólogos escribí para otras tantas ediciones del *Quijote* y no he de pergeñar uno más para la presente. Ni, bien mirado, hace falta alguna, ya que mantengo y ratifico cuanto en ellos expresé. Reproduzco, pues, el segundo (diciembre de 1915), al cual añadiré hasta un centenar de renglones. Dije así:

“Entre graves apremios del tiempo y no leves quebrantos de la salud, cumplo, al fin, el vehemente deseo de sacar a la luz pública en el tercer centenario de la muerte de CERVANTES mi edición crítica y anotada de *El Ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha*, libro de oro, a cien idiomas trasladado y en todos ellos celebrado y enaltecido. Quince años de asidua labor han convertido en realidad lo que durante la primera mitad de ellos no creí que llegara a pasar de mero intento generoso. El más que buen éxito de la edición brevemente anotada que dispuse para la colección de “Clásicos Castellanos” de *La Lectura*, popular edicioncita que salió pocos años ha (1911-1913) por heraldo de la presente, me infundió aliento para dar cima a esta aventura literaria, la de más empeño y dificultad que emprendí en mi larga vida de escritor.

“Pero, con todo esto, ¿deberé dar por bien empleado el largo tiempo que gasté en tan ardua tarea? Llevándola al cabo, ¿habré logrado servir siquiera medianamente a las buenas letras, a mis amadas letras españolas, y a los que, españoles o extranjeros, gusten de leer

con fruto la obra maestra de CERVANTES, o, por el contrario, habré malgastado ese tiempo, la cuarta parte de mi existencia, consagrándolo a una labor innecesaria, y hasta inútil y baladí? Hágome estas preguntas, sabedor de que andan por el campo literario algunos sujetos que porque acertaron a leer, o quizás tan sólo a entreoír, aquellas palabras del bachiller Sansón Carrasco acerca de la historia de don Quijote: "...es tan clara", que no hay cosa que dificultar en ella: los niños la "manosean, los mozos la leen, los hombres la entienden "y los viejos la celebran...", aplican al día de hoy este dicho tres veces secular y juran y perjuran que las notas huelgan de todo punto en cosa tan expedita y llana como el texto de la inmortal novela cervantina; y, bien porque, haciendo gala de emular al bachiller manchego, se les figure caso de menos valer el diputar por turbio lo que él tenía por claro, o bien, y esto es más creíble, por hacerse admirar de la masa de ignaro vulgo para la cual ponen cátedra cada día, declaran y pregonan a los cuatro vientos que entienden a maravilla el texto del *Quijote* sin necesidad de notas y que ha de tenerse por abominable faena la de escribirlas. Y es lo mejor del caso que, sobre no quererlas para sí, tampoco las quieren para nadie, o porque crean que la gente iliterata sabe tanto como ellos —y quizá en esto les sobra razón—, o porque vivan persuadidos de que ni aun con notas han de entender a derechas, ahora ni nunca, el texto de CERVANTES.

"Lo que, en resumen, sucede —¡cuentas claras!— es lo que he dicho en otro lugar: "que se miente más que "se lee", y ¿para qué habrán menester notas los que no han de leer el texto? Sólo así tiene buena explicación que habiendo escrito un sabio como don Marcelino Menéndez y Pelayo, refiriéndose a las obras de CERVANTES: "Luz, más luz es lo que esos libros inmortales requieren...", haya quienes, no siendo sabios como él, ni sirviendo para descalzarle, proclamen que para ellos no han menester luz alguna esos libros, donde todo lo hallan diáfano y patente. Ciertamente que es cosa de maravilla:

yo, pobre de mí, estudio el *Quijote* ha más de quince años, y todavía tengo por conocer no pocos de sus portmenores, y estos tales —estos Tales quiero decir, que dan diez y raya al de Mileto— lo entienden todo, y el saber les vino de bóbilis bóbilis, sin haber gastado ni media hora en el enfadoso inquirir en que otros nos hemos despestañado. Visto es, pues, que si yo no soy el colmo de la torpeza, son ellos ¡Dios los bendiga! el *non plus ultra* de la habilidad y del saber infuso.

"Estos que dicen bastarse a sí mismos para ir entendiendo y comentando, al paso que leen, los centenares de pasajes oscuros y controvertidos del *Quijote* me traen a la memoria un lance que, ejerciendo yo la abogacía, me sucedió, muchos años ha; con un mi compañero y amigo, listo como él solo; pero tan poco dado a estudiar, que su mujer, para que no encontrase tal cual billete de banco sustraído al inminente riesgo que corría todo dinero en aquella mano rota, lo escondía... entre las hojas de alguno de sus contados libros de Derecho. Pidióme este amigo una vez que le prestase la *Ley Hipotecaria*, y le envié los seis tomos de que constaba tal *Ley*, comentada por Galindo y Escosura. Horas después, al vernos, díjome:

"—¿Qué me has mandado allí? Yo te pedí la *Ley Hipotecaria*, monda y desnuda, y no ese empachoso galimatías de comentarios y sentencias. Para comentar las leyes me basto yo, y me sobra Galindo y Escosura. [Creía que eran un solo autor.] ¿No soy yo tan abogado como él?

"¡Y este *comentador* no tenía ni el texto de la *Ley*! Pues como él son, lectores míos, los *cervantistas* que sin pizca de estudio todo se lo saben, a quienes bien se podrá decir, aplicando el cuento: "Registrad, registrad" vuestros ejemplares del *Quijote*, si es que poseéis esta "obra; que bien podrá ser que entre sus hojas inmaculadas esté escondido el trapillo femenino."

"Donaires a un lado, nadie que tenga buen juicio y hable con sinceridad dejará de conocer que en el *Quijote*, más que en cualquier otro libro de su tiempo y de su

clase, abundan los lugares oscuros para los lectores de hoy, lo uno, por el lenguaje, que data de ha tres siglos, y, a veces, de tiempo aún más remoto, en razón de las frecuentes imitaciones de los libros de caballerías; y lo otro, por las incesantes alusiones a personas, sucesos, trajes, armas y costumbres de otras calendas. Y ¿qué hacer con lo oscuro si, como dijo Luis Barahona de Soto, aunque a muy diferente propósito,

"Donde no hay claridad, no hay luz, ni puede

"Haber entendimiento, y entenderse

"De haber entendimiento y luz procede"?

¿Qué hacer con lo oscuro sino aclararlo, o renunciar de por vida a entenderlo a conciencia? He aquí por qué, digan lo que dijeren la ignorancia y la presunción, íntimas amigas que habitan juntas en los desvanes de muchos cerebros, las notas no sólo son útiles, sino de todo punto necesarias para leer con fruto el *Quijote*. Mucho se ha trabajado a fin de lograr este intento: los laudables esfuerzos de Bowle, Pellicer, la Academia Española, Clemencín, Calderón, Hartzenbusch, Urdaneta, Fitzmaurice-Kelly, Cejador y Cortejón, entre otros, han llevado claridad a no pocos lugares brumosos del texto cervantino, y algo hubo de coadyuvar a este resultado mi edición anotada de *La Lectura*; pero, con todo ello, y con salir ahora a la luz pública el tomo primero de esta nueva edición, en el cual se esclarecen otros pasajes, aún podría yo dirigir unas docenas de preguntas sobre palabras, frases y alusiones del *Quijote* a cualquiera de esos sábelotodos que abominan de las ediciones anotadas, y ¡ahí sí que, respondiendo satisfactoriamente a las veinticuatro horas (ya que todo lo tienen averiguado y al dedillo), hallarían buena ocasión para demostrar su envidiable omnisciencia!

"Por lo tocante al texto de la sin par novela cervantina, prefiero, como en mi edición anterior, el de la príncipe, que es la que ha de suponerse más conforme con el manuscrito original, por más inmediata a él que cualquiera otra, ya que, contra lo que algunos han supuesto,

puede afirmarse que CERVANTES no corrigió las pruebas de ninguna de las ediciones. Así, sólo contadas veces me aparto de la antedicha, y siempre por motivos fundados, que explico en las notas. Tratando de cómo y en qué ocasiones será lícito corregir el texto del *Quijote*, dice atinadamente el señor Fitzmaurice-Kelly en las advertencias preliminares de su hermosa edición (Edimburgo, 1898): "El camino más seguro —el único seguro— que debe seguirse es el de no admitir enmienda alguna, por ingeniosa que sea, cuando existe presunción razonable de que el autor escribió la palabra o las palabras que figuran en el texto primitivo." Y poco después: "Siempre que hay posibilidad razonable para creer que CERVANTES escribió lo que aparece impreso en la *editio princeps*, rechazamos toda enmienda." A esta regla, entre otras, me ajusto con cuidado, no sin lamentar que no lo hiciera invariablemente el mismo que la estableció. Así, aun siendo tan correcta, en sentir de los doctos, la edición de Fitzmaurice-Kelly, el texto que doy difiere no poco del que dió el eximio cervantista inglés, tanto en la puntuación, que he vuelto a revisar con esmero, y que da sentido diferente, y siempre claro y natural, a muchas cláusulas antes no bien entendidas, como en el restablecer la lección original en diversos puntos en que él la tuvo por defectuosa, no estándolo, leves equivocaciones disculpabilísimas en un extranjero, por muy vasto y sólido que sea su conocimiento de nuestro idioma. Al restituir acá y allá el texto primitivo, rechazando las infinitas enmiendas arbitrarias con que lo adulteraron muchos editores y anotadores, he recordado tal cual vez, porque, *mutatis mutandis* y salvo las evidentes erratas del molde, es aplicable a la primera edición de *El Ingenioso Hidalgo*, la discretísima advertencia que puso fray Luis de León al frente del original autógrafo de *Las Moradas* de Santa Teresa de Jesús: "En este libro —reparó— está muchas veces borrado lo que escriuió la santa madre y añadidas otras palabras o puestas glosas a la margen, y ordinariamente está mal borrado y estaua mejor primero

"como se escriuió... Y porque lo e leydo y mirado todo
"con algun cuydado me pareció auisar a quien lo leye-
"re que lea como escriuió la santa madre, que lo en-
"tendía y dezía mejor... Y ruego por caridad a quien
"leyere este libro que reverencie las palabras y letras
"hechas por aquella tan santa mano, y procure entender-
"lo bien, y verá que no ay que enmendar, y *aunque no lo*
"*entienda, crea que quien lo escriuió lo sabía mejor, y*
"*que no se pueden corregir bien las palabras si no es*
"*llegando a alcançar enteramente el sentido dellas;*
"*porque si no se alcanza, lo que está muy propiamente*
"*dicho parecerá impropio, y desa manera se vienen a*
"*estragar y echar a perder los libros."*

"CERVANTES, como Santa Teresa, no fué un escritor resabido y artificioso: escribía a la llana, a lo popular de su tiempo, y bien pudo decir lo que medio siglo antes había dicho Juan de Valdés en su famoso *Diálogo de la Lengua*: "Escribo como hablo; solamente tengo "cuidado de usar de vocablos que signifiquen bien lo "que quiero decir, y dígo lo cuanto más llanamente me "es posible, porque, a mi parecer, en ninguna lengua "está bien la afectación." Y adviértase como, coincidiendo con Valdés, nuestro autor puso en boca de mae-se Pedro esta exhortación, que vale por toda una preceptiva: "Llaneza, muchacho: no te encumbres; que "toda afectación es mala." Pero este mismo escribir llano que en el siglo xvii fué parte para que todo el mundo entendiera bien el *Quijote*, hoy lo es para dificultar su comprensión y su glosa, y en especial la comprensión y glosa de cuanto dicen Sancho Panza y los demás personajes populares de la novela, porque, por lo común, de las dos hablas de antaño nuestros eruditos conocen bien o casi bien la culta, la que nos han transmitido los libros; pero no la vulgar, por su poco detenida comunicación con aldeanos y campesinos, únicos sujetos que por herencia la conservan y usan. Así, pues, la prudente corrección del texto requiere no sólo estar muy versado en el habla erudita, sino, igualmente, conocer a fondo la popular, y, con preferencia, la

popular andaluza, ya que hoy para nadie ofrece ni aun ligera duda el andalucismo de CERVANTES, que se debió no sólo a sus largas permanencias en Andalucía, "verdadero campo de su observación y verdadera patria" de su espíritu", como dijo mi inolvidable amigo y maestro don Marcelino Menéndez y Pelayo, sino asimismo a su oriundez cordobesa, más que suficientemente demostrada en mi colección de *Nuevos documentos cervantinos hasta ahora inéditos* (1914). A aumentar las dificultades que ofrece el entender en todos casos el texto del *Quijote* contribuye también muy mucho el desaliño con que de ordinario escribía su autor, descuidado siempre de volver sobre lo hecho para corregirlo y pulimentarlo, tal como don Diego Hurtado de Mendoza, de quien decía el Conde de Portalegre que "no castigaba mucho sus obras en prosa o en verso, como suelen los grandes ingenios, que no liman con paciencia lo que labran".

"No soy yo, de seguro, por no tener bien cualificadas las precisas dotes, y aun quizá por carecer de alguna de ellas, el depurador que ha menester la portentosa novela de CERVANTES; pero, así y todo, por haber leído muchos impresos y manuscritos de los siglos XVI y XVII con la mira puesta a entenderla a mi sabor, y por serme familiarísima el habla popular de Andalucía, donde nací y he vivido cincuenta y dos años, muchos de ellos en trato continuo con la población rural, acaso acaso habré conseguido acertar más que otros. Aun ya muy restituída la buena lección en mi edicioncita de "Clásicos Castellanos", el curioso hallará en la presente no pocas razonadas y creo que razonables diferencias, hijas siempre de un más detenido estudio y de mi profundo amor a la pureza del original cervantino.

"Para no hacer antipático el texto ni dificultar su inteligencia, ya que lo que no entra bien por los ojos no llega bien al entendimiento, modernizo la ortografía; pero respetando cuidadosamente lo morfológico y lo fonético, a fin de que, en cuanto sea posible, la lectura del *Quijote* en voz alta no difiera, o difiera muy poco,

de la que se hacía en el tiempo de su autor: conservo, por tanto, las formas vacilantes de muchas palabras, como están en la edición príncipe: *agora* y *ahora*, *mesmo* y *mismo*, *ansi* y *así*, *efeto* y *efecto*, *proprio* y *propio*, etc. Y, en fin, para hermostrar la impresión y lograr que no se haga extraña a los ojos de los lectores, dividido en párrafos diversos los amazacotados y larguísimos de las ediciones antiguas, y doy a los diálogos la forma cortada usual en los libros de nuestro tiempo.

"Por lo que hace a las anotaciones, vea el lector a qué reglas he creído deber ajustarme. Mi trabajo es nuevo en su mayor parte y de ordinario, hasta en aquellas notas que copio de la edición anterior he mudado los ejemplos en que fundo mis observaciones, con lo cual las robustezco más y más, porque tienen a su favor las autoridades que cité antaño y las que cito ahora. Casi siempre doy dos ejemplos de la locución, giro, palabra o acepción que es objeto de cada nota, y tres o más sólo cuando creo que los dos no prueban claramente su autorizado uso, o cuando contradigo a quien opinó de otra manera. Explico muchos pasajes, frases y voces que no expliqué en la sobredicha edición de "Clásicos Castellanos", en la cual atendí preferentemente a anotar los lugares en que, a mi parecer, no acertaron mis antecesores, y asimismo trato con la extensión necesaria de muchas cosas que allí, por escasez de espacio, me limité a enunciar, aplazándolas para hoy. Donde puedo, levanto el velo de algunas alusiones no entendidas, o, lo que es peor, mal entendidas por otros escritores: "es el *Quijote* —ha dicho el padre Juan Mir— una sátira no interrumpida de dichos" y hechos, más fina de lo que a muchos lectores parece"; cierto que sí; pero, veladas y envueltas esas alusiones por la bruma de los siglos, a duras penas el estudio y la casualidad, aunados tal o cual vez, logran dejar alguna huella que guíe los pasos del investigador hasta el terreno de la robusta prueba documental.

"Otros elementos aportó a mis notas, que hasta ahora ningún glosador llevó a las suyas y que son de gran-

de utilidad para esclarecer el texto de la novela. Por primera vez traigo a colación, y no en ocasiones muy contadas, sino con alguna frecuencia, las primeras traducciones del *Quijote* al francés y al italiano, hechas, a aquel idioma, por César Oudin (1614) y F. de Rosset (1618), y a éste, por Lorenzo Franciosini (1622 y 1625). Oudin y Franciosini, que conocían muy prácticamente nuestra habla vulgar, acertaron, aun siendo extranjeros, al traducir algunos pasajes —verbigracia, el de los famosos *duelos* y *quebrantos*— en que después habían de errar, andando entre tinieblas, por espacio de más de un siglo, los anotadores españoles. Asimismo acudo frecuentemente, para desatar dudas y autorizar mi opinión, a las luminosas obras de tres hispanoamericanos meritísimos que han hecho en pro de CERVANTES y de su rica y sonora lengua (*suum cuique*) más que muchos literatos españoles de grande nombradía. Refiérome a los sabios filólogos don Andrés Bello y don Rufino José Cuervo y al fervoroso cervantista don Amenodoro Urdaneta. Muy valioso y eficaz auxilio debo a sus obras, y lo deberán, sin duda, cuantos con vehemente deseo de acertar me sucedan en la ardua, pero agradable tarea de anotar el *Quijote*.

"Algunos espíritus demasiadamente serios, encastillados de por vida en la contemplación de lo sublime, que es casi como decir en la de sí mismos, me han llevado a mal que propenda a ingerir en mis notas refranes, coplas y cuentos, y, pues no aspiro a la enmienda, quiero justificarme. Acudo a los refranes porque, como dijo Valdés en su *Diálogo de la Lengua*, "en los refranes se ve muy bien la puridad de la lengua castellana...; los castellanos son tomados de dichos vulgares, los más de ellos nacidos y criados entre viejas tras del fuego, hilando sus ruecas...; pero para considerar la propiedad de la lengua castellana lo mejor que los refranes tienen es ser nacidos en el vulgo". Uso a menudo de las coplas populares porque, como dijo el lexicógrafo Covarrubias, "con ninguna cosa se apoya tanto nuestra lengua como con lo que usaron

"nuestros pasados, y esto se conserva en los refranes, "en los romances viejos y en los cantarcillos triviales; "y así, no se han de menospreciar, sino venerarse por "su antigüedad y sencillez. Por eso yo —añadía— no "me desdengo de alegarlos; antes hago mucha fuerza en "ellos para probar mi intención". Y uso tal vez de la anécdota y del cuentecillo breve y oportuno, por evitar hasta donde pueda la aridez en mis notas, a fin de que mis favorecedores las lean sin fatiga y no renieguen de ellas y de su autor, ni, por dar de lado a lo que les enfada, echen a mal, con ello, el venerado texto de CERVANTES. Esto me enseñó el maestro Horacio con lo del *quī miscuit utile dulci...*, aplicable a más que la poesía, y esto me enseñaron los hortelanos, que ponen entre col y col lechuga. Y como sé y me consta que dijo bien el que decía:

"Si quereis ser leídos, sed amenos",

y creo, además, que cabe serlo, siquiera un tantico, hasta en un tratado de Matemáticas, y mayormente en unas notas al *Quijote*, la obra más amena del mundo, traigo a ellas, siempre que los hallo a mi alcance, ejemplos que por sí mismos interesen, al par que sirvan cumplidamente a mi principal propósito. En conclusión, por honrar la memoria de CERVANTES lo mejor que me es posible, autorizo mis aseveraciones, cuando los tengo a mano, con textos de reyes, príncipes y señores, y de escritores y artistas notables, y con pasajes de documentos a ellos referentes, para que, en cierta manera, contribuyendo a ilustrar su portentoso libro, rindan las debidas parias al Príncipe de los Ingenios Españoles, por quien el habla castellana es tan celebrada y gloriosa en todo el mundo.

"Dije en el prólogo de mi edición de *La Lectura*: "Escribo mis notas mirando más a los que saben poco "que a los que mucho saben." Escribolas —añado ahora— especialmente para cervantófilos extranjeros, que, aunque muy cultos, no son harto conocedores de muchas particularidades de nuestra habla, y para espa-

ñoles que, ejercitados en otras tareas, no se han dedicado con prolijidad al estudio de su propio idioma, ni al de las costumbres del tiempo de CERVANTES, por todo lo cual he seguido el dictamen de San Gregorio, que aconseja en sus *Morales* que "quien escribiere se ajuste a la capacidad del más corto, no sea que estrechando a pocos la noticia que desea comunicar a todos, parezca que más pretende con ella hacer ostentación de sí que el provecho común". Y si hay lectores que no han menester sino la mitad de las notas, otros hay para quienes ninguna huelga, y las que para fulano estén de más, no lo estarán para zutano; y, al cabo, las notas de una edición crítica como la presente no sólo son parte necesaria de ella, sino también abundante caudal de observaciones, al cual, como a obra de consulta, puedan acudir con fruto los que leen el *Quijote* en ejemplares desnudos o escasos de comento, cuando quieran desatar una duda o enterarse en un pormenor curioso.

"Los que en mis notas pensaran buscar algunas de esas soflamas cervantinas rellenas de hueras generalidades, fáciles *latiguillos* y frenéticos ditirambos, propios de la que Menéndez y Pelayo llamó donairosamente "turba gárrula que infesta las márgenes del sagrado manantial cervántico, en son de venerarlas", no pierdan su precioso tiempo, y suelten el libro, si llegaron a tomarle en sus manos, porque no hallarían en él lo que desean. Jamás cultivé, gracias a Dios, el campo de las exégesis esotéricas, donde se ve con asombro que mientras unos hacen del *Quijote* una obra punto menos que de pura mística, llenando páginas y más páginas de farragosas jaculatorias a don Quijote y a Sancho, con mucho del "¡Don Quijote mío!" y no poco del "¡Sancho de mi alma!", otros fantasean de lo lindo, pintándonos a CERVANTES como un librepensador y anticlerical de tomo y lomo, y, amén de esto, como un solapado enemigo de todos los poderes públicos de su época, y otros, mientras tanto, se dedican a destilar por la fina alquitara filosófica la quinta esencia

de la significación del *Quijote*, “investiva contra los libros de caballerías —el mismo CERVANTES lo dice—, “de quien nunca se acordó Aristóteles, ni dijo nada San Basilio, ni alcanzó Cicerón”. Mi labor es bastante más humilde que la de estos perspicaces maestros: consiste tan sólo en procurar que sea inteligible toda la letra del libro de CERVANTES, trabajo previa y enteramente necesario para calar en su espíritu. Además, no habremos de reñir por nada de esto: para todos da la viña. “*In uno eodem prato* —dijo Séneca— *bos quærit herbam, canis leporem et spineta lacertus.*”

Lo que a todos, como españoles amantes de las glorias de nuestra patria, debe interesarnos preferentemente y sobremanera es que se lea mucho el *Quijote*, entendiéndose bien o medianamente, en cualquiera de los centenares de ediciones que se han hecho en su lengua original. El *Quijote*, como ciertos manjares exquisitos, suele no gustar hasta que se ha probado algunas veces. Pruebe de este plato singular el más melancólico; lea en la peregrina historia desde su primer capítulo, o por donde al acaso se abriere, y yo fío que si el primer día no halla deleitosa la lectura, le tomará algún gusto el segundo, y se sonreirá el tercero, y se reirá a carcajadas el cuarto, y el quinto no verá la hora de reanudar la grata distracción, y el sexto será otro hombre del que era, y al séptimo estará curado de su mal de espíritu, todo con que cada uno de estos días no actúe ni opere la causa de su tristeza, neutralizando el efecto de la mágica virtud de la medicina. Un curado te habla, lector; un ex enfermo que puede poner al pie de esta receta el *es probado* con que solían recomendarse las culinarias.

Léase el *Quijote* por los melancólicos y por los alegres; que, como dijo Próspero Mérimée, “es gran espectáculo el del hombre de bien luchando contra la fortuna, y en la novela de CERVANTES asistimos riendo a un espectáculo parecido. Compadecemos a don Quijote porque despierta en nosotros muchos pensamientos que nos son comunes con él. ¡Desgraciado de

"aquel que no ha tenido alguna de las ideas de don
"Quijote y no ha arrostrado los golpes y el ridículo
"por enderezar entuertos!"

Esto escribía yo en diciembre de 1915, cuando comencé a dar a la estampa mi primera edición crítica del *Quijote*; y pues Dios, loado sea por siempre, me ha concedido unos años más de vida, y amigos y enemigos, todos muy dignos de mi agradecimiento, han coadyuvado a que se agote aquélla en poco más de dos lustros, con honra para mi nombre y provecho para mi vejez, saco a luz la nueva edición que, vislumbrando tan agradable resultado, preparé durante este decenio, sin dolerme del tiempo que hubiese de gastar en tarea para mí tan deleitosa, que la recomenzaría con gusto cien veces. No me limito, pues, a reimprimir la edición anterior; por el contrario, he puesto la mira en mejorarla cuanto me fuese posible, atendiendo cuidadosamente:

1.º A revisar el texto, cotejándolo aún otra vez con el de las ediciones más importantes, en especial con el de la príncipe, y a estudiar de nuevo el sentido de cada cláusula, para darle la debida puntuación. No podía yo perder de vista lo que acerca del puntuar bien los escritos había dicho Dávila en su *Compendio de Ortografia Castellana* (1631): "La segunda parte de la buena Ortografia es la buena apuntucion, i esta supone ya capacidad, pues se ha de entender bien la razon para apuntuarla, i qué equívoco puede aver en lo escrito para evitarlo; que para lo confuso se inventó la distincion. Por esso entiendo a lo material aquello de Horacio en la arte Poetica: *Rectè scribendi scire est, & principium & fons.*" Tanto es así, que antes que Dávila, en 1614, había dicho el maestro Ximénez Patón en el prólogo de su *Epitome de la Ortografia Latina y Castellana*: "Puntuando bien ba descansado el que lee y entendiendo el que oye. Y digo más: que el hazer la puntuacion como conuiene es vn mediano comento para muchos passos..."

2.º A refundir, haciéndolas aún más interesantes y demostrativas, casi la mitad de las notas de la edición anterior. A este propósito y tomando en cuenta que, como escribió San Agustín en el prólogo de su libro *III De Trinitate*, “a nadie se ha de dar en lo que dice más crédito de aquello que sus pruebas merecieren”, he mudado y mejorado en gran parte el juego general de ejemplos aducidos en mis notas, para lo cual he leído más de doscientas obras de los siglos XVI y XVII nunca estudiadas, por mí ni por ningún otro, con el fin de glosar a CERVANTES. Para dar cabida a tantos nuevos datos y, como siempre, más atento a decir cosas no dichas por nadie que a reproducir las de mis ediciones anteriores, cuido de resumirlas y de esta manera hago lugar a las recientes, sin acrecentar, o acrecentando poco, la extensión del comentario.

3.º A rectificarme y corregirme en cuantos lugares he visto o me han enseñado que erré: quizá en más de treinta. Y contra lo que entendieron en su prólogo los cultos anotadores de cierta moderna edición del *Viage del Parnaso*, si yo declaro que me corrijo cuando caigo en la cuenta de que no acerté, ¿por qué no he de declarar lo propio respecto de los demás que erraron? Ni ¿cómo dejar de llamar la atención sobre sus errores si ha de evitarse que otros intérpretes incurran en ellos?

4.º A ilustrar por primera vez más de setecientos lugares, algunos, no entendidos a derechas antes de ahora, y los más, por convenir así a la enorme difusión que entre los extranjeros ha adquirido la lectura del *Quijote* en su lengua original. Con frecuencia he recibido y recibo cartas de diversos países, en las cuales se me pregunta el significado de particularidades que carecen de notas en mis ediciones anteriores; dudas que patentizan con cuánta razón decía el sabio polígrafo Menéndez y Pelayo, mi inolvidable amigo y maestro, contestando a mi discurso de recepción en la Real Academia Española: “Luz, más luz es lo que esos libros inmortales requieren: luz que comience por esclarecer los arcanos gramaticales y no deje palabra ni

frase sin interpretación segura, y explique la génesis de la obra, y aclare todos los rasgos de costumbres, todas las alusiones literarias, toda la vida, tan animada y compleja, que CERVANTES refleja en sus libros.”

5.º A dar a ciertas notas (hasta el número de cuarenta), por lo importante o por lo curioso de sus asuntos, toda la extensión que han menester, para lo cual las llevo a los apéndices del tomo VII, poniendo al pie del texto meras remisiones.

6.º Y por último, a insertar al fin del dicho tomo, además del *Registro de los autores citados* y las *Listas de suscriptores a esta edición*, un copioso y utilísimo *Índice de materias* que facilite la búsqueda de cualesquier noticias gramaticales, lexicológicas, históricas, etcétera, contenidas en todo el comentario.

Esto dicho, no terminaré la ya larga postdata que añadido a mi añejo prólogo sin responder, siquiera brevemente, a algunos de los reparos que en revistas, periódicos y cartas, y aun oralmente, cuándo con buena y cuándo con mala intención, han opuesto a mis ediciones anteriores.

“Muy útil habría sido —escribió don Américo Castro en el tomo IV de la *Revista de Filología Española*— reunir al principio [de mi edición crítica] las observaciones sobre los anteriores comentaristas, que, a veces con excesiva insistencia, ocurren en las notas: nadie como R. M. podía hacer esa caracterización...” Y otro reparo pudo hacerme el señor Castro a la par que el predicho, conviene a saber: que noto repetida y aun múltiplemente unas mismas cosas en los diversos lugares en que ocurren. Lo uno y lo otro es cierto, y el haberlo hecho, y el volverlo a hacer en la presente edición, débese a que, de ordinario, los que han leído una o varias veces todo el *Quijote* gustan de releerlo parcialmente, bien buscando aquellos capítulos de que más se agrada, u bien abriendo al azar cualquiera de los volúmenes; y bueno es que al hallar estos lectores cosa que les cause extrañeza o duda, hallen al pie mismo de la página, por

nota o por una referencia a nota, lo que desean ver explicado.

Algunos me censuran por la abundancia de citas; pero no he de dolerme de ello; antes recuerdo con el gran hablista autor de los *Diálogos de la Agricultura christiana* que los libros del doctor Pitio tuvieron muchos adversarios, y cuando más no podían, le ponían por falta sus enemigos que alegaba con muchos doctores, "porque como ellos no saben ninguno, no pueden sufrir que el doctor pruebe saber tantos". Para los que por no ser eruditos reniegan de la erudición viene que ni pintado aquello que dice Salas Barbadillo en la dedicatoria de *La estafeta del dios Momo* (1627): "Yo conocí vn hombre muy pequeño, que acusaua por fealdad la gentileza de los hombres bien dispuestos, y al fin le confessó a vn confidente suyo que quisiera auer nacido muger para poderse poner chapines." De la erudición, como del dinero, sólo reniegan aquellos que no la tienen."

Otros me afearon el señalar algunos descuidos de CERVANTES: tal o cual desaliño en su incomparable prosa; tal o cual verso flojo o falto de cadencia. A éstos advertiré que bien puedo yo decir de CERVANTES lo que de Aristóteles puso Hernando Alonso de Herrera en boca del comendador Hernán Núñez el Pinciano, en su *Breve disputa de ocho levadas contra Aristótil y sus secuaces* (1517): "Muy devoto soy de Aristótil, mas no su esclavo." Y Puigblanch, respondiendo a don Joaquín Lorenzo Villanueva, que le había reprendido por cierto reparo hecho al autor del *Quijote*: "Así, pues, Dómine Gafas, venere usted cuanto quiera a CERVANTES, i admírele, que esto tambien lo hago yo; pero no idolatre en él, ni le crea impecable, pues hombres impecables ni los ha habido ni los puede haber." Cuanto más que CERVANTES nunca fué, ni pretendió ser, un escritor mirlado, y bien pudo decir lo que a Lucilio decía Lucio Anneo Séneca en una de sus epístolas: "Te quejas del estilo descuidado de mis cartas. ¿Quién habla con atildamiento sino el presumido?"

Cuando digo que en Andalucía es corriente tal palabra o tal frase, o que CERVANTES la dice como es usual en aquella región, no quiero dar a entender, y así lo hice constar en nota del capítulo 1 de la segunda parte (IV, 59, 13), que no se dice en otras de España, como malamente han imaginado algunos de mis lectores, propugnadores tan celosos del habla de su tierra, que poco ha faltado para que me excomulguen. “Mis frecuentes referencias a Andalucía —dije en el lugar citado—, la tierra que como propia mejor conozco, no indican en manera alguna que sean privativas de ella las palabras, frases y costumbres de que voy tratando.”

En la presente edición, como en las anteriores, sigo practicando el precepto horaciano de mezclar lo dulce con lo útil, lo cual me echan en cara por poco o nada científico los que gustan de la erudición a palo seco, más áspera que un cardo. Si es pecado el mío, tan contumaz soy, que lo seguiré cometiendo hasta el fin de mis días. Quisiera yo —¡la pena es no lograrlo!— que se leyeran mis notas al *Quijote*, dicho en frase de mi insigne paisano el Crisólogo Minorita, “como el niño que come la fruta de sartén más por la miel que tiene que por ella misma, no teniendo tanto intento a hartarse como a engolosinarse”. Bien y más que bien lo entendía Ambrosio de Morales en el primero de sus *Quinze discursos* (1585): “Todos los escritores prudentes —dijo— buscan buen gusto para hazer más sabrosa su doctrina, y no ay honesto deleyte del sentido con que no querrian combidar al entendimiento; y no se desuelan ni trabajan menos en enseñar las cosas suauemente que en buscarlas para las enseñar. Y a Platon y a Marco Tulio les paresce no basta para que vno deua escreuir que sepa pensar cosas buenas, sino que las pueda dar de manera que agraden por suaues y graciosamente dichas.” No sea, pues, el libro, especialmente el libro literario, como aquella Quintia de Catulo, que, pintándola el poeta hermosa y blanca, añadió que en toda ella no había ni un grano de sal.

La más justa y la mayor tacha que se nos puede po-

ner a los anotadores del *Quijote*, a mí entre ellos, es la insuficiente lectura. Pero bien echará de ver cuánto he procurado enmendarme quien coteje con mis notas de antaño las de esta edición. Y el que lea más que yo leí de seguro tendrá ganado lo principal para comentar el *Quijote* mejor que este pobre septuagenario, ausente de todas las capillitas y corrillos, y a quien, por la dura ley del *in sudore vultus tui...*, fué necesario gastar su mejor tiempo oficiando ante los altares de la grave Temis, incapaz de una sonrisa. Y después... Lo que me ha sucedido después dígalo por mí Lope de Vega, como por sí lo dijo en una de sus epístolas más admirables:

“Mas quando vn hombre de sí mismo siente
Que sabe alguna cosa, y que podría
Començar a escriuir más cuerdamente,
Ya se acaba la edad, y ya se enfría
La sangre, el gusto, y la salud padece
Auisos varios que la muerte embía;
De suerte, que la edad quando florece
No sabe aquello que adquirió passando,
Y quando supo más, desaparece.”

Madrid, 4 de octubre de 1927.

EDICIONES DEL "QUIJOTE" EN CASTELLANO

QUE CON PREFERENCIA SE HAN TENIDO A LA VISTA
PARA DISPONER LA PRESENTE

Madrid, Juan de la Cuesta, 1605 ¹	1. ^a parte
Madrid, Juan de la Cuesta, 1605 ²	1. ^a ---
Madrid, Juan de la Cuesta, 1608.....	1. ^a ---
Madrid, Juan de la Cuesta, 1615.....	2. ^a —
Londres, J. y R. Tonson, 1738 (Mayans)....	1. ^a y 2. ^a
Madrid, Joaquín Ibarra, 1780 (Academia Española).....	1. ^a y 2. ^a
Londres, Edvardo Easton, 1781 (Bowle).....	1. ^a y 2. ^a
Madrid, Gabriel Sancha, 1798-99 (Pellicer).	1. ^a y 2. ^a
Madrid, Imprenta Real, 1819 (Academia Española).....	1. ^a y 2. ^a
París, Fermín Didot, 1826 (Arrieta).....	1. ^a y 2. ^a
Madrid, E. Aguado, 1833-39 (Clemencin)....	1. ^a y 2. ^a
Argamasilla de Alba, M. Rivadeneyra, 1863 (dos ediciones) (Hartzenbusch).....	1. ^a y 2. ^a
Cádiz, J. R. Rodríguez, 1877-79 (Máinez)...	1. ^a y 2. ^a
Edimburgo, David Nutt, 1898-99 (Fitzmaurice-Kelly).....	1. ^a y 2. ^a
Barcelona, Serra hermanos y Russell, 1905-1913 (Cortejón).....	1. ^a y 2. ^a
Madrid, "Clásicos Castellanos", 1911-13 (Rodríguez Marín).....	1. ^a y 2. ^a
Madrid, Imprenta de la "Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos", 1916-17 (Rodríguez Marín).....	1. ^a y 2. ^a

EL INGENIOSO HIDALGO
DON QUIJOTE DE LA MANCHA
PARTE PRIMERA



TASA

Yo Juan Gallo de Andrada, escribano de cámara del Rey nuestro señor, de los que residen en el su Consejo, certifico y doy fee que habiéndose visto por los señores dél un libro intitulado *El* 5

1 Advirtió don Cayetano Alberto de la Barrera en el tomo I de las *Obras completas de Cervantes* (Madrid, 1863), y tras él don Juan Eugenio Hartzenbusch en *Las 1633 notas* que puso a la primera edición de "*El Ingenioso Hidalgo*" reproducida por don Francisco López Fabra... (Barcelona, 1874), que en los principios del *Quijote* "se echia menos la aprobación en virtud de la cual el Consejo de Castilla otorgó licencia y privilegio para imprimir el manuscrito; aprobación que en dicha licencia, como en todas las de su especie, se mandaba imprimir". Y aun otras cosas faltan en los principios de la primera parte de la famosa novela según el docto cervantista don Cristóbal Pérez Pastor (*Bibliografía Madrileña*, Madrid, MDCCCXCI-MCMVII, t. II, pág. 85): la licencia que solía dar el Vicario de Madrid para imprimir libros dentro de los términos de su jurisdicción y la censura del libro; cometida a un religioso por el dicho Vicario.

Cotejando Hartzenbusch los sendos ejemplares de la primera edición del *Quijote* que poseen la Biblioteca Nacional y la Real Academia Española, halló que difieren en la tasa del libro. "En el de la Academia Española —dice (pág. 2 de *Las 1633 notas*...)— ocupa el texto de la tasa 22 líneas entre título, texto y firma; la letra es gruesa y gastada, y la inicial de la primera dición del texto de la tasa, que empieza con el pronombre *yo*, es una y mayúscula, no de fun-

Ingenioso Hidalgo de la Mancha, compuesto por Mi-

dición, sino grabada en madera, que tiene por adorno una sirena con dos colas enroscadas, a cada lado una, en las cuales pone las manos. En el ejemplar de que se desposeyó generosamente el señor Zapater (donándolo a la Biblioteca Nacional), la Y, primera letra de la tasa, es una mayúscula de fundición; los demás caracteres del texto son de grado menor que los del ejemplar de la Academia; la distribución de los renglones, que no pasan de 17, es otra; y en el texto mismo se notan las variantes siguientes." Cópíolas, ordenándolas en dos columnas:

EJEMPLAR DE LA BIBL. NACIONAL: EJEMPLAR DE LA ACADEMIA:

en su Consejo
doy fé
auiendo visto
Saavedra
Deziembre

en el su Consejo
doy fee
auiendose visto
Saabedra
Diziembre

Fácil es colegir a qué se debiera esto. Compuesta la *tasa* tal como se ve en el ejemplar de la Biblioteca Nacional, comenzóse la impresión del primer pliego, que era siempre el último que se tiraba, conforme a lo mandado en el privilegio, y, más o menos adelantada esta tarea, se notó que en las diecisiete líneas había cinco lugares en que discordaban el testimonio de Gallo de Andrada y su copia tipográfica; entonces el regente, pareciéndole cosa delicada el no reproducir con fidelidad, hizo parar la estampación y puso remedio para el resto de la tirada, no ya corrigiendo en el molde los yerros advertidos, sino haciendo componer nuevamente el brevísimo texto, a fin de que ocupase mayor espacio en la página y de que, al par, luciese una letra capital vistosa. Debíó de caerse en esta cuenta ya muy adelantada la impresión del pliego; a lo menos, las reproducciones en facsimile de López Fabra (Barcelona, 1871-73), la "Enciclopedia Literaria" (Barcelona, 1905) y la "Hispanic Society of America" (Nueva York, 1906) contienen la *tasa* no corregida.

I Si sólo en la *tasa* se hubiera llamado al gran libro de CERVANTES *El Ingenioso Hidalgo de la Mancha*, se atribuiría a yerro de la imprenta la omisión de las palabras *Don Quijote*; pero como también se omiten en el privilegio, y no una, sino

guel de Cervantes Saavedra, tasaron cada pliego del dicho libro a tres maravedís y medio; el cual tiene ochenta y tres pliegos, que al dicho precio monta el dicho libro docientos y noventa maravedís y medio, en que se ha de vender en papel, y dieron licencia ⁵ para que a este precio se pueda vender, y mandaron que esta tasa se ponga al principio del dicho libro, y no se pueda vender sin ella. Y para que dello conste di la presente, en Valladolid, a veinte días del mes de diciembre de mil y seiscientos y cuatro años. ¹⁰

JUAN GALLO DE
ANDRADA.

dos veces, creo probable que CERVANTES, al solicitarlo, llamaría así a su obra por omisión involuntaria, pues tanto en la dedicatoria como en los epígrafes de las cuatro partes en que dividió la primera de su novela escribe completo el título: *El Ingenioso Hidalgo don Quixote de la Mancha*.

5 *En papel*, o sea lo que ahora decimos *encuadernado en rústica*; *en papel* no equivale a *en rama*, como ha imaginado el insigne bibliógrafo don José Toribio Medina al anotar la tasa del *Viaje del Parnaso* en su linda edición crítica de esta obra (Santiago de Chile, MCMXXV), pág. 7 del tomo I. Los que deseaban hacer encuadernar con lujo sus libros, ya antes o ya después de leerlos, solían comprarlos *en papel*, o *en papelón* (cartoncillo compuesto de dos o más papeles pegados), si se trataba de obras en cuarto o en folio. De todo esto trataré con más espacio en las notas de mi edición crítica del mencionado librito de CERVANTES.

TESTIMONIO DE LAS ERRATAS

Este libro no tiene cosa digna de notar que no corresponda a su original: en testimonio de lo haber correcto di esta fee. En el Colegio de la Madre de

3 En la edición príncipe faltan las palabras *de notar*, por lo cual no hace buen sentido el texto. Súplolas por la fe de erratas de la edición que estampó el mismo primer impresor Juan de la Cuesta en 1608: "Vi este libro —dice— intitulado *Don Quijote de la Mancha*, y en él no ay cosa digna *de notar* que no corresponda a su original."

4 *Correcto*, participio hecho a la latina, y ya poco usado en el tiempo de CERVANTES.

4 Como dice Pérez Pastor (*Documentos cervantinos hasta ahora inéditos*, Madrid, 1897-1902, t. I, pág. 294), "bien saben todos los que han revisado libros españoles del principio del siglo xvii que dicho corrector [Murcia de la Llana] no tenía reparo en poner la conformidad con el original a un libro plagado de erratas, y si alguna vez hojeaba una obra en busca de errores de imprenta, era tan expeditivo, que tardaba en corregir un libro el mismo tiempo que en tomar el pulso a uno de sus enfermos". Sólo siendo así puede tener clara explicación el haber afirmado que correspondía con su original un libro que, como la edición príncipe de la primera parte del *Quijote*, tiene las erratas por centenares. "Pero ¿es que CERVANTES, como autor de la obra, no corrigió sus pruebas?" Esto se han preguntado muchos, juzgando de lo de antaño por lo de hoy, y aun no ha faltado quien dipute por *ejemplar prueba* de CERVANTES, revisado por CERVANTES mismo, uno incompleto de la segunda edición de Madrid, en cuyas márgenes un lector del siglo xvii fué apostillando lo que le sugirió su extravagante minerva. (Véase don Leopoldo Rius, *Bibliografía crítica de las obras de Miguel de Cervantes*

Dios de los Teólogos de la Universidad de Alcalá,
en primero de diciembre de 1604 años.

EL LICENCIADO FRANCISCO
MURCIA DE LA LLANA.

Saavedra, Madrid y Villanueva y Geltrú, 1895-1904, págs. 94-96 del tomo I y 210-215 del II.)

Lo que en esto pasaba es lo que ha dicho don Agustín G. de Amezúa en nota de su excelente edición crítica de *El Casamiento engañoso y el Coloquio de los perros* (Madrid, MCMXII), página 265: "En cuanto un autor vendía el *privilegio* de su obra a un librero, desentendíase enteramente de todo lo que tocaba a la impresión, que era de exclusiva cuenta de aquél. Así salían ellas..." Vendido el privilegio del *Quijote* al librero Francisco de Robles, el autor no vió prueba alguna, ni tenía para qué verla, a menos que expresamente se hubiera pactado esta condición, nada usual, al ceder el dicho privilegio. Si algún día el afortunado *costarricense* o *argentino* a quienes me referí en la pág. 335 de mi colección de *Nuevos documentos cervantinos hasta ahora inéditos* (Madrid, 1914) logra hallar el antiguo protocolo de Tomás de Baeza, y en él la escritura de cesión del tal privilegio, se sabrá por vista de ojos que ni CERVANTES cuidó de reservarse el derecho de corregir tales pruebas, ni Robles le impuso esta obligación y carga. Sólo así puede explicarse que en todas las ediciones del *Quijote* hayan corrido durante doscientos y más años muchas groseras erratas, tales como la de *Morrengo*, por *nuestro renegado* (I, xli), y otras de tanto bulto.

EL REY

POR cuanto por parte de vos Miguel de Cervantes nos fué fecha relación que habíades compuesto un libro intitulado *El Ingenioso Hidalgo de la Mancha*, el cual os había costado mucho trabajo y era muy útil y provechoso, y nos pedistes y suplicas-
tes os mandásemos dar licencia y facultad para le poder imprimir y privilegio por el tiempo que fuésemos servidos, o como la nuestra merced fuese, lo cual visto por los del nuestro Consejo, por cuanto en el dicho libro se hicieron las diligencias que la pre-
mática últimamente por nos fecha sobre la impresión de los libros dispone, fué acordado que debíamos mandar dar esta nuestra cédula para vos, en la dicha razón, y nos tuvimoslo por bien; por la cual, por os hacer bien y merced, os damos licencia y facultad para que vos, o la persona que vuestro poder hubiere, y no otra alguna, podáis imprimir el dicho libro intitulado *El Ingenioso Hidalgo de la Mancha*, que de suso se hace mención, en todos estos nuestros reinos de Castilla, por tiempo y espacio de diez años, que corran y se cuenten desde el dicho día de la data desta nuestra cédula. So pena que la persona o per-

¹ En la edición de Fitzmaurice-Kelly, no acierto por qué, *Por el Rey*.

⁶ *Y nos pedistes*, reclama el sentido de la cláusula, aunque falta la conjunción en la edición príncipe.

sonas que sin tener vuestro poder lo imprimiere o vendiere, o hiciere imprimir o vender, por el mesmo caso pierda la impresión que hiciere, con los moldes y aparejos della, y más incurra en pena de cincuenta mil maravedís cada vez que lo contrario hiciere; la cual dicha pena sea la tercia parte para la persona que lo acusare, y la otra tercia parte para nuestra Cámara, y la otra tercia parte para el juez que lo sentenciare. Con tanto que todas las veces que hubiéredes de hacer imprimir el dicho libro durante el tiempo de los dichos diez años, le traigáis al nuestro Consejo, juntamente con el original que en él fué visto, que va rubricado cada plana y firmado al fin dél de Juan Gallo de Andrada, nuestro escribano de cámara, de los que en él residen, para saber si la dicha impresión está conforme el original, o traigáis fe en pública forma de como por corretor nombrado por nuestro mandado se vió y corrigió la dicha impresión por el original, y se imprimió conforme a él, y quedan impresas las erratas por él apuntadas, para cada un libro de los que así fueren impresos, para que se tase el precio que por cada volumen hubiéredes de haber. Y mandamos al impresor que así imprimiere el dicho libro no imprima el principio, ni el primer pliego dél, ni entregue más de un solo libro con el original al autor o persona a cuya costa lo imprimiere, ni otro alguno, para efeto de la dicha corrección y tasa, hasta que antes y primero el dicho libro esté corregido y tasado por los del nuestro Consejo; y estando hecho, y no de otra manera, pueda imprimir el dicho principio y primer pliego, y sucesivamente ponga esta nuestra cédula y la aprobación, tasa y erratas, so pena de caer e incurrir en las penas contenidas en las leyes y pre-
máticas destos nuestros reinos. Y mandamos a los

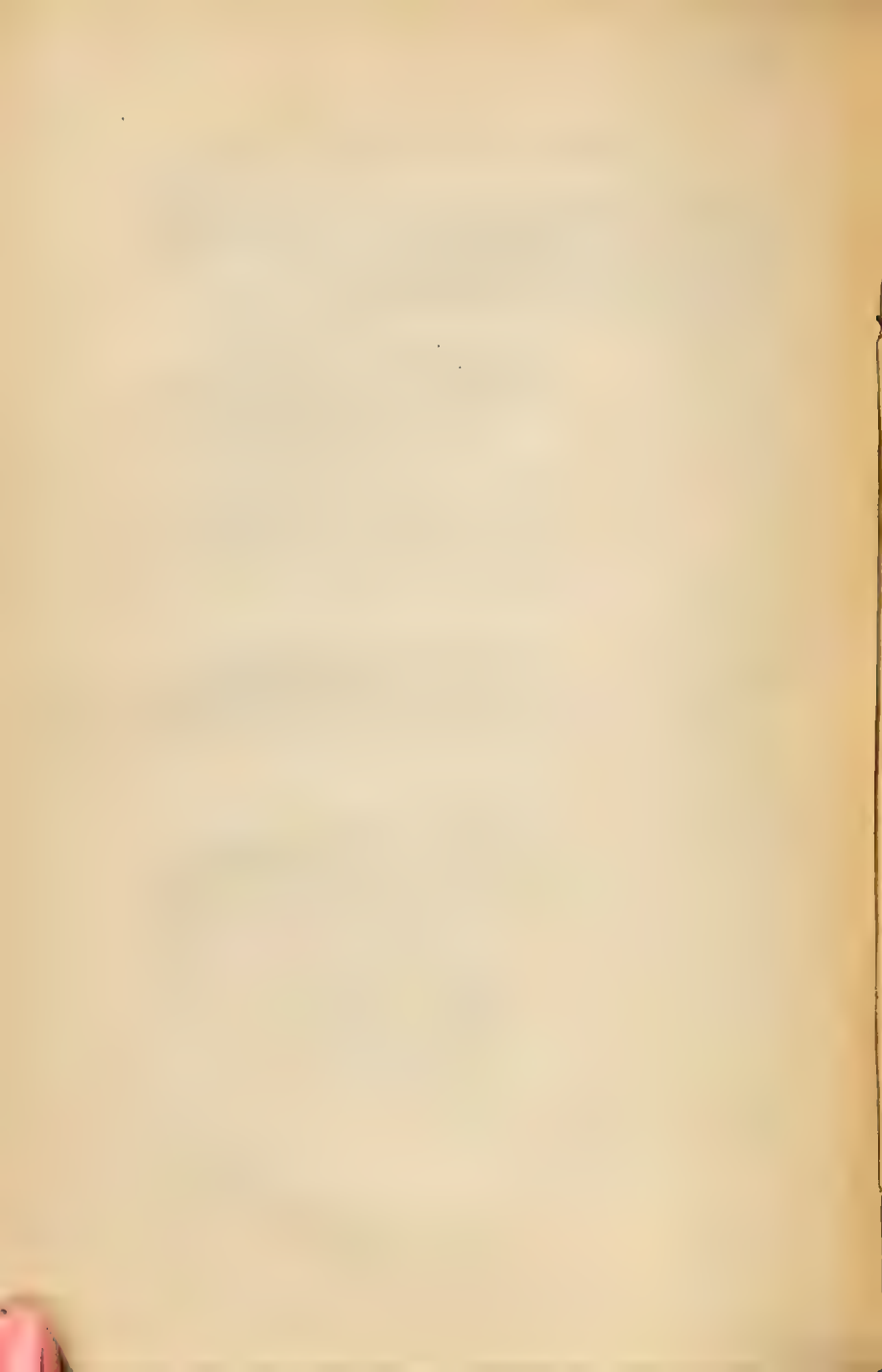
del nuestro Consejo y a otras cualesquier justicias dellos guarden y cumplan esta nuestra cédula y lo en ella contenido. Fecha en Valladolid, a veinte y seis días del mes de setiembre de mil y seiscientos y cuatro años.

5

YO EL REY

Por mandado del Rey nuestro señor.

JUAN DE AMEZQUETA.





AL DUQUE DE BÉJAR

MARQUÉS DE GIBRALEÓN, CONDE DE BENALCÁZAR Y
BAÑARES, VIZCONDE DE LA PUEBLA DE ALCOCER, SE-
ÑOR DE LAS VILLAS DE CAPILLA, CURIEL Y BUR-
GUILLOS.

5

EN fe del buen acogimiento y honra que hace
Vuestra Excelencia a toda suerte de libros,
como príncipe tan inclinado a favorecer las

2 Siguiendo a Hartzenbusch, advierte don Clemente Cor-
tejón que aunque todas las ediciones que ha consultado dicen
Benalcázar, “la verdadera lección es la de *Conde de Belalcá-
zar*”. Sea así en buen hora; pero conviene añadir que, aunque
por documentos fehacientes que se conservan en el archivo de
la Casa de Osuna (Archivo de Béjar, 323, 3 y 324, 4) consta
que en 1447 aquella villa se llamaba indistintamente Gahete o
Belalcázar, por lo común, ni entonces ni después llamaron sino
Benalcázar al barrio murado entre fosos que rodeaba al cas-
tillo de Gahete, y no había de exigirse a CERVANTES que hiciera
uso nuevo. A los diversos ejemplos que aduje en mis anteriores
ediciones del *Quijote* pudieran añadirse otros muchos. Véanse
siquiera dos. Gonzalo Fernández de Oviedo, en su *Historia ge-
neral y natural de Indias* (Madrid, 1851), t. I, pág. 218: “Es-
tando en esta cibdad de Sancto Domingo de la Isla Española el
capitan Sebastian de *Benalcaçar*, quando yba a su gobernacion
de Popayan...” Lope de Vega, en un soneto dirigido al mismo
Duque de Béjar a quien CERVANTES dedicó la primera parte del
Quijote (*Rimas de Lope de Vega Carpio...*, Madrid, Alonso
Martín, 1609, t. I, fol. 66 vto.):

buenas artes, mayormente las que por su nobleza

“...Después que otro Virgilio Eneydas cante
Del gran Sotomayor de *Benalcazar*.”

No pase, pues, por yerro de imprenta, ni menos por ignorancia o mala pronunciación de CERVANTES, lo que él, como oriundo de Córdoba, en cuyo antiguo reino está *Benalcázar*, sabía tan bien como quien mejor lo supiese. Díjose y aún comúnmente se dice *Benalcázar*, en lugar de *Belalcázar*, teniendo este nombre por uno de los muchos de pueblos, pagos y caseríos que comienzan con el *Ben* árabigo: *Benabarre*, *Benacazón*, *Benadad*, *Benagevor*, *Benahadux*, *Benahavis*, *Benalmádena*, etc., etc. Así, el padre jesuita Rufo Mendizábal, en su linda y muy correcta edición anotada de la gran novela cervantina (Madrid, 1926) conserva el *Benalcázar* de las antiguas ediciones.

5 (pág. 13) Fué este duque de Béjar don Alonso Diego López de Zúñiga y Solomayor, opulento magnate que en 1605 frisaba con los veintiocho años y cuatro antes había heredado el pingüe caudal paterno, cuyas rentas, así como las de su mujer doña Juana de Mendoza, hija del Duque del Infantado, invertía en sus deportes; pues, por lo común, ya al comienzo del siglo XVII los hijos gastadores y perezosos habían sucedido a los padres ganadores y activos, bravos capitanes y hábiles políticos de antaño. Sin que este príncipe hubiese protegido a nadie sino por vana ostentación, estaba en predicamento de amante de las letras y de amigo de favorecer a los escritores, y, a la verdad, no se me alcanza en qué sólida base pudiera descansar su renombre de culto, ni recuerdo haber visto que en ningún lugar se le encomiara por ilustrado e ingenioso. Para su sepultura compuso el poeta sevillano don Francisco de Rioja un epitafio en que le llamó “*integer fidei spei, vir sine ambitione, magnanimus, mansuetus, benignus, beneficus in omnes*”; pero no docto ni cosa análoga. Más bien parece que tenía algo de simple que de discreto, a juzgar por uno de los *Cuentos que notó don Juan de Arguijo* y que ha publicado Paz y Melia en la segunda serie de su colección de *Salas españolas* (1902): “Del Duque de Béjar, que murió el año de 1620 (1619 parece que debió escribir), decía uno que había muerto como un santo. Respondió otro: “Sin duda se fué derecho al cielo, si el limbo no lo ha sacado” por pleito.” Digo que Arguijo debió de querer aludir al año 1619, fundándome en las palabras del referido epitafio, que

no se abaten al servicio y granjerías del vulgo, he

publicó don Cayetano Alberto de la Barrera a la pág. 160 de su libro intitulado *Poestas de D. Francisco de Rioja...*, y sacado a luz por la Sociedad de Bibliófilos Españoles (Madrid, 1867):

.....
 HAVSIT PRIMUM AEREM ANNO A VERÆ VITÆ NATALI

LXXVII, SÆCVLI XVI. SVPREMVV ET MATVRE

VNDEVICESSIMO SEQVENTIS...

¿Cómo correspondió el Duque de Béjar a la fineza de CERVANTES? De seguro tan mal como había correspondido en 1603 a la honra que le otorgó el colector de las *Flores de poetas ilustres* dedicándole esta preciosa antología, *libro de oro*, en frase de don Bartolomé José Gallardo (Véase mi estudio titulado *Pedro Espinosa*, Madrid, 1907, págs. 182-183). Demuestran tal afirmación dos circunstancias: CERVANTES no volvió a mencionar al Duque en ninguna de sus obras; y en los mismos días en que escribió la dedicatoria de la primera parte del *Quijote* hizolo ya tan de mala gana, que, por no tomarse el trabajo de redactarla de propia minerva, la hilvanó entresacando unas frases de la dedicatoria que Fernando de Herrera había escrito veinticinco años antes para el Marqués viejo de Ayamonte en sus *Obras de Garci Lasso de la Vega con anotaciones* (Sevilla, Alonso de la Barrera, 1580) y del admirable prólogo que el maestro Francisco de Medina compuso para este libro.

Conocida es desde ha muchos años esta inocente apropiación de unas frases ajenas; pero ninguno antes que yo dijo que si CERVANTES, por salir pronto del mal paso, tomó algunas palmas a Herrera y a Medina, no faltó quien, a su vez, tomase hechas las escobas al autor del *Quijote*. Poco años después de publicada la primera parte de esta obra sacó a luz don Miguel Yelgo de Vázquez, natural de Loja, su *Estilo de servir a príncipes, con exemplos morales para servir a Dios* (Madrid, Cosme Delgado, M.DC.XIII), y dió el primer *ejemplo moral* en su dedicatoria al Duque de Uceda, copiándola de la de CERVANTES, con los saltos que indicaré entre corchetes y con las leves diferencias que subrayaré al transcribirla:

“AL DVQUE DE VZEDA, SVCESSOR DE LA CASA DE LERMA.

”*Confiado en la mucha merced y honra que haze V. Excelencia a toda suerte de libros, como Principe tan inclinado a fa-*

determinado de sacar a luz al INGENIOSO HIDALGO

uorecer las buenas artes, mayormente las que por su nobleza no se abaten al seruicio y grangerias del vulgo, he determinado [de] sacar a luz *el estilo de scruir*, al abrigo del clarissimo nombre de V. Excelencia, a quien con el acatamiento que deuo a *la grandeza de V. Excelencia* suplico [le] reciba agradablemente en su proteccion, para que a su sombra, aunque desnudo de aquel precioso ornamento de elegancia y erudicion de que suelen andar bestidas las obras que se componen en las casas de los señores que saben, osse parecer seguramente en el juyzio de algunos que, no continiendose en los limites de su ignorancia, [suelen condenar] con más rigor y menos justicia los trabajos ajenos; que poniendo los ojos la prudencia de V. Excelencia en mi buen desseo, fio que no desdeñará la cortedad de *mi* humilde seruicio.

D. MIGUEL YELGO DE VAZQUEZ."

Ni Gallardo, que examinó este libro, ni Clemencín, que lo cita algunas veces, repararon en el texto de su dedicatoria.

Más noticias de la tacañería de aquel Duque de Béjar podrá ver el curioso en el tomo VII de esta edición, apénd'ce 1.

1 Clemencín, Hartzenbusch, Fitzmaurice-Kelly y otros han leído aquí *el*, en vez de *al*, que dicen las ediciones antiguas. Lo mismo hice yo en mi edición de "Clásicos Castellanos", porque no tuve en memoria este otro lugar de CERVANTES (*Viage del Parnaso*, cap. iv, fol. 28 vto., de la edición príncipe, Madrid, Viuda de Alonso Martín, 1614):

"Yo estoy (qual dezir suelen) puesto a pique
Para dar a la estampa *al* gran Pirsiles,
Con que mi nombre y obras mutiplique."

Que, contra lo que entendieron algunos anotadores, Pellicer entre ellos, el adjetivo *ingenioso* del título del *Quijote* no se refiere al libro, sino al hidalgo manchego, patentizánlo diversos pasajes, entresacados por Cortejón. Habría bastado con aducir el epígrafe del cap. II de la primera parte: "De la primera salida que de su tierra hizo *el ingenioso don Quijote*", y las siguientes palabras del postrer capítulo de la obra: "Este fin tuvo *el ingenioso hidalgo de la Mancha...*" Con todo esto, el profesor Alfredo Giannini, en las escasas, pero muy eruditas notas de su esmerada traducción del *Quijote* (Firenze, 1923-1927) cree que "La parola piuttosto sembra qualificare il ro-

DON QUIJOTE DE LA MANCHA, al abrigo del clarísimo nombre de Vuestra Excelencia, a quien, con el acatamiento que debo a tanta grandeza, suplico le reciba agradablemente en su protección, para que a su sombra, aunque desnudo de aquel precioso ornam^sento de elegancia y erudición de que suelen andar vestidas las obras que se componen en las casas de los hombres que saben, ose parecer seguramente en el juicio de algunos que, no continiéndose

manzo..." Probable es que mude de opinión cuando medite en las siguientes palabras que tiene Ambrosio de Morales en el quinto de sus *Quinze discursos*, impresos a continuación de las *Obras del maestro Fernan Perez de Oliva* (Córdoba, Gabriel Ramos Bejarano, M.D.LXXXV), fol. 171: "Aunque en Latin y en Castellano por este vocablo *Ingenio* entendemos algunas vezes la condicion natural del hombre, mas lo que más propriamente significa es vna potencia del entendimiento, con que comprehendemos las cosas y las escrudiñamos bien, hasta penetrar en ellas todo lo que ay. Assi Marco Tulio dixo que la memoria y la facilidad en aprender llamada docilidad se entienden quando nombramos el ingenio, y que llamamos *ingeniosos* a los que aquesto tienen. Y Aristóteles puso la sagacidad y la solercia como partes de el ingenio, poniendo tambien exemplo de la sagacidad en el discipulo que percibe presto y bien lo que su maestro le enseña." Y esto, en suma, era don Quijote: un aprovechadísimo discipulo de los libros de caballerías y un valeroso imitador de cuanto en ellos había leído.

1 ¿Cómo pronunciaba CERVANTES la palabra *Quixote*? A tratar de este punto tan controvertido destinaré el apéndice II del tomo VII.

9 En la edición príncipe, que *continiéndose*, e igualmente lo pusieron en las suyas Máinez y Fitzmaurice-Kelly, si bien leyeron *conteniéndose*, a lo culto de hoy. Cortejón tiene por errata la omisión de la partícula negativa, y para persuadirlo así emplea este razonamiento, que es concluyente: "... *no conteniéndose en los límites de mi ignorancia*", había escrito veinticinco años antes Herrera", de quien está tomada la frase.—Dice el impreso original *continiéndose*, por asimilación de vocablos. Ya tendremos sobradas ocasiones para ir notando formas como *impidía, requiría, vistiré, riñiremos, siguiemiento, requi-*

en los límites de su ignorancia, suelen condenar con más rigor y menos justicia los trabajos ajenos; que, poniendo los ojos la prudencia de Vuestra Exce-
lencia en mi buen deseo, fío que no desdeñará la
5 cortedad de tan humilde servicio.

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.

rído, etcétera. Ha habido quienes, por no agraviar a CERVANTES, pongan tales palabras, hoy de malísimo pasar, a la cuenta del impresor. No hay para qué: son formas usuales en aquel tiempo y quien maneja libros de entonces las tropieza frecuentemente. La infanta doña Isabel Clara Eugenia, hija de Felipe II, tenía mucho talento, sobre ser muy instruida, y, con todo, escribía *tiniéndoos, espiriencia, espirimentado, persiguirá, servirá*, etcétera. (Rodríguez Villa, *Correspondencia de la infanta archiducuesa doña Isabel Clara Eugenia de Austria con el Duque de Lerma y otros personajes*. Madrid, 1906, págs. 5, 27, 29, 87 y 109.)



PRÓLOGO

DESOCUPADO lector, sin juramento me podrás creer que quisiera que este libro, como hijo del entendimiento, fuera el más hermoso, el más gallardo y más discreto que pudiera imaginarse. Pero no he podido yo contravenir a la orden de naturaleza; que en ella cada cosa engendra su semejante. Y así, ¿qué podía engendrar el estéril y mal cultivado ingenio mío sino la historia de un hijo seco, avellanado, antojadizo y lleno de pensamientos varios y nunca imaginados de otro alguno, bien como quien se engendró en una cárcel, donde toda

4 García de Arrieta creyó que el original diría “como hijo de *mi* entendimiento”, tal cual se había estampado en una de las ediciones de Valencia.

6 En la edición príncipe, entre otras, *al orden*; pero *contravenir la orden* leen muchos, y Cortejón con ellos. Opto por leer *a la orden* porque CERVANTES no escribía el verbo *contravenir* sin darle su régimen propio, que es *a*, y, también, porque para nuestro autor siempre *orden* era femenino: “...y *la orden* que llevaban era ésta” (I, XLVII); “...puestas en *orden desordenada*” (I, L). Además, así se lee en el cap. XVII de esta primera parte: “yo no puedo *contravenir a la orden* de los caballeros andantes”, y en el XLIX de la segunda: “De modo... que no dejaréis de dormir por otra cosa que por vuestra voluntad, y no por *contravenir a la mía*...”

12 Para Clemencín, “siguiendo el hilo de la metáfora, debió decirse: “¿qué podía engendrar el estéril y mal cultivado ingenio mío *sino un hijo seco*, avellanado, antojadizo..., bien

incomodidad tiene su asiento y donde todo triste ruido hace su habitación? El sosiego, el lugar apacible, la amenidad de los campos, la serenidad de los cielos, el murmurar de las fuentes, la quietud
 5 del espíritu, son grande parte para que las musas más estériles se muestren fecundas y ofrezcan par-

"como quien se engendró en una cárcel..." Porque, según este anotador, "diciéndose *la historia del hijo*, y más llamándose a éste *seco y avellanado*, ocurre que el hijo es don Quijote, y lo engendrado en la cárcel no fué don Quijote, sino su historia". A este reparo respondió don Amenodoro Urdaneta (*Cervantes y la crítica*, Caracas, 1878, pág. 457): "Según lo dicho sobre el relativo *quien* [que tanto hacía a cosas como a personas], se ve que puede sin chocar referirse a *la historia*, que es la intención de CERVANTES; y esto se confirma con la repetición del verbo *engendrar*..."

Algunos comentadores y críticos han sospechado que sea metafórico lo de la cárcel. No opino así, máxime cuando consta con certeza que CERVANTES padeció diversas prisiones, dos de ellas en la Cárcel Real de Sevilla, por los años de 1597 y 1602, respectivamente. Destruida la absurda fábula de la prisión de CERVANTES en Argamasilla de Alba, no cabe dudar que se refirió a la cárcel de Sevilla. Traté de esta materia en un discurso leído en junta pública de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras el día 8 de mayo de 1905, y que el lector curioso puede ver en la *Crónica del Centenario del Don Quijote* (Madrid, 1905), pág. 514, y con mayor detenimiento y más abundancia de datos, en otro discurso intitulado *La cárcel en que se engendró el "Quijote"* y leído en los juegos florales cervantinos que en 1916 celebró el Ateneo de Sevilla. Agotada la copiosa edición que de él se hizo, lo ha reimpresso la "Biblioteca Giralda" en mi libro titulado *Miscelánea de Andalucía* (Madrid, 1927).

Con todo, algo nuevo —largo para nota— he de conjeturar acerca del *engendramiento* del *Don Quijote*, y remito al lector al apéndice III del tomo VII.

5 *Ser parte*, o *grande parte*, a, o *para*, una cosa es, como dice el *Diccionario* de la Academia, contribuir, o dar ocasión a, o *para*, ella. También se decía *ser mucha*, o *poca*, *parte para* una cosa o empresa.

tos al mundo que le colmen de maravilla y de contento. Acontece tener un padre un hijo feo y sin gracia alguna, y el amor que le tiene le pone una venda en los ojos para que no vea sus faltas; antes las juzga por discreciones y lindezas y las cuenta a sus 5 amigos por agudezas y donaires. Pero yo, que, aunque parezco padre, soy padraastro de don Quijote, no quieroirme con la corriente del uso, ni suplicarte casi con las lágrimas en los ojos, como otros hacen, lector carísimo, que perdones o disimules las faltas 10 que en este mi hijo vieres, pues ni eres su pariente ni su amigo, y tienes tu alma en tu cuerpo y tu libre albedrío, como el más pintado, y estás en tu casa, donde eres señor della, como el Rey de sus alcaballas, y sabes lo que comúnmente se dice, que “debajo 15 de mi manto, al Rey mato”. Todo lo cual te esenta y

2 Esto vino a decir años después don Francisco Manuel de Melo en la *Primeira parte das Cartas familiares de...* (Roma, Filipe Maria Mancini. M.DC.LXIV, pág. 667): “No ay cuchillo que mejor corte la pluma que el sossiego. ¿Qué puede dictar la mente de vn affligido que no sean pesares?”

11 Las dos primeras ediciones de Juan de la Cuesta, entre otras, y *ni eres su pariente*; en la tercera, y *pues ni eres su pariente*, y así muchos de los modernos, verbigracia, Clemencín y Cortejón. O sobra la conjunción y, o sobra el *pues*, cosa que sólo no sucedería si después dijese *todo ello*, en lugar de *todo lo cual*, unido por una coma a lo que antecede. Para que se juntasen estas dos partículas y y *pues* acaecería probablemente que, al enmendar el y *ni eres* en la edición tercera de Cuesta (1608), añadiendo el *pues*, se olvidaron de borrar el y.

16 El maestro Gonzalo Correas, en su *Vocabulario de refranes y frases proverbiales y otras fórmulas comunes a la lengua castellana*, publicado por la Real Academia Española (Madrid, 1906), y reimpresso, ya en natural orden alfabético, en 1924, da así este refrán: “Debajo de mi manto, al rey me mato, o al rey me mando.” Al cual sigue este otro: “Debajo de mi manto, veo y cato.” Y en mi obra intitulada *Más de 21.000 refranes castellanos no contenidos en la copiosa co-*

hace libre de todo respecto y obligación, y así, puedes decir de la historia todo aquello que te pareciera, sin temor que te calunien por el mal ni te premien por el bien que dijeres della.

lección del maestro Gonzalo Correas (Madrid, 1926), está registrado en esta forma: "Delante hago acato, y por detrás, al rey mato."

16 (pág. 21) En algunas de las ediciones antiguas hechas fuera de España, *le exime*, quizás por creer que *exeniar* no fuese buen verbo castellano, como hecho del participio pasivo irregular de *eximir*. Pero no iba solo CERVANTES al emplear aquel verbo, usado por buenos escritores del siglo XVI. Micael de Carvajal y Luis Hurtado de Toledo, *Las Cortes de la Muerte*, Toledo, Juan Ferrer, 1557, esc. x (apud *Biblioteca de Rivadeneyra*, t. XXXV, pág. 16 b):

"MONJA. ...Que unas por no sojuzgarse
A otras menores que ellas,
Las otras por no *esentarse*,
Jamás dejan de abrasarse
Con mil fuegos y centellas."

Y Juan de la Cueva, *Coro febeo de romances historiales* (Sevilla, Ioan de León, 1588), fol. 78 vto.:

"...a quien la inorancia haze
fiscal que acusa y demanda,
de quien nada se reserva,
ni persona es *essentada*."

Pero necesario es afear que en hacer esto ya se fuese echando por tan mal camino como el trillado hoy por los bolcheviques destructores de nuestro idioma, que de todo nombre derivan un verbo de su invención, diciendo *contusionar*, *obstruccionar*, *influenciar*, *estructurar*, etc. Así lo practicaba en el Perú, todavía en el siglo XVII, don Juan de Espinosa Medrano, de quien se lee en su oración panegírica del apóstol Santiago, apud *La Nouena Marauilla, nuebamente hallada en los Panegiricos sagrados que en varias festiuidades dixo el señor Arcediano Doctor don...* (Valladolid, Joseph de Rueda, 1695): "Luego no ay por qué *essencionar* principalidades en el Zebedeo."

1 *Respecto*, en lugar de *respeto*, latinismo corriente entre los escritores del tiempo de CERVANTES.

3 Este *caluniar*, que algunos editores, Fitzmaurice-Kelly entre ellos, leyeron, modernizando, *calumniar*, es el aún más

Sólo quisiera dártela monda y desnuda, sin el ornato de prólogo, ni de la innumerabilidad y catálogo de los acostumbrados sonetos, epigramas y elogios que al principio de los libros suelen ponerse. Porque

antiguo *caloñar*, que significaba, como dice el *Diccionario* de la Academia Española, “exigir responsabilidad, principalmente pecuniaria, por un delito o falta”.

4 Obligados preliminares de nuestros libros de antaño eran estas piezas laudatorias, compuestas por amigos del autor, y aun por éste mismo, si bien ahijándolas a otras personas, y en balde algunos escritores reprobaron tal costumbre. Luis Barahona de Soto, en el libro I, pág. 31, de sus *Diálogos de la Montería*, que sacó a luz como anónimos la Sociedad de Bibliófilos Españoles (Madrid, 1890), decía refiriéndose a cierto curioso granadino, quizás Gregorio Silvestre: “Por eso este mismo de quien he dicho solía reirse de los sonetos que los autores acostumbra poner al principio de sus libros en su loa, diciendo que son demasiados, porque nunca pueden dejar de ser lisonjas, pues se hacen para que su autor se satisfaga de ellos, y no para dar cierto crédito de lo que en el libro se contiene.” Más agriamente que Barahona censuró esta costumbre, años después, el avieso doctor Cristóbal Suárez de Figueroa, en el alivio II (fol. 91 vto.) de *El Pasajero* (Madrid, Luis Sánchez, 1617): “¿También vos pretendéis incurrir en el vicio de soneticos mendigados? Ligereza notable, absurdo terrible. Descúbrese indignísimo de qualquier mínimo loor quien aspirando a él con ansia, le procura con incessable solicitud, con fomentada importunidad. Claro es aurá de publicar la lengua del muchas veces rogado lo que por ningún modo siente el corazón. Assi es justo llamar inuectivas afrentosas y sátiras mordazes semejantes abonos, deuiendose entender siempre al reues de lo que suenan. Si la obra es mala, millones de sonetos en su alabanza no la hazen buena; y al contrario, si está bien escrita, no ha menester para adquirir aplauso agenos puntales...”

CERVANTES habría conseguido, a quererlos para su libro, los sonetos, epigramas y elogios que deseara, pues no hubo nadie tan abandonado del mundo, que, apeteciéndolos, no los hallase. Habíalos logrado para *La Galatea* (1585); túvolos para las *Novelas ejemplares* (1613); y si en 1614, al publicar el *Viage del Parnaso*, estampó en sus principios aquel soneto que em-
pieza:

te sé decir que, aunque me costó algún trabajo componerla, ninguno tuvo por mayor que hacer esta prefación que vas leyendo. Muchas veces tomé la pluma para escribilla, y muchas la dejé, por no saber
 5 lo que escribiría; y estando una suspenso, con el papel delante, la pluma en la oreja, el codo en el bufete y la mano en la mejilla, pensando lo que diría, entró a deshora un amigo mío, gracioso y bien entendido, el cual, viéndome tan imaginativo,
 10 me preguntó la causa, y, no encubriéndosela yo, le dije que pensaba en el prólogo que había de hacer a la historia de don Quijote, y que me tenía de suerte, que ni quería hacerle, ni menos sacar a luz las hazañas de tan noble caballero.—Porque ¿cómo
 15 queréis vos que no me tenga confuso el qué dirá el antiguo legislador que llaman vulgo cuando vea que, al cabo de tantos años como ha que duermo

“Pues veys que no me han dado algun soneto
 Que ilustre deste libro la portada,
 Venid vos, pluma mia mal cortada,
 Y hazedle, aunque carezca de discreto...”

misterio debió de haber en tal cosa, como lo persuade la circunstancia de faltar esta composición en muchos ejemplares; y aun así, el librito no salió a la luz pública sin versos laudatorios ajenos, pues lleva al frente un epigrama latino de Casanate Rojas.

8 *A deshora*, en su significado de *improvisamente*, *inopinadamente*.

15 Las ediciones de Bruselas de 1607 y 1611 y la de Tonson (Londres, 1738) añaden *le dije* al *vos*, indicando así que CERVANTES, que iba hasta ahora hablando con el lector, muda de objeto y habla de súbito y sin preparación con el amigo que había entrado a visitarle. Nuestro autor hace esto, y otras cosas parecidas, con alguna frecuencia, o de caso pensado, o, lo que más creo, por mera distracción. Y algunas veces no están desprovistos de elegancia esos repentinos cambios de la persona que habla, o de la persona a quien se habla, como tendremos ocasión de advertir en otros lugares.

en el silencio del olvido, salgo ahora, con todos mis años auestas, con una leyenda seca como un esparto, ajena de invención, menguada de estilo, pobre de concetos y falta de toda erudición y doctrina, sin acotaciones en las márgenes y sin anotaciones en el fin del libro, como veo que están otros libros, aunque sean fabulosos y profanos, tan llenos de sentencias de Aristóteles, de Platón y de toda la caterva de filósofos, que admiran a los leyentes, y

1 Por lo que toca a dar libros a la estampa, *dormía* CERVANTES en el silencio del olvido desde el año de 1585, en que salió a luz *La Galatea*; en cuanto a no sonar su nombre como autor dramático, desde entonces o muy poco después: en la primavera de 1585 se estrenó con aplauso su comedia *La Confusa*. Véase mi artículo intitulado *Una escritura inédita de Cervantes*, que publiqué en *La Ilustración Española y Americana* (8 de mayo de 1913) y reproduje en mi libro *Burla burlando...*, pág. 431 de la segunda edición (Madrid, 1914).

2 Este pasaje cita el insigne filólogo don Rufino José Cuervo, *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano*, 6.^a edición, París, 1914, § 466, como ejemplo de que “en ciertas frases, con acompañado de un nombre se toma por a pesar de”. La frase familiar *con mis, tus o sus, años auestas*, sigue faltando en el léxico de la Academia Española, aunque nuestros abuelos, como nosotros, la usaron frecuentemente. La infanta doña Isabel Clara Eugenia, en carta al Duque de Lerma (Bruselas, 7 de abril de 1600), apud *Correspondencia de la infanta archiduquesa...*, publicada por Rodríguez Villa: “Lo de Ingalaterra camina como allá vereis: y quisiera hartó que mi hermano oyese al Audencier de la manera que anda *con sus años auestas* la Reyna, y lo que dança...”

9 En este y otros lugares de su prólogo CERVANTES alude conocidamente a Lope de Vega, con quien andaba enemistado en 1604 y 1605. En la obra intitulada *El Peregrino en su patria*, que salió a luz el primero de estos años, a cada paso se barajan los nombres de *Aristóteles, Platón y toda la caterva de filósofos*. Véase, por ejemplo, el comienzo del libro III (fol. 109) de la edición príncipe: “Dize Boecio que ninguno es desdichado sino el que piensa que lo es. Y Seneca, que ninguna tierra es destierro, sino otra diferente patria. Y Terencio,

tienen a sus autores por hombres leídos, eruditos y elocuentes? Pues ¿qué cuando citan la Divina Escritura? No dirán sino que son unos Santos Tomases y otros doctores de la Iglesia; guardando en esto
 5 un decoro tan ingenioso, que en un renglón han pintado un enamorado distraído y en otro hacen un sermoncico cristiano, que es un contento y un regalo oílle o leelle. De todo esto ha de carecer mi libro, porque ni tengo qué acotar en el margen, ni qué anotar en el fin, ni menos sé qué autores sigo en él, para
 10 ponerlos al principio, como hacen todos, por las letras del A B C, comenzando en Aristóteles y acabando en Xenofonte y en Zoílo o Zeuxis, aunque

que conuiene pensar en las desdichas, porque quando vengan, ninguna parezca nueua. Y Adimanto en Platon, que ninguna cosa grande es facil. Y Aristoteles, que mas se ama lo que se alcanza con mayor trabajo. Y Tulio... Y Demostenes..."

1 Va sobrentendido éstos: "y tienen [éstos: los leyentes] a sus autores por hombres leídos..."

2 Leo como interrogación y no como admiración esta frase, a diferencia de lo que, siguiendo el uso general, hice en mis ediciones anteriores, porque caigo en la cuenta de que al comienzo de ella hay un signo interrogativo en la edición príncipe... Nótese además que la expresión es elíptica, equivalente a *Pues ¿qué sucederá cuando...*

6 *Distraído*, a lo vulgar, forma que por ocurrir otras veces no puede achacarse a yerro de la imprenta.

7 También esto va dicho por Lope de Vega, y por *El Peregrino en su patria*, en el cual hay muestras frecuentes de lo uno y lo otro. Lo del *enamorado distraído* puede echarse de ver, por ejemplo, en la historia de Pánfilo y Nise (fols. 115 vto. y siguientes), y por lo que toca a *sermoncicos cristianos*, hailos acá y allá, tales, por ejemplo, como lo que dice el peregrino alemán acerca de la devoción de las imágenes (fol. 58 vto.), y los milagros que se cuentan en otro lugar (fols. 65 vto. y siguientes), etc.

13 Algunos editores, Clemencín y Fitzmaurice-Kelly entre ellos, han leído *Zóilo*, quizás porque en la edición príncipe tiene este nombre y, inacentuable, en lugar de *í*. Don Felipe

fué maldiciente el uno y pintor el otro. También ha de carecer mi libro de sonetos al principio, a lo menos, de sonetos cuyos autores sean duques, marqueses, condes, obispos, damas o poetas celebérrimos; aunque si yo los pidiese a dos o tres oficiales

Robles Dégano, en la pág. 210 de su *Ortología clásica de la lengua castellana* (Madrid, 1905), afirma que “todos los antiguos decían *Zóilo*”, y no *Zóilo*, y añade, indicando los lugares con que se comprueba, que el primero que dijo *Zóilo* fué Salinas (Manuel), y detrás de éste todos los modernos, excepto el osunés don Manuel de Arjona. Por lo que toca a CERVANTES, no ofrece duda la pronunciación de esta palabra, porque la usó a fin de verso en el *Viage del Parnaso*, fol. 11 vto.:

“Este, aunque tiene parte de *Zoylo*,
Es el grande Espinel, que en la guitarra
Tiene la prima y en el raro estilo.”

5 Alude CERVANTES nuevamente a los libros de Lope de Vega, abastadísimos de poesías laudatorias, las más, de personas de mucho viso. Al frente del *Isidro* (1599) van nueve, entre ellas, una del Marqués de Sarria y dos de doña Isabel de Figueroa y doña Marcela Trillo de Armenta; la *Arcadia* (1598) lleva no menos de trece, de la doña Marcela Trillo una de ellas; en *La hermosa de Angelica, con otras diversas Rimas* (1602) hay doce, siete de las cuales son respectivamente del Príncipe de Fez, el Marqués de la Adrada, el Comendador Mayor de Montesa, el Conde de Villamor, el Conde de Adacuez, doña Isabel de Figueroa y *Camila Lucinda*; y finalmente, en los principios de *El Peregrino en su patria* (1604) figuran ocho, y de ellas dos de don Juan de Arguijo y don Francisco de Quevedo y una de la mencionada *Camila Lucinda*, amante de Lope.

5 *Oficiales*, en la acepción de *menestrales* o *artesanos*. *Oficial* es, según el *Diccionario* de la Academia, “el que en un oficio manual ha terminado el aprendizaje y no es maestro todavía”. Por el dicho de CERVANTES se viene en conocimiento de que aún entrado el siglo XVII era frecuente darse los oficiales mecánicos al cultivo de la poesía, tal como en Sevilla por los años de 1569, cuando el licenciado Francisco Pacheco, tío del pintor del mismo nombre, dijo aludiendo a las Musas, en su *Sátira apologética en defensa del divino Dueñas*, que publicó anotada en la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos* (1907):

amigos, yo sé que me los darían, y tales, que no les igualasen los de aquellos que tienen más nombre en nuestra España. En fin, señor y amigo mío —proseguí—, yo determino que el señor don Quijote se quede sepultado en sus archivos en la Mancha, hasta que el cielo depare quien le adorne de tantas cosas como le faltan; porque yo me hallo incapaz de remediarlas, por mi insuficiencia y pocas letras, y porque naturalmente soy poltrón y perezoso de andarme buscando autores que digan lo que yo me sé decir sin ellos. De aquí nace la suspensión y elevamiento, amigo, en que me hallastes; bastante causa para ponerme en ella la que de mí habéis oído.

“Pues ¡ya de *oficiales* baja raza!
No hay quien pueda sufrir que del aguja
Salten a darles por detrás la caza.”

Y aun parecía naturalísimo al buen sentido de CERVANTES que hubiese algunos buenos poetas entre los *oficiales*, y así hizo decir a Mauricio en *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*, libro I, cap. XVIII: “Posible cosa es que un *oficial* sea poeta, porque la poesía no está en las manos, sino en el entendimiento, y tan capaz es el alma del sastre para ser poeta como la de un maese de campo...”

13 Porque Clemencín hallaba confusa la expresión del texto, “que dejaría de serlo si se expresase el verbo sustantivo: “De aquí nace la suspensión en que me hallastes: *siendo* bastante causa para ponerme en ella la que de mí habéis oído”, y porque, al par, me pareció que en este lugar, como en otros que ya iremos notando, se había omitido inconscientemente uno de dos grupos iguales e inmediatos (hallastes, *es...*), añadí en la edición de “Clásicos Castellanos” el verbo sustantivo. De hombres es el errar, y de hombres de bien el confesar los errores. A la verdad, no hacía falta alguna expresar el verbo; demuéstrole el mismo CERVANTES, cuando dice en el *Coloquio de los perros Cipión y Berganza*: “Infelicidad del buen príncipe *ser culpado* de sus súbditos...”, y más claramente don Francisco Manuel de Melo en este pasaje de su *Historia de los movimientos, y separacion de Cataluña...* (Lisboa, Paulo Cras-

Oyendo lo cual mi amigo, dándose una palmada en la frente y disparando en una carga de risa, me dijo:

—Por Dios, hermano, que agora me acabo de desengañar de un engaño en que he estado todo el mu- s

beeck, 1645), libro III, fol. 72: "...recibió D. Juan un mosquetazo en la mano derecha y otro en el peto, de que cayó herido; *bastante ocasion* para descomponer gentes más osadas, cuanto y más aquéllas."

2 A fijar el significado de *disparar en una carga de risa*, o *con una larga risa* —que dos veces, y no una como afirma Cortejón, está dicho *disparar con* en el *Quijote* ("al cabo *disparaba con* tantas neociedades..." (II, I), y "*disparaba con* una risa que le duraba una hora..." (II, LIV)— contribuirán estos dos lugares de la segunda parte de *Guzmán de Alfarache*, escrita por Mateo Luján de Sayavedra, seudónimo de Juan Martí: "El otro de cuando en cuando *desparaba en reir* y decia: "Calla, borracha." (Libro II, cap. I, apud *Biblioteca de Rivadeneyra*, t. III, pág. 382 b.) "Uno de los caballeros hijos de vecino que venían al olor de mi probática piscina *disparó en una risa*, que no la pudo sostener..." (Libro III, cap. IX, página 422 b.) Ahora bien, ¿hay yerro en lo de *una carga de risa*? Tanto ha parecido haberlo a los editores del *Quijote*, que sólo en las dos ediciones primeras de Lisboa, entre las antiguas, y en la de Fitzmaurice-Kelly, entre las modernas, se ha respetado la lección de la príncipe, Cortejón, para desecharla, tuvo fundamento tan baladí como éste: "Unas veinte veces —dice— se encuentra [en el *Quijote*] la palabra *carga*; pero nunca en compañía del vocablo *risa*." Discurriendo con tal agudeza, fácil sería enmendar la mitad del famoso libro, pues frecuentemente se dan en él casos únicos, así de palabras como de frases. Veamos esto. En mi discurso acerca de *El andalucismo y el cordobésismo de Miguel de Cervantes* (Madrid, 1915), pág. 14, dije: "Y también se muestra su andalucismo en lo de medir festivamente con medidas de capacidad las cosas in-materiales, verbigracia, cuando promete al lector *dos fanegas de risa* (II, XLIV) para cuando sepa cómo se portó Sancho en el gobierno de su ínsula, expresión que hace recordar el comienzo de un romance de Góngora:

"Dejad los libros un rato,
"Señor licenciado Ortiz,

cho tiempo que ha que os conozco, en el cual siempre os he tenido por discreto y prudente en todas vuestras acciones. Pero ahora veo que estáis tan lejos de serlo como lo está el cielo de la tierra. ¿Cómo
 5 que es posible que cosas de tan poco momento y tan fáciles de remediar puedan tener fuerzas de suspender y absortar un ingenio tan maduro como el vuestro, y tan hecho a romper y atropellar por otras dificultades mayores? A la fe, esto no nace de falta
 10 de habilidad, sino de sobra de pereza y penuria de discurso. ¿Queréis ver si es verdad lo que digo?

"Porque tengo que contaros

"De cosillas un cahiz."

Pues a las *dos fanegas de risa* y al *cahiz de cosas* equivale, *mutatis mutandis*, la *carga de risa* en que disparó el amigo de quien nuestro autor va hablando. Dice figuradamente *una carga de risa*, como en otro lugar (II, 11) manifiesta que don Quijote estaba temeroso de que Sancho "desbuchase un montón de necedades". A corregir CERVANTES, como algunos soñaron, tal o cual edición de su novela, la de 1608 verbigracia, ¿cómo había de enmendar lo de la *carga de risa*, encarecimiento hiperbólico tan propio de su amada Andalucía, que, en frase del inolvidable maestro Menéndez y Pelayo, fué "verdadero campo de su observación y verdadera patria de su espíritu"?

5 Cortejón puntúa este pasaje: "¡Cómo! ¿Qué es posible..." Así no está bien, y menos con el *que* acentuado. Hoy lo decimos sin el *que*: "¿Cómo es posible que yo vuelva a ser amigo de un tal sujeto?" Pero antaño decíase como aquí lo dijo CERVANTES. El doctor Francisco de Ávila, en sus *Diálogos en que se trata de quitar la presunción, y brio al hombre a quien el fauor y prosperidad del mundo tiene vanaglorioso...* (Alcalá, Juan de Lequerica, 1576), fol. 85: "Pues ¿cómo que es posible que lo que alcançaron a entender gentiles no lo ha de alcançar vn hombre christiano?" Y al fol. 140: "Pues ¿cómo que es posible que aya hombre descontento de estado [alude al sacerdocio] que si angeles lo tuuieran, estuuieran contentos?"

7 Absortar: un verbo parecido a *exentar*. CERVANTES lo empleó no sólo en este pasaje, sino también en otro del *Coloquio de los perros Cipión y Berganza*.

Pues estadme atento y veréis cómo en un abrir y cerrar de ojos confundo todas vuestras dificultades y remedio todas las faltas que decís que os suspenden y acobardan para dejar de sacar a la luz del mundo la historia de vuestro famoso don Quijote, 5 luz y espejo de toda la caballería andante.

—Decid,—le repliqué yo, oyendo lo que me decía—, ¿de qué modo pensáis llenar el vacío de mi temor y reducir a claridad el caos de mi confusión?

A lo cual él dijo:

—Lo primero en que reparáis de los sonetos, epigramas o elogios que os faltan para el principio, y que sean de personajes graves y de título, se puede remediar en que vos mismo toméis algún trabajo en hacerlos, y después los podéis bautizar y poner 15

2 El Diccionario de la Academia registra sólo tres formas de esta frase: “*En un abrir, o en un abrir y cerrar, o en un volver, de ojos.*” Muchas más usaron nuestros autores del buen tiempo. Hallo en la *Vida* de Santa Teresa de Jesús, cap. xiv, *a un cierra ojo e abre*; en fray Antonio de Solís, *Consuelo de los estados* (Medina del Campo, Francisco del Canto, M.D.LXXXVI), fol. 28 vto., *a vn menear de ojos*; en don Francisco de Miranda y Paz, *El Desengañado. Philosophia moral* (Toledo, Francisco Calvo, 1663), fol. 68, *a vn mirar de ojos*; en *El perfecto Regidor* de don Juan de Castilla y de Aguayo (Salamanca, Cornelio Bonardo, 1586), fol. 36 vto., *en abrir y cerrar el ojo*; en el *Retrato del perfeto medico*, de Anrique Jorge Anríquez (Salamanca, Iuan y Andrés Renaut, 1603), página 83, *en cerrar y abrir el ojo*; en la *Exposicion del Libro de Job*, de fray Luis de León (Madrid, Pedro Marín, M.DCC.LXXIX), págs. 140 y 277, *en un abrir de ojo y en un abrir del ojo*; en la *Comedia llamada Florinea*, del bachiller Juan Rodríguez Florián (Medina del Campo, Adrián Ghemart, 1554), fol. 61, *en vn guiñar del ojo*; en *La desordenada codicia de los bienes agenos*, de Carlos García, pág. 188 de la reimpression de Sevilla, 1886, *en vn pestañear de ojos...*

14 Pellicer, Máinez, Benjumea y algún otro enmendaron aquí: “se puede remediar con que vos mismo toméis algún trabajo...” A primera vista parece que tuvieron razón para ello;

el nombre que quisiéredes, ahijándolos al Preste Juan de las Indias o al Emperador de Trapisonda, de quien yo sé que hay noticia que fueron famosos

pero no cuando se mira despacio y a mejor luz. Está bien dicho con el *en*: es como si dijera "*en* tomar vos mismo algún trabajo"; y como el infinitivo tras *en* equivale a gerundio, se ha de entender así: "se puede remediar *tomando* vos mismo algún trabajo en hacerlos..." Ya lo había dicho Antonio de Nebrija en el libro III, cap. XII, de su *Gramática de la lengua castellana* (Salamanca, M.cccxcxij): "Gerundio en el castellano es una de las diez partes de la oración, la cual vale tanto como el presente del infinitivo del verbo de donde viene *ç* esta preposición *en*, porque tanto vale *leyendo el virgilio aprovecho* como *en leer el virgilio aprovecho*."

1 También esta piedra va enderezada a los vidrios de Lope de Vega, que, sin duda, escribió muchas de las poesías laudatorias que lucen en los principios del *Isidro*, la *Arcadia*, la *hermosura de Angélica* y *El Peregrino*. A lo menos, de la famosa *Camila Lucinda* (Micaela de Luján), que figura con poesías en los principios de dos de estos libros de su amante, consta que no sabía escribir, *ni firmar siquiera*: lo demostré en mi conferencia intitulada *Lope de Vega y Camila Lucinda* (Madrid, 1914), donde, fundado en documentos fehacientes hallados por mí en el Archivo de protocolos de Sevilla, dije (pág. 24): "Micaela no sabía firmar, de lo cual colijo que no son sino del mismo Lope las composiciones poéticas laudatorias que como de ella aparecen en los libros de éste, bien que su misma perfección ya hacía sospecharlo." Muchos de los "personajes graves y de título" que tienen poesías encomiásticas en los libros de Lope, y, en general, en los de su tiempo, no eran capaces de hacer ni los malos sonetos que salen a sus nombres; antes por el contrario, los componían los autores de tales libros, de donde escritores y apologistas iban ganando en la opinión general, los unos, como loados por personajes de campanillas; y los otros, como cultivadores del trato de las Musas y mecenas de los hombres estudiosos.

2 Del famoso Preste Juan de las Indias, tan traído y llevado en nuestros libros de los siglos XVI y XVII trataré en nota del capítulo XLVII de esta primera parte; y del imperio de Trapisonda, en el capítulo I de la misma.

3 El relativo *quien* hacía a singular y a plural en el tiempo de CERVANTES. En rigor, pues, erraron los que censuraban a

poetas; y cuando no lo hayan sido y hubiere algunos pedantes y bachilleres que por detrás os muerdan y murmuren desta verdad, no se os dé dos maravedís; porque ya que os averigüen la mentira, no os han de cortar la mano con que lo escribistes. 5

En lo de citar en las márgenes los libros y autores de donde sacáredes las sentencias y dichos que pusiéredes en vuestra historia, no hay más sino ha-

nuestro gran poeta Zorrilla porque hizo decir a don Juan Tenorio:

“No os podéis quejar de mí,
Vosotros a *quien* maté...”

Asinismo hacía a persona y cosa. Véase acerca de este pronombre el § 329 de la *Gramática de la Lengua castellana* de don Andrés Bello, 11.^a edición, hecha sobre la última del autor y anotada por don Rufino José Cuervo (París, 1908), y la nota 59 del insigne filólogo colombiano.

1 Este *cuando*, que se emplea muchas veces en el *Quijote* como conjunción adversativa equivalente a *aunque*, es hoy de uso poco frecuente. Por lo común, decimos *aun cuando*, y no *cuando* a secas.

4 La frase *No dársele a uno nada de*, o *por*, una cosa, suele variarse poniendo en lugar de *nada* algo de escasisimo valor, como *un higo* (*Quijote*, II, VIII), *un ardite* (*Id.*, II, XXXII), etcétera. Y aun más de un objeto, como en el caso presente: *no se os dé dos maravedís*, sin que haya de expresarse en plural el verbo, así porque los *dos maravedís* están equivaliendo a *nada*, como porque este *dar* no es el *dar* correlativo de *recibir*, sino el sinónimo de *importar*, con el cual se usa promiscuamente: *Me da*, o *me importa*, *un bledo*. A veces la frase deja de tener explícita forma negativa, porque ya el *nada*, o lo que en su lugar se pone, lleva consigo la negación: *Nada se me da de*, o *por*, *tus quejas*; *Eso me da*, o *me importa*, *tres cominos*. Una copla popular andaluza:

“De que usté a mí no me quiera
Se me da tres caracoles:
Más arriba y más abajo
Me están queriendo a montones.”

cer de manera que vengan a pelo algunas sentencias o latines que vos sepáis de memoria, o, a lo menos, que os cuesten poco trabajo el buscarlos, como será poner, tratando de libertad y cautiverio:

5 "Non bene pro toto libertas venditur auro."

Y luego, en el margen, citar a Horacio, o a quien

1 En la edición príncipe, *venga*.

3 La concordancia "que el buscarlos os *cuesten* poco trabajo" es mala para hoy, y aun creo que no fué buena para ningún tiempo; pero todavía está peor en la edición príncipe, que dice *el buscallo*, aunque claramente alude a las sentencias o latines acabados de nombrar. Unos editores han leído *que os cueste*, otros *el buscallo*, *de buscallo*, *buscallos*, sin el artículo... ¿Escribiría CERVANTES *al buscallos*?

6 Clemencín, que con frecuencia parece puerilmente empeñado en hacer ver que él sabía más que CERVANTES, acudió aquí con su fórmula de dómine, y enmendó diciendo que "no fué Horacio quien lo dijo, sino el autor anónimo de las fábulas llamadas *esópicas*". Cortejón saca la cara por CERVANTES y dice que "cuando acababa de recibir la galante visita de la inspiración, no iba a interrumpirla bruscamente y cerrar la cancela, para irse en busca de la cita que un recuerdo de vaga lectura le había traído a la memoria". Todo esto se ahorrara con hacerse cargo, 1.º, de que no es CERVANTES el que aquí habla, sino un su amigo, a quien supone más o menos bien enterado de la verdadera paternidad de la sentencia latina, y 2.º, de que el tal amigo no afirma que ésta fuese de Horacio; antes, sin ahijársela con fijeza, añade: "Y luego, en el margen, citar a Horacio, o a quien lo dijo." Para don Julio Cejador (*La Lengua de Cervantes*, t. II, Madrid, 1906), "CERVANTES sabía muy bien de quién eran los textos que cita; pero trastrueca los autores adrede, riéndose de esta erudición barata que algunos afectaban, y entre otros Lope". A Ovidio atribuyó tal verso latino Antonio de Torquemada en su *Coloquio del juego* (Los *colloquios satíricos*, Mondoñedo, Agustín de Paz, 1553, fol. 1 vuelto): "...siendo esta libertad tan sin precio, que dize Ouidio della que no se vende bien por todo el oro del mundo." El pensamiento de las fábulas *esópicas* corrió en el Derecho al par que en la Poesía: *Libertas est res inestimabilis*, dijeron los romanos al tratar de *regulis juris*.

lo dijo. Si tratáredes del poder de la muerte, acudir luego con

*"Pallida mors aequo pulsat pede pauperum tabernas,
Regumque turres."*

Si de la amistad y amor que Dios manda que se ⁵ tenga al enemigo, entraros luego al punto por la Escritura Divina, que lo podéis hacer con tantico

4 Horacio, oda iv del libro I.

6 No *entráos*, como leyeron malamente Clemencín y algún otro, sino *entraros*, en infinitivo, como antes "*citar a Horacio*" y "*acudir luego con...*" Es todo lo que CERVANTES tenía que hacer para salir de su atranco: "*citar a...*", "*acudir con...*" y "*entrarse por...*"

6 *Luego al punto* equivale a *muy luego*; a *en seguidita*, que decimos los andaluces para indicar que se ha de hacer una cosa *tan pronto como ya*, o *ya mismito*. Es el *luego luego* que emplea CERVANTES otras veces, superlativando por repetición, como solían hacerlo los hebreos, y como lo hacen los niños.

7 Decir *tantico* o *tantito* en significación de una *'pizca*, un *ápice*, un *poquito*, es como decir *tanto así*, señalando con el dedo pulgar, o con el índice, una cosa mínima de otro dedo: el canto de la uña, verbigracia. Era y es diminutivo muy usado por el pueblo: a 7 de agosto de 1534, dando tormento el tribunal del Santo Oficio de Toledo a la hechicera Catalina de Tapia, y empezadas a atar las piernas "e amonestada que diga la verdad e por qué lo dezía [que invocaba a los demonios], dixo que lo dezía riyendo por hazer burla; e dixo: señores, vuestras mercedes hagan lo que quisieren, que ya sé que tengo de morir; a vuestras mercedes encomiendo mi ánima. Dixo que si supiese *tantico*, lo diría, porque la quitasen de aquí." (Archivo Histórico Nacional, Inquisición de Toledo, Procesos, leg. 96, n.º 267.) El maestro Baltasar Pérez del Castillo, *El Theatro del mundo de Pedro Bovistvav, llamado Launay, En el qual amplamente trata las miserias del hombre...* (Alcalá, Andrés de Angulo, M.D.LXVI), fol. 116: "Despues que el hombre ha trabajado, sospirado y affanado dias y noches por llevar al buen puerto el pesado fardel de las miserias y desdichas, razon fuera que tuuiera *tantico* de descanso..." Fray Pedro de Oña, *Primera parte de las postrimerías del hombre* (Madrid, Luis

de curiosidad, y decir las palabras por lo menos del mismo Dios: "*Ego autem dico vobis: diligite inimicos vestros.*" Si tratáredes de malos pensamientos, acudid con el Evangelio: "*De corde exeunt cogitationes malae.*" Si de la inestabilidad de los amigos, ahí está Catón, que os dará su dístico:

*"Donec eris felix, multos numerabis amicis.
Tempora si fuerint nubila, solus eris."*

Sánchez, 1603), pág. 518: "No ha menester más el demonio que embiar vn pensamiento, para arrebatarlos el alma; no más que soplar *tantico* con vn viento de honra, para derrocaros como casilla de naipes..." Otras veces decíase con el artículo indeterminado *un*, como en otro lugar del *Quijote* (II, XLII): "Si vuestra señoría fuese servido de darme *una tantica* parte del cielo..."

1 El modo adverbial *por lo menos* significa en este lugar, y en algún otro en que haré más extensa nota (II, LVIII), *nada menos que*, o *no menos que*, acepción que falta en el *Diccionario* de la Academia.

3 San Mateo, cap. v, 44.

5 San Mateo, cap. xv, 19.

8 Bowle y Clemencín notaron que este dístico no es de Catón, sino de Ovidio, libro I de *Los Tristes*, elegía IX. El pensamiento que expresa anda repetidísimo en diversidad de obras sagradas y profanas. Salomón dijo (*Proverbios*, XIX, 4): "*Divitiae addunt amicos plurimos, à paupere autem et hi, quos habuit, separantur.*" Análogamente Petronio Árbitro:

*"Cum fortuna manet, multum servatis amici;
Cum cecidit, turpi vertitis ora fuga."*

Con tanto gracejo como brevedad lo resume uno de los adagios de Erasmo: "*Fervet olla, vivit amicitia.*" Y porque esta de los amigos es doctrina que a todos conviene tener muy en memoria, para no fiar de hábiles y estudiadas apariencias, he de cargar un poco la mano en las citas de buenas autoridades morales que vienen al caso. Mi egregio paisano fray Francisco de Osuna, recordando un pensamiento de Boecio en la *Ley de amor y quarta parte del Abecedario espiritual*, fol. cxliiij de la edición de Burgos, Juan de Junta, 1536: "La contraria fortuna te apartará los dudosos amigos de los ciertos: quando se fue la pros-

Y con estos latinicos y otros tales os tendrán si-
quiera por gramático; que el serlo no es de poca
honra y provecho el día de hoy.

En lo que toca al poner anotaciones al fin del
libro, seguramente lo podéis hacer, desta manera: 5
si nombráis algún gigante en vuestro libro, hacelde
que sea el gigante Golías, y con sólo esto, que os
costará casi nada, tenéis una grande anotación, pues
podéis poner: "El gigante Golías o Goliat. Fué un

peridad se lleuó sus amigos y dexó los tuyos..." Fray Diego de
Estella, *Primera parte del libro de la Vanidad del mundo* (Sa-
lamanca, Mathias Gast, M.D.LXXVI), fol. 39: "Los que te
parece que son tus amigos no lo son segun verdad, sino ama-
dores de sí mismos: pretenden su interesse, y a sí mismos bus-
can en ti... El árbol quando tiene su fruta es visitado, porque
se la cogen; pero en acabando se la fruta, es dexado y no curan
dél." Y, en fin, fray Héctor Pinto, en su *Dialogo de la verda-
dera amistad*, apud segunda parte de los *Dialogos de la imagen
de la vida christiana*, traducida por el doctor Gonzalo de Illes-
cas (Medina del Campo, Francisco del Canto, M.D.LXXXV),
folio 153 vto.: "Assi como la sombra no nos acompaña sino
quando nos alumbra el sol, y quando se cubre de nuues el ayre
luego desaparece, assi ay algunos que no nos acompañan sino
en el resplandor de la prosperidad, y en viendo la aduersidad,
luego desaparecen."

6 *Hacelde*, por *hacedle*, metátesis comunísima antaño en el
imperativo con enclítico.

9 Nuestros abuelos decían indistintamente *Golías* y *Goliat*.
Lope de Vega, en la jorn. 1 de *David perseguido y Montes de
Gelboé*:

"ZAQUEO. Es David, por gran ventura,
 Quién causa estas alegrías.
VEJETE. ¿No es el que mató a Golías?
ZAQUEO. ¡Oigan, que sabe Escritura!"

Moreto, en la jorn. 1 de *La fuerza de la ley*:

"GREGÜESCO. Escribe Libio Cenacho...
REY. ¿Qué autor es ése?
GREG. Moderno.

filisteo a quien el pastor David mató de una gran pedrada, en el valle de Terebinto, según se cuenta en el libro de los Reyes”, en el capítulo que vos halláredes que se escribe.

- 3 Tras esto, para mostraros hombre erudito en letras humanas y cosmógrafo, haced de modo como en vuestra historia se nombre el río Tajo, y veréisos luego con otra famosa anotación, poniendo: “El río Tajo fué así dicho por un rey de las Españas; tiene su nacimiento en tal lugar, y muere en el mar Océano, besando los muros de la famosa ciudad de Lisboa, y es opinión que tiene las arenas

Que Polifemo un invierno,
Aquel gigante borracho
Más célebre que el de *Oliás*...

REY.

Goliat será.

GREG.

Es verdad.

Oliás o *Goliad*.

Todo va por las folias.”

2 *Del Terebinto*, y no *de Terebinto*, se llama este valle en la sagrada Escritura, por lo cual, apartándome de la edición príncipe, leí *del* en las mías. Vuelvo sobre mi acuerdo al considerar que no hubo errata en ello, sino hábito de CERVANTES, que así lo había leído en el *parnaso* de Italia. Francisco Petrarca, en su *Triumpho de Amore*:

“Ne giacque sì smarrito nella valle
Di Terebinto quel gran Philisteo...”

Y Torcuato Tasso, en el canto VII de *La Gierusalemme liberata*:

“Signor, tû che drizzasti in contra l' empio
Golia l' armi inesperte in *Terebinto*...”

4 En el cap. XVII del primero de los cuatro libros bíblicos llamados *de los Reyes*.

6 Cortejón acentúa (y no es por errata, porque lo hace muchas veces) este *cómo*, que no es sino equivalente a *que* y no tiene que ver cosa alguna con el *quomodo* latino.

de oro", etc. Si tratáredes de ladrones, yo os diré la historia de Caco, que la sé de coro; si de mujeres ramerías, ahí está el Obispo de Mondoñedo, que os prestará a Lamia, Laida y Flora, cuya anotación os dará gran crédito; si de crueles, Ovidio os entregará a Medea; si de encantadoras y hechiceras, Homero tiene a Calipso y Virgilio a Circe; si de capitanes valerosos, el mismo Julio César os prestará a sí mismo en sus *Comentarios* y Plutarco os dará mil Alejandro. Si tratáredes de amores, con dos onzas que sepáis de la lengua toscana, to-

1 En la exposición de nombres históricos y poéticos que sigue a la *Arcadia* de Lope de Vega, dice éste del Tajo: "Tajo, río de Lusitania, nace en las sierras de Cuenca, y tuuo entre los antiguos fama de llevar como Pactolo arenas de oro; assi lo creyó Ausonio...; donde entra en el mar por la insigne Lisboa." Con razón, reparando en tal coincidencia, presumía Hartzenbusch que aquí, como en otros pasajes de estos principios, CERVANTES aludió a Lope de Vega, con quien andaba enemistado por causas que conjeturó el mismo Hartzenbusch en su artículo intitulado *Cervantes y Lope en 1605* y reimpreso al fin de *Las 1633 notas...*; causas que a la luz de nuevos datos históricos examiné en mi edición crítica de *Rinconete y Cortadillo*, páginas 164-167 de la primera edición (Sevilla, 1905) y 160-163 de la segunda (Madrid, 1920).

2 Virgilio, *Encida*, libro VIII, 185.

5 Don Antonio de Guevara, a quien dieron mucha fama sus libros y, particularmente, sus *Epístolas familiares*, en una de las cuales (*Biblioteca* de Rivadeneyra, tomo XIII, pág. 177) trata de Lamia, Laida y Flora, "y es letra —dice el epígrafe— muy sabrosa de leer, en especial para los enamorados". El elogio de CERVANTES tiene visos de irónico.

6 Ovidio trata de Medea en el libro VII de sus *Metamorfosis*.

6 En la edición príncipe, *encantadores*.

7 Homero trata de Calipso en diversos lugares de la *Odisea*, y Virgilio de Circe en el libro VII de la *Eneida*.

10 Se refiere al libro de *Vidas paralelas*, de Plutarco, en donde cuenta las de muchos famosos capitanes.

paréis con León Hebreo, que os hincha las medidas. Y si no queréis andaros por tierras estrañas, en vuestra casa tenéis a Fonseca, *Del amor de Dios*, donde se cifra todo lo que vos y el más ingenioso
 5 acertare a desear en tal materia. En resolución, no hay más sino que vos procuréis nombrar estos nombres, o tocar en la vuestra estas historias que aquí he dicho, y dejadme a mí el cargo de poner las anotaciones y acotaciones; que yo os voto a tal de lle-

1 A la verdad, no era necesario saber esas dos onzas de la lengua toscana para leer los *Diálogos de amor* del lusitano León Hebreo, estando traducidos al castellano, no sólo por Guedella Jahia (1568), sino también por micer Carlos Montesa (1584) y por Garcilaso Inga de la Vega (1590).

1 Claro que este *hincha* es subjuntivo de *henchir*, y no indicativo de *hinchar*.

3 El *Tratado del amor de Dios* del agustino fray Cristóbal de Fonseca. Contra lo dicho por Clemencin, la primera edición no es de Barcelona, 1594, sino de Salamanca, Guillelmo Foquel, M.D.XCII. Años después publicó en dos tomos la *Segunda parte*, siendo ya prior del convento de San Felipe, de Madrid (Valencia, Juan Chrysostomo Garriz, 1608, el primero, y el segundo, Valencia, Pedro Patricio Mey, 1608).

5 Lo mismo que CERVANTES vino a decir en 1621 Francisco Moreno, que comentaba en el Arahál (Sevilla) para el cosmógrafo baezano Antonio Moreno Vilches los refranes recogidos por el comendador Hernán Núñez. Consérvase el original autógrafo de tal glosa en la Biblioteca de la Real Academia Española. Anotando al fol. 171 el refrán: "Amar y saber no puede todo ser", dice: "Quien quisiere ver los efectos del amor y cómo enajena y saca de sí al que ama, lea en el capítulo 8 *Del amor de Dios* del padre fray Christoual Fonseca, agustino, y quedará con mucho gusto y satisfacción."

8 En todas las ediciones se lee: "o tocar estas historias en la vuestra, que aquí he dicho"; pero es tan violenta la transposición, que en vano se buscaría en todo CERVANTES otra que se le parezca. Así, teniéndola por errata del primer impresor no corregida después, me he tomado la libertad de enmendarla. Seré muy parco en permitirme este linaje de licencias y las razonaré siempre.

naros las márgenes y de gastar cuatro pliegos en el fin del libro.

Vengamos ahora a la citación de los autores que los otros libros tienen, que en el vuestro os faltan. El remedio que esto tiene es muy fácil, porque no habéis de hacer otra cosa que buscar un libro que los acote todos, desde la *A* hasta la *Z*, como vos decís. Pues ese mismo abecedario pondréis vos en vuestro libro; que puesto que a la clara se vea la mentira, por la poca necesidad que vos teníades de aprovecharos dellos, no importa nada; y quizá alguno habrá tan simple que crea que de todos os habéis aprovechado en la simple y sencilla historia vuestra; y cuando no sirva de otra cosa, por lo menos, servirá aquel largo catálogo de autores a dar de improviso autoridad al libro. Y más, que no habrá quien se ponga a averiguar si los seguistes o no los seguistes, no yéndole nada en ello. Cuanto más que, si bien caigo en la cuenta, este vuestro li-

8 “Nuevo indicio —dice Clemencín al llegar a estas palabras— de que en el presente prólogo CERVANTES había tomado por su cuenta censurar a Lope de Vega.” Y recuerda a continuación que en *El Peregrino*, por el orden del *A B C*, puso una tabla de los autores citados, ciento cincuenta y cinco, y en el *Isidro* había puesto otra, que llega al número de doscientos sesenta y siete.

9 CERVANTES escribe casi siempre *puesto que*, y alguna vez *puesto caso que*, en la significación de *aunque* o *dado que*, cosa corriente en el uso de su tiempo. En *El Amante liberal*: “...y así, te ruego... que me digas qué es la causa que te traen tan demasíadamente triste; que *puesto caso que* sola la del cautiverio es bastante para entristecer el corazón más alegre del mundo, todavía imagino...”

14 Otra vez *cundo*, como páginas atrás (33, 1), en su corriente equivalencia antigua de *aunque* o *aun cuando*.

19 Advierte Bello (*Gramática*, § 1242) que *cuanto* más es adverbio interrogativo y puramente exclamatorio, y añade Cuer-

bro no tiene necesidad de ninguna cosa de aquellas que vos decís que le faltan, porque todo él es una invectiva contra los libros de caballerías, de quien nunca se acordó Aristóteles, ni dijo nada San Basilio, ni alcanzó Cicerón; ni caen debajo de la cuenta de sus fabulosos disparates las puntualidades de la verdad, ni las observaciones de la Astrología; ni le son de importancia las medidas geométricas, ni la confutación de los argumentos de quien se sirve la Retórica; ni tiene para qué predicar a ninguno mezclando lo humano con lo divino, que es un género de mezcla de quien no se ha de vestir ningún

vo (nota 146) que en esta frase adverbial “ha perdido ya cuanto la entonación interrogativa, por lo cual no se le pinta el acento”.

3 *Quien*, haciendo a plural, como poco ha (32, 3) y a cosa, como allí dije y veremos seis renglones después. *Entrambas* particularidades se dan en estos versos de una de las lamentaciones de Luis Barahona de Soto, pág. 602 de mi libro acerca de este poeta (Madrid, 1903):

“Pasaron los dulces días
Sin que fuesen conocidos,
Y los tristes son venidos,
Para *quien* sembré alegrías
Y me nacieron gemidos.”

5 Aristóteles, San Basilio y Cicerón —advierte Clemen-
cín— son tres autores de los citados en la tabla del *Isidro* de Lope de Vega.

5 También decía CERVANTES *caer debajo del número de*; dijolo, por ejemplo, en su *Coloquio de los perros Cipión y Berganza*, por boca de uno de ellos: “...por donde me doy a entender que este nuestro hablar tan de improviso *cae debajo del número de* aquellas cosas que llaman portentos...”

7 “Esto deben mirar —escribió atinadamente don Julio Cejador en su *Diccionario del Quijote* (*La lengua de Cervantes*, t. II), artículo *cuenta*— los que achacan a CERVANTES los anacronismos y otras pamplinas, que él puso a propósito, o dejó que salieran, en su libro.”

12 Juega de los vocablos *género de mezcla*, porque también

cristiano entendimiento. Sólo tiene que aprovecharse de la imitación en lo que fuere escribiendo; que cuanto ella fuere más perfecta, tanto mejor será lo que se escribiere. Y pues esta vuestra escritura no mira a más que a deshacer la autoridad y cabida 5 que en el mundo y en el vulgo tienen los libros de caballerías, no hay para qué andéis mendigando sentencias de filósofos, consejos de la Divina Escritura, fábulas de poetas, oraciones de retóricos, milagros de santos; sino procurar que a la llana, con pala- 10 bras significantes, honestas y bien colocadas, salga vuestra oración y período sonoro y festivo, pintando, en todo lo que alcanzáredes y fuere posible, vuestra intención; dando a entender vuestros conceptos, sin intrincarlos y escurecerlos. Procurad tam- 15

se llamaba *de mezcla* el tejido hecho de hilos de diferentes clases y colores. Cabalmente el autor de estas notas encontró en Sevilla y copió para el insigne cervantista don Cristóbal Pérez Pastor, entre otras diversas escrituras otorgadas por CERVANTES, una en que, fiado por su amigo el ex comediante Tomás Gutiérrez, se constituyó deudor de diez ducados, precio de cinco varas y media de *raja de mezcla* que había tomado para vestirse en el invierno de 1590 a 1591. (Pérez Pastor, *Documentos cervantinos*, t. II, núm. LVIII.)

4 Lope de Vega, en *La Dorotea*, fol. 196 vto. de la edición original (Madrid, Impr. del Reyno, 1632), cita el caso de un poeta que, respondiendo a un príncipe que le preguntaba cómo componía, dijo:

“—Cómo compones?—Leyendo,
Y lo que leo imitando,
Y lo imitado escriuiendo,
Y lo que escriuió borrando,
De lo borrado escogiendo.”

15 Fitzmaurice-Kelly, con algún otro, lee *intrincarlos*, no sé si teniendo por errata el *intricarlos* de las primeras ediciones. No lo era, y aun *entricar* se dijo y escribió, y está registrado en nuestros léxicos.

15 Hoy diríamos *ni escurecerlos*, usando la conjunción correspondiente a la preposición negativa *sin*; pero antaño *era*

bién que leyendo vuestra historia el melancólico se mueva a risa, el risueño la acreciente, el simple no se enfade, el discreto se admire de la invención, el grave no la desprecie, ni el prudente deje de alabarla. En efecto, llevad la mira puesta a derribar la máquina mal fundada destos caballerescos libros, aborrecidos de tantos y alabados de muchos más; que si esto alcanzásedes, no habríades alcanzado poco.

- 10 Con silencio grande estuve escuchando lo que mi amigo me decía, y de tal manera se imprimieron en mí sus razones, que, sin ponerlas en disputa, las

frecuentísimo escribirlo como aquí CERVANTES. Un poeta granadino de fines del siglo XVI y principios del XVII, en su lindísima composición inédita, en tercetos, titulada *Baco y sus bodas*:

“Y como a partes por quien son benditas
y honradas de los campos eliseos,
donde se vive *sin* quistion y gritas,
trotando allá encamina sus deseos...”

Y poco después, enumerando los vinos más famosos de España:

“*No faltó* el excelente de Marbella
y el de los buenos pagos de Granada,
de Loja el baladí, precioso en ella.”

Para don Vicente García de Diego (*Elementos de Gramática Histórica Castellana*, Burgos, 1914, pág. 280), el pasaje cervantino “es propiamente un caso de elipsis de *sin*, y no una sustitución de *ni* por *y*.”

5 Ahora, pues todo en la cláusula va afirmando, diríamos: “y el prudente *no* deje de alabarla.”

6 En este y los anteriores consejos el “gracioso y bien entendido” amigo de CERVANTES se pasa de listo; pues ¿a qué cuento podían venir, escrita ya la historia de don Quijote y pendiendo sólo del prólogo el sacarla a correr mundo?

8 En el apéndice IV del tomo VII resumiré algunas de las opiniones generales que he hallado en mis lecturas acerca de los libros de caballerías.

aprobé por buenas, y de ellas mismas quise hacer este prólogo, en el cual verás, lector suave, la discreción de mi amigo, la buena ventura mía en hallar en tiempo tan necesitado tal consejero, y el alivio tuyo en hallar tan sincera y tan sin revueltas ⁵ la historia del famoso don Quijote de la Mancha, de quien hay opinión por todos los habitantes del distrito del campo de Montiel que fué el más casto enamorado y el más valiente caballero que de muchos años a esta parte se vió en aquellos contornos. ¹⁰ Yo no quiero encarecerte el servicio que te hago en darte a conocer tan noble y tan honrado caballero; pero quiero que me agradezcas el conocimiento que tendrás del famoso Sancho Panza, su escudero, en quien, a mi parecer, te doy cifradas ¹⁵ todas las gracias escuderiles que en la caterva de los libros vanos de caballerías están esparcidas. Y con esto, Dios te dé salud, y a mí no olvide. VALE.

18 Hoy lo diríamos repitiendo el pronombre: y a mí no me olvide; pero en el tiempo de CERVANTES solía evitarse su repetición en casos como el presente. Micer Andrés Rey de Artieda, al fol. 90 vto. de los *Discursos, epistolas y epigramas de Artemidoro* (Çaragoça, Angelo Tauanno, 1605):

“Y aunque me fué propicio el Caduceo
y me hizo ver mil cosas la gineta
y al passo de Saturno aprendo y leo,
lomas me amenturé a llamar poeta,
ni entiendo con qué espíritu se atreuen
a pensar que lo son niños de teta.”

Y es que, como observa García de Diego en la pág. 255 de su *Gramática Histórica* recién citada, “el pronombre átono como complemento de un verbo con la preposición *a* puede ir solo: “Me dijeron”; pero el tónico va acompañado del átono: “A mí me conviene”, “Te avisaron a ti”; pero “se encuentra frecuentemente solo el tónico en la lengua antigua, menos veces en la clásica moderna, para hacer resaltar la idea pronominal en frases enfáticas: “A ti adoro e creo”, *Cid*, 362...; “A mí llaman Lázaro”, *Lazarillo*, 1...” No holgará advertir

que la frase y a mí no olvide era fórmula que usualmente se empleaba al fin de las cartas, después de saludar a la persona a quien iban dirigidas. Y aun al fin de algunas dedicatorias. Así termina la del libro intitulado *Fasciculus myrrhe*, fol. 4 vto. de la edición de Sevilla, Dominico de Robertis, 1536: "De lo qual guarde Dios a V. S. *¿a mi no olvide...*"

18 (pág. 45) *Vale*, imperativo del verbo latino *valere*, *estar bueno*, *tener salud*, es voz que en castellano se usó algunas veces para despedirse, como diciendo: *Pásalo bien*, o *Que te conserves bueno*. También se dijo el *último vale*, por el *último adiós*, como veremos en el cap. xxxix de la segunda parte. Al *vale* solían añadirse otras palabras: *Vale, et ora pro me*. O bien *Vale, et me ama*.





AL LIBRO
DE DON QUIJOTE DE LA MANCHA
URGANDA LA DESCONOCIDA

Si de llegarte a los bue-,
Libro, fueres con letu-,

5

3 La encantadora *Urganda*, grande amiga de Amadís de Gaula, se llamaba de sobrenombre *la Desconocida* por lo que dice el gigante Gandalac a Galaor en el cap. xi del libro I de *Amadís*: “porque muchas veces se transformaba e desconocía”.

Estos versos que CERVANTES ahija festivamente a Urganda la Desconocida están cuajados de alusiones a Lope de Vega, y harto ciego será quien no viere por tela de cedazo. Y, por otra parte, no huelga, a buen seguro, puntualizar estas alusiones, digan lo que dijeren los que, por no haber lucido mucho ni poco en la ardua tarea de la investigación histórico-literaria, hacen de los desdeñosos para con ella y simulan querer para el *Quijote* un comentario puro, sin crítica histórica ni luminoso esclarecimiento de sus reconditeces, a la manera de aquel soldado a quien, por haber servido en Cuba, al volver a España decía que sólo le gustaba el chocolate *siendo puro*: “sin las porquerías de cacao, azúcar y canela que por aquí acostumbran a echarle”.

4 Contra lo que algunos han creído, ni el autor de *La Pícaro Justina* ni CERVANTES inventaron los versos *de cabo roto*. Inventólos, o, a lo menos, los usó antes que ellos, el sevillano Alonso Álvarez de Soria, mozo harto travieso, que por algunas excelentes cualidades de su entendimiento y de su corazón merecía mejor fin que el desastrado que tuvo, pues murió en el cadalso. De Álvarez de Soria escribí años ha una extensa biografía (*El Loaysa de “El Celoso extremeño”*, Sevilla, 1901, págs. 97-209) y en sus páginas 166-168 traté con algún espacio de tal casta de versos. No fueron estos principios

No te dirá el boquirru-

del *Quijote* el único lugar en que CERVANTES probó a hacerlos; al fin de la jorn. II de *La Entretenida*, fol. 183 vto. de la edición príncipe de sus *Ocho comedias, y ocho entremeses nuevos, nunca representados* (Madrid, Viuda de Alonso Martín, 1615), puso en boca del lacayo Ocaña un soneto cuyos versos son doblemente truncos:

“Que de un laca- la fuerça podero-
hecha a machamarti- con el trava-...”

5 (pág. 47) Tal cual vez nuestros autores escribieron por vía de prólogo algunos renglones dirigidos a sus propios libros. Así fray Alberto de Aguayo en *La Consolacion de la Philosophia* (1518), Antonio de Villegas en su *Inventario* (1565), Gálvez de Montalvo en *El Pastor de Filida* (1582), y otros muchos. Por lo tocante a la frase *ir con letura*, la Academia la registra en la edición XV de su *Diccionario* (1925) con el significado de “advertir, atender o poner cuidado”. Comúnmente se construye con *de*, omitido a las veces cuando sigue *que*. El mismo CERVANTES, en el *Viage del Parnaso*, cap. I:

“Vayan, pues los leyentes con letura
(Qual dize el vulgo mal limado y bronco)
Que yo soy vn Poeta desta hechura.”

Vayan con letura de que yo soy..., quiere decir. De vulgo poco limado era, en efecto, semejante expresión, y así, en la tiramira de voces y frases “vulgares, mal sonantes, humildes, mal significativas, impertinentes, sin decoro, sin gala, misterio ni alusión” que el antequerano Pedro Espinosa puso al fin de su novela intitulada *El Perro y la Calentura*, impresa en 1625, incluye ésta: “*Vaya vuesa merced con letura.*” (*Obras de Pedro Espinosa*, coleccionadas y anotadas por mí, Madrid, 1909. pág. 194.) Como prueba de la basteza de tal frase vulgar, véanse dos ejemplos, tomados de la *Agricultura de iardines...* de Gregorio de los Ríos (Madrid, Pedro Madrigal, M.D.XCII), hombre de habla tan tosca, que llamaba *paletarias* a las *parietarias* (fol. 28), *altamisa* a la *artemisa* (30 vto.), *bredos* a los *bledos* (31 vto.) y *brótano* al *abrótano* (33 vto.): “...y si mostrarre humedad, aunque esté seca por encima, no se riegue; porque se aguazarán las plantas; antes se ha de *ir con letura* de darles el agua con desseo” (fol. 17 vto.). “Pero quando se *vaya con letura que* [de que] nace en el agua [el junquillo]...” (fol. 49).

1 *Boquirrubio*, según el *Tesoro de la lengua castellana* o

Que no pones bien los de-
 Mas si el pan no se te cue-
 Por ir a manos de idio-,
 Verás de manos a bo-
 Aun no dar una en el cla-,

5

española, de don Sebastián de Covarrubias, art. *boca* (sírvense siempre de la edición de Madrid, Melchor Sánchez, 1674), es el “moçalbete galan que le empieza a salir el boço rubio y se precia mucho de su gentileza”. Pero esta voz tiene muchas otras acepciones, de que ha tratado muy atinadamente don Américo Castro en la *Revista de Filología Española*, sin que todavía pueda darse por agotada la materia, ya que casi a cada cita que se exhuma corresponde un diferente matiz de significado.

1 No es *poner bien los dedos en la llaga*, dicho por acertar, como ligeramente interpretó Cejador en su *Diccionario de Cervantes*, art. *dedo*, sino en los trastes de la guitarra, o en el mástil de otro instrumento músico, y figuradamente, como está usado en el texto, significando tener habilidad para manejarse con discreción y buen tino.

En 1615 transcribía Philippe Nunes estos cuatro versos en el fol. 6 de su *Arte poetica de Poesia & da Pintura* (Lisboa, Pedro Crasbeeck, 1615), como muestra de versos truncados, y de ellos dijo: “não saõ vsados, & sómente neste tempo os tras MIGUEL CERUANTES no seu dom Quixote.”

2 El doctor Luis Galindo, en sus *Sentencias filosóficas y verdades morales, que otros llaman proverbios o adagios castellanos* (Biblioteca Nacional, Ms. 9772-9781, apéndice, número 145): “No se le cuece el pan. Vulgaridad contra el impaciente y presuroso en sus esperanzas y que acusa ansioso el tiempo en que llegan las cosas a su estado y sazón, como vemos en el pan ya en el horno, a que no es bien apresurar, antes conviene la lentitud y espacio.” CERVANTES construye aquí la frase con *por*, y a veces con *hasta* (II, xxv y lxxv). De lo uno y de lo otro se hallan ejemplos en los escritores de su tiempo. En la *Comedia llamada Florinea*, fol. 96: “...y sube presto; que no se me cueze el pan por ver lo que es...” En el *Paraphrasis de los Psalmos de David*, de don fray Antonio de Cáceres (Lisboa, Pedro Crasbeeck, 1616), ps. cxviii: “No se me cueze el pan hasta que lo veo todo cumplido.”

5 *Aun no dar una en el clavo* es acertar todavía menos de lo que dice la locución figurada “dar una en el clavo y ciento en la herradura”.

Si bien se comen las ma-
Por mostrar que son curio-.

Y pues la espiriencia ense-
Que el que a buen árbol se arri-
5 Buena sombra le cobí-,
En Béjar tu buena estre-
Un árbol real te ofre-
Que da príncipes por fru-,
En el cual floreció un Du-
10 Que es nuevo Alejandro Ma-:
Llega a su sombra; que a osa-
Favorece la Fortu-.

1 El doctor Galindo, en su citada colección de *Sentencias filosóficas y verdades morales*, t. V, núm. 946 de la 'C': "Del que con demasiadas muestras de apetito acaba con el 'plato que es de su paladar se dize esta comparación, porque come con tales ansias, que parece no estar seguros los dedos de sus dientes... Puedese vsar deste modo de dezir en todas las acciones que vemos a otro que procede codicioso por algun interes o gusto sin perdonar diligencia, como al lector de vn libro y materias de su genio, al auariento en lo que siente logros, y otros semejantes."

3 *Espiriencia*, por asimilación de vocales.

8 Refiérese aquí CERVANTES a la genealogía de la casa real de Navarra, de la cual procedían los Zúñigas duques de Béjar.

9 Todos los editores modernos, con las ediciones segunda y tercera de Cuesta, leen *florece*. Estaba bien en la príncipe: el Duque de Béjar, que frisaba con los veintiocho años, era ya *fruto*, y no *flor*. Esto, amén de que *floreció* equivale aquí a *llegó a florecer*, lo cual no obstaba para *seguir floreciendo*.

10 *Ma-*, y no *Mag-*, porque esa *g* no se pronunciaba, ni a veces se escribía, como veremos de aquí a poco (62, 1).

12 "*Audentes fortuna iuvat*", dijo Virgilio en el libro X de la *Eneida*, como recuerda Clemencin; mas este pensamiento fué lugar común entre los escritores latinos. Y entre los modernos. En el acto iv de la *Celestina*: "...pues jamás al esfuerzo desayuda la fortuna." Y Luis de Camoens, en uno de sus sonetos:

"Abrir se devem passos â ventura:
Sem si proprio ninguem será ditoso."

De un noble hidalgo manche-
 Contarás las aventu-
 A quien ociosas letu-
 Trastornaron la cabe-:
 Damas, armas, caballe-
 Le provocaron de mo-
 Que, cual Orlando Furio-
 Templado a lo enamora-
 Alcanzó a fuerza de bra-
 A Dulcinea del Tobo-.

5

10

No indiscretos hieroglí-
 Estampes en el escu-;

5 Alude claramente a la lectura del *Orlando furioso*, célebre poema de Ludovico Ariosto, que empieza así:

“Le donñe, i cavalier, l’arme, gli amori...”

10 Hay en el verso que anotamos una sinéresis violenta, pero común entre nuestros poetas de antaño, y especialmente entre los andaluces. *Dulcinea*, al fin de un verso, no tiene menos de cuatro sílabas; pero en medio de él puede pasar prosódicamente por vocablo trisílabo, mediante la sobredicha sinéresis.

Como en esta décima se dice de una manera terminante que don Quijote

“Alcanzó a fuerza de brazos
 A Dulcinea del Toboso”,

y, a la verdad, esto no llegó a efectuarse, antes murió el pobre caballero sin lograr siquiera verla, Clemencín, por donaire, moteja a Urganda de torpe y desalumbrada en esta profecía, y Hartzenbusch, siguiendo a don Cayetano Alberto de la Barrera, en unas disquisiciones que sacó a luz en el tomo I de las *Obras completas de Cervantes*, aventura la especie de que “la Dulcinea de esta décima quizá sería cierta dama a quien dió Lope el nombre de *Lucinda*, que tiene, menos la *e*, todas las letras de *Dulcinea*”. Paréceme esto mera coincidencia casual, y no creo que aquí se aluda a Lope ni a su amada Micaela de Luján (*Camila Lucinda*).

12 En esto de los *indiscretos jeroglíficos*, como en todo lo más de las décimas de Urganda, se alude a Lope de Vega, quien lo mismo en la *Arcadia*, *Prosas*, y *versos de...* (Madrid,

Que cuando es todo figu-
 Con ruines puntos se envi-
 Si en la dirección te humi-
 No dirá mofante algu-
 5 “¡Qué don Álvaro de Lu-
 Qué Anibal el de Carta-,

Luis Sánchez, 1599) que en *La hermosa de Angelica, con otras diuersas Rimas...* (Madrid, Pedro Madrigal, 1602), hizo estampar su escudo de armas (diecinueve torres), en la *Arcadia*, con esta leyenda en una cinta: “*De Bernardo es el blason; las desdichas mías son.*” Llama CERVANTES indiscretos a estos jeroglíficos del escudo que ostentaba Lope, porque al par que los lucía orgullosamente, estaba casado con doña Juana de Guardo, hija de Antonio de Guardo, un carnicero rico que solía tener a su cargo el abasto de las carnicerías y tablas francas de la Corte, por lo cual la presunción del blasonado yerno dió lugar a que Góngora jugara de los vocablos *torres* y *torreznos* en aquel tan lindo como desenfadado soneto que empieza:

“Por tu vida, Lopillo, que me borres
 Las diez y nueve torres de tu escudo;
 Pues aunque tienes mucho viento, dudo
 Que tengas viento para tantas torres.”

2 A juicio de Hartzenbusch, se alude aquí al juego llamado *la primera*.

3 *Dirección* está dicho por *dedicatoria*, como en aquel lugar de *El Passagero* de Suárez de Figueroa (fol. 92) en que, después de reprobar el Doctor que don Luis ponga poesías laudatorias de sus amigos en los principios del libro que intenta publicar, dícele: “Resta saber qué tenemos de *dirección*. ¿Hállase ya elegido personage a cuyo amparo le podais cometer?”

6 No acentúo este nombre propio, porque CERVANTES y todos sus coetáneos lo pronunciaban como agudo, y asimismo *Tubál*, *Asdrubál* y otros, cosa que ya sucedía en tiempo de don Juan II. Véase mi libro intitulado *Luis Barahona de Soto*, pág. 696, nota; mas para quienes no lo hayan a la mano citaré algunos ejemplos. (El Marqués de Santillana, en su *Bias contra Fortuna* (apud *Obras de...*, Madrid, 1852, pág. 196):

“Asy lo fiço Caton,
 Asy lo fiço Anibal;
 Ca la ponçoña mortal
 Ovo por singular don...”

El cartujano don Juan de Padilla, en *Los doze triumphos*

Qué Rey Francisco en España
Se queja de la Fortu-!"

de los doze Apostoles (Sevilla, Juan Varela, 1521), fol. xxxj:

"Era la tertia Carthago la nueua,
la qual del hermano del gran Anibal
fue fabricada por cosa leal."

Tan de lejos viene esta prosodia, que el gramático Valerio Probo, según nota Aulo Gelio (*Noches áticas*, libro IV, cap. vii), "opinaba que debía pronunciarse *Hannibálem*, *Hasdrubálem* y *Hamilcárem*, como si la penúltima sílaba estuviese marcada con acento circunflejo". Para ello se funda en que así pronunciaron estas palabras Plauto, Ennio y otros escritores antiguos.

Acentuaron *Anibal*, a la moderna, Clemencín, Fitzmaurice-Kelly y Cortejón, entre otros (pág. 198), siendo así que, como dice en su *Ortología clásica de la lengua castellana* don Felipe Robles Dégano, los nombres *Anibal*, *Asdrúbal*, *Amílcar*, *Túbal*, "son agudos en todos nuestros poetas antiguos, hasta Calderón inclusive".

2 Estos cuatro versos son copia casi literal de otros de cierta composición en que fray Domingo de Guzmán, dominico de Salamanca, se burló de aquella sabida décima de fray Luis de León que empieza:

"Aquí la envidia y mentira
Me tuvieron encerrado..."

Los de fray Domingo decían así:

"¡Qué don Álvaro de Luna,
Qué Anibál cartaginés,
Qué Francisco, rey francés,
Se queixa de la Fortuna
Porque le ha echado a sus pies!"

Evidentemente esta reminiscencia cervantina tira al tejado de Lope de Vega, de quien ya alguien había escrito y echado a los cuatro vientos cosa muy semejante. En efecto, en el romance "Toquen apriesa a rebato", inserto en la parte séptima del *Romancero general*, publicado por primera vez en 1600, se ponen en solfa los diversos y harto trillados asuntos de los romances usuales, y al llegar a los de *Belardo* (Lope de Vega), se dice:

"Preguntóme cierta dama
Este Belardo quién era,
Y cuando su suerte supo

Pues al cielo no le plu-
Que salieses tan ladi-
Como el negro Juan Lati-,
Hablar latines rehu-,
No me despuntes de agu-,

5

Me dixo desta manera:
"¡Miren qué grande de España,
"Para que a lástima mueva;
"Qué pérdida de la armada;
"Qué muerte de rey o reina!..."

Estas comparaciones despectivas fueron cosa frecuente en el siglo xvi. En la *Carta del Bachiller de Arcadia al capitán Salazar*, apud *Sales españolas, o agudezas del ingenio nacional*, t. I (80 de la colección de "Escritores Castellanos"); pág. 74: "Y si el Duque se agraviare de que hayais puesto la lengua tras él, aunque sea para alaballe, y dijere acaso: "¡Mirad, por amor de mí, qué trompa de Homero...!"

"Pero ¿consta que Lope de Vega se quejaba de la Fortuna?", preguntará el curioso. Sí consta. La dedicatoria de *El Peregrino* al Marqués de Priego acaba con estas palabras: "...que si a tan Peregrino Príncipe y bien hechor mío no he podido dar peregrinas grandezas, he le dado a lo menos *desdichas peregrinas*, hábito que me vistieron el Tiempo y la Fortuna en los brazos de mis Padres".

3 Juan Latino, negro llamado con este sobrenombre por lo mucho que supo de la lengua del Lacio, fué traído con su madre a España siendo aún niño, y se crió en la casa de la Duquesa de Terranova, viuda del Gran Capitán, en la cual servía para llevar al estudio, como esclavillo, los libros del Duque de Sesa, nieto de aquella señora y niño como él. "Fué —dice don Francisco Bermúdez de Pedraza (*Antigüedad y excelencias de Granada*, Madrid, Luis Sánchez, 1608)— tan estimado de los Duques de Sesa, arzobispos y gente principal, que todos le daban su mesa y silla, porque demás de ser gran retórico y poeta latino, era gracioso decidor y muy buen músico de vihuela. Vivió noventa años, dejando hijas y nietos que hoy viven." Quien desee más amplias noticias de Juan Latino vea un interesante artículo que con este nombre por epígrafe publicó don Miguel Gutiérrez en *Los lunes de "El Imparcial"* (28 de septiembre de 1896) y algunas adiciones más en el libro intitulado *Luis Barahona de Soto*, nota última de la pág. 35.

5 Esto pareció a Clemencín errata, por "No te despuntes de agudo", y Cortejón cita, sin contradecirla, la sospecha del

Ni me alegues con filó-;
 Porque, torciendo la bo-
 Dirá el que entiende la le-,

erudito murciano. Está bien el texto en este lugar: ¡así en todos! Ese *me*, que presta vigor a la frase, es el mismo dativo enfático y redundante que suelen llamar *ético* y que ya ocurrió en una de las notas anteriores, al copiar los primeros versos de un soneto de Góngora:

“Por tu vida, Lopillo, que *me* borres
 Las diez y nueve torres de tu escudo...”;

el mismo que ocurre en el verso siguiente del texto, y el mismo que emplea el maestro de escuela cuando un muchacho lee aprisa: “¡No *me* corras: léeme despacio!”

Además, era frecuente el decir *despuntar de agudo*; y aunque no lo viese Clemencín en el entremés de *El retablo de las maravillas*, de nuestro autor, bien debió de verlo en el *Quijote* mismo (I, xxv).

3 Cejador, en su *Diccionario del Quijote*, cree que este *le* quiere decir *letra*. No, sino *leva*, forma jácara de la voz *levada*, y que, como ella, de equivaler a *treta de la esgrima* pasó a significar *fullería de jugadores* o cualquier otro engaño, de donde dijo Monipodio en *Rinconete y Cortadillo*, al ver que no parecía la bolsa que reclamaba el alguacil encubridor: “No hay *levas* conmigo.” El haberse de entender *leva*, y no *letra*, tiene buena comprobación en lo que se supone que pregunta al oído al trapacero el que le ha entendido la traza: *¿Para qué conmigo flores?* Sabido es que se llamaba *flores* a todo linaje de artimañas y embusterías. Con todo esto, los señores Cardaillac (Xavier de) y Labarthe (Jean), en su esmerada traducción francesa del *Quijote* (Toulouse, 1923) prefieren leer *letra* a *leva* (estampado *lema* por yerro), y dicen: “Ce sens trop recherché ne nous paraît pas convenir à la signification générale du passage.” No dijeran lo mismo a saber que *entender la leva* es frase figurada y familiar, tomada de los tahures. En uno de los *Romances varios, de diversos avlores. Agora nuevamente recogidos por el Licenciado Antonio Díez* (Zaragoza, Viuda de Miguel de Luna, 1663), pág. 143:

“Isabel se le aficiona,
 y tanta su industria es,
 que se le ha quitado a Iuana
 por arte de Lucifer.
 Estuvo secreto vn tiempo;

No un palmo de las ore-
 “¿Para qué conmigo flo-?”

5 No te metas en dibu-
 Ni en saber vidas aje-;
 Que en lo que no va ni vie-
 Pasar de largo es cordu-
 Que suelen en caperu-
 Darles a los que grace-;
 Mas tú quémate las ce-
 10 Sólo en cobrar buena fa-;
 Que el que imprime neceda-
 Dalas a censo perpe-.

Advierte que es desati-,

mas como sus ojos ven,
entendió luego la leva,
 que era fácil de entender.”

4 Antes que nuestro autor había asociado estos dos pen-
 samientos Gabriel Lasso de la Vega, *Manojuelo de Romances*
nuevos, y otras obras de... (Barcelona, Sebastián de Cormellas,
 M.DCI), fol. 86 vto.:

“¿Quién me mete a mí en dibuxos
 ni en saber vidas de nadie,
 sino en mirar por la mía,
 pues ya no pare mi madre?”

8 Pará el *Diccionario* de la Academia *dar en caperuza* a
 uno significa “hacerle daño, frustrarle sus designios o dejarle
 cortado en la disputa”. La caperuza, bonetillo con punta incli-
 nada hacia atrás, era prenda plebeya; y así, parece que a los
 que gracejaban públicamente, desde el corro que se formaba
 para verlos y oírlos les darían a las veces en la caperuza, como
 jugando a adivina quién te dió. También se decía *llevar en ca-*
peruza, aludiendo a aquel a quien ya se le había dado en ella.
 para que tuviese que llevar.

9 Nota el doctor Galindo en su copioso refranero inédito,
 ya mencionado (49, 2), refrán núm. 729 de la C: “Dizese este
 encarecimiento —*quemarse las cejas*— del muy estudioso y
 velador en la leccion, a quien tal vez succede diuertido llegar se
 a la llama de la candela y prender en el cabello.” Cáceres, en su
Paraphrasis de los Psalmos, ps. cxviii: “He quemado muchas
 vezes las cejas leyendo tus Esripturas.”

Siendo de vidrio el teja-
 Tomar piedras en la ma-
 Para tirar al veci-
 Deja que 'el hombre de jui-
 En las obras que compo-
 Se vaya con pies de plo-;
 Que el que saca a luz pape-
 Para entretener donce-,
 Escribe a tontas y a lo-.

3 Es adaptación del refrán "Quien tiene el tejado de vidrio, no tire piedras al del vecino", y así, casi con idénticas palabras lo dijo Bartolomé Leonardo de Argensola respondiendo a una epístola del Príncipe de Esquilache:

"Y el vulgo dice bien que es *desatino*
el que tiene de vidrio su tejado
estar apedreando el del vecino."

9 *A tontas y a locas* significa *desbaratadamente, sin orden ni concierto*; pero aquí CERVANTES, jugando del vocablo, emplea esta frase, no como adverbial, sino como llanamente suena su letra, llamando *tontas y locas* a las doncellitas que se entretenían con vanas lecturas. Así también el agustino fray Juan Farfán, de quien cuenta el licenciado Juan de Robles en su *Primera parte del culto Sevillano* (Sevilla, 1883), pág. 173: "Convidáronle ciertas monjas para predicarles un sermón grave, dándole poco lugar de estudiar. Subióse en el púlpito y excusóse con ello, y remató la excusa diciendo: "Pero, al fin, por hoy "predicaremos *a tontas y a locas*, como pudiéremos." Bien que esta misma ocurrencia, quizás vulgarizada en los postreros años del siglo xvi, figura sin atribuirle autor alguno en el cap. iv del último de los *Diálogos de apacible entretenimiento* de Gaspar Lucas Hidalgo (Barcelona, Sebastián de Cormellas, 1605). Asimismo Luis Quiñones de Benavente terminó con cosa parecida su *Entremés cantado del Soldado*:

"COSME. De aquestas palabras pocas
 no os agraviéis, damas, no;
 que ya se sabe que yo
 lo digo *a tontas y a locas.*"

9 Las décimas de Urganda han sido donairosamente traducidas al inglés en otras tantas, asimismo de versos truncos, por mister James Y. Gibson, en la última de las notas que puso a su traducción del *Viage del Parnaso*. (*Journey to Parnassus...*,

AMADIS DE GAULA A DON QUIJOTE DE LA MANCHA

Soneto.

Tú, que imitaste la llorosa vida
 Que tuve ausente y desdénado sobre,
 5 El gran ribazo de la Peña Pobre,
 De alegre a penitencia reducida,
 Tú, a quien los ojos dieron la bebida
 De abundante licor, aunque salobre,
 Y alzándote la plata, estaño y cobre,
 10 Te dió la tierra en tierra la comida,
 Vive seguro de que eternamente,
 En tanto, al menos, que en la cuarta esfera
 Sus caballos aguije el rubio Apolo,
 Tendrás claro renombre de valiente;
 15 Tu patria será en todas la primera;
 Tu sabio autor, al mundo único y solo.

translated into English tercets with preface and illustrative notes by..., London, 1883, pág. 385.)

5 *La Peña Pobre* era un islote adonde se retiró Amadís a hacer penitencia con un ermitaño, por haber caído en desgracia de Oriana. De tal Peña y de tal penitencia habrá mejor ocasión de hablar en el cap. xxv de esta primera parte.

9 *Alzándote* parece estar dicho por *quitándote*. Al menos, así lo ha entendido el padre Rufo Mendizábal, y no sé si algún otro.

16 Contra lo que imaginó Clemencín, no es esto candorosa alabanza que se da a sí mismo CERVANTES: es que, como se supone que la escribe Amadís de Gaula, parece natural que la extreme, cual se solían extremar en casos semejantes, muchas veces por los mismos autores de los libros, frecuente superchería de que aquí se burla con donosura el inmortal escritor.—Los vocablos *único* y *solo* —el *unicus aut peregrinus* del mote que usó Lope de Vega— salen también juntos en otros lugares de CERVANTES, verbigracia, en el cap. v del *Viage del Parnaso* (fol. 46):

“Que es el galán de Daphne *único* y *solo*
 En vsar cortesía sobre quantos
 Descubre el nuestro y el contrario Polo.”

Al mundo único y solo quiere decir *único y solo en el mundo*:

DON BELIANÍS DE GRECIA
A DON QUIJOTE DE LA MANCHA

Soneto.

Rompí, corté, abollé, y dije y hice	
Más que en el orbe caballero andante;	5
Fuí diestro, fuí valiente, fuí arrogante;	
Mil agravios vengué, cien mil deshice.	
Hazañas di a la Fama que eternice;	
Fuí comedido y regalado amante;	
Fué enano para mí todo gigante,	10
Y al duelo en cualquier punto satisface.	
Tuve a mis pies postrada la Fortuna,	
Y trajo del copete mi cordura	
A la calva Ocasión al estricote.	

al por en el, como otras veces a por en, según notaremos. En el *Canto de Caliope* (libro VI de *La Galatea*):

“...ilustre, pero ya no menos claro
por su diuino ingenio, *al mundo raro*.”

Y en el citado *Viage del Parnaso*, fol. 64:

“Del color del carmin o de amapola
Eran sus clines y su cola gruesa,
Ellas *solas al mundo*, y ella sola.”

Es italianismo esta expresión: Petrarca, en una de las canciones *In morte di madonna Laura*:

“*Vergine sola al mondo*, senza esempio...”

4 Decir y hacer es, y así lo dice el *Diccionario*, ejecutar una cosa con mucha ligereza y prontitud; pero como de ordinario, según reza el refrán, “del dicho al hecho hay mucho trecho”, tomaron carta de naturaleza en el vulgo estos otros refranes: “Diga barba que haga”; “Decir y hacer es para buenos”; “Decir y hacer no comen a una mesa”.

14 Sabido es, porque lo dice el refrán, que “La Ocasión la pintan calva”, o cuando mucho, con un mechoncillo de pelos. A él se refirió Lope de Vega en la silva vi de *La Gatomachia* (apud *Rimas humanas y divinas*, 1634):

“...Porque las dilaciones.
Pierden las ocasiones,
Porque en la calva tienen un copete,
Que solo se lo coge el que acomete.”

Mas, aunque sobre el cuerno de la luna
Siempre se vió encumbrada mi ventura,
Tus proezas envidio, ¡oh gran Quijote!

LA SEÑORA ORIANA A DULCINEA DEL TOBOSO

5

Soneto.

¡Oh, quién tuviera, hermosa Dulcinea,
Por más comodidad y más reposo,
A' Miraflores puesto en el Toboso,
Y trocara sus Londres con tu aldea!

8 *Miraflores* se llamaba un castillo cercano a Londres, donde solía residir Oriana, hija del rey Lisuarte y dama de Amadís de Gaula.

9 Pellicer, la Academia Española en su edición de 1819, Clemencin, Hartzenbusch, Benjumea y otros, teniendo por errata este plural, *sus Londres*, leyeron *su Londres*. Con todo eso, Hartzenbusch, después, en *Las 1633 notas...*, dijo que "no había necesidad de convertir en *su* el *sus*, como se ha hecho en las ediciones modernas, [porque] a cada paso dice el vulgo en las inmediaciones de la Corte de España: "Mañana vamos a *los Madriles*." A la verdad, no estaba el busilis en eso, sino en esto otro: como *Londres*, por su terminación, suena a plural, y aun se ha defendido que lo es (Véase Puigblanch, *Opúsculos gramático-satíricos*, Londres, Guthrie y Lovell, 1828-1833, t. I, pág. 28), el vulgo, y con él los cultos, le daban en plural el artículo y el pronombre, y así, decían *los Londres*, y *mís* o *sus Londres*. Un caso parecido a este de *sus Londres* encontré en el Archívo de la Iglesia Colegial de Baza: a la copia del poder que otorgó don Juan de Fonseca, obispo de Guadix, a don Diego de Santa Cruz, para que en su nombre tomase posesión del obispado (Granada, 14 de febrero de 1594), siguen otras diligencias, en que se dice: "en virtud de lo qual en nuestro nombre y por virtud de nuestro poder se tomó la possession del dicho obispado en la santa iglesia de guadix, por estar *ocupados* aguardando nuestra consagracion..." (Libro 4.º de Acuerdos capitulares, fol. 212 vto.). El amanuense, visto que el Obispo hablaba de sí diciendo *nuestro nombre* y *nuestro poder*, como le sonaron a plurales, pluralizó también el adjetivo.

¡Oh, quién de tus deseos y librea
 Alma y cuerpo adornara, y del famoso
 Caballero que hiciste venturoso
 Mirara alguna desigual pelea!
 ¡Oh, quién tan castamente se escapara 5
 Del señor Amadís como tú hiciste
 Del comedido hidalgo Don Quijote!
 Que así, envidiada fuera, y no envidiara,
 Y fuera alegre el tiempo que fué triste,
 Y gozara los gustos sin escote. 10

GANDALÍN, ESCUDERO DE AMADIS DE GAULA,
 A SANCHE PANZA, ESCUDERO DE DON QUIJOTE

Soneto.

Salve, varón famoso, a quien Fortuna,
 Cuando en el trato escudril te puso, 15
 Tan blanda y cuerdamente lo dispuso,
 Que lo pasaste sin desgracia alguna.

6 En muchos lugares echaremos de ver (Bello y Cervo, *Gramática*, § 1093) que el verbo *hacer*, con el neutro *lo* en acusativo, o con el adverbio *como*, reproduce otros verbos. *Como tú hiciste* significa, pues, *como tú te escapaste*.

7 En efecto, nada castamente escapó Oriana del señor Amadís: "E Oriana e Mabilia e la Doncella de Dinamarca estaban encima de la pared [de la huerta del castillo de Miraflores], e con ayuda de los escuderos, y ellas dándole las manos, subió suso adonde estaban, e tomó a su señora entre sus brazos. Mas ¿quién sería aquel que baste a recontar los amorosos abrazos e los dulces besos, las lágrimas que boca con boca allí en uno fueron mezcladas?... Allí fué Beltenebros aposentado en la cámara de Oriana, donde, según las cosas pasadas que habeis oído, se puede creer que muy más agradable le sería que el mesmo paraíso." (*Amadís de Gaula*, libro II, cap. XIII.)

10 En esto de *no gozar los gustos sin escote* alude Oriana (digo, CERVANTES por ella) a la soledad y encierro que tuvo que guardar para salvar su honor, puesto en grave riesgo por consecuencia de las amorosas libertades que con ella se había permitido Amadís, y de las cuales fué fruto el niño Esplandián.

Ya la azada o la hoz poco repugna
Al andante ejercicio; ya está en uso

1 Es peregrino lo que hizo Cortejón: como Fitzmaurice-Kelly y otros, en este lugar escribe *repuna*, separándose de la lección de la edición príncipe, y en la nota llama a *repunar* "afectación de arcaísmo innecesaria en este pasaje", cuando es él, y no CERVANTES, quien lo afecta. CERVANTES escribió *repugna*, lo cual no obstó para que él y todos leyesen *repuna*, por consonante de *Fortuna*, *alguna* y *luna*. "A las veces, Barahona de Soto—dije en mi estudio acerca de este escritor (págs. 402 y siguientes)—, lo mismo en sus composiciones líricas que en su poema, usaba como voces consonantes entre sí algunas que hoy por tales no pasan, verbigracia, *trompetas* y *perfectas*, *continuo* y *digno*, *tiene* y *solemne*. Pero tampoco era esto cosa exclusiva de nuestro poeta, sino de todos los de aquel tiempo." Y después de citar un caso en que el doctísimo canónigo Francisco Pacheco, fundador con Herrera, Mal Lara y Medina de la famosa escuela poética sevillana, tan enamorada de la corrección y pulcritud de la forma, tuvo y empleó por consonantes los vocablos *sonetos*, *conceptos* y *efectos*, añadió: "Cuando esto hizo el ilustre jerezano, no podía dejar de tener satisfactoria justificación. Tiénela, ciertamente, y muy a nuestro alcance la puso el licenciado Juan de Robles en su gustoso libro de *El culto Sevillano*, escrito antes del año 1612, aunque retocado después, en donde, a vueltas de cien cosas muy interesantes, manifestadas con singular gracejo, explica este fenómeno de la antigua rima española..." Pero muy de atrás venía la corriente. Ya decía don Enrique de Villena, en su *Gaya sciencia* (apud *Orígenes de la Lengua española compuestos por varios autores, recogidos por don Gregorio Mayans y Siscar*, Madrid, Juan de Zúñiga, 1737, t. II, pág. 337): "...e aquellas letras que se ponen e no se pronuncian, segun es comun uso, algo añaden al entendimiento e sinificacion de la dicion donde son puestas. Aquí puede entrar magnifico, sancto, doctrina, signo." Muchos años después, decía don Antonio Agustín, en carta fechada en Tarragona a 5 de diciembre de 1578 (apud "Biblioteca de Escritores Aragoneses", t. II, Zaragoza, 1878, pág. 475): "...a mí mal me parece que se escriba de vna manera y se hable de otra, como en la lengua Francesa; y pues ninguno dize *scripto*, ni *docto*, ni *scientia*, ni *presump-*

La llaneza escudera, con que acuso
Al soberbio que intenta hollar la luna.

Envidio a tu jumento y a tu nombre,
Y a tus alforjas igualmente invidio,
Que mostraron tu cuerda providencia.

Salve otra vez ¡oh Sancho!, tan buen hombre,
Que a solo tú nuestro español Ovidio
Con buzcrona te hace reverencia.

5

cion, no hay para qué escrivillo.” Y Mateo Alemán, en su *Ortografía castellana* (Mexico, Jeronimo Balli, 1609), fol. 18 vuelto: “Lo que pretendo introducir solo es que a la lengua imite la pluma, i que si dijéremos *Eneida*, *Martin*, o *tirano*, que no estemos obligados a escrivirlo con y Pitagorica, ni pongamos *h* a la *citara*, que le daña las cuerdas i suena mal con ella, ni *aumentar* con *g* despues de la *u*...” Y así, estamos *inorando*, e *inorantes* (fol. 26), *inorancias* (fol. 32); *sinificación* (fol. 62 vto.).

El autor del *Quijote* escribía tales consonantes, pero, como todos los españoles, no las pronunciaba, o, a lo menos, no las pronunciaba de manera que deshiciesen la consonancia con otras voces que no las tenían. A parar la atención en este punto los editores modernos, habrían visto, verbigracia, que en la edición príncipe del *Viage del Parnaso*, cuyas pruebas quizás vió su autor, pues, a lo que parece, no vendió el privilegio, ocurren frecuentemente consonantes como *sietemesinos*, *caminos* y *dignos* (fol. 5 vto.); *peregrinas*, *dignas* y *vezinas* (fol. 7); *poeta*, *discreta* e *imperfecta* (folio 10); *contino*, *destino* y *signo* (fol. 30 vto.).

¡Clemencín, reparando en que “la voz *escudera* está usada como adjetivo, y no lo es”, advierte que hubiera podido decirse:

“La escuderyl llaneza con que acuso.”

El vocablo *escudero*, como *scutarius* latino, tanto puede ser sustantivo como adjetivo.

7 Dice don Rufino José Cuervo en sus notas a la *Gramática* de Bello, pág. 116: “Es tal la repugnancia que muestra la lengua a emplear el terminal separado de la preposición, que CERVANTES llegó a decir *a solo tú*, en vez de *solo a ti*, o *a ti solo*.” También escribió *a solo tú* el estrafalario poeta sevillano Pamones, en una epístola hoy toda-

DEL DONOSO, POETA ENTREVERADO,
A SANCHO PANZA Y ROCINANTE

Soy Sancho Panza, escude-
Del manchego don Quijo-;

via inédita (Biblioteca Arzobispal de Sevilla, manuscrito 33.180, fol. 207):

“Tomando lengua desta disciplina,
De todas ciento de la veloz Fama
Supe que Apolo a solo tú se inclina.”

7 (pág. 63) Nota en este punto Clemencin que CERVANTES se da a sí mismo el nombre de *Ovidio español*. Torno a advertir, como lo hice poco ha (58, 16), que para este efecto no es CERVANTES quien habla, sino uno de los poetas que, según la usanza común, decoran y alaban su libro: Gandalín en este caso, como en aquél Amadís de Gaula.

8 (pág. 63) Para el *Diccionario* de la Academia, *buzcorona* es una “burla que se hacía dando a besar la mano, y descargando un golpe sobre la cabeza y carrillo del que la besaba”. Pero ¿quién hace el *buzcorona*? ¿El que da a besar la mano, o quien la toma para besarla? Según unos autores, quien la da a besar: así, verbigracia, en una loa del libro II de *El Viaje entretenido* de Agustín de Rojas Villandrando:

“MARIQUITA. En fin, señor, yo vencí.
¿Qué dice?

ROJAS. Digo que sí.

MARÍA. ¿Está contento?

ROJAS. Y vencido.

MARÍA. Pues por vencido se da,
Quiero hacelle una mamona,
Y tras esto, un buzcorona,
Y luego entrarse podrá.
Llegue y béseme esta mano.”

Pero en el acto III de *El acero de Madrid*, comedia de Lope de Vega, hace el *buzcorona* quien la besa:

“MARCELA. Ahora bien, bese la mano.

RISELO. ¿Mas que quieres, como mona,
Que te haga *buzcorona*?”

Puse pies en polvo-
 Por vivir a lo discre-;
 Que el tácito Villadie-
 Toda su razón de esta-
 Cifró en una retira-
 Según siente *Celesti-*,

5

1 En la jerga de germanía *póner pies en polvorosa* es irse, quitarse de en medio; *la polvorosa* es la calle, como expresamente lo dice Rojas Zorrilla por boca de Guarda-infante, en la jorn. 11 de *Los bandos de Verona*:

“Ahora pongo pies en calle,
 Que es en *polvorosa*; digo
 Que todo lo que no es
 No querer bien, es mal vicio.”

2 La locución *a lo discreto* no significa en este lugar *discretamente*, como en el cap. LXVI de la segunda parte: “Muy filósofo estás, Sancho...; muy *a lo discreto* hablas”, sino *a discreción, al propio arbitrio o antojo*, como en el capítulo VI del *Viage del Parnaso*:

“Dos horas dormi y más *a lo discreto*,
 Sin que imaginaciones ni vapores
 El cerebro tuviesen inquieto.”

3 Clemencín imaginó muy equivocadamente que este adjetivo *tácito* era el nombre del famoso historiador romano, y así, lo hizo estampar con mayúscula, advirtiendo en la nota “la impropiedad con que se pone en boca de Sancho la mención de Tácito”. No hubo tal mención: se trata aquí de Villadiego, por lo de huír o *tomar calzas de Villadiego*, y se le llama *tácito* aludiendo al huír calladamente. Y es de notar que aquí se supone que Villadiego es un hombre, y no un lugar, como comúnmente se cree. En que CERVANTES usase tal calificativo quizás influyó la entonces reciente noticia de haber muerto en Valladolid un señor a quien llamaban *el Tácito*, por lo taciturno, y no porque hubiese escrito obra alguna de carácter histórico. Decía Luis Cabrera de Córdoba, en 5 de enero de 1602 (*Relaciones de las cosas sucedidas en la Corte de España desde 1599 a 1614*, Madrid, 1857, pág. 129): “En esta Corte ha muerto don Pedro Enríquez, llamado *el Tácito*, hermano del Marqués de Villanueva, que fué mayordomo de S. M...”

Libro, en mi opinión, divi-
Si encubriera más lo huma-

A ROCINANTE

5 Soy Rocinante el famo-
Bisnieto del gran Babie-;
Por pecados de flaque-
Fuí a poder de un don Quijo-
Parejas corré a lo flo-;

2 Acerca de la *Celestina* y su influencia social hallará el lector en el tomo VII, apéndice v, lo que sería demasiado prolijo para nota.

5 *Babieca*, nombre del tan celebrado caballo del Cid. Don Ramón Menéndez Pidal en el vocabulario del *Cantar de Mio Cid* (Madrid, 1908-1911), conjetura: "Este nombre dado a un caballo pudiera significar *el babeador*; pero más bien es denominación humorística, pues la voz *banieca* tenía corrientemente la significación de necio. Véase a este propósito la anécdota que refiere la Crónica Particular del Cid, cap. 2: al Cid, cuando niño, llámole su padrino *babieca* porque eligió para sí un potro sarnoso, y el niño llamó de aquel modo al potro elegido."

8 Todos sabemos que, como dice don Sebastián de Covarrubias (*Tesoro de la lengua castellana o española*, art. *pares*), *correr parejas* es "exercicio de caualleros que passan dos juntos la carrera, a vezes asidos de las manos". Pero ¿qué significa esto de *parejas corré a lo flo*? Explicación ha menester, y pues los anotadores del *Quijote* no lo explicaron, disculpable será pensar que no lo entendieron. En la *Farsa moral* de Diego Sánchez de Badajoz (apud *Recopilación en metro de...*) hay unos versos que nos dan la clave para entenderlo: aquellos en que el autor hace decir a la Nequicia, a quien tienen ligada de manos y piernas:

"¿Hay alguien que me persine?
Que en hora mala aquí vine.
Si así me dejan un mes,
ni sirven manos ni pies:
no podré bailar la fiesta.
¿Hay quien me corra un apuesta
para ganar al revés?
¿Entendeis esta figura?
No penseis que soy tan loco;
que el que corriere más poco
ha de ganar la postura."

Mas por uña de caba-
 No se me escapó ceba-;
 Que esto saqué a Lazari-
 Cuando, para hurtar el vi-
 Al ciego, le di la pa-

5

Por estos versos (que don Vicente Barrantes entendió mal, pues puntuó:

“Hay quien me corra? un apuesta
 Para ganar al revés”)

se viene en conocimiento de que eso era *correr parejas a lo flojo*, en que ganaba el que menos corría, diversión que aún hoy dura con el nombre de *carreras de burros*, en las cuales, cabalgando cada jinete en asno ajeno, le hace correr cuanto puede, y el asno que a pesar de gritos y golpes llega el postrero, ése gana el premio para su amo.

1 En el siglo xvi solía decirse “escaparse por uña de caballo”, en lugar de “a uña de caballo”, como de ordinario decimos ahora. En el canto onceno de *El Crotalón de Christophoro Gnosopho (Origenes de la Novela*, t. II, pág. 190) sale esta frase como en nuestro texto:

“GALLO.—Pregúntenselo a Mosquera, alcayde de Simancas, que se le escapó [al Marqués del Basto] *por uña de caballo*, sobre la sentencia mental.” Cáceres, *Paraphrasis de los Psalmos*, ps. LXXV: “*Qui ascenderunt equos...* Y sea el sentido: no se pudieron librar ni *por vña de cauallo*.”

5 Se refiere esta frase a aquel conocidísimo pasaje de la novela intitulada *Lazarillo de Tormes*, en que este rapaz, cuando tiene su amo asido el jarro, le bebe el vino de él chupando sutilmente con una pajueta, asunto de que el malogrado escultor sevillano Antonio Susillo, mi buen amigo, hizo un delicioso grupo. Cortejón, por haber puntuado mal estos versos, deja entender disparatadamente que fué al ciego, y no a Lazarillo, a quien dió la paja Rocinante:

“...Que esto saqué a Lazari-
 Cuando, para hurtar el vi-
 Al ciego le di la pa-.”

ORLANDO FURIOSO A DON QUIJOTE DE LA MANCHA

Soneto.

- Si no eres par, tampoco le has tenido:
 Que par pudieras ser entre mil pares,
 5 Ni puede haberle donde tú te hallares,
 Invito vencedor, jamás vencido.
 Orlando soy, Quijote, que, perdido
 Por Angélica, vi remotos mares,
 Ofreciendo a la Fama en sus altares
 10 Aquel valor que respetó el olvido.
 No puedo ser tu igual; que este decoro
 Se debe a tus proezas y a tu fama,
 Puesto que, como yo, perdiste el seso.
 Mas serlo has mío, si al soberbio Moro
 15 Y Cita fiero domas, que hoy nos llama
 Iguales en amor con mal suceso.

EL CABALLERO DEL FEBO
 A DON QUIJOTE DE LA MANCHA

Soneto.

- 20 A vuestra espada no igualó la mía,
 Febo español, curioso cortesano,
 Ni a la alta gloria de valor mi mano,
 Que rayo fué do nace y muere el día.
 Imperios desprecié: la monarquía
 25 Que me ofreció el Oriente rojo en vano

3 Análogamente volvió a jugar de este vocablo nuestro autor en *Persiles y Sigismunda*, libro II, cap. v: "...que ni sabemos ni hemos podido saber *deste par tan sin par* en hermosura de dónde vienen ni adónde van".

13 *Puesto que* equivaliendo a *aunque*, como en el prólogo (41, 9).

24 Así en la edición príncipe. Las siguientes de Cuesta y otras, entre ellas la de Cortejón, leen y la *monarquía*, añadiendo esta conjunción donde no la pondría ningún versificador de mediano oído.

Dejé, por ver el rostro soberano
De Claridiana, aurora hermosa mía,
Améla por milagro único y raro,
Y, ausente en su desgracia, el propio infierno
Temió mi brazo, que domó su rabia.
Mas vos, godo Quijote, ilustre y claro,
Por Dulcinea sois al mundo eterno,
Y ella, por vos, famosa, honesta y sabia.

5

DE SOLISDÁN A DON QUIJOTE DE LA MANCHA

Soneto.

10

Maguer, señor Quijote, que sandeces
Vos tengan el cerbelo derrumbado,
Nunca seréis de alguno reprochado
Por home de obras viles y soeces.
Serán vuesas fazañas los joece,
Pues tuertos desfaciendo habéis andado,

3 Lo mismo solía decir Cervantes *único y raro* que *único y solo*. De esto ya cité algún ejemplo (58, 16); de lo de ahora recuerdo otro también, como aquel del *Viage del Parnaso* (cap. 11):

“En esta ciencia es marauilla nueva,
Y en la jurispericia *único y raro*;
Su nombre es don Francisco de la Cueva.”

6 Godo, en la acepción de *noble, descendiente de ilustre y antiguo linaje*.

9 No se sabe con certeza quién pueda haber sido este *Solisdán* a quien Cervantes ahija uno de sus sonetos; Paul Groussac, en su librito intitulado *Une énigme littéraire: le D. Quichotte d'Avellaneda* (París, 1903), afirma que *Solisdán* es anagrama de *Lassindo*, escudero de Bruneo de Bonamar y armado caballero el mismo día que Gandalín, el escudero de Amadís de Gaula.

11 *Maguer*, como dice la edición original, y no *magüer*, como han leído todos los editores modernos. En otra ocasión trataré con más espacio de la antigua pronunciación de esta palabra.

16 Aunque este *desfacer* es más propio para *agravios* que para *tuertos*, pues de los *tuertos* se dice con mejor acomodo *enderezar*, algunas veces úsalo nuestro autor: en el capi-

Siendo vegadas mil apaleado
 Por follones cautivos y raheces.
 Y si la vuesa linda Dulcinea
 Desaguisado contra vos comete,
 5 Ni a vuestas cuitas muestra buen talante,
 En tal desmán, vuesto conorte sea
 Que Sancho Panza fué mal alcagüete,
 Necio él, dura ella, y vos no amante.

tulo VIII: "...y es menester deshacer este tuerto..."; en el xxxi: "...que desfagan los tuertos y agravios"... Pero más propiamente lo dice en otros lugares; en el cap. LII: "...desfacedor de agravios, enderezador de tuertos..."; y en el XLVIII de la segunda parte: "...vuesa merced nació en él [en el mundo] para deshacerlos [los agravios] y para enderezar los tuertos...";

2 *Cautivos*, en la antigua acepción de *viles*, malos, miserables, como en el refrán "Corazón fuerte quebranta cautiva suerte".

6 *Conorte* (nombre que el léxico de la Academia no registra sino en la forma *conhorta*, ni tampoco inserta *conortar*), significa *consuelo*, cual lo demuestra el antiguo refrán "Mal de muchos, *conorte* es". (*Refranes glosados. En los cuales qualquier que con diligencia los quisiere leer hallara proverbios y maravillosas sentencias; y generalmente a todos muy provechosos.* 1541, cap. ix.) Y poco después: "Assi que quando algo ouieres perdido que cobrar no se puede deues te *conortar* con este refrán: Lo perdido vaya por amor de Dios." Covarrubias en su *Tesoro* distinguió entre *confortar* o *conhortar* y *conortar*, dedicándoles sendos artículos y asignándoles diferentes significados: al primero, el de *esforzar*; al segundo, el de *consolar*, diferencia de todo punto conforme con la que hacia el vulgo en la siguiente fórmula de ensalmo para curar de aojamiento (Archivo Histórico Nacional, Inquisición de Toledo, Procesos, legajo 85, núm. 59):

"Si aquí el pecado algún pacto tuviere,
 el Padre nos *conforte*,
 el Hijo nos *conorte*,
 el Espíritu Santo nos libre y nos guarde
 de diablos y diablas
 bautizados y por baptizar,
 todos en particular y en general."

DIÁLOGO ENTRE BABIECA Y ROCINANTE

Soneto.

B. ¿Cómo estáis, Rocinante, tan delgado?

R. Porque nunca se come, y se trabaja.

B. Pues ¿qué es de la cebada y de la paja?

R. No me deja mi amo ni un bocado.

B. Andá, señor, que estáis muy mal criado,

Pues vuestra lengua de asno al amo ultraja.

R. Asno se es de la cuna a la mortaja.

7 En el habla común era muy frecuente omitir la *d* final de la segunda persona de plural del imperativo, apócope que perdura hoy antes del enclítico: *calláos, tenéos, vestíos*. La infanta doña Isabel Clara Eugenia, en sus cartas publicadas por Rodríguez Villa, escribía *judgá* (juzgad), pág. 100; *reñíselo* (reñidsele, pág. 48). Quevedo, *El Parnaso Español*, Musa V, baile vi:

“Doblad por los avarientos,
Tocá a nubló por bellacos,
Repicad por dadivosos,
Tañé a fuego por muchachos.”

9 La Academia Española, que había leído bien este verso en su hermosa edición de 1780, lo leyó mal en la de 1819, estampando “Asno *sé* es”, es decir, haciendo verbo lo que a toda buena luz no es sino pronombre. Clemencín echó por ese mal camino, en el cual le ha seguido Fitzmaurice-Kelly. Cortesón, al restituir el texto en este punto, cita el siguiente pasaje de fray Luis de Granada (*Guía de pecadores*, I, 5): “Siempre *se es* el mismo en su ánimo.” Pero ¿qué duda podía haber a la Academia de que este *se es* pronombre, y no verbo, cuando no muy lejos (I, VIII) dice Sancho: “...que yo de mío *me soy* pacífico y enemigo de meterme en ruidos”? Pues, además, el mismo Cervantes ¿no hizo decir al Prior en la jorn. II de *El Rufián dichoso* (apud *Ocho comedias, y ocho entremeses nuevos...*, fol. 99 vto.):

“y este por moço se atreue,
y él de suyo *se es* loquaz”?

Y ¿no son castizos refranes nuestros aquellos que dicen: “La mujer lunarosa de suyo *se es* hermosa” y “El amigo del aldea tuyo *se sea*”? En conclusión: el verbo *ser*, regularmente in-

¿Queréislo ver? Miraldo enamorado.

transitivo, "se presta algunas veces —como dice don Andrés Bello— a la construcción cuasi refleja: "*Me soy* parece significar *soy de mí*, soy por naturaleza, por condición". Y después de citar el verso de que se ha originado esta nota, añade: "Todavía es frase común *sea* o *sease lo que se fuere*." Muchos más ejemplos he allegado del empleo de *ser* con el pronombre de tercera persona:

Se es. En Jorge Manrique:

"...Quán en un punto *se es* ido
Y acabado...";

en una carta del Gran Capitán: "El de Catania, pareciéndole aun estrecha [esta cárcel], *ses* ydo..."; en Boscán:

"...y es cosa tan sin concierto,
que al cabo no sé qué *se es*";

en el *Norte de los estados* de fray Francisco de Osuna: "El para sí mesmo *se es* ley..."; Santa Teresa, en carta de Burgos, 30 de mayo de 1582: "ansi la llamabamos, que no priora, y todo *se es* uno"; en *El perfecto Religioso* de fray Francisco Aguado: "No se cómo *se es*, que son pocos los hombres a quien les huela mal el dinero..."; en el *Meson del Mundo* de Rodrigo Fernández de Ribera: "...que el Mundo siempre *se es* vno."

Se son. En las *Moradas* de Santa Teresa: "...aun sin esto, *sonse* flacas de complexion..."; en Quevedo, Musa VI, romance XLI:

"...Pues siempre *se son* lagañas,
Aunque Lucinda las tenga."

Se era. En el principio tradicional de los cuentos: "*Érase que se era*..."

Se sea. En el acto XVI de la *Celestina*: "...no sé que *se sea* aquejarles más agora..."

Se fué. En el *Quijote*, I, xxvii: "No sé qué *se fué*, que en acabando de decirme esto..."

Se será. Castellanos, en las *Elegías de varones ilustres de Indias*:

"...Y siempre *se será* lo que fué antes."

Serse. Garau, en *El sabio instruido de la gracia*: "El lilio con el rocío del cielo sabe *serse* el artífice de sí mismo."

He cargado un poco la mano, y aun quizás un mucho, en el allegar ejemplos, para enseñanza de cajistas y correctores de

B. ¿Es necedad amar? R. No es gran prudencia.
 B. Metafísico estáis. R. Es que no como.
 B. Quejaos del escudero. R. No es bastante.
 ¿Cómo me he de quejar en mi dolencia,
 Si el amo y escudero o mayordomo
 Son tan rocines como Rocinante?

5

imprensa; porque, como ahora verá el lector, esto de acentuar el pronombre *se* convirtiéndolo en verbo parece que lo sigue aconsejando el diablo. En el segundo y postrero de dos romances intitulados *Don Quijote*, de don Gabriel García y Tassara (*Poesías de...*, Madrid, 1872) ocurre dos veces *se es* (pág. 228), y ambas acentuó el *se* el cajista. He aquí el pasaje:

“Ser Quijote o Dulcinea
 Es cuestión de talismanes,
 Y *se es* sin querer amado,
 Y *se es* sin querer amante.”

1 (pág. 72) Como atrás indiqué (37, 6) y nota Bello en su *Gramática*, § 615, era frecuente anteponer la *l* del enclítico a la *d* final del imperativo. Así lo escribía de su mano Felipe II (Gachard, *Lettres de Philippe II à ses filles*, París, 1884, pág. 122). El mismo CERVANTES, en la jorn. v de *El trato de Argel*:

“REV. ¡Chito! [¡Chito!], Chifuz, Brequede, *atalde*,
Abrilde, desollalde, y aun matalde.”





CAPÍTULO PRIMERO

QUE TRATA DE LA CONDICIÓN Y EJERCICIO DEL
FAMOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA.

“En un lugar de la Mancha”,
de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mu- 5

4 Por primera vez desde que salió a luz el *Quijote* se estamparon en medio de la página y entre comillas, como un verso ajeno, en mi edición anterior (1916-1917) las primeras palabras de su primer capítulo. Tal novedad requería explicación, y para darla a los lectores fuí asentando y demostrando:

1.º Que en el siglo XVI y parte del XVII era costumbre de autores e impresores escribir e imprimir los versos a renglón tirado, como prosa, cuando no pasaban de cuatro o seis. Esto, que habrán advertido con frecuencia los que leen libros de aquel tiempo, se echa de ver, por ejemplo, en el *Norte de los estados...* de fray Francisco de Osuna (Sevilla, 1531, y Burgos, 1541), en algunas de las imitaciones de la *Celestina* reimpresas por Menéndez y Pelayo (t. III de los *Orígenes de la Novela*, apud *Nueva Biblioteca de Autores Españoles*); en la carta dedicatoria que precede a la *Clara Diana a lo divino* (Zaragoza, 1599), etc., etc.

2.º Que tal costumbre fué seguida por CERVANTES y los primeros impresores de sus obras. En efecto, en el *Quijote* mismo hay no pocos versos estampados como si fuesen prosa, tales, verbigracia, como los del capítulo II de esta primera parte:

“Mis arreos son las armas,
Mi descanso el pelear...”

y como aquellos de Ercilla que nuestro autor citó de memoria en el cap. XIV de la segunda:

cho tiempo que vivía un hidalgo de los de lanza en

“Y tanto el vencedor es más honrado
Cuanto más el vencido es reputado.”

Otra muestra cervantina, aunque extraña al *Quijote*: en el *Entremés de la Cueva de Salamanca* (apud *Ocho comedias, y ocho entremeses nuevos...*, fol. 248 vto.) están asimismo estampados a renglón corrido los versos que yo transcribiré como tales:

“LEONARDA.—¿Holgar yo? ¡Qué bien estás en la cuenta, niña!

Porque ausente de mi gusto,
no se hizieron los placeres
ni las glorias para mí;
penas y dolores sí.

PANCACIO.—Ya no lo puedo sufrir: quedad en paz, lumbre de estos ojos, los cuales no verán

cosa que les dé placer
hasta volueros a ver.”

3.º Que tal uso quizás provino del que se seguía en las escuelas de primeras letras, donde los niños escribían los versos a renglón tirado, pues así estaban en los dechados o *materias* de que copiaban. Véase, por ejemplo, el libro de Juan de Yciar intitulado *Arte subtilissima por la qual se enseña a escreuir perfectamente* (Zaragoza, M.D.LV), donde hay muestras de escritura de este tenor: “Iurar mucho no conuiene para el hombre auctorizado que es señal que él no se tiene por creyble y abonado...” “Presumimos de polidos contra los que poco pueden y parescenos que hieden por que andan mal vestidos. Es vna gran pestilencia que al hombre no conocido si le vemos bien vestido hazemos gran Reuerencia.”

4.º Que CERVANTES empezó tal cual vez sus capítulos del *Quijote* con un verso ajeno, escrito, o a lo menos, estampado, como si fuese prosa. Ser menos difícil romper a escribir acudiendo a texto ajeno que a palabras propias en mí lo he notado de muchos años acá. Hiciéralo por esta causa o por mero donaire, es lo cierto que empezó el capítulo ix de la segunda parte con el primer verso de un antiguo romance:

“Media noche era por filo...”

e igualmente, después, el capítulo xxvi, con otro de Gregorio Hernández de Velasco:

“Callaron todos, tirios y troyanos...”

astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corre-

los cuales versos se imprimieron como prosa, y sin comillas (que entonces no se usaban), ni nada que indicase que eran cosa ajena.

Y 5.^o Que esto mismo hizo CERVANTES en el primer capítulo de su obra, ya imaginado que fuese la Mancha el campo de las aventuras de su héroe, pues viniéndole a la memoria, cuando estaba pluma en mano y dispuesto para empezar a escribir, cierta ensaladilla del *Romancero general*, libro leidísimo por él y del cual hay frecuentes reminiscencias en el *Quijote*, comenzó a escribir tomando pie de uno de sus versos. Tal ensaladilla, inserta en la novena parte de dicho *Romancero* y que, por tanto, figura en él desde sus más antiguas ediciones (1600 y 1602), está al fol. 357 vto. de la de Madrid, Juan de la Cuesta, 1604, primera en que se añadieron las cuatro partes siguientes (X-XIII) y empieza así:

“Vn lencero Portugues
rezien venido a Castilla,
más valiente que Roldan
y más galan que Macias,
En vn lugar de la Mancha,
que no le saldrá en su vida,
se enamoró muy despacio
de vna bella casadilla.”

Se ignora quién fuese el autor de tal romance. ¡A saber si no será éste uno de aquellos a que años después se refirió CERVANTES en el cap. iv de su *Viage del Parnaso*, fol. 28 vto.:

“Yo he compuesto Romanzes infinitos,
Y el de los zelos es aquel que estimo
Entre otros, que los tengo por malditos”!

5 (pág. 75) Acerca de este lugar, de cuyo nombre no quería acordarse CERVANTES, véanse las páginas que le dedicaré en el apéndice vi del t. VII.

1 De *asta*, que es el fuste de la lanza, se llamó *astillero* la percha en que se ponían las astas o picas y lanzas. Ya de continuo ociosas las armas de los hidalgos (de los no expresamente soldados) en el tiempo en que CERVANTES pone la acción de su novela, hízose proverbial el estar comidas de moho. Así decía Eugenio de Salazar en la quinta de sus *Cartas* (edición de la Sociedad de Bibliófilos Españoles): “...ilustres hidalgos de lanza mohosa, cuchillo cachicuerno...” Y muchos años des-

dor. Una olla de algo más vaca que carnero, salpicón

pués, Salvador Jacinto Polo de Medina, en *El buen humor de las Musas* (Madrid, Imprenta del Reyno, 1637):

“Pues tu alma, ya se sabe
que tiene sarro tu alma,
y que tiene más orín
que de un fidalgo la lança.”

1 (pág. 77) *Adarga*, dijo en su *Tesoro* Covarrubias, es “vn genero de escudo hecho de ante, del qual vsan en España los ginetes de las costas, que pelean con lança y adarga”.

1 (pág. 77) “*Rocín* —decía el mismo Covarrubias— es el potro que o por no tener edad, o estar maltratado, o no ser de buena raza, no llegó a merecer el nombre de cauallo, y assi llamamos *arrocinados* a los cauалlos desbaratados y de mala traça.” De los rocines se decían en tierras de Castilla muy significativos refranes: “A quien mal deseas, un rocín le veas; y a quien más mal, un par”; “Al hombre mezquino bás-tale un rocino”; “Mulo o mula, asno o burra; rocín, nunca”.

1 (pág. 77) Con el obligado complemento de uno o dos galgos, éste era, en efecto, el avío y ajuar de un hidalguete de humilde acomodo, tal como lo describía Calderón en la jorn. II de *Agradecer y no amar*:

“...hasta un rocín y dos galgos,
tres faveses y un lanzón,
una daga y tres o cuatro
sillas de brida o ginetas,
un lampeón en el portal
y una alcándara en el patio...”

“Hidalgos de rocín y galgo” solía llamarse a los hidalgos pobres de aldea. Lope de Vega, en el acto I de *El cuerdo en su casa*:

“GILOTE. “...A la puerta queda
La mujer de cierto *hidalgo*
Destos de *rocín y galgo*,
Toda cubierta de seda.”

1 De “la nacional olla, compañera de la raza en todo el curso de la Historia”, que así llamó Pérez Galdós a nuestro más clásico manjar en su novela *Angel Guerra*, traté con algún espacio en *El yantar de Alonso Quijano el Bueno*, conferencia leída en el Ateneo de Madrid en 1916 y a la cual remito al lector curioso. La olla —añadiré, por añadir algo—

las más noches, duelos y quebrantos los sábados,

es la madre de la sopa, y aunque no tuviera otras buenas cualidades, que sí las tiene, con ésta le bastaría para ser reverenda, como proverbialmente la llaman; que no es grano de anís ser madre de quien atesora, según tradicional afirmación del vulgo, siete gracias capitales, a saber:

“Alimenta,
quita la sed,
hace dormir,
digerir,
sabe bien,
nunca enfada
y pone la cara colorada.”

1 (pág. 78) La buena olla se hacía con vaca y carnero, y decíalo un refrán: “Vaca y carnero, olla de caballero”; bien que Covarrubias (*Tesoro...*, artículo *carnero*) añade: “Debía ser en el tiempo que no se usaba el manjar blanco, ni tortas reales.” Aun así, el Hidalgo de CERVANTES comía su olla *de algo más vaca que carnero*; esto es, tirando a gastar poco, como hombre de moderada hacienda. Porque conviene advertir que *in illo tempore*, a diferencia de lo que sucede hoy, la carne de carnero era más cara que la de vaca, lo cual se echa de ver claramente por la cuenta que hace Gerarda en *La Dorotea* de Lope de Vega (acto v, escena 11, fol. 227 de la edición príncipe, 1632): “Pero boluiendo a mi combidada, he aquí la holla: vna libra de carnero, catorze marauedis; media de baca, seis, son veinte; de tozino, vn quarto, otro de carbon, de peregil y cebollas dos marauedis, y quatro de aceitunas, es vn real cabal...” Algunos refranes que confirman lo dicho, entresacados de mi colección paremiológica: “Cuando a mí me dan carnero, o ello está malo, o yo no estoy bueno”; “Lo primero, no vender vaca por carnero”; “Olla sin carnero, olla de escudero”.

1 Pues a medio día comía el ingenioso hidalgo que ha de llamarse don Quijote “una olla de algo más vaca que carnero” y cenaba “salpicón las más noches”, éste se haría de la misma vaca cocida en la olla. Vea el lector la receta del salpicón de vaca, según el famoso Martínez Montañón (*Arte de cocina, pastelería...*, etc., pág. 33 de la edición de Madrid, 1797: “Pues que tratamos de salpicon, quiero avisar que quando te pidieren salpicon de baca, que procures tener un poco de buen tocino de pernil cocido, picado y mezclado con la baca,

lantejas los viernes, algún palomino de añadidura

luego su pimienta, sal, vinagre, su cebolla picada mezclada con la carne y unas ruedas de cebolla para adornar el plato: es muy bueno y tiene buen gusto." Ambrosio de Salazar, en su *Response apologetique au libelle d'un nommé Oudin...* (París, M.DC.XV), apud *Ambrosio de Salazar et l'étude de l'Espagnol en France sous Louis XIII*, interesante libro de M. Alfred Morel-Fatio (París, 1901), pág. 159, decía a su émulo, traductor al francés en 1614 de *El Ingenioso Hidalgo*: "*Salpicon* decis 'que es vn *saupiquet*. Esso es falso, y si aueis puesto esta traduccion de *salpicon* a *saupiquet* en vuestro hermano don Quixote, cierto que se quexará de vos, porque *salpicon* es hecho con carne cocida y fiambre cortada menuda con cebollas y vinagre, y assi se come fría en lugar de lechugas o otra ensalada, y el *saupiquet*..." Razón tenía Salazar: en el acto II de *Porfiar hasta morir*, comedia de Lope de Vega, dice Nuño:

"Yo te doy que cada día
Comas perdiz y jamón;
Desearás un *salpicon*
De cebolla y vaca fría."

Era manjar de pobres y, como vemos, se solía contraponer a los platos exquisitos. Así, además, en el *Romancero general*, fol. 100 de la edición de 1604, por la cual citaré siempre:

"A falta de antorchas claras
me alumbran turbios candiles,
y con *salpicon* me passo
quando no tengo perdices."

I (pág. 79) De los *duelos* y *quebrantos*, tan llevados y traídos por diversos comentadores de CERVANTES, trataré con el debido detenimiento en el apéndice VII del tomo VII.

I Las *lentejas*, llamadas vulgarmente en Castilla *las mil* y *quinientas*, y en Andalucía *las once mil vírgenes*, bien pudieron ser concausa de la locura de don Quijote, porque eran y son pésima comida, calificada como tal en España desde los tiempos de don Pedro I de Castilla, cuando el médico Juan de Aviñón declaraba en su *Seuillana Medicina*, la más antigua de nuestras topografías médicas, aunque permaneció inédita hasta dos siglos después (Sevilla, Andrés de Burgos, 1545): "Generalmente las *lentejas* son malas e melancólicas." Opinión en la cual coinciden muchos autores, y hasta dan a entender que

los domingos, consumían las tres partes de su hacienda. El resto della concluían sayo de velarte,

el consumo de tal semilla produce malos sueños y predispone a la demencia. Gabriel Alonso de Herrera, en su famosa *Obra de agricultura copilada de diversos auctores* (Alcalá de Henares, Arnao Guillén de Brocar, 1513), fol. 17 vto.: “Las *lentejas* son frías y secas; dan grueso mantenimiento y de mala digestion; engendran sangre melancolica...; traen dolor de cabeza y hazen soñar sueños muy desuaviados y espantosos...” Para el doctor Luis Lobera de Ávila (*Remedio de cuerpos humanos...*, Alcalá de Henares, Joan de Brocar, M.D.XLII, fol. 77) las *lentejas* “son de complexion melancholica”. Y más adelante, fol. 86 vto.: “Es inflatiua del cerebro..., y algunas vezes hazen ver sueños malos.” Todo lo cual había declarado Arnaldo de Villanova en su *Libro de medicina llamado macer, que trata de los mantenimientos* (Granada, Andrés de Burgos, 1519): “E el gouierno de las *lentejas* engendra mucha malenconia: E turua mucho el ingenio...” No sé por qué Máinez, Fitzmaurice-Kelly y algún antologista leyeron *lentejas* donde la edición príncipe da la forma más corriente en el siglo XVI, que hasta hoy sigue siendo la más popular.

1 “Las tres cuartas partes” quiere decir esto, y contra lo que supone Clemencín, no era meramente familiar la omisión del adjetivo numeral, como se demuestra por los ejemplos siguientes: Juan de Castellanos: *Elegías de varones ilustres de Indias* (apud Biblioteca de Rivadeneyra, t. IV, pág. 307 a):

“...Y faltan, mi señor, si parais mientes,
Dos partes de la gente que sacamos.”

Suárez de Figueroa, *El Passagero*, fol. 24 vto.: “Para que la elección [de pontífice] sea canónica deuen concurrir *las dos partes* de los votos.” En ambos casos ha de entenderse *las dos terceras partes*.

2 Era el *velarte* un paño de capas enfurtido, negro o azul. Lo había de primera y de segunda calidad, que se solían llamar respectivamente *veinticuatreño* y *veintidoseno de capas*. Del velarte, por ser paño de abrigo, al par que bueno y caro, decían que era “honra y provecho”. También solían ser de este paño los mantos domingueros de las aldeanas: con manto de velarte pinta Lope de Vega a la novia al tratar del casamien-

calzas de velludo para las fiestas, con sus pantuflos

to de San Isidro Labrador (*Isidro*, Madrid, Luis Sánchez, 1599, canto 11, fol. 31):

"Manto fino de *belarte*,
Puesto en los ombros de arte,
Que la cabeça descubre,
Aunque del cabello cubre
Por la espalda la más parte."

Entre los bienes que Francisco Hernández Pascual, vecino de Espiel (Córdoba), llevó al casarse con Catalina García (Archivo de protocolos de Fuenteovejuna, registro de Pedro de Soto, 1578) figura: "Vna capa de *belarte*, en dos ducados."

1 Las calzas, como dice Clemencín, "hacían el oficio de calzones y medias", cubriendo los muslos y las piernas. Diéronseles popularmente diversos nombres, a juzgar por un pasaje de Tirso de Molina (acto 1 de *Averigüelo Vargas*):

"Calzas las llaman los hombres;
Los discretos, *confusión*;
Las hembras, *abigarradas*;
Las lavanderas, *gregorias*;
Los bobos, *ruedas de norias*,
Y los niños, *rebanadas*
De *melón*."

Velludo, por el *vello* que tiene, llamaron a la felpa o terciopelo. Para andar en el campo solían usarse calzas de gamuza, reservando las de *velludo*, como dice Góngora en uno de sus romances:

"Libre un tiempo y descuidado,
Amor, de tus garatusas,
En el coro de mi aldea
Cantaba mis aleluyas.
Con mi perro y mi hurón
Y mis calzas de gamuza,
Por ser recias para el campo
Y por guardar las *velludas*,
Fatigaba el verde suelo
Donde mil arroyos cruzan..."

1 Covarrubias, en su *Tesoro de la lengua castellana*, dice que los *pantuflos* eran calzado de gente anciana, de dos corchos o más. Usábanse para abrigo (*Aucto de el Hijo Pródigo*, apud *Colección de autos, farsas y coloquios del siglo xvi*, publicada por León Rouanet, tomo II, pág. 296):

de lo mismo, y los días de entre semana se honraba con su vellorí de lo más fino. Tenía en su casa una ama que pasaba de los cuarenta, y una sobrina que no llegaba a los veinte, y un mozo de campo y plaza, que así ensillaba el rocín como tomaba la 5 podadera. Frisaba la edad de nuestro hidalgo con los cincuenta años; era de complexión recia, seco de carnes, enjuto de rostro, gran madrugador y

“En buen *pantuflo* aforrado
anda el pie enjuto y caliente,
onesto en faz de la gente;
que en el vestido y calçado
se muestra el hombre prudente.”

Además, a lo que parece, los *pantuflos* se ponían sobre los zapatos, como los chanclos de ahora. César Oudin, *Diálogos muy apazibles, escritos en lengua Española, y traducidos en Frances* (Bruselas, Rutger Velpius & Hubert Antoin, 1611), diál. 1, página 6:

“ALONSO.—¿Quiere v. m. ponerse borzeguies?

D. PEDRO.—No, sino çapatos y pantuflos, por amor del lodo.”

2 Antes, “con *sus* pantuflos de lo mismo”; ahora “con *su* vellorí de lo más fino”. Este *su*, cuyo empleo en casos como éstos no veo explicado en las gramáticas y diccionarios que tengo a mano, no indica de necesidad la posesión que suele, sino cierto apego o correspondencia de la cosa que lleva tal partícula con la persona o cosa a que se adjunta, a la cual cae bien, como pintiparada para ella: “A este guisado le sienta *su* poquito de ajo”. “Salió a la calle tan peripuesto: con *su* corbata negra y *sus* botas de charol”.

2 El *vellorí*, o *vellorín*, era, según el *Diccionario* llamado de autoridades, un “pañó entrefino de color pardo ceniciento, u de lana sin teñir”. El doctor Francisco del Rosal, en su *Diccionario de la lengua castellana*, todavía inédito, que es vergüenza que aún lo esté, dice en su alfabeto I: “*Vellorí* o *vellorín*, paño pardo de Córdoba o Andalucía, es *vellus aurinum*, pues Marcial llama a la lana bética *aurea vellera* (lib. 12, 99).”

6 En toda la obra no se vuelve a hacer mención de este mozo. Si CERVANTES había pensado sacar algún partido de él, cambió de propósito.

amigo de la caza. Quieren decir que tenía el sobrenombre de Quijada, o Quesada, que en esto hay alguna diferencia en los autores que deste caso escriben; aunque por conjeturas verosímiles se deja entender que se llamaba Quejana. Pero esto importa poco a nuestro cuento: basta que en la narración dél no se salga un punto de la verdad.

5 Mal se aviene la nueva conjetura con lo que se refiere en este mismo capítulo (99, 3): "... de donde, como queda dicho, tomaron ocasión los autores desta tan verdadera historia que, sin duda, se debía de llamar *Quijada*, y no *Quesada*, como otros quisieron decir." Y mal también con el *Quijano* que sale en el cap. v, cuando el labrador su convecino encuentra a don Quijote maltrecho, y le dice: "Señor *Quijana* (que así se debía de llamar cuando él tenía juicio...)"; y responde después a su tiramira de disparates: "Mire vuestra merced, señor, pecador de mí, que yo no soy don Rodrigo de Narváez, ni el Marqués de Mantua, sino Pedro Alonso su vecino; ni vuestra merced es Valdovinos, ni Abindarráez, sino el honrado hidalgo del señor *Quijana*." Y no es simpleza en los comentadores, como ligeramente ha dicho Cortejón, el reparar en cosas como ésta de los diversos apellidos que se atribuyen al Hidalgo manchego. Tras algo interesante se anda, que acaso acaso está muy cerca de parecer, y no es grano de anís, aunque los poco o nada investigadores afecten opinar lo contrario, el averiguar si hubo un *Quijada*, *Quesada* o *Quijano* de quien CERVANTES tomase algunos de los principales rasgos del héroe de su inmortal novela. Por lo pronto, quizás no habré perdido enteramente el tiempo que gasté en preparar para el auditorio y para la estampa mis conferencias intituladas *Los modelos vivos del Don Quijote de la Mancha: Martín de Quijano* (Madrid, 1916) y *El modelo más probable del Don Quijote* (Madrid, 1918). *Quijada* le llamó sin vacilaciones don Guillén de Castro, en su comedia *Don Quixote de la Mancha*:

"BARBERO. Como su nombre es *Quirada*
y es Manchego natural,
don Quixote de la Mancha
se haze agora llamar."

6 Cuento, en su acepción principal de "relación de un suceso", como en otros lugares.

Es, pues, de saber que este sobredicho hidalgo, los ratos que estaba ocioso (que eran los más del año) se daba a leer libros de caballerías, con tanta afición y gusto, que olvidó casi de todo punto el ejercicio de la caza, y aun la administración de su hacienda; y llegó a tanto su curiosidad y desatino en esto, que vendió muchas hanegas de tierra de sembradura para comprar libros de caballerías en que leer, y así, llevó a su casa todos cuantos pudo haber dellos. Y de todos, ningunos le parecían tan bien como los que compuso el famoso Feliciano de Silva; porque la claridad de su prosa y aquellas enricadas razones suyas le parecían de perlas, y

12 Feliciano de Silva, que en su *Segunda comedia de Celestina* se aventajó al autor de la *Tragicomedia de Calisto y Melibea* en todo lo deshonesto, escribió, además, varios libros de caballerías, que tuvieron buena y muy general aceptación, tales como el *Lisuarte de Grecia*, *Amadís de Grecia*, *Florisel de Niquea* y *Rogel de Grecia*. Y no holgará advertir que, así como, según dice Menéndez y Pelayo (*Antología de poetas líricos castellanos*, t. XII, pág. 457), “fué moda cortesana en Portugal, en la corte de don Juan I, el tomar por dechados a los paladines del rey Artús, y hasta el adoptar sus nombres”, no faltó en España quien, enamorado de la fama de Feliciano de Silva, tomase el suyo, o le diese a su hijo: Feliciano de Silva se llamaba y se hacía llamar un vecino de Sevilla, *maestro de enseñar moços a leer y escreuir*, de quien he encontrado diversas escrituras en el riquísimo Archivo de protocolos de aquella ciudad.

13 *Enricadas*, que hoy diríamos *intrincadas*, voz que ya ocurrió en el prólogo (43, 15) en la forma *intricar*, más ajustada a su etimología (*intricare*). Agustín de Almazán, en *La moral e muy graciosa historia del Momo*, de Leon Baptista Alberto Florentín (Alcalá de Henares, Joan de Mey Flandro, 1553), libro II, cap. vi: “Dezia tras esto que los negocios publicos eran del todo arduos y *enricados*.”

13 Don Diego Hurtado de Mendoza, o quien fuera, se burló con mucha donosura, antes que nuestro autor, de los retruécanos, hinchazón y vana hojarasca del estilo de Feliciano de

más cuando llegaba a leer aquellos requiebros y cartas de desafíos, donde en muchas partes hallaba escrito: "La razón de la sinrazón que a mi razón se haze, de tal manera mi razón enflaqueze, que con ⁵ razón me quejo de la vuestra fermosura." Y tam-

Silva, remedándolos en la carta que le escribió bajo el nombre de Marco Aurelio (Paz y Melia, *Sales españolas*, t. I, pág. 229). Empieza así: "Marco Aurelio, oriundo de los ensalzados montes que sus siete cabezas sobre las altas cumbres de la redondez del universo con mayor acrecentamiento y grandeza..., a ti, el caballero Feliciano de Silva, domador de las inmortales palabras, acrecentador de la castellana lengua, para que con sus riquezas y mercaderías los retazos de sus añadiduras y menudos trapos con diversas colores y remiendos, como calcetero, la inmortal bragueta de que las defectuosas carnes carecen henchida sea, desea salud, para que con ella el número de tus nunca acabadas obras se acreciente, y risa y aliento a los leyentes para tus inmortales encarecimientos viva."

⁵ A la verdad, estos pueriles retruécanos y huera naderías andaban ya en la literatura amatoria peninsular antes que Feliciano de Silva los extremase en sus libros. En la *Comedia llamada Seraphina* (1521) se leen versos como los que transcribo:

"El qual siente lo que siento,
Y siente qu'el mi sentir
Ya no siente,
Y siente qu'el sentimiento
Del sentido y consentir
Bien consiente."

Y antes que el novelador de Ciudad Rodrigo escribiese en el capítulo iv de la *Crónica de don Florisel*: "el fuego de Lucela me abrasa, templando su fuerza con la fuerza de mayor fuerza que la muerte de mi Niquea me hace", había escrito Cartagena en una de sus poesías (*Cancionero general* de Castillo, tomo I, pág. 343, de la edición de los Bibliófilos Españoles):

"Su fuerza que fuerza mi fuerza por fuerza
m' esfuerça que fuerçe mi mal no diciendo."

Como se ve, estas ridículas repeticiones que tanto deleitaban en otro tiempo, nacieron en el fértil campo de la poesía,

bién cuando leía: "...los altos cielos que de vuestra divinidad divinamente con las estrellas os fortifican, y os hazen merecedora del merecimiento que merece la vuestra grandeza."

desde el cual pasaron al de la prosa de los escritores más retóricos y campanudos. Juan del Encina, en su *Arte de poesía castellana* (apud *Antología de poetas líricos castellanos*, ordenada por Menéndez y Pelayo, t. V, pág. 46), escribió: "Ay otra gala que se dize *redoblado*, que es quando se redoblan las palabras: assi como vna cancion que dize. *No quiero querer querer: sin sentir sufrir sufrir: por poder poder saber*, etc." Pues de esta decantada *gala* siguieron tomando pie los poetas para *redoblar* de la manera que han visto los lectores y como verán en estotros ejemplós. En la *Comedia llamada Selvagia*, de Alonso de Villegas (Toledo, Joan Ferrer, 1554), coplas preliminares:

"Gozando sus gozos te muestra *gozoso*,
Y goza los gozos que goza su parte,
Adonde gozando por gozo tal arte,
En gozo te goza con gozo sabroso."

Hasta Barahona de Soto, hombre de fino gusto literario, dió alguna vez en este escollo, pues dijo en su *Sátira contra los malos poetas* (apud *Luis Barahona de Soto*, pág. 721):

"Luego sin tiempo brota el cabrahigo,
Y entiende que el que *sabe*, entonces *sabe*
Si de que *sabe sabe* que hay testigo."

Anotando este pasaje, recordé que estos jueguecillos de palabras tienen tan profundas sus raíces, que traen a la memoria aquel añejísimo de Ennio en su *Fenix*:

"...*stultus est qui cupita cupiens cupientur cupit*."

Amén de haber sido moda (y moda durable, *avis rara*) estas repeticiones de una misma palabra o de palabras de la misma raíz, débense quizás, como dice el insigne camonista doctor José María Rodríguez (*Fontes dos Lusíadas*, Coimbra, 1905) recordando trabajos de Leo Spitzer y Meyer-Lübke, a la impresión estética que la repetición ejerce sobre el oído y a la ley del menor esfuerzo, o inercia mental.

4 El tratamiento de *grandeza* dábase a los grandes de España o, lisonjeramente, a los que se suponía que por sus me-

- Con estas razones perdía el pobre caballero el juicio, y desvelábase por entenderlas y desentrañarles el sentido, que no se lo sacara ni las entendiera el mismo Aristóteles, si resucitara para solo ello.
- 5 No estaba muy bien con las heridas que don Belianís daba y recibía, porque se imaginaba que, por grandes maestros que le hubiesen curado, no dejaría de tener el rostro y todo el cuerpo lleno de cicatrices y señales. Pero, con todo, alababa en su
- 10 autor aquel acabar su libro con la promesa de aquella inacabable aventura, y muchas veces le vino

recimientos podían serlo. Así Gaspar de Texeda, en su *Estilo de escreuir cartas mensageras...* (Valladolid, Sebastián Martínez, 1549), fol. 38, "dirigiéndose a un grande un amigo suyo": "Y pues V. S. haze guarda ropa de amigos, y no de cosas transitorias, tenga presente *vuestra grandeza* a los que de miserables hazen caudal..." Pedro de Luján, en *Ieandro el Bel*, o sea *Libro segundo del esforçado cauallero de la Cruz Lepolemo, Principe de Alemaña...* (Toledo, Miguel Ferrer, M.D.lxiiij), fol. 93 vto.: "...por tanto, en dexando a *vuestras grandezas* en saluo nos bolueremos a ver los gigantes..."

4 Si *resucitara*, o sea aunque *resucitara*. De esta acepción de *si* trataré en nota del cap. XII (347, 14).

5 *Dar heridas*, en vez de *hacerlas* o *causarlas*, que decimos ahora. Barahona de Soto en la primera de sus *Lamentaciones*:

"Y aquella otra homicida
A quien él no dió herida
De puro cortés y esquivo,
No recibe ya cautivo
A quien otorgue la vida."

7 Llamábase *maestros* a los cirujanos. Un refrán registrado por Correas en su *Vocabulario de refranes y frases proverbiales*: "Manos del *maestro* son ungüento. (Habla del diestro cirujano, que sana con la buena mano la llaga.)"

11 Clemencín esclarece esta alusión del texto: "Jerónimo Fernández, autor de la *Historia de Belianís de Grecia*, dice al concluirla que bien quisiera referir los sucesos que dejaba pendientes; "mas el sabio Fristón (autor del original, según se su-

deseo de tomar la pluma y dalle fin al pie de la letra, como allí se promete; y sin duda alguna lo hiciera, y aun saliera con ello, si otros mayores y continuos pensamientos no se lo estorbaran. Tuvo muchas veces competencia con el cura de su lugar 5 (que era hombre docto, graduado en Sigüenza) sobre cuál había sido mejor caballero: Palmerín de Inglaterra, o Amadís de Gaula; mas maese Nicolás, barbero del mismo pueblo, decía que ninguno llegaba al Caballero del Febo, y que si alguno se le 10 podía comparar era don Galaor, hermano de Amadís de Gaula, porque tenía muy acomodada condición para todo; que no era caballero melindroso, ni tan llorón como su hermano, y que en lo de la valentía no le iba en zaga. 15

"pone), pasando de Grecia en Nubia, juró había perdido la "historia, y así, la tornó a buscar. Yo (continúa Fernández) le "he esperado, y no viene; y suplir yo con fingimientos a histo- "ría tan estimada sería agravio; y así, la dejaré en esta parte, "dando licencia a cualquiera a cuyo poder viniere la otra par- "te, la ponga junto con ésta, porque yo quedo con harta pena "y deseo de verla."

3 *Salir, o salirse, con una cosa es porfiar hasta lograrla.* Fray Luis de León, *De los nombres de Cristo*, libro III: "Y sin duda lo puede todo, y sale valerosamente con ello, este amor que tienen con Jesucristo los suyos."

8 Algunos editores, así antiguos como modernos, leyeron *Inglaterra*, y no *Inglaterra*, como de ordinario se decía y como dice aún nuestro vulgo.

9 La circunstancia de llamarse asimismo *maese Nicolás* el barbero amante de Cristina en el entremés de CERVANTES intitulado *La Cueva de Salamanca* hace conjeturar, y ya lo notó Clemencín, que al dar nombre a estos personajes de ambas obras, su autor recordó a algún barbero real y efectivo así llamado.

14 Cortejón, ampliando una cita hecha por el diligente Bowle, ha entresacado del *Amadís de Gaula* algunos pasajes que justifican el dicho de CERVANTES *ni tan llorón como su hermano*.

En resolución, él se enfrascó tanto en su letura, que se le pasaban las noches leyendo de claro en claro y los días de turbio en turbio; y así, del poco dormir y del mucho leer se le secó el cerebro, de manera, que vino a perder el juicio. Llenóse la fantasía de todo aquello que leía en los libros, así de encantamientos como de pendencias, batallas, desafíos, heridas, requiebros, amores, tormentas y disparates imposibles; y asentósele de tal modo en la imaginación que era verdad toda aquella máquina de aquellas sonadas soñadas invenciones que

3 *De claro en claro* es un modo adverbial que unas veces significa "manifestamente, o con toda claridad", y otras, "de un extremo a otro, del principio al fin, o de parte a parte". Esto último se expresó, verbigracia, por el padre Rivadeneira en la *Vida del padre Ignacio de Loyola*, cuando escribió (capítulo ix): "...se le pasaban las noches *de claro en claro* sin sueño..." En tal sentido lo empleó CERVANTES al escribir: "se le pasaban las noches leyendo *de claro en claro*"; pero, al correr de la pluma, se le ocurrió la feliz idea de añadir: "y los días *de turbio en turbio*", con lo cual vino a decir de singular manera que el buen hidalgo leía toda la noche, de un sol a otro, y todo el día, de crepúsculo a crepúsculo. A lo que parece, Rojas Zorrilla, en la jorn. III de *La traición busca el castigo*, tuvo presente esta feliz adición de CERVANTES:

"D. JUAN. ¿Nunca la ha hablado?

INÉS.

Eso sí:

Las noches de claro en claro,

Los días de sombra en sombra,

Los suelen pasar hablando..."

11 La edición príncipe dijo *sonadas soñadas invenciones*, en lo cual sólo la siguen las dos primeras de Lisboa; todas las demás atribuyeron el primero de tales adjetivos a yerro de la imprenta, y leyeron solamente *soñadas*. Así las cosas, el señor R. Foulché-Delbosc (*Cervantica*, apud *Revue Hispanique*, t. XXV, pág. 483) abogó porque se lea *sonadas*, recordando que Covarrubias llama *cosa sonada* a "la que se ha diuulgado con mucho ruydo y admiracion". Me parece discreta la observación, mayormente cuando en el capítulo VI se llama *sonadas* a las

leía, que para él no había otra historia más cierta en el mundo. Decía él que el Cid Ruy Díaz había sido muy buen caballero; pero que no tenía que ver con el Caballero de la Ardiente Espada, que de solo un revés había partido por medio dos fieros y descomunales gigantes. Mejor estaba con Bernardo del Carpio, porque en Roncesvalles había muerto a Roldán el encantado, valiéndose de la industria de Hércules, cuando ahogó a Anteó, el hijo de la

aventuras de Florismarte de Hircania, bien que los editores todos hayan seguido también la segunda edición de Cuesta y leído *soñadas*. Pero más lejos voy que mi docto amigo el señor Foulché-Delbosc: restituyo la lección original en el pasaje a que se refiere esta nota, parando mientes en que este jugar del vocablo, esta paronomasia de *sonadas soñadas* era tan del gusto de CERVANTES como se echará de ver por estotras locuciones suyas, y cuenta que no las busco fuera del *Quijote*: "...puesta su mal compuesta celada" (I, II); "...no hallé derrumbadero ni barranco de donde despeñar y despenar al amo" (I, XXVIII); "...el bien barbado barbero..." (I, XXIX). "...pues estando a caballo acaba las mayores fazañas (*Ibidem*)"; "...entrar por tan estrecho estrecho" (II, XVIII); "...y dijo a la esforzada, y no forzada" (II, XLV), etcétera. Bien pudo escribir *sonadas soñadas* quien escribió las citadas frases. Si de algo adolece quedando como en la edición original el texto que ha ocasionado esta nota, es de la falta de la conjunción y entre los dos adjetivos.

2 En la verdad de las aventuras narradas en los libros de caballerías creyeron muchos de sus apasionados. De ello, por lo que especialmente toca al *Amadís de Gaula*, trataré en el apéndice x del tomo VII.

4 Amadís de Grecia se llamó el Caballero de la Ardiente Espada, "porque tenía estampada en el pecho —recuerda Clemencín— una espada bermeja a manera de brasa, y como tal quemaba, hasta que el sabio Alquife le curó de esta incomodidad".

9 Anteó en la edición príncipe, y está bien; sin que fuera disparatado decir *Anteón* en otras, como han sostenido algunos anotadores y como se dice en otro lugar (II, XXXII).

Tierra, entre los brazos. Decía mucho bien del gigante Morgante, porque, con ser de aquella generación gigantea, que todos son soberbios y descomedidos, él solo era afable y bien criado. Pero, sobre todos, estaba bien con Reinaldos de Montalbán, y más cuando le veía salir de su castillo y robar cuantos topaba, y cuando en allende robó aquel ídolo de Mahoma, que era todo de oro, según dice

2 Hoy diríamos: "*Hablaba muy bien del gigante Morgante...*" El doctor Monardes en su *Diálogo del hierro, y de sus grandezas...*, a continuación de la *Primera y segunda y tercera partes de la Historia medicinal de las cosas que se traen de nuestras Indias Occidentales...* (Sevilla, Alonso Escribano, 1574), fol. 164:

"D[OCTOR]. Mucho bien lo a dicho el señor Ortuño... Y mucho mal. Diego Gracián, *Morales de Plutarcho, traduzidos de lengua Griega en Castellana* (Salamanca, Alexandro de Canova, M.D.LXXI), fol. 3: "Como Acides Iapson *dixesse mucho mal del rey*, muy desuergonçada y injuriosamente, en esto solo se vengó dél Xerxes..."

7 En allende, o allende a secas, quiere decir *allende el mar*, y especialmente, *en tierra de moros*. En los capítulos de las condiciones con que Boabdil se disponía a entregar a Granada (don Mariano Gaspar Remiro, *Discurso leído en la Universidad de Granada...*, Granada, 1910, pág. 52): "Otrosy que todo el comun de granada e de sus arrabales y del albayzin..., que sus altezas y sus descendientes los dexen pasar para *allende* todos los que quizyeren..." En la *Nueva Recopilación*, ley XII, título II, libro VIII, se incluyó una pragmática de 1508, por la cual se mandaba pregonar "por todos los lugares de la costa de la mar... que de aquí adelante qualesquier moro o moros que vinieren de *allende* acá a saltear y robar..."

8 Don Juan Bowle, patriarca del cervantismo, recordó el pasaje del *Espejo de Caballerías* donde se menciona este hecho: "El conde Roldán dixo: Sus, falso caballero, tiempo es de venganza; que seguro estoy de las trayciones de tu primo... No le respondió el buen Reynaldos cortesés palabras; antes con bravo semblante le dixo: O bastardo, hijo de mala hembra, mientes en todo lo que has dicho; que robar a los paganos de España no es robo, pues yo solo, a pesar de quarenta mil Moros y más,

su historia. Diera él, por dar una mano de coces al traidor de Galalón, al ama que tenía, y aun a su sobrina de añadidura.

En efeto, rematado ya su juicio, vino a dar en el más estraño pensamiento que jamás dió loco en el mundo, y fué que le pareció conveniente y nece-

les quité un *Mahomet de oro*, que ove menester para pagar mis soldados.”

2 Después (188, 6) leeremos: “el honrado hidalgo *del* señor Quijana”. Dice Gonzalo Correas en su *Vocabulario de refranes...*: “El bellaco *de* fulano, el bellaco *de*, la bellaca *de* la. Con esta preposición, que da mayor fuerza, se quedan frases a dos sentidos: el bellaco *de* Pedro, por el bellaco Pedro, etc. De aquí nace la gracia de la ambigüedad: el asno *de* Antón, la burra *de* Juana, por ella o por su burra; el rocín *del* doctor...”

Como del conde Galalón de Maganza, por cuya traición murieron en Roncesvalles los doce Pares de Francia, se hace mucha mención en diversos libros de caballerías que fueron popularísimos antaño y que anduvieron, y todavía andan, extractados como pliegos de cordel, quedó en el vulgo andaluz por comparación corriente el ponderar las perversas intenciones con que procede algún sujeto: *va con las de Galalón*. Entre tanto, en memoria de haber sido de Maganza el tal Galalón, los escritores, especialmente en tono festivo, hicieron a *magancés* equivalente de *traidor*. El mismo CERVANTES, en el capítulo iv del *Viage del Parnaso* (fol. 38):

“¿Dónde tenías, *Magancés*, la vista
Aguda de tu ingenio, que assí ciego
Fuiste tan mentiroso coronista?”

El licenciado Francisco Pacheco, en su *Sátira en defensa del divino Dueñas*, escrita en 1569:

“¿Qué medra el mocellón, el gran çambardo...
Aunque escriba donaires el neciazo
Contra su buen amigo el doctor Dueñas,
A fuer de *magancés* y bellacazo?”

5 En el más estraño pensamiento que... Como advierte García de Diego en sus *Elementos de Gramática Histórica Castellana* (pág. 240), “era frecuente en la lengua clásica, y hoy en la familiar, emplear como absoluto el relativo que por su régimen pedía una preposición.”

sario, así para el aumento de su honra como para el servicio de su república, hacerse caballero andante, y irse por todo el mundo con sus armas y caballo a buscar las aventuras y a ejercitarse en todo aquello que él había leído que los caballeros andantes se ejercitaban, deshaciendo todo género de agravio, y poniéndose en ocasiones y peligros donde, acabándolos, cobrase eterno nombre y fama. Imaginábase el pobre ya coronado por el valor de su brazo, por lo menos, del imperio de Trapisonda; y así, con estos tan agradables pensamientos, llevado del extraño gusto que en ellos sentía, se dió

3 Máinez y Fitzmaurice-Kelly leen, a la moderna, *e irse*. CERVANTES, como era corriente uso en su tiempo, ponía y antes de palabra de inicial *i*, pormenor que consta por la carta que escribió desde Málaga a 17 de noviembre de 1594 y que está reproducida en facsimile en la *Vida de Cervantes* que compuso don Martín Fernández de Navarrete (Madrid, 1819): "...ase me acabado el termino —dice—: V. Mg.t sea seruido de que se me den 20 días mas en el qual abre acabado con todo y yre a entregar el din.º donde se me manda..." En la edición príncipe del *Quijote* hállase algunas veces *e* por *y* cuando sigue *i* o *hi*; pero otras, *y*, como ahora: "...teniendo, como tengo, muger y hijos..." (I, xxix, fol. 161): "...y yré quieto y pacífico..." (I, xxx, fol. 166 vto.); "...y yua cotejando las señas del mandamiento..." (I, xlv, fol. 277 vto.).

10 "*Trapisonda* —dice Clemencín—, ciudad situada en la costa meridional del Mar Negro, y capital del imperio de este nombre, que fué una de las cuatro partes en que se dividió el imperio griego por los años de 1220, a saber: Constantinopla, Tesalónica, *Trapisonda* y Nicea." Así la ciudad como el imperio son muy nombrados en algunos libros de caballerías, y de aquí la imaginación del buen hidalgo.

12 *Estraño*, en la acepción hoy poco usada de *raro*, *singular*, *extremado*. Cristóbal de Virués, en el canto viii del *Mon serrate*, pág. 134 de la edición de Madrid, Sancha, 1805:

"...Y cada qual con diligencia *extraña*
Las cosas en su ejército dispensa
Por el orden que entiende que en el hecho
Le serán de más cómodo y provecho."

priesa a poner en efeto lo que deseaba. Y lo primero que hizo fué limpiar unas armas que habían sido de sus bisabuelos, que, tomadas de orín y llenas de moho, luengos siglos había que estaban puestas y olvidadas en un rincón. Limpiólas y aderezólas lo mejor que pudo; pero vió que tenían una gran falta, y era que no tenían celada de encaje, sino morrión simple; mas a esto suplió su industria, porque de cartones hizo un modo de media celada, que, encajada con el morrión, hacían una apariencia de celada entera. Es verdad que para probar si era fuerte y podía estar al riesgo de una cuchillada, sacó su espada y le dió dos golpes, y con el primero y en un punto deshizo lo que había hecho en una semana; y no dejó de parecerle mal la facilidad

3 Para todo lo referente a *las armas de don Quijote* puede consultarse el folleto que con este título publicó en 1908 don Enrique de Leguina, barón de la Vega de Hoz.

4 No ya *muchos años*, sino *luengos siglos*. Es una de las frecuentes hipérboles con que CERVANTES demuestra ser andaluz de origen y de habla.

14 Pregunta Clemencín: "Si con el primer golpe deshizo lo hecho, ¿dónde dió el segundo?" En lo deshecho —puede responderse—, pues ya no lo dió por probar, sino de rabia de haberle salido tan mal la prueba. Cejador lo explica de otra manera: "Dió —dice— los dos golpes sin detenerse, aunque al primero se rompieron parte o todos los cartones."

Era costumbre caballeresca probar las armas con su espada el mismo caballero que había de vestírselas; así, en el cap. VIII de *Lidamán de Ganayl*, cuarta parte de *Clarián de Landanis* (Toledo, Gaspar de Ávila, 1528), una doncella entrega a Deocliano, en nombre del Gran Sabio no Conocido "vnas armas azules de muy rica color; el escudo era de la misma masa, sino que tenia en el medio vn coraçon atrauesado con vn dardillo. E prouando su espada en ellas, jamás las pudo falsar".

15 Dice desatinadamente Clemencín: "Todo lo contrario: *no dejó de parecerle bien*. Para conservar la palabra *mal* era menester decir: *y no le pareció mal la facilidad*, etc." Don

con que la había hecho pedazos, y, por asegurarse deste peligro, la tornó a hacer de nuevo, poniéndole unas barras de hierro por de dentro, de tal manera, que él quedó satisfecho de su fortaleza y, sin querer hacer nueva experiencia della, la diputó y tuvo por celada finísima de encaje.

Fué luego a ver su rocín, y aunque tenía más cuartos que un real y más tachas que el caballo de

Juan Calderón, en el interesante librito que intituló *Cervantes vindicado en ciento y quince pasajes del texto del Ingenioso Hidalgo D. Quijote de la Mancha...* (Madrid, 1854), pág. 2, repara en que “el comentador entendió al revés el pensamiento del autor”. Cierto: Clemencín echó en olvido, a juzgar por su nota, que es genialidad propia de nuestra lengua el atenuar perifrásicamente las negaciones por medio del verbo *dejar* con *no* antepuesto: *No deja de gustarme ese libro* equivale a *no me disgusta*. Así, “*no dejó de parecerle mal la facilidad* con que había hecho pedazos la celada” equivale a *no le pareció bien*.

3 *Por de dentro*, que hoy comúnmente decimos *por dentro*, como también *por fuera*, en lugar de *por de fuera*, que decían nuestros abuelos, Fray Hernando de Santiago, *Consideraciones sobre todos los Evangelios de los Domingos...*, página 293 de la ed. de Valladolid, Luis Sánchez, 1606: “...hizieron [las abejas] entre todas vn fuerte betun, con que *por de dentro* estucaron la colmena, y mientras vnas la aforraban *por de dentro*, otras salían *por defuera* a ver si remediaban el daño de la transparencia para ser vistas.” Don Juan de Zabaleta, *Obras históricas, políticas, filosóficas y morales, escritas por...* (Madrid, Antonio González de Reyes, 1692), pág. 219 a: “Con los ojos se auerigua cómo es vn hombre *por de fuera*; con los oídos, cómo es *por de dentro*.”

8 CERVANTES juega aquí de la voz *cuartos*, en sus dos acepciones de monedas y de cierta enfermedad de las caballerías. Alonso Suárez, *Recopilacion de los mas famosos autores Griegos y Latinos que trataron de la excelencia y generacion de los caualllos* (Toledo, Miguel Ferrer, 1564), fol. 16 vto.: “Primeramente diremos de la enfermedad que llaman seda, o higa, o *quarto*, la qual se haze en las vñas o caxcos, y penetra la hendedura della hasta la ternilla interior hendiendo la vña hasta abaxo.” Jugando del vocablo, como nuestro autor, decía Que-

Gonela, que *tantum pellis et ossa fuit*, le pareció que ni el Bucéfalo de Alejandro ni Babieca el del Cid con él se igualaban. Cuatro días se le pasaron

vedo a una yegua toda tachas y alifafes (*El Parnaso Español*, Musa VI, romance LV):

“Setenta escudos de oro
En *quartos* podeis trocar,
Sin trocar de mano ajena
Vn solo quarto, ni más.”

1 Entre las *Buffonerie del Gonnella*, apud *Facetie del Piovano Arloto* (Firenze, Appresso I Giunti, M.D.LXV), páginas 115-125, cuéntase la referente a su caballo, que, resumida en pocas palabras, fué la siguiente. El duque Borso de Ferrara “veggendo il caualllo del Gonnella, ch’era pieno di guidaleschi, vecchio, secco e mal condotto”, le preguntó qué pensaba hacer de su rocín. Entonces el bufón, elogiando las propiedades del caballo, apostó con el Duque cien ducados contra un costal de trigo a que su bestia daría más grande salto que el mejor caballo del dicho señor. Y, en efecto, haciendo subir su rocín por la escalera del palacio ducal, lo puso junto a una ventana y lo echó a la plaza de un empujón. El Duque, riendo, dió por perdida la apuesta.

1 Esta frase latina es, algo variada, de la *Aulularia* de Plauto: “*ossa ac pellis totust*” [= *totus est*].

2 De este caballo cuenta Plutarco en *Las vidas paralelas* que lo rechazó por áspero Filipo de Macedonia, visto lo cual por su hijo Alejandro, niño a la sazón, dijo: “¡Qué caballo pierden, sólo por no tener conocimiento ni resolución para manejarle!”, y tras esto montó en él y lo llevó y corrió a su gusto, dominándolo enteramente. *Bucéfalo* murió —dice Plutarco en otro lugar (pág. 74)— “de resulta de la batalla contra Poro, cuando se le estaba curando de sus heridas”; pero, a lo que más se creyó, y dice Onesicrito, fatigado de un trabajo que no podía ya llevar por su vejez, pues tenía treinta años cuando murió”. Alejandro edificó en memoria suya una ciudad junto al Hidaspes y la llamó Bucefalia.

3 *Babieca* se llamaba el famoso caballo del Cid, ganado por este héroe en una batalla; pero en la *Crónica del Cid* se cuenta que siendo niño le llamó su padrino *babieca* porque escogió un potro sarnoso, nombre que el niño le dió desde entonces. (V. Menéndez Pidal, *Cantar de Mio Cid*, Madrid, 1911, *Vocabulario*, art. *Baueica*.)

en imaginar qué nombre le pondría; porque (según se decía él a sí mismo) no era razón que caballo de caballero tan famoso, y tan bueno él por sí, estuviese sin nombre conocido; y así, procuraba acomodársele de manera, que declarase quién había sido antes que fuese de caballero andante, y lo que era entonces; pues estaba muy puesto en razón que, mudando su señor estado, mudase él también el nombre, y le cobrase famoso y de estruendo, como convenía a la nueva orden y al nuevo ejercicio que ya profesaba; y así, después de muchos nombres que formó, borró y quitó, añadió, deshizo y tornó a hacer en su memoria e imaginación, al fin le vino a llamar *Rocinante*, nombre, a su parecer, alto, sonoro y significativo de lo que había sido cuando fué *rocín*, antes de lo que ahora era, que era antes y primero de todos los *rocines* del mundo.

Puesto nombre, y tan a su gusto, a su caballo,

3 En esto de *famoso* Clemencín vió una "anticipación de la fama futura en la mollera del pobre don Quijote"; pero es de advertir que *famoso*, en los tiempos de CERVANTES como en los de ahora, no se dijo tan sólo de lo que tenía ganada fama, sino también de lo que la merecía, como expliqué en la tercera de las notas al texto definitivo de *Rinconete y Cortadillo*, en mi edición crítica de esta novela.

9 Omitido el *le* (y *cobrasse*) en la edición príncipe.

17 Cortejón puntúa así este pasaje: "nombre, a su parecer, alto, sonoro y significativo de lo que había sido cuando fué *rocín* antes; de lo que ahora era, que era antes y primero de todos los *rocines* del mundo". Nadie aprobará el punto y coma en ese lugar, aunque lea y relea cien veces la nota en que se pretende justificar tal enmienda.⁶⁶ *Antes y primero de*, o *que*, es dicho pleonástico que también hallo en la *Historia general y natural de las Indias* de Fernández de Oviedo, t. III, pág. 289: "...e que haciendo él esto..., quería Su Magestad que Montezuma fuese obedescido e tenido por señor, como *primero e antes* que los españoles e su general fuesen a aquella tierra."

quiso ponérsele a sí mismo, y en este pensamiento duró otros ocho días, y al cabo se vino a llamar *don Quijote*; de donde, como queda dicho, tomaron ocasión los autores desta tan verdadera historia que, sin duda, se debía de llamar *Quijada*, y no ⁵ *Quesada*, como otros quisieron decir. Pero, acordándose que el valeroso Amadís no sólo se había contentado con llamarse Amadís a secas, sino que añadió el nombre de su reino y patria, por hacerla famosa, y se llamó *Amadís de Gaula*, así quiso, ¹⁰ como buen caballero, añadir al suyo el nombre de la suya y llamarse *don Quijote de la Mancha*, con

2 *Durar*, equivaliendo a *permanecer*, como en los *Bocados de oro* del supuesto Bonium (Sevilla, Meynardo Ungut aleman z Lançalao polono, 1495), fol. 47 vto.: “Quando era niño embiaronlo a las escuelas a leer z duró alla mucho tiempo fasta que llegó a ser gran maestro.”

3 La voz *Quijote* no es inventada por CERVANTES; llamábanse “*quixotes*, en el arnés, las piezas que cubren los muslos”, dice Covarrubias. A mayor abundamiento, hubo realmente a principios del siglo xvi un linaje de *Quijotes*; véase Danvila, *Historia crítica y documentada de las Comunidades de Castilla*, t. VI (XL del *Memorial Histórico Español*), pág. 343, por donde consta la existencia de “Antonio, hijo de francisco *quijote*...”

5 La frase es elíptica, y debe entenderse como indicó en sus notas don Agustín García de Arrieta: “tomaron ocasión... para creer que, sin duda...”

5 A pesar de lo que dice el padre Juan Mir en su *Pronuario de hispanismo y barbarismo* (Madrid, 1908), t. I, artículo *deber*, los autores del buen tiempo no tuvieron cuenta, como nosotros, con el uso de *deber de* para los casos de probabilidad o conjetura y *deber* para los de certeza o necesidad forzosa. Por lo pronto, que CERVANTES no practicaba esa regla cosa es que comienza a verse aquí, donde sienta a comer a una misma mesa el *sin duda* y el *deber de*.

12 “CERVANTES —dice Clemencín— escogió con oportunidad el nombre de su protagonista entre los de las piezas propias de la profesión caballeresca, y entre éstos dió la preferen-

que, a su parecer, declaraba muy al vivo su linaje y patria, y la honraba con tomar el sobrenombre della.

Limpias, pues, sus armas, hecho del morrión celada, puesto nombre a su rocín y confirmándose a sí mismo, se dió a entender que no le faltaba otra cosa sino buscar una dama de quien enamorarse; porque el caballero andante sin amores era árbol sin hojas y sin fruto y cuerpo sin alma. Decíase él: "Si yo,

cia al de la terminación en *ote*, que en castellano se aplica ordinariamente a cosas ridículas y despreciables, como *librote*, *monigote*, *mazacote*." Pero es el caso que llamándose bien *Quijada* o bien *Quejana* el inmortal protagonista de nuestra historia (quizá copiado en gran parte de un sujeto de carne y hueso), para mudarse el nombre no podía escoger sino esa pieza entre todas las de la profesión caballeresca, a menos que no se pareciese nada al nombre antiguo. Y en lo que hace al apellido que se puso, *de la Mancha*, siguió la usanza que había visto en los libros de caballerías, por parecerse también en eso a *Amadis de Gaula*, *Belianís de Grecia*, *Celidón de Iberia*, etc.

5 Leo *confirmándose*, con Clemencin y Fitzmaurice-Kelly, y no *confirmándose*, como dicen la edición príncipe y casi todas las demás, porque lo tengo por errata. Como lo tuvo el insigne colombiano don Miguel Antonio Caro, que explicó bien la construcción de este pasaje en el § 23 de su *Tratado del participio*, y recordándolo, volvió sobre el asunto en 1874 en su breve, pero jugoso estudio intitulado *El Quijote*, reimpresso en el t. II de sus *Obras completas* (Bogotá, 1918-1923), pág. 162. Es caso análogo a este otro que ocurre en las *Obras de Caio Cornelio Tacito*, traducido por don Carlos Coloma (Duay, Marcos Wyon, 1629), pág. 102: "Y assi, boluiendo el animo a cosas mayores y más precipitadas, hurta las cenizas, y *hechose llevar* a Cosa, promontorio de Toscana, estuuuo escondido..." Todo lo que hay de raro en estas construcciones es la triple omisión del verbo *haber*: "*habiendo* hecho del morrión celada, *habiendo* puesto nombre a su rocín y *habiendo* confirmándose a sí mismo..." Ni más ni menos que en el cap. XVII de la segunda parte, donde leeremos: "que *visto* el leonero ya puesto en postura a Don Quijote...", y donde traeré a cuento diversos ejemplos de estas construcciones de gerundio.

por malos de mis pecados, o por mi buena suerte, me encuentro por ahí con algún gigante, como de ordinario les acontece a los caballeros andantes, y le derribo de un encuentro, o le parto por mitad del cuerpo, o, finalmente, le venzo y le rindo, ¿no será 5 bien tener a quien enviarle presentado, y que entre y se hinque de rodillas ante mi dulce señora, y diga con voz humilde y rendida: “Yo, señora, soy el “gigante Caraculiambro, señor de la ínsula Malin-
 ”drania, a quien venció en singular batalla el ja- 10
 ”más como se debe alabado caballero don Quijote
 ”de la Mancha, el cual me mandó que me presen-
 ”tase ante vuestra merced, para que la vuestra gran-
 ”deza disponga de mí a su talante?” ¡Oh, cómo

1 *Por malos de mis pecados, o por mis pecados*, significa “por mis culpas, o en castigo de ellas”, como dice el *Diccionario*. Era expresión que en el siglo xvi se repetía con frecuencia, así hablando como escribiendo. “En osuna en xiiij de março de jUdxxj años... se platicó que seria bien segund la neçesidad que vemos y esperamos *por nuestros pecados*, que se hiziese gran posito del pan...” (Archivo Municipal de Osuna, Actas capitulares, libro primero, fol. 173.) En una petición al prior del convento de San Isidro (Santiponce), hecha a 15 de enero de 1571: “benyta sanches mujer de bartolome xeniz..., arrendadores del meson de la dicha villa..., paresco ante su R. p. pydiendo que por amor de dios aya de mi mysericordia e que tenga por bien de myrar el tyempo que *por nuestros pecados* tenemos e que no hallo grano de trigo para amasar...” (Mss. de mi librería.)

6 *Presentado*, en la acepción hoy poco usual de *regalado* o *donado*.

9 *Caraculiambro*, “nombre burlesco que entiende todo español”, dijo Cejador en su *Diccionario del “Quijote”*. En efecto, no es menester devanarse los sesos ni pecar de harto malicioso para columbrar de dónde sacó CERVANTES el espantable nombre de este gigantazo. Todavía hoy en tierras andaluzas se oye motejar con apodo muy parecido a los carihartos o anchos de cara.

14 Ampliando en su última parte una nota que queda atrás

se holgó nuestro buen caballero cuando hubo hecho este discurso, y más cuando halló a quien dar nombre de su dama! Y fué, a lo que se cree, que en un lugar cerca del suyo había una moza labradora de muy buen parecer, de quien él un tiempo anduvo enamorado, aunque, según se entiende, ella jamás lo supo ni se dió cata dello. Llamábase Aldonza Lorenzo, y a ésta le pareció ser bien darle título de señora de sus pensamientos; y, buscándole nombre que no desdijese mucho del suyo y que tirase y se encaminase al de princesa y gran señora, vino a llamarla *Dulcinea del Toboso*, por-

(87, 4), advierto que aunque ni Covarrubias, ni el *Diccionario de autoridades*, ni el vulgar de la Academia registran la palabra *grandeza* como tratamiento, es indudable que fué corriente en esta acepción. Juan de la Cueva, *Comedia de la Libertad de España por Bernardo del Carpio*, jorn. II (apud *Primera parte de las comedias y tragedias de...*, fol. 62):

“CRIADO. Gran Conde don Tíbalte, conociendo
El Conde mi señor que *tu grandeza*
Venía a su tierra...”

4 Clemencín, que, como era muy general en su tiempo, tenía por artículo de fe el haber aludido CERVANTES a la Argamasilla en lo del *lugar de la Mancha de cuyo nombre no quería acordarse*, escribió al llegar a este punto: “No es muy exacto decir que el lugar de la dama estaba cerca del de nuestro hidalgo, puesto que Argamasilla de Alba dista de ocho a diez leguas del Toboso.” ¡Como que CERVANTES no había pensado en la Argamasilla para tal cosa! Y a pensar, no sería en la de Alba, sino en la de Calatrava.

7 *Darse cata de* (en Covarrubias alguna vez *darse cato a*, art. *cigüeña*) es frase ya registrada en la edición XV del léxico de la Academia, en su significado de *catarse de una cosa*.

12 Menéndez y Pelayo tiene por probable que CERVANTES tomara el nombre *Dulcinea* de Lofraso, en cuya obra intitulada *Los diez libros de fortuna de amor* (libro VI) figuran un pastor que se llama *Dulcineo* y una pastora nombrada *Dulcina*. (*Orígenes de la Novela*, t. I, pág. CDXCV, nota.)

12 “El Toboso —dice Clemencín— es villa antigua de la

que era natural del Toboso: nombre, a su parecer, músico, y peregrino, y significativo, como todos los demás que a él y a sus cosas había puesto.

Mancha, de la Orden de Santiago, situada entre las de Miguel Esteban y Mota del Cuervo. En una relación que sus vecinos dieron el año de 1577 de orden del rey don Felipe II, dijeron que el nombre le venía de las muchas tobas o piedras ligeras y como esponjosas que se encuentran en su territorio. Su principal industria era entonces, y aún continúa siéndolo, la de hacer tinajas, y de esto se hará mérito oportunamente en el *Quijote*." Ser muy garbosas las toboseñas encarécelo esta seguidilla popular:

"Con el aire que llevan
Las del Toboso
Muelen los molinitos
Del Hinojoso."

2 En el poner nombres a los personajes principales de su novela CERVANTES seguía la común práctica de los autores de libros de caballerías, a la cual se refirió fray Pedro de Vega en su *Declaracion de los siete psalmos penitenciales* (Zaragoza, Carlos de Lauayen, 1606), fol. 5 de la primera parte, al tratar de que Adán puso nombres muy representativos a todas las cosas criadas: "Tambien en los libros de cauallerias quieren sus autores ser otros Adanes. Para nombrar un gigante, andan inuentando nombres, que sus mismas silabas pronunciadas parezca que van herizando los cabellos y mostrando la fiera del jayan, vn Traquitantos, vn Fierabras, y otros tales: y para nombrar vna donzella o dama procuran que el mismo nombre sea delicado y melindroso: que el mismo vocablo vaya mostrando lo que significa."

3 Hoy diríamos *que a sí*, y no *que a él*, pronombre con que el autor más parece referirse a otra persona que a don Quijote mismo.



CAPÍTULO II

QUE TRATA DE LA PRIMERA SALIDA QUE DE SU
TIERRA HIZO EL INGENIOSO DON QUIJOTE.

HECHAS, pues, estas prevenciones, no quiso aguardar más tiempo a poner en efeto su pensamiento, apretándole a ello la falta que él pensaba que hacía en el mundo su tardanza, según eran los agravios que pensaba deshacer, tuer-

7 Por falta de la necesaria lectura de nuestros escritores del buen tiempo no habían entendido bien esta frase los más de los anotadores del *Quijote*. Clemencín, al llegar a ella, escribió: "Se dijo al revés. Lo que don Quijote pensaba que hacía falta en el mundo era su pronta presencia; no su tardanza." Y añadió, con airecillo de sábelotodo: "Empieza a dormirar CERVANTES." Hartzenbusch también creyó defectuosa la expresión y enmendó "*por su tardanza*" y "*con su tardanza*" en sus ediciones. Don Nicolás Díaz de Benjumea entendió que faltaba el mismo *por* que echaba menos Hartzenbusch... Y aunque algunos escritores vislumbraron que el *hacer falta* significaba aquí *incurrir en falta, causarla, ocasionarla* —don Juan Calderón, *Cervantes vindicado en 115 pasajes...*, pág. 3, Urdañeta, en su libro *Cervantes y la crítica*, pág. 513, Cortejón, en sus notas al *Quijote*, y, en fin, Cejador, en su *Diccionario* de la misma obra, antes que yo nadie aportó autoridades para demostrarlo con evidencia. CERVANTES no hizo nuevo uso: escribió en este caso como se escribía en su tiempo. De igual manera lo había dicho Fernández de Oviedo en su *Historia de las Indias*, t. II, pág. 80: "*Mucha falta hizo* a los castellanos la muerte del capitan Martín Iñiguez de Carquizano, porque era hombre sagaz y de grande ánimo." El secretario Vázquez de

tos que enderezar, sinrazones que emendar, y abusos que mejorar, y deudas que satisfacer. Y así, sin dar parte a persona alguna de su intención y sin que nadie le viese, una mañana, antes del día,
 5 que era uno de los calurosos del mes de julio, se armó de todas sus armas, subió sobre Rocinante, puesta su mal compuesta celada, embrazó su adarga, tomó su lanza, y por la puerta falsa de un corral salió al campo, con grandísimo contento y al-
 10 borozo de ver con cuánta facilidad había dado principio a su buen deseo. Mas apenas se vió en el campo, cuando le asaltó un pensamiento terrible, y tal, que por poco le hiciera dejar la comenzada empresa; y fué que le vino a la memoria que no
 15 era armado caballero y que, conforme a ley de ca-

Lecca, en carta al Duque de Medina Sidonia (Guadalupe, 5 de abril de 1580), apud *Colección de documentos inéditos para la historia de España*, pág. 279 del t. XXVII: "...y se pone en consideracion si la ausencia de V. S. Ilma. haria falta en lo de ahí..." A diferencia de tales anotadores modernos, bien entendieron la expresión del texto los traductores antiguos, por contemporáneos de CERVANTES y por buenos conocedores del castellano de aquellas calendas. Oudin tradujo (1614): "...la faute qu'il pensoit que le monde receuoit de son retardement"; y Franciosini (1622), de esta manera: "...il gran danno che pensaua risultasse al mondo dal suo indugio."

1 *Tuerto* en este lugar del texto significa *injuria*, en el sentido etimológico de esta palabra: lo opuesto a *derecho*.

9 A Clemencín no le pareció bien que se dijese "*un corral*", siendo éste el de la casa de don Quijote. Si antes de ahora hubiese sido mencionado, la observación estaría muy en su punto; mas no habiéndose hablado de él, podía decirse así, elípticamente: "por la puerta falsa de *un corral* [que la casa tenía]." Además, según observa Urdaneta (*Cervantes y la crítica*, pág. 512), "la casa pudo tener dos o tres corrales, como regularmente son las casas de aldea..." Pues ¿qué entendía Clemencín por *trascorral* sino el *segundo corral* que hay en muchas casas?

ballería, ni podía ni debía tomar armas con ningún caballero; y puesto que lo fuera, había de llevar armas blancas, como novel caballero, sin empresa en el escudo, hasta que por su esfuerzo la ganase. Estos pensamientos le hicieron titubear en su propósito; mas, pudiendo más su locura que otra razón alguna, propuso de hacerse armar caballero del

¹ *Tomar armas* equivale aquí a *pelear*, y así, la preposición *con* viene a significar *contra*.

³ “Eran *armas blancas*, como dice Clemencín, las que no llevaban empresa ni insignia alguna; y se daban a los que se armaban de caballeros, llamados por esta razón caballeros noveles, hasta tanto que hacían alguna proeza notable, que solían indicar en la empresa y adornos del escudo, tomando de ellos el nombre.” *Amadís de Gaula*, libro II, cap. xiv: “Macedón se vistió unos paños blancos que consigo traía, e *unas armas blancas, como caballero novel*, e Beltenebros le hizo caballero como era costumbre.” Muy de lejos venía esta costumbre, como recuerda Alejo Venegas en la *Agonia del tránsito de la muerte*..., fol. cxcv de la edición de Alcalá de Henares, Andrés de Angulo, M.D.lxv: “A los soldados que jurauan de acudir a la vendeda (*sic*) y al atambor llamauan [los romanos] *tyrones*, que quiere dezir principiantes guerreros, y dauanles vnos *escudos blancos* para que ellos por sus personas hiziessen hazañas notables, y las debuxassen en el campo de los escudos... Esta costumbre de *escudos blancos* para debuxar allí las hazañas significó Vergilio en el libro 9 hablando de Heleno, que murió en la guerra con su *escudo blanco*, sin gloria. Dize sin gloria, porque era tan mancebo, que aún no auía tenido lugar de hazer valentias, para debuxarlas en su escudo.”

⁷ Don Agustín García de Arrieta omitió el *de* y leyó *propuso hacerse*, como lo diríamos hoy. No tuvo en cuenta que antaño se solían construir con *de* aquellos verbos cuya acción puede expresarse por un sustantivo de su raíz precedido de los verbos *hacer*, *tener* y otros. *Proponerse* es *tener propósito*, y como esta manera de decirlo lleva *de* (*tener propósito de*), llévalo también la primera. Poco después, en el mismo capítulo, *prometióle de hacer*, con el mismo *de* que si dijera: *hízole promesa de hacer*. Es cosa que se halla frecuentemente en el *Quijote*, como en todos los escritos de su tiempo.

primero que topase, a imitación de otros muchos que así lo hicieron, según él había leído en los libros que tal le tenían. En lo de las armas blancas, pensaba limpiarlas de manera, en teniendo lugar, 5 que lo fuesen más que un armiño; y con esto se quietó y prosiguió su camino, sin llevar otro que aquel que su caballo quería, creyendo que en aquello consistía la fuerza de las aventuras.

Yendo, pues, caminando nuestro flamante aventurero, iba hablando consigo mismo y diciendo: 10 —“¿Quién duda, sino que en los venideros tiem-

5 A primera vista parece haber en esto una distracción de CERVANTES, pues ya había dicho en el cap. 1: “Y lo primero que hizo fué limpiar unas armas...” (95, 2); “Limpiólas y aderezólas lo mejor que pudo...” (95, 6); “Limpias, pues, sus armas...” (100, 4). Con todo, entiéndese que si bien las tenía limpias, ahora pensaba limpiarlas mejor aún: “de manera, que lo fuesen más que un armiño.”

11 Don Andrés Bello, al reparar en que “hay oraciones negativas en que el *sino* redundante manifestamente” (*Gramática*, § 1277), ponía por ejemplo la expresión *no dudo sino que*. “Con esta construcción —manifestaba— se hace decir al *sino* lo contrario de lo que debiera, pues *no dudo sino que* significa propiamente *la sola cosa que dudo es que*.” No obstante, estudiada a mejor luz la expresión ¿*Quién duda sino que...*, mala de entender a derechas cuando se omite la coma que debe seguir al verbo, y que no falta en la edición príncipe, se cae en la cuenta de que la forma *sino que*, como nota el padre Juan Mir en su *Prontuario de hispanismo y barbarismo*, t. II, página 823, “no es pleonasma, sino valerosa afirmación que remacha la verdad enunciada. La proposición *no dudo, sino que hay Dios* viene a significar *muy lejos estoy de dudar que hay Dios, tengo para mí por muy sin duda que hay Dios...*” Ciertamente; pero a prescindirse de la dicha coma, la misma frase *no dudo sino que hay Dios* equivaldría a *nada dudo sino que hay Dios*. La falta de tal signo de puntuación en las ediciones modernas del *Quijote* ha anochecido el significado de ese giro, hasta el extremo de hacerle denotar lo contrario de lo que quiso su autor. Esto dicho, véanse algunos ejemplos. El doctor Pedro

pos, cuando salga a luz la verdadera historia de mis famosos hechos, que el sabio que los escribiere no ponga, cuando llegue a contar esta mi primera salida tan de mañana, desta manera?: “Apenas había el rubicundo Apolo tendido por la faz de la ancha y espaciosa tierra las doradas hebras de sus hermosos cabellos, y apenas los pequeños y pintados pajarillos con sus harpadas lenguas habían

López de Montoya, en una carta al secretario Mateo Vázquez de Lecca (Madrid, 19 de julio de 1588), apud *Bibliografía Madrileña* de Pérez Pastor; t. I, pág. 249: “Y ¿quién dubda, sino que sería muy mal gobernado el pueblo adonde, con la confianza del buen médico, diesen facil entrada a las enfermedades...?” Suárez de Figueroa, *Varias noticias importantes a la humana comunicacion* (Madrid, Tomás Iunti, M.DC.XXI), fol. 177 vto.: “Y no hay duda, sino que como el alma vivifica, rige y gobierna el cuerpo, así el valeroso capitan es brio, es acierto de sus gentes.”

Hasta aquí mi nota en la edición de 1916-17; a todo lo cual, por añadir alguna otra opinión que dé o contribuya a dar luz sobre este enrevesado punto, citaré la bien autorizada de don Vicente García de Diego, quien, anotando para la colección de “Clásicos Castellanos” el *Epistolario espiritual* del maestro Juan de Ávila, al llegar a aquel pasaje de la carta XI que dice “¿Quien duda, sino que si offreciese una particular irreverencia a un templo... sería obligado el governador de la república a la impedir, o a la castigar?”, dijo: “En esta expresión la proposición seguida no es, en rigor, subordinada, sino adversativa, con este sentido: “¿Quién puede creer otra cosa, más que si se ofreciese...”?

8 El texto más antiguo que conozco, o que ahora recuerdo, en que se llame *harpadas lenguas* a las de los pájaros es aquel del acto IX de la *Celestina*: “¿Quién mostró a las picaças e papagayos ymiten nuestra propia habla con sus harpadas lenguas?...” “Estas harpadas lenguas —dice Menéndez y Pelayo (Introducción al tomo III de los *Orígenes de la Novela*, pág. XLIII)— pasaron a CERVANTES.” Y aun dieron lugar a un verbo *harpar* (si ya no provinieron de él), que no está en el *Diccionario* de la Academia en ninguna de las grafías *arpar* y *harpar*. Fray Juan de Pineda, *Los treynta y cinco dialogos fa-*

"saludado con dulce y meliflua armonía la venida
 "de la rosada Aurora, que, dejando la blanda cama
 "del celoso marido, por las puertas y balcones del

miliares de la Agricultura christiana (Salamanca, Pedro de Adurça y Diego López, 1589), diál. iv, § v: "Atended por mi vida al ruido que haze y obra que mete con el *harpar* de su voz la nuestra Philomela en aquella mata de madrenselua..." Y poco después: "...ya silua, ya gorgea, ya *harpa*, ya reclama, de arte, que oyendo a vno podeis hazer cuenta que ois a vna capilla de cantores."

3 Las alusiones a Titón, el viejo marido de la Aurora, para pintar retóricamente el amanecer, arrancan nada menos que del canto v de la *Odisea*, donde dice Homero (sírnome de la excelente traducción de don Luis Segalá, Barcelona, 1910): "La Aurora se levantaba del lecho, dejando al ilustre Titón, para llevar la luz a los inmortales y a los mortales..." De aquí las innumerables imitaciones latinas y las italianas del Renacimiento y las españolas de los siglos xvi y xvii. Dante, comenzando el canto ix del *Purgatorio*:

"*La concubina di Titone* antico
 Già s'imbiancava al balzo d'Oriente,
 Fuor delle braccia del suo dolce amico."

Bernardo Tasso, en una de sus odas:

"*O moglie di Titone*,
 Tu con la bella fronte
 Mostri il nostro Orizzonte...!"

Ariosto, en el canto xxxii de su *Orlando*:

"Spesso aprir la finestra ha pèr costume,
 Per veder s'anco di *Titon la sposa*
 Sparge dinanzi al matutino lume
 Il bianco giglio e la vermiglia rosa."

Indicaré de pasada que Luis Ariosto estaba muy aficionado de este verso último, pues antes, en el canto x, había escrito:

"Vn velo non ha pure, in che richiuda
 I bianchi gigli e le vermiglie rose..."

Camoens, en el canto ii de *Os Lusíadas*:

"...en um momento
 appareceo no rubido Orizzonte
 na moça de *Titão* a roxa fronte."

Padilla el cartujano, en *Los doze triumphos de los doze Apos- toles*, fol. lv vto., llama *Titona* a la Aurora:

"manchego horizonte a los mortales se mostraba,
 "cuando el famoso caballero don Quijote de la
 "Mancha, dejando las ociosas plumas, subió sobre
 "su famoso caballo Rocinante, y comenzó a cami-
 "nar por el antiguo y conocido campo de Montiel." 5

Y era la verdad que por él caminaba: Y añadió
 diciendo: "Dichosa edad y siglo dichoso aquel don-
 de saldrán a luz las famosas hazañas mías, dignas
 de entallarse en bronces, esculpirse en mármoles y

"Ya començaua la seña diurna
 por el oriente mostrar se dorada,
 teniendo *Tithona* primero priuada
 toda la fusca tiniebla noturna."

Ercilla, en *La Araucana*, canto II:

"Por entre dos altísimos ejidos
La esposa de Titón ya parecía,
 Los dorados cabellos esparcidos,
 Que de la fresca helada sacudía..."

Nuestro CERVANTES no se queda atrás en el hacer estas alusiones poéticas al viejo Titón y a su joven compañera. Dice en sendos lugares de *La Galatea*: "Pero ya que la blanca Aurora *dexaua el lecho del celoso marido...*" "Mas apenas hauia dexado la blanca Aurora *el enfadoso lecho del celoso marido...*"

5 Del campo de Montiel hay mapa antiguo unido a la relación topográfica de Villanueva de los Infantes, su data a 7 de diciembre de 1575. Sacólo a luz don Fermín Caballero, en 1872, en la *Crónica de los Cervantistas*, y lo reprodujo en su edición gaditana del *Quijote* don Ramón León Máinez, con la explicación dada por Caballero en la dicha *Crónica*. Como lo indica el mencionado mapa, en el último cuarto del siglo xvi el tal campo, aun llamándose de Montiel, tenía por cabeza a Villanueva de los Infantes, villa que, aunque moderna, había sobrepujado a la otra. El Campo, que es de forma cuadrangular, medía más de cuarenta leguas superficiales, en que estaban comprendidos los pueblos y términos, de Norte a Sur, de Membrilla, Solana, Alhambra, Osa, Carrizosa, Ruidera, Alcubillas, Villahermosa, Fuenllana, Cañamares, Villanueva de los Infantes, Cózar, Torres, Montiel, Santa Cruz de los Cáñamos, Almedina, Torrenueva, Torre de Juan Abad, Puebla del Príncipe, Albaladejo, Castelar, Villamanrique y Terrinches.

pintarse en tablas, para memoria en lo futuro. ¡Oh tú, sabio encantador, quienquiera que seas, a quien ha de tocar el ser coronista desta peregrina historia! Ruégote que no te olvides de mi buen Rocinante, compañero eterno mío en todos mis caminos y carreras.” Luego volvía diciendo, como si verdaderamente fuera enamorado: “¡Oh princesa Dulcinea, señora deste cautivo corazón! Mucho agravio me habedes fecho en despedirme y reprocharme con
 5 el riguroso afincamiento de mandarme no parecer ante la vuestra ferrosura. Plégaos, señora, de membraros deste vuestro sujeto corazón, que tantas cuittas por vuestro amor padece.”

Con estos iba ensartando otros disparates, todos
 15 al modo de los que sus libros le habían enseñado, imitando en cuanto podía su lenguaje. Con esto,

11 *Plega* antiguo es *plazca* de ahora, y así, *plégaos* equivale a *plázcaos*. Fray Francisco de Osuna, en su *Norte de los estados...*, fol. 67: “...*plégate* (*plázcate*) que, pues para esto nos juntaste, no estorben nuestros pecados lo que tú...” Santa Teresa, *Modo de visitar los conventos de religiosas* (Biblioteca de Rivadeneyra, t. LIII, pág. 298), usa la forma *plegua* (= *plegue a*) repitiendo esta preposición, como se solía decir *pesia a*, según veremos en el cap. xvii. “*Plegua a* el Señor que no lo primita (*permita*), sino que se hagan siempre estas cosas de edificacion y todo lo demás como ahora se hace, amen, amen.” Cuervo opina (Notas a la *Gramática* de Bello) que “la conversión de *plega* en *plegue* —también muy usado antaño— ha de atribuirse a la analogía de *pese*, de *pesar*, verbos que se hallaban en constante contraposición”.

12 Aunque *membrarse*, como originado de *memorare*, tiene por principal acepción la de *acordarse*, significa a las veces *acordarse para bien*, *apiadarse*, *compadecerse*. Así en el lugar del texto y en un dicho vulgar: “Setiembre, de mí *se te miembre*”, refrán cuya mejor glosa son estos otros: “Setiembre; el mes más malo que el año tiene”; “Setiembre, se tiemble”.

16 “Con estos iba ensartando...; Con esto, caminaba...”; patente descuido y desaliño de CERVANTES, mal que pese a los ciegos fetichistas del inmortal novelador.

caminaba tan despacio, y el sol entraba tan apriesa y con tanto ardor, que fuera bastante a derretirle los sesos, si algunos tuviera.

Casi todo aquel día caminó sin acontecerle cosa que de contar fuese, de lo cual se desesperaba, porque quisiera topar luego luego con quien hacer experiencia del valor de su fuerte brazo. Autores hay que dicen que la primera aventura que le avino fué la del Puerto Lápice; otros dicen que la de los molinos de viento; pero lo que yo he podido averiguar en este caso, y lo que he hallado escrito en los anales de la Mancha, es que él anduvo todo aquel día, y al anochecer, su rocín y él se hallaron cansados y muertos de hambre; y que, mirando a todas partes por ver si descubriría algún castillo o alguna

1 *Entrar el sol* es ir subiendo, porque así va entrando su luz hasta en las cañadas más hondas.

6 *Luego luego*, equivalente a *luego al punto* y a *luego en seguida*, viene a ser uno de tantos superlativos por repetición, a la hebrea y a la árabe, como se hacían antaño y hoy conserva nuestro vulgo. Juan Boscán, apud *Las obras de Boscán y algunas de Garcilaso de la Vega...* (Anvers, Martín Nucio, 1566), fol. 44:

“*Luego luego* quando os vi
conocí
que vuiera de tener guerra...”

Véase además qué bien se marca el distinto alcance de significado entre el adverbio simple y el repetido, en este pasaje de Rojas Zorrilla (*Los bandos de Verona*, jorn. II):

“GUARDAINFANTE. ...Cascáronme un bofetón
Y dolióme *luego luego*;
Mas *luego* no me dolió...”

Por mayor énfasis, díjose alguna vez *luego luego luego*, como en la relación de una justa poética que se celebró en el Retiro en 1638: “Estándose celebrando..., entró un soldado de la guardia con un pliego grande cuyo sobrescrito decía así: “A Don Francisco de Rojas, *luego luego luego*.” Se le mandaba por el Rey que diese el vejamen en aquella fiesta.”

majada de pastores donde recogerse y adonde pudiese remediar su mucha hambre y necesidad, vió, no lejos del camino por donde iba, una venta, que fué como si viera una estrella que no a los portales, sino a los alcázares de su redención le encaminaba. Dióse prisa a caminar, y llegó a ella a tiempo que anochecía.

Estaban acaso a la puerta dos mujeres mozas, destas que llaman del partido, las cuales iban a Se-

5 Así en la edición príncipe, que preferentemente seguimos. En las posteriores del siglo XVII desapareció el *no*, sin buen fundamento. Mas el sentido con ella es clarísimo y de todo punto congruente: don Quijote, cansado y muerto de hambre, “vió una venta, que fué como si viera una estrella *que, no ya a los portales, sino*, lo que es más, *a los alcázares* de su redención le encaminaba”. Cortejón leyó estas palabras de un modo ininteligible: “...como si viera una estrella que a los portales, sino a los alcázares, de su redención le encaminaba.” Había de ser, o *que no a los portales, sino a los alcázares*, o *que a los portales, si no a los alcázares*; que hay grande diferencia entre *sino* y *si no*. En lo de *los portales* bien se colige que CERVANTES alude a la estrella que guió a los Reyes Magos al portal de Belén.

9 Mujeres del partido, o puestas al partido, son las ramerías, porque se dan *a partido*, es decir, se entregan a discreción a los que alquilan sus favores. *Al partido del mundo* ha de entenderse, a juzgar por lo que dicen unas antiguas *Ordenanzas de Sevilla* (Sevilla, Juan Varela de Salamanca, 1527), en su “Título de las mugeres barraganas y desonestas”, fol. LXIII: “Otro-si mandamos y tenemos por bien que las mancebas públicas *que andan al mundo*, que no trayan faldas rastrando de manto ni de pelote.” Parecidamente fray Francisco de Osuna, en su *Ley de amor y quarta parte del Abecedario espiritual...*, folio 177 vto.: “...y porque prosigamos la comparación que este doctor [San Agustín] a puesto, deves notar que el demonio es rufian *que tiene tres mugeres al partido del mundo* para falsar mediante ellas...” A lo que parece, a fines del siglo XV se hacía distinción entre *mujeres del partido* y *rameras*: la mujer del partido andaba suelta, de un lado para otro, buscándose malamente la vida; la ramera, en cambio, vivía, ya *colegiada*-

villa con unos harrieros que en la venta aquella noche acertaron a hacer jornada; y como a nuestro aventurero todo cuanto pensaba, veía o imaginaba le parecía ser hecho y pasar al modo de lo que había leído, luego que vio la venta se le representó ⁵ que era un castillo con sus cuatro torres y chapiteles de luciente plata, sin faltarle su puente levadiza y honda cava, con todos aquellos adherentes

mente con otras, en la mancebía, o ya en casa con *ramo* a la puerta, de donde les vino el nombre. Esta diferencia de grado entre unas y otras mujeres se patentiza bien en aquellos versos de Rodrigo de Reynosa (*Coplas de las comadres*, Gallardo, *Ensayo de una Biblioteca española de libros raros y curiosos*, tomo IV, col. 51):

“Ha andado [*puesta*] al *partido*,
Después ha sido *ramera*,
Vendedera y hornera,
Y hospitalera ha sido.”

1 Al fin de una larga nota de mi edición anterior acerca de la preferencia que merecen las formas *harrear*, *¡harre!* y *harriero* respecto de las grafías sin *h*, dije aludiendo al *Diccionario* de 1914: “En la última edición del léxico de la Academia han entrado los artículos *¡harre!*, *harrear* y *harriero*, si bien remitiendo para su explicación a las formas sin *h*. Algo es algo. Con un poco de constancia, entrarán asimismo *harria* y *harriería*, que se han quedado a la puerta.” Y añadido ahora que entrambas voces han entrado en la edición de 1925.

5 *Se le representó*, por *se le vino a la imaginación*. “Es —dice Cejador— la acepción del término filosófico moderno, *representación*.” Monardes, en su *Historia medicinal de las cosas que se traen de nuestras Indias Occidentales...*, fol. 79: “En viendo que lo vi [el árbol de que se extrae la sangre de drago] *se me representaron* tantas opiniones y tan varios paresceres como tuuieron acerca desto los antiguos...” Una copla vulgar andaluza:

“No me des recuerdos tristes,
Porque *se me representa*
El mal pago que me distes.”

que semejantes castillos se pintan. Fuése llegando a la venta que a él le parecía castillo, y a poco trecho della detuvo las riendas a Rocinante, esperando que algún enano se pusiese entre las almenas a dar
 5 señal con alguna trompeta de que llegaba caballero al castillo. Pero como vió que se tardaban y que Rocinante se daba priesa por llegar a la caballeriza, se llegó a la puerta de la venta, y vió a las dos distraídas mozas que allí estaban, que a él le pare-
 10 cieron dos hermosas doncellas o dos graciosas damas que delante de la puerta del castillo se estaban solazando. En esto, sucedió acaso que un porquero que andaba recogiendo de unos rastros una manada de puercos (que, sin perdón, así se llaman) tocó

1 En este caso y en algún otro CERVANTES dice *que* en lugar de *con que*, cosa que aún se oye a las veces entre los campesinos de Andalucía. En el cap. XI de la segunda parte: "...y por estar tan cerca..., nos vamos vestidos con los mismos vestidos *que* representamos".

9 *Distraídas*, como *distraído* en el prólogo (26, 6).

14 Era uso general, que perdura entre los aldeanos de algunas comarcas, pedir perdón a los oyentes cuando se nombraba, o se iba a nombrar, algo sucio o vil. Y entre otras cosas, nada más sucio que el puerco mismo. CERVANTES se burla en este lugar de aquella costumbre, de que han quedado muchos vestigios en las obras literarias de aquel tiempo. Lope de Vega, en el acto II de *El amigo hasta la muerte*:

"GUZMÁN. Yo he metido, señora, amortajados
 En dos sábanas...

ARLAJA.
 GUZMÁN.

Dilo.

Tengo miedo.

Hablando con perdón, dos cochinitos
 En sal, de a seis arrobas cada uno."

Otros decían: *hablando con salvonor*, o *con cortesía*, o *con reverencia*. De esta salva para nombrar ciertas cosas viles o desagradables hallé un curioso ejemplo en el rarísimo refranerillo italiano intitulado *Opera noua in la quale contiene le Diece Tauole de prouerbi, Sententiosi Detti, & modi di parlare, che hoggi di nella commun lingua d'Italia si usano...*

un cuerno, a cuya señal ellos se recogen, y al instante se le representó a don Quijote lo que deseaba, que era que algún enano hacía señal de su venida, y así, con estraño contento llegó a la venta y a las damas, las cuales, como vieron venir un hombre de aquella suerte armado, y con lanza y adarga, llenas de miedo se iban a entrar en la venta; pero don

M.D.XXXVI. (Al fin.) *Stampate in Roma in Campo de Fiore per Antonio D'asola*: "Trenta in ben, se dice quando si conta, perche el nostro signor fu venduto de giuda traditor per trenta dinari."

1 Aquí, para mentar *el cuerno*, había de pedir perdón nuevamente otro que fuese más remirado que CERVANTES, o que Góngora, que festivamente relegaba a los clérigos ese melindre, como se echa de ver en estos versos de un soneto suyo:

"Por niñería, un picarillo tierno,
Hurón de faltriqueras, sutil caza,
A la cola de un perro ató por maza,
Con perdón de los clérigos, un cuerno."

Quevedo, en la *Historia de la vida del buscón llamado Don Pablos*, libro I, cap. XI: "...donde en un trapo y con unos zuecos entró un chirimía de la bellota, digo, un porquero: conocilo por *el* (hablando con perdón) *cuerno* que traía en la mano."

4 Notando Clemencin que ya algunos renglones antes se había dicho que don Quijote "se llegó a la puerta de la venta y vió a las dos distraídas mozas que allí estaban", añade: "De estos descuidos son muchos los que se hallan en el *Quijote*." Ahora no tiene razón Clemencin. En realidad, lo que a él le pareció repetición de un hecho no lo es. En el primero de entrambos pasajes, don Quijote *se llegó* a la puerta de la venta; en el segundo, *llegó* a la venta. *Llegarse* equivale frecuentemente a *allegarse*, a *acercarse*: así, cinco renglones antes ha dicho: "*Fuese llegando* a la venta..." Esto, que es claro, lo será todavía más si el lector fija la atención en que en el primero de los dichos lugares don Quijote "*se llegó* a la puerta de la venta, y *vió* a las dos distraídas mozas que allí estaban": verlas tan sólo; y después "*llegó* a la venta y a las damas"; solamente entonces *llega* a ellas. No hubo, pues, en CERVANTES el descuido que imaginaba Clemencin.

Quijote, coligiendo por su huída su miedo, alzándose la visera de papelón y descubriendo su seco y polvoroso rostro, con gentil talante y voz reposada les dijo:

5 —Non fuyan las vuestras mercedes, ni teman desaguisado alguno; ca a la orden de caballería que profeso non toca ni atañe fazerle a ninguno, quanto más a tan altas doncellas como vuestras presencias demuestran.

10 Mirábanle las mozas, y andaban con los ojos buscándole el rostro, que la mala visera le encubría; mas como se oyeron llamar doncellas, cosa tan fuera de su profesión, no pudieron tener la risa, y fué de manera, que don Quijote vino a correrse y a
15 decirles:

—Bien parece la mesura en las hermosas, y es mucha sandez, a demás, la risa que de leve causa

8 De este *quanto más*, que hoy nos parece que había de ser *quanto menos*, trataré en nota del cap. xxiii.

9 Aquí, por mera casualidad, le salieron a CERVANTES algunos versos de los que ahora, a cada triquete, suelen escribir nuestros poetas modernistas:

“...non toca ni atañe
fazerle a ninguno,
quanto más a tan altas doncellas
como vuestras presencias demuestran.”

13 Nadie sino CERVANTES hubiera aludido con tanto gracejo y habilidad a materia tan escabrosa como la profesión de estas mozas andariegas.

17 Además o a demás (que así se imprimió siempre en el *Quijote*), es un modo adverbial que equivale a *extremada* o *demiadadamente*, con *exceso*, en *demasia*. Ley xix, título xxi, partida II: “E esto les fazian vsar los antiguos [a los caballeros] porque el comer y el beuer les acrecentasse la vida e la salud, e non gela tolliesse comiendo e beuiendo *ademas*.” *Bocados de oro*, fol. 29 vto.: “E vido vn ombre que se leuantaua de su enfermedad e comia *ademas*. E dixo: sepas que no crescera la

procede; pero non vos lo digo porque os acuitedes ni mostredes mal talante; que el mío non es de ál que de serviros.

El lenguaje, no entendido de las señoras, y el mal talle de nuestro caballero acrecentaba en ellas ^s

fuerça por la muchedumbre de la vianda: mas cresce por la mesura que reçibe della."

1 Esto mismo viene a decir el antiguo verso leonino:

"*Per risum multum potest cognoscere stultum.*"

Y el refrán portugués: "O muito riso he sinal de pouco siso." En la risa, como en todo, hay que guardar un ten con ten, recordando el sabio *Ne quid nimis*, tal como se dice en el antiguo refranerillo italiano que cité poco ha: "Chi troppo ride, ha natura de matto; e chi non ride, ha natura de gatto."

2 Este ál procede de *alid* y significa *otra cosa*; y lo ál, lo otro, lo restante. Así, después (422, 3): "debían de tener más gana de pacer que de ál". Hoy no está en uso sino cuando sale en antiguos refranes, tales como éstos: "De ál Dios me vengue; que del pastor, agua y nieve"; "Debajo del sayal hay ál"; "Al, madrina; que eso ya me lo sabía..."

5 Dice Bello (*Gramática*, § 833): "concertar el verbo en singular con el último de varios sujetos que le preceden, unidos por una conjunción copulativa expresa, me parece una falta". Clemencín y Fitzmaurice-Kelly corrigieron este aparente defecto de concordancia, leyendo *acrecentaban*. Aparente lo llamo, porque, en realidad, no lo hay sino a primera vista. "El lenguaje... y el mal talle... *acrecentaba* en ellas la risa" equivale a "cada una de estas cosas *acrecentaba*", si es que no se da por suplido con un primer sujeto o con todos menos uno, en siendo más de dos, el verbo que sólo se expresa junto al último, o junto al primero. Casos hay de sobra en el *Quijote* para volver a observar este fenómeno, del cual trata Urdaneta en *Cervantes y la crítica*, págs. 472-474. A los ejemplos que aduce este docto cervantista y a los que cité en mis ediciones anteriores añadiré algún otro. Barahona de Soto, pág. 609 del libro en que estudié a este excelente poeta:

"Que batalla sin concierto
Desamor, olvido, ausencia,
Desventura y competencia,
Todos contra un hombre muerto."

la risa, y en él el enojo, y pasara muy adelante si a aquel punto no saliera el Ventero, hombre que por ser muy gordo era muy pacífico, el cual, viendo aquella figura contrahecha, armada de armas tan
s desiguales como eran la brida, lanza, adarga y co-

3 Ser gordos los venteros era, como dicen en estos tiempos de las *finanzas* y de los nuevos ricos, cosa *descontada*. En el *Entremés de lo que pasa en una venta*, de Belmonte, apud *Flor de entremeses y sainetes de diferentes autores* (1657), pág. 172 de la segunda edición, Madrid, 1903:

"VIANDANTE 1.º Ventero, no te corras, hazte el sordo.

VIANDANTE 2.º ¿Qué mucho que se corra el que es *tan gordo*?"

5 Dice Clemencin: "Armas desiguales se llaman las que pertenecen a diferentes géneros de armadura. *La brida* era manera de montar propia de los hombres de armas o caballería pesada, a diferencia de *la gineta*, que era propia de la caballería ligera, y muy usada por los moros. En *la brida* se llevaban los estribos largos y las piernas tendidas: el ginete parecía estar en pie; las camas del freno eran largas. En *la gineta*, los frenos recogidos, los estribos cortos: el caballero parecía ir sentado, y sus piernas no bajaban de la barriga del caballo. *Coselete* era armadura ligera. Los caballeros andantes montaban *a la brida*... Usaban de escudos fuertes de hierro, que llevaban sus escuderos. *Brida* y *adarga* se contradicen. La *adarga* era hecha de cuero, y arma propia de los que montaban *a la gineta*."

Por el tiempo en que se dió el *Quijote* a los moldes de la imprenta las casas de los caballeros estaban provistas de jaeces y arreos de ambas clases, porque sus dueños solían ser buenos *hombres de ambas sillas*, frase que el *Diccionario* de la Academia hasta su reciente edición XV no registraba sino en su significado traslaticio. Véanse indicadas y aun descritas algunas de las piezas de guadarnés que figuran en el inventario de los bienes quedados por muerte de don Carlos de Alava, en marzo de 1604 (Archivo de protocolos de Valladolid, Juan Ramos, 1604):

"yten tres sillas xinetas con sus estribos negros, las dos dellas con petrales de vaqueta.

"yten vna silla de brida de terziopelo negro guarnescida con tres pasamanos de oro, con todos sus aderezos de petral, gu-

selete, no estuvo en nada el acompañar a las doncellas en las muestras de su contento. Mas, en efecto, temiendo la máquina de tantos pertrechos, determinó de hablarle comedidamente, y así le dijo:

—Si vuestra merced, señor caballero, busca posada, amén del lecho (porque en esta venta no hay ninguno), todo lo demás se hallará en ella en mucha abundancia.

Viendo don Quijote la humildad del alcaide de

rupera, almartiga, cabezadas, Rendas y açiones y estribos, toda la clavaçon dorada y guarneszida de oro.

"yten otra silla de brida de cordoban verde, de quatro burrenes, con todos sus aderezos de cabezadas, rriendas, gurupera y açiones y petral de cordoban verde, todo respuntado, y estribos y clavaçon dorada, con vn caparaçon para esta misma silla... (Fols. 135 vto. y 136.)

"yten dos pares de espuelas xinetas doradas. (Fol. 137.)

"yten vnos estribos de xinetas berberiscos grandes.

"yten vn petral de cascabeles. (Fol. 136 vto.)

"yten vna lança xinetas." (Fol. 138.)

1 Todos aquí han copiado a la edición príncipe leyendo: *no estuvo en nada en acompañar*, frase que Clemencín proponía que se sustituyera por esta obra: *no estuvo en nada que acompañase*. Yo leí en mi edición de "Clásicos Castellanos": *no estuvo en nada acompañar*; pero después, por creer probable que en el lugar del segundo *en*, que tengo por errata, habría otro vocablo bisílabo, he leído *no estuvo en nada el acompañar*, con lo cual la cláusula hace buen sentido y queda inteligible y claro el pasaje.

6 Aquí, por caso raro, *amén* está empleado en sentido de *menos*, contra su corriente significación de *además*. Cejador, en su *Diccionario del "Quijote"*, confiesa que en tal sentido no ha hallado otra autoridad en los escritores, y añade que "la acepción debió nacer por analogía con *fuera de*, que vale *además de* y *excepto*". En el mismo significado vuelve a ocurrir este *amén* (II, XLVIII), que me parece apócope de *a menos*, como contraposición de *a más*. Y de *a menos de* no escasean tanto los ejemplos, pues los hay, verbigracia, en la *Crónica General de España* y en *La Coronación* de Juan de Mena.

la fortaleza, que tal le pareció a él el Ventero y la venta, respondió:

—Para mí, señor castellano, cualquiera cosa basta, porque

5

“Mis arreos son las armas,
Mi descanso, el pelear”, etc.

Pensó el huésped que el haberle llamado castellano había sido por haberle parecido de los sanos de Castilla, aunque él era andaluz, y de los de la

6 Son, aunque estampados como prosa en la edición príncipe y en casi todas las demás, los dos primeros versos de un romance antiguo, inserto en el *Cancionero de romances* de Amberes (sin año, pero de 1545 a 1549), fol. 252, y reimpresso en muchos posteriores:

“Mis arreos son las armas,
mi descanso *es* pelear,
mi cama las duras peñas,
mi dormir siempre velar:...”

7 *Huésped*, como *hospes* latino, significa, y así lo advierte Covarrubias, tanto el forastero que viene a nuestra casa, o a nuestro pueblo, como el mesonero o el que tiene casa de posadas. Hoy más se dice del hospedado que del que hospeda. En el cap. LIX de la segunda parte ocurren juntas las dos acepciones de esta voz: “¡Por Dios —respondió el *huésped* (el hospedador)— que es gentil relente el que mi *huésped* (el hospedado) *tiene!*” Fray Juan de Pineda, *Los treinta y cinco diálogos familiares de la Agricultura christiana* (Salamanca, Pedro de Adurça y Diego López), 1589, diál. IV, § VII: “...y en acabando sus negocios [las golondrinas], ayiendose aprouechado de vos..., leuantan vn día su ropilla y se van, sin siquieira dezir “huesped, a Dios”, y verificase lo del poeta: que no está seguro el *huesped* de su *huesped*.”

9 Dice Clemencín que “para entender el texto es menester saber que en el idioma de la germanía, según el *Vocabulario* de Juan Hidalgo, *sano de Castilla* significa *ladrón disimulado*”. Y esto repitió en su edición de Nueva York el señor Ochoa, escandalizando a don Ramón León Máinez, quien en la suya gaditana (1877) defendió que *sano de Castilla* en la ocasión presente significa lo que suena, y no otra cosa. Sobró

playa de Sanlúcar, no menos ladrón que Caco, ni

razón a Máinez y había faltado lectura a Clemencín y a Ochoa. Con que hubiesen leído con cuidado el *Quijote* de Avellaneda, les bastara para no pensar semejante desatino: porque en el cap. xxiv dice (fol. 179 de la edición príncipe, Tarragona, Felipe Roberto, 1614): “En dexandole en la carcel [a Sancho], se le llegaron tres o quatro picaros que alli auian presos con ciertos cañutillos de piojos en las manos, y como le vieron simple, pareciéndoles *sano de Castilla la vieja...*” Y para la contraposición que hay en el pasaje de nuestro *Quijote*, “por haberle parecido de *los sanos de Castilla*, aunque él era andaluz...”, bien pudieron recordar el erudito de Murcia y el de Guipúzcoa el paso segundo del *Registro de representantes* del sevillano Lope de Rueda, en donde dice Cazorla: “Ora mirá: en hallaros delante algún juez, si os preguntare: “Ven acá, ¿de dónde eres?”, luego le habéis de responder: “Señor, de “un lugar de Castilla la Vieja”, el primero que os viniere a la boca. Catad no digáis que sois andaluz, por la vida; que tienen bellaquisima fama los andaluces, *porque en decir andaluz luego lo tienen por ladrón; si de Castilla la Vieja, por hombre sano y sin doblez de malicia.*” Como en otras ocasiones, se da el caso de que los primeros traductores del *Quijote* al francés y al italiano, con ser extranjeros, entendieron mejor a CERVANTES que algunos de los anotadores españoles: Oudin (1614) tradujo *los sanos de Castilla* por *francs & bons Castillans*; y Franciosini (1622), por *sempliciotti di Castiglia*.

1 La expresión es elíptica; quiere decir: “aunque él era andaluz, y *no ahí como quiera, sino* de la playa de Sanlúcar.” El Ventero, según esto, como el Carriazo de *La Ilustre fregona*, había pasado por todos los grados de pícaro y graduándose de maestro “en las almadrabas de Zahara, donde es el *finibusterre de la picaresca*”. De las almadrabas de Zahara, nombre con que se conocían la de este lugar y las de Conil y Castilnovo, todas cercanas entre sí y situadas en la playa y antiguo término de Vejer, y todo ello llamado genéricamente *playa de Sanlúcar*, di abundantes noticias en mi estudio de *La segunda parte de la Vida del pícaro*, publicada en la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos* (1908); y en el pliego de cordel del siglo xvii base de aquel trabajo hallará el curioso muy interesantes pormenores acerca de la vida que hacían los pícaros en tales almadrabas cuando acudían a ellas cada año para tomar parte en *la conquista de Túnez*; que así llamaban,

menos maleante que estudiantado paje, y así le respondió:

—Según eso, las camas de vuestra merced serán duras peñas, y su dormir, siempre velar; y siendo así, bien se puede apear, con seguridad de hallar en esta choza ocasión y ocasiones para no dormir en todo un año, cuanto más en una noche.

Y diciendo esto, fué a tener el estribo a don

por donaire, a la pesca de atunes. Véase además mi edición crítica de *La Ilustre fregona* (Madrid, 1917), pág. 7.

1 (pág. 123) Achaque de venteros ser comparados con la antonomasia de los ladrones. Don Manuel de León Marchante, *Obras poeticas posthumas* (Madrid, don Gabriel del Barrio, M.DCCXXII), t. I (no tomé la página):

“La comida de la venta,
como siempre, puerca y cara,
porque el ventero era Caco
y la ventera era caca.”

1 *Que estudiantado paje* dijeron la edición original y las dos primeras de Lisboa, y entre las modernas, la de Fitzmaurice-Kelly; las demás, *que estudiante o paje*, bien que a Hartzenbusch, en *Las 1633 notas...*, le pareció el adjetivo *estudiantado* muy propio de CERVANTES. Yo leí en la primera de mis ediciones (1911-1913) como los más; pero después me hicieron mudar de parecer algunas reflexiones muy atendibles. Por lo común, el paje se hacía del estudiante malogrado, y bien los asimila Medrano en el *Diálogo de los pajes*, de Diego de Hermosilla (cap. II del coloquio 1), obra escrita por los años de 1571 a 1576 y publicada en 1901: “¿Agora sabéis que los estudiantes de las universidades y los pollos tardíos y los pajes de palacio somos todos de una condicion...?” Pero no ha sido único CERVANTES en usar el adjetivo *estudiantado*, pues tiempo andando el maestro Gonzalo Correas, en su *Arte grande de la lengua castellana*, compuesto en 1626 y sacado a luz cerca de tres siglos después por el Conde de la Viñaza (Madrid, 1903) en linda edición de 110 ejemplares —poseo el del núm. 89—, dice (pág. 29): “Advierto que hazen mal algunos Ingenios *estudiantados* en escribir en Romanze con dos *eles* los nombres latinos que allá las tienen; como son *bula*, *Metelo* y semejantes...”

Quijote, el cual se apeó con mucha dificultad y trabajo, como aquel que en todo aquel día no se había desayunado.

Dijo luego al huésped que le tuviese mucho cuidado de su caballo, porque era la mejor pieza que 5 comía pan en el mundo. Miróle el Ventero, y no le pareció tan bueno como don Quijote decía, ni aun la mitad; y acomodándole en la caballeriza, volvió a ver lo que su huésped mandaba, al cual estaban desarmando las doncellas, que ya se habían reconciliado con él; las cuales, aunque le habían quitado 10 el peto y el espaldar, jamás supieron ni pudieron desencajarle la gola, ni quitalle la contrahecha celada, que traía atada con unas cintas verdes, y era menester cortarlas, por no poderse quitar los ñu- 15 dos; mas él no lo quiso consentir en ninguna manera, y así, se quedó toda aquella noche con la celada puesta, que era la más graciosa y estraña figura que se pudiera pensar; y al desarmarle, como él se imaginaba que aquellas traídas y llevadas que le 20

6 Los comentadores del *Quijote*, entre ellos don Julio Ceador, han tomado esta expresión por alabanza propia de un loco, y sin duda tienen razón en cuanto a ponderar el valor de un rocín tan malo; pero quizá no la tengan enteramente por lo que toca a estimar disparatado el decir de las bestias que *comen pan*. *Panes* se llama a los sembrados, así de trigo como de cebada, avena, etc.; *pan* a los cereales en general, y no al trigo solamente, y *tierras de pan llevar* a las de sembradío. Hasta las codornices, en frase del vulgo, saben que se llama *pan* a los sembrados, cuando, al ver su lozanía en la primavera, cantan: “¡Buen *pan* hay! ¡Buen *pan* hay!” El desmedido afán de ver donaires en CERVANTES y desatinos en su inmortal loco ha sido parte muchas veces para que no se entienda llanamente y a la real de España el texto de su novela.

20 A propósito de los alpargates, *tan traídos como llevados*, de uno de los muchachos de quienes tomó título la novela de *Rinconete y Cortadillo*, dije en la pág. 342 de la reimpresión

desarmaban eran algunas principales señoras y damas de aquel castillo, les dijo con mucho donaire:

5 —Nunca fuera caballero
De damas tan bien servido
Como fuera don Quijote
Cuando de su aldea vino:
Doncellas curaban dél;
Princesas, del su rocino.

de mi edición crítica (1920): “Con llamar *muy traídos* a los alpargates habría bastado para dejar entender que eran viejos y que estaban harto usados; pero CERVANTES quiso dar más gracia a la expresión, y jugó de aquel epíteto, oponiéndole el de *llevados*.”

8 El viejo romance de Lanzarote, amoldado aquí al nombre y pueblo del Ingenioso Hidalgo y a las *doncellas* que le cuidaban, dice así (fol. 228 vto. del citado *Cancionero de romances* de Amberes):

“Nunca fuera cauallero
de damas tan bien seruido
como fuera Lançarote
quando de bretaña vino,
que dueñas curauan del,
donzellas del su rozino;
essa dueña quintaña,
essa le escanciaua el vino...”

Estos popularísimos versos llegaron a usarse en broma y a adaptarse a las conversaciones familiares, a lo cual quizás contribuyó el haberse vulgarizado más y más por medio de esta reminiscencia del *Quijote*. Lope de Vega, refiriéndose a unos caballos de postas en el acto 1 de *La prueba de los ingenios*:

“CAMACHO. ...Y los más deste camino
Estaban desorejados,
De Lanzarote dejados
Quando de Bretaña vino.”

Y don Agustín Moreto, en *La milagrosa elección de Pío V.*, jorn. III:

“CALEPINO. Por vida de Calepino
Que era famoso el capote
Que le trajo Lanzarote
Quando de Bretaña vino.”

O Rocinante; que éste es el nombre, señoras mías, de mi caballo, y don Quijote de la Mancha el mío; que puesto que no quisiera descubrirme fasta que las fazañas fechas en vuestro servicio y pro me descubrieran, la fuerza de acomodar al propósito presente este romance viejo de Lanzarote ha sido causa que sepáis mi nombre antes de toda sazón; pero tiempo vendrá en que las vuestras señorías me manden y yo obedezca, y el valor de mi brazo descubra el deseo que tengo de serviros.

Las mozas, que no estaban hechas a oír semejantes retóricas, no respondían palabra; sólo le preguntaron si quería comer alguna cosa.

—Cualquiera yantaría yo —respondió don Quijote—, porque, a lo que entiendo, me haría mucho al caso.

A dicha acertó a ser viernes aquel día, y no había en toda la venta sino unas raciones de un pescado que en Castilla llaman abadejo, y en Andalucía bacallao, y en otras partes curadillo, y en otras truchuela. Preguntáronle si por ventura comería su merced truchuela; que no había otro pescado que dalle a comer.

—Como haya muchas truchuelas —respondió

3 Acerca de *puesto* que recuérdese lo dicho en nota del prólogo (41, 9).

14 *Yantar* es *comer*, y no sé que lector ninguno haya podido tener este vocablo “por exclusivo del *Quijote*”, como dice un mal llamado crítico, lo cual implicaría el creer tal voz inventada por CERVANTES.

17 Este modo adverbial a dicha equivale a *por ventura*, y ésta tanto puede ser mala como buena. El mismo CERVANTES, en la jorn. III de *La Casa de los Zelos*:

“CORINTO. ...¿Has visto a dicha una frente como espaciosa ribera,
y una hilera y otra hilera
de ricas perlas de Oriente?”

don Quijote—, podrán servir de una trucha; porque eso se me da que me den ocho reales en sencillos que en una pieza de a ocho. Cuanto más que podría ser que fuesen estas truchuelas como la tercera, que es mejor que la vaca, y el cabrito que el
 5 cabrón. Pero, sea lo que fuere, venga luego; que el trabajo y peso de las armas no se puede llevar sin el gobierno de las tripas.

Pusiéronle la mesa a la puerta de la venta, por el
 30 fresco, y trújole el huésped una porción del mal remojado y peor cocido bacallao y un pan tan ne-

1 Don Quijote, por lo visto, ignoraba que *truchuela* no se dijo de *trucha*, sino de *trecha* y *trechar*, que es “abrir y salar las sardinas, curándolas después al aire”, según el *Vocabulario bable* de Rato; de donde *trechuela*, que luego se ladeó a *truchuela*.

2 *Eso*, que otras veces se decía *eso mismo*, y que hoy diríamos *lo mismo*, por seguirse *que*, o bien *tanto*, si siguiera *como*. Tal cual vez toda la expresión *eso me da*, o *eso le da*, significaba *lo mismo*, o *igualmente*; verbigracia, en estas palabras del Arcipreste de Talavera (*Corvacho*, pág. 280 de la edición de los Bibliófilos Españoles, Madrid, 1901): “E el que más tiene e posee, más ama el mundo, e el que menos tiene, menos cura dél, o muera o byua, o sea dello lo que fuere, *eso le da* por morir que por beuir.” Frey Damián de Vegas cita la siguiente copla antigua en su *Libro de poesía christiana, moral y divina* (Toledo, Pedro Rodríguez, 1590), fol. 490:

“Pues el bien tan poco dura
 y presto se va el placer,
esso me da hauer ventura
 que dexalla de tener.”

Notó Bello (*Gramática*, § 262) que en pasajes como el del texto “*eso* recobra la fuerza de su origen latino *ipse*”.

3 En sencillos, es decir, en reales sencillos o sueltos. En una escritura otorgada a 8 de mayo de 1587 por Juan Ruiz de Bujalance (Archivo de protocolos de Cabra, Rodrigo de Baeza, 1587, fol. 326): “...de los cuales [146 ducados] rrecibo agora de contado cinquenta ducados en rreales de a quatro e de a ocho e sencillos y algunos medios reales...”

gro y mugriento como sus armas; pero era materia de grande risa verle comer, porque, como tenía puesta la celada y alzada la visera, no podía poner nada en la boca con sus manos si otro no se lo daba y ponía, y así, una de aquellas señoras servía deste menester. Mas al darle de beber, no fué posible, ni lo fuera si el Ventero no horadara una caña, y puesto el un cabo en la boca, por el otro le iba echando el vino; y todo esto lo recebía en paciencia, a trueco de no romper las cintas de la celada. Estando en esto, llegó acaso a la venta un castrador de puer-
cos, y así como llegó, sonó su silbato de cañas cua-

3 Esto de *alzada la visera* es yerro, sin duda. Hartzenbusch, después de leer en sus dos ediciones y *era alta la babera*, indicó que “*atada*, sí, tenía... la visera a la celada”. A Fitzmaurice-Kelly parece bien esta conjetura: “la mejor enmienda —dice— sería *atada la visera*”. *Alzada la babera* ha leído en su reciente edición el padre Rufo Mendizábal, y su opinión me parece plausible. Véase, además, Gillet, *Tres notas cervantinas*, apud *Revista de Filología Española*, t. XII (1925), pág. 63.

6 Pellicer, Clemencín, Aribau, y más recientemente Cortejón, separándose de todas las ediciones antiguas, han leído “*el darle de beber*”. Paréceme que han hecho mal en enmendar cosa tan clara como este lugar del texto cervantino: “Mas *al darle de beber*, no fué posible”, es decir, “no fué posible efectuarlo.” La expresión es elíptica, como muchas de CERVANTES.

7 Para algunos estuvo mal empleado este verbo, ya que la caña es horadada de suyo, y quiere decir que cortó de una caña uno de sus canutos. No; como cada canuto está separado interiormente de los dos inmediatos, y uno solo era corto para aquel menester, perforó uno de los tabiquillos que los separan.

8 *El un cabo* es uno de los cabos; el opuesto *al otro cabo* de que a continuación se habla. Cortejón, quizá por yerro material, hace pronombre el artículo y lee: “puesto *él* un cabo en la boca...”

12 Una zamponilla de cañas, como aquella con que representan al dios Pan. Y nota aquí oportunamente Clemencín: “Un

tro o cinco veces, con lo cual acabó de confirmar don Quijote que estaba en algún famoso castillo, y que le servían con música, y que el abadejo eran truchas, el pan, candeal, y las rameras, damas, y el
5 Ventero, castellano del castillo, y con esto daba por bien empleada su determinación y salida. Mas lo que más le fatigaba era el no verse armado caballero, por parecerle que no se podría poner legítima-
mente en aventura alguna sin recibir la orden de
10 caballería.

pito de capador solemnizó la comida de don Quijote, como un cuerno de porquero había solemnizado su llegada al castillo."

7 En este mismo capítulo (107, 7) había escrito CERVANTES: "*mas*, pudiendo *más* su locura que otra razón alguna...", y ahora dice: "*Mas* lo que *más* le fatigaba..."; descuidadas repeticiones del *mas*, ya conjunción, ya adverbio. De las cosas perfectas en su línea se suele decir que no tienen *pero*; mas estas locuciones cervantinas habían de tenerlo para ser intachables: "*Pero* lo que *más* le fatigaba..." "*Pero*, pudiendo *más* su locura que otra razón..."



CAPÍTULO III

DONDE SE CUENTA LA GRACIOSA MANERA QUE TUVO
DON QUIJOTE EN ARMARSE CABALLERO.

Y así, fatigado deste pensamiento, abrevió su venteril y limitada cena; la cual acabada, ⁵ llamó al Ventero y, encerrándose con él en la caballeriza, se hincó de rodillas ante él, diciéndole:

—No me levantaré jamás de donde estoy, valeroso caballero, fasta que la vuestra cortesía me otorgue un don que pedirle quiero, el cual redundará en alabanza vuestra y en pro del género humano. ¹⁰

El Ventero, que vió a su huésped a sus pies y oyó semejantes razones, estaba confuso mirándole, sin saber qué hacerse ni decirle, y porfiaba con él que ¹⁵ se levantase, y jamás quiso, hasta que le hubo de decir que él le otorgaba el don que le pedía.

—No esperaba yo menos de la gran magnificencia vuestra, señor mío —respondió don Quijote—; y así, os digo que el don que os he pedido y de vuestra liberalidad me ha sido otorgado es que mañana ²⁰ en aquel día me habéis de armar caballero, y esta

¹⁶ Los adverbios *jamás*, *nunca* y *siempre* denotan algunas veces duración limitada al tiempo a que la acción se refiere, como echaremos de ver en otros lugares (caps. IV, XIX, etc.).

²² No son tan sólo frases caballerescas, como da a entender Clemencín, estas de *mañana*, o *ayer*, en *aquel día*, y *hoy en este*

noche en la capilla deste vuestro castillo velaré las armas, y mañana, como tengo dicho, se cumplirá lo que tanto deseo, para poder como se debe ir por todas las cuatro partes del mundo buscando las
5 aventuras, en pro de los menesterosos, como está a cargo de la caballería y de los caballeros andantes, como yo soy, cuyo deseo a semejantes fazañas es inclinado.

El Ventero, que, como está dicho, era un poco
10 socarrón y ya tenía algunos barruntos de la falta de juicio de su huésped, acabó de creerlo cuando acabó de oírle semejantes razones, y, por tener que reír aquella noche, determinó de seguirle el humor;

día: pruébanlo bien los dos ejemplos siguientes. Torres Naharro, en su *Comedia Calamita*, jorn. v:

IUSQUINO. Tu mujer ya no te quiere
Y anda muerta por dexarte.

TORCAZO. Pues *ayer*, sin más jurarte.
Naquel día,
Me dixo que me quería."

En el *Fasciculus myrrhe*, fol. 41 vto.: "Pues yo te hago cierto que por más que calles, *oy en este día* se conoceran tus maldades y rescibiras el premio dellas..." Ahora no solemos decir *hoy en este día*; pero sí *hoy en día* y *hoy día*.

2 "...E por ende mandaron los antiguos que el escudero que fuesse de noble linage, vn día antes que resciba caualleria, que deue tener vigilia..." (Ley XIII, tít. XXI, partida II). A esta vigilia, que debía destinarse a la oración, como limpieza espiritual, se llamó *la vela de las armas*, porque se hacía teniendo a la vista aquellas con que se había de ser armado caballero al día siguiente.

4 En otro lugar diré lo que convenga acerca de estas *cuatro partes del mundo*, y de las *siete partidas* de él.

9 Con este *como* son cinco los que ocurren en solos ocho renglones. Por tal desaliño, de que hay frecuentes muestras en toda la novela de CERVANTES, se colige que éste no solía volver sobre lo escrito para darle la mano de lima y pulimento que recomiendan los preceptistas.

13 *Determinó de*: *tomó determinación de*. Recuérdesse lo dicho acerca de este *de* en nota del cap. II (105, 7).

y así, le dijo que andaba muy acertado en lo que deseaba y pedía y que tal prosupuesto era propio y natural de los caballeros tan principales como él parecía y como su gallarda presencia mostraba; y que él ansimesmo, en los años de su mocedad, se había dado a aquel honroso ejercicio, andando por diversas partes del mundo, buscando sus aventuras, sin que hubiese dejado los Percheles de Málaga, Islas de Riarán, Compás de Sevilla, Azoguejo de Segovia, la Olivera de Valencia, Rondilla de Granada, Playa de Sanlúcar, Potro de Córdoba, y las Ventillas de Toledo, y otras diversas partes, donde había ejercitado la ligereza de sus pies y sutileza de sus manos, haciendo muchos tuertos, recuestando muchas viudas, deshaciendo algunas doncellas y engañando a algunos pupilos, y, finalmente, dándose a conocer por cuantas audiencias y tribunales hay casi en toda España; y que, a lo último, se había venido a recoger a aquel su castillo, donde vivía con su

2 *Prosupuesto*, y *presupuesto* otras veces, en significado de *propósito*, *intención*. Usábase en esta acepción con mucha frecuencia por nuestros escritores de los siglos xvi y xvii. Baltasar del Alcázar, en su poesía intitulada *El trueco* (*Poesías de...*, pág. 252 de la edición que preparé para la Real Academia Española, Madrid, 1910):

“Dadme parecer en esto;
Porque voy con *prosupuesto*
Que, si os pareciere a vos
Que el mundo se quede a Dios,
Ponello por obra presto.”

12 Traza aquí CERVANTES, como dice Clemencín, una “especie de mapa picaresco de España, donde se marcan los principales parajes a que solía concurrir la gente perdida y vagabunda”. De los más de estos lugares he recogido tantas noticias, que excederían de la extensión máxima que deben tener estas notas. Así, remito al lector al apéndice VIII del tomo VII.

18 Hoy más bien diríamos *en casi toda España*.

hacienda y con las ajenas, recogiendo en él a todos los caballeros andantes, de cualquiera calidad y condición que fuesen, sólo por la mucha afición que les tenía y porque partiesen con él de sus haberes, en pago de su buen deseo. Díjole también que en aquel su castillo no había capilla alguna donde poder velar las armas, porque estaba derribada para hacerla de nuevo; pero que, en caso de necesidad, él sabía que se podían velar dondequiera, y que aquella noche las podría velar en un patio del castillo; que a la mañana, siendo Dios servido, se harían las debidas ceremonias, de manera que él quedase armado caballero, y tan caballero, que no pudiese ser más en el mundo.

4 Esto de “partir con él de sus haberes” es, como indica Clemencín, una clara reminiscencia de lo que se refiere en la historia de *Don Olivante de Laura* (libro II, cap. II) de un caballero llamado Arlistar, señor de un castillo, “el cual, aunque muy buen caballero fuese, como no tuviese otra cosa que este castillo de que mantenerse, empleaba su bondad en aprovecharse de los caballeros y otras personas que por estos caminos pasaban, haciendo que partiesen con él de lo que tenían”. Bien que con caballeros aún peores que Arlistar suele tropezarse el lector en los libros de caballerías: recuérdese, por ejemplo, a aquel Galpano de quien se cuentan enormidades en el *Amadís de Gaula* (libro I, cap. v): “Las dueñas e doncellas que por allí pasaban faciales subir al castillo, e haciendo dellas su voluntad por fuerza, habíale jurar que en tanto que él viviese no tomasen otro amigo; e si no lo hacían, descabezábanlas...”; y a los caballeros, después de vencerlos, “faciales jurar que se llamasen los vencidos de Galpano..., e tomándoles cuanto traían, se habían de ir a pie”. Cabal justicia se hacía con sus jocosos dichos el Ventero que había de armar caballero a don Quijote. “¿Hállase algún ventero canonizado? —preguntaba el doctor Suárez de Figueroa en el alivio VII de *El Passagero*—. Como habitantes del campo, son todos aves de rapiña y fieras de crecidas garras. ¿Qué cuydado puede ser bastante para enfrenar sus robos y demasías? Es forzoso permitirlos en tales desiertos, donde sin su socorro peligrarían las

Preguntóle si traía dineros; respondió don Quijote que no traía blanca, porque él nunca había leído en las historias de los caballeros andantes que ninguno los hubiese traído. A esto dijo el Ventero que se engañaba: que puesto caso que en las his-⁵ torias no se escribía, por haberles parecido a los autores dellas que no era menester escrebir una cosa tan clara y tan necesaria de traerse como eran dineros y camisas limpias, no por eso se había de creer que no los trujeron; y así, tuviese por cierto¹⁰ y averiguado que todos los caballeros andantes, de que tantos libros están llenos y atestados, llevaban bien herradas las bolsas, por lo que pudiese sucederles; y que asimismo llevaban camisas, y una arqueta pequeña llena de ungüentos para curar las he-¹⁵

vidas de muchos caminantes, que fuera peor que las bolsas." Y Quevedo, en la *Premática del Tiempo*, hace que éste, "informado de los grandes robos y latrocinios que de ordinario se hacen en ventas", mande que ninguno las llame *ventas*, sino *hurtos*, "pues en ellas hurtan más que venden"; que es cosa análoga a lo que dijo en una de sus letrillas satíricas (*El Parnaso Español*, Musa v):

"Toda esta vida es hurtar;
No es el ser ladrón afrenta;
Que, como este mundo es *venta*,
En él es propio el robar."

2 La *blanca* valía medio maravedí. Luis Cabrera de Córdoba, *Historia de Felipe II*, libro I, cap. ix (pág. 49 del t. I de la edición moderna, Madrid, 1876): "En este tiempo tenía la moneda su justo valor intrínseco, desde el cornado, *blanca*, uno, dos y cuatro maravedís, que valían ocho *blancas*, con que se compraban ocho cosas; tarjas de plata de a 20 maravedís, real de a 34, y los de a dos, de a cuatro y de a ocho, hasta el escudo de oro de cuatro cientos maravedís de valor." Sebastián Mey, *Fabulario en que se contienen fabulas y cuentos diferentes...* (Valencia, Felipe Mey, s. a., pero 1613), pág. 153: "...acuerda mercar cinco hueuos, que a tres *blancas* el hueuo, eran siete maravedís y medio..."

ridas que recibían, porque no todas veces en los campos y desiertos donde se combatían y salían heridos había quien los curase, si ya no era que tenían algún sabio encantador por amigo, que luego los socorría, trayendo por el aire, en alguna nube, alguna doncella o enano con alguna redoma de agua de tal virtud, que en gustando alguna gota della, luego al punto quedaban sanos de sus llagas y heridas, como si mal alguno hubiesen tenido; mas que en tanto
 10 que esto no hubiese, tuvieron los pasados caballeros por cosa acertada que sus escuderos fuesen proveídos de dineros y de otras cosas necesarias, como eran hilas y ungüentos para curarse; y cuando sucedía que los tales caballeros no tenían escuderos
 15 (que eran pocas y raras veces), ellos mismos lo llevaban todo en unas alforjas muy sutiles, que casi no se parecían, a las ancas del caballo, como que

9 Advierte Hartzenbusch en *Las 1633 notas...* que en la edición de 1668 enmendaron: "como si mal alguno *no* hubiesen tenido." Ciertamente, y lo mismo hicieron después la Academia Española (1780 y 1819), Bowle, Pellicer, Clemencín y otros, entendiendo que el sentido del pasaje reclamaba ese *no*. Estaba bien: *alguno*, cuando va pospuesto al nombre, tiene valor negativo.

15 Contra lo que alguien pudiera imaginar, no es pleonástica la expresión *pocas y raras veces*: *pocas* hace al número; *raras* (= *ralas*), al espacio de tiempo mediado entre cada dos de ellas. Hállola usada por otros autores. Fernando del Pulgar, *Crónica de los Reyes Católicos*: "Era [la reina doña Isabel] muger muy aguda e discreta, lo qual vemos *pocas e raras vezes* concurrir en una persona..." Espinosa Medrano, *Apologético en favor de D. Luis de Gongora*, pág. 46 de la edición de Lima, Juan de Quevedo y Zárate, 1694: "Los autores latinos *pocas y raras vezes* usan del Hyperbato que llaman *tnesis...*"

17 *Parecerse* una cosa, por *verse*, decíase a cada paso en los buenos tiempos de nuestra literatura, no sólo por los escritores, sino también por el pueblo mismo. A la frecuentísima

era otra cosa de más importancia; porque, no siendo por ocasión semejante, esto de llevar alforjas no fué muy admitido entre los caballeros andantes; y por esto le daba por consejo, pues aun se lo podía mandar como a su ahijado, que tan presto lo había de ser, que no caminase de allí adelante sin dineros y sin las prevenciones referidas, y que vería cuán bien se hallaba con ellas, cuando menos se pensase.

Prometióle don Quijote de hacer lo que se le aconsejaba con toda puntualidad, y así, se dió luego orden como velase las armas en un corral grande que a un lado de la venta estaba; y recogiénolas don Quijote todas, las puso sobre una pila que junto a un pozo estaba y, embrazando su adarga, asió de su lanza, y con gentil continente se comenzó a pasear delante de la pila; y cuando comenzó el paseo comenzaba a cerrar la noche.

Contó el Ventero a todos cuantos estaban en la venta la locura de su huésped, la vela de las armas y la armazón de caballería que esperaba. Admiráronse de tan estraño género de locura y fuéronselo a

pregunta: “¿Qué te parece?”, indicadora de extrañeza o asombro, solía responderse por donaire: “Colita de pece, que va por el río y no *se parece*.” (Correas, *Vocabulario de refranes...*) Felipe II, en carta fechada en Santarem a 5 de junio de 1581 (Gachard, *Lettres de Philippe II à ses filles*): “Muy bien hezistes en escrivirme, pues los dottores os dieron licencia para ello, porque me quitó mucho cuydado ver carta vuestra, y de tan buena letra, que *no se parecía* el mal.”

20 Dejándome llevar de la afirmación de Clemencín, según el cual al acto de armarse caballero se dió aquí el nombre de *armazón* para ridiculizarlo, entendí equivocadamente en mis ediciones anteriores que, en efecto, estaba dicho por donaire. Me rectifico ahora. Luis Cabrera de Córdoba, en su *Historia de Felipe II*, t. III, pág. 337: “El Rey Católico sabía la *armazón* desta armada.”

mirar desde lejos, y vieron que, con sosegado ademán, unas veces se paseaba; otras, arrimado a su lanza, ponía los ojos en las armas, sin quitarlos por un buen espacio dellas. Acabó de cerrar la noche; pero con tanta claridad de la luna, que podía competir con el que se la prestaba; de manera, que cuanto el novel caballero hacía era bien visto de todos. Antojósele en esto a uno de los harrieros que estaban en la venta ir a dar agua a su recua, y fué menester quitar las armas de don Quijote que estaban sobre la pila; el cual, viéndole llegar, en voz alta le dijo:

—¡Oh tú, quienquiera que seas, atrevido caballero, que llegas a tocar las armas del más valeroso andante que jamás se ciñó espada, mira lo que haces, y no las toques, si no quieres dejar la vida en pago de tu atrevimiento!

1 *Fuéronselo a mirar*, frase de que hizo memoria don Rufino José Cuervo en su nota 120 a la *Gramática* de Bello: "También sucede que se juntan con un solo verbo enclíticos que pertenecen a dos: en lugar de *fuéronse a mirarlo*, *estábase mirándolo*, dice CERVANTES: *fuéronselo a mirar*, *estábaselo mirando*." Así en la *Hystoria del rey Canamor y del Infante Turian su hijo...* (Alcalá de Henares, Sebastián Martínez, M.D.Lxxxvj), cap. VII: "...y quando su escudero lo vio venir desarmado, *estauase lo mirando* y *sanctiguauase*..." Y en el capítulo XIX: "...la condesa Ortaleza *estaua sela mirando* [a Floreta] y *marauillauase* de su hermosura y del su buen dezir..."

4 Clemencín repara en este lugar que cuando llegó don Quijote a la venta era *a tiempo que anochecía*, y pasaron después la conversación con las dos mozas y otra con el Ventero, y se desarmó luego con dificultad, cenó con mucho trabajo, siguió el segundo coloquio con el huésped, se dió orden para la vela de sus armas, e iba ya un buen espacio de ella, "y ahora se dice que *acabó de cerrar la noche*". Y añade: "¡Qué poco tiempo para tantas cosas!" Como cien otras veces, pasóse aquí de listo el docto anotador murciano. La expresión *Acabó de cerrar la noche* no dice que entonces acabara de cerrar, sino que *había acabado de cerrar...*, cuando acabara.

No se curó el harriero destas razones (y fuera mejor que se curara, porque fuera curarse en salud); antes, trabando de las correas, las arrojó gran trecho de sí. Lo cual visto por don Quijote, alzó los ojos al cielo y, puesto el pensamiento (a lo que pareció) en su señora Dulcinea, dijo:

—Acorredme, señora mía, en esta primera afrenta que a este vuestro avasallado pecho se le ofrece:

1 Juega de dos significados de *curarse*, el uno de ellos, *cuidar*, *hacer caso*, de poco o ningún uso hoy. *Curarse uno en salud* es, como dice el *Diccionario* de la Academia, “precaverse de un daño que prevé le puede acontecer”.

5 Para Clemencín el paréntesis es impertinente, porque “¿cuáles fueron las señales que hubo para que así pareciese?” A la verdad, lo impertinente es la nota de Clemencín. Dicese *a lo que pareció*, por lo que don Quijote dijo muy luego: “Acorredme, señora mía...”; y como no la mienta por su nombre, puso en ella, *a lo que pareció*, el pensamiento. Es como si dijera: *a lo que después pareció*, tal como lo dice más adelante, en el cap. XIII: “y coronados con guirnalda, que, *a lo que después pareció*, eran cuál de tejo y cuál de ciprés...”, y tal como lo dijo en *Persiles y Sigismunda*, libro III, cap. VIII: “...y al pasar uno destos escuadrones o juntas de bailadoras doncellas por delante de los peregrinos, uno que, *a lo que después pareció*, era el alcalde del pueblo...” A tener Clemencín enteramente buena la cuarta potencia del alma, que consiste en *hacerse cargo*, habría caído en todo esto, y adelantado al lector en su nota aquellas palabras que dice don Quijote en el mismo cap. XIII: “que ya está en uso y costumbre en la caballería andantesca que el caballero andante que al acometer algún gran fecho de armas tuviese su señora delante, vuelva a ella los ojos blanda y amorosamente, como que le pide con ellos le favorezca y ampare en el dudoso trance que acomete; y aun, si nadie le oye, está obligado a decir algunas palabras entre dientes, en que de todo corazón se le encomiende...” Y si Clemencín, comentando estas frases, buscó y halló su fundamento en las *Partidas* de don Alfonso el Sabio, ¿cómo, en vez de citarlas en el lugar a que se refiere esta nota, dijo que era impertinente el paréntesis cervantino?

no me desfallezca en este primero trance vuestro favor y amparo.

Y diciendo estas y otras semejantes razones, soltando la adarga, alzó la lanza a dos manos y dió con ella tan gran golpe al harriero en la cabeza, que le derribó en el suelo tan maltrecho, que si secundara con otro, no tuviera necesidad de maestro que le curara. Hecho esto, recogió sus armas y tornó a pa-

2 Invocando en tal trance el nombre de su dama, don Quijote imitaba lo que había leído en los libros de caballerías y, al par, ateniase a lo dicho en la ley xxii, tít. xxi de la partida II: "E aun porque esforçasen más [los caballeros], tenían por cosa guisada que los que ouiessem amigas, que las nombrassen en las lides, porque les cresciessen más los coraçones, e ouiessem mayor verguença de errar." En el cap. xl del *Libro del famoso cauallero Palmerin de Oliva* *ç de sus grandes hechos* (Venecia, Juan Paduan y Venturin de Rufinelli, MDXXXIV), Palmerín, antes de empezar a combatirse con el Duque de Galez, puso en el padrón la figura de Polinarda "ç dixo como si hablara con su señora: "Sed vos, mi" señora, segura que antes morirá este vuestro cauallero que" consentir que vos seays tomada de aqui desonrradamente;" ç agora es menester que la vuestra fermosura me ayude, "pues tan sabido es que otra en el mundo no ay más fermosa" que vos."

8 La frase *no haber menester maestro* es muy usada en los libros de caballerías para ponderar la gravedad de las heridas. En *La leyenda del Cauallero del Cisne*, transcripción del códice 2454 de la Biblioteca Nacional, por el doctor Eme-terio Mazorriaga (Madrid, 1914), pág. 228: "...e començó a ferir en la conpanna de Galieno, que yua en alcance de los suyos, e a dar muy grandes golpes con ella; asy que el que bien alcançava *non avia de menester maestro*." Don Juan de Silva y de Toledo, en su *Historia famosa del principe don Policisne de Boecia* (Valladolid, Herederos de Juan Iñíguez de Lequerica, MDCII), fol. 99: "...y como esto dixo, arremeten el vno para el otro tan rezio, que Norante fue a fuera de la silla con vn palmo de lança atrauesada, que *no huuo menester maestro*." Y al fol. 100 vto.: "Ardineo, que lança tenía, arremetió a los peones, y al que encontró *no huuo menester maestro*."

searse con el mismo reposo que primero. Desde allí a poco, sin saberse lo que había pasado (porque aún estaba aturdido el harriero), llegó otro con la misma intención de dar agua a sus mulos, y llegando a quitar las armas para desembarazar la pila, sin hablar ⁵ don Quijote palabra y sin pedir favor a nadie, soltó otra vez la adarga, y alzó otra vez la lanza, y, sin hacerla pedazos, hizo más de tres la cabeza del segundo harriero, porque se la abrió por cuatro. Al ruido acudió toda la gente de la venta, y entre ellos, ¹⁰ el Ventero. Viendo esto don Quijote, embrazó su adarga y, puesta mano a su espada, dijo:

—¡Oh señora de la fermosura, esfuerzo y vigor del debilitado corazón mío! ¡Ahora es tiempo que vuelvas los ojos de tu grandeza a este tu cautivo ca- ¹⁵ ballero, que tamaña aventura está atendiendo!

1 *Primero*, como adverbio: *antes, primeramente*. Fernández de Oviedo, *Historia de las Indias*, t. II, pág. 399: "Tornándose el general por Duntama a ver si por bien o por mal los podía haçer de paz, hallolos más desvergonçados que *primero*..." Fray Luís de León, *Exposicion del libro de Job*, cap. XIV:

"El árbol si es cortado, es poderoso
a renovarse en ramas y en verdura,
más firme que *primero*, y más hermoso."

9 Hartzenbusch, en sus dos ediciones, leyó *en cuatro*. A lo menos, así lo diríamos hoy. También pudo decir CERVANTES *porque se la hizo cuatro*, tal como lo dice Tello el Viejo en la primera parte, acto III, de la comedia *Los Tellos de Meneses*, de Lope de Vega:

"¡Vive Dios que te quisiera,
Mendo, con esta cayada
Hacer cuatro la cabeza!"

16 En los libros de caballerías son a veces muy prolifas estas invocaciones. Véase la siguiente, que copio del cap. VIII de *La quarta parte de don Clarian, en la qual se trata de los grandes hechos de Lidaman de Ganayl* (Toledo, Gaspar de Ávila, 1528). Puesto el príncipe Deocliano junto al mármol

Con esto cobró, a su parecer, tanto ánimo, que si le acometieran todos los harrieros del mundo, no volviera el pie atrás. Los compañeros de los heridos, que tales los vieron, comenzaron desde lejos a llover
 5 piedras sobre don Quijote, el cual, lo mejor que podía, se reparaba con su adarga, y no se osaba apartar de la pila, por no desamparar las armas. El Ventero daba voces que le dejasen, porque ya les había dicho como era loco, y que por loco se libraría, aunque los

victorioso, y volviéndose para el pasaje defendido, como si con la reina Leonija hablara, dijo: "O muy resplandeciente "luzero que mis fuerças tiene vencido ¿ sojuzgado, socorre al "tu cauallero en esta tan gran afrenta; no le niegues aquel "fauor de que siempre lo quesiste fazer merecedor; o muy "clara estrella que mis entrañas alumbrá, valga me vuestra "gran mesura, que venido soy en el extremo de toda mi necesidad a donde si vuestra memoria me falta todo el bien a "esta causa me puede negar: catad si en esta auentura no "mostrays el gran poder que sobre mi teneys, que todo vuestro remedio es perdido ¿, yo sobre los caualleros que armas "traen vituperado..."

9 Otro caso del *como* equivalente a *que*, de que traté brevemente en nota del prólogo (38, 6). Cortejón, aquí como allí, lo acentúa indebidamente, siendo así que tanto pide *que* el pasaje, que Máinez leyó: "porque ya les había dicho *que* era loco". De este *como* traté con alguna extensión en la nota 181 de mi edición crítica de *Rinconete y Cortadillo* (Sevilla, 1905). Para enterar a los muchos aún no enterados de cosa tan clara (y ya vemos que no lo estaba el catedrático de Literatura del Instituto de Barcelona), bastará un sencillo ejemplo. La infanta doña Isabel Clara Eugenia decía al Marqués de Denia en carta fechada en Bruselas a 25 de octubre de 1599 (*Correspondencia...*, publicada por Rodríguez Villa, pág. 6): "Marqués: Ahora acabo de saber *como* *parió* [*que parió*] la condesa de Niebla una hija." Rodríguez Villa, que tampoco andaba muy fuerte en *tiquis miquis* gramaticales, hizo decir a la Infanta: "Ahora acabo de saber *cómo* *parió* [*de qué manera parió*, si pronta, o lentamente, con grandes dolores o sin ellos] la Condesa de Niebla una hija." La Infanta lo escribió bien y el que sacó a luz sus cartas lo transcribió

matase a todos. También don Quijote las daba, mayores, llamándolos de alevosos y traidores, y que el señor del castillo era un follón y mal nacido caballe-

mal. En mi colección de *Nuevos documentos cervantinos hasta ahora inéditos*, pág. 251: "Miguel de Cervantes Saavedra, Comisario del Rey nuestro señor por antonio de guevara, de su Consejo e su proveedor general, digo que a mi noticia a llegado como vn Regidor del cabildo desta cibdad... a procurado e procura con instancia saber qué trigo e cebada yo aya sacado a los vezinos..." Y poco después: "...y al escribano que está presente pido me dé por testimonio como presento esta peticion..." No quiere decir CERVANTES en el primer caso que ha llegado a saber *la manera* empleada por aquel regidor para saber qué trigo y cebada se había sacado, sino sencillamente que sabe *que* lo procura. Y en el segundo, no pide testimonio de *la manera* de presentar la petición, sino tan sólo de *que* la presenta.

2 Reparaba Clemencín diciendo: "No hay armonía entre *también* y *mayores*: uno u otro hubo de suprimirse, para que quedase bien el lenguaje." Entendiera que el *mayores* es un inciso que vale tanto como *mayores aún*, puntuara la frase consiguientemente, y ya holgaba su reparo.

2 Hoy lo diríamos sin el *de*: llamándolos alevosos y traidores; pero antaño se decía como CERVANTES lo dice en este lugar. Bernardino de Escalante, *Dialogos del arte militar* (Brvssellas, Rutger Velpio, 1595), fol. II vto.: "...en viendo dentro mandó alçar el puente y que luego assestassen la artilleria contra sus enemigos, llamandolos de traydores..." En unos tercetos anónimos *En loor del puerco*, escritos en Granada a fines del siglo XVI o a principios del XVII:

"...y ai más de un neçio agora que se estraña
porque *de puerco le ha llamado* alguno:
el mucho honor a aqueste tal le daña."

3 *Follón*, como originario de *follis*, *fuelle*, significa principalmente *hinchado*, *vano*, *jactancioso*; pero porque estas cualidades suelen acompañar a la cobardía y la vileza, pasó también a significar *vil* y *cobarde*. De esta segunda acepción hallaremos en el *Quijote* muchos ejemplos; de la primera véase siquiera uno. Juan de Castellanos, *Elegias de varones ilustres de Indias*, primera parte, elegía III, canto III:

"...Muy *follonazos* vienen y muy locos;
Pero yo les haré que vuelvan pocos."

ro, pues de tal manera consentía que se tratasen los andantes caballeros; y que si él hubiera recebido la orden de caballería, que él le diera a entender su alevosía; —pero de vosotros, soez y baja canalla, no
 5 hago caso alguno: tirad, llegad, venid, y ofendedme en cuanto pudiéredes; que vosotros veréis el pago que lleváis de vuestra sandez y demasía.

Decía esto con tanto brío y denuedo, que infundió un terrible temor en los que le acometían; y así por
 10 esto como por las persuaciones del Ventero, le dejaron de tirar, y él dejó retirar a los heridos, y tornó a la vela de sus armas, con la misma quietud y sosiego que primero.

No le parecieron bien al Ventero las burlas de su
 15 huésped, y determinó abreviar y darle la negra orden de caballería luego, antes que otra desgracia su-

4 Cinco líneas antes, “don Quijote las daba, *mayores*, llamándolos de alevosos y *traidores*”; ahora, “y que si él hubiera recebido la orden de *caballería*, que él le diera a entender su *alevosía*”. El descuido de CERVANTES dejó aquí estas consonancias, de las cuales, en general, dicen los interlocutores del *Diálogo de la Lengua*, de Valdés:

“MARCIO. Muy bien me parece esto; pero decidme: ¿teneis por buena manera esta destos refranes, que parece que van no sé con qué consonantes?

”VALDÉS. Sí que es buena para estas sentencillas así breves; pero siempre aconsejaría a quien quisiese escribir o hablar bien que se guardase della, porque si no en semejantes dichos breves, en lo demás es muy ajena del estilo castellano.”

15 *Negra*, no en la acepción de “infeliz, infausta y desventurada” que da a esta voz el *Diccionario* de la Academia, sino mejor en la también traslaticia de *maldecida*, *descomulgada* o *empecatada*. Fué palabra muy repetida en tal significación por el vulgo. En el *introyto* y *argumento* de la *Farsa llamada Ardamisa*, de Diego de Negueruela, reimpresa por Rouanet en la *Bibliotheca Hispánica* (París, 1900):

“Aunque creo
 que con el negro desseo
 que tengo de mi Llocia,

cediese. Y así, llegándose a él, se disculpó de la insolencia que aquella gente baja con él había usado, sin que él supiese cosa alguna; pero que bien castigados quedaban de su atrevimiento. Dijole como ya le había dicho que en aquel castillo no había capilla, y para lo que restaba de hacer tampoco era necesaria; que todo el toque de quedar armado caballero consistía en la pescozada y en el espaldarazo, según él tenía noticia del ceremonial de la orden,

no podré dezir arreo
mi negra mensageria."

5 Por no hacerse cargo de que este *como*, lo mismo que el mencionado poco ha (142, 9), significa *que*, Pellicer entrecomé desacertadamente las palabras *como ya le había dicho*, haciendo un inciso de ellas. Y, aunque la Academia, en su edición de 1819 omitió esas dos comas, repúsolas Clemencín en 1833, mantúvolas Aribau en 1846 en la edición de Rivadeneira, tornó a mantenerlas Hartzenbusch en 1863, en la segunda de Argamasilla, aun habiendo casi acertado en la primera, remantuvo Máinez tales comas en 1876, y, al cabo, han pasado a la edición de Cortejón, *crítica* y todo. Para que eso fuera un inciso, diría: "Dijole, como ya *se lo* había dicho, que..." Además, ¿a qué conducía decirlo así, pudiendo decir "Dijole *nuevamente*", o cosa parecida...? Sin las comas es naturalísima la expresión: "Dijole *que (como)* ya le había dicho que en aquel castillo no había capilla..." Esto, relatando: que a querer dialogar, lo habría expresado CERVANTES de esta manera: "Dijole: —*Ya he dicho a vuestra merced como en este castillo no hay capilla...*"

9 Razón asistía en esto al Ventero. Clemencín recuerda casos históricos en que con solo uno o tres golpes con la espada se confirió la calidad de caballero. Pero así y todo, lo clásico, por lo tocante a estas ceremonias, es lo prevenido en la ley xiv, tit. xxi de la segunda partida, que extractó Diego de Hermosilla en su *Diálogo de los pajes*, pág. 31: "...y en la mañana en oyendo misa, ha de ir delante del Rey o de otro señor que no reconozca señor en lo temporal, todo armado, salvo la cabeza, y pedir la orden de caballería. El Rey le calza las espuelas, o manda a otro caballero que se las calce, y el mismo Rey le ciñe la espada y le da un bofetón. Tómale

y que aquello en mitad de un campo se podía hacer; y que ya había cumplido con lo que tocaba al velar de las armas, que con solas dos horas de vela se cumplía; cuanto más que él había estado más de cuatro. Todo se lo creyó don Quijote, y dijo que él estaba allí pronto para obedecerle y que concluyese con la mayor brevedad que pudiese; porque si fuese otra vez acometido y se viese armado caballero, no pensaba dejar persona viva en el castillo, eceto aquellas que él le mandase, a quien por su respeto dejaría.

Advertido y medroso desto el castellano, trujo luego un libro donde asentaba la paja y cebada que daba a los harrieros, y con un cabo de vela que le traía un muchacho, y con las dos ya dichas doncellas, se vino adonde don Quijote estaba, al cual mandó hincar de rodillas; y, leyendo en su manual (como que decía alguna devota oración), en mitad de la leyenda alzó la mano y dióle sobre

también juramento que morirá por su ley, por su Rey y por su patria cada y cuando que fuere menester, y después, él y los demás caballeros que allí se hallan le besan en la boca en señal de paz, y luego llega un caballero muy principal, cual el noble señala, y le ciñe la espada, y éste es su padrino. Otras particularidades que hay y lo que estas ceremonias significan, que todo es cosa notable, en las mismas leyes lo podreis ver vos más cumplidamente, y yo tardaría mucho en deciroslo y vos sacaríaades poco provecho dello si no os habeis de armar caballero."

5 Faltan en la edición príncipe las palabras y dijo.

18 *Leyenda*, en su antiguo significado de *lectura*. *Leenda* he oído decir muchas veces, en esta acepción, a los campesinos de Andalucía. En la *Farsa del Desafío del Hombre*, apud *Colección de autos, farsas y coloquios del siglo xvi*, publicada por León Rouanet (París, 1901), t. III, pág. 523:

"Bobo. Sobervia, lee el cartel,
porque mi ángel lo entienda,
qu' él, que sabe de *leyenda*,
te responderá a él (*sic*)
con que muy bien me defienda."

el cuello un buen golpe, y tras él, con su misma espada, un gentil espaldarazo, siempre murmurando entre dientes, como que rezaba. Hecho esto, mandó a una de aquellas damas que le ciñese la espada, la cual lo hizo con mucha desenvoltura y discreción; porque no fué menester poca para no reventar de risa a cada punto de las ceremonias; pero las proezas que ya habían visto del novel caballero les tenía la risa a raya. Al ceñirle la espada, dijo la buena señora:

—Dios haga a vuestra merced muy venturoso caballero y le dé ventura en lides.

2 *Gentil*, en acepción de *grande, notable, descomunal*. Luis Quijada en carta al secretario Juan Vázquez (Cuacos, 17 de agosto de 1558), apud *Retraite et mort de Charles Quint...*, por Gachard, t. I, pág. 318: "En fin ha venido a ser *muy gentil gota*, y en parte tan peligrosa cuanto Vuestra Merced ve que es..." Lope de Vega, *Santiago el Verde*, acto III:

"D. GARCÍA. ...O procura enmudecer;
Que te daré, vive Dios,
Vna *gentil cuchillada*."

4 Esto de *damas* parece estar dicho con segunda intención, por *damas cortesan*as, que era uno de los nombres que solían darse a las prostitutas. Al fol. 470 del séptimo de los Libros de Gobierno de la Sala de Alcaldes de Casa y Corte, que se conservan en el Archivo Histórico Nacional, hay una representación de los dichos alcaldes a S. M. (11 de enero de 1617), que empieza así: "Señor: Los Alcaldes dicen que de estar las mugeres de mala vida que llaman *damas cortesan*as alojadas en las calles principales desta corte y con libertad de vivir donde quieran se an seguido y siguen muy grandes inconuinientes..." Y Vicente Espinel, en su *Sátira contra las damas de Sevilla*, publicada en la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos* (mayo-junio de 1904), no se refiere a otras *damas* que a las mujeres públicas.

12 La *buen*a señora, a la cuenta, habría leído u oído leer libros de caballerías, porque se mostró aquí bien informada de estas fórmulas caballerescas. En el cap. LXXX de *Don Polí*cisne de Boecia, éste, en apurado trance, arma caballero a su

Don Quijote le preguntó cómo se llamaba, porque él supiese de allí adelante a quién quedaba obligado por la merced recibida, porque pensaba darle alguna parte de la honra que alcanzase por el valor de su brazo. Ella respondió con mucha humildad que se llamaba la Tolosa, y que era hija de un remendón natural de Toledo, que vivía a las tendillas de Sancho Bienaya, y que dondequiera

escudero Tarín: "Fídele le calzó la espuela diestra, y tomando Policisne su serpentina espada, le hirió con ella diciendo: "Amigo Tarín, *Dios te haga buen caballero, y te dé dicha en lo que començares que su servicio sea.*"

7 Este *a* significa lo que el *apud* latino, y equivale, siempre tratándose de lugar, a *en* o *cerca de*. Larramendi, en su *Diccionario trilingüe del Castellano, Bascuence y Latin* (San Sebastián, 1754), dice: "*A*. Muchas veces equivale a *cerca*, *junto*, *en*...: "está *a* las puertas...; ponlo *a* la lumbre...; pú"sose *a* la entrada..." Reconócelo así el padre Juan Mir (*Pronunciario de hispanismo y barbarismo*, t. I, pág. 321), diciendo que "en muchas locuciones la preposición *a* representa situación de lugar", y cita estos ejemplos, entre otros:

"Se aloja en una vega *a* la marina."
(ERCILLA.)

"La posada es algo lejos,
Porque poso *a* Leganitos."
MORETO.)"

8 Las tendillas de Sancho Bienaya estaban en la plaza toledana de este nombre. "Otra plaza de tiendas ay muy antigua y nombrada —dice el doctor Francisco de Pisa en su libro intitulado *Descripción de la imperial ciudad de Toledo*... (Toledo, Pedro Rodríguez, 1605), libro I, cap. xxii—, que llaman de Sancho Minaya, con otras carnicerías, junto al hospital de la Misericordia." Y añade: "El doctor Pedro de Salazar en su *Cronica*, cap. 39, dize que se han de llamar estas tiendas de Sancho bien aya, como lo afirma auer visto en escrituras antiguas." Quizá el cronista no lo recordaba con exactitud, pues si bien otros escritores, verbigracia, el maestro Alejo Vanegas en la *Primera parte de las diferencias de libros que ay en el vniuerso* (Toledo, Juan de Ayala, 1540), cap. xxvi del *Libro natural*, llama de Sancho bien aya a las dichas tendillas, es lo cier-

que ella estuviese le serviría y le tendría por señor. Don Quijote le replicó que, por su amor, le hiciese merced que de allí adelante se pusiese *don* y se llamase doña Tolosa. Ella se lo prometió, y la otra le calzó la espuela; con la cual le pasó casi el mismo coloquio que con la de la espada. Preguntóle su nombre, y dijo que se llamaba la Molinera, y que era hija de un honrado molinero de Antequera; a la cual también rogó don Quijote que se pusiese *don*

to que no se llamaban así en el segundo tercio del siglo xv, como se echa de ver por una carta de compromiso otorgada a 21 de julio de 1466, que por referirse al famoso Arcipreste de Talavera, bachiller Alfonso Martínez de Toledo, transcribió Pérez Pastor en los principios de su edición del *Corbacho*, publicada en 1901 por la Sociedad de Bibliófilos Españoles. En tal carta se trata del derecho que tenían la capilla del rey don Sancho, "que es en la Sancta Iglesia de Toledo", y los capellanes de ella sobre "las tablas de la carnicería de las *Tendillas de Sancho Mynayas*".

5 La espuela, por ser muy para los caballos, fué siempre muy de caballeros, y es por sí sola un símbolo de la caballería. Así corría como proverbial este dicho, que recuerda el doctor Suárez de Figueroa en su *Plaza universal de todas ciencias y artes* (Madrid, Luis Sánchez, 1615), discurso lv, fol. 231: "El villano no tiene espuelas; y si las tiene, es sola vna; y si tiene dos, no son iguales; y si son iguales, no son suyas; y si son suyas, no tienen correas; y si con correas, son de cordel."

9 CERVANTES, haciendo que don Quijote conceda el uso del *don* a dos mujeres como éstas, refiérese graciosamente al menosprecio en que había caído este tratamiento, tan regateado y escaso antes, y tan generalizado ya a principios del siglo xvii, en especial entre las mujeres, que casi no quedaba ninguna, por menguada que fuese su estofa, que no luciese el *doña* a cada paso. El mal arrancaba de algunas décadas atrás: ya al mediar el siglo xvi lo censuraba jocosamente el licenciado Sebastián de Horozco en sus coplas *sobre los dones que se ponen las mujeres* (*Cancionero de...*, publicado por la Sociedad de Bibliófilos Andaluces, Sevilla, 1878). Y pocos años después apenas quedó sin *endonarse* algún pelafustán. De todo ello traté largamente en el cap. iv de mi estudio acerca

y se llamase doña Molinera, ofreciéndole nuevos servicios y mercedes.

Hechas, pues, de galope y aprisa las hasta allí nunca vistas ceremonias, no vió la hora don Quijo-

de *El retrato de Cervantes* (Madrid, 1917), y a tal vanidad aludió César Caporali, el autor del *Viaggio in Parnaso*, en su *Vita di Mecenate* (apud *Opere poetiche di...*, Venetia, Bernardo Giunti e Gio. Battista Ciotti, MDCVIII), pág. 102):

“Onde poi s’acquistò quel borioso
Titolo pien di fasto e d’ambitione,
Quel *Don* sì grato a lo Spagnuol ventoso.”

2 La *armazón* de caballero de don Quijote guarda mucha semejanza con la licenciatura en Medicina que de sí mismo cuenta Philotimo, uno de los interlocutores de los sabrosos *Diálogos familiares de la Agricultura christiana*, diálogo 1, § 2: “Yo cursé primero bien en Theologia, y oponiéndome a beneficios nunca me dieron alguno, y moria de hambre: y por remediarme cursé otros tres años en Medicina hasta graduarme de bachiller, y por no tener caudal para la costa del licenciamiento, quiso Dios que topé con vn Conde Palatino tan hambriento como yo en la venta de la Palomera, y combidele a vn lomo costil y a vna bota de vino de Robleda de Chauela, y allí me graduó de licenciado delante de los venteros y de dos recueros, y tocaron la campana que tienen en la chimenea para llamar con ella a los descarriados en tiempo de nieues, y despues he ganado bien de comer.” Este graduador era uno de aquellos a quienes se refiere Covarrubias: “...y vltimamente se llaman Condes Palatinos en Roma ciertos cortesanos que tienen privilegio de poder legitimar naturales, espurios, hazer notarios, y licenciados, doctores, y otras cosas, las quales oy dia están reformadas.”

4 *No ver uno la hora* de es, como dice el *Diccionario* de la Academia, “frase que se usa para denotar gran deseo de que llegue el momento de que se haga o se verifique una cosa”. Es expresiva locución figurada, que indica a maravilla la impaciencia del que ansía ver llegada una ocasión: *no ve la hora*; *no ve llegar la hora* deseada; parécete que nunca ha de llegar. Ya se decía casi con idénticas palabras en el siglo xiv. El Arcipreste de Hita, *Libro de buen amor*, copla 1579 de la edición de Ducamin (Toulouse, 1901):

te de verse a caballo y salir buscando las aventuras; y ensillando luego a Rocinante, subió en él, y abrazando a su huésped, le dijo cosas tan estrañas agradeciéndole la merced de haberle armado caballero, que no es posible acertar a referirlas. El Ventero, por verle ya fuera de la venta, con no menos retóricas aunque con más breves palabras respondió a las suyas y, sin pedirle la costa de la posada, le dejó ir a la buen hora.

“...non fiedes en tregua de vuestro enemigo,
ca non vee la ora que vos lieue consigo.”

Palmerín de Oliva, cap. xiv (fol. 32 vto.): “Palmerin no veyo la hora de su partida de alli: tanto desseaua ser cauallero.”

9 Está dicho como en francés: César Oudin, traduciendo en sus *Diálogos* (los de Minsheu) la frase *entrar con pie derecho*, escribió: “que ce soit à la bonne heure.” Y traduciendo este mismo pasaje del *Quijote*: “le laissa aller à la bonne heure”. Y como en italiano, idioma del cual lo aprendió CERVANTES: *alla buon' ora*.



CAPÍTULO IV

DE LO QUE LE SUCEDIÓ A NUESTRO CABALLERO
CUANDO SALIÓ DE LA VENTA.

LA del alba sería cuando don Quijote salió de la venta, tan contento, tan gallardo, tan alborozado por verse ya armado caballero, que el gozo le reventaba por las cinchas del caballo. Mas

4 Nota Clemencín que “si el capítulo no tuviera epígrafe, sería más claro que se habla de la *hora del alba*, porque la última palabra del capítulo anterior es *hora*”. Esto indica que los epígrafes de los capítulos no se escribieron sino a la postre, y así se explica por qué los de algunos de ellos no guardan congruencia con su contenido, y por qué tal cual vez se trocó el de uno con el de otro, como sucedió en los caps. xxix y xxx. También debieron de escribirse a la postre los epígrafes capitulares de *El Baladro del sabio Merlín*, publicado en el t. VI de la *Nueva Biblioteca de Autores Españoles* (Madrid, 1907), donde el ccxiii comienza así: “Ca el rey Loc era el mejor cauallero de la tierra...”, palabras que hicieron notar a Bonilla y San Martín: “La manera de comenzar este capítulo indica que debió formar parte del anterior en algún estado precedente.” Ciertamente: antes que se dividiera el texto en capítulos y antes, por tanto, que se escribieran los epígrafes. Algunos malos escritores, queriendo parecer castizos e imaginando que imitan a CERVANTES, han estampado acá y allá: *La del alba sería...*, sin referirse a ninguna hora antes mencionada.

7 Lo ordinario era y es decir *no cabe en sí de gozo*. *No cabía en sí de contento*, dijo nuestro autor en el cap. LXII de la segunda parte; pero aquí andaluzó el lenguaje, empezando a dar a entender que, si no de nacimiento, era andaluz de alma

vinándole a la memoria los consejos de su huésped

y de expresión. "Donde resalta más señaladamente que en lo demás el andalucismo del Príncipe de nuestros ingenios —dije en mi discurso acerca de *El andalucismo y el cordobesismo de Miguel de Cervantes*— es en la frecuencia con que usa de la hipérbole y en la misma magnitud de las que se le ocurren. En su retiro de Sierra Morena don Quijote lloró "*hasta henchir un pipote*" (I, xxvi); y si os parece que tal exageración sólo se debiera a la fuerza del consonante, leed el *Persiles*, y allí veréis que un personaje dice a otro: "*Reiteré plegarias, añadí promesas, aumenté las aguas del mar con las que derramaba de mis ojos*" (libro I, cap. v); y como esto parece dicho en significado de aumentarlas visiblemente, la hipérbole es, a la verdad, hipérbolica entre las de su casta. Y así muchas veces. Si don Quijote ensalza las cualidades de su Dulcinea, no dirá sino que acompaña su grandeza "*con mil millones de gracias del alma*" (I, xxxi). Si Sancho bebe de la bota de Tomé Cecial, dirá que, "empinándola puesta a la boca, *estuvo mirando las estrellas un cuarto de hora*" (II, xiii); llamará "*medias tinajas*" a las grandes ollas en que se preparaba la bucólica para las bodas de Camacho, y agregará que en cada una de ellas "*cabía un rastro de carne*" (II, xx); ponderará que don Quijote, cuando le jabonaban las barbas en casa de los Duques, lucía "*media vara de cuello más que medianamente moreno*" (II, xxxii), y encareciendo por pésimas las pinturas que adornaban la sala de un mesón, referirá que en una de ellas Dido "*mostraba verter lágrimas del tamaño de nueces*", y que su pañizuelo era "*una media sábana*" (II, lxxi). ¡Así es de andaluz y de reteandaluz MIGUEL DE CERVANTES! Y ¿se imaginará por ventura que recogiendo esta abundante mies, no dejé nada para que otros espiguen en el vasto campo de las hipérbolas del *Quijote*? Pues ¿no dejé atrás, como apostá, aquella bacía que "*desde media legua relumbraba*" (I, xxi), y la "*media legua de andadura*" del rostro de don Quijote (I, xxxvii), y, en fin, por no dilatarme más, aquella cabriola que hizo en la cueva de Montesinos la sirvienta de Dulcinea, "*que se levantó dos varas de medir en el aire*" (II, xxiii)?" Pero volviendo a la frase que ha dado margen a esta digresión, quiero copiar una de *Las 1633 notas...* de Hartzenbusch, la 85, y ciertos renglones de una de las sabrosas cartas con que, a pesar de sus muchos años, me favoreció hasta su muerte el insigne Doctor Thebussem. Dijo Hartzenbusch: "Si estas pa-

cerca de las prevenciones tan necesarias que había de llevar consigo, especial la de los dineros y cami-

labras, que parecen dos versos de un mal romance, no son una burla al que lo escribió, quizá estén equivocadas, y hubiese CERVANTES escrito: "*Que de gozo reventaba, puesto encima del caballo.*" *Reventar el gozo* a don Quijote *por las cinchas de su caballo* sería, tomándolo en serio, concepto monstruoso, muy ajeno de la propiedad y gracia de nuestro autor." Y escribíame el Doctor en 15 de junio de 1915, después de haber leído mi citado discurso: "Yo creo que solamente los andaluces entienden bien el chiste de los andalucismos. Yo no pude hacer comprender al sabio Hartzzenbusch lo de "que el gozo le reventaba [a don Quijote] por las cinchas del caballo", y a mi juicio no es más que una ponderación andaluza, equivalente a que la alegría traspasaba el cuerpo del hidalgo manchego, la silla y el caballo, hasta reventar por las cinchas."

1 *Cerca de y acerca de* son, aquí y en otros lugares, una misma cosa con dos formas diferentes.

2 Con todos sus libros de caballerías a cuestas, Clemencín no creía, aun habiéndolo afirmado Garcés en su *Fundamento del vigor y elegancia de la Lengua Castellana...*, que el vocablo *especial* fuese algunas veces adverbio, y no adjetivo, y así, enmendó: *en especial*. ¡Con poca atención habría leído Clemencín, cuando no topó cien veces con ese adverbio que se le antojaba inverosímil! Sobre las dos muestras de él que cita Cortejón, pudieran citarse muchas otras, verbigracia del *Amadís de Gaula*, de donde entresaco los siguientes pasajes: "...con más afición e voluntad me tengo de aparejar a sostener su honra y estado, *especial* en este caso, en que ninguno más que yo está puesto ni más que a mí le toca" (libro IV, cap. ix). "Amadís, como aquel que sobre sí tenía tan gran carga, *especial* tocando a su señora, nunca su pensamiento apartaba de proveer en lo que menester era..." (*Ibid.*, cap. x). "Mucho os ruego, si os ploguiere, pues en ál no hay necesidad de hablar, me digais lo que dél sabeis, *especial* en lo que de su persona conviene saber." (*Ibid.*, cap. XLVII.) Y CERVANTES mismo, en su entremés de *La elección de los alcaldes de Daganzo* (Ocho comedias, y ocho entremeses nuevos..., fol. 230 vto.):

"ALONSO.

Digo

que viuo y me arrepiento, y que conozco
que el cielo puede hazer lo que él quisiere,

sas, determinó volver a su casa y acomodarse de todo, y de un escudero, haciendo cuenta de recibir a un labrador vecino suyo, que era pobre y con hijos, pero muy a propósito para el oficio escuderial de la caballería. Con este pensamiento guió a Rociante hacia su aldea, el cual, casi conociendo la querencia, con tanta gana comenzó a caminar, que parecía que no ponía los pies en el suelo.

No había andado mucho, cuando le pareció que a su diestra mano, de la espesura de un bosque que allí estaba, salían unas voces delicadas, como de persona que se quejaba; y apenas las hubo oído, cuando dijo:

—Gracias doy al cielo por la merced que me hace, pues tan presto me pone ocasiones delante donde yo pueda cumplir con lo que debo a mi profesión, y donde pueda coger el fruto de mis buenos deseos.

sin que nadie le pueda yr a la mano,
especial quando llueue.”

De este *especial* como adverbio tengo copiados muchos otros pasajes: de don Pero Fernández de Villegas, en *La traducion del dante de lengua toscana en verso castellano* (Burgos, Fadrique Alemán de Basilea, 1515), canto VIII; del maestro Venegas, en la *Agonía del transito de la muerte*, fol. 38; de fray Pedro de Oña, en *Las postrimerias del hombre*, págs. 216 y 217; de Lucas Gracián Dantisco, en el *Galateo español* (Valencia, Pedro Patricio Mey, 1601), págs. 27 y 75, etcétera, etc. O nada de esto había leído Clemencín, o era harto poco memorioso. Don Manuel Antonio Román dice en su *Diccionario de Chilenismos* (Santiago de Chile, 1908): “Aquí suele oírse todavía este uso de *especial*.” Y a cada paso —agrego yo— entre los campesinos andaluces.

7 *Querencia*, en una de sus acepciones es, respecto de un animal, el sitio o paraje en donde acostumbra acogerse. En Andalucía dicen *ir sobre querencia* a caminar las caballerías hacia tal sitio.

16 Hoy mejor diríamos “*en que yo pueda*” que no “*donde yo pueda*”.

Estas voces, sin duda, son de algún menesteroso o menesterosa que ha menester mi favor y ayuda.

Y volviendo las riendas, encaminó a Rocinante hacia donde le pareció que las voces salían. Y a pocos pasos que entró por el bosque, vió atada una yegua a una encina, y atado en otra a un muchacho, desnudo de medio cuerpo arriba, hasta de edad de quince años, que era el que las voces daba, y no sin causa, porque le estaba dando con una pretina muchos azotes un labrador de buen talle, y cada azote le acompañaba con una reprehensión y consejo. Porque decía:

10 Era ésta una manera cruel de azotar. Pero aquí no se dice si le daba con las hebillas o sólo con la correa. "Con la pretina, sin excusar ni recoger los hierros", había azotado el Repolido a Juliana la Cariharta cuando ésta pareció a querellarse ante Monipodio en la novela *Rinconete y Cortadillo*, y con las hebillas amenazaba el Lope de *La Ilustre fregona* a la Argüello y la Gallega, cuando, con harto menos frío que lujuria, llamaban a media noche a la puerta de su aposento.

En la invención de esta escena del *Quijote* quizás hubo reminiscencia de un pasaje del *Libro tercero de don Clarián de Landanís*, fol. 85: "...fue su camino [el príncipe Deocliano] y andando perdido sin saber por donde yua, yendo por debaxo de vnas muy grandes arboledas oyó a su diestra dar grandes bozes como de hombre que sentia gran cuyta, e llegando se para aquella parte vido vn hombre desnudo atado a vn roble y diez malandrines que de en quando en quando lo açotauan muy cruelmente..."

11 Muchos de los modernos anotadores del *Quijote*, Cortejón entre ellos, leen *reprensión*, *reprender* y *reprensor*, cuando estas palabras salen en el texto en sus antiguas formas *reprehensión*, *reprehender* y *reprehensor*, más conformes con el latín, de donde vienen. Quitan así a CERVANTES no sólo una *h*, sino una sílaba, porque tales palabras se pronunciaban *reprehensión*, *repre-hender* y *repre-hensor*, como se echa de ver en los ejemplos que siguen. Fray Luis de León, *Exposicion del Libro de Job*, pág. 104:

—La lengua, queda; y los ojos, listos.

Y el muchacho respondía:

—No lo haré otra vez, señor mío; por la pasión de Dios que no lo haré otra vez, y yo prometo de
5 tener de aquí adelante más cuidado con el hato.

Y viendo don Quijote lo que pasaba, con voz airada dijo:

—Descortés caballero, mal parece tomaros con

“En vuestro imaginar está fundada
vuestra *reprehension*: de solo el viento
movistes contra mí la voz ayrada.”

Cairasco de Figueroa, *Templo militante, Primera y segunda parte* (Lisboa, Pedro Crasbeeck, 1613), 22 de enero:

“*Reprehendió* su ceguedad y engaño...”

Y en el día 23 del mismo mes:

“Tuvo en *reprehender* a sus iguales
Gracia estremada...”

8 *Tomarse con uno* es “reñir o tener contienda o cuestión con él”. Pedro de Luján, *Coloquios matrimoniales* (Sevilla, Dominico de Robertis, M. D. L.), fol. 20 vto.: “Y por otra parte es grandissimo espanto ver las cosas que se dexa decir: porque *si se tomara con ella* un millar de gentes, ella les dirá cien millones de injurias.” Cáceres, *Paraphrasis de los Psalmos*, ps. xxxviii: “Y digamoslo assi: por mucho que me riñais, *no me tomaré yo con vos a braço partido...*” En Andalucía dicen: “Se *agarró* con él; Ambos *se agarraron*; Antonio y Juan *están agarrados*, por *luchó*, *lucharon* o *disputaron*, y aun por *están reñidos*.”

Dice don Miguel de Unamuno (*Vida de D. Quijote y Sancho*, Salamanca, 1905, pág. 35) —y nótese de pasada que estos dos sujetos sólo tienen una vida para ambos, y salen a *media vida por barba*, a diferencia de otros grandes varones que *cupieron a vida entera* (Nepote, *Vitae excellentium imperatorum*)— dice que de haber visto don Quijote que el flagelante tenía una lanza arrimada a la encina vino “lo de haberle tomado por caballero”. Y añade: “¿Quiénes sino los caballeros usan lanza? ni ¿cómo sino por ella va a conocerseles?” Si el señor Unamuno no fuera declarado enemigo de la erudición, como

quien defender no se puede; subid sobre vuestro caballo, y tomad vuestra lanza —que también tenía una lanza arrimada a la encina adonde estaba arrendada la yegua—; que yo os haré conocer ser de cobardes lo que estáis haciendo.

El labrador, que vió sobre sí aquella figura llena de armas blandiendo la lanza sobre su rostro, túvose por muerto, y con buenas palabras respondió:

—Señor caballero, este muchacho que estoy castigando es un mi criado, que me sirve de guardar una manada de ovejas que tengo en estos contornos; el cual es tan descuidado, que cada día me falta una; y porque castigo su descuido, o bellaquería, dice que lo hago de miserable, por no pagalle la soldada que le debo, y en Dios y en mi ánima que miente.

él dice con gentil jactancia, habría leído en cuanto a este pasaje..., ¿qué menos que la nota de Clemencín? Y, a leerla, habría visto que eso de llevar lanza no era cosa privativa de los caballeros, sino que cualquier Juan Haldudo podía usarla, como se deja entender por el *Coloquio de los perros Cipión y Berganza*, en donde el mismo CERVANTES mienta a un hacendado que iba a ver sus ovejas “sobre una yegua a la jinete, con lanza y adarga, que más parecía atajador de la costa que señor de ganado”. Y como, medio siglo antes de escribirlo nuestro autor, estaba mandado por las *Ordenanzas de Granada* (1552) que cuando las guardas de heredades y viñas “ouieren de venir a la cibdad por bastimento, venga vna guarda sola: la qual venga sin capa y con su mochila *ç con su lança en el ombro*, ç no de otra manera...” Y tampoco eran caballeros los atajadores de la costa ni los guardas de heredades y viñas.

4 La edición príncipe, por yerro, vuelve a decir *arrimada*, en lugar de *arrendada*.

15 Esta forma de juramento es elíptica: quiere decir *juro en Dios y en mi ánima*, o, lo que es lo mismo, “juro por Dios y por la salvación de mi alma”. Correas, *Vocabulario de refranes*, dice que es “juramento más usado de mujeres”. En un poder otorgado por doña Leonor de Torreblanca, abuela

—¿“Miente” delante de mí, ruin villano? —dijo

paterna de CERVANTES, y publicado en mi colección de *Nuevos documentos cervantinos hasta ahora inéditos*, pág. 72: “... e para que podais hazer e hagais en mi ánima qualesquier juramento o juramentos...”

1 Comentando esta pregunta, escribe don Miguel de Unamuno (*Vida de D. Quijote y Sancho*, pág. 34): “¿Mentir? ¿mentir delante de don Quijote? Ante él sólo miente quien reprocha la mentira a otro, siempre que el reprochador sea el más fuerte... pero ¿mentir ante don Quijote, o, mejor dicho, mentir a solas con quien sabe la verdad?...” No: don Quijote no ha dicho, ni por ensueño, lo que supone el señor Unamuno. Tampoco holgaba en este caso haberse enterado de lo que han escrito los comentadores. “Don Quijote —dijo Clemencín—, lleno de la importancia y dignidad de su profesión, mira como desacato el que se desmienta a otro en su presencia.” Por tanto, el héroe de CERVANTES no tiene aquí por ofensivo atrevimiento que se haya podido *mentir* delante de él, sino que delante de él *se desmienta* a otra persona. Porque es de advertir que en las costumbres de nuestros abuelos teníaase el desmentir a uno por afrentoso para el desmentido y por irrespetuoso para los que lo presenciaban, y aun entre iguales no se hacía sin pedir perdón a los oyentes. Así, un pastor en el *Auto del martirio de sancta Bárbara* (apud *Colección de autos...* de Rouanet, t. II, pág. 85):

“DIOSCORO. ¿Qué dezís?, que no os entiendo.

PASTOR 2.º Que allí está, en aquel alcor.

PASTOR 1.º Miente, señor, *salvonor*.”

Muy bien lo había entendido don Antonio Puigblanch (*Opúsculos gramático-satíricos*, tomo II, pág. 334), quien, al reconvenir al doctor Villanueva, que le había llamado mentiroso, recuerda este lugar del texto: “Miente, *decis* delante de mí, ruin villano?”, dijo D. Quijote a uno que lo era porque lo dijo de un rapaz criado suyo, y tuvo grandes ganas de pasarle de parte a parte con la lanza. Por este ejemplo debe V. conocer que no sólo me agravia a mí con ese su lenguaje, sino a todo el que lea su papel”. Pero con nada se esclarece mejor este punto que con otro pasaje del mismo *Quijote*. En el cap. LXII de la segunda parte habla Sancho delante de don Antonio Moreno y de sus amigos mientras comen, y dice, aludiendo al supuesto Avellaneda, autor del falso *Don Qui-*

don Quijote—. Por el sol que nos alumbra que estoy por pasaros de parte a parte con esta lanza. Pagadle luego sin más réplica; si no, por el Dios que nos rige que os concluya y aniquile en este punto. Desatadlo luego.

El labrador bajó la cabeza y, sin responder palabra, desató a su criado, al cual preguntó don Quijote que cuánto le debía su amo. Él dijo que nueve meses, a siete reales cada mes. Hizo la cuenta don Quijote y halló que montaban sesenta y tres reales, y díjole al labrador que al momento los desembolsase, si no quería morir por ello. Respondió el medroso villano que para el paso en que estaba

jote: "...y quienquiera que hubiere dicho que yo soy comedor aventajado y no limpio, téngase por dicho *que no acierta*; y de otra manera dijera esto si no mirara a las barbas honradas que están a la mesa." Claro es que no dice que *mente*, con todas sus letras, por respeto a las personas graves que le escuchan. En fin, que para tratar de cosas como éstas, lo primero ha de ser enterarse, aunque haya que transigir un poquillo con la erudición, de la cual, como del dinero y los automóviles, sólo reniegan los que no los tienen.

1 Como poco antes (159, 15), va sobrentendido el verbo *jurar*: "Por el sol que nos alumbra *juro* que..." Y lo mismo dos líneas después.

10 *Montar*, en su acepción poco usada ahora de importar tal suma, o *subir* a ella una cuenta, o las partidas que la componen. Clemencín y algún otro leyeron *que montaba*: no entendieron que el verbo se refiere a los "nueve meses, a siete reales cada mes".

11 *Setenta y tres reales* dicen, creo que por yerro material, la edición príncipe y muchas de las antiguas. A menos que CERVANTES, adrede, hiciera disparatar en esto, como en tantas otras cosas, al héroe de su novela.

13 Para en los juramentos equivale a *por*; así, el villano jura aquí "*por* el paso en que estaba y *por* el juramento que había hecho". Tirso de Molina, *Cigarrales de Toledo* (Barcelona, Gerónimo Margarit, 1631), fol. 12: "Que saliendo aquella mañana..., halló riñendo dos hombres, saliendo él por

y juramento que había hecho —y aún no había jurado nada—, que no eran tantos; porque se le habían de descontar y recibir en cuenta tres pares de zapatos que le había dado, y un real de dos sangrías que le habían hecho estando enfermo.

—Bien está todo eso —replicó don Quijote—; pero quédense los zapatos y las sangrías por los azotes que sin culpa le habéis dado; que si él rompió el cuero de los zapatos que vos pagastes, vos le habéis roto el de su cuerpo; y si le sacó el barbero sangre estando enfermo, vos en sanidad se la habéis sacado: así que, por esta parte no os debe nada.

—El daño está, señor caballero, en que no tengo aquí dineros: véngase Andrés conmigo a mi casa; que yo se los pagaré un real sobre otro.

—¡Irme yo con él —dijo el muchacho— más? ¡Mal año! No, señor, ni por pienso; porque en

ponellos en paz, con los gages ordinarios de tales ocasiones, *jurando para el passo en que estava no tener culpa...*” Con este juramento *por, o para, el passo en que estoy*, se solía aludir al *paso o trance de la muerte* en los testamentos que otorgaban los dolientes de enfermedad mortal. Así, en la *Suma de notas copiosas muy sustanciales y compendiosas...* (Valladolid, s. i., M.D.xxxxiiij), fol. 25, redactando una escritura de perdón por unas heridas: “...en la mejor manera, via ç forma que puedo ç de derecho deuo, confieso e declaro que *para el passo en que estoy*, que el mal que tengo no es de la dicha herida...”

14 En Andalucía, cuando se va a tratar de la dificultad o la imposibilidad que se ofrece para hacer alguna cosa, se dice: *Lo malo es que...* A esto equivale *El daño está en que...*, empleado aquí por CERVANTES.

18 Aunque la Academia en su *Diccionario* distingue entre el significado de “¡Mal año!, interjección familiar que se usa para dar fuerza o énfasis a lo que se dice o asegura”, y el de “*Mal año para alguna persona o cosa*, expresión familiar que se usa como imprecación”, ambas locuciones son

viéndose solo, me desuelle como a un San Bartolomé.

—No hará tal —replicó don Quijote—: basta que yo se lo mande para que me tenga respeto; y con que él me lo jure por la ley de caballería que ha recibido, le dejaré ir libre, y aseguraré la paga.

una misma, sino que en la primera hay reticencia y no en la segunda. La reticencia débese unas veces a la resolución de no nombrar al diablo, ni aun por sus nombres eufemísticos de *el malo*, *el pecado*, o *el maldito*; y otras, al reparo de decir expresamente *Mal año para él*, o *para mí*, *si tal hiciera*, porque esta frase imprecatoria equivale a una maldición, y como tal, buscábanse formas para no proferirla de un modo claro. Véanse dos ejemplos extraños a CERVANTES, el uno sin reticencia y el otro con ella. Tirso de Molina, *Cigarrales de Toledo*, cigarral v (fol. 182 vto.): "...bien creyestes vos hallarme muerta... y entraros por mi dote y hacienda como por viña vendimiada; pero *malos años para vos* y para quien tal me desea." Quiñones de Benavente, en la quinta parte del *Entremés famoso de los Alcaldes*:

"MARICOSO. ¿Yo al otro mundo a merendar sin gana?
¡Malos años, mal mes, mala semana!"

Clemencín, pues, entendió a derechas la imprecación del texto al manifestar que "la dirigía Andrés contra sí mismo, maldiciéndose si se volvía a ir con su amo".

1 Así, *me desuelle*, en la edición príncipe; pero a casi todos los editores ha parecido errata, y los más han leído *me desollará*, y aun alguno, como Hartzenbusch, *me desuella*. Está bien en el texto original, pues quiere decir: "en viéndose solo, es seguro que me desuelle como a un San Bartolomé." Y no es este el caso único en que CERVANTES usa el presente de subjuntivo por el futuro imperfecto de indicativo, como veremos en los capítulos VI y VIII de esta primera parte.

5 Con que, en este y otros casos, es modo conjuntivo en el cual se sobrentiende el adjetivo *tal*: *con tal, que*; de la misma manera que en esta frase se sobrentiende *condición*: *con tal condición, que*. En CERVANTES alguna vez se encuentran casi juntas las dos primeras formas; verbigracia, en *La Ilustre fregona* (*Novelas ejemplares*, Madrid, Juan de la Cuesta, 1613, fol. 169), donde dice el mesonero: "...y esto ha de ser con

—Mire vuestra merced, señor, lo que dice —dijo el muchacho—: que este mi amo no es caballero, ni ha recebido orden de caballería alguna: que es Juan Haldudo el Rico, el vecino del Quintanar.

5 —Importa poco eso —respondió don Quijote—; que Haldudos puede haber caballeros; cuanto más, que cada uno es hijo de sus obras.

—Así es verdad —dijo Andrés—; pero este mi amo, ¿de qué obras es hijo, pues me niega mi sol-
10 dada y mi sudor y trabajo?

—No niego, hermano Andrés —respondió el labrador—; y hacedme placer de veniros conmigo;

tal, que el aguador no muera, y con que no falte vngüento para vntar a todos los ministros de la justicia..." Otras veces decíase *con condición, que*, como está en el cap. II de la segunda parte del *Quijote*: "Eso haré yo de muy buena gana..., *con condición, que* vuesa merced no se ha de enojar..." Y el supositicio Fernández de Avellaneda, en su *Segundo tomo del Ingenioso Hidalgo...*, fol. 243 vto.: "Ofrecieronlo de hazer *con condición que* se auia de fingir él gran Archipampano de Seuilla..."

6 (pág 163) *Asegurar la paga* es ofrecer seguridad de que se efectuará; fiar al deudor.

11 Este de *hermano* —dice Cejador— es "tratamiento cristiano, conservado entre frailes, propio de los primeros discípulos de Cristo, que entendieron la igualdad mejor que nadie, en época en que la división de clases hacía del esclavo una cosa". Aquí el labrador pospone el nombre de pila; pero lo más frecuente era anteponerlo. *Sancho hermano*, dice don Quijote a su escudero en algunos lugares: *Castañeda hermano*, dice doña Margarita a Castañeda en el cap. III del último de los *Diálogos de apacible entretenimiento*, de Gaspar Lucas Hidalgo (*Biblioteca de Rivadeneyra*, tomo XXXVI, pág. 308).

12 Hoy tendríamos por afrancesada la locución *hacedme placer*, o *el placer, de*, y por tal la tuvo don Rafael María Baralt en su *Diccionario de galicismos* (Madrid, 1855), pág. 497, donde dijo: "Acá en España no hacemos placer ni dolor, sino *le causamos*, o *nos le causan*." Con todo, poco después citó una frase cervantina que hallaremos en el cap. XI: "...bien podrás

que yo juro por todas las órdenes que de caballerías hay en el mundo de pagaros, como tengo dicho, un real sobre otro, y aun sahumados.

hacernos placer de cantar un poco.” Lo que en esto pasa es que tal locución es tan española como francesa; que siglos antes que CERVANTES la usara, ya corría por buena en nuestra tierra, como vemos en la copla 698 del *Libro de buen amor* del Arcipreste de Hita:

“Fallé una vieja qual avia menester,
artera e maestra e de mucho saber;
doña Venus por panfilo non pudo más fazer
de quanto fizo aquesta por *me fazer plazer*”;

y, en fin, que en el tiempo de nuestro autor era de uso frecuente en todas las clases sociales.

2 Para Clemencín, “más natural y más claro sería: *por todas las órdenes de caballerías que hay en el mundo*”. Ciertó; pero el erudito anotador pudo añadir que no era raro en el tiempo de CERVANTES anticipar ese *que*. Por ejemplo, Pedro de Oña, en el canto VII de su *Arauco domado* (Biblioteca de Rivadeneyra, t. XXIV, pág. 386 b):

“Y el rayo *que* de luz sus ojos tiran...”

Otras veces trastornó CERVANTES el dicho *que*, y alguna de ellas, dificultando la clara inteligencia de la cláusula: “Donde se prosiguen las finezas *que de enamorado hizo...*”, dice, en el epígrafe del cap. xxvi; y en el *Coloquio de los perros...*, “las damas *que de su trato se calificaron*”, por “las damas *de su trato que se calificaron*”.

3 Pagar *un real sobre otro* significa pagar en dinero constante: contando moneda sobre moneda, hasta entregar la última de la paga. En otro lugar del *Quijote* (I, xxxv): “Por el siglo de mi madre si no me lo han de pagar *un cuarto sobre otro...*” Don Antonio Liñán y Verdugo, en su *Guía y avisos de forasteros, adonde se les enseña a huir de los peligros que ay en la vida de Corte...* (Madrid, Viuda de Alonso Martín, 1620), fol. III vto.: “...la daré en dote diez mil ducados, no en haciendas en aventura, ni en trastos viejos, sino de contado, *que se vean un real sobre otro.*”

3 *Sahumados* quiere decir —como Clemencín indicó— *perfumados*, en demostración de buena voluntad. Covarrubias, en su *Tesoro*, art. *sahumerio*: “Bolver vna cosa a su dueño *sahu-*

—Del sahumero os hago gracia —dijo don Quijote—: dádselos en reales, que con eso me contento, y mirad que lo cumpláis como lo habéis jurado; si no, por el mismo juramento os juro de volver a

mada es bolverla más bien tratada que él la dió.” Esto de *sahumado* se decía también de otras cosas que no son dineros. Quevedo, burlesca y no muy limpiamente, en el canto 11 de su *Poema de las necedades y locuras de Orlando*, hace decir a Ferragut, mientras pelea con el hermano de Angélica, ésta presente y llena de miedo (*Obras de...*, edición inacabada de los Bibliófilos Andaluces, Sevilla, 1897-1907, tomo III, página 128):

“Tu hermana me darás, y *sahumada*,
Por si el temor ha hecho de las tuyas.”

1 *El sahumero le perdonaríamos*, dice aquel estudiante de la novela *Rinconete y Cortadillo* a quien éste había hurtado la bolsa. Tal frasecilla *de retorno* se hizo muy popular y ocurría con frecuencia en los entremeses; por ejemplo, en el de *Dios te la depare buena*, de don Juan Vélez de Guevara, inserto en la *Flor de entremeses y sainetes de diferentes autores* (1657), pág. 94 de la edición moderna (Madrid, 1903):

“PILONGA. Las capas que les llevé
Sahumadas se las he vuelto.
ALCALDE. Como las capas mos traiga,
Yo perdono el sahumero.”

2 *En reales*, que quiere decir *no en vellón*, que abultaba más y tenía quebranto. En las escrituras de fines del siglo XVI y principios del XVII se distinguía entre la paga *en reales* y otra cualquiera, para excluir el vellón, que estaba depreciado. CERVANTES, por escritura otorgada en Sevilla a 8 de noviembre de 1590, se obligó a pagar a Miguel de Caviedes y Compañía *diez ducados en reales*, precio de “cinco baras e media de raja de mezcla”. (Pérez Pastor, *Documentos cervantinos...*, t. II, pág. 212.)

4 Tratando Clemencín de que muchas veces en nuestros escritores de los siglos pasados redundan el *que* y el *de*, observa en cuanto al último que en este mismo capítulo hay ejemplos del *de* superfluo: “juro *de* volver a buscaros”, dice don Quijote; Andrés se partió “jurando *de* ir a buscar”

buscaros y a castigaros, y que os tengo de hallar, aunque os escondáis más que una lagartija. Y si queréis saber quién os manda esto, para quedar con más veras obligado a cumplirlo, sabed que yo soy el valeroso don Quijote de la Mancha, el desface-
dor de agravios y sinrazones, y a Dios quedad, y no se os parta de las mientes lo prometido y jurado, so pena de la pena pronunciada.

Y en diciendo esto, picó a su Rocinante, y en breve espacio se apartó dellos. Siguióle el labrador con los ojos y cuando vió que había traspuesto del bosque y que ya no parecía, volvióse a su criado Andrés, y díjole:

—Venid acá, hijo mío; que os quiero pagar lo que os debo, como aquel deshacedor de agravios me dejó
mandado.

—Eso juro yo —dijo Andrés—; y ¡cómo que andará vuestra merced acertado en cumplir el mandamiento de aquel buen caballero, que mil años viva; que, según es de valeroso y de buen juez, vive Roque que si no me paga, que vuelva y ejecute lo que dijo!

a su protector. En el capítulo precedente —añade— se dice del Ventero que “determinó *de* seguir” el humor a don Quijote, y de don Quijote, que “prometió *de* hacer” lo que se le aconsejaba. Recuérdese, acabado de leer esto, lo que atrás queda dicho (107, 7), y véase si los verbos que preceden a esos *des* no equivalen a las formas de expresión *hago juramento*, *haciendo juramento*, *hizo determinación* e *hizo promesa*.

21 Este mismo juramento emplea Sancho Panza (II, x) al ver montar de un salto en su pollina a la supuesta Dulcinea: “*Vive Roque* que es la señora nuestra ama más ligera que un alcotán.” Usanlo también Chiquiznaque en el borrador de *Rinconete y Cortadillo* (pág. 284 a de mi edición crítica), Madrigal, en la jorn. I de *La Gran Sultana doña Catalina de Oviedo*, y un músico en la jorn. I de *El Rufián dichoso*, obras todas de CERVANTES.

—También lo juro yo —dijo el labrador—; pero, por lo mucho que os quiero, quiero acrecentar la deuda, por acrecentar la paga.

Y asiéndole del brazo, le tornó a atar a la encina, donde le dió tantos azotes, que le dejó por muerto.

—Llamad, señor Andrés, ahora —decía el labrador— al desfacedor de agravios; veréis como no desfaze aquéste. Aunque creo que no está acabado de hacer, porque me viene gana de desollaros vivo, como vos temíades.

Pero, al fin, le desató, y le dió licencia que fuese a buscar su juez, para que ejecutase la pronunciada sentencia. Andrés se partió algo mohino, jurando de ir a buscar al valeroso don Quijote de la Mancha, y contalle punto por punto lo que había pasado, y que se lo había de pagar con las setenas. Pero, con todo esto, él se partió llorando y su amo se quedó riendo. Y desta manera deshizo el agravio el valeroso don Quijote; el cual, contentísimo de lo sucedido, pareciéndole que había dado felicísimo y alto principio a sus caballerías, con gran satisfacción de sí mismo iba caminando hacia su aldea, diciendo a media voz:

17 *Las setenas* eran una multa, ya establecida en el *Fuero Juzgo* con el nombre de *siete duplo*, consistente en el *séptuplo* o *siete tanto*. Figuradamente, *pagar con las setenas* pasó a significar “sufrir un castigo harto superior a la pena cometida”. Castillo de Bobadilla, *Política para corregidores y señores de vassallos, en tiempo de paz y de guerra...* (Madrid, Luis Sánchez, M.D.XCVII), t. II, pág. 852: “En caso que se haga condenacion de *setenas* es de aduertir que se computa en ellas la cantidad principal, que en Latín se llama *simpulum*; de manera que si vn juez lleuó vn Real de derechos demasiados, siendo condenado en *setenas*, ha de boluer aquel y otros seis Reales más, según resuelue Auilés.”

22 Esta voz *caballerías*, contra lo que imaginaba Cejador, no es “plural de ridiculez y desprecio”. En *Tirant lo Blanch*

—Bien te puedes llamar dichosa sobre cuantas hoy viven en la tierra ¡oh sobre las bellas bella Dulcinea del Toboso!, pues te cupo en suerte tener sujeto y rendido a toda tu voluntad e talante a un tan valiente y tan nombrado caballero como lo es y será ^s don Quijote de la Mancha; el cual, como todo el mundo sabe, ayer rescibió la orden de caballería, y hoy ha desfecho el mayor tuerto y agravio que formó la sinrazón y cometió la crueldad: hoy quitó el látigo de la mano a aquel despiadado enemigo que ^{11b} tan sin ocasión vapulaba a aquel delicado infante.

En esto, llegó a un camino que en cuatro se dividía, y luego se le vino a la imaginación las encrucijadas donde los caballeros andantes se ponían a

(Valencia, 1490), cap. CCLXXXIV, dice la Viuda Reposada a Tirante: "E hauer fetes tantes e tan asenyalades *cauallerias* com la merce vostra ha fetes..." Y al fol. 169 de *Don Policisne de Boecia*: "Su proposito era a fin de ver algun tiempo sus grandes *cauallerias*."

2 Cortejón y otros, sin caer en la cuenta de que la frase debe ser admirativa, leen: "o sobre las bellas, bella Dulcinea del Toboso." Tampoco Clemencín se había percatado de que se trata de una exclamación, que pide interjecciones y no conjunciones.

7 No había tal cosa: la había recibido por la madrugada de aquel mismo día. La inexactitud debe achacarse al trastornado juicio de don Quijote.

14 Al estudio de esta expresión, que hoy enmendaríamos diciendo "se le *vinieron*", dedicó don Rufino José Cuervo un luminoso artículo, intitulado *Un caso de aparente falta de concordancia* y publicado en el t. IV del *Bulletin Hispanique* de Burdeos (1902), pág. 215. García de Diego justifica este pasaje en la pág. 224 de su *Gramática Histórica*, diciendo: "Un verbo impersonalizado puede en ciertos casos ir en singular precediendo a un sujeto plural." Y cita además este pasaje de *Lasarillo de Tormes*: "se *tuvo* noticias...", y estos otros, también del *Quijote*:

I, 28: "les *sirvió* de peine unas manos..."

II, 8: "les *sucedió* cosas que a cosas llegan."

II, 40: "*Válgate* mil Satanases..."

pensar cuál camino de aquéllos tomarían; y, por imitarlos, estuvo un rato quedo, y al cabo de haberlo muy bien pensado, soltó la rienda a Rocinante, dejando a la voluntad del rocín la suya, el cual siguió su primer intento, que fué el irse camino de su caballeriza. Y habiendo andado como dos millas, descubrió don Quijote un grande tropel de gente, que, como después se supo, eran unos mercaderes toledanos que iban a comprar seda a Murcia. Eran seis, y venían con sus quitasoles, con otros cuatro criados a caballo y tres mozos de mulas a pie.

4 Repara Clemencín: "Mejor fuera poner: *dejando la elección a la voluntad del rocín*, o en caso de conservar la misma frase, corregir el orden de las palabras y decir: *dejando su voluntad a la del rocín, el cual siguió*, etc." Todo esto huelga para quien se hace cargo de que en el caso presente *dejar* a equivale a *someter* a o *supeditar* a.

9 De la grande importancia de la producción de seda en Murcia dijo el licenciado Francisco Cascales en sus *Cartas philologicas*, carta VIII de la década II (Murcia, Luis Veros, 1634): "Llegada, pues, la planta de las moreras a Murcia, halló un terreno tan propio i tan acomodado a su naturaleza, que produce más i mejor que en parte ninguna de España. Vese claro, pues Murcia da i reparte liberalmente seda a los más codiciosos i más opulentos mercaderes de Toledo, Cordova, Sevilla, Pastrana, i de otros lugares que tratan de esta materia... Con la hoja de estas moreras se crían poco más o menos en la huerta de Murcia cada año quarenta mil onzas de simiente. Será la cosecha de estas onzas, considerado un año con otro, docientas i diez mil libras de seda joyante i redonda. Las ciento i setenta i cinco mil se saben por los libros del contraste, donde se vende la seda: las demas sacan particulares, i llevan a Sevilla, Toledo y otras partes, con que viene a ser la dicha cantidad... Para la compra de la seda que en Murcia se cria, entra cada año en ella más de un millon, que es el esquimo mayor que en el mundo se sabe."

10 Los quitasoles solían ser de gamuza. En el inventario (octubre de 1592) de los bienes quedados por muerte de Pedro de Salazar Vivanco, alcaide de Benamejí (Mss. de mi librería): "Vn quitasol de gamuça con su funda."

Apenas los divisó don Quijote, cuando se imaginó ser cosa de nueva aventura; y, por imitar en todo cuanto a él le parecía posible los pasos que había leído en sus libros, le pareció venir allí de molde uno que pensaba hacer. Y así, con gentil continente y denuedo, se afirmó bien en los estribos, apretó la lanza, llegó la adarga al pecho y, puesto en la mitad del camino, estuvo esperando que aquellos caballeros andantes llegasen, que ya él por tales los tenía y juzgaba; y cuando llegaron a trecho que se pudieron ver y oír, levantó don Quijote la voz y con ademán arrogante dijo:

—Todo el mundo se tenga, si todo el mundo no confiesa que no hay en el mundo todo doncella más

14 De estos tres *todos* en solos dos renglones dije en mi discurso acerca de *El andalucismo y el cordobesismo de Miguel de Cervantes*, pág. 15: "Pues ¿qué diré de si son o no son peculiarmente andaluzas ciertas enfáticas repeticiones que se observan en las obras de CERVANTES, cuando a cada momento las tropezamos en los diálogos populares de nuestra tierra? En *Rinconete y Cortadillo*, estando a punto de reñir aquellos rufianes que son la flor y nata de la corte de Monipodio, pacifícalos éste diciendo: "Nunca *los amigos* han de dar enojo a *los amigos*, ni hacer burla de *los amigos*, y más cuando ven que se enojan *los amigos*: —No hay aquí *amigo* —respondió "Maniferro— que quiera enojar ni hacer burla de otro *amigo*; "y pues todos somos *amigos*, dense las manos *los amigos*."—A esto dijo Monipodio: "—Todos voacedes han hablado como buenos *amigos*, y como tales *amigos*, se den las manos de *amigos*." Y si se me objeta que tal reduplicación está en su lugar, pues, bien mirado, no es de CERVANTES, sino de los sevillanos que platican en su lindísima novela, responderé que don Quijote no era sevillano, sino manchego, y, sin embargo, habla con desplante y repeticiones muy de Andalucía cuando requiere al tropel de mercaderes toledanos con estas palabras: "*Todo el mundo* se tenga, si *todo el mundo* no confiesa que no hay en el mundo todo doncella más hermosa que la Emperatriz de la Mancha..." Bien pude añadir otro desplante que no le va en zaga a éste: en el capítulo v, molido como cibera

hermosa que la Emperatriz de la Mancha, la sin par Dulcinea del Toboso.

Paráronse los mercaderes al son destas razones, y a ver la estraña figura del que las decía, y por la
 5 figura y por las razones luego echaron de ver la locura de su dueño; mas quisieron ver despacio en qué paraba aquella confesión que se les pedía, y uno dellos, que era un poco burlón y muy mucho discreto, le dijo:

10 —Señor caballero, nosotros no conocemos quién sea esa buena señora que decís; mostrádnosla: que si ella fuere de tanta hermosura como significáis, de buena gana y sin apremio alguno confesaremos la verdad que por parte vuestra nos es pedida.

15 —Si os la mostrara —replicó don Quijote—,

don Quijote por un mozo de mulas y tendido sin poderse levantar, todavía exclama (188, 7): “Yo sé quien soy, y sé que puedo ser no sólo los que he dicho, sino *todos* los doce Pares de Francia, y aun *todos* los nueve de la Fama, pues a *todas* las hazañas que ellos *todos* juntos y cada uno por sí hicieron se aventajarán las mías.”

2 Del impedir el paso a otros caballeros hasta que confesasen lo que placía al andante que había prometido a su dama, o por ella, probar esta aventura, hay en los libros de caballerías frecuentes ejemplos. Véase éste del cap. LIII de *Lidaman de Ganayl* (1528), en el cual, viajando la reina Deoclicia acompañada de ciertos caballeros, al pasar por el mármol victorioso, uno que lo guardaba díceles: “Caualleros de las estrañas armas, no paseys más adelante sin que primero jureis en las cruces de vuestras espadas que ninguno de los passados ni presentes amadores amaron ni aman con más lealtad que yo.”

6 Hoy nos parecería impropio decir *dueño de unas razones*; pero antaño no lo fué tanto, que no pueda citarse algún ejemplo para emparejarlo con el de este lugar. Doña María de Zayas, en la noche décima de su *Parte segunda del Sarao, y entretenimiento honesto* (Barcelona, Sebastián de Cormellas, 1649), fol. 230: “...y espantado de verla desierta [la cueva], y que no estaua en ella *el dueño de los penosos gemidos* que auia oído...”

¿qué hiciérades vosotros en confesar una verdad tan notoria? La importancia está en que sin verla lo habéis de creer, confesar, afirmar, jurar y defender; donde no, conmigo sois en batalla, gente descomunal y soberbia. Que, ahora vengáis uno a uno, como pide la orden de caballería, ora todos juntos, como es costumbre y mala usanza de los de vuestra ralea, aquí os aguardo y espero, confiado en la razón que de mi parte tengo.

—Señor caballero —replicó el mercader—, suplico a vuestra merced en nombre de todos estos príncipes que aquí estamos que, porque no encarguemos nuestras conciencias confesando una cosa por

4 *Donde no...* es modo adverbial que significa *si no...*, *de lo contrario...*, o *no siendo así...*"

6 En las primeras ediciones, y en casi todas las demás, *ora todos juntos*; pero como es distributiva la cláusula de que forma parte esta locución y, para hoy, el *ora* no corresponde bien con el *ahora* no sincopado de poco antes, Hartzenbusch, Benjumea, y más recientemente Fitzmaurice-Kelly, leyeron *ora*, en lugar de aquel *ahora*. En mi edición de "Clásicos Castellanos" leí *ahora... ahora*; mas opto por amoldarme a la lección original, visto que se repite en el cap. xli de la segunda parte ("ahora volvais sobre Clavileño..., ora la contraria fortuna..."), y visto que no faltan ejemplos semejantes en otros autores, verbigracia, en fray Hernando de Santiago, *Consideraciones sobre todos los Evangelios de los domingos y ferias de la Cuaresma*, pág. 296: "De qualquier manera os sucederá mal, aora caygais de lo alto por la culpa, ora cayga la piedra sobre vos por la pena."

13 Dejando ver una vez más que no había leído lo bastante para comentar debidamente el *Quijote*, Clemencín hace este reparo: "Mejor, porque no carguemos nuestras conciencias. *Cargar la conciencia* es cosa distinta que *encargarla*. La *carga* el delincuente que la grava y oprime con el peso del delito y de los remordimientos; la *encarga* el que al decir a otro lo que debe ejecutar, le advierte que así debe proceder por motivos de conciencia, y lo hace responsable." Desacertado anduvo esta vez Clemencín. *Encargar la conciencia*, ajena o propia, es *poner-*

nosotros jamás vista ni oída, y más siendo tan en perjuicio de las emperatrices y reinas del Alcarria y Estremadura, que vuestra merced sea servido de mostrarnos algún retrato de esa señora, aunque sea
 5 tamaño como un grano de trigo; que por el hilo se sacará el ovillo, y quedaremos con esto satisfechos y seguros, y vuestra merced quedará contento y pagado; y aun creo que estamos ya tan de su parte,

la, o echarla, en cargo. El mismo CERVANTES en otro lugar del *Quijote* (II, LVI): "Pues yo —dijo el lacayo— soy temeroso de mi conciencia, y *pondría en gran cargo* si pasase adelante en esta batalla..." A los ejemplos que cité en mis ediciones anteriores así de *encargar la conciencia* de uno como de *encargar uno su conciencia*, añadiré algunos otros. Fray Alonso de Orozco, en el cap. XII de su *Examen de la conciencia*, apud *Recopilacion de todas las obras que ha escrito el muy reuerendo padre...* (Valladolid, Sebastián Martínez, 1554), fol. 28, tratando de los reyes y grandes señores: "*No encarguen su conciencia* proueyendo las personas, sino miren que prouean los officios." Yelgo de Vázquez, en su *Estilo de servir a príncipes...*, fol. 134: "...la otra muger diciendo Missas para que le den a su marido vn oficio donde meta las manos, *encargando su conciencia*, deseando que su marido hurte para casar a sus hijas..." Pero ¿qué mucho, si la empecatada locución cuyo uso reprobaba Clemencín está repetida en el *Quijote* mismo (II, VII)? "...y yo *encargaría* mucho *mi conciencia* si no intimase y persuadiese a este caballero que no tenga más tiempo encogida y detenida la fuerza de su valeroso brazo..."

8 *Quedar, o darse por, contento y pagado*, no en la acepción de *pagarse de*, como creyó Cejador, sino por mera vulgarización de una formulilla escribanil. El mismo CERVANTES, en escritura que otorgó a favor de Andrés de Cerio a 8 de julio de 1593 (*Asensio, Nuevos documentos para ilustrar la vida de Miguel de Cervantes Saavedra...*, Sevilla, 1864, página 31): "...los cuales dichos seiscientos reales recebi del dicho Andres de Cerio en contado, de que *me doy por pagado y contento* a mi voluntad..." E igualmente en otra escritura otorgada en aquella ciudad a 10 de febrero de 1599 (Pérez Pastor, *Documentos cervantinos*, t. II, pág. 254): "...noventa ducados en reales..., que procedieron de otros tantos que le

que, aunque su retrato nos muestre que es tuerta de un ojo y que del otro le mana bermellón y piedra azufre, con todo eso, por complacer a vuestra merced, diremos en su favor todo lo que quisiere.

—¡No le mana, canalla infame —respondió don Quijote encendido en cólera—; no le mana, digo, eso que decís, sino ámbar y algalia entre algodones; y no es tuerta ni corcovada, sino más derecha

presté, de los cuales *me doy por contento e pagado...*” Esta locución, como otras muchas, pasó del formulario de los escribanos públicos al habla general, y así la vemos, por ejemplo, en las *Elegías de varones ilustres...* de Castellanos, pág. 49:

“...E ya de los trabajos olvidados,
Volviáanse contentos y pagados.”

Y don Guillén de Castro, en el acto I de *La piedad en la justicia*:

“SOLDADO. Tus pies beso, y considero
Iré contento y pagado.”

En el *Quijote* sale esta expresión, a lo menos, otras dos veces (I, XXI y II, LX).

8 Del ámbar bien pudo decirse que se guarda entre algodones; pero no de la *algalia*, que como materia untuosa y semilíquida no podía guardarse sino en vasillo, pomo o cajita. Por esto dijo fray Pedro de Oña en *Las postrimerias del hombre*, pág. 549: “Si el agua de angeles se conserua en redoma cubierta y tapada, si el *algalia* en las bujetas de marfil, si el ambar entre algodones, también la Fe, que es don del cielo olorossissimo y delicadissimo, pide que le den lugar y do se conserve.” Era la *algalia* perfume caro. Al fol. 54 vto. del inventario y tasación de los bienes quedados por muerte de don Juan Téllez Girón, segundo duque de Osuna, Valladolid, 1595 (Mss. de mi librería):

“Iten vna caxita de plata con *algalia*; tasose la caxita en veinte e quatro rreales.

“Iten más el *algalia* que tiene la dicha caxa se tassó a seis ducados la honça de lo que tuuiere.”

Cervantes usó más de una vez esta manera de encarecimien-

que un huso de Guadarrama! Pero ¡vosotros pagaréis la grande blasfemia que habéis dicho contra tamaña beldad como es la de mi señora!

Y en diciendo esto, arremetió con la lanza baja contra el que lo había dicho, con tanta furia y enojo, que si la buena suerte no hiciera que en la mitad del camino tropezara y cayera Rocinante, lo pasara mal el atrevido mercader. Cayó Rocinante,

to. En el *Viage del Parnaso*, cap. VIII, hablando del caballo Pegaso, dice por boca de Apolo (fol. 64 vto.):

“Son deste tal los piensos regalados
(*Ambar y almizcle entre algodones puesto*),
Y beue del rozio de los prados.”

Y en el entremés de *El Vizcaíno fingido* dice Brígida: “También le dije como vas muy limpia, muy linda y muy agradecida, y que toda eres *ámbar, almizcle y algalia entre algodones*.”

8 (pág. 175) De *corcova* nada había dicho el mercader; pero como de *tuerta* sí, don Quijote le contradice afirmando que Dulcinea no es *tuerta* de ninguna de las dos maneras que se puede ser *tuerto*: o por falta de la vista en un ojo, o por no derecho o *corcovado*.

1 La comparación *más derecho que un huso* fué y es vulgarísima en toda España; y en Madrid se decía *más derecho que un huso de Guadarrama*, porque de las altas hayas de esta sierra se fabricaban los husos que se traían a vender a Madrid. Así dice Juan Rufo, el autor de *La Austriada*, refiriéndose al Tiemblo, pueblecito que está en la extremidad de la Sierra de Guadarrama, cerca de Cebreros: “En un lugar que se llama el Tiemblo, no lejos de Madrid, hazen husos buenos y en abundancia. Pues como las mugeres de la Corte por la mayor parte son poco caseras y un hombre que vendía husos pregonase que eran del Tiemblo, dixo: “y aun con esso las mugeres de Madrid tiemblan de hilar.” (*Las seyscientas apotegmas*, Toledo, Pedro Rodríguez, 1596, fol. 177.) Con todo esto, bueno será añadir que creen algunos, como don Fermín Caballero, *Pericia geográfica de Miguel de Cervantes...* (Madrid, 1840), página 71, que los husos a que alude la comparación cervantina son los troncos de los pinos de Guadarrama.

y fué rodando su amo una buena pieza por el campo; y queriéndose levantar, jamás pudo: tal embarazo le causaban la lanza, adarga, espuelas y celada, con el peso de las antiguas armas. Y entre tanto que pugnaba por levantarse y no podía, estaba diciendo:

—¡Non fuyáis, gente cobarde; gente cautiva,

1 *Pieza*, que es en una de sus acepciones “espacio de tiempo o lugar”, significa aquí lo segundo: un buen trecho. En el cap. VII (239, 11) veremos como tal palabra se emplea en la otra acepción.

2 Otro *jamás* de duración limitada, como el que ocurrió en el cap. III (131, 16) y como el que a veces se halla en los libros de caballerías. En el cap. xx del *Libro tercero de Don Clarián*: “E queriendo se despedir del emperador, jamás lo quiso consentir, diciendo que de la corte no lo dexaria partir hasta que el emperador su padre viniese.” Luján, en *Leandro el Bel*, fol. 86 vto.: “...y violos tendidos ante la fuente tales como muertos y abaxando de su cauallo los quiso tornar en sí; pero jamás pudo.”

7 *Gente*, como nombre colectivo en singular, suele concertar, por silepsis, con un adjetivo o verbo en plural, cuando concurren los dos requisitos que menciona Bello en el § 818 de su *Gramática*. Por esto dice don Quijote *Non fuyais*, en lugar de *Non fuyas*, tal como fray Luis de León, en la *Exposición del Libro de Job*, cap. XIX:

“¿Qué más? Hasta la gente despreciada
me befan...”

y tal como Camoens había escrito en *Os Lusíadas* (I, 38):

“Se esta gente, que busca outro hemispherio...”

Nam queres que *padeçam* vituperio”,

cosa que sacaba de tino a Gomes de Amorim, porque no creía que el autor hubiese escrito *padeçam*, sino *padeça*, y agregaba muy seriamente: “Estou convencido de que taes emendas virão a fazerse para tirar das costas de Camões erros de grammatica, que não se lhe podem attribuir sem injustiça.”

7 *Cautivo*, en este lugar y en otros del *Quijote*, significa *mezquino, miserable*, lo mismo que en los libros de caballerías. *Las Sergas de Esplandián*, cap. VI: “...y como vió al caballero de las armas negras con su espada en la mano, y cerca dél la

atended; que no por culpa mía, sino de mi caballo, estoy aquí tendido!

Un mozo de mulas de los que allí venían, que no debía de ser muy bien intencionado, oyendo decir
 5 al pobre caído tantas arrogancias, no lo pudo sufrir sin darle la respuesta en las costillas. Y llegándose a él, tomó la lanza y, después de haberla hecho pedazos, con uno dellos comenzó a dar a nuestro don Quijote tantos palos, que, a despecho y pesar de
 10 sus armas, le molió como cibera. Dábanle voces sus

guarda descabezada, hubo muy gran pesar y dijo: "Captivo "caballero, ¿por qué de tu grado te veniste a la muerte?"

1 Cortejón puntúa así este pasaje: "Non fuyáis, gente cobarde, gente cautiva, *atended que*, no por culpa mía..." Y como, por otra parte, no le hace nota alguna, como si aquí no hubiese que advertir nada al lector, bien se columbra que atribuyó a *atender* su significado corriente hoy, en vez del antiguo de *aguardar* o *esperar*, con que se emplea en aquel refrán que dice: "Quien tiempo tiene y tiempo *atiende*, tiempo viene que se arrepiente." En este significado ocurre frecuentemente en los libros de caballerías. Don Jerónimo de Urrea, *Primera parte de... Don. Clarisel de las Flores...*, publicada por la Sociedad de Bibliófilos Andaluces (Sevilla, 1879), página 261: "...avisoos que os torneis por do venistes, o aparejaos a combatir con aquel cauallero que al cabo de la puente os *atiende* a cauallo con lanza." En la *Hystoria del rey Canamor*, (Alcalá de Henares, Sebastián Martínez, M.D.Lxxxvj), cap. 1: "...que no auía ay hombre que rescibiesse vn golpe que quisesse *atender* otro..."

20 Era comparación muy usual, y volveremos a encontrarla en otros lugares del *Quijote* (I, XLIV, y II, xxviii). Sabido es que se llama *cibera* el grano que se echa en la tolva del molino para cebar la piedra. Don Esteban Manuel de Villegas, de este *moler como cibera* inventó por donaire la voz *aciberar*. *Las eróticas o amatorias*, pág. 338 de la edición de Alonso Cortés ("Clásicos Castellanos"):

"Dijérale, sin duda: ¿Qué me quieres,
 Poeta moledor? Deja mis huesos;
 No me los polvifiques y *aciberes*."

amos que no le diese tanto y que le dejase; pero estaba ya el mozo picado y no quiso dejar el juego hasta envidar todo el resto de su cólera; y acudiendo por los demás trozos de la lanza, los acabó de deshacer sobre el miserable caído, que, con toda aquella tempestad de palos que sobre él vía, no cerraba la boca, amenazando al cielo y a la tierra, y a los malandrines, que tal le parecían.

Cansóse el mozo, y los mercaderes siguieron su camino, llevando qué contar en todo él del pobre

3 Para usarlas metafóricamente, en el siglo xvi pasaron al habla familiar algunas expresiones propias de diversos juegos, una de ellas, esta de *envidar el resto*. *Resto*, dice Covarrubias, es “lo que el jugador tiene en la tabla delante de sí consiguado, que no lo puede sacar della”; y *envidar el resto* (artículo *embidar*), “quando ofrece vno al naype todo lo que le queda en la mesa de caudal”. Fray Francisco de Osuna, *Norte de los estados...*, fol. 34: “...de manera que siendo primos terceros no os podeys casar sin dispensacion, porque avn hoy estays en el quarto grado, y de los primos terceros en adelante queda *resto abierto* que se casen los que pudieren, pues no an menester dispensacion.”

6 Algunos editores han leído *llovía*. Y ¿por qué no *vía*, como dice la edición original y como se ha escrito corrientemente por nuestros autores del siglo xvi? Sabido es que en el *Cántico espiritual entre el Alma y Cristo su Esposo*, de San Juan de la Cruz, dice la Esposa:

“Cuando tú me mirabas
Su gracia en mí tus ojos imprimían:
Por eso me adamabas,
Y en eso merecían
Los míos adorar lo que en ti *vían*.”

Aún dice *vía*, por *veía*, nuestro vulgo. Una copla popular andaluza (núm. 4688 de mi colección de *Cantos populares españoles*, Sevilla, 1882-83):

“Ar prinsipio de quererte
Estaba siego y no *bía*;
Ya me se quitó la benda
Qu’ en los ojiyos tenia.”

apaleado. El cual, después que se vió solo, tornó a probar si podía levantarse; pero si no lo pudo hacer cuando sano y bueno, ¿cómo lo haría molido y casi deshecho? Y aún se tenía por dichoso, pareciéndole
5 que aquélla era propia desgracia de caballeros andantes, y toda la atribuía a la falta de su caballo; y no era posible levantarse, según tenía brumado todo el cuerpo.

3 Sobrentiéndose el verbo: "cuando *estaba* sano y bueno."





CAPÍTULO V

DONDE SE PROSIGUE LA NARRACIÓN DE LA DESGRACIA
DE NUESTRO CABALLERO.

Viendo, pues, que, en efeto, no podía menearse, acordó de acogerse a su ordinario remedio, que era pensar en algún paso de sus libros, y trújole su locura a la memoria aquel de Valdovinos y del Marqués de Mantua, cuando Carloto le dejó herido en la montiña, historia sabida de los niños, no ignorada de los mozos, celebrada y aun creída de los viejos, y, con todo esto, no más verdadera que los milagros de Mahoma. Ésta, pues,

9 *Montiña*, por *montaña*, y mejor aún por *bosque* o *monte alto*, se encuentra algunas veces en los romances viejos. Y nuestros escritores de los siglos XVI y XVII, cuando querían contrahacer el habla antigua, decíanlo también. Luis Vélez de Guevara, en *Los hijos de la Barbuda*, acto 1:

JIMÉN.

Fabla, amigo,

Con más mesura.

SANCHO.

¡Harre allá! ¿No vía

Que es *montiña* vedada?"

12 De Mahoma se burla alguno de nuestros antiguos refranes achacándole por prodigios cosas trivialísimas: "*Los milagros de Mahoma*: para no acabar una escudilla, sacando una sopa, meter otra." Otro dice: "El milagro de Mahoma, que lo pusieron al sol, y se quedó a la sombra." En 1546 se presentó ante el Santo Oficio la autodelación siguiente (Archivo Histórico Nacional, Inquisición de Valencia, legajo 37 de Causas, n.º 278):

le pareció a él que le venía de molde para el paso en que se hallaba; y así, con muestras de grande sentimiento, se comenzó a volcar por la tierra, y a

“Francisco de gonçalo, vezino de belfayer, vengo ante v. m., que con poco miramiento como vn día estoviesse en el campo haziendo mi hazienda y lloviese y graniçase y otras vezes hiziese sol, por reyr dixe “sí que estas son *las maravillas de mahoma*, que allegó sus moricos a ver el milagro que ponía vna gallina prieta el veuo blanco”; e dixome vna persona que no dixese tal cosa...” Y Lope de Vega, en el acto III de *Los esclavos libres*:

“ZULEMA.

¡Ah, perros!

¿De Mahoma dicer beliaquerías?

PAJE 2.º ¡Y lo del trigo cuando predicaba,
que enseñó una paloma que viniese
a comelle los granos en la oreja,
y ellos pensaban que le hablaba entonces?
PAJE 1.º ¡Que son cosa de risa *esos milagros*!
De un corral hizo dos este profeta,
con una tapia en medio.

PAJE 2.º ¡Ese fué bravo!

Otra vez se comió de caracoles
un plato, y le dejó lleno de cáscaras.

ZULEMA. ¡Hacer moy ben si estar con so caldillo!”

3 Nota Clemencín que, pues hay gran diferencia entre *volcarse* y *revolcarse*, y aquí no cae bien el primero de estos vocablos, “acaso la supresión de la particula *re* fué error de imprenta”. No hubo tal cosa: se solía decir *volcarse* en el significado de *revolcarse*, y así lo dijo, por ejemplo, Fernández de Oviedo, *Historia de las Indias*, t. IV, pág. 114: “E los perros, después de se aver estregado e *volcado* muchas veces en tierra, se fueron, sin aguardar a su amo.” Y Castellanos, *Elegías de varones ilustres...*, pág. 63:

“...Cayó *volcándose* por aquel suelo,
Quedando los demás con gran recelo.”

CERVANTES mismo escribió *volcarse* como equivalente de *revolcarse* en *Las dos doncellas*: “...y procuró reposar un rato, por dar lugar a que el caballero durmiese, el cual no fué posible sosegar un punto: antes comenzó a *volcarse* por la cama y a suspirar...” Vese, pues, cuán desacertadamente Hartzenbusch, por lo que había reparado Clemencín, enmendó *revolcar* en sus dos ediciones.

decir con debilitado aliento lo mesmo que dicen decía el herido caballero del bosque:

—¿Dónde estás, señora mía,
Que no te duele mi mal?
O no lo sabes, señora,
O eres falsa y desleal.

5

Y desta manera fué prosiguiendo el romance, hasta aquellos versos que dicen:

“¡Oh noble Marqués de Mantua,
Mi tío y señor carnal!”

10

10 CERVANTES, como dice Clemencín, confundió aquí, al citar de memoria, versos de un romance antiguo del Marqués de Mantua (estos dos últimos)—salvo que no dicen disparatadamente, como don Quijote,

“mi tío y señor carnal”,

sino

“mi señor tío carnal”—,

con otros que, aunque poco diferentes, como contrahechos sobre los de él, son formalmente diversos. Los del romance viejo, publicado en el *Cancionero* de Amberes, dicen así:

“¿Dónde estás, señora mía,
que no te pena mi male?
de mis pequeñas heridas
compassion solías tomare;
agora de las mortales
no tienes ningun pesare.”

El romance cuyos primeros versos transcribe CERVANTES fué, como dice Pellicer, compuesto por Jerónimo Treviño, e impreso en Alcalá en 1593. Clemencín, en su nota, demuestra que no conocía, o no había visto para este efecto, edición del *Romancero general* más antigua que la de 1614. Así, no pudo decir que antes fué reimpresso tal romance en las ediciones de 1600, 1602 y 1604, en ésta, al fol. 34. Treviño, que en el suyo se llama *Tirsi*, después de los cuatro primeros versos (los primeramente copiados por CERVANTES), sigue transcribiendo casi a la letra los del romance antiguo:

“De mis pequeñas heridas
compassion solías mostrar,

Y quiso la suerte que, cuando llegó a este verso, acertó a pasar por allí un labrador de su mismo lugar y vecino suyo, que venía de llevar una carga de trigo al molino; el cual viendo aquel hombre
 5 allí tendido, se llegó a él y le preguntó que quién era y qué mal sentía, que tan tristemente se quejaba. Don Quijote creyó, sin duda, que aquél era el Marqués de Mantua, su tío, y así, no le respondió otra cosa sino fué proseguir en su romance,
 10 donde le daba cuenta de su desgracia y de los amores del hijo del Emperante con su esposa, todo de la mesma manera que el romance lo canta.

El labrador estaba admirado oyendo aquellos disparates; y quitándole la visera, que ya estaba hecha

y agora de las mortales
 no tienes ningun pesar...”

y termina así:

“Aquesto Tirsi decia
 cantando en su soledad
 memorias de su señora
 y testigos de su mal.”

CERVANTES, como acostumbraba, escribió a renglón tirado, cual si fuesen prosa, los seis versos que van en el texto, y así salieron en las ediciones antiguas.

El romance del Marqués de Mantua llegó a hacerse tan popular, que se leía en las escuelas de niños, como se echa de ver por este pasaje de la *Ortografía castellana* de Mateo Alemán, fol. 10 vto.: “Alabo el ser buen letor, i vitupero su mala orden i mucha negligencia, pues començauamos niños i saliamos casi barvados a la Gramatica, pasandose lo mejor de la vida entre las *coplas del marqués de Mantua* i fecha la plana.” Noticia que pocos años después confirmaba Rodrigo Caro en una composición festiva, relato de cierta molesta caminata (Biblioteca Capitular y Colombina de Sevilla, Ms. H, 44, 28):

“¡Oh noble Marqués de Mantua!
 ¡Qué de veces repetido
 Fué tu caso lastimero,
 Que en la escuela deprendimos!”

pedazos, de los palos, le limpió el rostro, que le tenía cubierto de polvo, y apenas le hubo limpiado, cuando le conoció y le dijo:

—Señor Quijana —que así se debía de llamar cuando él tenía juicio y no había pasado de hidalgo sososegado a caballero andante—, ¿quién ha puesto a vuestra merced desta suerte?

Pero él seguía con su romance a cuanto le preguntaba. Viendo esto el buen hombre, lo mejor que pudo le quitó el peto y espaldar, para ver si tenía alguna herida; pero no vió sangre ni señal alguna. Procuró levantarle del suelo, y no con poco trabajo le subió sobre su jumento, por parecer caballería más sososegada. Recogió las armas, hasta las astillas de la lanza, y liólas sobre Rocinante, al cual tomó de la rienda, y del cabestro al asno, y se encaminó hacia su pueblo, bien pensativo de oír los disparates que don Quijote decía; y no menos iba don Quijote, que, de puro molido y quebrantado, no se podía tener sobre el borrico, y de cuando en cuando daba unos suspiros, que los ponía en el cielo; de modo, que de nuevo obligó a que el labrador le preguntase le dijese qué mal sentía; y no parece

23 “Esta frasecilla —dice Urdaneta (*Cervantes y la crítica*, pág. 522)— ha dado motivo a más de una triste reflexión sobre la crítica ensayada en el *Quijote*. Veámoslo. Arrieta no puede soportarla, “porque *le dijese* es, sin duda, “*un pegote de imprenta*, y está de más”. Esta opinión es seguida por Gaspar y Roig, editores del *Quijote* (Madrid, 1851). Salvá cree eso y agrega algo, sin temor de asegurar que *está de más la frasecilla*: ¡un gramático! Hermosilla decide magistralmente, a fuer de retórico, y dice, después de insertar la frase de CERVANTES: “Mejor hubiera hecho en suprimir las “palabras *le dijese*, absolutamente inútiles, como cualquiera “puede conocer, y la cláusula hubiera quedado más enérgica.” Clemencín dice: “Sobra uno de los dos verbos *preguntar*, “o *le dijese*. Este último fué el que debió borrarse; pero a

sino que el diablo le traía a la memoria los cuentos acomodados a sus sucesos; porque en aquel punto, olvidándose de Valdovinos, se acordó del moro Abindarráez, cuando el Alcaide de Antequera, Rodrigo de Narváez, le prendió y llevó cautivo a su alcaidía.

"CERVANTES se le olvidó hacerlo." Hartzenbusch suprime el último verbo en varias ocasiones donde lo coloca CERVANTES en la misma frase. ¿Qué hacer? ¡Al ignorantón de CERVANTES no le queda más que aguantar la jabonada de tanto erudito! Pero éstos no vieron los documentos relativos, para evitarse el pasar a sus vestidos las manchas que pensaron sacar al de CERVANTES. Abramos primero los libros para ver las voces usadas en el siglo xv y siguiente, y veremos que *preguntar* es *suplicar*, con lo cual la frase queda muy pura. Consecuente con aquella significación, la Academia la explica por *demandar* en la primera acepción, y a éste por *suplicar*, *rogar*, etc. Veamos ahora algunos ejemplos, de los muchísimos que debieron ver los censores de la frase: "Galaor *preguntó* a la doncella *le dijese* quién era." (*Amadís*, libro I, cap. 12).—"Pre-*guntáronle* ellas con mucha afición *les dijese* las maravillas" de la insula Firme (*Id.*, libro III, cap. 11).

"Empezóle a *preguntar*

"Que *le dijese* la causa."

(Romance de los Infantes de Lara.)

"*Preguntóle le dijese*

"Lo que significaría."

SEPÚLVEDA.)"

Urdaneta tiene razón muy sobrada en esto, como en tantas otras cosas, y aún pudo añadir que aquellos censores de escasa lectura tampoco habían leído con el necesario detenimiento el *Quijote* mismo, pues no echaron de ver que en los caps. xxix, xxxvi y xxxvii de la primera parte y en el xxv de la segunda ocurre la misma expresión, lo cual era claro indicio de no haber yerro de imprenta en el pasaje que ha dado motivo para esta nota. Fué modo corriente de decir. Pineda, en el diálogo vi, § xv de su *Agricultura christiana* lo emplea, sin omitir el *que* omitido por CERVANTES: "...y espantado de tan horrendo espectáculo la *preguntó* con algun linage de amenazas que *le dixesse* que por qué cometía tan inhumano exceso."

5 Alude a la leyenda de los amores de Abindarráez y la hermosa Jarifa, relatada cien veces y tan popular en los si-

De suerte que cuando el labrador le volvió a preguntar que cómo estaba y qué sentía, le respondió las mismas palabras y razones que el cautivo abencerraje respondía a Rodrigo de Narváez, del mismo modo que él había leído la historia en la *Diana* de Jorge de Montemayor, donde se escribe; aprovechándose della tan a propósito, que el labrador se iba dando al diablo, de oír tanta máquina de necedades; por donde conoció que su vecino estaba loco, y dábase prisa a llegar al pueblo, por escusar el enfado que don Quijote le causaba con su larga arenga. Al cabo de lo cual dijo:

—Sepa vuestra merced, señor don Rodrigo de Narváez, que esta hermosa Jarifa que he dicho es ahora la linda Dulcinea del Toboso, por quien yo he hecho, hago y haré los más famosos hechos de caballerías que se han visto, vean ni verán en el mundo.

glos XVI y XVII, que anduvo reestampada en pliegos de cordel y dió asunto a Lope de Vega, en sus tiernos años, para su comedia intitulada *El remedio en la desdicha*, que mucho después dedicó a su hija Marcela. Hasta en las danzas públicas y callejeras solían andar los personajes de aquella romántica historia: en efecto, a 6 de mayo de 1579, Jusepe de las Cuevas se obligó por escritura para con la villa de Madrid “de hacer una danza en que se represente la batalla de Rodrigo de Narváez con el moro Abindarráez, para el día del Santísimo”. (Pérez Pastor, *Nuevos datos acerca del histrionismo español*, Madrid, 1901, pág. 12.) Rodrigo de Narváez fué el primero a quien se confió la alcaidía de Antequera, después de ganada a los moros (1410) por el infante don Fernando, por tal razón llamado *el de Antequera*.

6 En el libro IV de esta *Diana*, en algunas otras obras que citan Clemencín y Cortejón, y aun en otras más. Véase Menéndez y Pelayo, *Observaciones preliminares* del t. XI de las *Obras de Lope de Vega* (edición de la Academia Española), págs. xxx y siguientes.

12 Algunos editores han enmendado *la cual*, por entender que la frase no puede referirse sino a *la arenga*.

A esto respondió el labrador:

—Mire vuestra merced, señor, pecador de mí, que yo no soy don Rodrigo de Narváez, ni el Marqués de Mantua, sino Pedro Alonso su vecino; ni vuestra
5 merced es Valdovinos, ni Abindarráez, sino el honrado hidalgo del señor Quijana.

—Yo sé quien soy —respondió don Quijote—, y sé que puedo ser no sólo los que he dicho, sino todos los doce Pares de Francia, y aun todos los nueve de
10 la Fama, pues a todas las hazañas que ellos todos

6 Así, *Quijana* en la edición príncipe y en las dos primeras de Lisboa; pero en las demás, excepto las dos de Hartzenbusch y la de Díaz de Benjumea, *Quijada*.

9 *Los doce Pares* —dice más adelante (I, XLIX) un canónigo de Toledo— “fueron caballeros escogidos por los reyes de Francia, a quien llamaron *Pares* por ser todos iguales en valor, en calidad y en valentía”. Entre ellos figuraron Oliveros, Roldán, Reinaldos de Montalbán, etc. Todavía en el último tercio del siglo XVIII se leían en las escuelas de niños, en libricos pequeños, las leyendas caballerescas referentes a Carlo Magno y su tiempo. García Blanco, el famoso hebraísta osunés, mi paisano y maestro, en la pág. 19 de su *Resumen de un siglo* (Osuna, 1887), cuya impresión no pasó de la pág. 352, hace memoria de un maestro Avilés, que enseñaba en la entonces aldea del Saucejo y decía que “desde que se quitaron de las escuelas *Los doce pares de Francia* estaban perdidas la enseñanza, la moral, las costumbres y España.”

10 De estos nueve sujetos trata una obra de Antonio Rodríguez Portugal intitulada *Crónica llamada el triumpho de los nueve preciados de la fama: en la qual se contienen las vidas de cada vno...* (Lixbona, German Gallarde, 1530). En su prólogo, que yo extracté ligeramente en mi edición anterior, los enumera el autor en estos términos: “Yo le certifico que en esta noche durmiendo con mis ojos cerrados y el entendimiento abierto y despierto, Nueve personas se presentaron delante de mí de diuersas suertes... De los cuales los tres primeros y más antiguos en su parecer eran judíos... [Josué, David y Judas Macabeo]. “Las otras tres personas que seguían a los primeros eran paganos... [Alejandro, Héctor y Julio César]. Los personajes de los tres postreros

juntos y cada uno por sí hicieron se aventajarán las mías.

En estas pláticas y en otras semejantes llegaron al lugar, a la hora que anochecía; pero el labrador aguardó a que fuese algo más noche, porque no viesen al molido hidalgo tan mal caballero. Llegada, pues, la hora que le pareció, entró en el pueblo, y en la casa de don Quijote, la cual halló toda alborotada; y estaban en ella el cura y el barbero del lugar, que eran grandes amigos de don Quijote, que estaba diciéndoles su ama a voces:

—¿Qué le parece a vuestra merced, señor licenciado Pero Pérez —que así se llamaba el Cura—,

enpece a resguardar... [Artus, Carlo Magno y Godofredo de Bullon]; y estos tres postreros eran cristianos...” *Los nueve de la Fama* anduvieron en proverbio entre nuestros poetas y prosistas. Véase un ejemplo, sobre los que cita Cortejón. Polo de Medina, *Obras en prosa, y en verso de...*, pág. 138:

“Eres protogolosa
más que Tulio en Retórica famosa;
que el vulgo a voces te publica y llama
golosa de *las nueve de la fama*.”

5 Hoy preferiríamos decir *algo más de noche*; pero en el tiempo de CERVANTES solía omitirse el *de* aun en frases en que ahora no sería de buen pasar su falta, y se decía *salir, entrar, o llegar, noche, o muy noche*, como tendremos ocasión de ver en el cap. XLI.

6 Lo de *tan mal caballero* no quiere decir que iba cabalgando en mala cabalgadura, por no ser bien visto, como observa Clemencín, “que las personas de respeto montasen asnalmente”, sino que, por lo molido que iba, cabalgaba mal.

13 En mis frecuentes visitas a Esquivias he visto no pocas firmas de *Pero Pérez*, teniente de cura de la iglesia parroquial de aquel lugar por los años de 1529 y algunos antes y después, en los cuales bautizó a muchos niños. Firmaba en latín: *petro* [*Petrus*] *perez*. El señor cura párroco don Nemesio Isidoro Sancho, ya hoy fallecido, me permitió examinar los libros parroquiales y copiar una de las partidas en que se le llama *Pero Pérez*. Dice así (libro I de Bautismos, fol. 36):

de la desgracia de mi señor? Tres días ha que no parecen él, ni el rocín, ni la adarga, ni la lanza, ni las armas. ¡Desventurada de mí! que me doy a entender, y así es ello la verdad como nací para morir, que estos malditos libros de caballerías que él tiene y suele leer tan de ordinario le han vuelto el juicio; que ahora me acuerdo haberle oído decir muchas veces, hablando entre sí, que quería hacerse caballero andante e irse a buscar las aventuras por esos mundos. Encomendados sean a Satanás y a Barrabás tales libros, que así han echado a perder el más delicado entendimiento que había en toda la Mancha.

La Sobrina decía lo mesmo, y aún decía más:

“en esquivias siete dias del mes de henero año suso dicho [1529] el señor *pero perez* teniente de cura baxtizó a vn hijo de franco chamiço y de su muger *mari gutierrez*, cuyo nombre fué Ju.º. fueron sus padrinos de pila di.º de arco y catalina de bosmediano muger de p.º de salazar.—

petro
perez.”

En los protocolos de Esquivias, que se custodian en el archivo de Illescas, y que he examinado a todo mi sabor, gracias a la amistosa condescendencia del culto notario don Mariano de Aldama, hallé algún curioso documento otorgado por aquel homónimo del cura del lugar de don Quijote. ¿No es verdad, lector, que parece mucho para mera casualidad el hallarse en el breve documento copiado, junto al nombre de *Catalina de Vozmediano*, abuela de la mujer de CERVANTES, los de *Pero Pérez*, el cura del *Quijote*, y *Mari Gutiérrez*, mujer de Sancho, según veremos que éste la llama en el cap. VII...?

2 Trascordóse aquí el Ama, o exageró a lo andaluz: don Quijote sólo había pasado una noche fuera de su casa: aquella en que fué armado caballero en la venta.

10 Eran muy usuales entre el vulgo encomiendas tales como ésta. En el *Corvacho*, o *reprobación del amor mundano*, del Arcipreste de Talavera, pág. 266: “E fazen estos falsos mucho mal e daño; por donde van, syempre dexan rastro. *Acomiéndolos a Satanás*, a Berzebú e a Fallanás.”

—Sepa, señor maese Nicolás —que éste era el nombre del Barbero—, que muchas veces le aconteció a mi señor tío estarse leyendo en estos desalmados libros de desventuras dos días con sus noches, al cabo de los cuales arrojaba el libro de las manos, y ponía mano a la espada, y andaba a cuchilladas con las paredes; y cuando estaba muy cansado decía que había muerto a cuatro gigantes como cuatro torres, y el sudor que sudaba del cansancio decía que era sangre de las heridas que había recibido en la batalla, y bebíase luego un gran jarro de agua fría, y quedaba sano y sosegado, diciendo que aquella agua era una preciosísima bebida que le había traído el sabio Esquife, un grande encantador y amigo suyo. Mas yo me tengo la culpa de todo, que no avisé a vuestras mercedes de los disparates de mi señor tío, para que lo remediaran antes de llegar a lo que ha llegado, y quemaran todos estos descomulgados libros; que tiene muchos que bien merecen ser abrasados, como si fuesen de herejes.

—Esto digo yo también —dijo el Cura,— y a fee

14 CERVANTES, por gracejar, hace que la sobrina de don Quijote llame *Esquife* a Alquife, marido de Urganda la Desconocida y encantador de mucha cuenta, mencionadísimo en diversos libros de caballerías. Poco después, el Ama desfigura el nombre de Urganda, llamándola *urgada*, o *hurgada*.

18 *Descomulgados*, no precisamente en la significación de *malvados* o *perversos* que atribuye a este adjetivo el léxico de la Academia, sino eufemísticamente, por no llamarlos *malditos*, ya que maldecir a la clara aun lo más vil era pecaminoso. Así, por ejemplo, fray Hernando de Talavera en el epígrafe del cap. xxii de su *Tractado provechoso que demuestra como en el vestir e calçar comunmente se cometen muchos pecados, y aun tambien en el comer y en el beuer*: “Demuestra por doze razones que aquel traje *descomulgado* de caderas e verdugos es muy malo e por consiguiente muy deudamente reprobado...”

que no se pase el día de mañana sin que dellos no se haga acto público, y sean condenados al fuego, porque no den ocasión a quien los leyere de hacer lo que mi buen amigo debe de haber hecho.

5 Todo esto estaban oyendo el labrador y don Quijote, con que acabó de entender el labrador la enfermedad de su vecino, y así, comenzó a decir a voces:

—Abran vuestras mercedes al señor Valdovinos y al señor Marqués de Mantua, que viene mal ferido,
10 y al señor moro Abindarráez, que trae cautivo el valeroso Rodrigo de Narváez, alcaide de Antequera.

A estas voces salieron todos, y como conocieron los unos a su amigo, las otras a su amo y tío, que aún no se había apeado del jumento, porque no podía, corrieron a abrazarle. Él dijo:

—Ténganse todos; que vengo mal ferido, por la culpa de mi caballo. Llénenme a mi lecho, y llámese, si fuere posible, a la sabia Urganda, que cure y cate mis heridas.

2 Sobraría el *no* de “no se haga”, para dicho hoy; pero antaño se abusaba de ese *no* redundante en cien casos análogos, y ya tendremos ocasión de observarlo en otros lugares.

6 Este *con que* equivale a *con lo que*, o *con lo cual*, y sale al paso frecuentemente en nuestros escritores del buen tiempo. Mateo Alemán, *Guzmán de Alfarache*, parte I, libro II, cap. 11: “Hice corazon y buen rostro a los trabajos, *con que*, dejando mi venta, me fuí visitando las de adelante.” Suárez de Figueroa, *El Pasajero*, fol. 331: “Engullíase sopaza, que era bendición, *con que* quedaba la barriga como una bola.”

9 Como Pedro Alonso no estaba muy fuerte en achaque de historias caballerescas, dió aquí por herido al Marqués de Mantua, siendo así que el maltrecho fué su sobrino.

19 En la edición príncipe, “que cure y cate de mis heridas”. Tengo por yerro de imprenta el *de*, porque CERVANTES, a juzgar por los pasajes que recuerdo, no lo empleaba en casos análogos: de aquí a poco leeremos (194, 7): “y catándole las heridas”, y en otro lugar (II, xxviii), “para catarle las heridas”; y en cuan-

—¡Mirá en hora maza —dijo a este punto el

to a *curar*, aunque lo construye con *de* cuando ocurre en la acepción de *cuidar*, úsalo sin tal partícula en la acepción que pudiéramos llamar *cirujana*, como vimos en el cap. III (135, 15): "...y una arqueta pequeña llena de ungüentos para *curar* las heridas que recebían..." Lo mismo en otros escritores: *Libro del esforçado cauallero don Tristan de Leonís y de sus grandes hechos en armas* (Sevilla, Juan Cromberger, 1528), capítulo XLII: "...e alli avia vn abad que se entendia de *curar* llagas, e catoles las llagas e dioxelos: "Cavalleros, no ayays miedo..."

1 *Mirá*, como *andá* en el soneto último de los preliminares (71, 7).

1 Cortejón enmienda arbitrariamente en este paraje "en hora mala", y dice: "aunque para la mayoría de los lectores no sea nueva esta variante (*en hora maza*), ya que no ignoran que antes y después de publicarse el *Quijote* estaba en uso dicho vocablo, con todo eso, hemos adoptado la innovación de la Academia en obsequio a los lectores menos instruidos en materia de arcaísmos". "Pues ¡mal adoptado!", dirán todos los lectores más instruidos; porque si CERVANTES escribió en *hora maza* y se reconoce que así solía decirse, ¿con qué derecho se corrige y enmienda la plana al autor? *En hora maza*, o *noramaza*, es uno de tantos eufemismos populares, y está muy bien puesto en boca del Ama, que, buena y cristiana mujer, no se atreve a hablar sino con palabras comedidas y piadosas. A querer dar al diablo las caballerías de su amo, no las daría al diablo por este nombre, sino al malo o al maldito, o a Satanás y a Barrabás, a quienes ya ha encomendado sus libros; y si un acontecimiento grave e inesperado la sacase de sus casillas y la hiciese prorrumpir en una exclamación de las más expresivas y recias, ésta no sería otra que ¡canastos! o ¡caracoles! o, a lo sumo, ¡carátula!, como decía tímidamente cierto amigo mío. ¡Y a una mujer de esta clase se le quita de los labios su peculiar y característico *en hora maza*!

Tengo recogidos más de veinte lugares del siglo XVI en que se emplean las formas *noramaza* y *enhoramaza*; pero básteme citar lo que acerca de esta voz dice *Le Tresor des deux langues espagnolle et françoise* de Cesar Oudin, añadido por Antonio Oudin (Paris, M.DC.XLV): "*Noramaza*, ce mot se dit plus doucement que *noramala*, & comme par mignardise, mais il veut dire la mesme chose."

Ama— si me decía a mí bien mi corazón del pie que cojeaba mi señor! Suba vuestra merced en buen hora; que sin que venga esa Urgada le sabremos aquí curar. ¡Malditos, digo, sean otra vez y otras
5 ciento estos libros de caballerías, que tal han parado a vuestra merced!

Lleváronle luego a la cama, y, catándole las heridas, no le hallaron ninguna; y él dijo que todo era molimiento, por haber dado una gran caída con Rocinante su caballo, combatiéndose con diez jayanes,
10 los más desaforados y atrevidos que se pudieran fallar en gran parte de la tierra.

1 Decirle a uno una cosa el corazón es presentirla. El pueblo tiene grandísima fe en la certeza de los presentimientos, como se echa de ver en los siguientes refranes, que he registrado en mi reciente colección paremiológica: “El corazón ni mente ni se engaña”; “El corazón no habla; mas adivina aunque calla”; “El corazón nunca es traidor”. Al fol. 21 del libro intitulado *Fasciculus mirrhe* léese: “La sancta virgen respondió: pues que su voluntad es essa, haga se assi en buen hora: pero yo os digo, hija mía, que auemos de auer poco descanso segun
me dize el coraçon.”

3 La Academia leyó *Urganda* en su edición de 1819, y García de Arrieta notó que con tal enmienda “se ha quitado el chiste y gracia a la expresión del Ama, la cual, así como la Sobrina el de *Alquife*, y Sancho tantos otros, estropea este vocablo”. *Urguillas* (sin *h*, como la *Urgada* del ama de don Quijote) llamaba festivamente Santa Teresa de Jesús a cierta priora, término familiar muy a propósito para indicar a una persona activa y que *hurgando* a todos, sabe salir bien con los asuntos que tiene a su cargo. En efecto, en carta a su hermano Lorenzo de Cepeda (Valladolid, 27 de julio de 1579) decía-le: “No pensé hallarle tan barato [refiérese a un cáliz] y tan de buen tamaño, sino que este *urguillas* de la priora con un amigo que tiene, por ser para esta casa, lo ha andado concertando.”

12 Tomó CERVANTES este encarecimiento de los que a menudo se tropiezan en los libros de caballerías. Verbigracia, en *Las Sergas de Esplandián*, cap. VI: “Esto decía la dueña con

—¡Ta, ta! —dijo el Cura—. ¿Jayanes hay en la

grande infanta; porque como ella fuese la mayor encantadora y mágica *que en muy gran parte se podía hallar, y tuviese aquella gran sala encantada...*" Y en la *Segunda parte del muy noble y esforçado cavallero don Clarian de Landanis* (Sevilla, Juan Vázquez de Ávila, 1550), fol. cxxi: "Rey Sardanapolo, sepas por cierto que tu fijo garçon de la loba será el más estremado cauallero *que en gran parte se fallare.*"

Aquí, o en el cap. vi, con la quema de los libros de don Quijote, acabaría probablemente la invención de CERVANTES según su plan primitivo, con lo cual su escrito no pasaba de ser una obrita parecida en extensión y en finalidad a las que luego llamó *novelas ejemplares*. Después, fué, como dicen, descubriendo tierra; vió que en lo discurrido había asunto para más, dió un escudero a don Quijote, y prosiguió escribiendo, no todavía para hacer todo lo que al cabo hizo, sino para que el lector tuviese en la historia del Hidalgo Manchego, a contar desde el cap. ix, "casi dos horas de pasatiempo y gusto". Así, a retazuelos, creció bajo la pluma de su autor, por lo que toca a la primera parte, el libro profano que más ha deleitado y deleita a los hombres.

¿Fué original el comienzo de esta invención cervantina? A tal pregunta, que hice al llegar a este punto de mis anotaciones en la edición anterior, respondí lo mejor que supe, alargando mi nota hasta casi llenar tres páginas; pero de entonces acá se ha escrito no poco acerca de ello, y hay pareceres encontrados, y sin que yo pretenda ser sino uno que asiste en el juego y echa su cuarto a espadas, he de escribir más largo y tendido de lo que cabe en una nota. Así, pues, trataré de este asunto en el ix de los apéndices del tomo VII.

1 Dijo don Gregorio Garcés en su *Fundamento del vigor y elegancia de la lengua castellana, expuesto en el propio y vario uso de sus partículas* (Madrid, Viuda de Ibarra, MDCCLXXX-II), t. I, pág. 266: "Tiene nuestra lengua una singular y graciosa manera de mostrar maravilla, la qual no parece sino que la ha tomado de la latina, sin hacer más que trasponer sus letras, y es el adverbio o interjección *ta*, que duplicamos, bien así como los latinos duplican su *at*, *at*, que es nuestra partícula traspuesta. Ahora, pues, servímonos de ella ora quando venimos en pleno conocimiento de alguna cosa que nos sorprehende o bien sucédenos algo que no debíase esperar." Y cita en nota dos pasajes del *Eunuco* de Terencio, donde ocurre el *at at*. Nebrija, en su *Gramatica de la lengua*

danza? Para mi santiguada que yo los queme mañana antes que llegue la noche.

Hiciéronle a don Quijote mil preguntas, y a ninguna quiso responder otra cosa sino que le diesen
s de comer y le dejasen dormir, que era lo que más le

castellana, libro III, cap. xvi, había citado, entre otros ejemplos de interjecciones, "*ha ha ha*, del que se ríe; *tat tat*, del que vieda..." Algunas veces usábase sin repetir. Juan Cortés de Tolosa, *Discursos morales* (Zaragoza, Juan de la Naja, 1617), fol. 69: "...encima de cuyo escritorio auia vn papeloncillo, hecho a modo de los en que se traen confites, y quiriendo yo comer dellos, me dixo: "*ta*, que son de pimienta"; y yo respondí: "pues ¿son agora carnestolendas?"

1 Para el *Diccionario* que llaman de autoridades, *santiguada* es "la acción de santiguarse... Para, o por mi santiguada —añade— que equivale a por mi fe o por la cruz". Dejándome llevar de esta afirmación, dije que "jurar diciendo *para mi santiguada* era lo mismo que jurar por la señal de la cruz". Y "por mi fe o por la cruz" dice todavía el léxico de la Academia, edición XV (1925). Hay error en todo ello, y al par que don Américo Castro lo demostraba en la *Revista de Filología Española*, encontraba yo nuevos textos para rectificarlo. Se *santigua* con la señal de la cruz; pero la *santiguada* es la cara, y así en el *Cantar de Mio Cid*, v. 216:

"Alcó su mano diestra, la cara se santigua".

Solía jurarse *por*, o *para*, la cara. Mateo Alemán, en un lugar del *Guzmán de Alfarache* que me olvidé de puntualizar: "*Para esta cara* de mulata que se ha de acordar." Y en fin, don Juan de Ovando Santarén, *Ocios de Castalia, en diversos poemas* (Málaga, Mateo López Hidalgo, 1663), fol. 54 vto., tratando de una tripera a quien habían *santiguado* el rostro con una daga:

"Como su daga tenía
de oja de oliva la punta,
hizo (rayando tu cara)
sus megillas azeitunas.

.....
Bien le declaraste entonces
el enojo que te assusta,
pues que *por tu santiguada*
con tu cara se la juras."

importaba. Hízose así, y el Cura se informó muy a la larga del labrador del modo que había hallado a don Quijote. Él se lo contó todo, con los disparates que al hallarle y al traerle había dicho, que fué poner más deseo en el Licenciado de hacer lo que otro día hizo, que fué llamar a su amigo el barbero maese Nicolás, con el cual se vino a casa de don Quijote.

6 *Otro día* equivale aquí a *al otro día, al día siguiente*. Dice Cejador (*Diccionario del "Quijote"*, artículo *otro*): "Hoy diríamos *al otro día*; pero CERVANTES y los clásicos emplean elegantemente sin preposición las frases adverbiales, como los acusativos absolutos griegos." Véanse —añado— algunas muestras. Fray Francisco de Osuna, *Norte de los estados...*, fol. 105: "Desque esto supo el gentil hombre alabó la prudencia de la reyna que auia fasta entonces sufrido su defecto: *¿ sale otro día* muy bien vestido, todo a la castellana." Felipe II, en una de sus cartas (Gachard, *Lettres de Philippe II à ses filles*, pág. 116): "*Otro día*, que lo hera de Sant Miguel..." Alguna vez, *a otro día*, forma más cercana a la corriente hoy. Así solía escribirlo, verbigracia, sor María de Ágreda (*Cartas de la venerable madre... y del rey don Felipe IV*, Madrid, 1885-86, t. I, pág. 201): "El Señor a sido serbido de llebarse para ssi a mi confessor a *otro día* de S. Josef; tubo felicissima y dichossa muerte..."





CAPÍTULO VI

DEL DONOSO Y GRANDE ESCRUTINIO QUE EL CURA Y EL
BARBERO HICIERON EN LA LIBRERÍA DE NUESTRO
INGENIOSO HIDALGO.

EL cual aún todavía dormía. Pidió las llaves a ^s la Sobrina, del aposento donde estaban los libros autores del daño, y ella se las dió de muy buena gana; entraron dentro todos, y la Ama con

4 Unamuno, en su *Vida de D. Quijote y Sancho*, pasa por alto este capítulo, porque "trata de libros, y no de vida". Pues ¿por dónde se puede estudiar y conocer a un sujeto mejor que por los libros que tiene y en que apacentó y educó su espíritu? "Dime lo que lees, y te diré quién eres" podríamos decir, con más buen fundamento que "Dime con quien andas...", porque para lo del espíritu los hombres suelen acompañarse más de sus libros que de sus camaradas. "Bien lo enseñan —añadi en mi disertación acerca del Libro, leída ante la Real Academia Española en "La Fiesta del Libro español" (1926)— otros antiguos refranes: "Según lo que lees, así eres"; "Cual libro lees" mos tal vida hacemos". Hernando Alonso de Herrera, en su *Breve disputa de ocho levadas contra Aristótil y sus secuaces*, apud *Revue Hispanique*, t. L (1920), citaba este último refrán, añadiendo: "Y de las letras se nos forman las costumbres." Y asimismo el bachiller Juan Esteban, en su *Orden de bien casar, y avisos de casados* (Bilbao, Pedro Cole de Ybarra, 1595; pero en el colofón, Bilbao, Mathias Mares, 1581), fol. 202: "...porque de lo tal la experiencia nos lo enseña y los sabios lo escriuen, que los hombres se hazen tales quales son los libros que leen."

5 La Academia, en una de las muy breves notas de su edición de 1819, cuidó de advertir que "el supuesto de esta orá-

ellos, y hallaron más de cien cuerpos de libros grandes, muy bien encuadernados, y otros pequeños; y así como el Ama los vió, volvióse a salir del aposento con gran priesa, y tornó luego con una escudilla de agua bendita y un hisopo, y dijo:

—Tome vuestra merced, señor Licenciado: rocíe este aposento, no esté aquí algún encantador de los muchos que tienen estos libros, y nos encanten, en pena de las que les queremos dar echándolos del mundo.

Causó risa al Licenciado la simplicidad del Ama y mandó al Barbero que le fuese dando de aquellos libros uno a uno, para ver de qué trataban, pues podía ser hallar algunos que no mereciesen castigo de fuego.

—No —dijo la Sobrina—; no hay para qué per-

ción, *Pidió las llaves*, es el Cura, del cual se hace mención en el epígrafe del capítulo". Pero adviértase que no es el supuesto por virtud de esta mención, sino por las palabras finales del capítulo antecedente. Pasa en este comienzo lo mismo que en el del cap. iv: que está ligado con el final del anterior; y así, para entender bien el pasaje, hay que leer: "... que fué poner más deseo en el Licenciado de hacer lo que otro día hizo, que fué llamar a su amigo el barbero maese Nicolás, con el cual se vino a casa de don Quijote, el cual aún todavía dormía. Pidió las llaves..." Ahora se entiende bien que es el Cura quien las pidió, y que "algo más hizo otro día el Cura que llamar al Barbero", como notó oportunamente Clemencín al estudiar los últimos renglones del cap. v. Por lo advertido ahora y por las incongruencias que se echan de ver en los epígrafes de otros capítulos me parece indudable, como pareció a otros, que CERVANTES escribió la primera parte del *Quijote* corridamente, y a la postre lo dividió en capítulos y les puso los epígrafes.

3 Este *así como* equivale a *luego que*. Idéntico significado tiene algunas veces el *como* solo: ya tendremos ocasión de notarlo en el cap. ix (298, 4).

7 *No esté aquí* es elipsis de *no sea que esté aquí*, como ahora generalmente decimos.

donar a ninguno, porque todos han sido los dañadores: mejor será arrojillos por las ventanas al patio, y hacer un rimero dellos, y pegarles fuego; y si no, llevarlos al corral, y allí se hará la hoguera, y no ofenderá el humo.

Lo mismo dijo el Ama: tal era la gana que las dos tenían de la muerte de aquellos inocentes; mas el Cura no vino en ello sin primero leer siquiera los títulos. Y el primero que maese Nicolás le dió en las manos fué *Los cuatro de Amadís de Gaula*, y dijo el Cura:

5 Clemencín afirma que “decir que el humo ofendería en el patio y no en el corral arguye que el aposento tenía lucas al patio, y no al corral”. Y añade: “Pero en adelante se supone lo contrario, porque se arrojan libros al corral desde el aposento...” La primera afirmación es infundada: el humo ofendería en el patio, y no en el corral, aun teniendo lucas a ambas dependencias el aposento, porque el patio sería más pequeño y de paredes más altas que el corral. Sabido es que los corrales, en la Mancha como en las demás regiones españolas, suelen ser grandes y bajos de tapias.

10 *Los cuatro* son palabras del título, aunque así no lo entendieran, visto cómo lo escriben, los editores modernos del *Quijote*, entre ellos, Clemencín y Cortejón. *Los quatro libros del virtuoso cauallero Amadís de Gaula*, se titula esta obra en la portada de la edición hecha en Zaragoza el año de 1508 (la más antigua que se conoce), y nunca faltó esa indicación de *los quatro libros*, como puede verse en el *Catálogo razonado de los libros de Caballerías* que Gayangos redactó para el tomo XL de la *Biblioteca de Rivadeneyra*. Los libreros y el público en general abreviaron el título al mentarlo o escribirlo, pues omitieron la palabra *libros*, llamando a la obra *Los quatro de Amadís*. Así, por ejemplo, en el inventario de la librería del famoso Juan de Timoneda, vendida por su viuda en 26 de octubre de 1583 (Serrano y Morales, *Reseña histórica en forma de diccionario de las imprentas que han existido en Valencia...*, Valencia, 1898-99, pág. 549), se lee esta partida:

“Item *los quatro de Amadís* en foleo en dishuyt sous.”

Y lo mismo en los registros de ida de naos que se conservan

—Parece cosa de misterio ésta; porque, según he oído decir, este libro fué el primero de caballerías que se imprimió en España, y todos los demás han tomado principio y origen déste; y así, me parece

en el Archivo de Indias, en los cuales hallé abundantes noticias de los primeros ejemplares del *Quijote* enviados al Nuevo Mundo. En mi libro intitulado *El "Quijote" y don Quijote en América* (Madrid, 1911) hay frecuentes referencias a *los quatro de Amadís*, siempre así nombrados. En 1586 (Registro de la nao *María*, para Nueva España, 18,1,4/27):

"1 *quatro de amadís*, pargamino."

"*quatro los 4 de amadís*, en badana."

En 1599 (Registro de la nao *San Antonio*, para Nueva España, 18,4,54/4):

"1 *quatro de amadís* en 7 Rs."

1 Parece cosa de misterio es locución análoga a *no sin misterio*, que sale en *Rinconete y Cortadillo*, y de la cual dije en las notas de la edición crítica de esta novela (pág. 357) que se emplea en significación de *no por acaso, sino providencialmente y para algo útil e importante*, bien que en otras ocasiones esto del *misterio* no hace a *providencial designio*, "sino a lo que solemos indicar con el sustantivo familiar *intrínquilis*, y con la frase, también familiarísima, *haber gato encerrado*". Correas, *Vocabulario de refranes y frases proverbiales*: "*No está ahí sin misterio*. (Dícese al que le parece que está algo fuera de su lugar, y *no carece de misterio*.)" "*Misterio debe de tener*. (Cuando se duda y sospecha por qué es o se hace algo, el que lo sabe dice: *misterio tiene*, o *no carece de misterio*.)"

3 No estaban en lo cierto los que lo dijeron al Cura. "Del *Amadís* —dice don Marcelino Menéndez y Pelayo en su introducción a los *Orígenes de la Novela*, tomo I, pág. CLXXXVI, nota— no se conoce edición anterior a 1508. Los dos libros de caballerías más antiguos de que hasta ahora tienen noticia los bibliógrafos son el *Tirant lo Blanch*, de Valencia, 1490, y el *Baladro del sabio Merlín*, de Burgos, 1498."

4 Lo mismo que CERVANTES vino a decir Lope de Vega en su novela *Las fortunas de Diana*, publicada en 1621: "Fueron en esto los españoles ingeniosísimos, porque en la invención ninguna nación del mundo les ha hecho ventaja, como se ve en tantos Esplandianes, Febos, Palmerines, Lisuartes, Florambelos, Esferamundos, y el celebrado *Amadís*, padre de toda esta

que, como a dogmatizador de una secta tan mala, le debemos, sin excusa alguna, condenar al fuego.

—No, señor —dijo el Barbero—; que también he oído decir que es el mejor de todos los libros que de este género se han compuesto; y así, como a único en su arte, se debe perdonar.

—Así es verdad —dijo el Cura—, y por esa razón se le otorga la vida por ahora. Veamos esotro que está junto a él.

—Es —dijo el Barbero— *Las Sergas de Esplandian*, hijo legítimo de *Amadís de Gaula*.

—Pues en verdad —dijo el Cura— que no le ha de valer al hijo la bondad del padre. Tomad, señora Ama; abrid esa ventana y echadle al corral, y dé principio al montón de la hoguera que se ha de hacer.

máquina, que compuso vna dama portuguesa.” Por lo tocante a esta última afirmación, punto discutidísimo fué siempre el de la paternidad de la famosa obra, y acerca del cual puede el curioso conocer la última palabra de lo averiguado hasta hoy, acudiendo a las tan sabrosas como eruditas páginas de Menéndez y Pelayo, en el tomo I de los *Orígenes de la Novela*.

8 Aunque sólo *propter elegantiam sermonis*, el buen licenciado Pero Pérez era más ancho de manga que el maestro Venegas, el obispo Guevara, Cervantes de Salazar, Malón de Chai-de y tantos otros como clamaron contra el *Amadís* y los libros de caballerías en general. Mucho se ha escrito acerca del decano de ellos y mucho queda que escribir. Para aportar algunas cosillas que acerca de él y de su influencia social he ido encontrando en mis lecturas, daré en el apéndice x del tomo VII lo que como nota sería descompasado.

11 *Las Sergas del muy virtuoso cavallero Esplandian, hijo de Amadís de Gaula, llamadas Ramo de los quatro libros de Amadís* (Sevilla, Jacobo Cromberger, 1510). Debía llamarse *Ergas*, y no *Sergas*, de *erga* griego, que significa *hazañas*, *proezas*; pero Garci Ordóñez de Montalvo, su autor, duplicó la s del artículo, tal como el vulgo solía y suele hacerlo cuando dice *las sopalandas*, *las sentrañas*, *los sojos*, etc.

Hízolo así el Ama con mucho contento, y el bueno de *Esplandián* fué volando al corral, esperando con toda paciencia el fuego que le amenazaba.

—Adelante —dijo el Cura.

5 —Este que viene —dijo el Barbero— es *Amadís de Grecia*; y aun todos los deste lado, a lo que creo, son del mismo linaje de *Amadís*.

—Pues vayan todos al corral —dijo el Cura—; que a trueco de quemar a la reina Pintiquinestra, y
10 al pastor Darinel, y a sus églogas, y a las endiabla-

2 Observa Menéndez y Pelayo, *Orígenes de la Novela*, pág. CCLXVIII de la introducción del tomo I, que “el cura del escrutinio de CERVANTES no anduvo muy blando con el *Esplandián*, puesto que es el primero que condena a las llamas, sin que le valiera al hijo la bondad del padre. Rigor acaso excesivo —añade— si se compara no sólo con el hiperbólico elogio que allí mismo se hace del *Palmerín de Inglaterra* (obra de algún mérito al cabo), sino con la relativa misericordia que se otorga al disparatadísimo *Don Belianís de Grecia*.”

6 El *Amadís de Grecia* es el noveno libro de *Amadís de Gaula*, y así se le llama en las ediciones más antiguas, entre ellas, la de Sevilla, Juan Cromberger, 1542: *El noueno libro de Amadis de Gaula; que es la cronica del muy valiente y esforçado príncipe y cavallero de la ardiente espada Amadís de Grecia: hijo de Lisuarte de Grecia*...

7 *Del mismo linaje de Amadís*, que es decir, todos los libros de la casa de Grecia; toda la serie de historias de los descendientes de Amadís de Gaula: *Florisel de Niquea*, *Lisuarte de Grecia*, *Rogel*, *Esferamundi*, etc.

9 *Pintiquinestra* en la edición príncipe y en muchas otras, antiguas y modernas. Dos reinas *Pintiquinestras* figuran en los libros de caballerías: la una, en *Amadís de Grecia* y en *Lisuarte de Grecia*, reina de Sobradisa y mujer de Perión de Gaula; la otra, en el mismo *Lisuarte de Grecia*, reina de las amazonas, que acudió en auxilio de los paganos que sitiaban a Constantinopla. El Cura se refirió probablemente a la primera.

10 “En la segunda parte de *Amadís de Grecia* —dice Clemencín— se refieren los largos discursos del enamorado pastor, unas veces a solas, otras con su pastora por aquellos valles y bosques. Hacía apóstrofes a las aves, hablaba con las

das y revueltas razones de su autor, quemara con ellos al padre que me engendró, si anduviera en figura de caballero andante.

—De ese parecer soy yo —dijo el Barbero.

—Y aun yo —añadió la Sobrina.

—Pues así es —dijo el Ama—, vengan, y ¡al corral con ellos!

Diéronselos, que eran muchos, y ella ahorró la escalera, y dió con ellos por la ventana abajo.

—¿Quién es ese tonel? —dijo el Cura.

—Éste es —respondió el Barbero— *Don Olivante de Laura*.

—El autor de ese libro —dijo el Cura— fué el

flores, tocaba la flauta, cantaba y representaba versos: he aquí las *églogas* que decía el Cura.” El canónigo Francisco Pacheco, en su *Sátira apologética en defensa del divino Dueñas*, inédita hasta que la saqué a la luz pública en 1908, decía, pintando jocosamente la edad de oro (versos 256-264):

“Aún no había nacido en Etiopia

Fulurín, ni Niquea en Babilonia;

De Silvias Galateas no había copia.

Seguro estaba el reino de Polonia

De aquel robo de Elena tan perverso,

Y de estudiar Garay allá en Bolonia.

No había entonces Torre de Universo,

Ni con su tarceada churumbela

Cantaba *Darinel* su prosa y verso.”

¹² *Historia del inuencible cauallero don Oliuante de Laura príncipe de Macedonia, que por sus admirables hazañas vino a ser emperador de Constantinopla...* Barcelona, Claudio Bernat, 1564. Única edición conocida. Con razón duda Clemencín “por qué se llama *tonel* al libro de *Olivante*, que sólo tiene 506 páginas, cantidad moderada para un tomo en folio”. ¿Confundiría CERVANTES este volumen, por la semejanza de *Oliva* y *Olivante*, con el de un *Palmerín de Oliva* impreso en Venecia en 1534, cuyo tamaño es de octavo, y que tiene en junto 418 hojas? Descríbelo Salvá bajo el número 1649 del *Catálogo* de su biblioteca, no sin llamar la atención sobre la rareza de su tamaño, excepcional entre los libros de este género.

mesmo que compuso a *Jardín de flores*; y en verdad que no sepa determinar cuál de los dos libros es más verdadero, o, por decir mejor, menos mentiroso; sólo sé decir que éste irá al corral, por dis-
5 paratado y arrogante.

—Este que se sigue es *Florismarte de Hircania* —dijo el Barbero.

—¿Ahí está el señor *Florismarte*? —replicó el Cura—. Pues a fe que ha de parar presto en el
10 corral, a pesar de su extraño nacimiento y sonadas aventuras; que no da lugar a otra cosa la dureza y sequedad de su estilo. Al corral con él, y con esotro, señora Ama.

—Que me place, señor mío, —respondía ella; y
15 con mucha alegría ejecutaba lo que le era mandado.

—Éste es *El Caballero Platir* —dijo el Barbero.

—Antiguo libro es ése —dijo el Cura—, y no

1 En efecto, Antonio de Torquemada, autor del *Don Olivante*, compuso también la obra intitulada *Jardín de flores curiosas*, libro embusterísimo y patrañero, del cual se hicieron diversas ediciones, la primera en Salamanca, Juan Baptista de Terranova, 1570. También es de Torquemada otro libro, mucho más estimable: *Los Colloquios satíricos* (Mondoñedo, Agustín de la Paz, 1553), reimpresso poco ha en los *Orígenes de la Novela*.

2 *Que no sepa*, donde hoy diríamos *que no sabré*. En el cap. iv queda nota acerca de un caso análogo (163, 1).

6 Fué autor de la *Primera parte de la grande historia del muy famoso y esforzado príncipe Felixmarte de Hircania* Melchor Ortega, caballero de Úbeda, y se publicó esta obra en Valladolid, el año de 1556. No hubo error por parte del Cura al citarla: *Florismarte* se llamó primero el protagonista, y *Felixmarte* después.

10 *Leo sonadas*, con la edición príncipe, y no *soñadas*, como todos los editores modernos. Recuérdese lo dicho en nota del cap. i (90, 11).

16 *Cronica del muy valiente y esforçado cavallero Platir, hijo del emperador Primaleon*, Valladolid, Nicolás Thierry, 1533.

hallo en él cosa que merezca venia. Acompañe a los demás sin réplica.

Y así fué hecho. Abrióse otro libro y vieron que tenía por título *El Caballero de la Cruz*.

4 Esta historia consta de dos partes: la primera, intitulada *Coronica de Lepolemo, llamado el Caballero de la Cruz, hijo del emperador de Alemania, compuesta en arabigo por Xarton y trasladada en castellano por Alonso de Salazar, Valencia, 1521*. Hay diversas ediciones, entre ellas, una de Sevilla, Dominico de Robertis, 1548. La segunda parte se intitula: *Libro segundo del esforçado cauallero de la Cruz Lepolemo príncipe de Alemaña. Que trata de los grandes hechos en armas del alto Príncipe y temido cauallero Leandro el Bel su hijo...* Toledo, Miguel Ferrer, 1563. Pellicer, y Clemencín siguiéndole, porque en este segundo libro dice su anónimo autor, en la dedicatoria a don Juan Claros de Guzmán, conde de Niebla: "...los días pasados ofrecia [a V. S.] los *Colloquios matrimoniales...* después de haber sacado a luz el *doceno libro de Amadis*", y consta ser autor de los tales *Colloquios* Pedro de Luján, creyeron que lo era asimismo de *Leandro el Bel*, y no sólo de éste, sino también del libro primero de *Lepolemo, o el Caballero de la Cruz*, del cual no conoció Pellicer edición anterior a la de Toledo, 1562. Pero ni este libro es el *doceno de Amadis*, lugar que en la serie de los *Amadises* ocupa *Don Silves de la Selva* (Sevilla, 1546), ni Pedro de Luján pudo componerlo, siendo, como es, su primera edición del año 1521 y sabiéndose, como por mis investigaciones se ha sabido, que Pedro de Luján, sevillano, hijo de un bordador llamado Gaspar de Luxan y de su mujer Isabel Álvarez de Rivas, moceaba estudiando en la universidad de Alcalá por los años de 1545, tiempo en el cual, "estando en ratos de vacaciones de sus estudios", como él dice en la mencionada dedicatoria, compuso su *Leandro el Bel*. Este Luján imprimía en Sevilla en 1554, usando el escudo tipográfico de Dominico de Robertis; era hermano de Isabel de Luján, mujer del impresor Cristóbal de Montesdoca, y ejerció la abogacía en aquella ciudad. Aún vivía en 1575, y de él he dado estas y otras noticias en las págs. 517 y sigts. de mis *Nuevos datos para las biografías de cien escritores de los siglos XVI y XVII* (Madrid, 1923). Una cita de *El Caballero de la Cruz* dió ocasión a la que se cree primera que en italiano se hizo del *Quijote*. Hállanse entrambas en *Il Forastiero*, de Giulio Cesare Ca-

—Por nombre tan santo como este libro tiene se podía perdonar su ignorancia; mas también se suele decir: “tras la cruz está el diablo.” Vaya al fuego.

5 Tomando el Barbero otro libro, dijo:

—Este es *Espejo de Caballerías*.

—Ya conozco a su merced —dijo el Cura—. Ahí anda el señor Reinaldos de Montalbán con sus amigos y compañeros, más ladrones que Caco, y los
10 doce Pares, con el verdadero historiador Turpín; y

paccio (Napoli, 1634). Lo notó Benedetto Croce en *Il viaggio ideale di Michele Cervantes a Napoli nel 1612*, estudio publicado en el *Homenaje a Menéndez y Pelayo*, tomo I, pág. 80 —y reimpresso en 1912 (creo que refundido) en el *Bolletino del Comune di Napoli*—, al copiar un pasaje de aquella obra. Censura Cappaccio a los señores que por toda historia leen libros de caballerías, y añade: “Basta che perdano il tempo con le baie del *Cavaliero della Croce*. Sia benedetto D. Chisciotte de la Magna, che si burla così gentilmente di chi fu autore di quelle scritture.”

6 El *Espejo de Caballerías* consta de tres partes: la primera, que trata de los hechos del conde D. Roldán y de D. Reynaldos, fué impresa en Sevilla, año de 1533; la segunda, *Libro segundo del Espejo de Caballerías*, impresa en 1536, trata de los amores de Roldán con Angélica la bella, y en la tercera parte, publicada asimismo en Sevilla, por los años de 1550, se cuentan los famosos fechos del infante D. Roserín y el fin que ovo en los amores de la princesa Florimena. Pero CERVANTES, a lo que se colige de las palabras del Cura, no se refirió a ninguno de estos tres libros, sino al intitulado *Primera, segunda y tercera parte de Orlando Enamorado: Espejo de Caballerías en el qual se tratan los hechos del conde D. Roldán y del muy esforzado cavallero D. Reynaldos de Montalvan y de otros muchos preciados cavalleros* (Medina del Campo, Francisco del Canto, 1586).

10 Irónicamente llama CERVANTES verdadero historiador a Juan Turpín, arzobispo de Reims, a quien se atribuyó dos siglos después de su muerte una mendosísima historia de Carlomagno, tan plagada de cuentos y disparates, que para siempre dió fama de embustero a su supuesto autor. Ludovico Ariosto,

en verdad que estoy por condenarlos no más que a destierro perpetuo, siquiera porque tienen parte de la invención del famoso Mateo Boyardo, de donde también tejió su tela el cristiano poeta Ludovico Ariosto; al cual, si aquí le hallo, y que habla en otra lengua que la suya, no le guardaré respeto alguno; pero si habla en su idioma, le pondré sobre mi cabeza.

asimismo por ironía, llama *veraz* a Turpín cuando dice copiar de él hipérboles tan hiperbólicas, si vale decirlo así, como la siguiente (*Orlando furioso*, canto xxx, octava 49):

“I tronchi fin al ciel ne sono asceti,
 Scrive Turpin, verace in questo loco,
 Che due o tre giù ne tornaro accesi,
 Ch'eran saliti a la sfera del fuoco.”

3 Mateo Boyardo, conde de Escandiano, compuso el poema caballeresco *Orlando innamorato*, publicado en el último tercio del siglo xv (1486 y 1495). Después continuó su argumento en *Orlando Furioso*, poema semiburlesco en cuarenta y seis cantos, el gran Ludovico Ariosto, poeta de tan maravillosa habilidad descriptiva, que con razón ha escrito de él Antón Francesco Grazzini:

“Ei ti pinga una cosa così bene,
 Che ti pare d'averla innanzi agli occhi.”

5 Hartzenbusch, por creer defectuoso el texto en este pasaje, enmendó: “si aquí le hallo y *veo* que habla...” No conoció que había de sobrentenderse repetido el verbo *hallar*: “si aquí le hallo, y [*hallo*] que habla en otra lengua que la suya...” Cuervo, en el § 450 de sus *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano*, comprobó tal explicación con diversos ejemplos, estos cervantinos entre otros: “Halló cerrada la puerta, y [*halló*] que el paje no estaba en casa” (*La señora Cornelia*). “Conoció mi asno, y [*conoció*] que venía sobre él en hábito de gitano aquel Ginés de Pasamonte...” (*Quijote*, II, iv).

8 “Lo de *poner sobre la cabeza* —dice Clemencín en otro lugar (I, xxxi), explicando una expresión análoga a la del texto— es ceremonia y señal de respeto, que se observa con las cédulas o diplomas de los reyes o de los papas en ciertas ocasiones solemnes.” Así era, en efecto, y por alusión a lo mu-

—Pues yo le tengo en italiano —dijo el Barbero—; mas no le entiendo.

—Ni aun fuera bien que vos le entendiéradés —respondió el Cura—; y aquí le perdonáramos al señor Capitán que no le hubiera traído a España y

cho que solía costar obtener una bula pontificia, dice un viejo refrán castellano: “Bula del Papa, *ponla en la cabeza* y págala de plata.” Un ejemplo de la dicha ceremonia. Acabada de leer en un cabildo de la ciudad de Écija (27 de junio de 1588) la real provisión por la cual se nombraba escribano público de la misma a Rodrigo de Torralva (el escribano de este nombre que anduvo en el campo sacando trigo por el comisario MIGUEL DE CERVANTES), “el dicho corregidor y Regidores cada vno por sí tomaron en sus manos la dicha rreal provision y *la besaron y pusieron sobre sus cabeças* y dixeron que la obedescian con el acatamiento deuido...” (Archivo Municipal de Écija, Actas capitulares, libro de 1588, fol. 130 vto.) Lo propio, en cuanto a besarlo y ponerlo sobre la cabeza, se hacía con cualquier otro objeto que enviaba la majestad real. Sebastián de Horozco en una relación de la entrada de Felipe II en Toledo, a 26 de noviembre de 1559: “Don Luis le dijo [al Marqués de Villena] que su Majestad enviaba a su señoría aquella copa en reconocimiento de los servicios que los Marqueses de Moya sus antepasados habían hecho a la Corona real de Castilla, y el marqués quitó su gorra y tomó la dicha copa y *la besó y puso sobre su cabeza*, y dijo que besaba los pies de su Majestad por la merced que le hacía.” (*Relaciones históricas de los siglos XVI y XVII*, publicadas por los Bibliófilos Españoles, Madrid, 1896, pág. 75.)

3 Diría esto el Cura porque, como poema que tiene no pocos pasajes libres, y aun francamente obscenos, su lectura no es para barberos, sino para personas que, por su más alto saber, puedan sacar el fruto que se esconde entre la pompa y lozanía de ese follaje. Aun para el cardenal Hipólito de Este, a quien servía Ariosto, no era lectura el *Orlando*.

5 Se refiere al capitán don Jerónimo de Urrea, que tradujo en verso el *Orlando furioso*, y cuya versión, que salió de molde en 1556, deja mucho que desear, así por lo floja y descuidada como por las supresiones y aun adiciones que arbitrariamente hizo en no pocos lugares del poema. Ya la había tachado Diego Ramírez Pagán en epístola dirigida a Jorge de

hecho castellano; que le quitó mucho de su natural valor, y lo mesmo harán todos aquellos que los libros de verso quisieren volver en otra lengua; que, por mucho cuidado que pongan y habilidad que muestren, jamás llegarán al punto que ellos tienen ⁵ en su primer nacimiento. Digo, en efeto, que este libro, y todos los que se hallaren que tratan destas cosas de Francia, se echen y depositen en un pozo seco, hasta que con más acuerdo se vea lo que se ha de hacer dellos, ecetuando a un *Bernardo del* ¹⁰ *Carpio* que anda por ahí, y a otro llamado *Roncesvalles*; que éstos, en llegando a mis manos, han de estar en las del Ama, y dellas en las del fuego, sin remisión alguna.

Montemayor (*Floresta de varia poesia*, Valencia, Joan Navarro, 1562):

“Ande la traduccion mal romangada
del Ariosto, y ande el Petrarchista
con la ceruiz herguida y entonada.”

Y don Francisco Manuel de Melo, en su *Hospital das Letras* (apud *Apologos dialogaes*, Lisboa Occidental, Mathias Pereyra da Sylva & Joam Antunes Pedrozo, M.DCC.XXI, pág. 345), hace decir a Bocalini, refiriéndose a un autor pésimo, “que homem que tal fez merecia ser ajoujado com Dom Heronimo de Orrea, traductor de Ludovico Ariosto outava por outava, & que ambos acarretassem agua de Hypocrene para a cozinha de Appollo, sem mais vida nem descanso”.

6 En el cap. LXII de la segunda parte veremos que CERVANTES hace alguna excepción a esta regla.

11 *Historia de las hazañas y hechos del invencible caballero Bernardo del Carpio*, escrita en octavas por Agustín Alonso (Toledo, Pero López de Haro, 1585).

12 *El verdadero sucesso de la famosa batalla de Roncesvalles, con la muerte de los doze Pares de Francia*, poema compuesto por Francisco Garrido de Villena (Valencia, Ioan de Mey Flandro, M.D.LV). A juzgar por dos abominables octavas que de este rarísimo libro copia Cortejón, el Cura no fué sino muy justo al condenarlo a las llamas.

Todo lo confirmó el Barbero, y lo tuvo por bien y por cosa muy acertada, por entender que era el Cura tan buen cristiano y tan amigo de la verdad, que no diría otra cosa por todas las del mundo. Y
5 abriendo otro libro, vió que era *Palmerín de Oliva*, y junto a él estaba otro que se llamaba *Palmerín de Inglaterra*; lo cual visto por el Licenciado, dijo:

5 Del *Palmerín de Oliva* hay diversas ediciones, la primera de las cuales parece ser una de Salamanca hecha en 1511 e intitulada: *El libro del famoso y muy esforçado cauallero Palmerín de Olivia...* (sic). Otras posteriores son la de Salamanca, 1525, la de Venecia, 1534, en 8.º, citada poco ha (205, 12), dos de Sevilla, de Juan Cromberger y Jacobo Cromberger, respectivamente, 1540 y 1547, una de Medina del Campo, 1562, la de Toledo, Pedro López de Haro, 1580, y alguna más. La segunda parte de esta historia, comúnmente llamada *Primaleón*, se titula *Libro segundo de Palmerín: que trata de los altos hechos en armas de Primaleon su fijo: y de su hermano Polendos: y de don Duardos príncipe de Inglatierra...*, 1516, de que se hicieron reimpressiones en Sevilla, 1524, Venecia, 1526, Toledo, 1528, Venecia, 1534, Medina del Campo, 1563, Lisboa, 1566, Bilbao, 1585 y Lisboa, 1598.

7 *Palmerín de Inglaterra* es el libro sexto de la serie de los Palmerines, y, a lo que parece, su primera edición salió a luz en dos volúmenes en un tomo, intitulados: *Libro del muy esforçado cauallero Palmerín de Inglaterra hijo del rey don Duardos: y de sus grandes proezas: y de Floriano del desierto su hermano con algunas del príncipe don Florendos, hijo de Primaleon... Libro segundo del... en el qual se prosiguen y han fin los muy dulces amores que tuvo con la Infanta Polinarda, dando cima a muchas aventuras, y ganando inmortal fama con sus grandes fechos. Y de Floriano del desierto su hermano con algunas del príncipe Florandos hijo de Primaleon*. Toledo, en casa de Fernando de Santa Cathalina defunto, M. D. XLVIII. En fol. El *Palmerín de Inglaterra* se ha venido creyendo por muchos obra de Luis Hurtado de Toledo, cuyo nombre y primer apellido se lee en unas octavas acrósticas de los principios de la primera parte; mas, no obstante esto, como desde antiguo sostenían otros, pruébase que fué escrito originalmente en portugués por Francisco Moraes Cabral, si

—Esa *oliva* se haga luego rajadas y se queme, que aun no queden della las cenizas: y esa *palma de Ingalaterra* se guarde y se conserve como a cosa única, y se haga para ello otra caja como la que halló Alejandro en los despojos de Dario, que la diputó s

bien la traducción castellana —como dice Fitzmaurice-Kelly en su *Historia de la Literatura Española* (Madrid, 1913), pág. 215— es anterior a la primera edición conocida del original (1567). Ya en 1905 escribía Menéndez y Pelayo acerca de este particular (*Orígenes de la Novela*, tomo I, pág. cclxx de la introducción): “Las pruebas intrínsecas que el mismo libro de Toledo, cotejado con el de Évora, nos suministra, nos llevan forzosamente a la conclusión contraria [contraria a la originalidad del texto castellano]. Es traducción del portugués, y traducción muy desaliñada, en que no han desaparecido los rastros de su origen, hasta el punto de llamarse *Tejo* al Tajo, forma inverosímil en un toledano. Por ningún concepto puede atribuirse la prosa del *Palmerín* al elegante escritor Luis Hurtado...”

1 Por mi voto, no se haga rajadas ni se queme (y perdónenme los manes del culto licenciado Pero Pérez); que a buen seguro que en pocos libros de caballerías se hallarán capítulos tan interesantes y enternecedores como aquel (cvii) en que Palmerín, sabiendo ya que es hijo de Florendos y de la princesa Griana, descubre este secreto al Emperador, padre de ella, y le ruega que les dé su perdón.

5 ¿Pronunciaba CERVANTES *Dario*, o *Dario*? De entrambas cosas hay muestras en los escritores de su tiempo. Juan de la Cueva, *Comedia del Degollado* (apud *Primera parte de las comedias y tragedias de...*, fol. 82 vto.):

“...De suerte quel vanquete de *Dario*
No yguale (si es possible) con el mío.”

En cambio, decía *Dario* el Marqués de Santillana, en la copla LXVII de sus *Proverbios*:

“Más presto fué destruydo
El rey *Dario*
Del poderoso adversario
E vencido...”

Y muchos otros autores, pues esta prosodia fué la más corriente. Rey de Artieda, por ejemplo, en sus *Discursos... de Artemidoro*:

para guardar en ella las obras del poeta Homero. Este libro, señor compadre, tiene autoridad por dos cosas: la una, porque él por sí es muy bueno; y la otra, porque es fama que le compuso un discreto rey
 5 de Portugal. Todas las aventuras del castillo de Miraguarda son bonísimas y de grande artificio; las razones, cortesanas y claras, que guardan y miran el decoro del que habla, con mucha propiedad y

“Mis hechos son comunes, ordinarios;
 tú descubres vn alma generosa
 que abatirá mil Xerxes y mil *Darios*.”

También como bisílabo en el parnaso de Italia. Vittoria Colonna comienza así uno de sus sonetos:

“Quel che di tutto il bel ricco Oriente
 E del gran *Dario* andò superbo e altero...”

1 Cuenta Plutarco, y asimismo Plinio el naturalista, que Alejandro el Grande, habiéndose encontrado entre los despojos del rey Darío una caja riquísima, guarnecida de oro y piedras preciosas, la destinó para guardar los libros de Homero.

1 Menéndez y Pelayo (*Orígenes de la Novela*) notó que “el autor del *Diálogo de la Lengua*, que juzga con mucha severidad toda la literatura caballeresca, parece indulgente con el *Palmerín* y el *Primaleón*, aunque no da los motivos de su juicio, limitándose a decir que *por ciertos respetos* habían ganado crédito con él. En cambio, CERVANTES ni siquiera menciona el *Primaleón*, y manda que *la oliva* de Palmerín se haga “luego rajas y se queme, que aun no queden della las cenizas”. Nadie dirá que la sentencia sea injusta —añade el Maestro—; pero contrasta con tan fiero y ejecutivo rigor el exorbitante panegírico que a renglón seguido hace del *Palmerín de Inglaterra*... A estas palabras debe su fortuna póstuma el *Palmerín de Inglaterra*, que en su tiempo no la tuvo muy grande, puesto que una sola vez fué impreso en lengua castellana”.

5 En efecto, la paternidad de esta obra se atribuyó por algunos al rey de Portugal don Juan II.

8 En la edición XV del léxico oficial ha entrado la frase *guardar el decoro*, de la cual decía Valdés en su *Diálogo de la Lengua*: “Cuando queremos decir que uno se gobierna en su manera de vivir conforme al estado y condición que tiene, de-

entendimiento. Digo, pues, salvo vuestro buen parecer, señor maese Nicolás, que éste y *Amadís de Gaula* queden libres del fuego, y todos los demás, sin hacer más cala y cata, perezcan.

—No, señor compadre —replicó el Barbero—; que este que aquí tengo es el afamado *Don Belianís*.

—Pues ése —replicó el Cura—, con la segunda,

cimos que *guarda el decoro*. Es propio este vocablo de los representantes de las comedias, los cuales entonces se decía que *guardaban bien el decoro* cuando guardaban lo que convenía a las personas que representaban."

8 (pág. 214) *Propriedad*, a la latina; mas en los primeros años del siglo XVII ya solía escribirse como lo escribimos y decimos hoy.

4 Sobre la frase *hacer cala y cata* dice el doctor Luis Galindo en su inédita colección de refranes intitulada *Sentencias filosóficas...*, t. IV, refrán 58: "Registrar las vituallas y pertrechos para vna navegacion, las armas y viveres para la guerra que se previene, entrar los almagas, ver y gustar los mantenimientos el que haze officio de veedor, esto dezimos *cala y cata*. Y de aqui las preuenciones y experiencias en algun negocio, tanteando la entrada y salida de él, llamamos su *cala y cata*." Era frase de uso corriente en tiempo de CERVANTES. En cabildo que el concejo de Osuna celebró en 4 de julio de 1524 se acordó "que se haga *cala y cata* del pan [del trigo y la cebada] que ay en esta villa y se traiga la razon al dicho cabildo" (Archivo Municipal de Osuna, Actas capitulares, libro I, fol. 255). Y en el cabildo de la ciudad de Sevilla celebrado a 29 de mayo de 1598, el jurado Rodrigo Díaz Cataño propuso que se alistarán los moriscos que había en la ciudad, que trajesen una señal para ser conocidos y que se *hiciera cala y cata* de sus armas (Archivo Municipal de Sevilla, Actas capitulares).

6 *Historia del valeroso e invencible príncipe don Belianís de Grecia, hijo del emperador don Belanio y de la Emperatriz clarinda, sacado de lengua griega, en la qual le escribió el sabio Frison, por un hijo del virtuoso varon Toribio Fernandez...* Hay varias ediciones de este libro, compuesto por el licenciado Jerónimo Fernández, vecino de Madrid, la primera de ellas, de Burgos, Martín Muñoz, 1547.

tercera y cuarta parte, tienen necesidad de un poco de ruibarbo para purgar la demasiada cólera suya, y es menester quitarles todo aquello del castillo de la Fama y otras impertinencias de más importancia, para lo cual se les da término ultramarino, y como se enmendaren, así se usará con ellos de misericordia o de justicia; y en tanto, tenedlos vos, compadre, en vuestra casa; mas no los dejéis leer a ninguno.

10 —Que me place —respondió el Barbero.

Y sin querer cansarse más en leer libros de caballerías, mandó al Ama que tomase todos los grandes y diese con ellos en el corral. No se dijo a tonta ni a sorda, sino a quien tenía más gana de quemar-

1 La segunda parte del *Don Belianís* se agregó a la primera en una impresión de Zaragoza, Domingo de Portonariis, MDLXXX, y en otra de Burgos, Alonso y Estevan Rodríguez, 1587, y en 1579, asimismo en Burgos, Pedro de Santillana, salieron a luz en un tomo la *Tercera y quarta parte del imbecible príncipe don Belianís*..., reimpresas en la misma ciudad ocho años después.

5 Aunque en lo forense se entiende por *término ultramarino* el que se concede para la prueba que debe hacerse en ultramar, figuradamente se llamó así todo plazo dilatado. Fray Juan de Pineda, *Agricultura christiana*, diálogo XII, § 1: "Atentos los méritos de la causa, que como ceuil (leve) no ha menester términos vltamarinos, digo..."

14 Hartzenbusch en las dos ediciones de la Argamasilla y Benjumea en la suya leyeron "a tonta ni a manca", e hicieron mal, porque la expresión no fué inventada por CERVANTES, y a sorda, y no a manca, se decía en casos análogos. Fernández de Oviedo, *Historia de las Indias*, t. IV, pág. 432: "...envió a decir a Carvajal que matasse algunos [hombres] de los que llevaba... E no lo dixo a sordo, porque luego ahorcó tres..." Castillo Solórzano, *Tardes entretenidas* (Madrid, Viuda de Alonso Martín, 1625), fol. 108 vto.: "*No, se lo dixo a tonto ni a lerdo, sino a vno de los mayores bellacos de aquella tierra...*" Pero, ¿qué más, si CERVANTES mismo lo repitió en el cap. XLV de la segunda parte? "*Y no lo dijo a tonto ni a sordo; porque luego partió como un rayo...*"

llos que de echar una tela, por grande y delgada que fuera; y asiendo casi ocho de una vez, los arrojó por la ventana. Por tomar muchos juntos, se le cayó uno a los pies del Barbero, que le tomó gana de ver de quién era, y vió que decía: *Historia del famoso caballero Tirante el Blanco*.

—¡Válame Dios! —dijo el Cura, dando una gran

1 Echar una tela es, según el *Diccionario*, “hacer, o mandar hacer, las labores necesarias hasta tejerla”. Así rezan nuestros refranes: “Quien por la Magdalena vela, *echa buena tela*”; “Quien por San Bartolomé no vela, no *echa buena tela*.” El donaire con que CERVANTES dice que el Ama tenía más gana de quemar los libros “que de echar una tela, por grande y delgada que fuese” (que de esto no tenía ninguna, por ser tarea larga y enfadosa), se entenderá mejor por una frase, análoga en cuanto al sentido, de Quiñones de Benavente, en su *Entremés famoso del Amolador*:

“BEATRIZ. Más precio un retintín de una guitarra
que setecientos anchos de vainica;
que una me alegra, y otra me replica.”

6 En 1511 se publicó en castellano, traducido del original catalán, el *Tirant lo Blanch*, con este título: *Los cinco libros del esforzado e invencible caballero Tirante el Blanco*... En la efímera revista madrileña intitulada *Archivo de Investigaciones Históricas* salió a luz en 1911 un detenido *Estudio crítico de la novela caballeresca Tirant lo Blanch*, obra del muy docto cervantista don Juan Givanel. A este trabajo y al *Ensayo bibliográfico de Tirant lo Blanch* de don Marcelino Gutiérrez del Caño, publicado en 1918 en la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos* y del cual se hizo tirada aparte, puede acudir el lector deseoso de saber puntualizadas noticias acerca del que en realidad de verdad, debe llamarse “el primer libro de caballerías que se imprimió en España” (1490). En cuanto a su mérito e importancia dentro de la bibliografía caballeresca, véase a Menéndez y Pelayo, tomo I de los *Orígenes de la Novela*, pág. CCLI y siguientes de la introducción.

7 *Vala*, por *valga*, solía decirse, aun fuera de esta exclamación vulgar, en el último tercio del siglo xvi. En causa por hechicería, seguida contra el licenciado Amador Velasco, años de 1576-1578 (Archivo Histórico Nacional, Inquisición de To-

voz—. ¡Que aquí esté *Tirante el Blanco*! Dádmele acá, compadre; que hago cuenta que he hallado en él un tesoro de contento y una mina de pasatiempos. Aquí está don Quirieleisón de Montalbán, valeroso caballero, y su hermano Tomás de Montalbán, y el caballero Fonseca, con la batalla que el valiente de Tirante hizo con el alano, y las agudezas

ledo, leg. 97, n.º 279), ocurre tal forma en una invocación supersticiosa que se dirigía a la verbena: "...y luego dirás: "berbena, yo fulano te mando por Dios que te crió que me guardes y me balas en todas las cosas para que yo te cojo..." Y aun *equivala*, por el *equivalsa* de hoy. Alejo Venegas, *Agonía del tránsito de la muerte*, fol. 108: "Porque aunque la missa *equivala* a la passion de nuestro redemptor..."

1 Estas *grandes voces*, que, como iremos viendo, son frecuentes en el *Quijote*, tienen su origen en las que a cada paso se mencionan en los libros de caballerías. *La hystoria de la reyna Sebilla* (Burgos, Juan de Junta, M.D.Lj), cap. XVIII: "Dijo el hermitaño a muy grandes voces: "Señor, hazed llegar vuestras gentes, que vengan con vos quantos supieren tomar armas..." *Leandro el Bel*, fol. 82: "El Rey, que aquello oyó y conoscio al rey y a su hijo, que junto a él estaua, dando una gran voz dixo..."

5 El cap. lxxvii contiene la "Letra de batalla tramesa per kirlayson de muntalba a Tirant lo blanch", fechada en la ciudad de Frisa, "a ii de Juliol". Responde Tirante a este cartel (cap. lxxix) desde la ciudad de Londres, va a ella don Quirielayson, pero muere antes de llevar a efecto el desafío, porque de ira "la fel li sclata" (cap. lxxx); y entonces, desafía su hermano Thomas de muntalba a Tirante, y éste le vence (cap. lxxxii).

6 Dice Menéndez y Pelayo, en nota de su introducción a los *Orígenes de la Novela*, tomo I, pág. CCLI: "Es singular, y prueba la portentosa memoria de CERVANTES, el que se acordase de este insignificante personaje, que sólo una vez está mencionado en el enorme libro del *Tirante* (cap. cxxxii): "Tota la gent se arma e pujaren a cavall per partir. Primerament ixque la bandera del Emperador portada per un cavaller qui era nomenat *Fonseca*, sobre un gran e marauellos cavall tot blanch..."

7 También en *La hystoria de la reyna Sebilla*, cap. x, hay

de la doncella Placerdemivida, con los amores y embustes de la viuda Reposada, y la señora Emperatriz, enamorada de Hipólito su escudero. Dígoos verdad, señor compadre, que, por su estilo, es éste el mejor libro del mundo: aquí comen los caballeros, y duermen, y mueren en sus camas, y hacen testamento antes de su muerte, con otras cosas

una lucha de un hombre con un perro: del traidor Macaire, pariente del magancés Galalón y matador del buen caballero Auberín de Mondifer, con el tan valiente como fiel perro de éste, el cual vence a su contrario en el palenque, ante el rey Carlo Magno y su corte, y al cabo se deja morir de hambre junto a la sepultura de su amo.

5 Contra la opinión de muchos, don Marcelino Menéndez y Pelayo, maestro universal en estas materias, no tuvo por irónico este elogio, sino por sincero, aunque expresado en forma humorística. "CERVANTES —dice en el lugar citado cuatro notas atrás— señaló, entre burlas y veras, el carácter realista del *Tirante*, fijándose en detalles tales como la lucha del héroe con un perro, que es, en efecto, de lo menos caballeresco que puede imaginarse, aunque tiene precedente en la del rey Artús con un monstruoso gato; no olvidó la sensual pintura de los amores de la vieja emperatriz y del escudero Hipólito, ni las intrigas por todo extremo livianas y celestinescas en que intervienen la doncella Placer-de-mi-vida y la viuda Reposada, felicísimos nombres uno y otro, que acreditan la inventiva y buen humor de quien los discurrió. No se le pasó por alto el grotesco nombre de don Quirieleisón de Montalbán, digno del repertorio de Rabelais..."

6 Como en los libros de caballerías por gran rareza se hace mención de que los caballeros comen y duermen, señala el buen licenciado Pero Pérez el *Tirante el Blanco* como excepción de esta regla. Tampoco se trata de esos menesteres en las novelas pastoriles, a lo cual aludió Lope de Vega en su novelita *La prudente venganza*, interrumpiéndose para dirigirse a *Marcia Leonarda*: "Ya se llegaba la hora del comer y ponían las mesas (para que sepa V. m. que no es esta novela libro de pastores, sino que *han de comer y cenar* todas las veces que se ofreciere ocasión), quando Laura..."

7 Pues ¿habían de hacerlo después? Quiere decir, es-

de que todos los demás libros deste género carecen. Con todo eso, os digo que merecía el que lo compuso, pues no hizo tantas necedades de industria, que le echaran a galeras por todos los días de su vida. Llévadle a casa y leedle, y veréis que es verdad cuanto dél os he dicho.

—Así será —respondió el Barbero—; pero ¿qué haremos destos pequeños libros que quedan?

tando en trance de muerte. En efecto, el cap. cccclxix contiene “Lo testament que feu Tirant”, el cual empieza con una de las fórmulas acostumbradas a fines del siglo xv: “Com sia certa cosa lo morir: e a la creatura racional incerta la hora de la mort..., Yo Tirant lo blanch, del linatge de rocasalada e de la casa de bretanya..., detengut de malaltia de la qual tem morir, empero en mon seny ferma e integra e manifesta paraula..., en nom del meu senyor ihesu christ fas e orden lo present meu testament...” Con otra fórmula asimismo curialesca empieza (cap. cccclxxvii) el testamento de la princesa Carmesina: “Com totes les coses mundanals sien transitories e allenegables..., en nom del mey senyor ihesu crist fas e orden lo present meu testament e derrera voluntat mia...”

5 “Pasaje el más obscuro del *Quijote* —dice Clemencín al llegar a este punto—. Por una parte parece que se alaba el libro de *Tirante*, y por otra se declara merecedor de galeras perpetuas a quien lo compuso.” Muchos han pretendido descifrar estas palabras de CERVANTES y cada cual ha imaginado lograrlo. Para resumir lo que se alegó hasta ahora y para emitir mi opinión, que, chico y todo, también la tengo, no hay bastante espacio en una nota. Por tanto, quede el asunto para el apéndice xi del tomo VII.

6 Aquí el buen cura Pero Pérez invitando al Barbero a que lea el *Tirante el Blanco*, tiene la manga más ancha que cuando poco antes le dijo que no fuera bien que entendiase el *Orlando furioso*, si es que allí, en efecto, aludió a sus obscenidades, que se quedan en mantillas junto a las del *Tirant*. Es claro, y ya lo apunté, que el ejemplar de esta obra que poseía don Quijote era de la traducción castellana publicada en Valladolid en 1511; porque, aun supuesto que nuestro buen hidalgo manchego conociese el lemosín, puede darse por seguro que no lo conocía el Barbero, y que, por tanto, no habría podido leer el texto en su lengua original.

—Éstos —dijo el Cura— no deben de ser de caballerías, sino de poesía.

Y abriendo uno, vió que era *La Diana de Jorge de Montemayor*, y dijo, creyendo que todos los demás eran del mismo género:

—Éstos no merecen ser quemados, como los demás, porque no hacen ni harán el daño que los de caballerías han hecho; que son libros de entendimiento, sin perjuicio de tercero.

—¡Ay, señor! —dijo la Sobrina—. Bien los puede vuestra merced mandar quemar, como a los demás; porque no sería mucho que habiendo sanado mi señor tío de la enfermedad caballeresca, leyendo éstos se le antojase de hacerse pastor y andarse por los bosques y prados cantando y tañendo, y, lo que sería peor, hacerse poeta, que, según dicen, es enfermedad incurable y pegadiza.

—Verdad dice esta doncella —dijo el Cura—, y será bien quitarle a nuestro amigo este tropiezo y ocasión delante. Y pues comenzamos por *La Diana*

4 *Los siete libros de la Diana de Jorge de Montemayor*, obra impresa en Valencia, sin año, pero quizás en 1559, es una novela pastoril, mezclada de prosa y verso, como todas, y de la cual se han hecho muchas ediciones dentro y fuera de España.

9 Así, *de entendimiento*, en la edición príncipe y casi todas las antiguas. Clemencín, Cortejón y otros han leído *de entretenimiento*.

20 Así en la edición original, en las demás antiguas y en casi todas las modernas: "quitarle... este tropiezo y ocasión delante". CERVANTES, a juzgar por la misma edición príncipe, no solía omitir la preposición *de* en casos análogos, como lo demuestran estos ejemplos: en el cap. XXIII (fol. III): "...y podría ser que topassen... con aquel hombre que con tanta priessa se les auia quitado *de delante*." En el cap. XXVIII (fol. 150): "...y apartandose los cabellos *de delante* de los ojos con entrambas manos..." En el cap. XLVII de la segunda parte (folio 174 vto.): "...quando el de la varilla tocando con ella en el

de Montemayor, soy de parecer que no se queme, sino que se le quite todo aquello que trata de la sabia Felicia y de la agua encantada, y casi todos los versos mayores, y quédesele en hora buena la
 5 prosa, y la honra de ser primero en semejantes libros.

plato, se le quitaron *de delante* con grandissima celeridad..." Con todo, en algún pasaje, además del que ha dado causa para esta nota, se omitió el *de*, verbigracia, en el cap. xxxvii de esta primera parte (fol. 225 vto.): "*Quitenseme delante* los que dixerén que las letras hazen ventaja a las armas...". Esta falta, ¿fué debida a omisión inconsciente de una de dos sílabas iguales e inmediatas, cosa de que pueden señalarse en el *Quijote*, como en cualquier otro libro de su tiempo, no escasas muestras? Páreceme que se debería a esto, bien que contra tal conjetura puedan citarse unos versos que hallo en la *Fábula de Dafnes y Apolo*, de Gregorio Silvestre (*Las obras del famoso poeta...*, fol. 169 de la edición de Lisboa, 1592):

"¿Quál azero, quál diamante
 no se ablandara en oyr
 las palabras del amante?
 Y ella apresura el huyr,
 por quitársele delante."

4 A Clemencín le pareció justa esta censura, "pero más severa de lo que corresponde a la indulgencia ordinaria de CERVANTES". Coincide con su opinión la de Menéndez y Pelayo, *Orígenes de la Novela*, tomo I, pág. CDLXIX. "Los encantamientos —dice— de la sabia Felicia y el agua maravillosa que, infundiendo dulce sueño en los amantes, trocaba sus respectivas inclinaciones, son una máquina poética no más fantástica e inverosímil que la mayor parte de las aventuras de los primeros libros del *Persiles*, aunque el episodio de Montemayor no está escrito, ciertamente, con aquel estilo soberano que en la obra de la vejez de CERVANTES hace tolerable hasta lo absurdo. También es excesiva la condenación en globo de todos los versos de arte mayor. Los endecasílabos de la *Diana* no valen menos que los de la *Galatea*, sobre todo, si se tiene en cuenta el gran progreso que la técnica de la versificación tuvo en los cincuenta años últimos del siglo xvi, por obra principalmente de las escuelas andaluzas..."

—Este que se sigue —dijo el Barbero— es *La Diana* llamada *segunda, del Salmantino*; y éste, otro que tiene el mismo nombre, cuyo autor es Gil Polo.

—Pues la del Salmantino —respondió el Cura— acompañe y acreciente el número de los condenados al corral, y la de Gil Polo se guarde como si fuera del mismo Apolo; y pase adelante, señor compadre, y démonos prisa, que se va haciendo tarde.

—Este libro es —dijo el Barbero abriendo otro— *Los diez libros de fortuna de amor*, compuestos por Antonio de Lofraso, poeta sardo.

2 *Segunda parte de la Diana...*, de Alonso Pérez, médico de Salamanca, obra que se imprimió primeramente en Valencia, 1564, y fué reimpresa el mismo año en Alcalá de Henares. "No creo —dice Menéndez y Pelayo— que volviera a imprimirse suelta, pero acompaña casi constantemente a todas las ediciones y traducciones antiguas de la obra de Montemayor."

4 *Primera parte de Diana enamorada*. Valencia, Ioan Mey, 1564.

8 "Cervantes, jugando con el apellido del autor, dijo que su *Diana* se guardase "como si fuera del mismo Apolo". La posteridad ha confirmado el fallo, y no sólo conserva la *Diana enamorada* su prestigio tradicional, sino que es todavía una de las pocas novelas que pueden leerse íntegras, no sólo sin fatiga, sino con verdadero deleite." (Menéndez y Pelayo, *Orígenes de la Novela*, tomo I, pág. cdlxxxI.) Como buen portugués, don Francisco Manuel de Melo, en su *Hospital das Letras* (apud *Apologos dialogaes*, pág. 344), hace decir a Trajano Bocalini luego que Justo Lipsio ha celebrado la *Diana* de Montemayor: "Gaspar Gil Polo o quiz competir con outra semelhante Diana, mas salio bastarda, & só legitima a Portugueseza."

12 *Los diez libros de fortuna de amor...*, Barcelona, Pedro Malo, 1573. En 8.º De Lofraso, o mejor, *Lo Frasso*, volvió a tratar CERVANTES en el cap. III del *Viage del Parnaso*. en tales términos, que nadie dudará que son de todo punto irónicos los elogios que le prodiga el buen cura paisano y ami-

—Por las órdenes que recibí —dijo el Cura—
que desde que Apolo fué Apolo, y las musas mu-

go de nuestro don Quijote. Para aplacar las furiosas olas propone Mercurio, al pasar entre Scila y Caribdis:

“Miren si puede en la galera hallarse
Algun Poeta desdichado, acaso,
Que a las fieras gargantas pueda darse.
Buscaronle, y hallaron a *Lofraso*,
Poeta militar, Sardo, que estaua
Desmayado a vn rincon, marchito y laso;
Que a sus *diez libros de fortuna* andaua
Añadiendo otros diez, y el tiempo escoge
Que más desocupado se mostraua.
Gritó la chusma toda: “al mar se arroge;
“Vaya Lofraso al mar sin resistencia.”
“Por Dios, dixo Mercurio, que me enoge.
“¿Cómo y no será cargo de conciencia,
“Y grande, echar al mar tanta Poesia,
“Puesto que aquí nos hunda su inclemencia?
“Viua Lofraso, en tanto que de al dia
“Apolo luz, y en tanto que los hombres
“Tengan discreta alegre fantasia.
“Tócante a ti, o Lofraso, los renombres
“Y epítetos de agudo y de sinzero,
“Y gusto que mi Cómitre te nombres.”
Esto dixo Mercurio al Cauallero,
El qual en la cruxia en pie se puso
Con vn rebenque despiadado y fiero.
Creo que de sus versos le compuso...”

Y bien pudo hacer de sus versos, no digo ya un rebenque, sino cosa aún más temible, porque escribía como van a ver los lectores por las muestras que entresaco de un ejemplar de la primera edición de su libro. Desde sus principios hace esperar maravillas: así comienza el soneto en que dedica su obra a don Luis Carroz y de Centellas:

“Aquella clara luz que el oriente
Esparze y la luna con las estrellas
No yguala al resplandor de las Centellas
De uestra Ilustre sangre reluziente.”

Al fol. 43 vto. sonetea por boca de una pastora tan gallardamente como se verá por la obra:

“Está se la tortolica recreando
a los rayos del sol en la primavera

sas, y los poetas poetas, tan gracioso ni tan disparatado libro como ése no se ha compuesto, y que, por su camino, es el mejor y el más único de cuantos deste género han salido a la luz del mundo; y el que no le ha leído puede hacer cuenta que no ha leído jamás cosa de gusto. Dádmele acá, compadre; que precio más haberle hallado que si me dieran una sotana de raja de Florencia.

y viendose venir el ala lijera
del gauilan que caça le va dando.
Entre las ramas se lo está mirando
tan fuera de sentido y lastimera,
que atonita le veis de tal manera
su cuerpo y alas de miedo temblando..."

No he de seguir copiando. La prosa, empero, no es tan mala como los versos, fuera de ser mirladita y dulzona, como en general lo suele ser la de las novelas pastoriles. De Lofraso trató Menéndez y Pelayo en su cien veces mencionada introducción a los *Orígenes de la Novela*, tomo I, págs. cdxv y siguientes, y a ella remito al lector deseoso de más amplias noticias.

3 *Por su camino*, en equivalencia de *a su manera*, o *por su estilo*, como dijo el Cura al tratar de *Tirante el Blanco* (219, 4).

8 No es mal encarecimiento el de nuestro buen licenciado, porque la *raja de Florencia* era paño rico y costoso, de que sólo vestía la gente principal. Así, en la "lista de los criados de la casa de SS. AA. los Príncipes de Saboya, a quienes S. M. vistió por su cuenta en la muerte del príncipe Felipe Manuel" 1605), figuran los secretarios Botero y Juan de Urbina, cada cual con doce varas de *raja de Florencia*. (Pérez Pastor, *Documentos cervantinos inéditos*, tomo II, pág. 433, nota.) A fines del segundo tercio del siglo xvi había cundido tanto el gusto de usar las *rajas de Florencia*, que las Cortes de Madrid de 1563 hicieron capítulo suplicando al Rey que se prohibiese traerlas, por lo mucho que con su entrada perdían las fábricas (*Actas de las Cortes de Castilla*, t. I, Madrid, 1861, pág. 385): "Otro sí dezimos que, como es notorio, se han venido a vsar tanto las *rajas*, que ya casi no se viste de otros paños la más de la gente, y es en tanta cantidad las que entran de *Florencia*, que montan más de seyscientos mil ducados

Púsole aparte con grandísimo gusto, y el Barbero prosiguió diciendo:

—Estos que se siguen son *El Pastor de Iberia*; *Ninfas de Henares* y *Desengaño de celos*.

en cada un año, los quales todos se vienen a sacar del reyno, y se dexan de gastar los paños que se labran en él, de que los súbditos de V. M. son muy damnificados...”

3 *El Pastor de Iberia*, compuesto por Bernardo de la Vega, gentilhombre andaluz (Sevilla, Juan de León, 1591). En 8.º—Es una novela pastoril en prosa y verso, en cuatro libros. Ya he logrado leerla y verificar, como Clemencín, que “el lenguaje es malo, se truecan los tiempos de los verbos y se encuentran solecismos. La invención corresponde al lenguaje”. También de Bernardo de la Vega volvió a hacer memoria CERVANTES en el *Viage del Parnaso*, y no una, sino dos veces: la primera, en el cap. iv (fol. 38), por boca de un mal poeta, que reprocha a CERVANTES:

“Has alçado a los cielos la fortuna
De muchos que en el centro del oluido
(Sin ver la luz del sol, ni de la luna)
Yazian; ni llamado ni escogido
Fue el gran pastor de Yberia, el gran Bernardo,
Que de la Vega tiene el apellido.”

Y la segunda vez, en el cap. vii (fol. 57 vto.):

“Llegó el pastor de Iberia, aunque algo tarde,
Y derribó catorze de los nuestros,
Haziendo de su ingenio y fuerza alarde.”

Se ha dicho que este Bernardo de la Vega fué natural de Madrid, canónigo de Tucumán y autor de un libro de caballerías intitulado *La Bella Cotalda* y de una *Relacion de las grandezas del Piru, Mexico y Los Angeles*, obras impresas en Méjico en 1601; pero, como dice Clemencín, no convienen las patrias, y lo contradicen también los indicios que pueden sacarse de *El Pastor de Iberia*. Así, parece que don Nicolás Antonio confundió a dos homónimos. El “gentilhombre andaluz” Bernardo de la Vega, quizá sería hijo de un sujeto del mismo nombre, vecino de Sevilla, mercader de telillas, a quien el posadero y ex comediante Tomás Gutiérrez, amicísimo del autor del *Quijote*, dió poder en 28 de septiembre de 1591 (año de la impresión del libro) para cobrar de Mateo

—Pues no hay más que hacer —dijo el Cura— sino entregarlos al brazo seglar del Ama; y no se me pregunte el por qué, que sería nunca acabar.

—Este que viene es *El Pastor de Filida*.

de Salzedo, autor de comedias, ciertos dineros que había lastado por él, como consta por mis *Aportaciones para la historia del histrionismo español en los siglos xvi y xvii*, Madrid, 1914, pág. 8. Conjeturándolo así, tiene buena explicación el haberse expresado en la portada del libro que fué impreso a costa de Bernardo de la Vega, persona distinta, aunque homónima, del autor, porque a tratarse de éste, a costa del autor se habría dicho, sin repetir su nombre.

4 (pág. 226) No se intitula esta obra *Ninfas de Henares*, sino *Primera parte de las Ninfas y Pastores de Henares*, Dividida en seys libros. Compuesta por Bernardo González de Bouadilla Estudiante en la insigne Vniuersidad de Salamanca... (Alcalá de Henares, Iuan Gracian, M.D.LXXXVII.) En 8.º Es una novela pastoril en prosa y verso, a la cual se refiere en el cap. iv del *Viage del Parnaso* (fol. 38) aquel mal poeta que increpa a CERVANTES:

"Fuiste embidioso, descuydado y tardo,
Y a las ninfas de Henares y pastores
Como a enemigos les tiraste vn dardo."

4 (pág. 226) *Desengaño de celos*. Compuesto por Bartholome Lopez de Enciso, natural de Tendilla... (Madrid, Francisco Sanchez, 1586). En 8.º En el prólogo prometió el autor enmendar sus yerros cuando publicase la segunda parte, que no llegó a salir a luz. Es novela disparatada; pero merece alguna indulgencia, por la mocedad de López de Enciso, y él mismo la pedía a los lectores en la epístola preliminar: "Lo que suplico es se reciba no conforme al estilo humilde de la obra, mas conforme al buen desseo de su autor, y sirua para disculpa de las faltas que en ella huuiere ser obra de autor moço, y ser la primera en que ha trabajado."

4 De *El Pastor de Filida* y de su autor Luis Gálvez de Montalvo, que lo sacó a luz en Madrid por los años de 1582, escribió largamente y con su peculiar competencia don Marcelino Menéndez y Pelayo, en los *Orígenes de la Novela*, tomo I, págs. CDXCIX-DXVI. Por abril de 1927 he tratado de La "*Filida*" de Gálvez de Montalvo en mi discurso de recep-

—No es ése pastor —dijo el Cura—, sino muy discreto cortesano: guárdese como joya preciosa.

—Este grande que aquí viene se intitula —dijo el Barbero— *Tesoro de varias poesías*.

5 —Como ellas no fueran tantas —dijo el Cura—, fueran más estimadas: menester es que este libro se escarde y limpie de algunas bajezas que entre sus grandezas tiene. Guárdese, porque su autor es amigo mío, y por respeto de otras más heroicas y
10 levantadas obras que ha escrito.

ción leído ante la Real Academia de la Historia y demostrado que esta *Filida* fué doña Magdalena Girón, hermana del primer Duque de Osuna y dama de la reina doña Isabel de Valois, tercera mujer de Felipe II.

4 *Thesoro de varias poesías. Compuesto por Pedro de Padilla...* (Madrid, Francisco Sánchez, 1580.) En 4.^o

8 Este libro de Padilla tiene 482 folios en 4.^o, más ocho de principios. Porque a su bulto no corresponde el mérito ni la sustancia de muchas de sus composiciones, Baltasar del Alcázar escribió acerca de él (*Poesías de Baltasar del Alcázar*, edición que preparé en 1910 por encargo de la Real Academia Española, pág. 115):

“Padilla, ved qué gran mal:
El libro de vuestra mano
Unos le llaman liviano,
Y otros, que pesa un quintal.
Yo, como soy vuestro amigo,
Soy de contraria opinión,
Y a gritos, hecho un león,
Desta manera les digo:

“El que hallare esta suma
“Pesada, es de no entendella;
“Porque no hay en toda ella
“Cosa que pese una pluma.
“Y el que liviana y sin tomo,
“Tiene intención sospechosa;
“Porque no hay en ella cosa
“Que no pese más que plomo.”

10 Aquí aludió CERVANTES tanto a las *Églogas pastoriles* de Padilla (Sevilla, Andrea Pescioni, 1582), como a su *Romancero* (Madrid, Francisco Sánchez, 1583), a su *Jardín espiritual* (Ma-

—Éste es —siguió el Barbero— el *Cancionero de López Maldonado*.

—También el autor de ese libro —replicó el Cura— es grande amigo mío, y sus versos en su boca admiran a quien los oye; y tal es la suavidad 5 de la voz con que los canta, que encanta. Algo lar-

drid, Querino Gerardo, 1585) y a las *Grandezas y excelencias de la Virgen señora nuestra*, que compuso en octavas reales, siendo ya fraile carmelita (Madrid, Pedro Madrigal, 1587).

2 *Cancionero de López Maldonado*... (Madrid, Guillermo Droy, 1586.) En 4.^o—Porque ni en este *Cancionero* ni en las referencias de los poetas de entonces se llama a su autor de otra manera que *López Maldonado*, se venía creyendo y afirmando que *López* no era su apellido, sino su nombre de pila, como tal cual vez lo eran, por ejemplo, *García y Gómez*, *Pérez Pastor*, dando crédito a una afirmación de don Juan Pérez de Guzmán, le llamó *Juan* en el índice de nombres del tomo I de su *Bibliografía Madrileña*; pero después halló en el Archivo de protocolos de Madrid la escritura en que había concertado la impresión de su *Cancionero* con Guillermo Drouy (así firmaba), por donde consta llamarse *Gabriel López Maldonado* (*Ibid.*, tomo III, pág. 418).

4 Por tales amistades, no del Cura, como suena, sino de CERVANTES, escribió éste para los principios del *Jardín espiritual* de Padilla una composición laudatoria y dos para los del *Cancionero* de López Maldonado.

6 Esto de *canta, que encanta*, es paronomasia de que gustaba mucho CERVANTES, pues en más de dos ocasiones la trajo a cuento en sus obras. En el *Entremés de La elección de los alcaldes de Daganzo* (Ocho comedias..., fol. 235):

"PANDURO. No ay quien cante qual nuestra Rana canta.

JARRETE. No solamente canta, sino encanta."

Y en *Persiles y Sigismunda*, libro III, cap. iv, dice Feliciano de la Voz: "...pero si los tiempos se mejoran y dan lugar a que mis lágrimas se enjuguen, yo cantaré, si no canciones alegres, a lo menos, endechas tristes, que *cantándolas encanten* y llorándolas alegren." En el *Quijote* mismo (cap. XLII) oiremos hablar de un supuesto mozo de mulas "que *de tal manera canta, que encanta*". Quien tanto gustaba de estos jueguecillos de palabras, bien pudo escribir lo de las *sonadas soñadas invenciones* en el cap. I (90, II).

go es en las églogas; pero nunca lo bueno fué mucho: guárdese con los escogidos. Pero ¿qué libro es ese que está junto a él?

—*La Galatea* de Miguel de Cervantes —dijo el
s Barbero.

—Muchos años ha que es grande amigo mío ese Cervantes, y sé que es más versado en desdichas que en versos. Su libro tiene algo de buena invención; propone algo, y no concluye nada: es menester esperar la segunda parte que promete; quizá
60 con la emienda alcanzará del todo la misericordia que ahora se le niega; y entre tanto que esto se ve, tenedle recluso en vuestra posada.

—Señor compadre, que me place —respondió el

4 *Primera parte de la Galatea, dividida en seys libros. Cõpuesã por Miguel de Ceruantes. Dirigida al Illustrissi. señor Ascanio Colona Abad de sancta Sofia. (Escudo del mecenâs.) Con privilegio. Impressa en Alcalá por Iuan Gracian. Año de 1585. A costa de Blas de Robles mercader de libros. En 8.º; 375 hojas foliadas, más ocho de prels. sin numerar y una al fin en blanco.*

8 “Juguete de mal gusto —dice Clemencín— fundado en la relación material de las dos palabras *versado* y *versos*.” Y repone Urdaneta (*Cervantes y la crítica*, pág. 478): “Yo me declaro incompetente; pero creo el juguete muy feliz, por oportuno y modesto.”

10 CERVANTES no llegó a publicar la segunda parte de su *Galatea*, en más de una ocasión prometida. Que logró terminarla, o poco menos, colígese de lo que cuatro días antes de morir dijo al Conde de Lemos en la dedicatoria de los *Trabajos de Persiles y Sigismunda*: “Todavía me quedan en el alma ciertas reliquias y asomos de las *Semanas del Jardín* y del famoso *Bernardo*; si a dicha, por buena ventura mía, que ya no sería ventura, sino milagro, me diese el cielo vida, las verá, y con ellas fin de la *Galatea*, de quien sé está aficionado Vuesa Excelencia...”

11 *Emienda*, a la latina, de *emendare*, aún solía decirse a principios del siglo XVII, y así CERVANTES en la primera edición.

Barbero—. Y aquí vienen tres, todos juntos: *La Araucana* de don Alonso de Ercilla, *La Austriada* de Juan Rufo, jurado de Córdoba, y *El Monserrate* de Cristóbal de Virués, poeta valenciano.

—Todos esos tres libros —dijo el Cura— son ⁵ los mejores que en verso heroico en lengua castellana están escritos, y pueden competir con los más famosos de Italia: guárdense como las más ricas prendas de poesía que tiene España.

Cansóse el Cura de ver más libros, y así, a carga ¹⁰ cerrada, quiso que todos los demás se quemasen;

² *La Araucana*, poema referente a los sucesos de la guerra de Arauco, en que asistió Ercilla como soldado, escribiendo de noche los sucesos en que de día había tomado parte. La primera de *La Araucana* vió la luz en Madrid, año de 1569. y ha sido insuperablemente reproducida en facsímile por iniciativa y a expensas de Mr. Archer M. Huntington, quien, con generosidad que le agradezco, me honró dedicándome esta nueva edición. Completo no se imprimió el poema hasta el año de 1590.

² Como su nombre lo indica, el poema *La Austriada* se refiere al ínclito don Juan de Austria, cuyos loores extrema, después de narrar en los diez y ocho cantos primeros la rebelión de los moriscos de Granada. *La Austriada* salió a luz por primera vez en 1584 (Madrid, Alonso Gómez).

⁴ *El Monserrate de Cristoval de Virues...* (Madrid, Querino Gerardo, 1587) es un poema en veinte cantos, bien versificado, que narra la culpa y la penitencia del monje Garín y la fundación del famoso santuario de Monserrate.

⁹ Van harto honrados Rufo y Virués, especialmente el primero, con acompañar a don Alonso de Ercilla, que descuella entre ellos como ciprés entre mimbres. La amistad que CERVANTES debió de tener con Virués (quien, como él, se halló en la batalla de Lepanto) y tuvo seguramente con Rufo, cordobés como los abuelos y bisabuelos paternos del autor del *Quijote*, debió de contribuir a tan señalada benevolencia.

¹¹ *Es carga cerrada* —dice Covarrubias en su *Tesoro*— “lo que se compra o toma sin saber si es bueno o malo”, porque, en realidad, solían y suelen comprarse así ciertas especies, como el carbón, las frutas, los pescados, etc., sin desatar ni

pero ya tenía abierto uno el Barbero, que se llamaba *Las Lágrimas de Angélica*.

menos destapar los cofines en que se les transporta. Pero esta frase tiene más frecuente uso en su sentido figurado. Así, por ejemplo, fray Luis de Granada, *Símbolo de la Fe*, parte IV, capítulo xxii, diál. vii: "La historia desta sagrada muerte habéis vos, hermano, de pensar con toda la humildad y devoción que os sea posible, y no así, a bulto y a carga cerrada, sino con todas las circunstancias que entrevinieron en ella."

2 Por su portada no se llama así este poema, continuación del *Orlando furioso* de Ludovico Ariosto, sino *Primera parte de la Angelica de Luys Barahona de Soto*... (Granada, Hugo de Mena, 1586). Consta de doce cantos. También ha reproducido en facsímile esta edición el hispanófilo norteamericano míster Huntington. ¿Por qué CERVANTES llama a este libro *Las Lágrimas de Angélica*? ¿Quizás, como conjetura Clemencín, por su comienzo, que dice:

"Las lágrimas salidas de los ojos
Más bellos que en su mal vió amor dolientes..."

o por lo que me indicaba mi inolvidable amigo y maestro don Marcelino Menéndez y Pelayo en carta de 22 de octubre de 1902, identificando algunos libros de la biblioteca de Barahona de Soto? "*El Amor de Marfisa* —decíame— debe de ser el poema en trece cantos de Danese Cataneo (Venecia, 1562), y el título de *Lágrimas de Angélica* (que CERVANTES, quizás citando de memoria, aplica al poema de Barahona) corresponde al poema de Pedro Aretino, del cual sólo se publicaron los dos primeros, como verá usted en la nota, donde también indico otras *Marfisas* y *Angélicas* italianas." Y, en efecto, en la nota a que se refería, indicábame el libro intitulado *De le lagrime d'Angelica di M. Pietro Aretino, due primi canti*. Genoa, Antonio Beltono di Torino, 1538. 8.º—De aquí, sin duda, hubo de tomarse la denominación para el poema del vate lucenés, salvo que no fué CERVANTES, sino el mismo Barahona, quien ya le llamó *Las Lágrimas de Angélica* en el colofón de su libro. E idénticamente en el coloquio 1 del libro I de sus *Diálogos de la Montería*, escritos después de 1586: "Son —dice— en un libro que llaman *Las Lágrimas de Angélica*, hecho a imitación de esos poetas latinos, griegos y toscanos..." Este mismo título le había dado Vicente Espinel en *La Casa de la Memoria*, poema que sacó a luz en sus *Diversas rimas*, publicadas en 1591, pero cuya

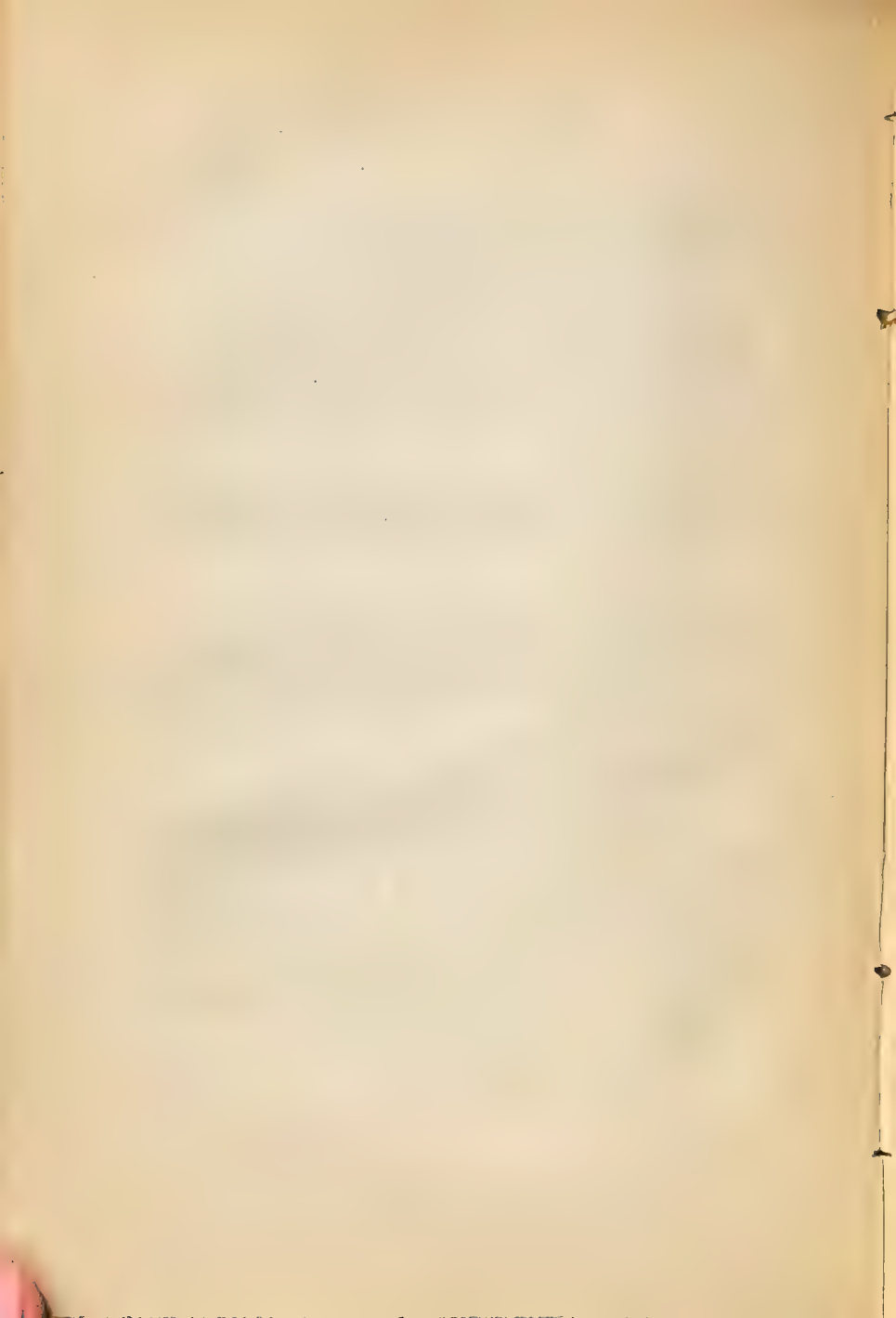
—Lloráralas yo —dijo el Cura en oyendo el nombre— si tal libro hubiera mandado quemar; porque su autor fué uno de los famosos poetas del mundo, no sólo de España, y fué felicísimo en la traducción de algunas fábulas de Ovidio.

5

aprobación tiene fecha de 1587, y, en fin, hasta en el inventario de la librería de Barahona, que hallé en Archidona y saqué a luz en los apéndices de mi libro acerca de este *divino* poeta andaluz (Madrid, 1903, pág. 551), se da el mismo nombre al original del poema: "Vn libro escripto de mano yntitulado *lagrimas de Angelica*."

2 A juicio de don Ignacio de Luzán (*La Poética*, libro II, cap. IX, pág. 151 del t. I de la ed. de Madrid, Antonio de Sancha, MDCCLXXXIX), fué Barahona de Soto "poeta de singular mérito", y dice de esta obra que él la preferiría al *Orlando furioso* si hubiera sido escrita antes que él; "y con razón —añade— nuestro ingenioso y buen conocedor CERVANTES la preservó de las llamas en el escrutinio de los libros de Don Quixote". Sin encarecer tanto el mérito del poema de Barahona, Pui-busque, en su *Histoire comparée des Litteratures espagnole et française* (París, 1843), afirma que "dans son poème des "Larmes d'Angelique" a surpassé tous les continuateurs italiens de l'Arioste."

5 De las piezas ovidianas que tradujo muy parafrásticamente Barahona se conservan dos: la *Fábula de Acteón*, impresa con muchos yerros en el tomo IX del *Parnaso Español* de López Sedano y con muchas mutilaciones en la *Floresta de Rimas antiguas castellanas*, de Böhl de Faber, y la *Fábula de Vertumno y Pomona*, que, con esotra, saqué a luz por primera vez en mi citado libro *Luis Barahona de Soto*, págs. 619-677. En él traté largamente de *La Angélica*, y asimismo de la cordial amistad que tuvieron CERVANTES y Barahona de Soto.





CAPÍTULO VII

DE LA SEGUNDA SALIDA DE NUESTRO BUEN CABALLERO
DON QUIJOTE DE LA MANCHA.

ESTANDO en esto, comenzó a dar voces don Quijote, diciendo: 5
—¡Aquí, aquí, valerosos caballeros: aquí es menester mostrar la fuerza de vuestros valerosos brazos; que los cortesanos llevan lo mejor del torneo!

Por acudir a este ruido y estruendo, no se pasó 10
adelante con el escrutinio de los demás libros que quedaban; y así, se cree que fueron al fuego sin ser vistos ni oídos *La Carolea y León de España*,

¹³ Hay dos obras intituladas *La Carolea* anteriores a la publicación del *Quijote*; la una, de Jerónimo Sempere, en 8.º: *Primera parte de la Carolea, trata de las victorias del Emperador Carlos V, Rey de España* (Valencia, Iuan de Arcos, M. D. LX), que lleva a continuación la *Segunda parte*, y es un poema que consta, en junto, de treinta cantos en octavas reales; y la otra, en folio, de Juan Ochoa de la Salde: *Primera parte de la Carolea. Inchiridion, que trata de la Vida y Hechos del Inuictissimo Emperador Don Carlos Quinto de este nombre...*, recopilada en dos partes (Lisboa, Marcos Borges, Antonio Ribero e Antón Álvarez, 1585), en 4.º. Mayans entendió que CERVANTES se refería a esta última *Carolea*; Pellicer, y tras él Clemencín, han creído que a la primera, porque “el Cura sólo se propuso censurar libros de entretenimiento”. Bien que ni aun este propósito está muy claro, como veremos, ni puede

con los hechos del Emperador, compuestos por don Luis de Ávila, que, sin duda, debían de estar entre los que quedaban, y quizá si el Cura los viera no pasaran por tan rigurosa sentencia.

s Cuando llegaron a don Quijote, ya él estaba le-

estimarse de entretenimiento obra tan mala como la *Carolea* de Sempere, a quien sólo por burla pudo llamar Gaspar Gil Polo en un soneto de los preliminares "poeta célebre y perfecto". Véase, y baste para muestra este botón, el principio de una de las octavas en que se describe la batalla de Pavia:

"Allí Diego de Auila miramos
Que al Rey va dando xaque por el roque,
Al qual se nombra el Rey, y qual contamos
Le dio manopla derecha y el estoque."

13 (pág. 235) *Primera y segunda parte de El Leon de España. Por Pedro de la Vezilla Castellanos* (Salamanca, Iuan Fernández, 1586). Es un mal poema en 8.º, en veintinueve cantos, que ocupan 369 folios, mortales de necesidad.

1 Pellicer, Clemencín, y, en general, todos los anotadores de CERVANTES (y yo con ellos, en mi edición de "Clásicos Castellanos") entendieron que aquí, al nombrar a don Luis de Ávila, padeció CERVANTES grave error y quiso referirse a don Luis Zapata y a su *Carlo famoso* (Valencia, Ivan Mey, M.D.LXVI), en 4.º, poema en cincuenta cantos, que no serían más duros aunque fuesen de piedra berroqueña. Para fundar su conjetura alegó Pellicer especiosas razones; mas, con todo, hay quien crea que no hubo tal equivocación de CERVANTES, pues recordó bien, ya que no por su título, por su asunto, la obra a que aludía y ésta fué el *Comentario del Illustre señor don Luis de Ávila y Zúñiga... de la guerra de Alemaña hecha de Carlo V... en el año de M.D.XLVI* (Salamanca, Pedro de Castro, M.D.XLIX), libro en 8.º, como los otros dos que con él fueron condenados al fuego. En este punto Menéndez y Pelayo no opinó como Pellicer y Clemencín, pues en la exposición celebrada en la Biblioteca Nacional para conmemorar el tercer centenario de la publicación del *Quijote*, lejos de exhibir el *Carlo famoso* de Zapata, habiendo como hay en aquel establecimiento un buen ejemplar de él, exhibió el *Comentario* de Ávila y Zúñiga. (*Catálogo de la Exposición...*, Madrid, 1905, pág. LIV.)

vantado de la cama, y proseguía en sus voces y en sus desatinos, dando cuchilladas y reveses a todas partes, estando tan despierto como si nunca hubiera dormido. Abrazáronse con él y por fuerza le volvieron al lecho; y después que hubo sosegado un poco, volviéndose a hablar con el Cura, le dijo:

—Por cierto, señor arzobispo Turpín, que es gran mengua de los que nos llamamos doce Pares dejar tan sin más ni más llevar la vitoria deste torneo a los caballeros cortesianos, habiendo nosotros los aventureros ganado el prez en los tres días antecedentes.

—Calle vuestra merced, señor compadre —dijo el Cura—; que Dios será servido que la suerte se mude y que lo que hoy se pierde se gane mañana; y atienda vuestra merced a su salud por agora; que me parece que debe de estar demasiadamente cansado, si ya no es que está mal ferido.

—Ferido no —dijo don Quijote—; pero molido y quebrantado, no hay duda en ello; porque aquel bastardo de don Roldán me ha molido a palos con el tronco de una encina, y todo de envidia, porque ve que yo solo soy el opuesto de sus valentías. Mas no me llamaría yo Reinaldos de Montalbán si en

11. Para entender esto del *prez* conviene manifestar que en el antiguo *Ordenamiento del torneo*, hecho por el rey don Alfonso XI cuando instituyó la orden de los Caballeros de la Banda, se prevenía que, acabado el torneo, se juntasen todos los fieles o jueces, y por lo que ellos hubiesen presenciado, y oyendo además el parecer de caballeros, escuderos y doncellas, “escojan un caballero de los de una parte, e otro caballero de otra, quales lo fueren mejor e hobieren la mejoría del torneo, y a aquellos den el *prez* e la honra dello; e en señal desto, que lleven dos de los fieles sendas joyas de parte de las dueñas e doncellas que allí se hallaren, para estos caballeros, escogidos como dicho es”.

24 Don Quijote imaginaba aquí ser el rival de Roldán u

levantándome deste lecho no me lo pagare, a pesar de todos sus encantamientos; y, por agora, tráiganme de yantar, que sé que es lo que más me hará al caso, y quédese lo del vengarme a mi cargo.

5 Hiciéronlo así: diéronle de comer, y quedóse otra vez dormido, y ellos, admirados de su locura.

Aquella noche quemó y abrasó el Ama cuantos libros había en el corral y en toda la casa, y tales debieron de arder, que merecían guardarse en per-
 10 petuos archivos; mas no lo permitió su suerte y la pereza del escrutinador, y así, se cumplió el refrán en ellos de que pagan a las veces justos por pecadores.

Uno de los remedios que el Cura y el Barbero
 15 dieron, por entonces, para el mal de su amigo fué que le murasen y tapiasen el aposento de los libros,

Orlando, y un personaje, por tanto, del *Orlando enamorado* de Boyardo, o del romance del Conde Dirlos, o de algún otro semejante.

10 ¿Cuánto dinero valdría hoy la librería de don Quijote, aun suponiendo que sólo constase de los libros que han enumerado el Cura y el Barbero...?

10 Como dice García de Diego en su *Gramática Histórica*, pág. 219, "es posible el singular cuando el verbo precede a los sujetos".

11 Hoy diríamos *escudriñador*, y no *escrutinador*, como escribe CERVANTES, ajustándose más que nosotros a la etimología de *escudriñar* (*scrutinare*). Antes que *escudriñar* se dijo *escrudinar*, convertida en *d* la *t* del latín. En la *Farsa del Engaño* (Rouanet, *Colección de autos, farsas y coloquios...*, tomo III, pág. 290):

"PROVIDENCIA. Cómo esta tal cosa fue
 no cures d' *escrudinallo*..."

Y aún se siguió diciendo en el siglo XVII: Baltasar Gracián, *El Criticón*, primera parte, crisis III (pág. 14 de la ed. de 1664): "Imprimió para ello en nuestros animos vna viua propension de *escrudinar* sus puntuales efectos."

por que cuando se levantase no los hallase (quizá quitando la causa, cesaría el efeto), y que dijese que un encantador se los había llevado, y el aposento y todo; y así fué hecho con mucha presteza. De allí a dos días se levantó con Quijote, y lo primero que hizo, fué a ver sus libros; y como no hallaba el aposento donde le había dejado, andaba de una en otra parte buscándole. Llegaba adonde solía tener la puerta, y tentábala con las manos, y volvía y revolvía los ojos por todo, sin decir palabra; pero al cabo de una buena pieza preguntó a

4 Este y *todo* significa también, y ya en su edición XV registra el *Diccionario* de la Academia esta frase adverbial, que ocurre con alguna frecuencia en el *Quijote*. Fuera de él, sobre los ejemplos de y *todo* que cité en mis ediciones anteriores, véanse otros dos: Fray Hernando de Santiago, *Consideraciones sobre todos los evangelios...*, pág. 144: "...que a Ismaelejo, que alborota la casa de Abrahan y se descomide contra Isaac, quiere Sara que le echen de casa, aunque se pierda el esclauo: y porque al cariño de la madre no buelua, vaya la madre y *todo* fuera..." Y CERVANTES, por boca de Mercurio, en el cap. III del *Viage del Parnaso*, fol. 21 vto.:

"Ninguno, dixo, me hable desse modo;
Que si me desembarco y los enuisto,
Boto a Dios que me trayga al Conde y *todo*."

Es frase adverbial corriente en el uso moderno.

9 Dije en mi edición anterior: "*Tentábala* es probablemente una errata, por *tentaba*; porque ¿cómo había de tentar la puerta, si se acaba de decir que ya no la había?" Pero adviérteme con razón en una de sus afectuosas cartas el excelente camonista lusitano doctor José María Rodrigues: "*Tentábala* é um imperfeito de conatu".

11 Ya vimos como *pieza*, en el cap. IV (177, 1), significa "espacio de lugar". Aquí significa "espacio de tiempo", lo mismo que poco después (241, 4), cuando dice la Sobrina: "...y no sé lo que se hizo dentro, que a cabo de poca *pieza* salió volando..." *Pieza de tiempo* se lee tal cual vez en *Amadís de Gaula*, verbigracia, en el cap. VIII del libro III: "Pues aquí

su ama que hacia qué parte estaba el aposento de sus libros. El Ama, que ya estaba bien advertida de lo que había de responder, le dijo:

—¿Qué aposento o qué nada busca vuestra merced? Ya no hay aposento ni libros en esta casa, porque todo se lo llevó el mesmo diablo.

—No era diablo —replicó la Sobrina—, sino un encantador que vino sobre una nube una noche,

ocupado alguna pieza de tiempo, mirad la diferencia que queda entre vosotros e los contrarios...” Y a cabo de pieza, en la *Segunda parte de Don Clarián*, fol. xv: “...quiso otra vez prouar su ventura y començo lo de ferir con firme bondad: pero a cabo de pieza no lo pudiendo sufrir se quitó a fuera muy mal llagado.” Y en el *Libro tercero de Don Clarián* (Toledo, Juan de Villaquirán, 1524), fol. 101: “...y ellos descaualgaron debaxo de vnos fermosos arboles que alli estauan, y a cabo de pieza que alli estuuieron vieron venir...”

4 ¿Qué... o qué nada? es manera familiar de encarecer la poca importancia de lo que otro alega, o la impertinencia de lo que dice. Así Feliciano de Silva, en la *Segunda comedia de Celestina*, cena xxxvi, cuando Elicia dice que Albacín y Centurio quieren romper la puerta, responde Celestina: “¿Qué quebrar o qué nada.” Y poco después: “¿Qué negro linaje y qué negra nada de honra? Como si no supieses, hija, que todos somos hijos de Adán y Eva.” Este *nada* es, en realidad, una atenuación eufemística que suple por cierto vocablo mal sonante, sólo usado en el habla chabacana.

8 Clemencín, demasiadamente avisado a veces, nota que, pues entre la primera salida de don Quijote y su vuelta no medió más que una noche, “la Sobrina no debió decir *una noche*, como si hubieran pasado muchas, sino *la noche*”. La Sobrina se daba cuenta de estar hablando a un loco, que imaginaba, entre otras cien extravagancias, ser Reinaldos de Montalbán y venir de muy lejanas tierras, apaleado por Orlando. ¿Había, por tanto, de hablarle como a un cuerdo? Pues ¿no empezaba a decirle una cáfila de embustes para justificar la desaparición de los libros y del aposento en que estaban? ¿Y en medio de esto, se exige tanta veracidad y exactitud en cuanto a recordar al loco que había transcurrido no más de una noche desde su salida!... Y si se quiere buscar otra justifica-

después del día que vuestra merced de aquí se partió, y apeándose de una sierpe en que venía caballero, entró en el aposento, y no sé lo que se hizo dentro, que a cabo de poca pieza salió volando por el tejado, y dejó la casa llena de humo; y cuando acordamos a mirar lo que dejaba hecho, no vimos libro ni aposento alguno; sólo se nos acuerda muy bien a mí y al Ama que, al tiempo del partirse aquel mal viejo, dijo en altas voces que por enemistad secreta que tenía al dueño de aquellos libros y aposento, dejaba hecho el daño en aquella casa que después se vería. Dijo también que se llamaba el sabio Muñatón.

—Frestón diría —dijo don Quijote.

—No sé —respondió el Ama— si se llamaba Frestón o Fritón; sólo sé que acabó en *ton* su nombre.

—Así es —dijo don Quijote—; que ése es un sabio encantador, grande enemigo mío, que me tiene ojeriza, porque sabe por sus artes y letras que tengo de venir, andando los tiempos, a pelear en singular batalla con un caballero a quien él favorece, y le tengo de vencer, sin que él lo pueda estor-

ción a la frase del texto, con estimar que huelga, como tantas otras, la coma que en la edición príncipe sigue a la palabra *noche*, queda todo bien dicho, como si la Sobrina hablara con un cuerdo; porque así, *una noche después del día* de la partida no puede significar dos ni muchas, sino tan sólo la que siguió inmediatamente a tal día.

14 *Fristón*, y no *Frestón*, se llamaba el sabio encantador que se supone haber escrito el libro de *Don Belianís de Grecia*.

22 En las locuciones que *tengo de venir...* y *le tengo de vencer, tener* suple por *haber*. Sabido es con cuánta facilidad y frecuencia suelen suplir unos verbos auxiliares por otros. Así, pues, ese *tener*, que nos han conservado algunos refranes, como el que dice: “Quien peces quiere, mojarse *tiene*”, vive

bar, y por esto procura hacerme todos los sinsabores que puede; y mándole yo que mal podrá él contradecir ni evitar lo que por el cielo está ordenado.

—¿Quién duda de eso? —dijo la Sobrina—. Pero ¿quién le mete a vuestra merced, señor tío, en esas pendencias? ¿No será mejor estarse pacífico en su casa, y no irse por el mundo a buscar pan de trastro, sin considerar que muchos van por lana y vuelven tresquilados?

todavía en el habla del vulgo, como se echa de ver en esta copla popular:

“Tengo de irme, tengo de irme,
Y no tengo de volver;
Tengo de dejarte en blanco,
Como pliego de papel.”

En Andalucía suele construirse con *que*, y no con *de*, el *tener* usado en esta acepción: “*Tengo que* ir a Sevilla”.

2 *Mandar* significa en este y otros lugares *prometer*, *asegurar* y, aún más propiamente, *augurar*. Era expresión frecuente la del texto, y vuelve a ocurrir en los capítulos x y LVIII de la segunda parte. Torres Naharro, en la jorn. iv de la *Comedia Serafina*:

“Floristán no hay quien lo vea:
Mándole negra vejez,
Y aun a mí, que desta vez
Poco bien se me rodea.”

Juan Rodríguez Florián, en la *Comedia Florinea*, esc. VII, hace decir a Liberia: “Cuydados ajenos matan a mi madre sobre tener ella su cobro! Pues mándote yo...”

8 *Buscar pan de trastro* es, como dice Correas en su *Vocabulario de refranes*, “buscar ocasión de enojo con demandas imposibles: el trigo es el mejor grano y pan más subido, y es imposible hallarlo mejor”. *Trastrigo* equivale, pues, a *cosa mejor que trigo*, y así, poco más o menos, se decía la frase figurada antes del siglo xv. Berceo, *Milagros de Nuestra Señora*, copla 759:

“Io non avie mengua nin andaba mendigo,
Todos me façien onrra e placiesles comigo,

—¡ Oh sobrina mía —respondió don Quijote—, y cuán mal que estás en la cuenta! Primero que a mí me tresquilen tendré peladas y quitadas las barbas a cuantos imaginaren tocarme en la punta de un solo cabello.

5

Mas fui demandar meior de pan de trigo,
Io busqué mi cuchiello, fui mi enemigo."

El Arcipreste de Hita, en la copla 950 de su *Libro de buen amor*:

"Quien más de pan trigo busca, syn seso anda."

Y Mateo Alemán (*Guzmán de Alfarache*, parte I, lib. III, capítulo v): "No tenía yo para qué buscar pan de trastrigo, ni andar hecho truecaborricas en pueblo corto: pasara con mi tiña, que me daba de comer..." Pedro Vallés, en su *Libro de refranes* (Zaragoza, Juana Millán, M.D.XXXIX), registra la frase en esta forma: "*Demandar trastrigos*." Y en Italia, apud *Proverbi italiani, raccolti... da Orlando Pescetti* (Venetia, Lucio Spineda, 1618), fol. 61 vto.: "*Cercar miglior pan che di formento*."

9 (pág. 242) Todavía en 1511, año en que Covarrubias publicó su *Tesoro de la lengua castellana, o española*, se conservaba con tal preferencia la forma *tresquilar*, que sólo ésta registró el dicho lexicógrafo. Con todo, ya en la edición original de la segunda parte del *Quijote*, cap. XLIII, se lee: "...que vendrán por lana y volverán *trasquilados*"; y en la *Paraphrasis de los Psalmos*, de Cáceres (Lisboa, Pedro Crasbeeck, 1616), psalmo LXIV, se hallan entrambas formas en un breve pasaje: "...aurá tanta abundancia de lana, que no será menester *tresquilar* el ganado, antes los dexarán vestidos de sus vellones mesmos, porque no se daran a manos al *tresquilallos*. O querrá dezir: no será menester que los *trasquilen* bajo y los atusen mucho, porque aurá lana para cortar y dexar." En el léxico de la Academia faltaba esta grafía; pero ha entrado en la edición de 1925.

2 *Estar mal*, o *no estar bien*, en la cuenta es frase figurada que merece entrar en el *Diccionario*. Úsala, entre otros autores, fray Jerónimo de Lemos, en su libro *La Torre de David, moralizada por via de dialogos para todo genero de gente* (Salamanca, Andrea de Portonarijs, 1567), fol. 67 vto.: "Si al agua salada le echays sal, más salada la hareys y más amar-

No quisieron las dos replicarle más, porque vieron que se le encendía la cólera.

Es, pues, el caso que él estuvo quince días en casa muy sosegado, sin dar muestras de querer
 5 segundar sus primeros devaneos; en los cuales días pasó graciosísimos cuentos con sus dos compadres el Cura y el Barbero, sobre que él decía que la cosa de que más necesidad tenía el mundo era de
 10 caballeros andantes, y de que en él se resucitase la caballería andantesca. El Cura algunas veces le contradecía, y otras concedía, porque si no guardaba este artificio, no había poder averiguarse con él.

En este tiempo solicitó don Quijote a un labrador vecino suyo, hombre de bien (si es que este título se

ga. *No estays bien en la cuenta.*" En el *Quijote*, II, LXII, se modifica así irónicamente: "*¡Bien está vuesa merced en la cuenta!*"; que antes (I, xxv) se ha dicho: "*¡Bien estás en el cuento!*"

6 *Pasó* equivale a *tuvo* en esta frase y en otras análogas, verbigracia: "*¿Qué coloquios pasó contigo?*" (I, xxxi); "...casi los mismos comedimientos *pasó* con el estudiante..." (II, xviii). Claro que esto no es peculiar de CERVANTES, sino común entre los escritores de su tiempo. Así, por ejemplo, Hernán Cortés, en una de sus *Cartas de relación* (Biblioteca de Rivadeneyra, tomo XXII, pág. 42): "Y este día llamaron por aquella parte por donde habían herido al dicho Mutezuma, diciendo que me allegase yo allí, que me querían hablar ciertos capitanes, y así lo hice, y *pasamos* entre ellos y mí muchas razones, rogándoles que no peleasen conmigo..."

6 ¿Por qué *compadres*? Porque en la Mancha y otras regiones de España, como de Andalucía dice el *Diccionario*, se solían llamar así los amigos y conocidos.

12 Creí ser elíptica la expresión "no había poder averiguarse con él"; pero me aparta de tal creencia una amistosa observación del padre Rufo Mendizábal: "En latín vulgar y decadente —escribeme— era frecuente decirlo así: "*non habebat dicere.*"

puede dar al que es pobre), pero de muy poca sal en la mollera. En resolución, tanto le dijo, tanto le persuadió y prometió, que el pobre villano se determinó de salirse con él y servirle de escudero. Decíale, entre otras cosas, don Quijote que se dispusiese a ir con él de buena gana, porque tal vez le podía suceder aventura, que ganase, en quitame allá esas pajas, alguna ínsula, y le dejase a él por gobernador della. Con estas promesas y otras tales, Sancho Panza, que así se llamaba el labrador, dejó ¹⁰

1 En este paréntesis CERVANTES, como dicen, resuella por la herida. Nadie mejor que él sabía, por dolorosa experiencia propia, cuán en poco estima a los pobres una sociedad que, como la suya, y como la nuestra, apenas tenía más Dios ni más Santa María que el dinero, conforme al refrán que dice: "Tenga, tenga, y venga de donde venga." Más adelante (I, xxxvii) dirá nuestro actor por boca de don Quijote que "quien es pobre no tiene cosa buena".

2 *Tener poca sal en la mollera* equivale a tener poco juicio o discreción, significado que veremos confirmado en el capítulo xxxvii.

10 ¿Por qué nombró CERVANTES *Sancho Panza* a este nuevo personaje de su novela? ¿Tuvo algún motivo especial para llamarle así...? En cuanto al nombre, es de presumir que se lo dió por reminiscencia del antiguo refrán *Allá va Sancho con su rocín*, que Covarrubias explica de esta manera: "Dizen que este era vn hombre gracioso, que tenía vna aca, y donde quiera que entraua la metía consigo"; y como CERVANTES pensó unir con cariño entrañable al labrador con el asno en que había de hacer sus escuderas, quizás de aquí vino el llamarle *Sancho*, como el de la haca de marras. Por lo que toca al sobrenombre de *Panza*, en el cap. ix nos darán pintado al buen escudero, con "*la barriga grande*, el talle corto y las zancas largas". La costumbre popular de apodar *Panza* al panzudo échase de ver en estas palabras de Fernández de Oviedo, muy anteriores a la publicación del *Quijote* (*Historia de las Indias*, t. III, pág. 564: "...e fue nesçesario de se aprovechar, si pudiera, de la guía que hasta allá los llevó, que era aquel señor llamado *Pero Pança* porque era grueso, que, como dicho es, se decia *Caçonci*..." Amén de esto, *Sancho* era nombre muy común entre

su mujer y hijos y asentó por escudero de su vecino.

Dió luego don Quijote orden en buscar dineros, y, vendiendo una cosa y empeñando otra, y malbaratándolas todas, llegó una razonable cantidad.

los villanos, y bien lo demuestra el estar contrapuesto al título de *conde* en este refrán, con que se nota que todos los hombres son iguales: "De *Sancho* a conde, la olla y el mote". Eso hay de diferencia: el título o dictado, y el comer mejor.

2 Según Menéndez y Pelayo, el Rinaldo de *El Caballero Cifar* "es hasta ahora el único antecesor conocido de Sancho Panza. CERVANTES —añade— no menciona *El Caballero Cifar*: acaso le había leído en su juventud y no recordaría ni aun el título; pero no puede negarse que hay parentesco entre el rudo esbozo del antiguo narrador y la soberana concepción del escudero de don Quijote. La semejanza se hace más sensible por el gran número de refranes que el Rinaldo usa a cada momento en la conversación... Pero el Rinaldo no sólo parece un embrión de Sancho en su lenguaje sabroso y popular, sino también en algunos rasgos de su carácter. Desde el momento en que, saliendo de la choza del pescador, interviene en la acción de la novela, procede como un rústico malicioso y avisado, socarrón y ladino, cuyo buen sentido contrasta las fantasías de su señor "el caballero Viandante", a quien, en medio de la cariñosa lealtad que le profesa, tiene por "desventurado e de poco recabdo", sin perjuicio de acompañarle en sus empresas y de sacarle de muy apurados trances..." (*Orígenes de la Novela*, t. I, pág. cxcviii.)

Desde que salió de molde el portentoso libro de CERVANTES Sancho se hizo tanto o más popular que don Quijote, en tales términos, que, como noté en mis conferencias sobre *El "Quijote"* y *don Quijote en América* (pág. 34), por algunas de las listas de libros enviados a Indias, que hallé en los registros de ida de naos, "se viene en conocimiento de que los libreros y los lectores del *Quijote* solían enmendar la plana a CERVANTES, al par que el título a su obra, llamándola *Don Quijote y Sancho Panza*. Ellos se dirían: "¿Por qué relegar de portada "adentro a Sancho, siendo así que vale casi tanto como su amo "don Quijote, y aún más que él nos regocija y solaza?"

5 Hartzzenbusch, en sus dos ediciones, enmienda *allegó*: no recordaba que solía decirse *llegar* por *allegar*, y que cabal-

Acomodóse asimesmo de una rodela, que pidió prestada a un su amigo, y, pertrechando su rota celada lo mejor que pudo, avisó a su escudero Sancho del día y la hora que pensaba ponerse en camino, para que él se acomodase de lo que viese que más le era menester; sobre todo, le encargó que llevase alforjas. Él dijo que sí llevaría, y que ansimesmo pensaba llevar un asno que tenía muy bueno, porque él no estaba duecho a andar mucho a pie. En lo del asno reparó un poco don Quijote, imaginando si se le acordaba si algún caballero andante había traído escudero caballero asnalmente; pero nunca le vino alguno a la memoria; mas, con todo esto, determinó que le llevase, con presupuesto de acomodarle de más honrada caballería en habiendo ocasión para ello, quitándole el caballo al primer descortés ca-

mente lo dijo el mismo CERVANTES en el *Coloquio de los perros Cipión y Berganza*: "Ellos [los moriscos] son su hucha [de España], su polilla, sus picazas y sus comadreja; todo lo llevan, todo lo esconden..." Y mucho antes fray Francisco de Osuna, en la *Quinta parte del Abecedario espiritual* (Burgos, Juan de Junta, 1542), fol. 27: "...apartada el ánima del cuerpo, saldrá junto lo que poco a poco llegaste, y dirante franco a más no poder; que a golpes como alcanzia diste lo que tenias llegado..."

9 Diversos editores, entre ellos Hartzenbusch, enmendaron *hecho*, y no faltó quien leyese *ducho*, a la moderna, siendo así que *duecho* se dijo lo que ahora decimos *ducho*, y en aquella forma acomodábase mejor a su etimología, que es *doctus*, y no *ductus* como algunos imaginaron. Covarrubias, en su *Tesoro*, art. *ducho*: "Algunos dizen *duecho*: no estoy *duecho*, no estoy acostumbrado."

12 *Nunca*, como el *jamás* de duración limitada que ocurrió en los caps. III y IV (131, 16 y 177, 2).

14 Del significado de *presupuesto*, o *prosupuesto*, traté en nota del cap. III (133, 2).

16 Como veremos, una sola ocasión tuvo don Quijote para quitar un caballo: la en que venció al Caballero de los Espejos (II, XIV); pero no se aprovechó de ella.

ballero que topase. Proveyóse de camisas y de las demás cosas que él pudo, conforme al consejo que el Ventero le había dado; todo lo cual hecho y cumplido, sin despedirse Panza de sus hijos y mu-
 5 jer, ni don Quijote de su ama y sobrina, una noche se salieron del lugar sin que persona los viese; en la cual caminaron tanto, que al amanecer se tuvieron por seguros de que no los hallarían aunque los buscasen.

10 Iba Sancho Panza sobre su juramento como un patriarca, con sus alforjas y su bota, y con mucho deseo de verse ya gobernador de la ínsula que su amo le había prometido. Acertó don Quijote a tomar la misma derrota y camino que él había to-

6 Atinadamente dijo Clemencín que "si ahora se repitiese la expresión *sin que persona los viese*, no faltaría quien la tachase de galicismo", porque, como es bien sabido, *personne* en francés, dicho de un modo negativo y absoluto, significa *nadie*. Mas ¿por qué lo significa así en francés como en castellano? Porque *persona* en tales casos es expresión elíptica, por *persona nacida*, como también lo es, o lo fué, *nadie*, dicho de *nadi*, que se originó de *nado*: *nacido*. En el propio sentido negativo que *persona*, a secas, se solía decir *persona viviente* (Torres Naharro, jorn. iv de la *Comedia Serafina*), *persona viva* (Gil Vicente, *Comedia do Viuvo*), *persona del mundo* (Fray Francisco de Osuna, *Norte de los estados...* fol. 49), etcétera. Y así como *persona* en casos como los citados significa *nadie*, así también *cosa*, en oraciones negativas, significa *nada*, porque es forma elíptica de *cosa nada*, *nata* o *nacida*.

14 Casi todas las ediciones del siglo xvii (y aun casi todas las modernas, la de Cortejón entre tantas), dicen: "la misma derrota y camino *que el que él* había tomado." Una de Bruselas (1662) y otra de Amberes (1697) se apartaron de esta lección, poniendo aquélla "y camino *que él* había tomado", y estotra, "y camino *que él* había *antes* tomado". Clemencín, aun conservándola, censuró la expresión de los dos *que el*, y dijo: "¡Cuánto más desembarazado hubiera quedado el lenguaje suprimiendo los tres monosílabos y diciéndose: "la misma derrota y camino que había tomado en su primer viaje!" Lo

mado en su primer viaje, que fué por el campo de Montiel, por el cual caminaba con menos pesadumbre que la vez pasada, porque, por ser la hora de la mañana y herirles a soslayo los rayos del sol, no les fatigaban. Dijo en esto Sancho Panza a su amo: 5

—Mire vuestra merced, señor caballero andante, que no se le olvide lo que de la ínsula me tiene prometido; que yo la sabré gobernar, por grande que sea.

A lo cual le respondió don Quijote: 10

—Has de saber, amigo Sancho Panza, que fué costumbre muy usada de los caballeros andantes antiguos hacer gobernadores a sus escuderos de las ínsulas o reinos que ganaban, y yo tengo determinado de que por mí no falte tan agradecida usanza; 15
antes pienso aventajarme en ella: porque ellos algunas veces, y quizá las más, esperaban a que sus escuderos fuesen viejos, y ya después de hartos de servir y de llevar malos días y peores noches, les daban algún título de conde, o, por lo mucho, de 20

que de ello me parece es que la repetición de *que el* fué meramente involuntaria, como lo fueron muchas omisiones, y que, por tanto, ha podido y debido corregirse por cualquiera de los editores modernos como lo había corregido el de la citada edición de Bruselas. Claro es esto, y más aún lo será si paramos la atención en que CERVANTES, en casos como el que ha dado lugar a esta nota, lo escribía bien, como lo escribimos hoy, sin repeticiones inútiles. En el cap. xxx hizo decir a la supuesta princesa Micomicona: "...pues apenas me hube desembarcado en Osuna, cuando oí decir tantas hazañas tuyas, que luego me dió el alma que era *el mismo que* venía a buscar." Pero no dijo "que era *el mismo que el* que venía a buscar".

20 Así, *o, por lo mucho*, que hoy diríamos *o, cuando mucho*, en la edición príncipe; pero siguiendo a la segunda de Cuesta, casi todas, la de Fitzmaurice-Kelly y la de Cortejón entre ellas, dicen *o, por lo menos*, que es impropio, porque da a entender que el título de marqués era de menor importancia

marqués, de algún valle o provincia de poco más a menos; pero si tú vives y yo vivo, bien podría ser que antes de seis días ganase yo tal reino, que tuviese otros a él adherentes, que viniesen de molde
 5 para coronarte por rey de uno dellos. Y no lo tengas a mucho; que cosas y casos acontecen a los tales caballeros, por modos tan nunca vistos ni pensados, que con facilidad te podría dar aún más de lo que te prometo.

20 —De esa manera —respondió Sancho Panza—, si yo fuese rey por algún milagro de los que vuestra merced dice, por lo menos Juana Gutiérrez mi oíslo vendría a ser reina, y mis hijos infantes.

que el de conde, y nunca fué así. Además, CERVANTES conocía bien el orden de estas categorías, y lo demostró en el prólogo cuando dijo (27, 4): “También ha de carecer mi libro de sonetos... cuyos autores sean *duques, marqueses, condes...*”

2 Las ediciones de Bruselas de 1607 y 1611 y las de Arrieta, Clemencín y Fitzmaurice-Kelly, entre otras, dando por hecho ser errata el *a* de “poco más *a* menos”, leyeron “poco más o menos”. Mas ya era para llamar la atención la circunstancia de no ser éste el único lugar del *Quijote* en que las primeras ediciones lo estamparon así, pues de igual manera sale, verbigracia, en los caps. xv y xxii de esta parte, y xxviii y xxxv de la segunda. Ciertamente no hay errata en ello, aunque por tal lo notara Cejador en el artículo *poco* de su *Diccionario del Quijote*. A los ejemplos que aduje en mi edición anterior pueden agregarse algunos otros. Véanse estos dos: Diego Gutiérrez Salinas, *Discursos del pan y del vino del niño Iesús...* (Alcalá, Justo Sánchez Crespo, M.DC), fol. 97: “...hase de aduertir que a buelta de señor Sanctiago, *quinze dias mas a menos*, se ha de dar a la viña vna buelta por encima de la faz de la tierra...” Fray Joseph Gallo, *Historia y dialogos de Iob* (Burgos, Pedro de Huidobro, M.DC.XXI), col. 854: “Verdad es que algunas vezes [los milanos] ya saben *poco más a menos* vn dstricto donde estos se crian...” Y después, col. 870: “La razon es porque de azofar *vn poco mas a menos* es nada, y de oro, *pesilla más a menos* importa algo.”

12 Este *por lo menos*, que ya ocurrió en el prólogo (36, 1)

—Pues ¿quién lo duda? —respondió don Quijote.

—Yo lo dudo —replicó Sancho Panza—; porque tengo para mí que, aunque lloviese Dios reinos sobre la tierra, ninguno asentaría bien sobre la cabeza de Mari Gutiérrez. Sepa, señor, que no vale

y volverá a ocurrir en el cap. LVIII de la segunda parte, significa, como allí dije, *nada menos*, o *nada menos que*. Entendiendo esta locución como en nuestros días la entendemos, el pasaje no haría buen sentido.

13 (pág. 250) *Oislo*, según el léxico de la Academia, significa “persona querida y estimada, principalmente la mujer respecto del marido”. Es “nombre que se le dió —dice Cejador— por tanto repetir el marido *¿oislo?*”, porque, en efecto, entre marido y mujer era usual antaño el tratamiento de *vos*. También se llamaba *oislo*, aunque menos frecuentemente, el marido respecto de la mujer, y así se lee en la *Carta de las setenta y dos necedades* (siglo XVI) publicada por Paz y Meliá en las *Sales españolas*, tomo II, pág. 74: “No creo os será nuevo el marido decir a la muger, aunque esté en compañía de muchas mugeres, para llamarla:—*¿Oislo?* Y lo mismo ella a él, como si fuese él solo, o ella, el que solo la oye, y no más de a una que lo dice, el *¿oislo?*” Y en *La Lozana Andaluza*, de Francisco Delicado, mamotreto XI, dice la Napolitana a su marido: “*Oislo*, ¿quién es aquella mujer que anda por allí?” Como originariamente el *oislo* no es sino una voz preventiva para que la persona a quien va a decir algo preste atención, y de aquí que se dijera y escribiera con tono y signo interrogantes, no es raro hallarlo dicho, con o sin el enclítico, a otras personas. Almazán, en la traducción de *El Momo*, libro III, cap. VI: “Y luego en entrando allí en el çaguan [Mercurio], se topó con Socrates philosopho, que estaua solitario. Al qual como vio descalço, ç vna muy raida hopa y rota, pensando que sería algun hombre de por ay comun y baxo, fuese para él con su gesto como él le tenia, muy hermoso, ç vna presència al parecer más que humana. *Oyslo* (dixo), ce, buen hombre, dónde estan aquellos con quien los hombres se hazen doctos y virtuosos?”

6 Siete renglones antes ha llamado Sancho a su mujer *Juana Gutiérrez*, y ahora la llama *Mari Gutiérrez*. Por aquí no habría cosa mayor que objetar, pues podía llamarse *María Jua-*

dos maravedís para reina; condesa le caerá mejor, y aún Dios y ayuda.

—Encomiéndalo tú a Dios, Sancho —respondió don Quijote—, que Él dará lo que más le conven-
 5 ga; pero no apoques tu ánimo tanto, que te vengas a contentar con menos que con ser adelantado.

—No haré, señor mío —respondió Sancho—, y más teniendo tan principal amo en vuestra merced, que me sabrá dar todo aquello que me esté
 10 bien y yo pueda llevar.

na, sin que a ello fuera obstáculo el llamarla *Juana Panza* en el capítulo último de la primera parte, ya que allí se indica que “se usa en la Mancha tomar las mujeres el apellido de sus maridos”. Pero es el caso que en el cap. v de la segunda parte se la llama *Teresa Panza* y se advierte que por el apellido paterno era *Cascajo*. Y hasta tal punto había olvidado CERVANTES los nombres anteriores, o, a lo menos, el de *Mari Gutiérrez*, en los nueve años transcurridos desde que salió a luz la primera parte, que en el cap. LIX de la segunda censuró al supuesto Fernández de Avellaneda, autor del falso *Quijote*, porque había nombrado así a la mujer de Sancho. Don Juan Calderón, en su libro *Cervantes vindicado en ciento y quince pasajes...*, intentó justificarle en este punto, pero sin lograrlo enteramente.

1 *Le caerá* —dice Cejador—, “metáfora del vestido que viene o cae bien”.

2 De la frase *y aún Dios y ayuda* trataré en nota del capítulo LVIII de la segunda parte, al estudiar la locución *San-tiago, y cierra, España*.

10 Muy desaliñadamente escribió CERVANTES el final de este capítulo. En los siete renglones postreros hay seis *ques*; ocho, por mejor decir, pues el oído cuenta además los de *apoques* y *aquello*.



CAPÍTULO VIII

DEL BUEN SUCESO QUE EL VALEROSO DON QUIJOTE
TUVO EN LA ESPANTABLE Y JAMÁS IMAGINADA AVEN-
TURA DE LOS MOLINOS DE VIENTO, CON OTROS SU-
CESOS DIGNOS DE FELICE RECORDACIÓN. 5

EN esto, descubrieron treinta o cuarenta molinos
de viento que hay en aquel campo, y así como
don Quijote los vió, dijo a su escudero:

—La ventura va guiando nuestras cosas mejor
de lo que acertáramos a desear; porque ves allí, ¹⁰
amigo Sancho Panza, dónde se descubren treinta,
o pocos más, desaforados gigantes, con quien pien-
so hacer batalla y quitarles a todos las vidas, con

2 Contra lo que, mirando ligeramente, se pudiera sospe-
char, *suceso*, en equivalencia de *éxito* o *resultado*, no tiene nada
de galicismo. Felipe II, respondiendo de su mano en 12 de fe-
brero de 1567 a un billete de su secretario Pedro de Hoyo
(pág. 24 de mi conferencia titulada *Felipe II y la Alquimia*,
Madrid, 1927): “No hay que decir, sino esperar el *suceso*.” Co-
loma, *Obras de Tácito*, pág. 109: “No se vió jamás batalla de
exercitos más poderosos, ni de más dudoso *succeso*...”

5 CERVANTES, como, en general, todos los escritores de su
tiempo, solía decir *felice*, *felicemente*, formas paragógicas hoy
reservadas para la poesía, y que aun en ella no agrádan al
gusto moderno.

12 Al temerario valor de don Quijote no parecían dema-
siados enemigos treinta desaforados gigantes, y así, dice des-
deñosamente: o *pocos más*.

cuyos despojos comenzaremos a enriquecer; que ésta es buena guerra, y es gran servicio de Dios quitar tan mala simiente de sobre la faz de la tierra.

5 —¿Qué gigantes? —dijo Sancho Panza.

—Aquellos que allí ves —respondió su amo— de los brazos largos, que los suelen tener algunos de casi dos leguas.

—Mire vuestra merced —respondió Sancho— que
10 aquellos que allí se parecen no son gigantes, sino molinos de viento, y lo que en ellos parecen brazos son las aspas, que, volteadas del viento, hacen andar la piedra del molino.

—Bien parece —respondió don Quijote— que
15 no estás cursado en esto de las aventuras: ellos son gigantes; y si tienes miedo, quítate de ahí, y ponte

2 El soldado podía lucrarse con los despojos ganados en *buena guerra*; es decir, en guerra lícita y justa, y las escrituras de venta de esclavos siempre expresaban la cualidad de haber sido *habidos en, o de, buena guerra*. Así, por ejemplo, en escritura otorgada en Fuenteovejuna a 18 de agosto de 1536, el bachiller Suja, capellán de la iglesia de Santa María del Castillo, vendió a Fernando de la Vega, vecino de Sevilla, “vna esclava que se dize maria, de color blanca, de hedad de hasta veynte años, poco más o menos, la qual vos vendo e doy por cautiva *avida de buena guerra* y que bebe todas aguas, y en preçio y contía de diez e seys mill maravedis...” (Archivo de protocolos de Fuenteovejuna, Marcos de Aguilar, libro de 1535-1538.) Por otra escritura que vi en el Archivo de protocolos de Montilla (Juan Díaz, 1591, fol. 705) vendióse “vna esclava de color mulata, que a por nonbre ana, que será de edad de quarenta años poco más o menos, ques mia propia, y se la vendo por esclava cautiva sujeta a servidunbre, *avida de buena guerra* y no de paz”. Figuradamente, la frase *haber en buena guerra* significa, como advierte Correas en su *Vocabulario de refranes...*, “granjear por sí”.

14 *Parecen...*, *parecen...* y *parece*, en solos cinco renglones.

en oración en el espacio que yo voy a entrar con ellos en fiera y desigual batalla.

Y diciendo esto, dió de espuelas a su caballo Rocinante, sin atender a las voces que su escudero Sancho le daba, advirtiéndole que sin duda alguna eran molinos de viento, y no gigantes, aquellos que iba a acometer. Pero él iba tan puesto en que eran gigantes, que ni oía las voces de su escudero Sancho, ni echaba de ver, aunque estaba ya bien cerca, lo que eran; antes iba diciendo en voces altas: 5. 10.

—Non fuyades, cobardes y viles criaturas; que un solo caballero es el que os acomete.

Levantóse en esto un poco de viento, y las grandes aspas comenzaron a moverse, lo cual visto por don Quijote, dijo: 15.

3 Quizá falta un *las*: *dió de las espuelas...* A lo menos, así lo dijo el autor en otro lugar (II, LXVI): “y dando de las espuelas a Rocinante...” Pero también se dijo sin el *las*, verbigracia, en *El baladro del sabio Merlín* (pág. 48 del t. VI de la *Nueva Biblioteca de Autores Españoles*): “E aquel, que era muy bueno e buen escriuiente, dió de espuelas al cauallo, e fue a la posada por el espada.”

7 Cejador opinaba que *tan puesto en* equivale a *tan creído en*. No, sino a *tan empeñado*, o *tan afirmado*. El mismo CERVANTES, en la jorn. III de *El Laberinto de amor* (fol. 162 de sus *Ocho comedias...*):

“CARCELERO. Dize que os quiere hablar
y yo estoy *puesto en* que os hable.
Hablad; mas mostraos afable;
que os mata tanto callar.”

Y en escritores más y menos remotos que nuestro autor. Fernández de Oviedo, *Historia de las Indias*, t. III, pág. 55: “La causa de no ser oydo ni aver efeto la remision real fue quel Cardenal de España *estaba puesto en* enviar, como envió, tres frayles del orden de Sant Hieronimo a esta isla...” Salas Barbadillo, *Los mirones de la Corte* (apud *Casa del placer honesto*, Madrid, 1620, fol. 126 vto.): “...miro las madres que las acompañan, muy *puestas en* llevar de memoria el orden que dio el medico...”

—Pues aunque mováis más brazos que los del gigante Briareo, me lo habéis de pagar.

Y en diciendo esto, y encomendándose de todo corazón a su señora Dulcinea, pidiéndole que en tal trance le socorriese, bien cubierto de su rodela, con la lanza en el ristre, arremetió a todo el galope de Rocinante y embistió con el primero molino que estaba delante; y dándole una lanzada en el aspa, la volvió el viento con tanta furia, que hizo la lanza pedazos, llevándose tras sí al caballo y al caballero, que fué rodando muy maltrecho por el campo. Acudió Sancho Panza a socorrerle, a todo el correr de su asno, y cuando llegó, halló que no se podía menear: tal fué el golpe que dió con él Rocinante.

2 *Briareo*, uno de los titanes que combatieron contra los dioses, tenía, según la fábula, cien brazos.

2 *Tú me lo pagarás*, dicen los niños, pero sólo cuando han recibido algún agravio, y no antes, porque el agravio es la deuda, y sin ella no cabe pensar en la paga. Aquí los supuestos gigantes no han hecho ofensa alguna a don Quijote, y sólo en un loco tiene buena explicación esa amenaza en tal forma.

6 "*Ristre* —dice Covarrubias— es vn hierro que el hombre de armas ingiere en el peto, a la parte derecha, donde encaxa el cabo de la manija de la lança para afirmar en él." Don Luis Zapata, en el canto xxxiv de su *Carlo famoso* (Valencia, Ioan Mey, M.D.LXVI, fol. 187 vto.), pintando a dos combatientes:

“...Ambos a dos las lanças sabiamente
Las echan donde *el ristre* las espera
Y viniendo a encontrarse por derecho,
Quál apunta a la frente, cuál al pecho.”

7 El uso de apocopar los adjetivos *primero*, *tercero* y *postero* cuando en número singular preceden al sustantivo no era corriente todavía en el tiempo de CERVANTES. Así, no se crea defectuosa la expresión “con el *primero* molino”, ni otra que sale después, en este mismo capítulo (268, 2): “arremetió contra el *primero* fraile...” Fray Luis de León, *Exposicion del Libro de Job*, pág. 33: “...en que dice lo mismo que dijo en el *primero* verso...”

—¡Válame Dios! —dijo Sancho—. ¿No le dije yo a vuestra merced que mirase bien lo que hacía, que no eran sino molinos de viento, y no lo podía ignorar sino quien llevase otros tales en la cabeza?

—Calla, amigo Sancho —respondió don Quijote—; que las cosas de la guerra, más que otras, están sujetas a continua mudanza; cuanto más que yo pienso, y es así verdad, que aquel sabio Frestón que me robó el aposento y los libros ha vuelto estos gigantes en molinos, por quitarme la gloria de su vencimiento: tal es la enemistad que me tiene; mas, al cabo al cabo, han de poder poco sus malas artes contra la bondad de mi espada.

—Dios lo haga como puede —respondió Sancho Panza.

Y, ayudándole a levantar, tornó a subir sobre Rocinante, que medio despaldado estaba. Y, hablando en la pasada aventura, siguieron el camino del Puerto Lápice, porque allí decía don Quijote que no era posible dejar de hallarse muchas y diversas aventuras, por ser lugar muy pasajero, sino que iba

8 Don Quijote vuelve a decir *Frestón* en lugar de *Fristón*, como en el cap. VII (241, 14). Esto quizá se debería a que CERVANTES no recordase su nombre con exactitud.

12 Acerca de *al cabo al cabo* recuérdese la nota que sobre *luego luego* queda en el cap. II (113, 6).

18 *Hablar en* un asunto o negocio, en lugar de *hablar de*, como decimos ahora. Don Francisco Cervantes de Salazar, *Crónica de la Nueva España*, libro IV, cap. LIX (Madrid, 1914): “Vuestra Merced *habla* mal en Cortés, y él muy bien en vuestra merced, que es harta confusion.” Felipe II, de su mano, al margen de una carta de 1592 (Biblioteca Nacional, Ms. 12179, fol. 284): “he visto esta carta y ya *hablamos en* ella lo mismo que aquí dezis.”

21 *Muy pasajero*, y muy poblada de bosques aquella comarca. En Puerto Lápice, a dos leguas de la villa de Herencia, en la Mancha, había, según su relación topográfica de 1576, una ven-

muy pesaroso, por haberle faltado la lanza; y diciéndoselo a su escudero, le dijo:

—Yo me acuerdo haber leído que un caballero español llamado Diego Pérez de Vargas, habiéndosele en una batalla roto la espada, desgajó de una encina un pesado ramo o tronco, y con él hizo tales cosas aquel día, y machucó tantos moros, que le quedó por sobrenombre Machuca, y así él como sus decendientes se llamaron desde aquel día en adelante Vargas y Machuca. Hete dicho esto porque

ta por la cual pasaba el camino real desde Villarta a Toledo. Para conocer bien todas las referencias que a sitios manchegos ocurren en el *Quijote*, debe leerse el muy curioso estudio intitulado *La Mancha en tiempo de Cervantes*, de don Antonio Blázquez, docto individuo de la Academia de la Historia. (Madrid, 1905.)

7 Leo *machucó*, tal como leyó Hartzenbusch en su segunda edición, en lugar de *machacó*, que dice la edición original, porque de *machacar*, como advierte el mismo editor, no se habría dicho *Machuca*, sino *Machaca*. El buen Pérez de Vargas, con su *ramo o tronco*, hizo a los moros lo que, como veremos en el cap. XVIII, hizo de una pedrada un pastor: *machucar* malamente dos dedos a don Quijote. *Machacar* es cosa muy distinta.

10 Don Quijote pudo leer el relato de este suceso, bien en el *Valerio de las Historias*, de Diego Rodríguez de Almela, o bien en el romance en que, refiriéndose al cerco de Jerez, en el reinado de don Fernando III el Santo, se dice:

“...Tras dellos va Diego Pérez,
Por fuerte se ha señalado;
También se quebró su espada;
No tiene armas en la mano.
Llegado se había a un olivo,
Un grueso ramo ha quebrado
Hecho a manera de porra;
A la lid se había tornado.
Matando iba en los moros,
Mal los iba lastimando:
Al moro que una vez hiere
No es menester ser curado.
Discurre por la batalla;

de la primera encina o roble que se me depare pienso desgajar otro tronco, tal y tan bueno como aquél que me imagino, y pienso hacer con él tales hazañas, que tú te tengas por bien afortunado de haber merecido venir a vellas y a ser testigo de cosas que apenas podrán ser creídas.

—A la mano de Dios —dijo Sancho—: yo lo creo

Hiriendo iba y matando.

.....
 Cuando lo vido Alvar Pérez,
 Gran placer había tomado;
 Agradábanle los golpes
 Que Diego Pérez va dando.
 Dijole: —Diego, *machuca*,
Machuca como esforzado;
 No nos quede moro a vida:
 Todos mueran a tu mano.—

.....
 Llamáronle a Diego Pérez
 De *Machuca* el afamado;
 De aquel día en adelante
 Este renombre le han dado.”

2 Observa Clemencín que “*desgajar un tronco* es imposible, porque ¿de dónde se le desgaja?...” El erudito comentarista murciano pudo bien haber visto seis renglones atrás que CERVANTES, al decir que Diego Pérez de Vargas “desgajó de una encina un *pesado ramo o tronco*”, manifestó muy a la clara que por *tronco* entendía, como el vulgo, no sólo el “tallo fuerte y macizo del árbol”, sino también cualquiera de sus ramas gruesas. Pero aunque así no fuese, alguna vez se ha llamado *desgajar un árbol* a troncharlo por su pie. Cairasco de Figueroa, en la tercera parte de su *Templo militante* (25 de julio), dice refiriéndose al gigante San Cristóbal:

“...Y *desgajando el árbol* más vmbrio,
 Hizo dél vn bordon de grande altura.”

7 *A la mano de Dios*, como dice el léxico de la Academia, es “expresión que denota la determinación con que se emprende una cosa”. Equivale, en sentir de Correas (*Vocabulario de refranes...*), a “*en buen hora, con la bendición de Dios*”. “*Sea lo que Dios quiera*”, decimos hoy cuando nos resolvemos a dar un paso arriesgado.

todo así como vuestra merced lo dice. Pero enderecése un poco; que parece que va de medio lado, y debe de ser del molimiento de la caída.

—Así es la verdad —respondió don Quijote—; y si no me quejo del dolor, es porque no es dado a los caballeros andantes quejarse de herida alguna, aunque se le salgan las tripas por ella.

—Si eso es así, no tengo yo que replicar —respondió Sancho—; pero sabe Dios si yo me holgara que vuestra merced se quejara cuando alguna cosa le doliera. De mí sé decir que me he de quejar del más pequeño dolor que tenga, si ya no se entiende también con los escuderos de los caballeros andantes eso del no quejarse.

No se dejó de reír don Quijote de la simplicidad de su escudero; y así, le declaró que podía muy bien quejarse como y cuando quisiese, sin gana o con ella; que hasta entonces no había leído cosa en contrario en la orden de caballería. Dijo Sancho que mirase que era hora de comer. Respondióle

6 El quejarse estaba vedado por el *Ordenamiento de la Banda e del Torneo e de la Justa, que fizo el rey don Alfonso en la era de mill e trezientos e sesenta e ocho años*: "... e otrosi todo cauallero de la banda nunca debe dizir ay, e lo mas que podiese escusese de quexar por ferida que aya." (Biblioteca Nacional, Ms. 5784, fol. 38 vto.) Y aun los que no hacían profesión de la caballería estimaban el quejarse por poco lícito. Víctima del mal de gota, decía el pontífice Pío II (Eneas Silvio Piccolomini), de quien fué familiar Juan de Lucena, y éste lo cuenta en su *Tractado de vita beata* (Burgos, Juan de Burgos, 1499): "Si gemir fuesse honesto, ningun dolor sería graue."

7 La amplia nota que dediqué en mi edición anterior al *le* usadisimo por cultos e incultos, antiguos y modernos, como dativo de plural, pasa en ésta, con no escasas adiciones, a ser apéndice XII del tomo VII.

su amo que por entonces no le hacía menester; que comiese él cuando se le antojase. Con esta licencia, se acomodó Sancho lo mejor que pudo sobre su jumento, y sacando de las alforjas lo que en ellas había puesto, iba caminando y comiendo detrás de su amo muy de su espacio, y de cuando en cuando empinaba la bota, con tanto gusto, que le pudiera envidiar el más regalado bodegonero de Málaga. Y en tanto que él iba de aquella manera menudeando tragos, no se le acordaba de ninguna promesa

I Hoy diríamos *no le era menester, o no le hacía falta*; pero nuestros abuelos solían decirlo como lo dice aquí CERVANTES. *Amadís de Gaula*, libro II, cap. II: “E dijo [Amadís] a Gandalín: —Amigo, si quisieres ser caballero, sólo luego con estas mis armas..., que a mí *poco ya me fazen menester*.” En *Palmerín de Oliva*, fol. 40: “...yo quiero ser la maestra de Palmerín e sanarlo de sus llagas, pues no ay cosa *que más menester le faga*...” Y al fol. 89 de *Don Policisne de Boecia*: “...comamos aquí con estos pastores, pues que *tanto nos haze menester*, y despues tornaremos a tomar aquella senda...”

IO “La corrección del lenguaje —dice Clemencín— exigiría que se suprimiese el *le* o el *de*, y se dijese: *no se acordaba de ninguna promesa, o no se le acordaba ninguna promesa*.” Esto pide la corrección clemencinesca; pero la cervantina no pedía tal cosa, como se ve en estotros pasajes: “...ni a él *se le acordó de pedirsele*...” (I, xxvi). “Aquí *se me acordó del rucio*...” (II, xxxi). Ni la de fray Juan de Pineda, que hace decir a uno de sus interlocutores en el diál. I, § xvii de la *Agricultura christiana*: “O, qué buen lugar para mostrar cuán bien caya mi entendimiento en estas cosas ingeniosas, que *se me acuerda* en este punto aquello de Juvenal...” Tampoco lo pedía la corrección de Lope de Vega, que dice en el acto III de *Lo cierto por lo dudoso*:

“Si yo las flechas del Amor tuviera,
De vos a todo el mundo enamorara,
Y en torres de diamantes os guardara,
Porque después de amaros nadie os viera.
Que tanto me quisiérades hiciera,
Que de otro ningún bien *se os acordara*...”

que su amo le hubiese hecho, ni tenía por ningún trabajo, sino por mucho descanso, andar buscando las aventuras, por peligrosas que fuesen.

En resolución, aquella noche la pasaron entre
5 unos árboles, y del uno dellos desgajó don Quijote un ramo seco que casi le podía servir de lanza, y puso en él el hierro que quitó de la que se le había quebrado. Toda aquella noche no durmió don Quijote, pensando en su señora Dulcinea, por acomodar
10 darse a lo que había leído en sus libros, cuando los caballeros pasaban sin dormir muchas noches en las florestas y despoblados, entretenidos con las memorias de sus señoras. No la pasó así Sancho Panza; que, como tenía el estómago lleno, y no de
15 agua de chicoria, de un sueño se la llevó toda, y no fueran parte para despertarle, si su amo no lo llamara, los rayos del sol, que le daban en el rostro, ni el canto de las aves, que, muchas y muy regocijadamente, la venida del nuevo día saludaban. Al
20 levantarse dió un tiento a la bota, y hallóla algo más flaca que la noche antes, y afligiósele el cora-

12 *Floresta* no es prado de flores, como ha creído algún crítico de nuestros días. Y no es yerro de solo ahora: como suena a *flores* el vocablo, también en lo antiguo erraron su significación los ignorantes. Dícelo Covarrubias: "*Floresta* vale lo mesmo que selua, o monte espeso, y no tomó nombre de las flores, como algunos piensan, sino del nombre frances *forestz*..." La Academia halla el origen de esta voz en el bajo latín *forestā*, añadida una *l* por influencia de *flos*, *flor*; pero Meyer-Lübke, en su *Diccionario*, deriva tal palabra de *forensis* (exterior), por intermedio del provenzal *forest*.

20 ¡Bebedor notable aquel que bebe vino en ayunas! "En ayunas, ninguno beba, ni vino ni agua", decían Avicena y Rasis, y recuerda el doctor Luis Lobera de Ávila en el cap. VII de su *Banquete de nobles caualleros*, apud *Remedio de cuerpos humanos, y silua de experiencias y otras cosas utilissimas*, folio 16.

zón, por parecerle que no llevaban camino de remediar tan presto su falta. No quiso desayunarse don Quijote, porque, como está dicho, dió en sustentarse de sabrosas memorias. Tornaron a su comenzado camino del Puerto Lápice, y a obra de las tres del día le descubrieron.

—Aquí —dijo en viéndole don Quijote— podemos, hermano Sancho Panza, meter las manos hasta los codos en esto que llaman aventuras. Mas advierte que, aunque me veas en los mayores peligros del mundo, no has de poner mano a tu espada para defenderme, si ya no vieres que los que me ofenden es canalla y gente baja, que en tal caso bien puedes ayudarme; pero si fueren caballeros, en ninguna manera te es lícito ni concedido por las leyes de caballería que me ayudes, hasta que seas armado caballero.

—Por cierto, señor —respondió Sancho—, que vuestra merced sea muy bien obedecido en esto; y

5 Según Cejador, *Diccionario del "Quijote"*, artículo *obra*, este dicho es "metáfora del arar, como *huebra* y *obra*, de *opera*, pues el trabajo hecho servía de medida". Unos ejemplos: *La historia de los nobles caualleros Oliueros de castilla y artus dalgarbe* (Burgos, 1499), cap. xlj: "...¿ le fizo dezir el numero dellos [de los enemigos] ¿ la ordenança ¿ la guarda del real: ¿ dixo que eran *obra de treynta y cinco mil...*" Y en el *Diálogo de Mercurio y Carón*, de Juan de Valdés, pág. 78 de la edición de Usoz: "En este medio, el infante don Fernando... envió *obra de diez mil alemanes* en Italia..." Y más adelante, en el *Quijote* mismo (II, XLVII): "Por ahora, denme un pedazo de pan y *obra* de cuatro libras de uvas..."

6 *Las tres del día*, aludiendo a las de la tarde, se habrá dicho pocas veces; el mismo CERVANTES dice después (I, xxvii): "la hora, las tres de la tarde."

19 Clemencín y Hartzenbusch siguieron el parecer de Arrieta, que tuvo el *sea* por yerro del impresor, y, leyendo a lo de

más, que yo de mío me soy pacífico y enemigo de meterme en ruidos ni pendencias; bien es verdad que en lo que tocare a defender mi persona no tendré mucha cuenta con esas leyes, pues las divinas y humanas permiten que cada uno se defienda de quien quisiere agraviarle.

—No digo yo menos —respondió don Quijote—; pero en eso de ayudarme contra caballeros has de tener a raya tus naturales ímpetus.

10 —Digo que así lo haré —respondió Sancho—, y que guardaré este preceto tan bien como el día del domingo.

Estando en estas razones, asomaron por el camino dos frailes de la orden de San Benito, caballos sobre dos dromedarios; que no eran más pequeñas dos mulas en que venían. Traían sus antojos de camino y sus quitasoles. Detrás dellos venía

hoy, y no a lo de ayer, enmendaron *será*, como habían enmendado *me desollará*, por *me desuelle*, en el cap. iv (163, 1).

1 *De mío* quiere decir *de mi natural*, *de mi cosecha*. Tal cual vez se decía expresamente. Fray Luis de León, *Exposición del Libro de Job*, cap. xl: "*De su natural (de suyo)* es Dios la misma sencillez y verdad." También se decía en plural. Santa Teresa, *Vida*, cap. xv: "Ningun bien tenemos *de nosotros*."

17 Los *antojos* (que hoy diríamos *anteojos*) *de camino* eran unos antifaces con cristales, para resguardar los ojos del polvo y la cara de los rayos del sol. Entre los bienes inventariados por muerte del infortunado don Gaspar de Ezpeleta (1605) figuraban "unos *antojos de camino*, de terciopelo negro" (Pérez Pastor, *Documentos cervantinos*, tomo II, pág. 484). En el *Entremés de lo que pasa en una venta*, de Belmonte, apud *Flor de entremeses y sainetes de diferentes autores* (1657), página 174, sale Tristán "con mascarilla, *antojos*, guardasol, fieltro...", y dice:

"...y así, traigo defensivos
contra sus cuatro elementos:
antojos para la tierra,

un coche, con cuatro o cinco de a caballo que le acompañaban y dos mozos de mulas a pie. Venía en el coche, como después se supo, una señora vizcaína, que iba a Sevilla, donde estaba su marido, que pasaba a las Indias con un muy honroso cargo. 5 No venían los frailes con ella, aunque iban el mismo camino; mas apenas los divisó don Quijote, cuando dijo a su escudero:

—O yo me engaño, o ésta ha de ser la más famosa aventura que se haya visto; porque aquellos bultos negros que allí parecen deben de ser, y son, sin duda, algunos encantadores que llevan hurtada alguna princesa en aquel coche, y es menester deshacer este tuerto a todo mi poderío. 10

—Peor será esto que los molinos de viento —dijo Sancho—. Mire, señor, que aquellos son frailes de San Benito, y el coche debe de ser de alguna gente 15

maskarilla para el viento,
para el fuego, *guardasol*,
y para el agua, fieltro...”

7 A la frase “...si acaso *iban un mesmo camino*” puso esta nota Clemencín (II, LXXII) —o, por mejor decirlo, sus continuadores, de quienes trataré en otro lugar—: “*Iban*, en vez de *lle-
vaban*, o *iban por*.” Para que mejor se entienda conviene advertir que a *caminar* llamaban nuestros abuelos *ir camino*. Así, en las *Constituciones Synodales del arzobispado de Granada* hechas en 1572 (Granada, Hugo de Mena, 1573), fol. 66 vto.: “Prohibimos que ningún clérigo de orden sacro vaya a tauerna o bodegón a comer o beuer en ella, si no fuere *yendo camino*, so pena de quatro reales...” Fray Antonio de Córdoba, *Tratado de casos de consciencia* (Toledo, Pero López de Haro, 1584), fol. 405: “Vn frayle claustral *yendo camino*, topó en vn meson vn moço...” Y don Agustín Moreto, en la jorn. 1 de *No puede ser...*

“*Iba camino* un abad
Muy gordo y muy reverendo...”

11 *Parecer*, equivaliendo a *verse*, o *dejarse ver*, como *parecerse* en el cap. III, donde quedó nota (136, 17).

pasajera. Mire que digo que mire bien lo que hace, no sea el diablo que le engañe.

—Ya te he dicho, Sancho —respondió don Quijote—, que sabes poco de achaque de aventuras: lo que yo digo es verdad, y ahora lo verás.

Y diciendo esto, se adelantó y se puso en la mitad del camino por donde los frailes venían, y, en llegando tan cerca, que a él le pareció que le podrían oír lo que dijese, en alta voz dijo:

—Gente endiablada y descomunal, dejad luego al punto las altas princesas que en ese coche lleváis forzadas; si no, aparejaos a recibir presta muerte, por justo castigo de vuestras malas obras.

Detuvieron los frailes las riendas, y quedaron admirados, así de la figura de don Quijote como de sus razones, a las cuales respondieron:

—Señor caballero, nosotros no somos endiablados ni descomunales, sino dos religiosos de San Benito que vamos nuestro camino, y no sabemos si en este coche vienen o no ningunas forzadas princesas.

II Cejador, en su *Diccionario del "Quijote"*, artículo *luego*, cita diversos ejemplos de *luego al punto* y *luego al momento*, y de *luego después*, que significa, no *ahora en seguida*, como él dice, sino *algo más tarde*. Y todavía pudo añadir a los primeros *luego a la hora*, equivalente a ellos y a los graciosos *ahorita* y *yaíta mismo*, o *ahora mismito*, que he oído, y aun dicho, muchas veces en Andalucía. Juan de Castellanos, *Elegías de varones ilustres de Indias* (Biblioteca de Rivadeneyra, tomo IV, pág. 250 b):

"Gran pueblo se trazó *luego a la hora*,
Partidos por buen orden los solares..."

Y en el *Romancero general*:

"Él entonces, como un viento,
Se vistió *luego a la hora*."

20 Cortejón tiene por incorrecto lo de "si en este coche vienen o no *ningunas* forzadas princesas", y dice: "aunque los

—Para conmigo no hay palabras blandas; que ya yo os conozco, fementida canalla —dijo don Quijote.

frailes debían saber gramática, hoy mismo son muy pocos los que, aun perteneciendo al número de los intelectuales, no cometen igual falta, al menos en la conversación." No pusiera Cortejón tal reparo a recordar que, como dice Bello (*Gramática*, § 1142), "los negativos de origen positivo se emplean a veces en su significado antiguo..., y aun sucede que, por analogía, se extiende el mismo uso a los que son negativos de suyo y lo han sido siempre: "Las más altas empresas que *hombre ninguno* haya acabado en el mundo", esto es, *hombre alguno, nadie*". Y aun bastárale con parar la atención en que, diciendo CERVANTES por boca de uno de los religiosos: "no sabemos si en este coche vienen o no *ningunas* forzadas princesas", al *vienen*, como afirmativo, correspondería el *algunas* que echa menos el censurante; pero al *no vienen* (ya que el verbo va implícito con la negación) corresponde indudablemente *ningunas*. Por ningún estilo, pues, hay la falta que pensó haber hallado el dicho anotador del *Quijote*.

2. Escribió Urdaneta, *Cervantes y la crítica*, pág. 380: "Los que han querido deducir de estas palabras de don Quijote un sentido mui ajeno de los sentimientos de CERVANTES, y han visto en ellas una burla de los religiosos, sin duda que han caído en una ligereza imperdonable y dado nueva prueba de que no comprendieron el libro. ¿Por qué no han dicho: "Flaquea" el juicio de CERVANTES" cuando han visto el empeño del hidalgo manchego en creer gigantes a los molinos? ¿Por qué no dicen: "Flaquea la misericordia de CERVANTES" cuando ven a don Quijote atacando un cuerpo muerto?, etc. Don Quijote se había imaginado que aquellos bultos negros *debían ser y eran, sin duda, encantadores, que llevaban hurtada alguna princesa*, y a esos bultos negros, a esos encantadores era a quienes él decía *fementida canalla*, y lo demás que sigue en el texto de CERVANTES. Si no pudo toda la malicia de Sancho hacer creer otra cosa a don Quijote, ¿pensáis vosotros ¡oh censores! aplicar aquellas voces a intenciones que no llevaban...?" ¡Ni de perlas! Esto se publicó en 1878, y parece escrito ahora, para combatir a los ilusos —y más que ilusos, pues hay entre ellos gente de peor laya— que, contra viento y marea, quieren hacer pasar a CERVANTES por librepensador y anticatólico desaforado.

Y sin esperar más respuesta, picó a Rocinante y, la lanza baja, arremetió contra el primero fraile, con tanta furia y denuedo, que si el fraile no se dejara caer de la mula, él le hiciera venir al suelo
 5 mal de su grado, y aun mal ferido, si no cayera muerto. El segundo religioso, que vió del modo que trataban a su compañero, puso piernas al castillo de su buena mula, y comenzó a correr por aquella campaña, más ligero que el mismo viento.

10 Sancho Panza, que vió en el suelo al fraile, apeándose ligeramente de su asno, arremetió a él y le comenzó a quitar los hábitos. Llegaron en esto dos mozos de los frailes y preguntáronle que por qué le desnudaba. Respondióles Sancho que aquello le
 15 tocaba a él ligitimamente, como despojos de la batalla que su señor don Quijote había ganado. Los mozos, que no sabían de burlas, ni entendían aquello de despojos ni batallas, viendo que ya don Quijote estaba desviado de allí, hablando con las que en el
 20 coche venían, arremetieron con Sancho y dieron con él en el suelo, y, sin dejarle pelo en las barbas, le molieron a coces y le dejaron tendido en el suelo, sin aliento ni sentido; y, sin detenerse un punto, tornó a subir el fraile, todo temeroso y acobardado

2 *Primero*, sin apocopar, como antes, en este mismo capítulo (256, 7).

8 *Comenzó*, en el significado que a este verbo y a *empezar* suele darse en Andalucía, donde decimos: *empezó a huir*, por *huyó insistentemente*; *empezó a darle de palos*, por *le dió muchos palos*. En idéntica acepción se usa el verbo *comenzar* en otro pasaje del *Quijote* (I, xli): "Luego que yo la vi, le tomé una mano y la comencé a besar..."

15 *Ligitimamente*, por asimilación de vocales. Es forma usadaísima en el habla vulgar.

24 *Todo* equivale algunas veces a *enteramente*. Diego Gracián, *Morales de Plutarcho*, fol. 6 vto.: "Iuzgando [Filipo de

y sin color en el rostro, y cuando se vió a caballo, picó tras su compañero, que un buen espacio de allí le estaba aguardando y esperando en qué paraba aquel sobresalto, y, sin querer aguardar el fin de todo aquel comenzado suceso, siguieron su camino, haciéndose más cruces que si llevaran al diablo a las espaldas.

Don Quijote estaba, como se ha dicho, hablando con la señora del coche, diciéndole:

—La vuestra fermosura, señora mía, puede fazer de su persona lo que más le viniere en talante, porque ya la soberbia de vuestros robadores yace por el suelo, derribada por este mi fuerte brazo; y porque no penéis por saber el nombre de vuestro libertador, sabed que yo me llamo don Quijote de la Mancha, caballero andante y aventurero, y cautivo de la sin par y hermosa doña Dulcinea del Toboso; y en pago del beneficio que de mí habéis recebido, no quiero otra cosa sino que volváis al Toboso, y que de mi parte os presentéis ante esta

Macedonia] vn pleyto de Macheta, *dormiase todo*, y como mirasse poco en el derecho que tenía, condenole...” Suárez de Figueroa, *El Passagero*, alivio x (fol. 469 vto.): “Si se viesse vn soldado (dixe) que sin obrar las armas que posee, *se ocupasse todo* en fabricar otras, ¿a quién no causaria risa?”

10 *Fermosura*, dicho por vía de tratamiento, como pudiera decir *señoría* o *alteza*, y como hemos visto usar *grandeza*. Volverá a ocurrir en el cap. xxix: “La vuestra gran *fermosura* se levante...”

20 Las palabras que *volvais al Toboso* no significan, como pudiera imaginarse, que don Quijote creyese que venía del Toboso la señora a quien habla. *Volver*, en una de sus antiguas acepciones, registrada en el *Diccionario de autoridades*, significa “torcer o dextrar el camino, o línea recta, y así se dice: “Este camino *vuelve* a tal parte.” De otra manera lo expresa siete líneas después: “que luego *había de dar la vuelta al Toboso*”, donde *dar la vuelta a*, como *ir la vuelta de*, no significa sino

señora y le digáis lo que por vuestra libertad he fecho.

Todo esto que don Quijote decía escuchaba un escudero de los que el coche acompañaban, que era vizcaíno; el cual, viendo que no quería dejar pasar el coche adelante, sino que decía que luego había de dar la vuelta al Toboso, se fué para don Quijote, y, asiéndole de la lanza, le dijo en mala lengua castellana y peor vizcaína desta manera:

—Anda, caballero, que mal andes; por el Dios que crióme que si no dejas coche, así te matas como estás ahí vizcaíno.

caminar hacia, o dirigirse a. Garcés, *Fundamento del vigor y elegancia de la lengua castellana...*, t. I, pág. 58: "Nos dan clara idea de esta preposición [*la vuelta a*], que corresponde a la latina *versus*, el verbo de movimiento *volver* y el sustantivo que de él se deriva, *la vuelta*, según lo usan los buenos autores..." Añade que "su natural significado equivale a *hacia*" y cita dos ejemplos tomados del *Quijote* (ambos de I, xli) y estotro de don Diego Hurtado de Mendoza (*Guerra de Granada*, libro IV, núm. 12): "*Partió [el Duque] ahorrado sin estorbos la vuelta de Hojen.*"

12 Estas últimas palabras significan: "así te mata el vizcaíno como estás ahí." Desde los días de Bowle hasta los nuestros, apenas ha habido anotador del *Quijote* que al llegar a este punto no haya citado aquellas palabras que don Francisco de Quevedo estampó en su *Libro de todas las cosas y otras muchas más*: "Si quieres saber vizcaíno, trueca las primeras personas en segundas con los verbos, y cádate vizcaíno, como *Juancho quitas leguas, buenos andas vizcaíno.*" Por lo común, el habla de aquellos vizcaínos que no saben sino chapurrear el castellano fué objeto de burlas en los siglos xvi y xvii, allí donde se ofreció ocasión, y aun a menudo nuestros escritores las buscaron de industria para hacer reír. Citaré algunas muestras de ello, de las menos manoseadas. En las coplas de *Y trescientas cosas más* que empiezan

"Parió Marina en Orgaz..."

y andan en diversos impresos y manuscritos de comienzos del siglo xvii:

Entendióle muy bien don Quijote, y con mucho sosiego le respondió:

—Si fueras caballero, como no lo eres, ya yo hubiera castigado tu sandez y atrevimiento, cautiva criatura.

“Passó Juancho vizcayno
diciendo: “Juras a Dios
“que das con ladrillo a vos
“si no apartas del camino,
“Vas moyno,
“cascos quiebras...”

Mateo Alemán, al fol. 21 de su *Ortografía castellana*, copia una donosa carta que se decía escrita por un vizcaíno a su padre, aunque más traza tiene de mera facecia: “Padre señor, yo bueno estás, carta escrivo, madre la leas, hierro no vendes, nadie lo quieres, Dios que te guarde.” Castillo Solórzano, en sus *Tardes entretenidas*, fol. 96, hace hablar así a un paje vizcaíno: “No le hazes al caso que paje le seas; hombre honrado y vizcaino le eres, juras a Dios, más que otra.” Por la demasiada sobriedad de expresión se dijo proverbialmente “corto de razones como vizcaíno”, laconismo al cual con frecuencia se refirieron nuestros escritores, verbigracia, Baltasar del Alcázar, en una de sus poesías, pág. 99 de mi edición:

“Corta en palabras anduvo,
Propiedad de vizcaínos.”

Tirso de Molina, en el acto III de *Don Gil de las Calzas verdes*:

“D.^a JUANA. Mas como de mí imagino
Lo poco que al mundo importo,
Ni sé ni me determino
A pretender; que en lo corto
Tengo algo de vizcaíno.”

Y, en fin, en un romance de Castillo Solórzano (apud *Jornadas alegres*, Madrid, Juan González, 1626, fol. 39 vto.) dice la Puente Segoviana del Manzanares:

“Dos contrariedades hallo
En mi aborrecido esposo:
Atrevido en lo mendigo
Y vizcaíno en lo corto.”

A lo cual replicó el Vizcaíno:

—¿Yo no caballero? Juro a Dios tan mientes como cristiano. Si lanza arrojas y espada sacas, ¡el agua cuán presto verás que al gato llevas! Vizcaíno por tierra, hidalgo por mar, hidalgo por el diablo, y mientes que mira si otra dices cosa.

4 Ahora por primera vez —dije en mi edición de “Clásicos Castellanos”— se estampa esta expresión entre los signos admirativos que requiere su significado, que no es otro que éste: “si arrojas la lanza y sacas la espada, ¡cuán presto has de ver que llevo el gato al agua!” *Llevar el gato al agua* se llamó un antiguo juego de muchachos, que explica Rodrigo Caro a la pág. 241 de sus *Días geniales o lúdicos*, curiosísima obra que ahora llamaríamos de *folk-lore* infantil, inédita hasta el año de 1884, en que, a mi instancia, la sacó a luz la Sociedad de Bibliófilos Andaluces.

Covarrubias (*Tesoro*, artículo *gatear*) presume, para explicar esta frase, que “antiguamente debieron usar cierto juego en la ribera del río con un gato, y ganaba el que le metía dentro dél; pero como se defiende con uñas y dientes, era dificultoso y peligroso”. Sea de ello lo que fuere, la tal expresión se dijo figuradamente, como advierte el maestro Gonzalo Correas, aplicándola a “cuando se riñe por ver quién puede más”. Así, *verbigracia*, Calderón, en la jornada 1 de *Luis Pérez el Gallego*, y Moreto en el primer acto de *El lindo don Diego*. Y el mismo CERVANTES, en la jornada 11 de *La Entretenida* (*Ocho comedias...*, fol. 183 vto.):

“OCAÑA. Pero tñ forja en tu fragua
tus embustes; que yo espero
que ha de ver el mundo entero
el que lleva el gato al agua.”

5 El ser vizcaíno de antiguo y conocido solar daba, por sí solo, la consideración y las preeminencias de la hidalguía más acrisolada. Todavía en 1754 don Fernando VI, consiguiientemente a lo que estaba declarado y reconocido por los antiguos fueros del señorío de Vizcaya, dispuso “que los castigos que se impongan a los vizcaínos sean correspondientes a los que se imponen a los hijosdalgo”. (*Novísima Recopilación*, ley xvi, tít. III, libro VI.)

6 En algunas ediciones, así antiguas como modernas, hay

—¡Ahora lo veredes, dijo Agrajes! —respondió don Quijote.

Y arrojando la lanza en el suelo, sacó su espada y embrazó su rodela, y arremetió al Vizcaíno, con determinación de quitarle la vida. El Vizcaíno, que así le vió venir, aunque quisiera apearse de la mula, que por ser de las malas de alquiler no había que fiar en ella, no pudo hacer otra cosa sino sacar su

una coma después de *mientes*. Huelga a todas luces: y *mientes que mira* no es otra cosa que y *mira que mientes*.

Maestro de tanta competencia como don Julio de Urquijo dice en su artículo intitulado *Concordancias vizcaínas* e inserto en el *Homenaje ofrecido a Menéndez Pidal* (Madrid, 1925), tomo II, pág. 94: "Para mí es claro que jamás vizcaíno habló como el célebre vizcaíno del *Quijote*. En las frases que le presta Cervantes apenas si encuentro más que un acierto: la supresión del artículo: "que si no dejas coche", "si lanza arrojas y espada sacas".

1 El insigne escritor sevillano don Luis Montoto y Rautenstrauch ha recapitulado en el artículo *Agrajes* de su obra intitulada *Personajes, personas / y personillas / que corren por las tierras / de ambas Castillas* (Sevilla, 1911-1913) casi todo lo que se ha escrito acerca de la expresión proverbial *Ahora lo veredes, dijo Agrajes*. Remitiendo a esta obra al lector curioso, me limitaré a recordar que *Agrajes* es un personaje de la novela *Amadís de Gaula*, y que por decir tal cual vez, al poner mano a la espada, *ahora lo veréis*, quedaron en proverbio él y su dicho, que el maestro Gonzalo Correas, en su *Vocabulario de refranes y frases proverbiales*, registra con un aditamento de consonancia: "Agora lo veredes, dijo Agrajes con sus pajes." Un letrado que vivía en Valladolid en tiempo de los reyes don Carlos y doña Juana y de quien sólo sé que se llamaba el doctor Espinosa, en los centenares de refranes que iba recogiendo de la tradición oral solía interpolar algunas observaciones curiosas (Biblioteca Nacional. Ms. 10392), entre las cuales he leído ésta (fol. 10 mihi): "*Agrajes funez*, vezino de orense. *Agrajes de Taboada*, vezino de taboada, fijo de Iope de Taboada. Pensé yo que este nombre era inventado, porque nunca le oy sino quando le ley en *Amadís*."

espada; pero avínole bien que se halló junto al coche, de donde pudo tomar una almohada, que le sirvió de escudo, y luego se fueron el uno para el otro, como si fueran dos mortales enemigos. La
 5 demás gente quisiera ponerlos en paz; mas no pudo, porque decía el Vizcaíno en sus mal trabadas razones que si no le dejaban acabar su batalla, que él mismo había de matar a su ama y a toda la gente que se lo estorbaba. La señora del coche, ad-

1 *Avenir*, en su acepción, poco usada hoy, de *acaecer*. El mismo CERVANTES, en *El Amante liberal*: “*Avino*, pues, que un día la señora Halima vió a su esclavo...”

9 Indicase ahora —como nota Clemencín— “el carácter duro y tenaz que se atribuye a los antiguos vizcaínos, y de que aún conservan, según dicen, bastante reliquias sus descendientes”. Todavía el vulgo, por encarecimiento de terquedad, dice en una de sus comparaciones proverbiales: *Salirse con ella, como vizcaíno*. Y así, poco más o menos, lo dijo el poeta antequerano Pedro Espinosa en unas décimas a San Ignacio de Loyola (*Obras de Pedro Espinosa*, pág. 56 de mi edición):

“Para tan largo camino
 Tomáis el Norte en la diestra,
 Para salir con la vuestra,
 Como hidalgo vizcaíno.”

Del natural arrebatado de los vizcaínos podrían citarse muchas opiniones y testimonios. Fernández de Enciso dice al fol. 26 vto. de la *Suma de Geographia* (Sevilla, 1530): “Las gentes destas provincias [Vizcaya y Guipúzcoa] son coléricas y prestas; apasionados, bellicosos...” De aquí debió de tomar Camoens —según apunta el doctor José María Rodrigues en el aparato crítico impreso a continuación de su edición facsímil de la príncipe del poema— lo que dijo de vizcaínos y guipuzcoanos en el canto IV:

“Tambem mouen da guerra as negras furias
 A gente Bizcainha, que carece
 De polidas razões, & que as injurias
 Muito mal dos estranhos compadece.”

Y en sentir del embajador veneciano Federico Badoero, según su relación de 1557 (*Gachard, Relations des ambassadeurs vé-*

mirada y temerosa de lo que veía, hizo al coche-ro que se desviase de allí algún poco, y desde lejos se puso a mirar la rigurosa contienda, en el discurso de la cual dió el Vizcaíno una gran cuchillada a don Quijote encima de un hombro, por encima de la rodela, que, a dársela sin defensa, le abriera hasta la cintura. Don Quijote, que sintió la

nitiens..., Bruxelles, 1856), "Il principal lor vizio [de los españoles] è la superbia, nella quale i Biscaglini avanzano gli altri, et generalmente si lasciano trasportar immediato dal sdegno et ira, et usano parole altiere et superbe, pensando con queste òttenere l'intento loro..." Ningún caso práctico confirmaría tan bien lo dicho por estos autores como el que cuenta fray Gabriel Gómez de Losada en sus *Noticias y gouierno de Argel* (apud *Escuela de trabajos...*, Madrid, Julián de Paredes, 1670, página 300). Después de explicar que allí la muerte en horca, que es para los ladrones, la ejecutaban los cristianos, y para ello, dada la sentencia, salía el mesuar y prendía al primer cristiano que encontraba y le llevaba para que ejecutase este castigo, que consistía en arrojarle, con la soga al cuello, desde una almena, servicio por el cual recibía como derechos una dobla, añade: "Sucedió vna cosa bien graciosa no ha mucho tiempo: que ajusticiandose a doze moros por ladrones, salio el mesuar a buscar vn christiano para que executasse el castigo; encontró con vn vizcaino honrado, noble, como lo son los desta nación, lleuole por fuerça, como lo van todos, y despues de auerlos arrojado, le dauan sus doze doblas, que era el derecho que le tocaua; dixo que si auia más que ahorcar, lo haría; que no quería las doblas, porque esto lo auia hecho por Alá, y de muy buena gana; y no las quiso tomar."

7 La expresión de CERVANTES es a todas luces hiperbólica; pero tales como ella se suelen encontrar en los novelones de caballerías, tratando no de acaecimientos próximos a suceder, sino de hechos ya sucedidos. El curioso puede ver lo que dice Menéndez Pidal en su *Vocabulario del Cantar de Mio Cid*, artículo *espada*, acerca de los tajos épicos e históricos. Todavía en *El Monserrate* de Virués, canto VIII, se encuentra un rasgo como el del Cid con Búcar:

"Al primer moro en quien probó la espada
Partió desde la frente a la cintura."

En *Leandro el Bel*, fol. 87, el Caballero de Cupido, viéndose

pesadumbre de aquel desaforado golpe, dió una gran voz, diciendo:

—¡Oh, señora de mi alma, Dulcinea, flor de la

obligado a defenderse de unos leones, “al primer leon que delante de sí vido dio tan gran golpe por los lomos, que cortado todo por medio del cuerpo, dio con él en el suelo muerto”. Salir de los yelmos chispas de fuego, y aun llamas, al recibir los golpes de los combatientes era cosa comunísima. En *Amadis de Gaula*, libro II, cap. xviii, combatiéndose Amadis con Ardán Canileo, “sus golpes eran tan fuertes e tan apriessa, que las llamas de fuego de los yelmos y de las espadas fazían salir, que semejava que ardían...” En *Las Sergas de Esplandián*, cap. vi, donde combate el Caballero Negro (Esplandián) con un gigante: “Y fue para él, y alzaron el uno y el otro las espadas, y dieronse con ellas por encima de los yelmos tan grandes golpes, que el fuego salió en gran llama dellos.” En la *Hystoria del rey Canamor*, cap. viii, describiendo la batalla de éste con Brocadán: “...y dauanse tan grandes golpes con las espadas, que no les valian los escudos ni los yelmos, aunque eran de azero, que hazian lançar centellas como de fuego...” Y, en fin, siendo eco de tantas voces y aun dejándose atrás a los modelos, porque el que imita, que quieras que no, propende siempre a hacer caricatura de lo imitado, don Juan de Silva y de Toledo, en su *Don Policisne de Boecia*, fol. 94, hace que dos caballeros se combatan siendo ya cerrada la noche, “y comiençan la batalla de las espadas, tan apriessa y con tanta gana, que al fuego que de las armas salia se vian a combatir.”

Pues de ruidos que se oyen a muchas leguas de distancia no se diga: recuérdese, por ejemplo, que en el cap. i de *Las Sergas de Esplandián*, ponderando el estruendo con que se abrieron las puertas de la cámara en que se guardaba un tesoro encantado, se dice que “fué tan espantable, que por más de veinte leguas en derredor fue oido por aquellos que a la sazón por la mar andaban...” Y ¿cómo olvidarnos de lo que cuenta el capitán Urrea en su *Don Clarisel de las Flores*, pág. 213? Nasamor encuentra a un jayán que defendía una fuente, el cual, con su espada, ancha de un palmo y cuatro dedos, “puesto entre arboles donde esgrimir la pudiesse, fazia dellos lo que del feno la guadaña; si en llano la jugaba, el viento que traya, ya que no alcanzasse a cauallero o cauallo, con seys passos le derribaba”. ¡Y cuenta que Urrea no era andaluz!

fermosura, socorred a este vuestro caballero, que, por satisfacer a la vuestra mucha bondad, en este riguroso trance se halla!

El decir esto, y el apretar la espada, y el cubrirse bien de su rodela, y el arremeter al Vizcaíno, ⁵ todo fué en un tiempo, llevando determinación de aventurarlo todo a la de un golpe solo.

1 Dice Alonso Cano y Urreta en sus *Días de jardín* (Madrid, Bernardino de Guzmán, 1619), fol. 11: "Son las flores lo mejor de nuestro mundo, por lo que llamamos flor, o florido, lo sumo, lo perfecto, en lenguaje de poetas y de oradores. *La flor de la hermosura* llamó Achiles Tacio a vnos hermosos ojos."

7 En la edición príncipe, *un gol solo*, "frase picaresca a nuestro sentir", escribe equivocadamente Fitzmaurice-Kelly, equivocación muy disculpable en un extranjero, aun teniendo la vasta cultura del benemérito editor y biógrafo de CERVANTES. A Clemencín, que examinó con más atención los libros de caballerías, y especialmente las caballerías de esos libros, que las curiosidades del habla castellana que se encuentran en ellos y en mil otros, no pareció muy de recibo que en la expresión *de aventurarlo todo a la de un solo golpe* se concertase el artículo *la con ventura*, "palabra que no se expresa, y sólo está comprendida como parte en el verbo *aventurar*, que precede". De poco hacía caudal Clemencín: dichos análogos a éste de CERVANTES eran correntísimos en su tiempo. Para demostrarlo cité en mi edición anterior tres lugares de Lope de Vega; y como no haya faltado quien diga en cierto corrillo literario, murmuradero de gentes que suplen el trabajar con el maldecir, que yo no podría citar otros ejemplos, porque este fenómeno, contra lo que afirmé, no llegó a generalizarse, parece que no se me llevará a mal que aporte otros cuantos, de los muchos que saqué de mis lecturas. Santa Teresa de Jesús, en el cap. VIII de su *Vida*: "...porque aunque quiera entrar [el Señor] a *rregalarse* con vn alma y *rregalarla*, no ay por donde; que la quiere sola y linpia y con gana de *rreçibirlos*." [*Los regalos*]. Barahona de Soto, en los *Diálogos de la Montería*, impresos como de autor ignorado por la Sociedad de Bibliófilos Españoles, pág. 374: "Y si hubiere *nieve* o la tierra *lo estuviere* [*nevada*], se encabarán las perdices muy mejor..." Fray Juan de Pineda, en su *Agricultura christiana*, diál. iv, § xiv: "...y bien veis

El Vizcaíno, que así le vió venir contra él, bien entendió por su denuedo su coraje, y determinó de hacer lo mesmo que don Quijote; y así, le aguardó bien cubierto de su almohada, sin poder rodear la
 5 mula a una ni a otra parte; que ya, de puro cansada y no hecha a semejantes niñerías, no podía dar un paso. Venía, pues, como se ha dicho, don Quijote contra el cauto Vizcaíno, con la espada en alto, con determinación de abrirle por medio, y el
 10 Vizcaíno le aguardaba ansimesmo levantada la espada y aforrado con su almohada, y todos los circunstantes estaban temerosos y colgados de lo que

quanto se parezca este incesto al de Myrra, y especialmente que Higinio añade que tambien Myrra *emborrachó* a su padre como Loth *lo fue* [emborrachado] por sus hijas." Mas ¿a qué insistir en cosa tan del genio de nuestro idioma, que lo mismo la usa el vulgo que los escritores? Véase en esta copla popular:

"Mi marido es *cucharero*
 Y *hace tres* a la semana;
 Se las pagan a real:
 Ese es el jornal que gana."

Pero no ya con una cuchara; ni aun con las tres semanales de la copla se podrán meter en ciertos entendimientos, tupidos por la soberbia, o por la ignorancia, o por la envidia, o por todas ellas juntas, las cosas más patentes.

I *El Vizcaíno, que así le vió venir contra él...* No muchos renglones antes (273, 6), ya relatando la batalla, comienza otra cláusula de la misma manera: *El Vizcaíno, que así le vió venir...* Esta y otras muchas repeticiones e inadvertencias nos irán convenciendo en el curso de la obra del descuido con que CERVANTES solía escribir y de la poca o ninguna cuenta que de ordinario tenía con la corrección de sus originales.

12 CERVANTES usó con frecuencia esta acepción figurada de *colgado*, sinónima de la también figurada de *pendiente*: *colgado de sus palabras* (I, XVIII y XXVII); *de su boca andaban como colgados todos los...* (II, LXII). Y así comienza el cap. II del *Viage del Parnaso* (fol. 8):

"*Colgado estaua de mi antigua boca*
 El Dios hablante, pero entonces mudo..."

había de suceder de aquellos tamaños golpes con que se amenazaban; y la señora del coche y las demás criadas suyas estaban haciendo mil votos y ofrecimientos a todas las imágenes y casas de devoción de España, por que Dios librase a su escudero y a ellas de aquel tan grande peligro en que se hallaban. Pero está el daño de todo esto que en este punto y término deja pendiente el autor desta historia esta batalla, disculpándose que no halló más

Garcilaso había dicho en la primera de sus églogas:

“¿Dó están agora aquellos claros ojos
Que llevaban tras sí como colgada
Mi alma doquier que ellos se volvían?

1 Nunca mejor que en esta ocasión conviene el adjetivo *tamaño* con el significado de las voces latinas *tam* y *magnus*, de donde se dijo. En el *Libro de Alexandre* aún no andan unidas ambas palabras para formar nuestro adjetivo castellano:

“Metió Dios entrellos *tan manna* confusión,
Que olvidaron todos el natural sermon”.

Pero ¿qué digo antes del siglo xv? Aun después de entrado el xvi usábanse por nuestros escritores de la misma manera. Feliciano de Silva, en la cena xvii de la *Segunda comedia de Celestina* (págs. 181-182 del tomo IX de la “Colección de Libros españoles raros o curiosos”) dice por boca de su protagonista: “...que no parescois sino un angel, y agora paresces un serafín, con esa crespá de oro, que desde *tan mañito* lo tuviste tal.” Otras cosas dije de la palabra *tamaño* en nota de la pág. 680 de mi libro intitulado *Luis Barahona de Soto*.

3 Al leer y la señora del coche y las demás criadas suyas, se ocurre preguntar: “¿Qué *demás* es éste, si no se ha hecho mención de ningunas otras criadas de esta señora?” A tal pregunta satisface cumplidamente el ilustre camonista lusitano doctor Rodrigues, quien acerca de este punto me dijo en una de sus gratas comunicaciones: “*La señora y las demás criadas*”, construção que vem ja da *Odissea*, precisamente com as mesmas entidades: “Com Nausica e com outras criadas” (VI, 85). E mais adiante: “Ulisses e os outros feacios” (VIII, 367-368). E Platão: “E ás pedras e a terra e aos outros animais e plantas (*Phaedora*). Tal vez Camões, em I, 77, 1, 104, 8...”

escrito destas hazañas de don Quijote de las que deja referidas. Bien es verdad que el segundo autor desta obra no quiso creer que tan curiosa historia estuviese entregada a las leyes del olvido, ni
5 que hubiesen sido tan poco curiosos los ingenios de la Mancha, que no tuviesen en sus archivos o en sus escritorios algunos papeles que deste famoso caballero tratasen; y así, con esta imaginación, no se desesperó de hallar el fin desta apacible histo-
10 ria, el cual, siéndole el cielo favorable, le halló del modo que se contará en la segunda parte.

3 Dice Clemencín: "Estas palabras y las anteriores indican que eran dos los autores de la historia primitiva de don Quijote: uno que, al llegar a la aventura del vizcaíno, la dejó a medio contar por falta de materiales, y otro que no quiso creer que no los hubiese, y al cabo los encontró, en la forma que se cuenta en el capítulo siguiente. Pero CERVANTES escribía tan sin plan ni preparación, que en el capítulo inmediato dió por supuesto que el único autor había sido Cide Hamete Benengeli, a quien sigue traduciendo desde el principio de su segunda parte, que contiene la conclusión del suceso del vizcaíno, sin explicar por dónde había tenido y vuelto al castellano lo precedente." Atinadamente rectifica a Clemencín el padre Rufo Mendizábal, en estos términos: "El autor, es decir, el que escribe la historia (sea que la componga, o que la traduzca), puede servirse de intérprete para traducir el original o los documentos redactados en lengua extraña. Esto supuesto, el primer autor es Cide Hamete Benengeli (cf. II, 24 y 40); el segundo autor, CERVANTES; y ambos tuvieron sus intérpretes (cf. II, 43)."

II Para que el lector se explique bien las últimas palabras de este capítulo y las primeras del siguiente es preciso advertir que aquí termina la primera de las cuatro partes en que CERVANTES dividió la que hoy llamamos parte I del *Quijote*, sacada a luz en 1605. Tal división no ha subsistido, porque el autor la abandonó al publicar en 1615 la parte II, que sólo distribuyó en capítulos, quizá para no seguir, ni en la materialidad de estas inútiles reparticiones, al supuesto Fernández de Avellaneda, que dividió en tres partes su segunda de *El Ingenioso Hidalgo*.



CAPÍTULO IX

DONDE SE CONCLUYE Y DA FIN A LA ESTUPENDA BATALLA QUE EL GALLARDO VIZCAÍNO Y EL VALIENTE MANCHEGO TUVIERON.

DEJAMOS en la primera parte desta historia al valeroso Vizcaíno y al famoso don Quijote con las espadas altas y desnudas, en guisa de

6 Nota Clemencín la grande semejanza que ofrece este pasaje con aquel del *Espejo de príncipes y caballeros* (parte V, libro I, cap. 1) en que dice su autor: “Dejó el gran sabio Lirgandeo en el último capítulo de su historia a los dos raros en valor y fortaleza, el gran siciliano Bravorante y el famoso africano Brufaldoro, dando en el aire la vuelta con sus furiosos caballos, las espadas en alto con tan fiero denuedo...” Más cerca que esta cita del *Espejo de príncipes* tenía Clemencín, y no la vió, otra de donde probablemente imitó CERVANTES este artificio. El quedar el Vizcaíno y don Quijote “con las espadas altas y levantadas” al fin del capítulo anterior, último de la primera parte de *El Ingenioso Hidalgo*, y el ponerse el autor a digresar largo rato en el primero del siguiente, para tener suspensa la atención de los lectores, deseosos de saber en qué vino a parar la rabiosa pelea, más parecen imitados de don Alonso de Ercilla, quien, al fin del canto xxix de *La Araucana*, último de la segunda parte, deja pendiente la pelea de Rengo y Tucapel, y a éste, que,

“De un infernal furor ya poseído,
De suerte alzó la espada, que yo os juro
Que nadie allí pensó quedar seguro”;

punto en el cual Ercilla deja cortada la historia, rogando que le perdone quien aguarda el fin del combate,

descargar dos furibundos fendientes, tales, que si en lleno se acertaban, por lo menos, se dividirían y fenderían de arriba abajo y abrirían como una granada, y en aquel punto tan dudoso paró y quedó destroncada tan sabrosa historia, sin que nos diese

“...porque creo
Que así me esperará con más deseo.”

Y así quedó, hasta que años después salió a luz la tercera parte del poema, en cuyo canto xxx, primero de la misma, tras ocho octavas de reflexiones morales acerca de la ira y los desafíos, dice:

“Déjelo aquí indeciso, porque viendo
El brazo en alto a Tucapel alzado,
Me culpo, me castigo y reprehendo
De haberle tanto tiempo así dejado.”

1 Pellicer tuvo a *fendientes* por adjetivo: “el sustantivo —dice— de estos dos adjetivos (*furibundos fendientes*) es *golpes*”. No lo habría entendido así el erudito anotador a recordar, o haber leído, esta octava del cap. xxviii del *Carlo famoso* de don Luis Zapata (fol. 159):

“El otro hirió al Conde encontinente
En un brazo, y un poco en la garganta,
Pero el Conde tan fiero y diligente
Boluio, qu’ el otro dél mucho se espanta:
Quiso henderle todo de un *hendiente*,
Mas no alcanzando a él su furia tanta,
Al sin culpa cauallo en tal comedio
Le partió la cabeza por en medio.

El *fendiente* (de *hender*), uno de los tres lances de la esgrima, era el golpe dado de arriba abajo, verticalmente, con el filo de la espada u otra arma larga y cortante. No equivale a *tajo*, contra lo que equivocadamente ha dicho Cortejón, por no haber visto despacio la nota de Clemencín, pues con ella sola bastaba para saber que el *tajo* se da de derecha a izquierda, y el *revés* de izquierda a derecha.

5 Nueva señal de que fué Ercilla el imitado por CERVANTES nos la ofrece esta voz *destroncada*, de poco uso, que es la misma que el autor de *La Araucana* había empleado:

“Mas quien el fin deste combate aguarda
Me perdone si dejo *destroncada*
La historia en este punto...”

noticia su autor dónde se podría hallar lo que della faltaba.

¡Causóme esto mucha pesadumbre, porque el gusto de haber leído tan poco se volvía en disgusto, de pensar el mal camino que se ofrecía para hallar lo mucho que, a mi parecer, faltaba de tan sabroso cuento. Parecióme cosa imposible y fuera de toda buena costumbre que a tan buen caballero le hubiese faltado algún sabio que tomara a cargo el escribir sus nunca vistas hazañas, cosa que no faltó a ninguno de los caballeros andantes,

“de los que dicen las gentes
que van a sus aventuras”,

1 Dónde, significando de dónde, como volveremos a ver en el cap. XIV (402, 2).

10 “En efecto —dice Clemencín—, *nunca fueron vistas* las hazañas de don Quijote. Chiste irónico, mui propio del genio y cuerda de CERVANTES, en que diciéndose exactamente la verdad, se indica con gracioso contraste otra cosa mui distinta.” Dijo CERVANTES de la misma manera que Eugenio de Salazar en la VII de sus *Cartas* (Paz y Melia, *Salas españolas*, tomo II, pág. 252) había dicho las verdades a “una vieja tripera y parlera que se preciaba de hermosa”, y en cuyo epígrafe se advierte “que en todo lo que toca al loor de la hermosura desta dama... van palabras anfibológicas que se pueden “adaptar a dos sentidos, y aquí se han de tomar en sentido “contrario del que parece que quieren sonar.” Y comenzaba así: “Muy admirable señora: La incomparable hermosura de vuestro gesto, la *no vista gentileza* de vuestro cuerpo y la increíble gracia de vuestra persona, tiene mi corazón tan llagado...”

13 Estos dos versos están impresos corridamente, como prosa, en todas las ediciones. En el cap. XLIX de esta primera parte, donde vuelven a ocurrir con variante ligera, también estampados a renglón tirado, sospechó Clemencín que son versos, y que “deben de pertenecer a algún romance antiguo de los muchos que solían cantarse en España; y me confirma en esta conjetura —añadió— el hallar los mismos versos en la traslación de los *Triunfos del Petrarca*, hecha en redondillas

porque cada uno dellos tenía uno o dos sabios, como de molde, que no solamente escribían sus hechos, sino que pintaban sus más mínimos pensamientos y niñerías, por más escondidas que fuesen; y no
5 había de ser tan desdichado tan buen caballero, que le faltase a él lo que sobró a Platir y a otros semejantes, y así, no podía inclinarme a creer que tan gallarda historia hubiese quedado manca y estropeada, y echaba la culpa a la malignidad del
10 tiempo, devorador y consumidor de todas las cosas, el cual, o la tenía oculta, o consumida.

Por otra parte, me parecía que, pues entre sus libros se habían hallado tan modernos como *Desengaño de celos* y *Ninfas y pastores de Henares*, que
15 también su historia debía de ser moderna, y que, ya que no estuviese escrita, estaría en la memoria de la gente de su aldea y de las a ella circunvecinas. Esta imaginación me traía confuso y deseoso de saber real y verdaderamente toda la vida y milagros de nuestro famoso español don Quijote de
20 la Mancha, luz y espejo de la caballería manchega,

por Alvar Gómez de Ciudad Real, señor de Pioz, que murió en 1538. Dice así el cap. II:

“Lanzarote y don Tristán
”Y el rey Artus y Galbán
”Y otros muchos son presentes,
”De los que dicen las gentes
”Que a sus aventuras van.”

A diferencia de Clemencín, más de creer me parece que tales versos serían tomados por CERVANTES de la copla de Ciudad Real, y que este poeta los compendría, sin tener que sacarlos de romance alguno. Todavía ocurrirán otra vez estos versos (siempre como prosa) en el cap. XVI de la segunda parte.

15 De este *que* de “*que* también”, redundante hoy, porque es mera repetición del otro anterior “me parecía *que*”, volveré a tratar en nota del capítulo siguiente.

y el primero que en nuestra edad y en estos tan calamitosos tiempos se puso al trabajo y ejercicio de las andantes armas, y al de desfazer agravios, socorrer viudas, amparar doncellas, de aquellas que andaban con sus azotes y palafrenes, y con toda su virginidad a cuestras, de monte en monte y de valle

3 En la edición príncipe, y *al desfazer*, por omisión de uno de dos grupos de letras iguales e inmediatos. De este linaje de omisiones, debidas más que a ninguna otra cosa a la ley instintiva del menor esfuerzo, trataré en otro lugar. Por ahora, básteme señalar algunos ejemplos de la elisión de uno de dos grupos idénticos al omitido en el texto. En el *Avto de la muerte de Adonias* (Colección de autos..., de Rouanet, t. II, pág. 74):

“Ya ves, hijo, que Adonias
deziende [*de*] tu simiente;
negar qu'es nuestro pariente
ni tú lo consentirías,
ni lo sufrirá la gente.”

Joseph de Valdivielso, *Sagrario de Toledo* (Madrid, Luis Sánchez, 1616), fol. 325 vto.:

“Verás cómo felicemente sube
El edificio generoso al cielo,
Como del mar azul lúcida nube
Iluminada del señor [*de*] Delo.”

Y escribiendo de mano. Ruy Gómez de Silva, en un billete autógrafo dirigido en 1568 a don Pedro Girón, primer duque de Osuna, y reproducido en facsímil en mi discurso de entrada en la Real Academia de la Historia (1927): “...dezille que V. S. no será tan desonrrado que espere a que su merced le *mandezir* —mande [*de*]zir— que la saque de palacio...”

5 En sentir de Clemencín, “pudiera dudarse si el original diría *azotes* o *azores*”, bien que aquí “hace más al caso el *azote* o látigo que el *azor*”. Ciertamente, y en el cap. XXIX veremos como, imitando lo que cien veces había leído en los libros de caballerías, Dorotea, cuando vió entre unas intrincadas peñas a don Quijote, “dió del *azote* a su palafrén”. En su palafrén, y *dándole del azote*, andaba, por ejemplo, Angélica cuando encontró herido a Medoro. (Ariosto, *Orlando furioso*, canto XVIII.)

en valle; que si no era que algún follón, o algún villano de hacha y capellina, o algún descomunal gigante las forzaba, doncella hubo en los pasados tiempos que, al cabo de ochenta años, que en todos
 5 ellos no durmió un día debajo de tejado, se fué tan entera a la sepultura como la madre que la había parido. Digo, pues, que por estos y otros mu-

1 Quevedo, al proclamar que no se debe dar a las mujeres (Musa VI, romance xxxiv), dice encarándose con las pediguñías y gorronas y recordando con mucha donosura lo que de las doncellas andantes había leído en los libros de caballerías:

“Tomá exemplo en las princesas
 De *El Caballero del Sol*,
 Que andavan por las florestas;
 No en las tiendas al olor.”

2 La *capellina* o *capacete* era arma defensiva que usaba la gente rústica. En el cap. II de *El Caballero del Sol* (Medina del Campo, Guillermo de Millis, 1552) se lee: “A poco rato vió como diez villanos, guarnescidos con *capellinas* y corazas y hachas, que delante un encubertado carro venían...” *Leandro el Bel*, fol. 13 vto.: “...salió a vn llano pequeño, y en medio dél vido estar dos donzellas atadas a vn arbol, y cerca dellas seys villanos con hachas y *capellinas*...”

7 Búrlase aquí CERVANTES donairosamente de la inverosimilitud de aquellas trashumantes doncelleces, puestos los ojos en la misma Angélica, que contó a Sacripante:

“...che la fior virginal così avea salvo
 Come se lo portó dal matern’ alvo.”

Mas a esto añadió desconfiadamente Ariosto:

“Forse era ver, ma non però credibile
 A chi del senso suo fosse signore.”

Clemencín nota que “esta malicia de CERVANTES no fué original”, y copia un pasaje de la historia de *Don Belianís de Grecia* en que se cuenta que la infanta Dolisena, tras un largo viaje, volvió a su casa tan entera como la madre que la había parido. A CERVANTES hubo de hacerle gracia esta expresión, y la usó, no aquí tan sólo, sino, además, en su novela *El Celoso extremeño*. Véase la nota 160 de mi edición crítica de *Rinconete y Cortadillo*, 183 en la reimpresión de 1920.

chos respetos es digno nuestro gallardo Quijote de continuas y memorables alabanzas, y aun a mí no se me deben negar, por el trabajo y diligencia que puse en buscar el fin desta agradable historia; aunque bien sé que si el cielo, el caso y la fortuna no me ayudan, el mundo quedara falto y sin el pasatiempo y gusto que bien casi dos horas podrá

6 Así, *no me ayudan*, en la edición príncipe y en las dos primeras de Lisboa. En todas las demás, *no me ayudaran*. Está bien el texto primitivo: *si... no me ayudan*, equivaliendo a *si... no me hubieran ayudado*: un tiempo por otro, cosa frequentísima en el uso común: *Si me descuido... Si no me atajan...*, por *Si me hubiera descuidado... Si no me hubiesen atajado...*

7 Estas dos horas o casi dos horas han dado que pensar a todos los anotadores de *El Ingenioso Hidalgo*, y que escribir a algunos de ellos. Dijo Clemencín: "Parece indicar CERVANTES por estas palabras o que la historia puede leerse hasta el fin en dos horas, o que el placer de su atenta lectura no puede pasar de dos horas. Lo primero es absurdo; lo segundo sobradamente modesto." Hartzenbusch, apelando a su ordinario expediente de alterar el texto a su placer, enmendó *que buena cantidad de horas* en la primera de sus ediciones, y *que bien seguida ahora* en la segunda; mas todavía no contento con ninguna de estas enmiendas, dió otras cuantas, a escoger, en *Las 1633 notas...*, diciendo: "Lo que CERVANTES escribiría no lo sabemos. Pudo ser *bien cogido el cabo*; *bien casada ahora*; *bien cosida ahora*, *bien zurcida*, *bien continuada* (la historia); *bien desapasionado* (el lector), y cualquiera otra expresión que haga sentido tolerable; porque lo impreso en las ediciones de Cuesta no puede admitirse; no es racional." Cortejón se ha limitado a copiar estas palabras de Hartzenbusch, sin poner ninguna de su cosecha. Por mi parte, creo que nada hay que alterar en el texto, y que, como indiqué en nota del cap. V (194, 12), CERVANTES al llegar aquí no pensaba escribir, en junto, sino para unas dos horas más de lectura; porque "a retazuelos, y no de otra manera, creció en brazos de su autor la primera parte del libro profano que más ha deleitado a los hombres".

Hasta aquí la nota en mi edición anterior; pero como re-

tener el que con atención la leyere. Pasó, pues, el hallarla en esta manera:

Estando yo un día en el Alcaná de Toledo, llegó

cientemente el padre Rufo Mendizábal haya buscado otra explicación a la frase comentada, algo habré de añadir. Él sospecha en su edición que "*casi dos horas* puede ser locución hiperbólica, como "este diamante habrá costado *algunos* ochavos...", "*algo* maltratado de los mozos de los frailes..." Paréceme la observación más plausible que los ejemplos: *dos* se usa a veces, lo mismo que *cuatro*, como numeral indefinido, y ya lo advertí en varios lugares de aquella edición: "había dormido más de *dos* siestas con Medoro" (I, xxvi); "El primer Cura dió al segundo, en *dos* razones, cuenta de quién era don Quijote (I, LI); en *dos* paletas (II, v y LI), etc. Bien pudiera, pues, estar usado indefinidamente este *dos* en el pasaje que a tantos ha dado que pensar.

3 Acerca del Alcaná, o la Alcaná, de Toledo, y con este título, vió la luz pública en la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos* (enero-febrero de 1911) un erudito artículo de don Rodrigo Amador de los Ríos. Algo nuevo y complementario de sus noticias añadiré. A un antiguo Alcaná que se destruyó en un incendio había sustituido otro, pero en diferente lugar. De entrambos y de diversas particularidades de éste hace mención el doctor Eugenio Narbona en el libro II, cap. II de su *Historia de don Pedro Tenorio, arzobispo de Toledo* (Toledo, Juan Ruyz de Pereda, M. DC. XXIII), fol. 105 vto.: "Valen estas capellanias [las de San Blas] ordinariamente tres mil reales de renta cada año. Dotólas el Arçobispo de ochenta y tantas tiendas que están en vna calle que llaman *el Alcaná*, que creo substituyó el Arçobispo en lugar del que se auia quemado, cuyo sitio cedió para edificio del Claustro. Estas tiendas fueron de doña Fatima mora, criada de la reyna doña Iuana, muger del rey don Enrique II, con ciertas condiciones, en que fundaua el Rey, y su Fiscal, que auian de boluer a la Corona despues de la vida de doña Fatima: y por otra parte, Catalina Hernandez, muger de Diego Gonçalez Toro, y Marta Gonçalez, monja del monasterio de Santa Maria la Real de Tordesillas, hijas de doña Fatima, pretendian que como bienes de sus padres auian de heredar y tener las tiendas que llamauan entonces *alatares*. Sobre esto se seguía pleito entre estas mugeres y el Fiscal del Rey, pretendiendo cada qual tener de-

un muchacho a vender unos cartapacios y papeles viejos a un sedero; y como yo soy aficionado a

recho. El arçobispo don Pedro Tenorio trató con las hijas de doña Fatima que si saliessen con el pleito, le darian y venderian las tiendas en cien mil marauedis. El Rey de la misma manera hizo merced del derecho que a ellas tenia a Pedro Carrillo de Toledo su criado, de quien descenden los marqueses de Caracena y señores de Pinto. El Arçobispo, estando con el rey don Enrique III en Abila, le suplicó le hiziesse merced de estas tiendas. Y el Rey, por su priuilegio, que es dado en Areualo a onze de Iunio de 1397, haziendo relacion de todo lo que hemos dicho, dize que da al Arçobispo las tiendas debaxo de condicion, que si auindose seguido el pleito que ay entre él y las hijas de doña Fatima, pareciere auerlas ellas de auer, que la venta se haga como la tenia concertada: y que si se adjudicasen al patrimonio real, tenga obligacion el Arçobispo de dar los cien mil marauedis en que las tenia concertadas a Pedro Carrillo de Toledo, a quien auia hecho merced dellas. Demas desto, su capilla de vnas casas que llamauan Escriuanias, porque alli tenian sus escritorios los escriuanos publicos de Toledo; que eran linde de las tiendas alatares, que oy llaman *Alcaná*. El Rey dio licencia al Colegio de los Escriuanos de Toledo para que las casas y escriuanias que tenian junto al *Alcaná* las pudiesen permutar con el Arçobispo, con vnas camaretas y portales que les fabricó junto a la Iglesia mayor, en la plazuela de las casas del Arçobispo, por su rescripto real, que es dado en Toledo a treze de Setiembre de 1397. Estas tiendas se llaman oy *del Rey*, a diferencia de las de doña Fatima, que es *el Alcaná*." Por un entremés de Sebastián de Horozco, *Cancionero de...*, págs. 168 y 170, sabemos que a mediados del siglo xvii había en *el Alcaná*, entre otras tiendas, algunas de ropavejeros, que salían a trabar de los transeúntes para hacerlos entrar por fuerza en ellas, tal como ahora hacen las gitanas buñoleras en las ferias de Andalucía, y también se viene en conocimiento de que eran especierías muchas de sus tiendas y de que cuando escribía Horozco le cambiaron el nombre de *Alcaná* por el de *calle de Calderón*, apellido de un alcalde mayor que "hizo abrir *el alcaná* y le quitó los saledizos y hizo calle abierta", tal como la conoció CERVANTES.

2 En la edición príncipe, a un *sedero*; en las segunda y tercera de Cuesta (1605 y 1608), y en algunas otras, a un *es-*

leer, aunque sean los papeles rotos de las calles, llevado desta mi natural inclinación, tomé un cartapacio de los que el muchacho vendía, y vile con caracteres que conocí ser arábigos. Y puesto que aun-
 5 que los conocía no los sabía leer, anduve mirando si parecía por allí algún morisco aljamiado que los

cudero. A sederos, y no a escuderos, que nada tenían que envolver, habían de venderse tales papeles, mayormente en el Alcaná, donde todavía en 1616 tenían sus tiendecillas los mercaderes de seda, según se ve en las diligencias que subsiguen a las Nuevas ordenanzas del arte de la seda, puestas en vigor entonces: "E despues de lo susodicho, en el dicho día mes y año dichos [10 de agosto] entre las doze y las onze del día, estando en la calle del Alcaná desta ciudad, donde se juntan y estan juntos muchos mercaderes de seda, por voz de los dichos Miguel Chacon y Francisco Henriquez, 'pregoneros publicos, se pregonaron las dichas ordenanças..." (Biblioteca Nacional, Ms. 6524.)

4 Como aquí van juntos *puesto que* y *aunque*, el primero se aparta de su corriente significado antiguo, para significar *pues que*.

6 *Aljamiado* se llamaba al morisco que hablaba en castellano y al libro escrito en castellano con caracteres arábigos; y *aljamía*, como dice Clemencín, "era el castellano que hablaban los moros, así como *algarabía* era el arábigo que hablaban los cristianos". Juan Alfonso de Baena, en el *Cancionero* que lleva su nombre, núm. 390:

"Pues Johan Gil de Rebolledo
 Non trobó cosa tan frya,
 Villania
 Fesistes en requestar,
 Pues non sabedes hablar
Aljamia."

No fué harto raro en el siglo xvi y a principios del xvii el tener libros en arábigo y andar buscando su poseedor persona que se los romanizara. En la causa seguida contra Alonso Berlanga (Archivo Histórico Nacional, Inquisición de Valencia, legajo 28 de Procesos, núm. 1), al declarar Jaime Ibáñez, manifiesta "que habrá dos o tres años poco más o menos que estando éste en casa del dicho Berlanga, le dio un desmayo, y el dicho Berlanga le dixo que él tenía un libro de medicina en

leyese, y no fué muy dificultoso hallar intérprete semejante, pues aunque le buscara de otra mejor y más antigua lengua, le hallara. En fin, la suerte me deparó uno, que, diciéndole mi deseo y poniéndole el libro en las manos, le abrió por medio, y leyendo un poco en él, se comenzó a reír. Preguntéle yo que de qué se reía, y respondiome que de una cosa que tenía aquel libro escrita en el margen por anotación. Díjele que me la dijese, y él, sin dejar la risa, dijo:

—Está, como he dicho, aquí en el margen escrito esto: “Esta Dulcinea del Toboso, tantas veces en esta historia referida, dicen que tuvo la mejor mano para salar puercos que otra mujer de toda la Mancha.”

Cuando yo oí decir “Dulcinea del Toboso”, quedé

arabigo y que esperaba un morisco médico de la valle de Gándia para que se le interpretasse y que de allí sacaría éste remedio para su enfermedad; y que a cabo de año y medio le dió a éste el dicho Berlanga el dicho libro y le puso a éste con el dicho morisco”.

3 Refiérese aquí CERVANTES a la lengua hebrea, reputada en su tiempo por la más antigua, y a los muchos descendientes de judíos que había en Toledo. Al mediar el siglo xvi era crecidísimo el número de sambenitos que estaban colgados en la iglesia catedral.

7 Hoy más bien diríamos, omitiendo un *que*: “Preguntéle yo *de qué* se reía.”

15 “El lenguaje no está del todo bien”, repara Clemencín. No opino como él. Si la nota marginal del cartapacio se hubiera referido a tiempo presente, habría dicho: “Esta Dulcinea del Toboso... dicen que para salar puercos *tiene* la mejor mano que *tuvo* mujer de toda la Mancha.” Pero como se refería a tiempo pasado al decir *dicen que tuvo*, dió después por sobrentendido el mismo *tener* en sus mismos modo, tiempo, número y persona, como si dijese: “*dicen que tuvo* la mejor mano para salar puercos que *tuvo ninguna* otra mujer de toda la Mancha.” Todo se habría obviado con omitir el *la*.

atónito y suspenso, porque luego se me representó que aquellos cartapacios contenían la historia de don Quijote. Con esta imaginación, le di priesa que leyese el principio, y, haciéndolo así, volviendo de improviso el arábigo en castellano, dijo que decía: "*Historia de don Quijote de la Mancha, escrita por Cide Hamete Benengeli, historiador ará-*

1 Acerca de este representarse quedó nota en el cap. II (115, 5).

7 "*Cide* —nota Clemencín— es tratamiento de honor, como si dijéramos *señor*; *Hamete* es nombre común entre moros; *Benengeli*, según la explicación del sabio orientalista don José Antonio Conde, quiere decir *hijo del Ciervo*, *Cerval* o *Cervanteño*, y con él se designó a sí mismo CERVANTES, que habiendo residido en Argel cinco años, no pudo menos de alcanzar algún conocimiento del idioma común del país." Don Fermín Caballero echó por otro camino para explicar el nombre *Cide Hamete Benengeli*: según él (*Pericia geográfica de Miguel de Cervantes...*, nota de la pág. 44), este seudónimo "es un verdadero anagrama de MIGUEL DE CERVANTES, sin más alteraciones que las precisas para arabizar las palabras"; y preguntaba: "¿Puede atribuirse a casualidad que de las diez y nueve letras del seudónimo las catorce digan *Migel de Cebante*, faltando aquí tres solas, en vez de las cinco que allí sobran, por la ortografía y construcción imitando al arábigo?" Conjeturas harto deleznales son todas las fundadas en combinaciones anagramáticas en que sobran y faltan letras. Don Leopoldo Eguílaz y Yanguas, en sus *Notas etimológicas a "El Ingenioso Hidalgo D. Quijote de la Mancha"* (apud *Homenaje a Menéndez y Pelayo*, t. II, pág. 21), demuestra que la etimología de Conde es desatinada, pues el *Benengeli* del supuesto moro historiador equivale a *benencheli*: *aberenjenado*. Ahora se explica bien que el bachiller Sansón Carrasco (II, 11) dijese, según Sancho Panza, que el autor de la historia se llamaba "*Cidi Hamete Berenjena*". Y como el relato del hallazgo, compra y traducción del supuesto manuscrito aljamiado se refieren a Toledo, el nombre festivo *Benengeli* conviene con la burla tradicional de llamar *berenjeneros* a los toledanos, mencionada también por CERVANTES, como veremos en la segunda parte del *Quijote*, cap. XXVII.

bigo". Mucha discreción fué menester para disimular el contento que recibí cuando llegó a mis oídos el título del libro; y, salteándosele al sedero, compré al muchacho todos los papeles y cartapacios por medio real; que si él tuviera discreción y supiera lo 5 que yo los deseaba, bien se pudiera prometer y llevar más de seis reales de la compra. Apartéme luego con el morisco por el claustro de la Iglesia Mayor, y roguéle me volviese aquellos cartapacios, todos los que trataban de don Quijote, en lengua caste- 10 llana, sin quitarles ni añadirles nada, ofreciéndole

I Para autorizar las falsas historias de los libros de caballerías, sus autores solían suponerlos escritos en otras lenguas, y llamábanse meros traductores de ellos: Ordóñez de Montalvo, autor de *Las Sergas de Esplandián*, las ahijó al maestro Elisabad y las supuso escritas originalmente en griego; Alfonso de Salazar, autor del *Lepolemo*, lo supuso escrito en arábigo, por Xarton; Luján, que añadió a esta obra una segunda parte, la dió por 'escrita en griego por el sabio rey Artidoro; el *Don Belianís de Grecia* fué atribuido por su autor al sabio Fristón, quien asimismo lo había escrito en lengua griega. CERVANTES hizo aquí lo propio, parodiando, según Menéndez y Pelayo (*Orígenes de la Novela*, t. I, pág. CCCLXXX, nota), más bien que a los autores de libros de caballerías, a Ginés Pérez de Hita, en la primera parte de las *Guerras civiles de Granada*, impresas en 1595 con el título de *Historia de los bandos de los Zegries y Abencerrajes...*, *agora nuevamente sacada de un libro arábigo, cuyo autor de vista fue un moro llamado Aben Hamín, natural de Granada*.

II A CERVANTES, que era hombre de mucha lectura, quizás le sugirió este recurso del morisco y de los papeles escritos en arábigo el siguiente pasaje de la *Obra de agricultura copilada de diversos auctores* por Gabriel Alonso de Herrera, fol. 123: "Estando en granada vi vn dia leer a vn moro especiero, que porque auia ydo a jherusalen y a la casa de meca los moros le tenian en mucha veneraçion y avn muchas vezes nos mostraua algunas pinturas que él auia traydo de jherusalen, y por esto 'yo con 'otros estudiantes moquelos le yuamos muchas vezes a ver, e leyonos alli vna vez en su ara-

la paga que él quisiese. Contentóse con dos arrobas de pasas y dos fanegas de trigo, y prometió de traducirlos bien y fielmente y con mucha brevedad; pero yo, por facilitar más el negocio y por no dejar
 5 de la mano tan buen hallazgo, le truje a mi casa, donde en poco más de mes y medio la tradujo toda, del mismo modo que aquí se refiere.

Estaba en el primero cartapacio pintada muy al natural la batalla de don Quijote con el Vizcaíno,
 10 puestos en la misma postura que la historia cuenta, levantadas las espadas, el uno cubierto de su rodela, el otro de la almohada, y la mula del Vizcaíno tan al vivo, que estaba mostrando ser de alquiler a tiro de ballesta. Tenía a los pies escrito el Viz-
 15 caíno un título que decía: "*Don Sancho de Azpeí-*

uigo vnas receptas que él tenía en mucho de la virtud del romero y auia traydo de alla, y porque nosotros no entendíamos aquel lenguaje, él como pudo, que sabía vn poco de castellano, nos dió a entender algo dello; yo rogué a vno que me lo trasladase en castellano..."

2 Esta de las pasas era y es afición muy de moros, y aún hoy perdura en el habla de Andalucía la comparación popular *acudir como moros a pasas*, para encarecer la prisa y el ansia con que se suele ir adonde se espera lograr lo que con vehemencia se deseaba. Gaspar Aguilar, *Expulsion de los moros de España por la S. C. R. Magestad del Rey Don Phelipe Tercero nuestro Señor* (Valencia, Pedro Patricio Mey, 1610), canto VIII (pág. 188):

"Quando embarcarse todos pretendian,
las passas, con que tanto se alegrauan,
 a medio real la arrova las vendian,
 que es como si dixesse que las dauan.
 Después, quando ellos mismos las querian,
 a tres reales la libra las comprauan;
 y alguna vez, porque su mal creciesse,
 no hallauan quien venderselas quisiesse."

6 Este *toda* se refiere, nada gramaticalmente por cierto, a la *historia* de don Quijote, mencionada mucho antes (292, 6).

15 *Título*, en la acepción de *rótulo*, poco usada hoy. En otro lugar (II, xx) volveré a tratar de este vocablo.

tia", que, sin duda, debía de ser su nombre, y a los pies de Rocinante estaba otro que decía: "*Don Quijote*." Estaba Rocinante maravillosamente pintado, tan largo y tendido, tan atenuado y flaco, con tanto espinazo, tan ético confirmado, que mostraba bien al descubierto con cuánta advertencia y propiedad se le había puesto el nombre de Rocinante. Junto a él estaba Sancho Panza, que tenía del cabestro a su asno, a los pies del cual estaba otro rétulo que decía: "*Sancho Zancas*", y debía de ser que tenía, a lo que mostraba la pintura, la barriga grande, el talle corto y las zancas largas, y por esto se le debió de poner nombre de *Panza* y de *Zancas*; que con estos dos sobrenombres le llama algunas veces la historia. Otras algunas menudencias había que advertir; pero todas son de poca importancia y que no hacen al caso a la verdadera relación de la historia, que ninguna es mala como sea verdadera.

Si a ésta se le puede poner alguna objeción cerca de su verdad, no podrá ser otra sino haber sido su autor arábigo, siendo muy propio de los de aquella nación ser mentirosos; aunque, por ser tan nuestros enemigos, antes se puede entender haber quedado falto en ella que demasiado. Y así me parece a mí, pues cuando pudiera y debiera estender la pluma en las alabanzas de tan buen caballero,

1 *Aspetia* en las primeras ediciones y en muchas otras.

9 *Rétulo* significa, según el doctor Rosal, *Vocabulario*, alfabeto I, "el que hace relación; de *retuli*, pretérito de *referre* latino". Esta forma, que aún usa el vulgo, es la que vemos empleada en los libros de caballerías, verbigracia, en *Amadís de Gaula*, libro II, cap. II: "Amadís se llegó a los escudos por ver si conocería alguno dellos, que en cada uno hauia un rétulo de cuyo fuera..."

15 Con razón repara Clemencín: "En ninguna otra ocasión fuera de ésta se le da el sobrenombre de *Zancas* a Sancho..."

parece que de industria las pasa en silencio: cosa mal hecha y peor pensada, habiendo y debiendo ser los historiadores puntuales, verdaderos y no nada apasionados, y que ni el interés ni el miedo, el rancor ni la afición, no les hagan torcer del camino de la verdad, cuya madre es la historia, émula del tiempo, depósito de las acciones, testigo de lo pasado, ejemplo y aviso de lo presente, advertencia de lo por venir. En ésta sé que se hallará todo lo que se acertare a desear en la más apacible; y si algo bueno en ella faltare, para mí tengo que fué por culpa del galgo de su autor, antes que por falta del sujeto. En fin, su segunda parte, siguiendo la traducción, comenzaba desta manera:

5 *Rancor*, más conforme que *rencor* con la voz latina *rancor*, de que trae origen. Es forma muy usada en todo el siglo xvi.

9 Expresiones que —como dice Clemencín— recuerdan las de Cicerón en el libro II del Orador: "*Historia testis temporum, lux veritatis, vita memoriae, magistra vitae, nuntia venustatis.*"

12 Los cristianos llamaban *perros* a los mahometanos, o, más específicamente, *galgos*. Lope de Vega, en la jorn. III de *El Esclavo de Venecia*, hace decir a Gandalín, ya próximo a salir de Constantinopla, donde había estado cautivo:

"...Adios, que me voy
a mi amada tierra;
que entre tantos *galgos*
no hay quien vivir pueda.."

En la misma moneda, quiero decir, con los mismos denigrantes mote de *perros* y *galgos* nos pagaban los musulmanes. CERVANTES, jorn. II de *Los baños de Argel*:

"HALIMA. ¿Qué te importa a ti saber
su buen o mal proceder
de aquestos, que en fin son *galgos*!"

13 *Sujeto*, en su antigua acepción de *asunto* o *materia*, en la cual lo volveremos a hallar otras veces.

Puestas y levantadas en alto las cortadoras espadas de los dos valerosos y enojados combatientes, no parecía sino que estaban amenazando al cielo, a la tierra y al abismo: tal era el denuedo y continente que tenían. Y el primero que fué a descargar el golpe fué el colérico Vizcaíno; el cual fué dado con tanta fuerza y tanta furia, que, a no volvérselo la espada en el camino, aquel solo golpe fuera bastante para dar fin a su rigurosa contienda y a todas las aventuras de nuestro caballero; mas la buena suerte, que para mayores cosas le tenía guardado, torció la espada de su contrario, de modo, que, aunque le acertó en el hombro izquierdo, no le hizo otro daño que desarmarle todo aquel lado, llevándole, de camino, gran parte de la celada, con la mitad de la oreja; que todo ello con espantosa ruina vino al suelo, dejándole muy maltrecho.

¡Válame Dios, y quién será aquel que buenamente pueda contar ahora la rabia que entró en el corazón de nuestro manchego, viéndose parar de aquella manera! No se diga más sino que fué de manera, que se alzó de nuevo en los estribos y, apretando más la espada en las dos manos, con tal furia descargó sobre el Vizcaíno, acertándole de lleno sobre la almohada y sobre la cabeza, que, sin ser parte tan buena defensa, como si cayera sobre él una montaña, comenzó a echar sangre por las narices, y por la boca, y por los oídos, y a dar muestras de caer de la mula abajo, de donde cayera, sin duda, si no se abrazara con el cuello; pero, con todo eso, sacó los pies de los estribos, y luego soltó los brazos, y la mula, espantada del terrible golpe, dió

³² La frase *soltar uno los brazos* ha entrado en la edición XV del *Diccionario* de la Academia Española.

a correr por el campo, y, a pocos corcovos, dió con su dueño en tierra.

Estábaselo con mucho sosiego mirando don Quijote, y como lo vió caer, saltó de su caballo y con
 5 mucha ligereza se llegó a él, y poniéndole la punta de la espada en los ojos, le dijo que se rindiese; si no, que le cortaría la cabeza. Estaba el Vizcaíno tan turbado, que no podía responder palabra; y él lo pasara mal, según estaba ciego don Quijote, si
 10 las señoras del coche, que hasta entonces con gran desmayo habían mirado la pendencia, no fueran adonde estaba y le pidieran con mucho encarecimiento les hiciese tan gran merced y favor de perdonar la vida a aquel su escudero. A lo cual don
 15 Quijote respondió, con mucho entono y gravedad:

—Por cierto, hermosas señoras, yo soy muy contento de hacer lo que me pedís; mas ha de ser con

3 Hoy no sería de buen pasar que se dijese *estábaselo mirando*, en lugar de *estábase mirándolo*. En el cap. III (138, 1) había dicho: *fuéronselo a mirar desde lejos*, por *fuéronse a mirarlo*, y allí quedó nota. Los que afean como de CERVANTES esta expresión podrían convencerse de que no es peculiar suya, sino ordinaria en su tiempo, si leyeran y releyeran libros de antaño. En el *Fabulario* de Sebastián Mey, por ejemplo, hallarian estas palabras (pág. 85): “El dueño del asno *se los estaua mirando* [a su asno y a un cuervo, que peleaban], riendose mucho, y gustando de la pelea.”

4 Como —lo mismo que *así como* y *luego como*— suele significar *luego que*. Alvar Núñez Cabeza de Vaca, *La relacion y comentarios del gouernador...*, de lo acaescido en las dos jornadas que hizo a las Indias (Valladolid, Francisco Fernández de Córdova, 1555), fol. 25: “...¿ que hallaron indios que *como* los vieron venir metieron sus casas en sus canoas y se passaron de la otra parte a la costa.” CERVANTES, en *El Laberinto de amor*, jorn. I:

“PORCIA. *Como* a Modena lleguemos mudaremos este traje.”

17 Dije en nota de mi edición crítica de *Rinconete y Cor-*

una condición y concierto: y es que este caballero me ha de prometer de ir al lugar del Toboso y presentarse de mi parte ante la sin par doña Dulcinea, para que ella haga dél lo que más fuere de su voluntad.

5

Las temerosas y desconsoladas señoras, sin entrar en cuenta de lo que don Quijote pedía, y sin preguntar quién Dulcinea fuese, le prometieron que el escudero haría todo aquello que de su parte le fuese mandado.

10

—Pues en fe de esa palabra, yo no le haré más daño, puesto que me lo tenía bien merecido.

tadillo: “*Ser contento de*, por *contentarse de* o *conformarse con*.” CERVANTES usaba esta locución con frecuencia: “...yo soy contento de esperar a que ría el alba...” (*Don Quijote*, I, xx.) “Yo soy contento de hacer lo que dices...” (*Ibid.*, I, xl.) “...soy más que contento desa condición...” (*Ibid.*, II, xiv.) “Dijo al capitán que era contento de irse con él a Italia.” (*El Licenciado Vidriera*.) “Soy contento, respondió el español...” (*Persiles y Sigismunda*, libro I, cap. vi.) No ha faltado quien tenga por galicismos tales expresiones. Error: es que el idioma francés y el castellano, como hermanos que son, se parecen en muchos rasgos. Juan de Valdés, que era escritor casticísimo, empleaba este giro muy a menudo: “Soy contento, y dígoos que en esto no tengo regla ninguna que daros...” (*Diálogo de la Lengua*.) “Hazlo por mi amor, si por dicha viniere.—Soy contento.” (*Diálogo de Mercurio y Carón*.)





CAPÍTULO X

DE LOS GRACIOSOS RAZONAMIENTOS QUE PASARON ENTRE
DON QUIJOTE Y SANCHE PANZA SU ESCUDERO.

YA en este tiempo se había levantado Sancho Panza, algo maltratado de los mozos de los 5 frailes, y había estado atento a la batalla de su señor don Quijote, y rogaba a Dios en su corazón fuese servido de darle vitoria, y que en ella ganase alguna ínsula de donde le hiciese goberna-

3 En la edición príncipe, en las demás de 1605 y en muchas otras posteriores dice así el epígrafe de este capítulo: *"De lo que más le avino a don Quixote con el Vizcaíno, y del peligro en que se vió con una turba de yangüeses"*; pero como la aventura del Vizcaíno quedó ya terminada, y la desventura del encuentro con los yangüeses no se refiere hasta el capítulo xv, la Academia Española, desde su edición primera del *Quijote* (1780), substituyó el incongruente epígrafe con otro parecido al que había puesto la de Tonson (Londres, 1738), y el cual desde entonces acá figura en casi todas las ediciones. En esto —digámoslo de camino— se ve patente una nueva muestra del descuido de CERVANTES y de que los epígrafes de los capítulos se añadieron ya escrita la obra, sin volver a leerla para ello siquiera con mediana atención.

6 Ya vimos en el cap. VIII (268, 20) que los mozos de los frailes "arremetieron con Sancho y dieron con él en el suelo, y, sin dejarle pelo en las barbas, le molieron a coces y le dejaron tendido en el suelo, sin aliento ni sentido". ¡Y ahora dice CERVANTES que Sancho se levantó "algo maltratado de los mozos de los frailes!" La atenuación es cómica donde las haya.

dor, como se lo había prometido. Viendo, pues, ya acabada la pendencia, y que su amo volvía a subir sobre Rocinante, llegó a tenerle el estribo y, antes que subiese, se hincó de rodillas delante dél y, asiéndole de la mano, se la besó y le dijo:

—Sea vuestra merced servido, señor don Quijote mío, de darme el gobierno de la ínsula que en esta rigurosa pendencia se ha ganado; que, por grande que sea, yo me siento con fuerzas de saberla gobernar tal y tan bien como otro que haya gobernado ínsulas en el mundo.

A lo cual respondió don Quijote:

—Advertid, hermano Sancho, que esta aventura y las a ésta semejantes no son aventuras de ínsulas, sino de encrucijadas; en las cuales no se gana otra cosa que sacar rota la cabeza, o una oreja menos. Tened paciencia; que aventuras se ofrecerán donde no solamente os pueda hacer gobernador, sino más adelante.

Agradecióselo mucho Sancho y, besándole otra vez la mano, y la falda de la loriga, le ayudó a su-

19 *Más adelante* equivale a *de ahí para arriba*, o *más todavía*. El doctor Villalobos, en una carta a don Alfonso de Fonseca, arzobispo de Toledo (Valencia, 17 de mayo de 1528), decíale de las damas valencianas que eran "todas a vna mano tan dulçes para tractar con ellas, que no parecen cosa humana, sino más adelante". Fray Jerónimo de Lemos, *La Torre de David, moralizada por via de Dialogos para todo genero de gente* (Salamanca, Andrea de Portonarijs, 1567), fol. 156 vto.: "¡O padre, que no son menudencias, sino cosas pesadas y de calidad, y muchas dellas, para hazer perder la paciencia, y aun más adelante."

21 "*Loriga*, o *lorica* —dice Covarrubias—, armadura del cuerpo hecha de láminas de acero, que por otro nombre llaman *Corazas*". *Amadís de Gaula*, libro I, cap. vi: "Entonces decendió del caballo por le besar el pie, y el Doncel lo desvió de la estribera, y el otro *besóle la falda del arnés*, e dijo..."

bir sobre Rocinante, y él subió sobre su asno y comenzó a seguir a su señor, que a paso tirado, sin despedirse ni hablar más con las del coche, se entró por un bosque que allí junto estaba. Seguía Sancho, a todo el trote de su jumento; pero caminaba tanto Rocinante, que, viéndose quedar atrás, le fué forzoso dar voces a su amo, que se aguardase. Hízolo así don Quijote, teniendo las riendas a Rocinante hasta que llegase su cansado escudero, el cual, en llegando, le dijo:

—Paréceme, señor, que sería acertado irnos a retraer a alguna iglesia; que, según quedó mal-trecho aquel con quien os combatistes, no será mucho que den noticia del caso a la Santa Hermandad, y nos prendan; y a fe que si lo hacen, que primero que salgamos de la cárcel, que nos ha de sudar el hopo.

—Calla —dijo don Quijote—. Y ¿dónde has visto tú, o leído, jamás, que caballero andante haya sido puesto ante la justicia, por más homicidios que hubiese cometido?

—Yo no sé nada de omecillos —respondió San-

12 Una de las acepciones de *retraerse* es *acogerse* a sagrado para gozar del derecho de asilo, conforme a lo prescrito en las leyes: lo que en la habla de los jácaros decían *llamarse iglesia* o *llamarse altana* (iglesia), de donde vino el *llamarse andana* que pasó al habla común.

17 Hoy diríamos, ahorrando dos *ques*: “y a fe que si lo hacen, primero que salgamos de la cárcel nos ha de sudar el hopo.” Explicando la locución “que si acaso iban a Sevilla, que se viniesen con ellos”, escribí largamente acerca de este *que* redundante, en mi edición crítica de *Rinconete y Cortadillo*, nota 46 de la primera edición y 52 de la de 1920.

22 Para Clemencín, Sancho usa en este lugar la voz *omecillo* como equivalente a *homicidio*, y siendo *procurar* una de las acepciones de *catar*, esta frase significa que “nunca había procurado a nadie la muerte”. Según Calderón (*Cervantes vin-*

cho—, ni en mi vida le caté a ninguno; sólo sé que

dicado en ciento y quince pasajes..., pág. 45), Sancho “entendió que su amo había hablado de *omecillo*, que significa *odio*, *rencor*, etc., y persuadido de esto, respondió: “yo no sé nada” en cuanto a odios o rencores (*omecillos*), ni en mi vida le “caté o guardé (esto significa también *catar*) a ninguno.” Cortejón, después de citar inútilmente muchedumbre de pasajes del *Quijote* en que ocurre el verbo *catar*, se inclina a creer que en tal expresión *omecillo* equivale a *homicidio*, y que Sancho quiere decir: “Yo no sé nada de *omecillos*, porque jamás hice ninguno.” También yo erré en mi edición de “Clásicos Castellanos”, porque no contaba con los textos que en la siguiente di a conocer al lector. En el siglo xvi el verbo *catar* tenía, entre otras acepciones, como dice Calderón, la de *guardar*, que registra, aunque como anticuada, el *Diccionario de la Academia*. Fray Francisco de Osuna, *Norte de los estados...*, fol. 75: “Los maridos morando juntos con sus mugeres segun el testimonio de su consciencia *catenles* honrra assi como a vaso más delicado mugeril: *ç* assi como a herederas con ellos de la gracia y de la vida perdurable: porque si les *catays* y hazeys honra no seran impedidas vuestras oraciones.” Gregorio Silvestre, en *La residencia de amor* (*Las obras de...*, fol. 249 vto. de la edición de Lisboa), haciendo declarar a Cristóbal de Castillejo:

“Con tus insolencias vanas
no me *catas* cortesía,
ni me las muestras más llanas
con mis barbas y mis canas
que quando no las tenía.”

Esto, por lo que hace a *catar*, que significa en tales ejemplos *guardar* o *tener*, lo mismo que en el refrán que dice “Barba a barba, vergüenza se *cata*”. Por lo tocante a *omecillo* u *homecillo*, decía Valdés en su *Diálogo de la Lengua*: “También vamos dejando *homecillo* por *enemistad*; yo todavía me atrevería a usallo alguna vez; pero cuando cuadrarse muy bien, y no de otra manera.” Que en esa acepción aún era voz corriente entrado el siglo xvii pruébalo el hallarse en el *Tesoro* de Covarrubias, no una, sino dos veces, con *h* y sin ella: “*Homecillo*, vocablo castellano antiguo, que no embargante se haya dicho de *homicidio*, muchas veces significa tan solamente enemistad, quistion, contienda, riña.” “*Omecillo*, mala voluntad, y aborrecimiento de muerte.” ¿Es, pues, claro que no hay

la Santa Hermandad tiene que ver con los que pelean en el campo, y en esótro no me entremeto.

duda acerca de corresponder, entre otras, las acepciones dichas a las voces *omecillo* y *catar*? Pues véase ahora un lugar de ciertas coplas de Antón de Montoro, *en que habla un don Pedro d'Aguilar, en persona de la mula de Juan Muñiz, y que viene pintiparado al caso presente (Cancionero general de Hernando del Castillo, núm. 977 de la edición de los Bibliófilos Españoles)*. Dice la mula, querellándose, por las hambres, contra su amo:

“¿Veys, señor, aquellos muros
de sus muy viejas paredes?

Yo se los paré cual vedes
con estos dientes muy duros.

Quanto más, señor, tragaua,
tanto mayor hambre auia;
si alguien no me miraua,
por gran pienso lo tenia.

Ved con penas tanto graues
si le cataré omezillos,
rebuscando los granillos
que lançauan a sus aues...”

“Ved —dice, a no dudar— *si le tendré mala voluntad; si le guardaré rencor.*” Había acertado, pues, don Juan Calderón con el significado de la tan debatida frase. Esta composición se halla atribuida a Guevara en el *Cancionero de obras de burlas*, pág. 68 de la edición de Usoz. Y mucho antes que Calderón lo habían entendido César y Antonio Oudin, quienes dijeron en su *Tresor*: “*Catar homecillo*, porter rancune a quelqu'un.”

1 Hubo en España dos *Santas Hermandades*: la que llamaron Hermandad Vieja de Toledo y la Nueva y general, establecida por los Reyes Católicos en 1476 para perseguir y castigar los delitos que se cometiesen en despoblado. A la verdad, esta Hermandad Nueva del Reino fué fundada en 1473, año en que se hicieron sus capítulos (Villacastín, 8 de julio), después confirmados por carta y sobrecarta de don Enrique IV, a 12 y 22 de julio del mismo año. Pero la Nueva Hermandad no obstó a la vida de la antigua de Toledo; y como la jurisdicción de ésta alcanzaba a la Mancha, tanto, que se llamaba *de Toledo, Talavera y Ciudad Real*, y por la Mancha andaban don Quijote y Sancho, parece que a la Hermandad Vieja y no a la Nueva se refirió el con razón temeroso escudero, tanto

—Pues no tengas pena, amigo —respondió don Quijote—; que yo te sacaré de las manos de los caldeos, cuanto más de las de la Hermandad. Pero dime, por tu vida: ¿has visto más valeroso caballero que yo en todo lo descubierto de la tierra? ¿Has leído en historias otro que tenga ni haya tenido más brío en acometer, más aliento en el perseverar, más destreza en el herir, ni más maña en el derribar?

—La verdad sea —respondió Sancho— que yo no he leído ninguna historia jamás, porque ni sé leer ni escribir; mas lo que osaré apostar es que más atrevido amo que vuestra merced yo no le he servido en todos los días de mi vida, y quiera Dios que estos atrevimientos no se paguen donde tengo dicho. Lo que le ruego a vuestra merced es que se cure; que le va mucha sangre de esa oreja; que aquí traigo hilas y un poco de ungüento blanco en las alforjas.

aquí como en el cap. XXIII, después que su amo puso en libertad a los galeotes. El ser así como lo digo se patentiza más y más por una referencia del cap. XVI: el cuadrillero que en el XVII puso remate con un descomunal candilazo a las desventuras de don Quijote en la manchega, pero más que toledana noche amatoria de Maritornes, era “uno de los que llaman de la Santa Hermandad Vieja de Toledo”. De ella trataré con algún espacio en el primero de los citados capítulos (462, 5).

3 Más bien que a pasajes de los caps. XXXII y XLIII de la profecía de Jeremías, como indican Clemencín y Cortejón, parece referirse el texto al verso octavo del cap. L: “*Recedite de medio Babylonis, et de terra Chaldeorum egredimini...*”

18 El ungüento blanco es cicatrizante por excelencia. Pónelo el doctor Juan Fragoso (*Cirugía universal...*, pág. 3 de la edición de Madrid, Herederos de Pablo de Val, 1666) entre los ungüentos manuales del cirujano: “Vnguento basilicon, para digerir y madurar: vnguento verde de los Apostoles, para munificar; vnguento dorado, para encarnar; y blanco, para cica-

—Todo eso fuera bien escusado —respondió don Quijote— si a mí se me acordara de hacer una redoma del bálsamo de Fierabrás; que con sola una gota se ahorraran tiempo y medicinas.

—¿Qué redoma y qué bálsamo es ése? —dijo ⁵ Sancho Panza.

—Es un bálsamo —respondió don Quijote— de quien tengo la receta en la memoria, con el cual no hay que tener temor a la muerte, ni hay pensar morir de ferida alguna. Y así, cuando yo le haga ¹⁰

trizar...” Y después, en su *Antidotario*, pág. 309, dice: “El *unguento blanco* se haze de cera, albayalde y azeite rosado. Díxose blanco de su color...”

3 Esto del *bálsamo de Fierabrás* no fué mera invención de CERVANTES: en la *Historia caballeresca de Carlomagno*, publicada en castellano por Nicolás Piamonte, dice Fierabrás a Oliveros, mortalmente herido (cap. xvii), que para sanar en un punto se llegue a su caballo y hallará “dos barrilejos atados al arzón de la silla, llenos de bálsamo, que por fuerza de armas gané en Jerusalén; de este bálsamo fué embalsamado el cuerpo de tu Dios cuando le descendieron de la cruz y fué puesto en el sepulcro; y si dello bebes, quedarás luego sano de tus heridas”. Y así sucedió, en efecto.

8 Solamente un loco cual don Quijote podía imaginar que tenía en la memoria la receta del *bálsamo de Fierabrás*; porque se cuenta en la dicha *Historia de Carlomagno* (cap. xix) que tan pronto como Oliveros bebió del bálsamo a todo su placer y “se sintió sano, ligero y dispuesto, como si nunca hubiera sido herido”, dió infinitas gracias a Dios, y pensando que “ningún buen caballero debe pelear con esperanza de tales brebajes”, echó entrambos barriles “en un caudaloso río que por allí pasaba, y fueron al fondo del agua”.

10 Algún editor moderno añadió un *que*: “ni hay *que* pensar morir”; pero se decía y escribía como está en el texto, lo mismo que si el *haber* fuera *caber*: “ni *cabe* pensar morir.” Santa Teresa de Jesús, *Vida*, cap. xxix: “Era tan grande el dolor, que me hacía dar aquellos quejidos, y tan ecesiva la suavidad que me pone este grandísimo dolor, que *no hay desear* que se quite, ni se contenta el alma con menos que Dios.”

y te le dé, no tienes más que hacer sino que cuando vieres que en alguna batalla me han partido por medio del cuerpo (como muchas veces suele acontecer), bonitamente la parte del cuerpo que hubiere
5 caído en el suelo, y con mucha sotileza, antes que la sangre se yele, la pondrás sobre la otra mitad que quedare en la silla, advirtiéndolo de encajallo igualmente y al justo. Luego me darás a beber solos dos tragos del bálsamo que he dicho, y verásme
10 quedar más sano que una manzana.

—Si eso hay —dijo Panza—, yo renuncio desde aquí el gobierno de la prometida ínsula, y no quiero otra cosa en pago de mis muchos y buenos servicios sino que vuestra merced me dé la receta de ese
15 estremado licor; que para mí tengo que valdrá la onza adondequiera más de a dos reales, y no he menester yo más para pasar esta vida honrada y

3 En rigor, sobra el *muchas veces*, o el *suele*, que aporta esa misma idea de frecuencia. Quizá CERVANTES añadió en el original una de estas cosas, y se olvidó de borrar la otra.

7 En las seis ediciones de 1605, así como en la tercera de Madrid y en las primeras de Bruselas, *encajallo*. La Academia en sus dos ediciones de 1780 y 1819, y Pellicer en la suya (1798), siguieron esta lección. Clemencín, Fitzmaurice-Kelly y Cortegón, entre otros, ponen *encajalla*. ¿Por qué? El verbo no se refiere a una mitad, sino a todo; y *encajallo todo* quiere decir: lo uno y lo otro.

15 Quizás tomaría de aquí esta especie don Juan Ruiz de Alarcón para el acto III de *La verdad sospechosa*, donde Tristán, después de oír a don García la referencia de un peregrino ensalmo para pegar miembros separados del tronco, le dice:

“Señor, mis servicios paga
con enseñarme esse salmo.”

Ya notó Barry en su edición de esta comedia (“Colección Mérimée”) el parecido entre ambos pasajes.

descansadamente. Pero es de saber agora si tiene mucha costa el hacelle.

1 Era frecuente el conceder privilegio real a los inventores de medicamentos para que, con exclusión de cualquier otro, disfrutasen del beneficio de su venta. Así para la historia de la propiedad industrial como para la de las ciencias médicas sería muy interesante buscar y coleccionar estas noticias, bien que entre tales invenciones hubiese mucho de charlatanería y de ardidescos picarescos. Véase, por ejemplo, el privilegio siguiente, dado por Felipe II en Córdoba, a 20 de abril de 1570, y refrendado por Antonio de Eraso: "EL REY. Por quanto por parte de vos don Juan granada de consuegra nos ha sido hecha relacion que con vuestra yndustria aveys ynventado e hazeis cierto balsamo con que mediante Dios con mucha facilidad e menos peligro de las personas que fueren curados de heridas e ansi mesmo de llagas e postemas se sanan e quedan libres, e haze otros muchos provechos, suplicandonos que teniendo consideración al beneficio e bien tan general que del dicho balsamo redundará en estos nuestros Reinos y especialmente en la gente de guerra que anda en nuestro servicio por mar e tierra fuesemos servido de daros liçençia para que por el tiempo que nuestra voluntad fuese vos e las personas que vuestro poder ovieren e no otras algunas pudiesen hazer el dicho balsamo e curar con él en estos nuestros Reinos e señorios de la corona de Castilla o como la nuestra merced fuese, e porque por cierta relacion que por nuestro mandado dieron los doctores diego de olivares e bernardo nuestros protomedicos con quien tratastes e comunicastes lo que toca a el dicho balsamo e la espiriençia que de él hizieron e por los buenos efetos e prueva que hazia paresçio que siendo nos servido os podiamos conceder la dicha liçençia para ello...", se le otorga, por tiempo de veinte años, so pena de que cualesquiera que sin tener el poder del inventor "lo fizieren o truxeren de fuera, pierdan el dicho balsamo e los aparejos con que lo hizieren e más yncurra cada vno en pena de treinta mill maravedis..., y que no se pueda vender cada onza a más del precio que por los de nuestro consejo fuere ordenado". En virtud de este privilegio, el inventor, a 8 de mayo de 1572, dió poder y licencia a Gaspar Rodríguez, barbero sevillano, para que hiciese el dicho bálsamo y curase con él. (Archivo de protocolos de Sevilla, oficio 11, Gaspar Romano, libro I de 1572, fol. 1058.)

—Con menos de tres reales se pueden hacer tres azumbres —respondió don Quijote.

—¡Pecador de mí! —replicó Sancho—. Pues ¿a qué aguarda vuestra merced a hacelle y a enseñármele?

—Calla, amigo —respondió don Quijote—; que mayores secretos pienso enseñarte y mayores mercedes hacerte; y, por agora, curémonos, que la oreja me duele más de lo que yo quisiera.

10 Sacó Sancho de las alforjas hilas y ungüento. Mas cuando don Quijote llegó a ver rota su celada, pensó perder el juicio, y, puesta la mano en la espada y, alzando los ojos al cielo, dijo:

—Yo hago juramento al Criador de todas las cosas y a los santos cuatro evangelios, donde más largamente están escritos, de hacer la vida que hizo el

Unos años después, a los cuatro de publicada la primera parte del *Quijote*, Alexandro Quintilio, que había obtenido privilegio para hacer y vender en los reinos de España los “polvos blancos solutiuos de la quinta essencia del oro”, se hacía retratar ostentosamente al frente de un opúsculo encomiástico de su áurea mercancia, con esta leyenda alrededor: “✠ ALEXANDER QVINTILIIVS CIVIS ROMANVS.” (V. Pérez Pastor, *Bibliografía Madrileña*, tomo II, pág. 168.)

12 Como la espada y el travesaño de su empuñadura forman una cruz, sobre ella ponían la mano para jurar, tal como hoy los militares.

16 El jurar por los Santos Evangelios se hacía, como hoy, poniendo la mano sobre ellos (ley xxiv, tit. xvi, partida III); pero cuando no había al alcance libro que los contuviese, se solía jurar refiriéndose a él: *donde más largamente están escritos*. Al juramento por los Evangelios precedía el juramento a Dios y a Santa María. Todo ello consta por los ejemplos siguientes. En el cuaderno de las Cortes de Salamanca de 1465, petición 22: “A esto vos respondo que vos otros dezides bien e lo que cunple a mi seruicio e me plaze dello e vos lo otorgo segund me lo suplicastes, e cumpliendo lo vos do mi fee rreal e juro a Dios e a Santa Maria e a las palabras de los santos

grande Marqués de Mantua cuando juró de vengar la muerte de su sobrino Valdovinos, que fué de no comer pan a manteles, ni con su mujer folgar, y

euangelios, *do quiera que estén*, que lo faré...” (*Cortes de los antiguos reinos de León y de Castilla, publicadas por la Real Academia de la Historia*, tomo III, Madrid, 1866, página 760.) En la visita hecha a Montanches en marzo de 1515 por los visitadores de la orden de Santiago, al llegar a la fortaleza, “el dicho dotor tello vesitador le puso las dichas llaves en sus manos [al alcaide Cristóbal Guillén], al qual teniendolas juntas en manos del dicho dotor tello, por él le fue resecebido pleyto omenaje e juramento diziendo que si hazia pleyto omenaje vna e dos e tres vezes, vna e dos e tres vezes, vna e dos e tres vezes, segund fuero e costumbre de los ombres fijos dalgo despaña, e juró por el nombre de dios e de santa maria e sobre la señal de la cruz, en que corporalmente puso su mano derecha, e por las palabras de los santos euangelios *do quier que más largamente son escritos*, de tener la dicha fortaleza por vuestra alteza ansy como perpetuo adminystrador de la dicha orden o por quien en ella ligitimamente suçediere...” (Archivo Histórico Nacional, Orden de Santiago, 1109 c, fol. CCXLIV.) Lo mismo en una declaración prestada por don Alonso de Ercilla y Zúñiga en Madrid, a 12 de diciembre de 1564 (Medina, *La Araucana*, edición del Centenario, tomo de *Documentos*, Santiago de Chile, MCMXIII, pág. 48): “...yo el dicho escribano tomé e recibí juramento en la forma debida de derecho del dicho don Alonso de Arcilla, estante en esta corte, por Dios nuestro señor, y por Santa María su madre, y por las palabras de los santos quatro euangelios, *doquier que más largamente están escritos*, sobre una señal de cruz atal como esta ✚, en que puso su mano derecha...”

Hasta aquí la nota en mi edición anterior; mas no holgará añadir que en cabildos, concejos, universidades, etc., fué siempre uso, para prestar juramento, sustituir el libro de los Evangelios por dos o quatro hojas, lujosamente encuadernadas, las cuales contenían, manuscritos o impresos, los quatro o cinco primeros versículos de cada uno de aquéllos. Así se explica que al jurar por los Evangelios se añadiese: “*donde más largamente están escritos*.” *Juratoria* llamaban a esas dos o quatro hojas (a veces una) en Aragón.

3 *No comer pan a manteles* en señal de duelo no solamente

otras cosas que, aunque dellas no me acuerdo, las

te era cosa propia de los romances y novelones de caballerías, sino muestra de pesar que en realidad se practicaba. Así se lee en el cap. xvii de la *Crónica de Don Alfonso X*, tratándose de la Emperatriz de Constantinopla: "E el rey rogola que se posase a comer, e ella dijo *que nunca comeria en manteles* fasta que toviere para quitar su marido el Emperador..." Y poco después: "e diole la mano [el Rey] prometiendole que a veinte dias le daria los cinquenta quintales de plata. E dijo la Emperatriz: *"agora comeré yo a manteles*, pues" es quito mi señor."

El juramento del Marqués de Mantua, a que se refiere el texto, fué éste, según el antiguo romance que empieza "De Mantua salió el Marqués" (*Cancionero de Romances*, Amberes, Martín Nucio, s. a., fol. 41):

"...entró dentro en la capilla,
 de rodillas se fue a hincare;
 puso la mano en vn ara
 que estaua sobre el altare,
 en los pies de vn crucifixo
 jurando empeço de hablare:
 juro por dios poderoso
 y por santa Maria su madre (*sic*)
 y al santo sacramento (*sic*)
 que aquí suelen celebrare
 de nunca peynar mis canas
 ni las mis baruas cortare,
 de no vestir otras ropas
 ni renouar mi calçare,
 de no entrar en poblado (*sic*)
 ni las armas me quitare
 si no fuere vna hora
 para mi cuerpo alimpiare,
 de no comer a manteles
 ni a mesa me assentare (*sic*)
 fasta matar a carloto
 por justicia o pelear..."

Lo de no cortarse las barbas en señal de duelo aún subsistía en el último tercio del siglo xvi, según se echa de ver por algunos preceptos eclesiásticos: en las *Constituciones Synodales del Arçobispado de Granada* (Granada, Hugo de Mena, 1573). al tratar de *vita, habitum et honestate clericorum*, se dispone que "ningun clérigo de orden sacro trayga luto de la manera

doy aquí por expresadas, hasta tomar entera venganza del que tal desaguisado me fizo.

Oyendo esto Sancho, le dijo:

—Advierta vuestra merced, señor don Quijote, que si el caballero cumplió lo que se le dejó ordenado de irse a presentar ante mi señora Dulcinea del Toboso, ya habrá cumplido con lo que debía, y no merece otra pena si no comete nuevo delito.

—Has hablado y apuntado muy bien —respondió don Quijote—; y así, anulo el juramento en cuanto lo que toca a tomar dél nueva venganza; pero

que lo traen los seglares, por persona alguna, aunque sea padre, madre o señor: y por estos se pondra solo capirote de luto, por tiempo de quatro meses no más, so pena que pierda la tal vestidura, *ni trayga por luto la barba crescida*, so pena de dos ducados". Sabido es, y lo refiere Fernández de Oviedo en su *Historia de las Indias*, t. I, pág. 540, que cuando Juan Aguado, en la Isla Española, con poder amplio de los Reyes Católicos, mandó a Cristóbal Colón que se preparase para venir a España, éste lo sintió "por cosa muy grave, e vistiose de pardo, como frayle, y *dexose crescer la barba*".

Lo del *no comer pan a manteles* está, además, en un romance del desafío de Oliveros y Montesinos y en otro del Cid, que copian, en parte, Clemencín y Cortejón; pero lo de *ni con su mujer folgar* no se encuentra en el romance del Marqués de Mantua, sino en uno del Cid, en donde se ponen en labios de doña Jimena estas palabras dirigidas al Rey de Castilla:

"Rey que no face justicia
Non debiera de reinare,
Ni cabalgar en caballo,
Ni con la reina folgare,
Ni comer pan a manteles,
Ni menos armas armare."

Se trascordó CERVANTES, y por estar en el romance del Marqués de Mantua y en este del Cid la referencia a *no comer pan a manteles*, atribuyó al primero lo que había leído en el segundo.

11 O sobra cuanto, o sobra lo que. Quizás CERVANTES, enmendando, añadió en el borrador lo uno y se olvidó de tachar lo otro.

hágole y confírmole de nuevo de hacer la vida que he dicho, hasta tanto que quite por fuerza otra celada tal y tan buena como ésta a algún caballero. Y no pienses, Sancho, que así a humo de pajas hago esto; que bien tengo a quien imitar en ello: que esto mismo pasó, al pie de la letra, sobre el yelmo de Mambrino, que tan caro le costó a Sacripante.

—Que dé al diablo vuestra merced tales juramentos, señor mío —replicó Sancho—, que son muy en daño de la salud y muy en perjuicio de la conciencia. Si no, dígame ahora: si acaso en muchos días no topamos hombre armado con celada, ¿qué hemos de hacer? ¿Hase de cumplir el juramento, a despecho de tantos inconvenientes e incomodidades, como será el dormir vestido, y el no dormir en poblado, y otras mil penitencias que contenía el

7 La fabulosa noticia del *yelmo de Mambrino* nace en el *Orlando innamorato* de Mateo Boyardo, donde lo gana Reinaldos de Montalbán matando al rey Mambrino, que lo llevaba. En el mismo poema usa Reinaldos este yelmo en sus combates con Gradaso y con Roldán. Y de ahí lo toma Ariosto en su *Orlando furioso*, canto XVIII, donde peleando el mismo Reinaldos con el sarraceno Dardinel de Almonte, éste muere después de haber golpeado en balde sobre el encantado yelmo:

“Il primo che feri, fu 'l Saracino;
Ma picchiò in van su l'elmo di Mambrino.”

Riese Reinaldos y dícele que le probará que él sabe mejor dar con la vena:

“Rise Rinaldo, e disse: “Io vo' tu senta
”S'io so meglio di te trovar la vena...”

y al fin,

“Come purpureo fior languendo muore...,
Così, giù de la faccia ogni colore,
Cadendo, Dardinel di vita passa.”

No fué, pues, a Sacripante, sino a Dardinel, a quien costó muy caro el *yelmo de Mambrino*, y en esto anduvo trascordado don Quijote.

juramento de aquel loco viejo del Marqués de Mantua, que vuestra merced quiere revalidar ahora? Mire vuestra merced bien que por todos estos caminos no andan hombres armados, sino harrieros y carreteros, que no sólo no traen celadas, pero quizá no las han oído nombrar en todos los días de su vida.

—Engañaste en eso —dijo don Quijote—; porque no habremos estado dos horas por estas encrucijadas, cuando veamos más armados que los que vinieron sobre Albraca, a la conquista de Angélica la Bella.

—Alto, pues; sea así —dijo Sancho—, y a Dios prazga que nos suceda bien, y que se llegue ya el tiempo de ganar esta ínsula que tan cara me cuesta, y muérame yo luego.

2 No se imagine que es impropio de la incultura de Sancho el mostrarse enterado de los pormenores del juramento del Marqués de Mantua, pues su famoso romance era popularísimo, como queda dicho en nota del cap. v (183, 10).

4 Decir *por todos estos caminos no andan hombres armados* equivale a decir: *por ninguno de estos caminos andan hombres armados*, y así ha de entenderse. Es frase parecida a estotra que hallaremos en el cap. xxxi: *Todo eso no me descontenta*, por *Nada de eso me descontenta*.

11 *Albraca* era un castillo roquero que se menciona en el *Orlando enamorado* de Boyardo, y sobre el cual, para apoderarse de Angélica, fueron más de dos millones de soldados, que ocupaban un espacio de cuatro leguas.

14 *Prazga*, dicho a lo rústico, por *plazga*.

15 *Esta ínsula*, en las ediciones de 1605 y en muchas otras. La Academia enmendó *esa*, y así ha salido de entonces acá, creo que en todas las ediciones posteriores, excepto la de Fitzmaurice-Kelly. A mi juicio, *esta* debe quedar y prevalecer: *esta*, porque la ínsula estaba presente en la memoria de Sancho, conviviendo con él. Decir *esta* en tal lugar es, pues, un acierto y una belleza, por lo fino de la observación psicológica.

—Ya te he dicho, Sancho, que no te dé eso cuidado alguno; que, cuando faltare ínsula, ahí está el reino de Dinamarca, o el de Sobradisa, que te vendrán como anillo al dedo, y más que, por ser en
 5 tierra firme, te debes más alegrar. Pero dejemos esto para su tiempo, y mira si traes algo en esas alforjas que comamos, por que vamos luego en busca de algún castillo donde alojemos esta noche y hagamos el bálsamo que te he dicho; porque yo te
 10 voto a Dios que me va doliendo mucho la oreja.

Esa lo habría escrito cualquiera; esta, sólo un ingenio tan perspicaz como el de CERVANTES.

16 (pág. 315) *Y muérame yo luego* es frase corriente con que se pondera el ansia que se tiene por alcanzar lo que se acaba de decir. En una jaculatoria popular, cuya glosa se atribuye a Santa Teresa de Jesús (*Biblioteca de Rivadeneyra*, tomo LIII, pág. 510):

“Véante mis ojos,
 Dulce Jesús bueno;
 Véante mis ojos;
 Muérame yo luego.”

Clemencín reparó que con solos dos días que Sancho llevaba de servir a su amo, “ya ponderaba lo mucho que le costaba conseguir el premio de sus servicios”. Con todo, no faltaba razón al pobre Sancho: los días no eran más de dos; pero fueron más de veinte las coces que pocas horas antes le habían dado los mozos de los frailes, “que le dejaron tendido en el suelo, sin aliento ni sentido”. Por eso decía bien al decir: “esta ínsula *que tan cara me cuesta.*”

3 Tanto del reino de Dinamarca como del de Sobradisa se hace mención tal cual vez en el *Amadís de Gaula*.

7 *Por que vamos luego* quiere decir *para que vayamos en seguida*. *Vamos por vayamos* decían y escribían en el tiempo de CERVANTES, y *vais por vayáis*, como veremos en el cap. XII (361, 10).

10 Don Quijote, aunque tan buen hidalgo como sabemos, era de los mal acostumbrados a quienes se refirió fray Alonso de Herrera en su libro *Ira y furor de Dios contra los ivramentos* (Sevilla, Gerónimo de Contreras, 1619), fol. 89 vto.: “Ay algunos tan viciosos y mal acostumbrados, que lo primero con

—Aquí trayo una cebolla y un poco de queso, y no sé cuántos mendrugos de pan —dijo Sancho—; pero no son manjares que pertenecen a tan valiente caballero como vuestra merced.

—¡Qué mal lo entiendes! —respondió don Quijote—. Hágate saber, Sancho, que es honra de los caballeros andantes no comer en un mes, y, ya que coman, sea de aquello que hallaren más a mano; y esto se te hiciera cierto si hubieras leído tantas historias como yo; que, aunque han sido muchas, en todas ellas no he hallado hecha relación de que los caballeros andantes comiesen, si no era acaso y en algunos suntuosos banquetes que les hacían, y los demás días se los pasaban en flores. Y aunque

que comienzan a hablar es con vn juramento: “Iuro a Dios, señor Fulano, que vengo mohino.” “Viue Iesu Christo, que no me puedo tener de cansado.” Ven acá, desatinado, ¿quién te lo niega, para que lo testifiques con juramento, antes que lo digas?... Vsase ya tanto esto en el mundo, que al que no jura no le tienen por hombre, y se rien dél.”

1 De *traer*, *caer* y *oír* dijeron nuestros abuelos *trayo*, *cayo* y *oyo*, y no *traigo*, *caigo* y *oigo*, como nosotros. Fácil sería autorizarlo con muchos ejemplos.

3 Hoy diríamos *que corresponden*, y no *que pertenecen*. El tener o guardar proporción una cosa con otra se expresa con el primero de estos verbos más bien que con el segundo.

14 Para el *Diccionario* de la Academia “*pasársela*, o *pasárselo*, uno en flores equivale a pasarlo bien; a tener vida regalada”; mas tal significado no conviene con el de esta frase en el texto cervantino, donde significa, sin duda, mantenerse con cosas baladies y de poca sustancia: *flores*, por contraposición a *frutos*. Algunos ejemplos darán bien a conocer los diversos matices de esta significación de *flores*. Mateo Rozas de Oquendo, en el romance de su conversión, escrito poco después de 1598 (Biblioteca Nacional, Ms. 19387, fol. 107), va desnudándose de las prendas de su vestido ordinario, gorra, cuello almidonado, jubón, valón, ligas, medias, espada y daga dorada y cadena, y añade:

se deja entender que no podían pasar sin comer y sin hacer todos los otros menesteres naturales, porque, en efeto, eran hombres como nosotros, hase de entender también que andando lo más del tiempo de su vida por las florestas y despoblados, y sin cocinero, que su más ordinaria comida sería de viandas rústicas, tales como las que tú ahora me ofreces. Así que, Sancho amigo, no te congoje lo que a mí me da gusto; ni querrás tú hacer mundo nuevo, ni sacar la caballería andante de sus quicios.

—Perdóneme vuestra merced —dijo Sancho—;

“...piedras de presioso engaste,
calsas, guantes y bohemio,
pues *me truxistis en flores*,
entre las flores os dejo.”

Fray Pedro de Oña, *Primera parte de las postrimerías del hombre*, pág. 41: “se andan [los predicadores] a coger mariposas por los ayres, y dexando la fruta y migajon de la verdad, sin hazer fruto ninguno espiritual, se acaba el sermon como tuuo el principio, y *se passó en flores*, por que no ay otra cosa en él sino vna variedad de hieroglificas, de emblemas, empressas del Camilo, y aun de fabulas...” ‘Y, en fin, Lope de Vega, en una epístola a Baltasar Elisio de Medinilla:

“¡Ay mi primera juventud, que *en flores*
pasó lo que debiera en dulce fruto!
Dulce canté, porque canté de amores.”

Franciosini entendió bien la frase del texto al traducir el *Quijote* (Venecia, 1622), pues vertió: “E gl’ altri giorni faceuano crocette”, explicándolo así en una apostilla: “Far crocette significa non mangiar niente.” Y así lo había entendido César Oudin, que al traducirlo (París, 1614) por “& les’autres iours ils les passoient en fleurs”, dijo al margen: “A humer le vent.”

9 Así, *ni querrás*, en todas las ediciones de 1605 y en algunas poco posteriores; las demás, sin excepción, han leído *ni quieras*, consiguientemente a venirse usando el modo subjuntivo: *no te congoje...* Con todo esto, restituí la lección de la edición príncipe, porque me parece elíptica la expresión: “*ni querrás tú, supongo...*”

que como yo no sé leer ni escribir, como otra vez he dicho, no sé ni he caído en las reglas de la profesión caballerescas; y de aquí adelante yo proveeré las alforjas de todo género de fruta seca para vuestra merced, que es caballero, y para mí las proveeré, ⁵ pues no lo soy, de otras cosas volátiles y de más sustancia.

—No digo yo, Sancho —replicó don Quijote—, que sea forzoso a los caballeros andantes no comer otra cosa sino esas frutas que dices; sino que su ¹⁰ más ordinario sustento debía de ser dellas, y de algunas yerbas que hallaban por los campos, que ellos conocían, y yo también conozco.

—Virtud es —respondió Sancho— conocer esas yerbas; que, según yo me voy imaginando, algún ¹⁵ día será menester usar de ese conocimiento.

Y sacando, en esto, lo que dijo que traía, comieron los dos en buena paz y compañía. Pero, deseosos de buscar donde alojar aquella noche, acabaron con mucha brevedad su pobre y seca comida. Subieron ²⁰ luego a caballo y diéronse prisa por llegar a po-

2 *Caer en una cosa equivale a venir en conocimiento de ella.* Juan de Valdés, *Diálogo de la Lengua*: "...y hay otros [vocablos] que, aunque os parece conocerlos, no acabáis de *caer en* quién son..." Quevedo, en la *Visita de los chistes*: "*Cai* entonces *en* que los ángeles, para ser diablos, fueron primero ingratos." CERVANTES jugó de este vocablo en el cap. I del *Viage del Parnaso*, refiriéndose a la mula de César Caporali:

"Era de ingenio cabalmente entero;
Caia en qualquier cosa facilmente,
 Assi en Abril como en el mes de Enero."

Caer en es forma elíptica de *caer en la cuenta de...*, como CERVANTES lo escribe otras veces: "...pero cuando *caigo en la cuenta de* lo que son..." (I, XLIX).

18 *En amor y compañía* se dice todavía familiarmente.

blado antes que anocheciese; pero faltóles el sol, y la esperanza de alcanzar lo que deseaban, junto a unas chozas de unos cabreros, y así, determinaron de pasarla allí; que cuanto fué de pesadumbre para
 5 Sancho no llegar a poblado, fué de contento para su amo dormirla al cielo descubierto, por parecerle que cada vez que esto le sucedía era hacer un acto posesivo que facilitaba la prueba de su caballería.

4 Las palabras *determinaron de pasarla allí* se refieren, como dice Clemencín, a *la noche*; pero no porque se la haya nombrado seis renglones atrás, sino porque se ha dicho menos lejos *antes que anocheciese*; caso parecido a aquel de *aventurarlo todo a la de un golpe solo*, que ocurrió en el cap. VIII (277, 7).¹

8 Probablemente, *posesivo* es errata, por *positivo*: el *Diccionario* de la Academia llama *actos positivos* a los "hechos que califican la virtud, limpieza o nobleza de alguna persona o familia". Para las pruebas, por ejemplo, de limpieza y nobleza en lo escolar, tres *actos positivos* hacían cosa juzgada. (*Nueva Recopilación*, leyes xxxv-xxxvii, tít. vii, libro I.) Por un auto acordado (Madrid, 23 de marzo de 1624), 'habiendo pedido el rector y colegiales del Colegio de los Españoles de Bolonia que se declarase que los tres *actos positivos* que, conforme a la premática, hacen cosa juzgada para calificación de la limpieza, y se entendía también siendo de las universidades de Salamanca, Valladolid, Alcalá y Sevilla, obrasen el mismo efecto con la de Bolonia, se accedió a ello. (*Autos y acverdos del Consejo de que se halla memoria en su Archivo desde el año MDXXII hasta el de MDCXLVIII*, Madrid, Diego Díaz de la Carrera, M.DC.XLIX, fol. 58.)



CAPÍTULO XI

DE LO QUE LE SUCEDIÓ A DON QUIJOTE CON
UNOS CABREROS.

FUÉ recogido de los cabreros con buen ánimo, y habiendo Sancho, lo mejor que pudo, acomodado a Rocinante y a su jumento, se fué tras el olor que despedían de sí ciertos tasajos de cabra que hirviendo al fuego en un caldero estaban; y aunque él quisiera en aquel mesmo punto ver si estaban en sazón de trasladarlos del caldero al estómago, lo dejó de hacer, porque los cabreros los quitaron del fuego, y, tendiendo por el suelo unas pieles de ovejas, aderezaron con mucha priesa su rústica mesa y convidaron a los dos, con muestras de muy buena voluntad, con lo que tenían. Sentáronse a la redonda de las pieles seis dellos, que eran los que en la majada había, habiendo primero con groseras ceremonias rogado a don Quijote que se sentase sobre un dornajo que vuelto del revés

¹⁹ De *duerna*, voz equivalente a *artesa*, como se colige del refrán "Aquella llamo yo dueña que tiene harina en la *duerna*", se dijo *dornillo* y *dornajo*. El *dornajo*, según Covarrubias, "por otro nombre se llama *dornillo* o *tornillo*" y es "artesua pequeña y redonda en que dan de comer a los lechones". El *Diccionario de autoridades* enmendó diciendo: "a los bueyes y lechones", y añadió: "y también se llama así el artesón que sirve para fregar y para otros usos." En el lugar del texto ha de en-

le pusieron. Sentóse don Quijote, y quedábase Sancho en pie para servirle la copa, que era hecha de cuerno. Viéndole en pie su amo, le dijo:

—Porque veas, Sancho, el bien que en sí encierra la andante caballería, y cuán a pique están los que en cualquiera ministerio della se ejercitan de venir brevemente a ser honrados y estimados del mundo, quiero que aquí a mi lado y en compañía desta buena gente te sientes, y que seas una misma cosa conmigo, que soy tu amo y natural señor; que comas en mi plato y bebas por donde yo bebiere; porque de la caballería andante se puede decir lo

tenderse por *dornajo* lo que hoy llamamos *dornillo*, como en las *Relaciones de la vida del escudero Marcos de Obregón*, relación I, descanso XVI: "...yo cené un muy gentil gazpacho... Este *dornajo* en que habemos cenado ha de descubrir el hurto de los higos."

5 El uso de ahora no da a la frase adverbial *a pique* otro significado que el de *a riesgo*; pero antes significó *cerca*, sin denotar precisamente la idea de daño próximo. En el cap. XXIX, donde vuelve a ocurrir, hallará el lector nota más amplia.

11 *Por donde yo bebiere*, esto es, *en el mismo vaso en que yo beba*. Era común decirlo así. En el primero de los *Diálogos* de Juan Minsheu (a continuación de *A Dictionarie in Spanish and English* (London, Edm. Bollifant, 1599), traducidos a diversos idiomas por César Oudin, Lorenzo Franciosini y otros profesores de lengua española:

"ALONSO. ¿Por cuál taza quiere v. m. beber: por la llana, o por esta hondilla?

"D. JUAN. Alonso 'amigo, echaldo por aquella llana.

"D. PEDRO. Yo gusto más de *beber por esta copa* de vidrio que no *por* ninguna de las tazas." Don Juan de Ovando Santarén, *Ocios de Castalia, en diversos Poemas* (Málaga, Mateo López Hidalgo, 1663), fol. 119 vto.:

"Como acostumbra el reñir
y por calabaza bebe,
andar a calabazadas
es su ordinario deleite."

mesmo que del amor se dice: que todas las cosas iguala.

—¡Gran merced! —dijo Sancho—; pero sé decir a vuestra merced que como yo tuviese bien de comer, también y mejor me lo comería en pie y a mis solas como sentado a par de un emperador. Y aun, si va a decir verdad, mucho mejor me sabe lo que como en mi rincón sin melindres ni respetos, aunque sea pan y cebolla, que los gallipavos de otras mesas donde me sea forzoso mascar despacio, beber poco, limpiarme a menudo, no estornudar ni toser si me viene gana, ni hacer otras cosas que la soledad y la libertad traen consigo. Ansí que, señor mío, estas honras que vuestra merced quiere darme por ser ministro y adherente de la caballería andante, como lo soy siendo escudero de vuestra merced, conviértalas en otras cosas que me sean de más cómodo y provecho; que éstas, aunque las

5 En esta comparación, *también* (= *así*) o *tan bien* pide *como*, y aquí no hay que reparar; pero *mejor* pide *que*, y éste falta. Todo se habría evitado con escribir: "*también* me lo comería en pie y a mis solas *como* sentado a par de un emperador, y aún *mejor* todavía."

9 Por *gallipavos* se entendía en el tiempo de CERVANTES lo que ahora llamamos *pavos*, animales de que careció el mundo viejo hasta el descubrimiento de América, de donde se trajeron a España. El nombre de *pavos* se daba solamente a los que hoy llamamos *pavones* o *pavos reales*.

18 *Cómodo* es aquí sustantivo y significa lo que *comodidad*. Fué muy corriente su uso en esta acepción. Castillo Solórzano, *Huerta de Valencia* (Valencia, Miguel Sorolla, menor, 1629), pág. 15: "Mucho me tiene enojada vuestro encogimiento, por no auer admitido cortas muestras de mi voluntad para vuestro *cómodo* en lugar donde se carece dél." Como en el texto de CERVANTES, el *cómodo* y el *provecho* ocurren juntos en otros lugares de diversos autores. Cristóbal de Virués, en *El Monserrate*, canto VIII:

doy por bien recebidas, las renuncio para desde aquí al fin del mundo.

—Con todo eso, te has de sentar; porque a quien se humilla, Dios le ensalza.

5 Y asiéndole por el brazo, le forzó a que junto dél se sentase.

No entendían los cabreros aquella jerigonza de escuderos y de caballeros andantes, y no hacían otra cosa que comer y callar, y mirar a sus huéspedes,

“Y cada qual con diligencia extraña
Las cosas en su ejército disponga
Por el orden que entiende que en el hecho
Le serán de más cómodo y provecho”.

4 Es máxima del Evangelio de San Lucas (xiv, 18): “*Qui se humiliat, exaltabitur.*”

5 Así, *junto dél*, en la edición príncipe; casi todas las demás, entre ellas las de Fitzmaurice-Kelly y Cortejón, *junto a él*. Escribiólo CERVANTES como se solía escribir en el siglo xvii. En el *Romancero general*, fol. 165 vto.:

“A las sombras de vn laurel
junto de vna fuente clara...”

Lo mismo en Portugal. Bernaldim Ribeiro comenzó así la primera de sus églogas (apud *Hystoria de Menina e moça...*, folio 8o vto. de la edición de Birckman, 1559):

“Nas seluas *junto do mar*
Persio pastor costumaua
seu gado apascentar...”

Camoens en *Os Lusíadas*, no pocas veces: V, 66, 8; VII, 19, 5, etc. Y, en fin, a cada paso entre nuestro vulgo de hoy. Una copla popular:

“Siéntate *junto de mí*,
Y te daré una razón,
Para que nadie se entere
De nuestra conversación.”

9 Aquí, a diferencia de lo que ocurre en el cap. II (122, 7) se llama *huéspedes* a los hospedados.

que, con mucho donaire y gana, embaulaban tasajo como el puño. Acabado el servicio de carne, tendieron sobre las zaleas gran cantidad de bellotas avellanadas, y juntamente pusieron un medio queso, más duro que si fuera hecho de argamasa. No es- 5

1 Pues *baúl*, en sentido figurado y familiar, significa *vientre*, *embaular*, contra lo que dicen Covarrubias y el *Diccionario* de la Academia, no significará *comer mucho*, ni *comer con ansia* o *engullir*, sino simplemente *comer*: *meter* en el *baúl*; no *llenarlo*. En tal acepción como esta que digo lo usó, por boca de Philotimo, fray Juan de Pineda (*Agricultura christiana*, diál. xxiv, § xii): "...y juro por la salsa de Masepierrez con su lunada y vino blanco de no *embaular* hasta que me certifiqueis de alguna merced..." Mas ¿a qué acudir a casa ajena por ejemplos, cuando en la misma de CERVANTES los hay de sobra? Véanse: "...y así, iba [Sancho] tras su amo, cargado con todo aquello que había de llevar el rucio, sacando de un costal y *embaulando* en su panza..." (I, xxiii); "...y atropellando por todo género de crianza, comenzó a *embaular* en el estómago el pan y queso que se le ofrecía" (II, lix).

2 De las cosas pequeñas, pero grandes en su línea, se decía por ponderación que eran *como el puño*. También H. de Luna, el autor de una segunda parte de *Lazarillo de Tormes*, comparó *con el puño* un tasajo: "La vieja tomó un bocado [del cuartillo de cabrito] para probar qué gusto tenía; el galán, diciendo: "¿Esto les gusta tanto?", se hinchó la boca con un tasajo *como el puño*". Y Lope de Vega, en la jorn. 1 de *Los Vargas de Castilla*:

"MILLÁN. Adiós, Sevilla soberbio,
Teatro del mundo, esfera
De la discreción y centro
De la grandeza de España
Y cifra, y mundo pequeño;
Pan de Gandul de mi vida,
Roscas de Utrera del cielo,
Alcaparrón *como el puño*,
Aceitunas como el cuerpo,
Sábalos del Alamillo..."

También se usaba esta comparación ponderando la relativa pequeñez de cosas que son mucho mayores que el puño. Así Tirso de Molina en el acto 1 de *El vergonzoso en palacio*:

taba, en esto, ócioso el cuerno, porque andaba a la redonda tan a menudo (ya lleno, ya vacío, como arcaduz de noria), que con facilidad vació un zaque de dos que estaban de manifiesto. Después que don Quijote hubo bien satisfecho su estómago, tomó un puño de bellotas en la mano y, mirándolas atentamente, soltó la voz a semejantes razones:

—Dichosa edad y siglos dichosos aquellos a quien los antiguos pusieron nombre de dorados, y no por-

“VASCO. “...Escápase una gata *como el puño*
De un gato zurdo y otro carirromo
Por los caramanchones y tejados...”

Y de aquí, disparatada y festivamente, pasó *el puño* a ser término de comparación para cosas inmateriales. El mismo Lope, en el acto I de *La obediencia laureada*:

“GUARÍN. ...Si antes de entrar en la cama
Hay *rosario como el puño*,
Y aunque más tiene el dimuño,
No hay más remedio que el ama,
Y ésta pasa de sesenta...”

Asimismo en nuestros días. Pérez Ballesteros, en su *Cancionero popular gallego* (Madrid, 1886), t. II, pág. 307:

“Teño un *pesar com’ un puño*,
heich’o de contar un día;
no meu corazón non caben
cousas de malancia.”

2 “¿Vino con las bellotas? Si fuera agua...”, paréceme que oigo decir a algún lector. Pintiparado viene aquí para responderle un pasaje de la *Agricultura christiana*, diálogo III, § XVI:

“POLYCRONIO. Haueis oido dezir con qué cosa comida primero, sepa luego muy bien el agua?”

“PHILAETES. Todos saben que las bellotas son la mengía del agua: y Plinio dize que en España se solían servir a la mesa por fruta de postre; y como aquella fruta postrera se ordene para beuer otra vez, y los Españoles nunca pecaron de agüados, esme creible que también dan sabor al vino.”

9 La *edad de oro*, o *dorada*, ha sido descrita y ensalzada por muchos poetas, siempre mirando a dos grandes modelos de la

que en ellos el oro, que en esta nuestra edad de hierro tanto se estima, se alcanzase en aquella venturosa sin fatiga alguna, sino porque entonces los que en ella vivían ignoraban estas dos palabras de *tuyo y mío*. Eran en aquella santa edad todas las cosas comunes: a nadie le era necesario para alcanzar su ordinario sustento tomar otro trabajo que alzar la mano y alcanzarle de las robustas encinas, que liberalmente les estaban convidando con su dulce y sazonado fruto. Las claras fuentes y co-¹⁰

antigüedad clásica: a Ovidio, *Metamorfosis*, lib. I, y a Virgilio, en el también I de las *Geórgicas*. CERVANTES tuvo aquí en memoria preferentemente estos dechados inmortales.

3 O sobran las palabras *en ellos*, o sobran estas otras: *en aquella venturosa*. Ahora tiene razón Clemencín. ¡Así siempre! El doctor Rodrigues explica así lo sucedido en este pasaje: “*Aquella é pedido por nuestra, pois o en ellos ja fica afeitado e desapareceu por isso do campo mental de quem escreveu e até do leitor.*”

5 De estas dos palabras decía San Juan Crisóstomo que “son los dos tiranos que tienen estragado el mundo.” Y Luis Tansilo, en el tan obscuro como primoroso poemita intitulado *Il Vendemmiatore*, octava xxvi:

“Non avea 'l mondo allor nè *mio*, nè *tuo*,
Fiera semenza onde ogni mal nasce...”

10 Rara vez se trató de la edad de oro sin hacer mención de las *bellotas*. Barahona de Soto, en su epístola a Martín de Morales, secretario de la universidad de Osuna (pág. 734 de mi libro acerca de aquel poeta):

“¡Cuán bien pasaron la gloriosa vida
Aquellos siglos del sencillo seso,
Do no fué la moneda conocida!
Menos engaños hubo sin el peso,
Y sin el oro muy mayor riqueza,
Siendo manjar común *bellota* y queso.”

Bartolomé Leonardo de Argensola, en su epístola a Erasso:

“Nacer deuiera yo en el siglo antigo

rrientes ríos, en magnífica abundancia, sabrosas y transparentes aguas les ofrecían. En las quiebras de las peñas y en lo hueco de los árboles formaban su república las solícitas y discretas abejas, ofre-

que dio a los hombres por comun sustento
bellotas, como el nuestro les da trigo."

Claro que estas *bellotas* son todavía el fruto de las encinas seculares de Virgilio, en el citado libro de las *Geórgicas*:

"*Prima Ceres ferro mortales vertere terram
Instituit: cum jam glandes atque arbuta sacrae
Deficerent sylvae et victum Dodona negaret.*"

4 Antes que CERVANTES llamaron *solícitas* a las abejas en nuestra patria Garcilaso de la Vega, Juan Rufo y Lope de Vega; el primero, en su égloga segunda:

"...házeles compañía,
a la sombra bolando,
y entre varios olores
gustando tiernas flores,
la *solícita abeja* susurrando...";

el segundo, en uno de los romances sobre la trágica historia de los Comendadores de Córdoba (*Romancero general*, fol. 266):

"Las *solícitas abejas*,
con su blando susurrido,
sacaban dulces licores
de romerales floridos";

y el tercero, en el primer acto de *La Pastoral de Jacinto*, obra de su mocedad:

"BELARDO. ...Y que en abril se buscan por los cóncavos
Las *abejas pintadas y solícitas.*"

Idénticamente en el parnaso lusitano. Camoens, en su égloga 1:

"...As doces & *solícitas abelhas*
Con susurro agradável vão voando."

Y Gabriel Pereira de Castro, en el canto 1 de su *Visseá*:

"...As *abelhas solícitas*, levando
O rocío sutil das puras flores,
Na conhecida casa vão entrando."

Menos frecuente ha sido llamar *discretas* a las abejas, aun

ciendo a cualquiera mano, sin interés alguno, la fértil cosecha de su dulcísimo trabajo. Los valientes alcornoques despedían de sí, sin otro artificio que el de su cortesía, sus anchas y livianas cortezas, con que se comenzaron a cubrir las casas, sobre rústicas estacas sustentadas, no más que para defensa de las inclemencias del cielo. Todo era paz enton-

siéndolo ellas tanto; al menos, yo no recuerdo haberles visto atribuida esta cualidad sino en el comienzo de un soneto de Bartolomé Leonardo de Argensola:

“Rompe la tierra y en el centro afila
El buey pesado la esplendente reja;
De varias flores la *discreta abeja*
En ruecas de oro rayos del sol hila...”

6 Con la puntuación de estas palabras ha sucedido una cosa muy de notar. Las ediciones más antiguas, y todas como ellas, venían puntuándolas bien, porque, aunque no encerraban entre comas el inciso *sobre rústicas estacas sustentadas*, a lo menos, ponían coma después de este último vocablo, con lo cual quedaba claro y patente el sentido del pasaje. Así lo hizo la Academia en su hermosa edición de 1780; pero al imprimir la de 1819 se corrió la coma a la palabra anterior, y las casas se *cubrieron sobre estacas*, y fueron las *estacas*, y no las *casas*, las *sustentadas* no más que para defensa contra los temporales, pues quedó el texto de esta manera: “Los valientes alcornoques despedían de sí... sus anchas y livianas cortezas, con que se comenzaron a cubrir las casas sobre rústicas estacas, sustentadas no más que para defensa de las inclemencias del cielo.” Y es lo peor que Clemencín, y en nuestros días Fitzmaurice-Kelly y Cortejón, han dado esta lección por buena, pues han puntuado el pasaje conforme al yerro de la antigua Imprenta Real. A diferencia de tales ediciones modernas, véase qué bien entendieron este lugar los traductores Oudin (1614) y Franciosini (1622). El primero: “...leurs larges & leggeres escorces, desquelles on commença a couvrir les maisons soutenues sur des rustiques pieux, non pour autre chose que pour se deffendre de l'inclemence du ciel...” Y el segundo: “...che seruiano di tetto alle case, sopra rustiche stanghe fabbricate, solo per difesa dell' inclemenzie del Cielo...”

ces, todo amistad, todo concordia; aún no se había atrevido la pesada reja del corvo arado a abrir ni visitar las entrañas piadosas de nuestra primera madre; que ella, sin ser forzada, ofrecía por todas las partes de su fértil y espacioso seno lo que pudiese hartar, sustentar y deleitar a los hijos que entonces la poseían. Entonces sí que andaban las simples y hermosas zagalejas de valle en valle y de otero en otero, en trenza y en cabello, sin más vestidos de aquellos

8 Pudo decir CERVANTES: "Entonces andaban las simples y hermosas zagalejas..."; pero habría faltado a su afirmación el gallardo brio con que la realza y hace enfática el *sí*. Hay en esta suerte de locuciones reforzadas por tal adverbio, como indicó Bello (*Gramática*, § 391), un contraste tácito: "*ahora sí, antes no*." El *que*, al parecer redundante —añade el docto venezolano— se encuentra en muchas otras expresiones aseverativas: *ciertamente que, por cierto que, sin duda que*. ., y proviene de una elipsis: "*ahora sí puede decirse que...; ciertamente parece que...*"

9 *En trenza y en cabello* es locución pleonástica: bastara con decir lo uno o lo otro, pues cualquiera de entrambos modos equivalía a *sin tocar*, con la cabeza descubierta, cosa que sólo entre las doncellas era común estilo. Véanse algunos ejemplos. El mismo CERVANTES, en *Persiles y Sigismunda*, libro III, cap. VI: "...venía en cuerpo y en tranzado, vestida de paño, pero lindísima." Tres siglos y medio antes (1258) había dicho el *Ordenamiento de las Cortes de Valladolid* (*Cortes de los antiguos reinos de León y de Castilla*, publicadas por la Real Academia de la Historia, tomo I, 1861): "Et quien casar con *mançeba en cabello*, que non de mas de LX mr. por pannos para sus bodas." Lo mismo en el acto XXIII de la *Tragedia Políciana* (Toledo, 1547), donde canta Silvano, requebrando de lejos a una más que alegre doncellita:

"Páreste a la ventana,
Niña en cabello:
Que otro parayso
Yo no le tengo."

Lope de Vega, en el acto III de *Con su pan se lo coma*:

"Érame yo niña,

que eran menester para cubrir honestamente lo que la honestidad quiere y ha querido siempre que se cubra, y no eran sus adornos de los que ahora se usan, a quien la púrpura de Tiro y la por tantos modos martirizada seda encarecen, sino de algu-⁵nas hojas verdes de lampazos y yedra, entretejidas, con lo que quizá iban tan pomposas y compuestas como van agora nuestras cortesanas con las raras y peregrinas invenciones que la curiosidad ociosa les ha mostrado. Entonces se decoraban los¹⁰

Y niña en cabello;
Guardaba ganado,
No guardaba el pecho."

3 Indudablemente fué reminiscencia de este lugar del *Quijote* este otro que se lee en el *Apéndice a la relacion del viage al Magallanes...*, que contiene el de los paquebotes *Santa Casilda* y *Santa Eulalia...* (Madrid, Viuda de D. Joaquín Ibarra, MDCCCLXXXIII), en cuya pág. 24 se copian estas palabras del teniente de fragata don Ciriaco Cevallos: "Con una piel de guanaco sin el menor beneficio cubrian su desnudez [los indios de la Tierra del Fuego], y con otra más pequeña *todo* *aquello que el pudor y la honestidad quieren que se cubra...*"

10 "*Decorar* alguna cosa —dice el cordobés Rosal en su *Vocabulario* inédito, alfabeto I— es saberla o aprenderla de coro, que es memoria"; pero, como nota Cejador, en Honduras y Venezuela "*decorar* el niño se dice, además del aprender de memoria, cuando lee sin deletrear, pero sin la entonación que da a la lectura el que sabe leer. Este sentido parece ser el del texto: recitar sencillamente de corrida, sin artificios ni rodeos; formular y expresar los conceptos tal como se conciben en el alma..." Algunos ejemplos harán más patente el significado de la voz *decorar*. Fray Francisco de Osuna, *Ley de amor y quarta parte del Abecedario espiritual...*, fol. 71: "Por dos vias solemos tener memoria de vna cosa: o porque la queremos aprender y nos trabajamos por la *decorar*, o porque de la auer mucho y con affeccion aprendido se nos ofrece a la memoria y nos acordamos ya della con gozo..." Bartolomé Ximénez Patón, al fol. 122 de su *Eloquencia Española en Arte* (Toledo, Thomas de Guzmán, 1604): "...y ayuda mucho auer escrito lo que

tado en el entendimiento del juez, porque entonces no había que juzgar, ni quien fuese juzgado. Las doncellas y la honestidad andaban, como tengo dicho, por dondequiera, solas y señeras, sin temor

leyes disponen". En el cap. XLII de la segunda parte trataré con algún espacio de esta suerte de leyes caprichosas, de imposible codificación.

1 Así, *sentado*, en todas las ediciones, excepto la mía de "Clásicos Castellanos", en que leí *asentado*, entendiendo que la lección original fué yerro, por mera omisión involuntaria de una de dos letras iguales e inmediatas: *se había [a]sentado*. Vuelvo a leer *asentado*, lo uno, porque en todos los casos semejantes decía *asentar*, y no *sentar*, nuestro autor: "*asentósele en la imaginación...*" (I, 1); "...que se me *asienta* que ha de ser de mucha honra..." (I, xxxi); "Para mí no es opinión, sino verdad *asentada...*" (II, xix); y lo otro, porque, según Hartzenbusch (prólogo de su edición grande del *Quijote*, 1863), "Un documento hay en el Archivo general de Simancas, firmado por CERVANTES, en el cual se le olvidó uno de las *aes* de su apellido *Saavedra*: *Savedra* no más escribió."

4 Aun en nuestros días no ha faltado quien lea en este lugar *solas y señoras*, como malamente dijeron, antes de la de Pelli- cer, todas las ediciones. Cortejón cita más de una docena de textos para probar que se dijo *señero*, *señera*, en significado de *singular*. Como que realmente viene de *singulariū*, según Menéndez Pidal, y no de *seña* ni *señalar*, que supuso fray Alonso de Cabrera en la consideración III de su sermón correspondiente al *Martes despues del primer domingo de Cuaresma*: "El hombre señalado se dice, porque todos le señalan, *señero*." Véanse algunas muestras del uso del adjetivo *señero*, diferentes de las allegadas por Cortejón. En el *Poema de Fernán González*, edición crítica del muy culto hispanista doctor C. Carroll Marden (Baltimore, 1904), copla 660:

"Que veamos que preçio damos a vn caballero,
Somos más de trezientos e el *solo sennero*,
E syn el non fazemos valia dun dynero..."

El Arcipreste de Hita, en la copla 1331 de su *Libro de buen amor*:

"Desque me vy *señero* e syn fulana solo
enbie por mi vieja; ella dixo: "¿ado lo?"

Micer Francisco Imperial, núm. 248 del *Cancionero de Baena*:

que la ajena desenvoltura y lascivo intento las menoscabasen, y su perdición nacía de su gusto y propia voluntad. Y agora, en estos nuestros detesta-

“Por Guadalquivir arribando (*sic*)
Con un gavilan caçando
Una doncella *señera*;
Luego conosci que era
De muy estraña partida...”

Juan del Enzina, en su égloga II:

“Entre las hayas metido
Y tendido
Por las sombras muy *señero*,
Y sin ningún compañero...”

Y, en fin, CERVANTES, en la jorn. I de *La Casa de los Zelos* (apud *Ocho comedias, y ocho entremeses nuevos...*, fol. 37):

“REYNALDOS. ...O, si aqueste me dexasse
señero en mi pretension,
con el alma y coraçon
viue Dïos que le adorasse.”

Las voces *solo* y *señero* suelen andar juntas, como en el lugar del texto, en muchos otros de nuestros clásicos: de ellas podría decirse, festiva aunque no originalmente, que en lo de ir apareadas se parecen a *zas-candil* y a *zipi-zafe*.

3 Don Miguel Antonio Caro, en su estudio titulado *El Quijote*, a propósito de ser “indicio irrecusable de fuerza poética el poder imitar en buenos versos un fragmento prosaico”, probó a demostrar su afirmación refundiendo en verso este discurso en alabanza de la edad de oro. Y salió bien con su intento. Comienza así (*Obras completas de...*, Bogotá, 1918-1923, tomo II, pág. 159):

“¡Dichosa aquella edad, siglos dichosos
A quien ya los antiguos
El renombre pusieron de dorados!
No porque el oro en ellos,
Que en esta nuestra edad de hierro tanto,
Tanto se estima, sin fatiga alguna
Se alcanzase en aquella venturosa;
Mas porque las palabras *tuyo* y *mío*
Entonces los vivientes ignoraban.

.....
Entonces en las quiebras de las peñas
Y huecos de los árboles

bles siglos, no está segura ninguna, aunque la oculte y cierre otro nuevo laberinto como el de Creta; porque allí, por los resquicios o por el aire, con el celo de la maldita solicitud, se les entra la amorosa pestilencia y les hace dar con todo su recogimiento al traste. Para cuya seguridad, andando más los tiempos y creciendo más la malicia, se instituyó la orden de los caballeros andantes, para defender las doncellas, amparar las viudas y socorrer a los huérfanos y a los menesterosos. Desta orden soy yo, hermanos cabreros, a quien agradezco el gasajo y buen acogimiento que hacéis a mí y a mi escudero. Que aunque por ley natural están todos los que viven obligados a favorecer a los caballeros andantes, todavía, por saber que sin saber vosotros esta obligación me acogistes y regalastes, es razón que con la voluntad a mí posible os agradezca la vuestra.

Toda esta larga arenga (que se pudiera muy bien escusar) dijo nuestro caballero, porque las bellotas que le dieron le trujeron a la memoria la edad dorada, y antojósele hacer aquel inútil razonamiento a los cabreros, que, sin respondelle palabra, em-

Formaban su república
Las discretas solícitas abejas..."

2 *Cerrar*, en su antigua acepción de *encerrar*. No fué ésta la única vez que con tal significado usó CERVANTES ese verbo. En *El trato de Argel*, jorn. 1:

"SAAVEDRA. Cuando llegué vencido en esta tierra
Tan nombrada del mundo, que en su seno
Tanto pirata encubre, acoge y *cierra*,
No pude al llanto detener el freno..."

Fernán Pérez de Oliva había empleado esta misma acepción de *cerrar* en su *Diálogo de la dignidad del hombre*, apud *Las obras del maestro...* (Madrid, Benito Cano, M.DCC.LXXXVII), t. I, pág. 11: "A unos cubrió [la naturaleza] de pelos, a otros de pluma, a otros de escama, y otros nacen en conchas cerrados..."

bobados y suspensos, le estuvieron escuchando. Sancho asimesmo callaba y comía bellotas, y visitaba muy a menudo el segundo zaque, que, porque se enfriase el vino, le tenían colgado de un alcornoque.

5 Más tardó en hablar don Quijote que en acabarse la cena, al fin de la cual uno de los cabreros dijo:

—Para que con más veras pueda vuestra merced decir, señor caballero andante, que le agasajamos con prompta y buena voluntad, queremos darle
10 solaz y contento con hacer que cante un compañero nuestro que no tardará mucho en estar aquí; el cual es un zagal muy entendido y muy enamorado, y que, sobre todo, sabe leer y escrebir y es músico
15 de un rabel, que no hay más que desear.

4 Es una de las maneras primitivas de enfriar los líquidos. Sorapán de Rieros, en la pág. 363 de su *Medicina española contenida en proverbios vulgares de nuestra lengua* (Granada, Martín Fernández Zambrano, 1616): “Ai otro modo de enfriar al ayre, con zaques, que son vnos querecillos de cabritos, preparados con curtido y casca; los quales llenos de agua se cuelgan en el campo a la sombra de algun arbol, adonde sople ayre; y si se cuelgan en casa, los han de mouer continuamente.” Otra de las maneras vulgares de enfriar los líquidos es revestir la vasiya con un paño mojado y tenerla al aire; y otra, echar dentro de ella unas chinias de río. Pineda, *Agricultura christiana*, diál. vi, § xxvii, hace decir a Polycronio: “...y saca el botijon chinoso; que por ventura las muchas piedrezuelas auran ayudado a dar más frialdad.” Y de otra manera, en fin, a la cual se refiere Sancho en el cap. xxii de la segunda parte, cuando don Quijote se hace atar para descender a la cueva de Montesinos: “Mire vuesa merced, señor mío, lo que hace: no se quiera sepultar en vida, ni se ponga adonde parezca frasco que le ponen a enfriar en algún pozo.”

10 *Prompta*, a la latina, de *promptus*.

15 Era el *rabel* un instrumento músico muy usado por la gente rústica; tenía tres cuerdas y se tocaba con arquillo.
“Un músico de rabel —dice Cortejón— parece significar la

Apenas había el cabrero acabado de decir esto, cuando llegó a sus oídos el son del rabel, y de allí a poco llegó el que le tañía, que era un mozo de hasta veintidós años, de muy buena gracia. Preguntáronle sus compañeros si había cenado, y respon-

conexión íntima entre el que toca y el instrumento: „diríase que nació solo para ello, y que tal habilidad es propia suya, y no de otro alguno.” No hay tal cosa, y aquí, como en muchos otros lugares, vió visiones el fervoroso cervantista. Sin tomar en cuenta la maestría o torpeza de los sujetos, se decía: “Fulano es músico de harpa, o de vihuela, o de voz, es decir, cantor.” Vese claramente ser así en la jorn. 1 de la *Comedia del Degollado*, de Juan de la Cueva (*Primera parte de las comedias y tragedias de...*, fol. 90):

PRÍNCIPE. ¿Músico? muy gran contento
tengo que Celio lo sea.
ARNALDO. Pues es quanto se dessea
en la tierra oír su acento.
PRÍNCIPE. ¿De qué es músico? ¿Es de voz,
o de tañer juntamente?”

15 (pág. 336) Ocurren aquí tres versos octosílabos ocasionales, que habría convenido deshacer:

“sabe leer y escribir
y es músico de un rabel,
que no hay más que desear.”

En no pocos lugares volveremos a tropezar con este venial descuido que ya señalé en mi edición crítica de *Rinconete y Cortadillo*, págs. 216 y 217 de la reimpresión (1920). A lo allí dicho sólo añadiré que en cuanto al mezclarse versos con la prosa fué, es, y será perpetuamente buenísima regla la que en sola una redondilla nos dejó un autor anónimo del siglo XVII, en cierta invectiva que dirigió a fray Ignacio de Vitoria:

“Ha de ser para ser buena
y ha de ser para ser bueno,
el verso, de prosa ajeno;
la prosa, de verso ajena.”

El curioso puede consultar una interesante disertación de Federico Simón Löffler intitulada *De versu inopinatu in prosa* (Leipzig, Typis Crugerianus, s. a., pero 1688).

diendo que sí, el que había hecho los ofrecimientos le dijo:

—De esa manera, Antonio, bien podrás hacernos placer de cantar un poco, por que vea este señor
 5 huésped que tenemos que también por los montes y selvas hay quien sepa de música. Hémosle dicho tus buenas habilidades y deseamos que las muestres y nos saques verdaderos; y así, te ruego por tu vida que te sientes y cantes el romance de tus
 10 amores, que te compuso el beneficiado tu tío, que en el pueblo ha parecido muy bien.

—Que me place —respondió el mozo.

Y sin hacerse más de rogar, se sentó en el tronco de una desmochada encina, y, templando su rabel,
 15 de allí a poco, con muy buena gracia, comenzó a cantar, diciendo desta manera:

ANTONIO

—Yo sé, Olalla, que me adoras,
 Puesto que no me lo has dicho

4 Sobre la frase, al parecer afrancesada, *hacer placer*, o *el placer*, de..., quedó nota en el cap. iv (164, 12). También se dijo y se escribió *hacer desplaceres*. En la escena VII de *Las Cortes de la Muerte*, de Micael de Carvajal y Luis Hurtado de Toledo:

“PIE DE HIERRO. ¡Oh, reniego de mujeres
 Y quien no os corta esas caras
 Y os hace mil desplaceres!”

8 La frase *sacar verdadero* a uno ha sido incluída en la edición XV del *Diccionario*, donde ya estaba registrada la opuesta: *sacar a uno mentiroso*. Era de uso frecuente: sólo de la *Agricultura christiana* de fray Juan de Pineda tengo entresacados ocho lugares en que se halla.

18 *Olalla*, hoy *Eulalia*, como dice Cejador, “por reacción erudita hacia la forma primitiva griega”.

19 *Puesto que*, en su antiguo significado de *aunque*, como en otros muchos lugares. Sobre ello quedó nota en el prólogo (41, 9).

Ni aun con los ojos siquiera,
 Mudas lenguas de amorios.
 Porque sé que eres sabida,
 En que me quieres me afirmo;
 Que nunca fué desdichado
 Amor que fué conocido. 5
 Bien es verdad que tal vez,
 Olalla, me has dado indicio
 Que tienes de bronce el alma
 Y el blanco pecho de risco. 10
 Mas allá, entre tus reproches
 Y honestísimos desvíos,
 Tal vez la esperanza muestra
 La orilla de su vestido.
 Abalánzase al señuelo 15
 Mi fe, que nunca ha podido
 Ni menguar por no llamado,
 Ni crecer por escogido.
 Si el amor es cortesía,
 De la que tienes colijo 20
 Que el fin de mis esperanzas
 Ha de ser cual imagino.
 Y si son servicios parte
 De hacer un pecho benigno,
 Algunos de los que he hecho 25
 Fortalecen mi partido.
 Porque si has mirado en ello,
 Más de una vez habrás visto
 Que me he vestido en los lunes
 Lo que me honraba el domingo: 30

3 *Sabido* no significa precisamente que *sabe mucho*, como dicen los léxicos, sino que *sabe*, que es discreto y tiene buena luz natural; a que *sabe mucho* corresponde *muy sabido*. Francisco Delicado, en el epígrafe que puso al libro IV del *Amadís de Gaula*, en la edición de Venecia, 1533: "Aquí, por enxemplo, el *muy sabido* componedor de la sobredicha historia..."

24 Diría *para hacer*, a permitirlo el metro.

27 *Mirar* equivale a veces a *reparar*, como en uno de los romances de Quevedo (Musa V):

"Alabaránte el andar,
 Si anduvieres por las tiendas;
 Y el mirar, si no *mirares*
 En dar todo cuanto quieran."

Como el amor y la gala
Andan un mesmo camino,
En todo tiempo a tus ojos
Quise mostrarme polido.

5 Dejo el bailar por tu causa,
Ni las músicas te pinto
Que has escuchado a deshoras
Y al canto del gallo primo.

10 No cuento las alabanzas
Que de tu belleza he dicho;
Que, aunque verdaderas, hacen
Ser yo de algunas malquisto.
Teresa del Berrocal,

8 No hay en este verso —me rectifico hidalgamente— la transposición que creí notar 'y' a que aludí en mi edición de "Clásicos Castellanos": *al canto del gallo primo* significa *a media noche*. Faltos de relojes mecánicos 'nuestros rebisabuelos, como los campesinos de hogaño, servíanse tan sólo de los relojes naturales: el 'cantar de los gallos' y el curso de las estrellas de noche, y durante el día, el del sol y el cantar de otras aves, por ejemplo, el grajear de los grajos, de que se originó el refrán "Cuando el grajo canta, si no es medio día, poco le falta", o, como lo dicen en Andalucía, "Cuando el grajo grajea, si no es medio día, poco le *quea*". El primer canto de los gallos señala la media noche, como se indica en el sabidísimo romance del Conde Claros: '

"*Media noche era por filo:
los gallos querían cantar;
Conde Claros con amores
no podía reposar...*";

y esta hora se denotaba con las frases *al primer gallo*, o *a los gallos primeros*; para indicar las tres de la madrugada, se decía *a los mediados gallos*, y la hora del amanecer, *al cantar de los gallos* (V. Menéndez Pidal, *Cantar de Mio Cid: texto, gramática y vocabulario*, pág. 700). Unos ejemplos, que tomo de *La vida de Santo Domingo de Silos*, de Berceo (París, 1904). coplas 458 y 652 de la excelente edición de Fitz-Gerald:

"...los monges que madrugan *a los gallos primeros*
tras ayunar non pueden como los terciñeros."

"Cuando ouo Seruante la oraçion conplida
cerca era de gallos, media noche trocida..."

Yo alabándote, me dijo:
 “Tal piensa que adora a un ángel,
 Y viene a adorar a un jimio,
 Merced a los muchos dijés
 Y a los cabellos postizos, 5
 Y a hipócritas hermosuras,
 Que engañan al Amor mismo.”
 Desmentíla, y enojóse;
 Volvió por ella su primo:
 Desafióme, y ya sabes 10
 Lo que yo hice y él hizo.
 No te quiero yo a montón,
 Ni te pretendo y te sirvo
 Por lo de barragania;
 Que más bueno es mi designio. 15
 Coyundas tiene la Iglesia
 Que son lazadas de sirgo;
 Pon tú el cuello en la gamella:
 Verás como pongo el mío.
 Donde no, desde aquí juro 20
 Por el santo más bendito

3 *Jimio*, nombre vulgar del 'mono. Escribióse indistintamente *ximio*, *gimio*, *jimio* y *simio*.

17 Llamábase *sirgo* a la seda 'en general, y a las telas fabricadas con esta materia. Ramírez Pagán, en uno de los sonetos de su *Floresta de varia poesía*:

“La purpura de Tyro más preciosa,
 el delicado *sirgo* de Granada...”

A los comienzos del siglo XVII decir *seda* era lo común, y sólo decían *sirgo* las 'personas afectadas y redichas. Bien lo indicó Pedro Liñán de Riaza en una epístola dirigida a Lope de Vega y publicada en la *Segunda parte del Romancero general, y flor de diversa Poesía. Recopilados por Miguel de Madrigal* (Valladolid, Luis Sánchez, 1605), fol. 211:

“Luego para galanes las endilgo
 Vn moço boquirruuio almidonado,
 De aquellos que a la seda llaman *sirgo*.”

18 No acierto a explicarme por qué todos los editores, inclusive Fitzmaurice-Kelly y Cortejón, han leído aquí *pon el cuello*, diciendo *pon tú el cuello* la edición príncipe.

20 Acerca del modo adverbial *donde no* 'quedó 'nota en el cap. IV (173, 4).

De no salir destas sierras
Sino para capuchino.

Con esto dió el cabrero fin a su canto; y aunque don Quijote le rogó que algo más cantase, no lo consintió Sancho Panza, porque estaba más para dormir que para oír canciones. Y ansí, dijo a su amo:

—Bien puede vuestra merced acomodarse desde luego adonde ha de posar esta noche; que el trabajo que estos buenos hombres tienen todo el día no permite que pasen las noches cantando.

—Ya te entiendo, Sancho —le respondió don Quijote—; que bien se me trasluce que las visitas del zaque piden más recompensa de sueño que de música.

—A todos nos sabe bien, bendito sea Dios —respondió Sancho.

—No lo niego —replicó don Quijote—; pero acomódate tú donde quisieres; que los de mi profesión mejor parecen velando que durmiendo. Pero, con todo esto, sería bien, Sancho, que me vuelvas a curar esta oreja, que me va doliendo más de lo que es menester.

Hizo Sancho lo que se le mandaba, y viendo uno

16 *Nos sabe bien*, que hoy más generalmente decimos *nos gusta*. En el *Cancionero de obras de burlas...*, pág. 98 de la edición de Usoz, hay una copla del Roperio "a Moxica, rey d'armas, porque *le sabía bien* el vino". En el acto ix de la *Celestina* dice Sempronio: "Tía señora, a todos *nos sabe bien*, comiendo y hablando." Y atenuadamente, *no saber mal*. Juan de Castellanos, *Elegías de varones ilustres de Indias*, parte II, *Historia de Santa Marta*, canto iv:

"Rióse Saavedra, como angosto
De sienes, y aceptó mala comida,
Porque *no le sabía mal* el mosto
Con que el dicho Liaño le convidaba..."

de los cabreros la herida, le dijo que no tuviese pena; que él pondría remedio con que fácilmente se sanase. Y tomando algunas hojas de romero, de mucho que por allí había, las mascó y las mezcló

4 Del romero hicieron nuestros mayores punto menos, que un sánalotodo. Teníase por de buen agüero el sahumar y sahumarse con él, el cual sahumero preservaba de mal de ojo. Francisco Navarrete y Ribera, en su entremés de *La Casa del juego*, apud *Flor de sainetes* (Madrid, Catalina, del Barrio y Angulo, 1640), recapituló así las virtudes supersticiosamente atribuidas a esta planta:

“D. JUAN. ¿No sabes *las virtudes del romero*?

PEDRO. Pues ¿qué tiene esa yerba?

D. JUAN. Cosa es rara.

Las cosas de desdicha las repara;
Mi madre con la carne lo comía...
Cualquiera vendedor, hasta el barbero,
Quema su manojito de romero;
Y entre las damas del vicioso trato,
Si no queman romero, no hay buen rato;
Al fin, mi buena madre me decía
Que deste humo el demonio huía.”

Así, lo mismo en lo que toca a lo supersticioso que en cuanto a lo verdaderamente medicinal, contábanse del romero mil excelencias, por lo cual decía Quevedo, refiriéndose a una dama con quien querían casarle (*El Parnaso Español*, Musa VI):

“Más *virtudes* juran
Que tiene en secreto
Que los herbolarios
Dicen del *romero*.”

Una de ellas era la que se menciona en el texto: mascado y aplicado, con sal o sin ella, sobre una herida, llevaba aparejada la pronta sanidad, como lo dijo años después que CERVANTES Pedro Soto de Rojas en una de sus églogas (*Desengaño de amor en rimas*, Madrid, Viuda de Alonso Martín, 1623, folio 133 vto.):

“Mascó *romero* amargo y virtuoso
Y aplicole a la parte que rompida
El roxo humor derrama bullicioso.”

Por todo ello, al paso de una carga de romero por las calles, acudían muchos a diezmarla, tomando cada cual algunas ramitas,

con un poco de sal y aplicándoselas a la oreja, se la vendó muy bien, asegurándole que no había menester otra medicina, y así fué la verdad.

conforme al refrán que dice: "Quien pasa por el *romero* y 'no coge de él, ni ha tenido amores ni los quiere tener." En el canto XII de *La Asinaria*, de Rodrigo Fernández de Ribera (Biblioteca Nacional, Ms. 1473, fol. 133), el morisco expulsado de España aconseja, entre otras cosas, a su asno, héroe del poema:

"Si vendieres romero, al enfadoso
Pueblo no aguardes que su diezmo tome
(Espacio siempre al dueño peligroso),

Ni que la fea a demandar se asome,
Porque mal no le hagan, una mata,
Y no le hará bien si un monte come.

La carga de el romero assi se trata
Qual justo, que, por dar olor suave,
Es al vulgo común que lo maltrata."





CAPÍTULO XII

DE LO QUE CONTÓ UN CABRERO A LOS QUE ESTABAN
CON DON QUIJOTE.

ESTANDO en esto, llegó otro mozo de los que les
traían del aldea el bastimento, y dijo: 5
—¿Sabéis lo que pasa en el lugar, compa-
ñeros?

—¿Cómo lo podemos saber? —respondió uno
dellos.

—Pues sabed —prosiguió el mozo— que murió 10
esta mañana aquel famoso pastor estudiante lla-
mado Grisóstomo, y se murmura que ha muerto de

5 Para Clemencín, *bastimento* es voz propiamente militar y significa las *provisiones de boca*, los *comestibles* de plazas, ejércitos y armadas. Con todo esto, era palabra también usada fuera de la milicia. Delicado, *La Lozana Andaluza*, mamotreto XLIII:

“AUCTOR. ¿Qué cosa es esto que traes, señoreta?”

”JACOMINA. *Bastimento* para la cena; que viene aquí mi señora y un su amigo notario...”

12 *Grisóstomo*, forma antigua de *Crisóstomo*, ya relegada al habla rústica en el último tercio del siglo XVI. Fray Francisco de Osuna, *Primera parte del Abecedario spiritual*, folio 28 vto. de la edición de Medina del Campo, Pedro de Cuesta, 1544): “Onde dize san *grisostomo* hablando desta materia...” Y en la *Quinta parte* (Burgos, Juan de Junta, 1542): “...porque las riquezas hazen al hombre loco, y por esto dize sanct *grisostomo*...”

amores de aquella endiablada moza de Marcela, la hija de Guillermo el Rico; aquella que se anda en hábito de pastora por esos andurriales.

—Por Marcela dirás —dijo uno.

5 —Por ésa digo —respondió el cabrero—. Y es lo bueno que mandó en su testamento que le enterrasen en el campo, como si fuera moro, y que sea al pie de la peña donde está la fuente del alcornoque, porque, según es fama, y él dicen que lo dijo,
10 aquel lugar es adonde él la vió la vez primera. Y

1 Aquí, la “endiablada moza de Marcela”, como en el capítulo 1, donde traté de ello (93, 2), “al traidor de Galalon”; y en el v (188, 6), “el honrado hidalgo del señor Quijana”. Este *de* hace anfibológico el sentido de la frase, y así, dice bien Hartzenbusch en *Las 1633 notas...*: “Habiendo CERVANTES usado la locución *moza de Marcela*, necesario era indicar que no se trataba de una sirviente de Marcela, sino de Marcela misma: es oportuna, pues, la réplica *Por Marcela dirás*, después de nombrada la hija de Guillermo el Rico.”

6 El *Diccionario* de la Academia dice en el artículo *bueno*, acepción 17: “Usado irónicamente con el verbo *ser*, extraño, particular, notable. *Lo bueno es que quiera enseñar a su maestro*; *bueno fuera que ahora negase lo que ha dicho tantas veces*.” Fray Antonio Álvarez, *Sylva espiritual de varias consideraciones...*, primera parte, pág. 60 de la edición de Salamanca, Iuan y Andres Renaut, MDXCIII): “*Y es lo bueno que* despues y al cabo todo lo que dan es nada, porque no tienen los reyes del suelo caudal para dar, ni para poder hazer grandes, ni aun segun la baxeza acá de la tierra.” Fray Pedro de Valderrama, en su *Teatro de las religiones* (Sevilla, Luis Estupiñán, 1612), pág. 74: “*Y lo bueno es que* para poner en la dignidad [de las ordenes religiosas] hombres perdidos, muchas vezes quitan de sus puestos y desacomodan de sus dignidades a los que justamente las merecian.” Otras veces y en diversas formas ocurre esta locución en el *Quijote*: “...y *fué lo bueno que* al ventero...” (I, xvi); “¿*No será bueno que* tenga yo un instinto...” (II, xiii); “¿*No es bueno que* dicen que se holgó...” (II, xviii); “¿*Bueno es que* apenas puedo tenerme en mi rucio...” (II, xl). Mas no siempre irónicamente, porque no lo es en los dos pasajes interrogados.”

también mandó otras cosas, tales, que los abades del pueblo dicen que no se han de cumplir, ni es bien que se cumplan, porque parecen de gentiles. A todo lo cual responde aquel gran su amigo Ambrosio el estudiante, que también se vistió de pastor con él, que se ha de cumplir todo, sin faltar nada, como lo dejó mandado Grisóstomo, y sobre esto anda el pueblo alborotado; mas, a lo que se dice, en fin se hará lo que Ambrosio y todos los pastores sus amigos quieren, y mañana le vienen a enterrar con gran pompa adonde tengo dicho. Y tengo para mí que ha de ser cosa muy de ver; a lo menos, yo no dejaré de ir a verla, si supiese no volver mañana al lugar.

1 Por *abades* se entiende aquí los clérigos, como se entendía en estos refranes: “El *abad*, de lo que canta yanta”; “*Abad* de Zarzuela, comisteis la olla, pedís la cazuela”; “Casa de *abades*, rocío de panes”; “Como canta el *abad* responde el sacristán”, etc.

4 *Aquel gran su amigo*, en todas las ediciones, salvo las dos de Hartzenbusch y la de Benjumea, que dicen *aquel su gran amigo*. Mal enmendado, porque se solía decir como lo dice el cabrero. Fray Luis de León, *Exposicion del Libro de Job*, argumento: “Pues estando así lleno de miseria, y armado de paciencia, y sentado en un muladar, visitanle quatro hombres principales y sabios de aquella tierra, y *grandes sus amigos*.” Escalante, *Diálogos del arte militar*, fol. 12 vto.: “...y así, a su parecer del cardenal Thomas Volseyo, hombre liuiano y soberuio, y grandissimo lisongero, a quien tenía por *gran su privado*...” Y, en fin, fray Pedro de Oña, *Las postrimerias del hombre*, pág. 79: “Lo mesmo sintió San Eíren Siro, contemporaneo de San Basilio y *gran su amigo*.”

14 En la locución “*si supiese no volver mañana al lugar*” hay que advertir dos cosas: el uso de *si* como conjunción adversativa equivalente a *aunque*, de lo cual traté en nota de la pág. 774 de mi libro intitulado *Luis Barahona de Soto*, y el empleo del giro vulgar “*si supiese hacer, o no hacer, tal cosa*”, usado en lugar de *aunque supiese que había de hacerla, o de no hacerla*. Citaré otros ejemplos. El Arcipreste de Talavera, en

—Todos haremos lo mesmo —respondieron los cabreros—, y echaremos suertes a quién ha de quedar a guardar las cabras de todos.

—Bien dices, Pedro —dijo uno de ellos—, aunque no será menester usar de esa diligencia; que yo me quedaré por todos. Y no lo atribuyas a virtud y a poca curiosidad mía, sino a que no me deja andar el garrancho que el otro día me pasó este pie.

—Con todo eso, te lo agradecemos —respondió Pedro.

Y don Quijote rogó a Pedro le dijese qué muerto era aquél y qué pastora aquélla, a lo cual Pedro respondió que lo que sabía era que el muerto era un hijodalgo rico, vecino de un lugar que estaba en aquellas sierras, el cual había sido estudiante muchos años en Salamanca, al cabo de los cuales había vuelto a su lugar, con opinión de muy sabio y muy leído. Principalmente, decían que sabía la ciencia de las estrellas, y de lo que pasan allá en el cielo

el *Corbacho*: “Un caballero votó al vero palo, *si supiese* morir en la demanda, de la probar por via de requesta e demanda [a cierta reina honesta y vanagloriosa] si por dones libraría su cuerpo.” A veces, con el verbo en presente de subjuntivo, como en la *Parte segunda del Sarao*..., de doña María de Zayas, fol. 21 vto.: “...y de no hazerlo me puedes perdonar; que *aunque sepa* perderme y perderte, vengaré tu agrauio y el mio.” Y en presente de indicativo. Lope de Vega, *El Marqués de las Navas*, acto III:

“MARQUÉS. Ahora bien, quita esa mesa.
De no haber hecho me pesa
Lo que entonces prometí.
Yo haré las restituciones
Si sé venderme.”

4 Las ediciones de 1605, y con ellas casi todas las antiguas y muchas de las modernas, la de Fitzmaurice-Kelly inclusive, no tienen las palabras *uno de ellos*, que añadió la Academia en su edición de 1780 y que reclama el pasaje para su buen sentido.

el sol y la luna, porque puntualmente nos decía el cris del sol y de la luna.

—*Eclipse* se llama, amigo, que no *cris*, el escurecerse esos dos luminares mayores —dijo don Quijote. 5

Mas Pedro, no reparando en niñerías, prosiguió su cuento, diciendo:

—Asimesmo adivinaba cuándo había de ser el año abundante o estil.

—*Estéril* queréis decir, amigo —dijo don Quijote. 10

—*Estéril o estil* —respondió Pedro—, todo se sale allá. Y digo que con esto que decía se hicieron su padre y sus amigos, que le daban crédito, muy ricos, porque hacían lo que él les aconsejaba, diciéndoles: “Sembrad este año cebada, no trigo; en 15
éste podéis sembrar garbanzos, y no cebada; el que viene será de guilla de aceite; los tres siguientes no se cogerá gota.”

2 *Cris* no es palabra estropeada, contra lo que entendió Clemencín, y yo con él, sino antigua forma de lo que hoy decimos *eclipse*. Decíase *crisar* en Extremadura: Diego Sánchez de Badajoz, *Recopilación en metro*, t. II, pág. 181. En Portugal, *cris*, adjetivo, significa *eclipsado*. Fray Héctor Pinto, *Imagem da vida cristã* (Braga, Antonio de Maris, 1567), fol. 135: “Assi como a lãa fica *cris* & escura quando se antrella & o sol põe a terra...”

12 *Salir*, o *salirse*, todo allá es lo mismo que *salirse todo a una cuenta*, frase figurada y familiar que falta en el *Diccionario*, pero que usó, entre otros, Gregorio Silvestre (*Las obras del famoso poeta...*, fol. 118 de la edición de 1592:

“Mas ¿de qué sirue contallo?
Pues el mal que me atormenta
todo se sale a vna cuenta,
lo que digo y lo que callo,
vn solo remedio hallo...”

En el *Vocabulario* de Correas: “Allá se sale; allá se sale todo. (Cuando viene a montar tanto.)”

17 *Guilla*, según Covarrubias, es *cosecha o fruto*; y según

—Esa ciencia se llama Astrología— dijo don Quijote.

—No sé yo cómo se llama —replicó Pedro—; mas sé que todo esto sabía, y aún más. Finalmente, no pasaron muchos meses después que vino de Salamanca, cuando un día remaneció vestido de pastor, con su cayado y pellico, habiéndose quitado los hábitos largos que como escolar traía, y juntamente se vistió con el de pastor otro su grande amigo llamado Ambrosio, que había sido su compañero en los estudios. Olvidábaseme de decir como Grisóstomo, el difunto, fué grande hombre de componer coplas; tanto, que él hacía los villancicos para la noche del Nacimiento del Señor, y los autos para

el *Diccionario* de la Academia, cosecha copiosa y abundante. A abundancia de mantenimientos lo hace equivalente Juan de la Cueva, en la jorn. III de la *Comedia del Tutor* (Primera parte de las comedias y tragedias de..., fol. 136 vto.):

“Bobo. Desde que Octavio llegó
de Salamanca a Sevilla,
siempre veo en casa guilla
y abondo me hartó yo.”

También así Luis Rufo, *Las quinientas apotegmas de...* (Madrid, 1882), pág. 139: “...pues no hay oliva cargada en año de guilla que tanta aceituna produzca, por grande que sea, como granos de uva una pequeña y humilde vid.”

5 Después que, significando desde que; CERVANTES lo usa con mucha frecuencia; verbigracia: “...después que tengo humos de gobernador, se me han quitado los váguidos...” (II, xxxvii). Faltaba esta acepción de después en el *Diccionario* de la Academia; pero ha entrado en la edición XV: “Seguido de que solía equivaler a desde.” Y suele equivaler todavía, a lo menos en las Islas Canarias. De La Laguna de Tenerife, entre muchas otras coplas populares, me han enviado la siguiente:

“Morenita la quiero
Después que supe
Que morena es la Virgen
De Guadalupe.”

el día de Dios, que los representaban los mozos de nuestro pueblo, y todos decían que eran por el cabo. Cuando los del lugar vieron tan de improviso vestidos de pastores a los dos escolares, quedaron admirados, y no podían adivinar la causa que les había movido a hacer aquella tan estraña mudanza. Ya en este tiempo era muerto el padre de nuestro Grisóstomo, y él quedó heredado en mucha cantidad de hacienda, así en muebles como en raíces, y en no pequeña cantidad de ganado, mayor y menor, y en gran cantidad de dineros; de todo lo cual quedó el mozo señor desoluto, y en verdad que todo lo merecía: que era muy buen compañero, y caritativo, y amigo de los buenos, y tenía una cara como una bendición. Después se vino a entender que el haberse mudado de traje no había sido por

2 *Que eran por el cabo*, o, lo que es lo mismo, *acabados, extremados*, que no había más que pedir.

8 *Heredar* no sólo significa “suceder por disposición testamentaria o legal en la posesión de los bienes y acciones que tenía uno al tiempo de su muerte”, como dice el *Diccionario*, sino también, y así lo añade, “darle a uno heredades, posesiones”, etc., acepción hoy poco usada. En ésta ha de entenderse lo de *quedó heredado* que ocurre en el texto, y más claro se advertirá parando la atención en el ejemplo siguiente. *Amadís de Gaula*, libro IV, cap. VIII: “...antes con toda crueza e gran menoscabo de su fama quiso [el rey Lisuarte] desheredar a la princesa Oriana su hija, que después de sus días ha de ser señora de sus reinos, por *heredar* a otra hija menor...”

15 *Ser una cosa bendición, o como una bendición, o una bendición de Dios*, vale tanto como ser tan buena y tan perfecta en su orden, que al contemplarla se siente uno impulsado a bendecir a Dios, porque la hizo. “Un término ay muy vsado —dice Covarrubias— quando vemos alguna cosa hermosa y loçana, vsar del nombre de *bendicion*, como ay vnos panes, que es bendición de Dios: y vale tanto como dar ocasión de que por ellos bendigamos a Dios, o en otro sentido, que Dios los ha benzedizo con criarlos y prosperarlos.”

otra cosa que por andarse por estos despoblados en pos de aquella pastora Marcela que nuestro zagal nombró denantes, de la cual se había enamorado el pobre difunto de Grisóstomo. Y quiero os decir
 5 agora, porque es bien que lo sepáis, quién es esta rapaza: quizá, y aun sin quizá, no habréis oído semejante cosa en todos los días de vuestra vida, aunque viváis más años que sarna.

—Decid Sarra —replicó don Quijote, no pudiendo
 10 sufrir el trocar de los vocablos del cabrero.

3 Según don Rufino José Cuervo (*Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano*, § 394), “del uso frecuentísimo de en para señalar el tiempo (*en ese momento, en aquellos días, en el siglo pasado*) se originó el anteponer esta partícula a adverbios que sin ella tienen tal significación: *endespúes, enantes, endenantes, enenantes*. Los tres primeros —añade— son hoy vulgares en España; el simple *denantes* ha caído en desuso, o se ha aplebeyado”. La Academia lo pone como anticuado en su léxico; pero entre los campesinos de Andalucía son muy usuales *denantes, enenantes y endenantes*, siempre con el significado de *hace un rato, o poco tiempo ha*.

9 Sarra, que hoy decimos Sara, se llamaba en tiempo de CERVANTES a la mujer de Abraham; la cual quedó en proverbio para ponderar la longevidad de una persona. El doctor Rosal, en el alfabeto III de su *Vocabulario*: “*Más vieja que Sarra*. Porque el vulgo aviendo oído en los sermones la historia que dice que parió Sarra de noventa años a Isac, y que murió de ciento y veinte y siete, trayendo aquella marabilla en memoria hizo este refrán.” Pero así y todo, no faltaba razón al cabrero; que “harto vive la sarna”, como él dijo, y Sarra, la sarna y el escupir andaban en las comparaciones populares como encarecimientos de vejez o antigüedad. Salazar y Torres estudió festivamente en su *Cythara de Apolo* (Madrid, Antonio González de Reyes, 1694), pág. 107, cuál de las dos fué primero, si la sarna o la hambre estudiantil; pero aun teniendo a la sarna por muy añeja, dió a la hambre la primacía:

“Y si esta razon no encarna,
 dicen autores bastantes
 que la hambre de estudiantes
 es más vieja que la sarna.”

—Harto vive la sarna —respondió Pedro—; y si es, señor, que me habéis de andar zaheriendo a cada paso los vocablos, no acabaremos en un año.

—Perdonad, amigo —dijo don Quijote—; que por haber tanta diferencia de *sarna* a *Sarra* os lo dije; pero vos respondistes muy bien, porque vive más *sarna* que *Sarra*, y proseguid vuestra historia, que no os replicaré más en nada.

—Digo, pues, señor mío de mi alma —dijo el cabrero—, que en nuestra aldea hubo un labrador aún más rico que el padre de Grisóstomo, el cual se llamaba Guillermo, y al cual dió Dios, amén de las muchas y grandes riquezas, una hija de cuyo parto murió su madre, que fué la más honrada mujer que hubo en todos estos contornos. No parece sino que ahora la veo, con aquella cara que del un cabo tenía el sol y del otro la luna; y, sobre

16 El encarecimiento *no parece sino que ahora la veo* es tópico vulgar que, en esta o parecida forma, lo mismo se trae a cuento en lo serio que en lo cómico. Trataré de él en el cap. xx.

17 Ciertamente, el ensalzar la belleza de un rostro de mujer diciendo que *del un cabo tenía el sol y del otro la luna* es elogio propio de gente rústica, y tal como el requiebro que contiene esta copla vulgar (*Cantos populares españoles*, núm. 1310):

“De tu cara sale el sol,
De tu garganta, la luna;
Morenas he visto yo;
Pero como tú, ninguna.”

Que viene a ser lo que CERVANTES en *La Ilustre fregona*, por boca de un mozo sevillano, dice en alabanza de la protagonista: “...en una mejilla tiene el sol y en la otra la luna; la una es hecha de rosas y la otra de claveles, y en entrambas hay también azucenas y jazmines.” Y como lo que en el mismo *Quijote* (II, XLVIII) hace decir a doña Rodríguez: “¿Ve vuesa merced, señor Don Quijote, la hermosura de mi señora la Duquesa, aquella tez de rostro, que no parece sino de una espada acicalada y tersa, aquellas dos mejillas de leche y de car-

todo, hacendosa y amiga de los pobres, por lo que creo que debe de estar su ánima a la hora de ahora gozando de Dios en el otro mundo. De pesar de la muerte de tan buena mujer murió su marido
 5 Guillermo, dejando a su hija Marcela, muchacha y rica, en poder de un tío suyo, sacerdote y beneficiado en nuestro lugar. Creció la niña con tanta belleza, que nos hacía acordar de la de su madre, que la tuvo muy grande; y, con todo esto, se juz-
 10 gaba que le había de pasar la de la hija. Y así fué; que cuando llegó a edad de catorce a quince años, nadie la miraba que no bendecía a Dios, que tan

mín, *que en la una tiene el sol y en la otra la luna?...*" No son de sola nuestra literatura estas imágenes siderales. Para Luis Groto, el famoso Ciego de Adria, "Sole et Luna sono li occhi della sua Donna", según dice, y demuestra, en una de sus *Rime* (Venetia, Ambrosio Dei, 1610), t. II, fol. 17 vto. Abrevio prosificando: Cuando el sol y la luna dejaron el cielo y erraron por el mundo, aunque pudieron volver allá, no quisieron, "vedendo il vostro volto":

"Cosi ne gli occhi vostri il lor soggiorno
 Presero, & hor di ciel tengono anco
Il Sol nel dritto, e la Luna nel manco."

10 *Pasar*, equivaliendo a *sobrepasar* —que ahora dicen *sobrepasar* los galicistas—, *aventajar* o *exceder*. Quizás *le había* es errata por *la había*, como leyó Hartzenbusch en la segunda de sus ediciones.

12 Ahora diríamos *que no bendijese*; pero en el tiempo de CERVANTES era frecuente el empleo del pretérito imperfecto de indicativo por el de subjuntivo, y en el cap. xv leeremos: "Ordenó, pues, la suerte... *que andaban* (*que anduviesen*) por aquel valle paciendo..." Y en otro lugar (II, LXXI): "...y siguiendo su camino, no topaba mujer ninguna *que no iba* (*que no fuese*) a reconocer si era Dulcinea del Toboso..." Hernán Cortés, *Cartas de relación*...: "...y como era muy alta [la torre] y tenía la subida agra... y los de arriba estaban bien pertrechados de piedras y otras armas, y favorecidos a causa de no haberles podido ganar las otras azoteas, ninguna vez los españoles comenzaban a subir que no *volvían* rodando." Y en fin, *el licen-*

hermosa la había criado, y los más quedaban enamorados y perdidos por ella. Guardábala su tío con mucho recato y con mucho encerramiento; pero, con todo esto, la fama de su mucha hermosura se extendió de manera, que así por ella como por sus muchas riquezas, no solamente de los de nuestro pueblo, sino de los de muchas leguas a la redonda, y de los mejores dellos, era rogado, solicitado e importunado su tío se la diese por mujer. Mas él,

ciado *Tomé de Burguillos* (Lope de Vega), en la silva 1 de *La Gatomachia* (apud *Rimas humanas y divinas*, Madrid, Imprenta del Reyno, 1634, fol. 88):

“...Puesto que vn roto casco le traía
Cierta vrraca burlona
Que no dexaua toca ni valona
Que no escondia por aquel texado,
Confin del corredor de vn Licenciado.”

1 Don fray Antonio de Cáceres nos da hecha una buena glosa para este bendecir a Dios contemplando alguna de sus hermosas hechuras, en sus *Sermones y discursos de tiempo*, desde el *Aduento hasta Pascua de Espiritu Santo* (Valencia, Pedro Patricio Mey, 1612), pág. 493 de la primera parte: “...y es mucho mayor vanidad ésta [la de las mujeres que se hermo-sean con afeites], porque quitan al autor de la naturaleza la gloria de auer criado vna muger hermosa; pues de ordinario solemos decir quando la vemos: “Bendito sea quien te crió.”

2 *Perdidamente enamorados* diríamos hoy, y el vulgo andaluz, *enamorados perdidos*, como suele decir: “Fulano está loco *perdío*.” *Perdido de amores* dice nuestro autor en otro lugar (I, xxxiii): “Andaba Anselmo *perdido de amores* de una doncella principal...” Y *perdido* a solas (II, lxiii): “...como se vio *perdido* por mí...” También se dijo *perderse*, o *perdido*, de *enamorado*. Espinosa Medrano, *La Nouena Marauilla...*, página 134: “...y cuidadosa [Psiquis], sacó la luz escondida, y halló (¡Qué prodigio!), halló durmiendo a Cupido, al dios del Amor, a vn lado el arco, las flechas al otro. Allí fué el *perderse de enamorada*, allí el abrasarse el coraçon...”

7 Cinco *muchos* en otros tantos renglones parecen muchos *muchos*, aunque sea un cabrero quien habla.

que a las derechas es buen cristiano, aunque quisiera casarla luego así como la vía de edad, no quiso hacerlo sin su consentimiento, sin tener ojo a la ganancia y granjería que le ofrecía el tener la hacienda de la moza dilatando su casamiento. Y a fe que se dijo esto en más de un corrillo en el pueblo, en alabanza del buen sacerdote; que quiero que sepa, señor andante, que en estos lugares cortos de todo se trata y de todo se murmura; y tened
 10 para vos, como yo tengo para mí, que debía de ser demasiadamente bueno el clérigo que obliga a sus feligreses a que digan bien dél, especialmente en las aldeas.

—Así es la verdad —dijo don Quijote—, y seguid adelante; que el cuento es muy bueno, y vos, buen Pedro, le contáis con muy buena gracia.

—La del Señor no me falte, que es la que hace al caso. Y en lo demás, sabréis que, aunque el tío

1 Según Correas, *Vocabulario...*, decir de uno que es *hombre de bien a las derechas* es "alabanza de hombre honrado y de buen trato". La infanta doña Isabel Clara Eugenia, en carta al Duque de Lerma (Bruselas, 12 de mayo de 1601): "La de Niebla me dicen estaba retirada por la muerte de una cuñada suya, y no sé por cuál, ni por lo que debe a su suegra para qué hace esos extremos; sino que ella es *mujer de bien a las derechas*, como decía vuestra tía."

8 Llamaban *lugares cortos* a los pueblos de escaso vecindario. Liñán y Verdugo, *Gvía y avisos de forasteros*, fol. 116 vuelto: "...aun en *lugar corto* se ha de hazer muchas cruces vn hombre para tratar de casarse, quanto más en la Corte de la mayor Monarquía del mundo." Tirso de Molina, *Cigarrales de Toledo*, cigarral III, fol. 105: "Hizelo ansi, y por no dar sospecha a *lugares tan cortos*, y por el consiguiente muy maliciosos, de mi retiro, tuve por mejor fauorecerme del verano..."

15 Cuento, en su acepción de *relato*, como en el cap. 1 (84, 6).

proponía a la sobrina, y le decía las calidades de cada uno en particular, de los muchos que por mujer la pedían, rogándole que se casase y escogiese a su gusto, jamás ella respondió otra cosa sino que por entonces no quería casarse, y que, por ser tan 5 muchacha, no se sentía hábil para poder llevar la carga del matrimonio. Con estas que daba, al parecer, justas excusas, dejaba el tío de importunarla, y esperaba a que entrase algo más en edad y ella supiese escoger compañía a su gusto. Porque decía 10 él, y decía muy bien, que no habían de dar los padres a sus hijos estado contra su voluntad. Pero hételo aquí, cuando no me cato, que remanece un día la melindrosa Marcela hecha pastora, y, sin ser 15 parte su tío ni todos los del pueblo, que se lo desaconsejaban, dió en irse al campo con las demás zagalas del lugar, y dió en guardar su mismo ganado. Y así como ella salió en público y su hermosura se vió al descubierto, no os sabré buenamente decir 20 cuántos ricos mancebos, hidalgos y labradores, han tomado el traje de Grisóstomo y la andan requerebrando por esos campos; uno de los cuales, como

13 Dice Clemencín que “sobra evidentemente el *lo de hételo*, que nada significa, y se introdujo malamente en el texto”. Nuestro celoso anotador parece olvidar que es un cabrero, y no CERVANTES, quien va hablando, y que, lejos de tomarse a mal que cada uno hable como quien es, debe alabarse al autor porque puso en su boca los modos de decir propios de la gente rústica.

13 Las dos primeras ediciones de Cuesta (1605), *cuando no me cato*; la tercera del mismo (1608), *cuando no me caté*. Entrambas formas eran usuales en el habla vulgar, según se hablara en presente o en pretérito, y aquí habla el pastor en lo que llamamos presente histórico: “Pero hételo aquí, *cuando no me cato*, que remanece un día la melindrosa Marcela...” Y hasta con el pretérito se usaba en presente tal locución, como podría demostrar con diversos ejemplos que tengo a la mano.

ya está dicho, fué nuestro difunto, del cual decían que la dejaba de querer, y la adoraba. Y no se piense que porque Marcela se puso en aquella libertad y vida tan suelta y de tan poco o de ningún
 5 recogimiento, que por eso ha dado indicio, ni por semejas, que venga en menoscabo de su honestidad y recato; antes es tanta y tal la vigilancia con que mira por su honra, que de cuantos la sirven y solicitan ninguno se ha alabado, ni con verdad se
 10 podrá alabar, que le haya dado alguna pequeña esperanza de alcanzar su deseo. Que, puesto que no huye ni se esquivo de la compañía y conversación de los pastores, y los trata cortés y amigablemente, en llegando a descubrirle su intención cualquiera
 15 dellos, aunque sea tan justa y santa como la del matrimonio, los arroja de sí como con un trabuco. Y con esta manera de condición hace más daño en

2 Alguien ha preguntado que cómo la adoraba si la dejaba de querer, y creído que debe de estar viciado el texto. No lo está, sino muy correcto y claro, y bien lo entendieron Oudin y Franciosini, traduciendo el primero (1614): "*duquel on disoit qu'il ne l'aymoit pas seulement, mais qu'il l'adoroit*"; y el segundo (1622): "*...il quale non solo gli voleua bene, ma l'adoraua...*" Era usual encarecimiento. Fonseca, *Tratado del amor de Dios*, pág. 168: "Por esto quita Dios muchas vezes el hijo vnico a la madre *que dexa de querer, y adora*, y el marido a la muger." Igualmente fray Juan de la Cerda en su *Vida política de todos los estados de mugeres* (Alcalá de Henares, en casa de Iuan Gracian, M. D. XC. IX), fol. 333: "Codicioso, pues, de tal belleza [de la de Semíramis], embió por ella, que no debiera, y venida, de lance en lance, se fue deslizando aqueste rey, de suerte, que, *dexandola de amar, la adoraua*." Todavía hoy se usa por nuestro vulgo esta ponderación: "¿Que si la quería?... Aquello *no era quererla: era adorarla*."

16 Clemencín, a vueltas de advertir, que por trabuco no se entendía en el tiempo de CERVANTES lo que ahora, sino una antigua máquina militar con que se lanzaban piedras, dice que "mejor estaría la frase suprimiéndose el *con*". A suprimirse

esta tierra que si por ella entrara la pestilencia; porque su afabilidad y hermosura atrae los corazones de los que la tratan a servirla y a amarla; pero su desdén y desengaño los conduce a términos de desesperarse, y así no saben qué decirle, sino llamarla a voces cruel y desagradecida, con otros títulos a éste semejantes, que bien la calidad de su condición manifiestan. Y si aquí estuviédeses, señor, algún día, veríades resonar estas sierras y estos valles con los lamentos de los desengañados que la siguen. No está muy lejos de aquí un sitio donde hay casi dos docenas de altas hayas, y no hay ninguna que en su lisa corteza no tenga grabado y escrito el nombre de Marcela, y encima de alguno, una corona grabada

algo de ella, más bien el *como*, y quedaría tal cual lo dijo el mismo CERVANTES en la jorn. 1 de *Pedro de Urdemalas* (*Ocho comedias...*, fol. 202):

“PEDRO. *Arrojárame mi amo.
con un trabuco de sí,
y en casa de vn asturiano
por mi desventura di.*”

Y tal como lo dice Lope de Vega en el acto 1 de *Los novios de Hornachuelos*:

“ESTRELLA.	¿A qué aguardo?
BLANCA.	A que a puros rempujones La echemos fuera.
BERRUECO.	<i>Arrojarla</i> <i>Con un trabuco.</i>
MARINA.	¡Harre allá!”

14 *Alguna*, en la edición príncipe. Hartzenbusch enmendó *alguno* en las dos suyas, y dijo en *Las 1633 notas...*: “*Encima de alguna corteza* estaría mal dicho; encima de *alguno* (esto es, de alguno de los nombres de Marcela) sería pobre encarecimiento: probablemente aquí hay errata, y se habría escrito en el original, lo cual fuera más lógico: “No hay ninguna” [haya] que en su lisa corteza no tenga grabado y escrito el “nombre de Marcela, y encima *del nombre*, una corona.” En la edición de “Clásicos Castellanos” dije que, por el sentido,

en el mismo árbol, como si más claramente dijera su amante que Marcela la lleva y la merece de toda la hermosura humana. Aquí sospira un pastor; allí se queja otro; acullá se oyen amorosas canciones; 5 acá, desesperadas endechas. Cuál hay que pasa todas las horas de la noche sentado al pie de alguna encina o peñasco, y allí, sin plegar los llorosos ojos, embebecido y transportado en sus pensamientos, le halló el sol a la mañana, y cuál hay que, sin dar vado 10 ni tregua a sus suspiros, en mitad del ardor de la más enfadosa siesta del verano, tendido sobre la ardiente arena, envía sus quejas al piadoso cielo. Y déste y de aquél, y de aquéllos y de éstos, libre y desenfadadamente triunfa la hermosa Marcela, y to- 15 dos los que la conocemos estamos esperando en qué ha de parar su altivez, y quién ha de ser el dichoso que ha de venir a domeñar condición tan terrible y gozar de hermosura tan estremada. Por ser todo lo que he contado tan averiguada verdad, me doy a 20 entender que también lo es lo que nuestro zagal dijo que se decía de la causa de la muerte de Grisóstomo. Y así, os aconsejo, señor, que no dejéis de hallaros mañana a su entierro, que será muy de ver, porque Grisóstomo tiene muchos amigos, y no está

el *alguna* del original debe referirse a *corteza* y no a *haya*; pero que, de todas maneras, "aquí parece estar viciado el texto". Al cabo, me ha resuelto a leer *alguno* la memoria de otro texto cervantino: del siguiente pasaje de la jorn. 1 de *Pedro de Urdemalas* (*Ocho comedias...*, fol. 203 vto.):

"PEDRO. Yo soy testigo, Benita,
que no ay haya en aquel prado
donde no te vea escrita,
y tu nombre coronado,
que tu fama solicita."

7 Decir más corriente es *pegar* que *plegar los ojos*. En el *Diccionario* académico: "*No pegar ojo*; No poder dormir."

de este lugar a aquel donde manda enterrarse media legua.

—En cuidado me lo tengo —dijo don Quijote—, y agradézcoos el gusto que me habéis dado con la narración de tan sabroso cuento.

—¡Oh! —replicó el cabrero—; aun no sé yo la mitad de los casos sucedidos a los amantes de Marcela; mas podría ser que mañana topásemos en el camino algún pastor que nos los dijese. Y por ahora bien será que os vais a dormir debajo de techado,

1 Pellicer, Hartzenbusch en sus dos ediciones, y Benjumea entendieron que sobraba la preposición *a* y leyeron, por tanto, *no está deste lugar aquel*. No sobra: *estar* hace aquí las veces de *haber*, en su acepción de *distar*.

3 Al explicar en otro libro la frase cervantina *que ellos se lo tenían bien en cuidado* (Rinconete y Cortadillo, nota 195, 234 de la segunda edición), dije lo que ahora copio: “Comentando Clemencín la frase *adonde yo me sé* (*Don Quijote*, I, XLVI), escribió: “Es propiedad de nuestro idioma, especialmente en el estilo familiar (en que es rico sobre toda ponderación), reforzar el significado de los verbos con los pronombres personales. Esta adición como que reconcentra la acción de los verbos, y la ciñe con más fuerza al que habla o al de quien se habla. Pudiera haberse contentado el Barbero con decir *adonde yo sé*, y nada se hubiera echado menos. La añadidura del pronombre indica que la acción del verbo es íntima y exclusiva, como si dijera *adonde yo sé* y *no sabe otro*”. Todo ello es enteramente aplicable a la locución objeto de estos renglones, la cual, sea dicho de pasada, es frecuente en la pluma de CERVANTES: *En cuidado me lo tengo*, dice don Quijote al que le ruega que no deje de hallarse en el entierro de Grisóstomo (I, XII). *Yo me tengo en cuidado el apartarme*, dice Sancho cuando su amo va a dar cima a la peligrosa aventura del yelmo de Mambrino (I, XXI).”

10 En la pág. 53 de las *Observaciones sobre algunos puntos de la obra de Don Quijote*, que bajo las iniciales T. E. publicó don Valentín de Foronda y se imprimieron o reimprimieron en Londres, año de 1807, y a propósito de la palabra *vais*, en la frase *os pongais en camino y vais a la ciudad del Toboso*, que ocurre más adelante (I, XXI), dijo así este atrevido

porque el sereno os podría dañar la herida, puesto que es tal la medicina que se os ha puesto, que no hay que temer de contrario accidente.

Sancho Panza, que ya daba al diablo el tanto hablar del cabrero, solicitó, por su parte, que su amo se entrase a dormir en la choza de Pedro. Hizolo así, y todo lo más de la noche se le pasó en memorias de su señora Dulcinea, a imitación de los amantes de Marcela. Sancho Panza se acomodó entre Rocinante y su jumento, y durmió, no como enamorado desfavorecido, sino como hombre molido a coces.

críticastro, que no pasaba de la categoría de un ignorante pedantón: "Un presente de indicativo después de uno de subjuntivo no es mercadería corriente en la Aduana de los Gramáticos." A la verdad, Foronda pudo citar algunos otros lugares del *Quijote* en que sale ese *vais* que le brindó ocasión para su reproche, verbigracia, el del pasaje que la ha dado para esta nota, y otro que ocurre mucho después, en la novela de *El Curioso impertinente* (I, xxxv): "A Dios *vais*, dijo Anselmo; con *El* quedéis, respondió el ciudadano..." Foronda, hombre de poca lectura, no sabía que cuando escribió CERVANTES era corriente decir *imos* por *vamos*, *is* por *vais*, *va* por *ve* (imperativo), *íos* por *idos* (imperativo), *vamos* por *vayamos* y *vais* por *vayáis*.



CAPÍTULO XIII

DONDE SE DA FIN AL CUENTO DE LA PASTORA MARCELA,
CON OTROS SUCEOS.

MAS apenas comenzó a descubrirse el día por los balcones del Oriente, cuando los cinco⁵ de los seis cabreros se levantaron y fueron a despertar a don Quijote, y a decille si estaba to-

5 Esta metáfora de *los balcones del Oriente* es lugar común del estilo poético y nos vino del parnaso de Italia, como a él le fué de los grandes poemas latinos y griegos. Bernardo Tasso, en su canción a la Aurora, apud *Rime di messer...* (Vinegia, Gabriel Giolito de Ferrari, MDLX):

“O moglie di Tithone,
Tu con la bella fronte
Mostri al nostr’ orizzonte
Quanta uaghezza il cielo in te ripone;
Del *sourano balcone*
Del lucido Oriente uscendo fuori,
Di tenebre disgombri
La terra...”

En el *Romancero general*, fol. 305 vto.:

“Ya por el *balcón de Oriente*
Su rostro Apolo mostraba,
Las lágrimas enjugando
Que vertió su dulce hermana...”

6 Nota Clemencín que ahora eran siete, y no seis, los cabreros, porque, siendo seis al principio, en el capítulo anterior llegó otro con el bastimento. Puigblanch, en sus *Opúsculos gramático-satíricos*, tomo II, adición última, manifestó que él

davía con propósito de ir a ver el famoso entierro de Grisóstomo, y que ellos le harían compañía. Don Quijote, que otra cosa no deseaba, se levantó y mandó a Sancho que ensillase y enalbardase al momento, lo cual él hizo con mucha diligencia, y con la misma se pusieron luego todos en camino. Y no hubieron andado un cuarto de legua, cuando, al cruzar de una senda, vieron venir hacia ellos hasta seis pastores, vestidos con pellicos negros y

sabía que no había incurrido en tal contradicción. Y arre-metiéndole sañudamente contra Clemencín, escribe: "...así como también cuando dice que siete cabreros no son seis, habla como ni uno dellos; los cuales cabreros del hermoso episodio del rancho de Pedro el cabrero i entierro del pastor Grisóstomo, no siendo sino seis por CERVANTES, él saca la cuenta de siete, después de estropear con la Academia lastimosamente el texto, en son de corregirle, por no haber entendido el lenguaje castellano antiguo, que allí es con mezcla de provenzal, cual solía tener aquel lenguaje." No entiendo aquí a Puigblanch; pero supongo que el cabrero séptimo, no tuvo necesidad de levantarse, porque se había quedado en vela junto a los hatos. En último resultado, será éste un caso parecido al que sucede en el canto VIII de *Os Lusíadas* con los siete cazadores que no eran más que seis. (V. *Fontes dos Lusíadas* del doctor Rodrigues, página 114, nota 5.)

1 García de Arrieta, en su edición, omitió el adjetivo *famoso*, pensando, sin duda, que mal podía tener fama un entierro que aún no se había efectuado. No pensara así a catarse de que en el habla vulgar se llama *famoso*, no lo que alcanzó fama, sino lo que por algún estilo la merece, como atrás dije (98, 3). Y no ya lo que la merece; mas también lo que nos antoja encarecer; y así decimos *famoso bofetón*, *famosa ocurrencia*, *famoso majadero*, aunque el majadero, la ocurrencia y el bofetón no tengan ni merezcan fama de ninguna clase.

8 Hoy diríamos *al cruzar una senda*, omitiendo la preposición, como la omitió García de Arrieta; pero antaño se decía con el *de*. Ruiz de Alarcón, *Ganar amigos*, acto III:

"ENCINAS. ¡Qué gran negociador es el dinero!
Cercáronme *al partir de los doblones*
Como a la flor la banda de abejones."

coronadas las cabezas con guirnaldas de ciprés y de amarga adelfa. Traía cada uno un grueso bastón de acebo en la mano. Venían con ellos, asimesmo, dos gentiles hombres de a caballo, muy bien aderezados de camino, con otros tres mozos de a pie que los acompañaban. En llegándose a juntar, se saludaron cortésmente y, preguntándose los unos a los otros dónde iban, supieron que todos se encaminaban al lugar del entierro, y así, comenzaron a caminar todos juntos.

Uno de los de a caballo, hablando con su compañero, le dijo:

—Paréceme, señor Vivaldo, que habemos de dar

Dos refranes, registrados por Correas: “Al comer *de* las morcillas, rien la madre y las hijas; y al pagar, todos a llorar.” “Al matar *de* los puercos, placeres y juegos; al comer *de* las morcillas, placeres y risas; al pagar *de* los dineros, pesares y duelos.”

9 (pág. 364) En otro lugar de este capítulo (385, 8): *bajan hasta veinte pastores...* Y nota Cejador: “Muy gráfico, pues no parece sino que se van contando, por indicar *hasta* el término de la serie.” A veces, expresamente contando. Calderón, en la jorn. II de *El Maestro de danzar*:

“...con quebradillo
entrar ahora en el paseo
uno, dos, tres, cuatro, cinco,
señalados y a concierto.”

5 *Aderezados de camino*, es decir, con trajes de camino, de los cuales trataré en otro lugar. Fray Tomás de Trujillo, *Libro llamado Reprobación de trajes, y abuso de juramentos. Con vn tratado de limosnas*, fol. 73: “Mas reprueuo tantas diferencias de ropas: vnas para en plaça, otras para en casa; vnas para leuantar, y otras para ruar; *vnas para el camino*, y otras para la posada; vnas para en fiestas, y otras para entre semana; pareciendo vnas vezes montero, otras cauallero; vnas soldado, otras medico; vnas labrador pobre, otras ciudadano rico; como representador de muchos dichos en vna sola comedia.”

por bien empleada la tardanza que hiciéremos en ver este famoso entierro, que no podrá dejar de ser famoso, según estos pastores nos han contado estrañezas así del muerto pastor como de la pastora homicida.

—Así me lo parece a mí —respondió Vivaldo—; y no digo yo hacer tardanza de un día; pero de cuatro la hiciera a truco de verle.

Preguntóles don Quijote qué era lo que habían oído de Marcela y de Grisóstomo. El caminante dijo que aquella madrugada habían encontrado con aquellos pastores y que, por haberles visto en aquel tan triste traje, les habían preguntado la ocasión por que iban de aquella manera; que uno dellós se lo contó, contando la estrañeza y hermosura de una

2 Como recordé en nota del prólogo (31, 15), el infinitivo precedido de la preposición *en* equivale al gerundio; así, esta frase del texto vale lo que si dijera: “la tardanza que hiciéremos *viendo* este famoso entierro”.

11 Por una enmienda que propone parece que Clemencín echa menos un *se*: *se habían encontrado*. CERVANTES lo decía de entrambas maneras, y hay en el *Quijote* algún otro ejemplo del uso que no agradaba al anotador murciano: “...y la primera persona *con quien encontré*, fué...” (I, xli). Y aun de entrambos usos a la par: “Levántase uno de estos agoreros por la mañana, sale de su casa, *encuéntrase con* un fraile de la orden del bienaventurado San Francisco, y, como si hubiera *encontrado con* un grifo, vuelve las espaldas...” (II, lviii). Era corriente decir *encontrar con*. En el *Libro primero del esforçado Cauallero don Clarian de landanis hijo del noble Rey lantedon De suecia* (Sevilla, Jacobo Cromberger alemán y Juan Cromberger, 1527): “Cap. iij. como Lantedon *encontro con vn cauallero que demandó justa ç justó con él*.” Suárez de Figueroa, al fol. 321 de *El Passagero*: “*Encontré*, mientras trataba de passar en él [en el navío], *con vna damaza española*...” En uno de los *Cuentos que notó D. Juan de Arguijo* (apud *Sales españolas*, t. II, pág. 94): “Un caballero de Ecija *encontró con* otro de Carmona en la iglesia.”

pastora llamada Marcela, y los amores de muchos que la recuestaban, con la muerte de aquel Grisóstomo a cuyo entierro iban. Finalmente, él contó todo lo que Pedro a don Quijote había contado.

Cesó esta plática, y comenzóse otra, preguntando el que se llamaba Vivaldo a don Quijote qué era la ocasión que le movía a andar armado de aquella manera por tierra tan pacífica. A lo cual respondió don Quijote:

—La profesión de mi ejercicio no consiente ni permite que yo ande de otra manera. El buen paso, el regalo y el reposo allá se inventó para los blandos cortesanos; mas el trabajo, la inquietud y las armas sólo se inventaron e hicieron para aquellos que el mundo llama caballeros andantes, de los cuales yo, aunque indigno, soy el menor de todos.

10 Hoy estaría mejor dicho *el ejercicio de mi profesión*, como leyeron Hartzenbusch y Benjumea.

11 Por *el buen paso* se entiende aquí lo que decimos *el buen pasar*; la vida cómoda y regalada.

14 *Se inventó*, donde ahora diríamos *se inventaron*; pero “con varios sujetos sinónimos —como recuerda García de Diego en su *Gramática Histórica Castellana*, pág. 221— el verbo puede ir en singular”.

16 Llamarse, bien hablando, o bien escribiendo, *el menor*, fué fórmula de cortesía y modestia muy usada antaño, principalmente en la terminación de las cartas misivas. El doctor Mathys, uno de los médicos del emperador Carlos V, las firmaba: “Cor. Henricus Mathysius, *Medicorum minimus*.” Sus *menores discípulos* se nombran los apicarados mancebos de *La Ilustre fregona*, Carriazo y Avendaño, en la carta en que se despiden de su ayo. Sor María de Ágreda, en sus cartas a Felipe IV (Madrid, 1885-1886), acaba frecuentemente con esta locución de modestia y cortesía. En 8 de noviembre de 1644: “Puesta a los Pies de V. M. *su menor sierba*.” Y aun en el cuerpo de algunas cartas, verbigracia, en la de 20 de julio de 1647: “...pero pesando lo mucho que V. M. hace en humanarse con *la menor de sus siervas* a intimarme su gusto en que le escriba...”

Apenas le oyeron esto, cuando todos le tuvieron por loco; y por averiguarlo más y ver qué género de locura era el suyo, le tornó a preguntar Vivaldo que qué quería decir *caballeros andantes*.

- 5 —¿No han vuestras mercedes leído —respondió don Quijote— los anales e historias de Inglaterra, donde se tratan las famosas fazañas del rey Arturo, que continuamente en nuestro romance castellano llamamos el rey Artus, de quien es tradición anti-

4 CERVANTES, como otros excelentes escritores, nunca se dejaba atrás el *que* copulativo, especialmente cuando lo pide el verbo *preguntar*, verbigracia, en este pasaje de *El Celoso extremeño*: “Bueno fuera *preguntar* a Carrizales *que* adónde estaban sus recatos...” Este *que* no ofende al oído en lugares como el citado; pero en otros, cuando le sigue el *que* neutro en interrogaciones indirectas, se hace cacofónico y de mal pasar. Y no digamos nada si, como aquí acontece, todavía sigue a entrambos otro *que*, primera sílaba de *quería*! Con todo esto, en la *Vida del Buscón*, libro I, cap. v, tiene Quevedo una frase junto a la cual es eufónico el pasaje cervantino. Dice: “Él, *que* no sabía lo *que* era, preguntóle *que* qué quería.” ¿Cómo de una doble cacofonía, cual ésta es, podría obtenerse una elegancia onomatopéyica? Tal cosa estaba reservada para la inspiración mística de San Juan de la Cruz, quien dijo en la lira VII de su *Cántico espiritual*:

“Y todos cuantos vagan
De ti me van mil gracias refiriendo,
Y todos más me llagan,
Y déjame muriendo
Un no se *qué* *que* quedan balbuciendo”;

donde el *que* triplicado imita a maravilla el balbucir o el tartamudear de quienes no aciertan a articular razón.

8 De Pellicer acá, muchos, Clemencín y Cortejón entre ellos, han leído *comúnmente*, por entender “que la palabra *continuamente* da una idea muy diversa de lo que al parecer se quiso decir en el presente lugar”. No hay tal cosa: *continuamente* significa a la *continua*, *constantemente*, *siempre*, que es lo que quiso decir CERVANTES. No existe, pues, la errata de imprenta que imaginaron aquellos editores.

9 Artus fué, dice Clemencín, “el Pelayo de los bretones,

gua y común en todo aquel reino de la Gran Bretaña que este rey no murió, sino que, por arte de encantamento, se convirtió en cuervo, y que, andando los tiempos, ha de volver a reinar y a cobrar su reino y cetro; a cuya causa no se probará que desde aquel tiempo a éste haya ningún inglés muerto cuervo alguno? Pues en tiempo de este buen rey

y desde sus montañas mantuvo, como el otro desde Covadonga, la independencia de su nación contra los invasores", que no eran otros que los sajones, sus antiguos aliados para combatir a los escoceses.

2 Como CERVANTES, refiriéndose al rey Artus, acaba de decir *de quien es tradición*, sobran, en realidad, y así lo advierte Clemencín, las palabras *este rey*.

5 Contra lo que afirma Clemencín, aquí "no se dice una misma cosa dos veces". Lo primero había de ser *volver a reinar*, con el beneplácito y el apoyo de una parte de su nación; y lo segundo, *cobrar su reino*, que es decir, todo el resto de él.

7 Esta peregrina especie, que parece a primera vista una broma de CERVANTES, y por tal la tuvo el maestro Menéndez y Pelayo (*Antología de poetas líricos castellanos*, tomo XII, pág. 468), se vuelve a encontrar en *Persiles y Sigismunda*, lib. I, cap. XVIII: "...y lo mismo debe de ser lo que las fábulas cuentan de la conversión en cuervo del rey Artus de Inglaterra, tan creída en aquella discreta nación, que se abstiene de matar cuervos en toda la isla." A tal leyenda, como han advertido Schevill y Bonilla en las notas de su edición del *Persiles* (tomo I, pág. 141), se refirieron el antequerano Agustín de Tejada y el granadino Gregorio Morillo en sendas composiciones publicadas en las *Flores de poetas ilustres* que coligió Pedro Espinosa y salieron a luz en 1605. Dijo Tejada, dirigiéndose a Inglaterra y aludiendo a su reina Isabel:

"Si esperas a tu Arturo hecho cuervo,
lleno de glorias y de triunfos lleno,
¿por qué de ti no arrojas esa graja
antes que cunda más su cruel veneno?"

Y Morillo, festivamente, a un viejo que se teñía:

"Videte yo, haber puede dos semanas,
hecho un Arias Gonzalo, un cisne blanco,
y hoy, hecho un *Artur*, partes avellanas.

fué instituída aquella famosa orden de caballería de los caballeros de la Tabla Redonda, y pasaron, sin faltar un punto, los amores que allí se cuentan de don Lanzarote del Lago con la reina Ginebra,

Sabe Dñs que no fueras tú tan franco
de *convertirte en cuervo*, siendo armiño,
si se pusiera en el acíje estanco.”

El primero de los dos tercetos de Morillo nos enseña la pronunciación prosódica del nombre del antiguo rey: *Artus*, y no *Ariús*, como leí en mis ediciones anteriores, siguiendo a Clemencín, Máinez, Fitzmaurice-Kelly y Cortejón. La Academia y Pellicer habían leído *Artus*. Don Juan Bowle —recuerda Clemencín— cita un pasaje de las antiguas leyes de Gales, código formado por un príncipe de aquel país en el siglo x, que indica cuál pudo ser el origen de esta habiilla y preocupación del vulgo inglés. Dichas leyes prohibían matar tres clases de aves: águilas, grullas y cuervos, e imponían al matador una multa a favor del dueño de la tierra donde se cometiese el *avicidio*. Esta ley se fundaría en que son animales inútiles para el sustento del hombre y en que limpian los campos de reptiles y carnes infectas...”

2 Esta orden, fundárala o no el rey Artus, se llamó así porque la mesa (tabla) a que sus caballeros se sentaban, construída por el sabio Merlín, era redonda, a fin de que en ella no hubiese lugar alguno de preferencia. En cada asiento estaba escrito el nombre del caballero a quien pertenecía.

4 Aunque no es anterior al año de 1515 la edición castellana más antigua de *La demanda del sancto Grial, con los maravillosos fechos de Lanzarote del Lago y de Galay su fijo*, los amores de Lanzarote y Ginebra, que en tal libro se relatan, eran conocidísimos en España no poco tiempo antes, probablemente por copias manuscritas de alguna traducción del original, compuesto por Arnaldo Daniel, ingenio de Provenza. Ya el Arcipreste de Talavera (siglo xv) los nombraba en su *Corbacho, o Reprobacion del amor mundano*; y Hernán Mexía, en sus coplas contra las mujeres, publicadas en la primera edición del *Cancionero general* de Hernando del Castillo (1511), deja bien entender la popularidad que entre ellas habían alcanzado los lances y episodios de aquellos amores adulterinos (Edición de los Bibliófilos Españoles, tomo I, pág. 292):

“Desseo que las inflama,

siendo medianera dellos y sabidora aquella tan honrada dueña Quintañona, de donde nació aquel tan sabido romance, y tan decantado en nuestra España, de

“Nunca fuera caballero
De damas tan bien servido
Como fuera Lanzarote
Cuando de Bretaña vino”,

5

con aquel progreso tan dulce y tan suave de sus amorosos y fuertes fechos. Pues desde entonces, ¹⁰ de mano en mano fué aquella orden de caballería estendiéndose y dilatándose por muchas y diversas partes del mundo, y en ella fueron famosos y conocidos por sus fechos el valiente Amadís de Gaula, con todos sus hijos y nietos, hasta la quinta gene- ¹⁵ ración, y el valeroso Felixmarte de Hircania, y el

ya que cansadas están,
en tal lición las derrama:
quál amó más a su dama
de *Lançarote* o *Tristan*:
si amó con mayor desseo
a *Lançarote Ginebra*,
o a *Tristan la reyna Yseo*:
vando de tal desvaneo
entr' ellas nasce y requiebra.”

8 Estos cuatro versos, en la edición príncipe y en otras de las antiguas, se imprimieron a renglón tirado, como prosa.

11 Luis Galindo explica así la frase *de mano en mano* en el t. VIII de su refranero inédito, núm. 130 de la *M*: “La historia que tenemos por tradición de nuestros antecesores y memorias de padres a hijos dezimos que vino de *mano en mano*, tomada la metaphora del modo que suele tenerse de descargar entre muchos la naue en el puerto quando son cosas manuales, y es dandolas vnos a otros sucesiuamente, hasta sacarlas a tierra y al lugar destinado.” Véase un ejemplo de fray Jerónimo Gracián de la Madre de Dios (*El soldado catholico*, Bruselas, Roger Velpio y Huberto Antonio, 1611, fol. 81): “Pedro recibió las llaues, que son el poder y jurisdiccion, de mano de Christo, dexó las a Lino su sucesor, y de *mano en mano* han venido hasta Paulo V...”

nunca como se debe alabado Tirante el Blanco, y casi que en nuestros días vimos y comunicamos y oímos al invencible y valeroso caballero don Belianís de Grecia. Esto, pues, señores, es ser caballero
 5 andante, y la que he dicho es la orden de su caballería; en la cual, como otra vez he dicho, yo, aunque pecador, he hecho profesión, y lo mesmo que profesaron los caballeros referidos profeso yo. Y así, me voy por estas soledades y despoblados bus-
 10 cando las aventuras, con ánimo deliberado de ofrecer mi brazo y mi persona a la más peligrosa que la suerte me deparare, en ayuda de los flacos y menesterosos.

Por estas razones que dijo acabaron de enterarse
 15 los caminantes que era don Quijote falto de juicio, y del género de locura que lo señoreaba, de lo cual recibieron la misma admiración que recibían todos aquellos que de nuevo venían en conocimiento della. Y Vivaldo, que era persona muy discreta y de alegre condición, por pasar sin pesadumbre el poco
 20

2 El significado de *casi que* no parece ser exactamente el de *casi*; más bien equivale a *casi casi*, que es un adverbio superlativado por repetición. Véase en estos ejemplos. Juan Rufo, *La Austriada*, canto I:

“...la empresa fué sangrienta y porfiada;
 los casos della *casi que* imposibles...”

Castellanos, *Elegías de varones ilustres de Indias*, parte III, *Historia de Cartagena*, canto III:

“...Por despojallo manos diligentes
 Y ser *cuasi que* todos a cogellas...”

4 En esto de decir don Quijote que casi en sus días se había visto, comunicado y oído a don Belianís de Grecia aludió CERVANTES, probablemente, a que, entre los muchos y garrafales anacronismos que contiene aquel libro, hay alguna mención de la conquista de los reinos de Granada y Navarra, efectuada en el tiempo de los Reyes Católicos, como sucesos no muy recientes.

camino que decían que les faltaba, al llegar a la sierra del entierro, quiso darle ocasión a que pasase más adelante con sus disparates. Y así le dijo:

—Paréceme, señor caballero andante, que vuestra merced ha profesado una de las más estrechas ⁵ profesiones que hay en la tierra, y tengo para mí que aun la de los frailes cartujos no es tan estrecha.

—Tan estrecha bien podía ser —respondió nuestro don Quijote—; pero tan necesaria en el mundo no estoy en dos dedos de ponello en duda. Porque, ¹⁰ si va a decir verdad, no hace menos el soldado que pone en ejecución lo que su capitán le manda que el mismo capitán que se lo ordena. Quiero decir que los religiosos, con toda paz y sosiego, piden al cielo el bien de la tierra; pero los soldados y caballeros ¹⁵ ponemos en ejecución lo que ellos piden, defendiéndola con el valor de nuestros brazos y filos de nuestras espadas, no debajo de cubierta, sino

1 En todas las ediciones más antiguas, *al llegar*, lección que han seguido, entre otros, Bowle, Pellicer y Fitzmaurice-Kelly; después, algunos, *para llegar*, y otros, por último, y con ellos Clemencín y Cortejón, *a llegar*. A mi ver, el texto de las primeras ediciones está claro, si se deshace una transposición que tiene, y no había menester ese trueque de *el* en *a* o *para*: Vivaldo, “por pasar sin pesadumbre el poco camino que, *al llegar a la sierra del entierro, decían que les faltaba*, quiso darle ocasión...” Esto, y no otra cosa, dice el pasaje.

10 Hartzenbusch en sus dos ediciones, omitiendo el *en*, leyó “no estoy dos dedos de ponello en duda”; y puede que acertara, pues aunque *a* y *en*, como es sabido, son preposiciones que a las veces se usan indistintamente para indicar lugares, y de ello encontraremos no pocas muestras en el *Quijote*, es de notar que CERVANTES no solía decir *estar a dos dedos de*, sino *estar dos dedos de*. En la segunda parte del *Quijote*, cap. LXX: “...y que no *estaban* los Duques *dos dedos de* parecer tontos.” Con todo, en *La Gitanilla* volvió a usar el *en*: “No estuvo *en dos dedos de* caerse muerta.”

al cielo abierto, puestos por blanco de los insufribles rayos del sol en el verano y de los erizados yelos del invierno. Así, que somos ministros de Dios en la tierra y brazos por quien se ejecuta en ella
 5 su justicia. Y como las cosas de la guerra y las a ellas tocantes y concernientes no se pueden poner en ejecución sino sudando, afanando y trabajando, síguese que aquellos que la profesan tienen, sin duda, mayor trabajo que aquellos que en sosegada
 10 paz y reposo están rogando a Dios favorezca a los que poco pueden. No quiero yo decir, ni me pasa por pensamiento, que es tan buen estado el de caballero andante como el del encerrado religioso; sólo quiero inferir, por lo que yo padezco, que, sin
 15 duda, es más trabajoso, y más aporreado, y más

1 *Al cielo abierto*, y así también en el cap. LXXI de la segunda parte, si bien lo más corriente es decir *a cielo abierto*.

3 Siempre para la pronunciación el grupo *hie* se convirtió en *ye*, y de aquí, en poetas y prosistas, el frecuente juego-cillo de los significados de *hierro* y *yerro*. Así con *hielo*, y también con *helar* cuando toma *i*, por lo cual, en la provincia de Guadalajara dicen equivocadamente este a modo de refrán: "Entre Hontanares y Brihuega, siempre *yela*." *Yela* es una aldea, situada entre esotros dos pueblos.

12 Las dos primeras ediciones de Valencia y algunas otras leyeron *por el pensamiento*; pero solía decirse sin el artículo. El proveedor Antonio de Guevara, en carta escrita a 22 de septiembre de 1588 (pág. 244 de mi colección de *Nuevos documentos cervantinos hasta ahora inéditos*): "...no me pasa a mi por pensamiento pedir trigo a quien no lo tiene, sino a los que lo an de bender..." Y sin el artículo volvió a decirlo CERVANTES en el cap. III del *Viage del Parnaso*, fol. 26:

"Pero no le pasó por pensamiento
 A Delio, que el exercito conduze,
 Satisfazer al misero hambriento."

Con todo, en el cap. xxx leeremos: "...jamás me ha pasado por el pensamiento casarme con aquel gigante."

15 *Aporreado*, en todas las ediciones. ¿Diría *aperreado* el original?

hambriento y sediento, miserable, roto y piojoso; porque no hay duda, sino que los caballeros andantes pasados pasaron mucha malaventura en el discurso de su vida. Y si algunos subieron a ser emperadores por el valor de su brazo, a fe que les 5

1 Clemencín, refiriéndose al último adjetivo de esta tiramira de ellos, dice “que hubiera podido omitirse, por bajo y disonante del tono noble y decente que reina en lo demás del discurso de don Quijote”. No difiere mucho de este juicio el de Cortejón; pero conviene advertir que, tratándose de palabras, hechos o costumbres de antaño, nunca debe caerse de la memoria el aforismo “*Distingue tempora et concordabis jura*”, aplicable no sólo a la materia forense. Ni en el tiempo de CERVANTES ni mucho después parecía indecente ni reprobable el hablar de piojos; pruébalo esta anecdotilla inserta en la adición a los *Cuentos que notó don Juan de Arguijo* (Paz y Melia, *Sales españolas*, tomo II, pág. 127): “Don Francisco de Quevedo, poeta que compuso el romance de Escarramán, fué estudiante muy pobre en su mocedad; pero andando el tiempo vino a ser rico y a tener un hábito de Santiago. Supuesto esto, visitaba a una señora, a quien los más caballeros de la corte visitaban muy de ordinario, y, cansado de tantos compañeros, dijole un día: “Vm., señora doña Fulana, ha de morir comida de caballeros, como otras se comen de *piojos*.” Respondióle: “Vm. que sabe de lo uno y de lo otro, dígame, por su vida: ¿quiénes comen más: los caballeros, o los *piojos*?” Ni en el teatro era incorrecto el nombrar estos animales, ni mal visto el hacer ademán de cazarlos. En la jorn. II de la comedia de Calderón *Darlo todo y no dar nada*, conversan sentados el Gran Alejandro y Diógenes, y Chichón finge quitar a éste un piojo. Y dicen:

“ALEJANDRO. ¿Qué es eso?

CHICHÓN.

Deste monarca

La caballería ligera,

Que en desmandadas patrullas

Va saliendo a pecorea

Con el día.”

Hablar sin melindre de todo lo que no daña a la moral fué siempre muy de hombres, y éranlo, a fe, mucho más que nosotros, los abuelos de nuestros rebisabuelos.

costó buen porqué de su sangre y de su sudor, y que si a los que a tal grado subieron les faltaran encantadores y sabios que los ayudaran, que ellos quedaran bien defraudados de sus deseos y bien
5 engañados de sus esperanzas.

—De ese parecer estoy yo —replicó el caminante—; pero una cosa, entre otras muchas, me parece muy mal de los caballeros andantes, y es que cuando se ven en ocasión de acometer una grande y peli-
10 grossa aventura, en que se vee manifiesto peligro

1 *Buen porqué* equivale a buena o razonable cantidad o *porción*, y lo mismo en otro lugar del *Quijote* (II, xxv): "...un jarro desbocado que cabe un *buen porqué* de vino." Fray Pedro de Oña, *Las postrimerías del hombre*, pág. 545: "¿Ay cosa más estraña que a penas nos deshazemos de cosa sino es por *buen porqué*, y la verdad damos por no nada?" Aguado, en *El perfecto Religioso* (Madrid, Viuda de Alonso Martín, M.DC.XXIX), t. I, pág. 108: "...de manera que les cuesta *buen porqué* a los dioses la religion que les dais, y la compran con precio subido..." En algunas comarcas andaluzas perdura este *porqué* entre los campesinos. En Pozoblanco (Córdoba), por ejemplo, suelen llamar *porqué* a la retribución correspondiente a un servicio. Dicen: "Él va a ayudarle en lo que se ofrezca, pero *con su porqué*." "Nadie trabaja *sin su porqué*."

6 Hoy diríamos *soy yo*, sin que supliera *estar* por *ser*; pero antaño eran más frecuentes que ahora estos suplimientos. CERVANTES, *La señora Cornelia*: "Yo *estoy dese parecer* mismo, respondió Lorenzo." Felipe II, en carta fechada en Lisboa, a 16 de abril de 1582 (Gachard, *Lettres de Philippe II à ses filles...*, París, 1884): "Y bolviendo a Aranjuez, muy grandes vallesteras creo que deveis *estar* entrambas, pues tambien matastes los gamos y tantos conejos." Castilla y de Aguayo, *El perfecto Regidor*, 1586, cap. III (fol. 10): "...arrojándose a hablar en el Cabildo con la libertad y brio que podemos tener los que *estamos* señores de las materias que allí se tratan, y como él lo *estará* antes de muchos dias."

10 Los editores modernos, entre ellos Fitzmaurice-Kelly y Cortejón, han leído *ve* en este y otros lugares en que dicen *vee* la edición príncipe y todas las antiguas. Era ésta una de las formas vacilantes en tiempo del autor, y así como respe-

de perder la vida, nunca en aquel instante de acometella se acuerdan de encomendarse a Dios, como cada cristiano está obligado a hacer en peligros semejantes; antes se encomiendan a sus damas, con tanta gana y devoción como si ellas fueran su Dios; ⁵ cosa que me parece que huele algo a gentilidad.

—Señor —respondió don Quijote—, eso no puede ser menos en ninguna manera, y caería en mal caso

taron otras, leyendo *agora y ahora, mesmo y mismo, propio y propio*, etc., según lo hallaban en las primeras ediciones, así también debieron leer *vee* donde aquéllas lo estampan de esta manera. Además, pudieron reparar en que a veces escribiéndose *vee*, no se pronunciaba *ve*, sino que solían tenerlo por bisílabo, como se advierte en los poetas. Boscán, por ejemplo, hace a *veen* consonante de *creen*, *poseen* y *recreen* (fol. 99 de la edición de *Boscán y Garcilaso* impresa en Amberes, Martín Nucio, 1556), en el soneto que empieza:

“¿Do están mis ojos, que su luz no *veen*?”

Y más adelante, fol. 187 vto.:

“Las nymphas por las aguas pareciendo,
y entre las arboledas las Dryadas
se *veen* con los faunos rebulliendo”,

lugar donde el verso no constaría si *veen* se leyese como una sílaba. Lo mismo, ya en los días de CERVANTES, fray Luis de León (*Exposición del Libro de Job*, cap. XXXIX):

“Endurecese cruda y nunca *vee*
sus hijos, mas no suyos, pues los deja
sin que el temor la aparte ni la ojee.”

8 Para Clemencín, “poniéndose *incurriría en mal caso*, se evitara el pleonismo de *caer en caso*”. Pero ¿cómo había de decirlo CERVANTES sino como era costumbre y siempre se había dicho? De seguro no habría escrito su nota Clemencín a conocer los textos siguientes. El doctor Villalobos, por boca del Conde de Benavente, en su lindo *Diálogo* con él (*Sales españolas*, t. II, página 15): “...porque el mejor viene con reputación de gran físico, y presume el hidecornudo de mandar absolutamente y con gran ceño, como si fuese algo lo que manda, y hase de

el caballero andante que otra cosa hiciese; que ya está en uso y costumbre en la caballería andantesca que el caballero andante que al acometer algún gran fecho de armas tuviese su señora delante, vuelva
5 a ella los ojos blanda y amorosamente, como que le pide con ellos le favorezca y ampare en el dudoso trance que acomete; y aun si nadie le oye, está obligado a decir algunas palabras entre dientes, en que de todo corazón se le encomiende; y desto te-
10 nemos innumerables ejemplos en las historias. Y no se ha de entender por esto que han de dejar de encomendarse a Dios; que tiempo y lugar les queda para hacerlo en el discurso de la obra.

—Con todo eso —replicó el caminante—, me que-
15 da un escrúpulo, y es que muchas veces he leído que se traban palabras entre dos andantes caballos, y de una en otra, se les viene a encender la cólera, y a volver los caballos, y tomar una buena pieza del campo, y luego, sin más ni más, a todo
20 el correr dellos, se vuelven a encontrar, y en mitad de la corrida se encomiendan a sus damas; y lo que suele suceder del encuentro es que el uno cae por las ancas del caballo, pasado con la lanza del contrario de parte a parte, y al otro le viene también

obedecer, o caer en mal caso." Y fray Josepe Luquián, *Erudición christiana* (Tarragona, 1594), disc. iv: "Assi escrivo con seguridad, y a mi ver *sin caer en mal caso*." Bien que, contra lo que aquí dijo Clemencín, los anotadores de sus tomos V y VI, mejor enterados que él (y ya explicaremos esta alusión en lugar oportuno), escribieron: "*Caer en mal caso* se decía del que cometía acción que le afrentaba."

9 De esta manera se guardaba lo que dispusieron los antiguos y recordó el Rey Sabio en la ley xxii, tit. xxi de la partida II, según queda dicho en nota del cap. III (140, 2).

24 Todas las ediciones de 1605 y algunas otras de las antiguas leyeron *viene*, y no *aviene* como las modernas, a las cua-

que, a no tenerse a las crines del suyo, no pudiera dejar de venir al suelo. Y no sé yo cómo el muerto tuvo lugar para encomendarse a Dios en el discurso de esta tan acelerada obra. Mejor fuera que las palabras que en la carrera gastó encomendándose a su dama las gastara en lo que debía y estaba obligado como cristiano. Cuanto más que yo tengo para mí que no todos los caballeros andantes tienen damas a quien encomendarse, porque no todos son enamorados.

—Eso no puede ser —respondió don Quijote—: digo que no puede ser que haya caballero andante sin dama, porque tan propio y tan natural les es a los tales ser enamorados como al cielo tener estrellas, y a buen seguro que no se haya visto historia donde se halle caballero andante sin amores; y por el mesmo caso que estuviese sin ellos, no sería tenido por legítimo caballero, sino por bastardo, y que entró en la fortaleza de la caballería dicha,

les seguí hasta ahora en este punto. Rectifícame hoy al caer en la cuenta de que no había nada que enmendar, porque solía decirse *venir* por *avenir*, como veremos más adelante (II, xxix): "...pero *vinole* bien a Don Quijote..." Años antes, Núñez Cabeza de Vaca había escrito (*La relacion y comentarios del gouernador...*, fol. 20 vto.): "*Quando viene* que alguno casa su hija, el que la toma por muger, dende el día que con ella se casa..."

16 En los estatutos de la orden de la Banda se disponía que ningún caballero de ella estuviese en la Corte sin servir a alguna dama, añadiendo: "no para deshonrarla, sino para la festejar o casarse con ella."

19 Según Clemencín, a estas palabras y *que entró* les "falta un verbo para la buena gramática: y *se juzgaría que entró...*, *no por la puerta, sino por las bardas*". No es un verbo lo que falta, sino la preposición *por*, que se sobrentiende: "y no sólo *no sería tenido por* legítimo caballero, *sino por* bastardo, y

no por la puerta, sino por las bardas, como salteador y ladrón.

—Con todo eso —dijo el caminante—, me parece, si mal no me acuerdo, haber leído que don Galaor, hermano del valeroso Amadís de Gaula, nunca tuvo dama señalada a quien pudiese encomendarse; y, con todo esto, no fué tenido en menos, y fué un muy valiente y famoso caballero.

A lo cual respondió nuestro don Quijote:

10 —Señor, una golondrina sola no hace verano. Cuanto más que yo sé que de secreto estaba ese caballero muy bien enamorado; fuera que aquello de querer bien a todas cuantas bien le parecían era condición natural, a quien no podía ir a la mano.
15 Pero, en resolución, averiguado está muy bien que él tenía una sola a quien él había hecho señora de su voluntad, a la cual se encomendaba muy a menudo y muy secretamente, porque se preció de secreto caballero.

20 —Luego si es de esencia que todo caballero andante haya de ser enamorado —dijo el caminante—, bien se puede creer que vuestra merced lo es, pues es de la profesión. Y si es que vuestra merced no se precia de ser tan secreto como don Galaor, con las
25 veras que puedo le suplico, en nombre de toda esta

por que entró en la fortaleza... Es manera 'de decir que aún se oye al vulgo en Andalucía. Una copla popular:

“Tú *te tienes por que sabes*,
Y er sabé no t' ha balío:
Yo he jecho burla de ti,
Y tú no lo has conosío.”

Tú te tienes por que sabes equivale a *te tienes por sabido o por sabiendo* (sin la *h* que pone en esta voz, por etimología popular, nuestro léxico, pues la desinencia es la misma de *toriondo*, *verriondo*, etc. El *por que entró* de CERVANTES equivale a *por entrado*.

7 *Con todo esto*, ahora, y *Con todo eso*, poco antes.

compañía y en el mío, nos diga el nombre, patria, calidad y hermosura de su dama; que ella se tendría por dichosa de que todo el mundo sepa que es querida y servida de un tal caballero como vuestra merced parece. 5

Aquí dió un gran suspiro don Quijote, y dijo:

—Yo no podré afirmar si la dulce mi enemiga gusta o no de que el mundo sepa que yo la sirvo; sólo sé decir, respondiendo a lo que con tanto comedimiento se me pide, que su nombre es Dulcinea; 10 su patria, el Toboso, un lugar de la Mancha; su calidad, por lo menos, ha de ser de princesa, pues es reina y señora mía; su hermosura, sobrehumana, pues en ella se vienen a hacer verdaderos todos los imposibles y quiméricos atributos de belleza que 15 los poetas dan a sus damas; que sus cabellos son oro, su frente campos elíseos, sus cejas arcos del cielo, sus ojos soles, sus mejillas rosas, sus labios corales, perlas sus dientes, alabastro su cuello, mármol su pecho, marfil sus manos, su blancura nieve, 20 y las partes que a la vista humana encubrió la honestidad son tales, según yo pienso y entiendo, que sólo la discreta consideración puede encarecerlas, y no compararlas.

7 *Si la dulce mi enemiga* es evidente reminiscencia de una redondilla traducida de Serafino Aquilano y que dice así:

“De la dulce mi enemiga
Nace un mal que el alma hiere,
Y, por más tormento, quiere
Que se sienta y no se diga.”

Como esta redondilla ha de ocurrir más adelante (II, xxxviii), habrá ocasión de volver a tratar de ella.

23 *Que sólo* (adverbio), y no *que sola* (adjetivo) se lee en todas las ediciones de 1605 y en muchas otras antiguas y modernas; pero como la Academia, así en la de 1780 como en la de 1819, lo enmendase de esta manera, también lo enmen-

—El linaje, prosapia y alcurnia querriámos saber —replicó Vivaldo.

A lo cual respondió don Quijote:

—No es de los antiguos Curcios, Gayos y Cipiones romanos, ni de los modernos Colonas y Ursinos, ni de los Moncadas y Requesenes de Cataluña, ni menos de los Rebellas y Villanovas de Valencia, Palafoxes, Nuzas, Rocabertis, Corellas, Lunas, Alagones, Urreas, Foces y Gurreas de Aragón; Cerdas, Manriques, Mendozas y Guzmanes de Castilla, Alencastros, Pallas y Meneses de Portugal; pero es de los del Toboso de la Mancha, linaje, aunque moderno, tal, que puede dar generoso principio a las más ilustres familias de los venideros siglos. Y no se me replique en esto, si no fuere con las condiciones que puso Cervino al pie del trofeo de las armas de Orlando, que decía:

“Nadie las mueva
Que estar no pueda con Roldán a prueba.”

daron Pellicer, Clemencín, Máinez y Cortejón. Han echado a perder el texto de este pasaje, que estaba bien, y que así enmendado, no dice lo que CERVANTES se propuso. Había en este lugar, como en tantos otros del *Quijote*, una transposición, y esto es lo que, deshecha, debe leerse: “...son tales..., que la discreta consideración sólo puede encarecerlas, pero no compararlas.”

11 *Moncadas, Requesenes..., Lunas..., Cerdas, Manriques, Mendozas y Guzmanes*: tan buen abolengo tiene en las obras de nuestros escritores de antaño el hacer con s los plurales de los apellidos, que habría sido acertado no establecer nueva ley académica, por fortuna, ya derogada. El pueblo no habría dicho jamás *los Argensola, los Madrazo ni los Quintero*; *Quinteros, Madrazos y Argensolas* los llamó y llamará siempre, como los habría llamado CERVANTES.

19 Cervino, hijo del Rey de Escocia, fué puesto en libertad por Orlando, o Roldán, que son, aunque no lo parece, un mismo nombre. Agradecido por esta merced y habiendo encon-

—Aunque el mío es de los Cachopines de Laredo

trado sus armas (Ariosto, *Orlando furioso*, canto xxiv), hizo de ellas un trofeo:

“E volendo vietar che non se n’arme
Cavalier, paesan, nè peregrino,
Scrive nel verde ceppo in breve carne:
“ARMADURA D’ORLANDO PALADINO”.
Come volesse dir: “Nessun la mova
Che star non possa con Orlando a prova.”

I Probablemente Vivaldo se ahijó a este linaje recordando que Fabio en la *Diana de Montemayor* dice a Felismena, encubierta bajo el nombre de Valerio: “Yo os prometo a fe de hijodalgo, porque lo soy, que mi padre es de los *Cachopines de Laredo*...” Este de los *Cachopines* —dice Clemencin— se hizo una “especie de apellido proverbial, con que se tildaba a las personas nuevas, que, habiendo adquirido riquezas, se entonaban y preciaban de ilustre prosapia”. En nuestros días renovó la cómica celebridad de este apellido una graciosa obri-lla teatral miles de veces representada: *La soirée de Cachupin*, de donde se llama *cachupinada* toda fiesta cursi. También se dijo *Guachapin*: Andrés Rey de Artieda, *Discursos, epístolas y epigramas de Artemidoro*, fol. 4, en su *Discurso sobre la vanidad y aflicción del mundo*, aludiendo satíricamente al citado paje de la *Diana*:

“No se gastó mejor papel ni tinta
ni mejor se deslinda este misterio
que a donde el Lusitano vn paje pinta
que sus hechos platica con Valerio:
Sube y ensalça los hasta la quinta
luz que ennoblece todo el Emispherio,
hasta mostrarle al ojo y con el dedo
que es de los *Guachapines de Laredo*.”

Sabidísimo es que en Méjico suelen aplicar despectivamente a todos los españoles el apodo de *gachupines*; pero no que ya corría en esta forma o en la de *cachupín* en la segunda mitad del siglo xvii, como se echa de ver por las relaciones de los viajes de fray Domingo Fernández Navarrete, en su libro *Tratados históricos, políticos, ethicos y religiosos de la monarchia de China* (Madrid, Impr. Real, 1676), pág. 407: “En la America, fuera de *Cachupines*, que son los que passan de España, vi Criollos, Mestiços, Castiços, Indios...”

—respondió el caminante—, no le osaré yo poner con el del Toboso de la Mancha, puesto que, para decir verdad, semejante apellido hasta ahora no ha llegado a mis oídos.

5 —¡Como eso no habrá llegado! —replicó don Quijote.

Con gran atención iban escuchando todos los demás la plática de los dos, y aun hasta los mismos cabreros y pastores conocieron la demasiada falta
10 de juicio de nuestro don Quijote. Sólo Sancho Panza pensaba que cuanto su amo decía era verdad, sa-

2 *Poner con*, equivaliendo a *comparar*, *poner en parangón*. Alonso de Ledesma, *Tercera parte de Conceptos Espirituales* (Madrid, Juan de la Cuesta, 1612), fol. 15:

“Entra con gran magestad
en vna carroza nueua,
tal, que la de Salomon
es sombra *puesta con esta*.”

A veces se ha de sobrentender el verbo, como en estos versos de la *Fábula de Siringa y Pan*, de don Plácido de Aguilar (Tirso de Molina, *Cigarrales de Toledo*, cigarral 11):

“...No los claveles que derramas, Flora,
O en açafates recogidos tienes,
A sus labios igualan, pues son tales,
Que *con ellos* marfil son los corales.”

5 Cortejón acentúa el *como* de esta exclamación, que Cejador (artículo *ese, esa, eso*) interpreta así: “¿Es posible que” cosa tal y tan sabida no haya llegado a sus oídos?” No es esto enteramente, aunque cerca le anda. La exclamación del texto fué y es hoy todavía una fórmula vulgar de enfática negación, en la cual el pronombre se refiere a cierto ademán bellaco y deshonesto, que unas veces se hacía, y se daba por hecho otras; ademán tan añejo, que no sólo se usó entre los romanos, como lo demuestra el *et digitum porrigito medium* de Marcial, sino que se remonta a los tiempos bíblicos, pues de él hay rastros en el *schlaj hetsbaj* del cap. LVIII de Isaías. A veces tal ademán acompaña, entre nuestro vulgo más ineducado, a algunas exclamaciones irrespetuosas y obscenas.

biendo él quién era y habiéndole conocido desde su nacimiento; y en lo que dudaba algo era en creer aquello de la linda Dulcinea del Toboso, porque nunca tal nombre ni tal princesa había llegado jamás a su noticia, aunque vivía tan cerca del Toboso. ⁵ En estas pláticas iban, cuando vieron que, por la quiebra que dos altas montañas hacían, bajaban hasta veinte pastores, todos con pellicos de negra lana vestidos y coronados con guirnaldas, que, a lo que después pareció, eran cuál de tejo y cuál de ciprés. ¹⁰ Entre seis dellos traían unas andas, cubiertas de mucha diversidad de flores y de ramos. Lo cual visto por uno de los cabreros, dijo:

—Aquellos que allí vienen son los que traen el cuerpo de Grisóstomo, y el pie de aquella montaña ¹⁵ es el lugar donde él mandó que le enterrasen.

Por esto se dieron prisa a llegar, y fué a tiempo que ya los que venían habían puesto las andas en el suelo, y cuatro dellos con agudos picos estaban cavando la sepultura, a un lado de una dura peña. ²⁰

Recibióronse los unos y los otros cortésmente, y luego don Quijote y los que con él venían se pusieron a mirar las andas, y en ellas vieron cubierto de flores un cuerpo muerto, vestido como pastor, de edad, al parecer, de treinta años; y, aunque muerto, ²⁵ mostraba que vivo había sido de rostro hermoso y de disposición gallarda. Alrededor dél tenía en las mismas andas algunos libros y muchos papeles, abiertos y cerrados. Y así los que esto miraban como los que abrían la sepultura y todos los de- ³⁰

⁵ *Nunca jamás* es un modo adverbial cuyas palabras no deben separarse, como lo están en este lugar del texto. 'Quizá en el original se enterrrenglonó el *jamás* para que fuese en su sitio, y el cajista lo puso en otro. Bien que de separaciones parecidas a ésta hallaremos acá y allá algunos ejemplos.

más que allí había guardaban un maravilloso silencio, hasta que uno de los que al muerto trujeron dijo a otro:

—Mirá bien, Ambrosio, si es éste el lugar que
5 Grisóstomo dijo, ya que queréis que tan puntualmente se cumpla lo que dejó mandado en su testamento.

—Éste es —respondió Ambrosio—; que muchas veces en él me contó mi desdichado amigo la historia de su desventura. Allí me dijo él que vió la
10 vez primera a aquella enemiga mortal del linaje humano, y allí fué también donde la primera vez le declaró su pensamiento, tan honesto como enamorado, y allí fué, la última vez, donde Marcela le
15 acabó de desengañar y desdeñar, de suerte que puso fin a la tragedia de su miserable vida. Y aquí, en memoria de tantas desdichas, quiso él que le depositasen en las entrañas del eterno olvido.

Y volviéndose a don Quijote y a los caminantes,
20 prosiguió diciendo:

—Ese cuerpo, señores, que con piadosos ojos estáis mirando fué depositario de un alma en quien el cielo puso infinita parte de sus riquezas. Ése es el cuerpo de Grisóstomo, que fué único en el ingenio,

5 En la edición príncipe, *ya queréis*, por omisión inconsciente de una de dos sílabas iguales e inmediatas.

15 Este señalar, a vista de ellos, los parajes en que acaecieron las venturas o desventuras amorosas trae a la memoria otro señalamiento muy clásico: el que, imitando, o, mejor, traduciendo a Benito Varchi, hizo el bachiller Francisco de la Torre en uno de sus admirables sonetos (*Obras de...*, Madrid, Impr. del Reyno, M. DC. XXXI, fol. 27 vto.):

“Ésta es, Tirsis, la fuente do solía
contemplar su beldad mi Filis bella:
éste el prado gentil, Tirsis, donde ella
su hermosa frente de su flor ceñía...”

solo en la cortesía, extremo en la gentileza, fénix en la amistad, magnífico sin tasa, grave sin presunción, alegre sin bajeza, y, finalmente, primero en todo lo que es ser bueno, y sin segundo en todo lo que fué ser desdichado. Quiso bien, fué aborrecido; adoró, fué desdeñado; rogó a una fiera, im-
 portunó a un mármol, corrió tras el viento, dió vo-
 ces a la soledad, sirvió a la ingratitud, de quien al-
 canzó por premio ser despojos de la muerte en la
 mitad de la carrera de su vida, a la cual dió fin
 una pastora a quien él procuraba eternizar para
 que viviera en la memoria de las gentes, cual lo
 pudieran mostrar bien esos papeles que estáis mi-
 rando, si él no me hubiera mandado que los entre-
 gara al fuego en habiendo entregado su cuerpo a
 la tierra.

—De mayor rigor y crueldad usaréis vos con ellos —dijo Vivaldo— que su mesmo dueño, pues no es justo ni acertado que se cumpla la voluntad de quien en lo que ordena va fuera de todo razo-

6 Las palabras *Quiso bien, fué aborrecido; adoró, fué desdeñado*, parecen retazo de alguna composición poética. CERVANTES —ya algunas veces lo hemos visto y lo veremos otras— solía escribir como prosa los versos que interpolaba en su texto, cuando no pasaban de tres o cuatro.

20 Todas las ediciones, excepto las mías, dicen *de quien lo que ordena*. Clemencín notó que en esta frase falta la gramática, y que se remediaría con 'sólo añadir la preposición *en* después de *quien*, cuya omisión "fué tanto más fácil —dice—, cuanto la palabra anterior, *quien*, acaba con las mismas letras". Había en el texto, a no dudar, esa errata. En el texto, y quizás en el original, porque con buen fundamento se puede afirmar que tal cual vez CERVANTES omitía al escribir una de dos letras o sílabas iguales e inmediatas. En la carta que a 17 de noviembre de 1594 escribió desde Málaga, publicada en facsímil en la *Vida de Cervantes* escrita por don Martín Fernández de Navarrete (Madrid, Impr. Real, 1819): "...y el

nable discurso. Y no le tuviera bueno Augusto César si consintiera que se pusiera en ejecución lo que el divino Mantuano dejó en su testamento mandado. Ansí que, señor Ambrosio, ya que deis el
 5 cuerpo de vuestro amigo a la tierra, no queráis dar sus escritos al olvido; que si él ordenó como agraviado, no es bien que vos cumpláis como indiscreto; antes haced, dando la vida a estos papeles, que la tenga siempre la crueldad de Marcela, para que
 10 sirva de ejemplo, en los tiempos que están por venir, a los vivientes, para que se aparten y huyan

dinero dellas excepto dos mil Reales e embiado en polizas seguras a esa corte Remitidas A Alonso Perez de Tapia criado del licenciado 'laguna, despues aca *estado* en velez malaga..." Se ve que omitió una *e*: *e estado*. La propensión inconsciente a omitir el grupo *en* cuando había de repetirse ofrece muchos ejemplos en nuestros escritores. Véanse algunos de los que me han salido al paso en mis lecturas. En los antiguos manuscritos del *Libro de Apolonio*, edición crítica de Marden, copla 164:

"Oy tan bien [en] el iuego ninguno non auino."

En la *Tragedia Policiana*, acto XII: "Ora las pelosas vayan a punto, porque 'si por caso valiere huida no se queden [en] poder de vellacos." Luis Quijada, en carta a Juan Vázquez (Jarandilla, 20 de noviembre de 1556), apud Gachard, *Retraite et mort de Charles-Quint*, t. I, pág. 49: "Yo digo esto, porque muchos de los que lo han visto no vien[en] contentos del sitio..." En la segunda edición de *El Parnaso Español* de Quedo (Zaragoza, 1649), fol. 479:

"Yo, con mi fe de bautismo,
 Por ella bebo los aires:
 Todas por moro me tien[en]
 Pues quieren que se lo pague."

Y, en fin, por no citar más ejemplos, en el *Vocabulario de refranes* de Correas, pág. 84 de la primera edición (1906) y 153 de la segunda (1924): "El diablo haya parte en quien [en] Dios no cree y a misa va y viene."

3 Sabido es que por antonomasia se llama *el Mantuano* al poeta Virgilio.

de caer en semejantes despeñaderos; que ya sé yo, y los que aquí venimos, la historia deste vuestro enamorado y desesperado amigo, y sabemos la amistad vuestra, y la ocasión de su muerte, y lo que dejó mandado al acabar de la vida; de la cual lamentable historia se puede sacar cuánta haya sido la crueldad de Marcela, el amor de Grisóstomo, la fe de la amistad vuestra, con el paradero que tienen los que a rienda suelta corren por la senda que el desvariado amor delante de los ojos les pone.¹⁰ Anoche supimos la muerte de Grisóstomo, y que en este lugar había de ser enterrado, y así, de curiosidad y de lástima, dejamos nuestro derecho viaje, y acordamos de venir a ver con los ojos lo que tanto nos había lastimado en oído. Y en pago desta¹⁵ lástima, y del deseo que en nosotros nació de remedialla si pudiéramos, te rogamos ¡oh discreto Ambrosio!, a lo menos, yo te lo suplico de mi parte, que, dejando de abrasar estos papeles, me dejes llevar algunos dellos.²⁰

Y sin aguardar que el pastor respondiese, alargó la mano y tomó algunos de los que más cerca estaban; viendo lo cual Ambrosio, dijo:

—Por cortesía consentiré que os quedéis, señor,

¹⁵ *Lastimar*, en la acepción de *causar lástima*, o *mover a lástima*, como después, en el cap. xxviii: "...que tiempo vendrá en 'que te diga cosas que te espanten en el mesmo grado que te *lastimen*." Barahona de Soto, en su canción *De la muerte de Policena*:

"Si no te dieren lástima mis daños,
Ni verme así ultrajada y destruída,
Ni el rostro tierno y varonil semblante,
Ni verme tan amiga de la vida,
Lastimete de verme en tiernos años..."

¹⁵ *En oído*, equivalente a *oyéndolo* o *al oírlo*.

con los que ya habéis tomado; pero pensar que dejaré de abrasar los que quedan es pensamiento vano.

Vivaldo, que deseaba ver lo que los papeles decían, abrió luego el uno dellos y vió que tenía por
5 título: "*Canción desesperada*". Oyólo Ambrosio, y dijo:

—Ése es el último papel que escribió el desdichado; y porque veáis, señor, en el término que le tenían sus desventuras, leelde de modo que seáis
10 oído; que bien os dará lugar a ello el que se tardare en abrir la sepultura.

—Eso haré yo de muy buena gana —dijo Vivaldo.

Y como todos los circunstantes tenían el mismo
15 deseo, se le pusieron a la redonda, y él, leyendo en voz clara, vió que así decía:

2 En la edición príncipe y en las dos primeras de Lisboa, *abrigar*; en otras antiguas y modernas, *quemar*.

9 *En el término que le tenían* es construcción viciosa para hoy, que diríamos *el término en que le tenían*, o *en qué término le tenían*; mas en el tiempo de CERVANTES era usual esa manera de decir, y en el *Quijote* vuelve a ocurrir de cuando en cuando. De otros autores. Santa Teresa de Jesús, en el cap. iv de su *Vida* autógrafa: "...que a decirme [los confesores] *en el peligro que* andava, y que tenía obligacion a no traer aquellos 'tratos, sin duda creo se rremediara..." Don Diego de Saavedra Fajardo, en su *Republica literaria* (Alcalá, María Fernández, 11670), pág. 38: "...con todo esso, quise saber dél... *en 'la estimacion que* los tenia" [a los poetas]...



CAPÍTULO XIV

DONDE SE PONEN LOS VERSOS DESESPERADOS DEL DI-
FUNTO PASTOR, CON OTROS NO ESPERADOS SUCESOS.

CANCIÓN DE GRISÓSTOMO

“Ya que quieres, cruel, que se publique
De lengua en lengua y de una en otra gente
Del áspero rigor tuyo la fuerza,
Haré que el mesmo infierno comunique
Al triste pecho mío un son doliente,
Con que el uso común de mi voz tuerza,
Y al par de mi deseo, que se esfuerza
A decir mi dolor y tus hazañas,
De la espantable voz irá el acento,
Y en él mezcladas, por mayor tormento,

10

4 El docto cervantista hispalense don José María Asensio halló en un cartapacio de la Biblioteca Capitular y Colombina de Sevilla (AA, 141, 5) la *Canción desesperada* de Grisóstomo, con notables variantes, que no pudieron deberse sino a la minerva de su autor. A no dudar, aquella lección, que publicó Asensio por los años de 1867 en la revista intitulada *América* y reimprimió don Adolfo de Castro en su libro *Varias obras inéditas de Cervantes* (Madrid, MDCCCLXXIV), es anterior a la que el autor del *Quijote* insertó en su novela, porque las más de las enmiendas que en ésta introdujo mejoran el texto de la canción.

14 *Mezcladas* dicen las seis ediciones de 1605, la tercera de Madrid y las tres primeras de Bruselas. En todas las modernas, aun en la de Fitzmaurice-Kelly, se ha corregido la mala concordancia, diciendo *mezclados*; pero al mismo tiempo se ha destruido una silepsis de noble abolengo castellano y que

5 Pedazos de las miserables entrañas.
Escucha, pues, y presta atento oído,
No al concertado son, sino al ruido
Que de lo hondo de mi amargo pecho,
Llevado de un forzoso desvarío,
Por gusto mío sale y tu despecho.

no deja de tener su belleza. Esto, si *mezcladas*, aunque formalmente se refiere a *pedazos*, no alude, considerándolo bien, a *entrañas*, y por eso lo dijo CERVANTES en femenino. Restablezco, pues, por mejor y más autorizada la lección de las ediciones antiguas.

6 Las estancias de esta canción ofrecen la particularidad de que en cada una el penúltimo verso rima con las sílabas cuarta y quinta del último, cosa que no era nueva para la musa de CERVANTES, pues de la misma manera había aconsonantado los finales de las estrofas en la canción de Tírsi incluída en el libro VI de *La Galatea*:

“...verase en presto *buelo*
subir al *cielo* tu valor y el mío.”
.....
“...de gusto sin *segundo*,
que alegra al *mundo* y enamora al cielo.”
.....

En varios lugares de sus obras empleó CERVANTES otras rimas interiores, aconsonantando cada verso con las sílabas sexta y séptima del siguiente, verbigracia, en la jorn. I de *El laberinto de Amor* y en la IV de *El trato de Argel*. Antes que CERVANTES habían usado en España este linaje de rima interior Garcilaso, Luis Gálvez de Montalvo, Pedro de Padilla, Juan Baptista de Bivar y otros. Quien guste de saber de esta y otras semejantes menudencias de nuestra poética de antaño puede ver una larga nota que puse en mi libro intitulado *Luis Barahona de Soto*, págs. 330 y siguientes. Pero no holgará advertir que este rimar el penúltimo verso de cada estancia con las sílabas cuarta y quinta del último nos vino del parnaso de Italia. Ya Petrarca en dos de sus canciones, las que empiezan, respectivamente:

“Qual più diversa e nova...”

y

“Vergine bella, che di Sol vestita...”,

rimó así los versos penúltimos con los últimos de cada una de sus estrofas. En esto, como en muchas otras cosas, imitó a

"El rugir del león, del lobo fiero
 El temeroso aullido, el silbo horrendo
 De escamosa serpiente, el espantable
 Baladro de algún monstruo, el agorero
 Graznar de la corneja, y el estruendo .
 Del viento contrastado en mar instable;
 Del ya vencido toro el implacable
 Bramido, y de la viuda tortolilla
 El sentible arrullar; el triste canto
 Del envidiado buho, con el llanto

5

10

Petrarca el gran lusitano Camoens; recuérdese, por ejemplo, la canción que empieza:

"Ja a roxa manham clara
 As portas do Oriente vinha abrindo..."

2 Hoy, en el habla corriente, sólo se da a *temeroso* el significado de *medroso* o *cobarde*, y no el que tiene tal adjetivo en este lugar y en otros de la misma obra: "...aquella *temerosa* aventura" (I, xx); "...que el *temeroso* lago estás mirando..." (I, L). También nuestro vulgo usaba antaño la voz *temeroso* en la acepción de *que causa temor*. Un viejo romance popular comienza así:

"Noche oscura y *temerosa*
 De relámpagos y agua..."

5 De este agüero y de las demás referencias a prácticas supersticiosas que acá y allá se encuentran en la incomparable obra de CERVANTES traté en 1926 en una conferencia dada en el Centro de Intercambio Intelectual Germano-español, de Madrid, e intitulada *Las supersticiones en el "Quijote"*. La reproduciré o extractaré en el apéndice XIII del tomo VII.

9 A pesar de leerse *sentible* en las tres ediciones de Cuesta y en otras muchas, Pellicer, Clemencín y otros, entre los cuales se cuentan recientemente Fitzmaurice-Kelly y Cortejón, leyeron *sensible*, de seguro porque no recordaron que se solía escribir *sentible* en el tiempo de CERVANTES. En el *Libro del esforçado cauallero don Tristan de Leonis* (impreso por primera vez en 1501), cap. LXXXII: "Estas palabras y otras más *sentibles* dezia Yseo, tan en altas bozes, como persona fuera de sentido." Pineda, *Agricultura christiana*, diál. XXIII, § XVI: "...y quando querian los reyes afrentar a vn capitan por infame y muy *sentible* manera, le embiauan ropas de muger..." Santa Teresa, en *Las Moradas*, pág. 189 del manuscrito origi-

De toda la infernal negra cuadrilla,
Salgan con la doliente ánima fuera,

nal: "yo os digo q̄ sera ynposible dar a êtender quã *sentible* cosa es el padeçer del alma..."

10 (pág. 393) Algunos editores, enteramente ajenos de por qué se llamara *envidiado* al buho, enmendaron aquí *enviudado* (Tonsón, la Academia en 1780, Pellicer y Máinez), *envidado* (García de Arrieta) e *infamado* (Hartzenbusch y Benjumea). No cayeron en la cuenta de que CERVANTES llama *embidiado* al buho porque era creencia popular que el bajar súbitamente las aves de caza a la de esta especie colocada como señuelo se debía a que, por envidia, ansiaban sacarle los ojos, que son hermosos y grandes. Véanse algunos testimonios de esta creencia. Alvaro Cubillo de Aragón, en las *Cortes del león y del águila*, apud *El enano de las Musas, Comedias y obras diversas...* (Madrid, María de Quiñones, 1654), pág. 18:

"Iten, que al *Buo* Gallego, cuyos ojos
señuelo son para caçar las aues
que admiradas a verlos se le llegan..."

Don Agustín de Salazar y Torres, *Cythara de Apolo* (Madrid, Antonio González de Reyes, 1694), pág. 86:

"Ya el *buhu* prevenido
En el llano tenía el alconero,
Y el paxaro agorero
Ofrecia a las cuerbas por despojos
El oro de sus ojos;
Que este metal de suerte los inclina,
Que a su esplendor se arrojan presurosas,
Tenazes y proterbas..."

2 Es muy de contar lo que ha sucedido con este verso. En el Ms. 3833 de la Biblioteca Nacional, volumen de diferentes papeles, entre los cuales hay muchos sevillanos (de Rioja, Francisco de Medrano, etc.), hállase una copiosa colección de sonetos sin nombre de autor, todos escritos de una letra que así puede ser de los postreros años del siglo xvi como de los primeros del siguiente. Uno de tales sonetos (folio 290 vto.) empieza así:

"Salga con la doliente anima fuera
la dolorosa boz sin alegría..."

Advirtiéndolo el docto y laboriosísimo don Aureliano Fernández-Guerra, y tanto por el primer verso, que es casi igual al de

Mezclados en un son, de tal manera,

la canción del *Quijote*, como por el tono general del soneto, parecióle éste cervántico, “como caído del cartapacio de Grisóstomo”. Si estas meras semejanzas tentaron al insigne ilustrador de Quevedo para fundar tal conjetura, ¿qué no hubiera pasado, a recordar éste que, con ligera variante, y aun sin variante alguna, nuestro autor tenía este mismo verso en *La Galatea* y en *Persiles y Sigismunda*? Nada más cierto: léese en la canción de Mireno, libro III de aquella novela pastoral:

“...no es mucho que ora escuches lo que digo;
que mi voz lastimera
saldrá con la doliente ánima fuera”,

y en un soneto de Antonio, libro II, cap. III del *Persiles*:

“*Salga con la doliente ánima fuera*
la enferma voz; que es fuerza y es cordura
dezir la lengua lo que al alma toca.”

Pues bien, este verso, que podríamos llamar *muy cervantino*..., no es de CERVANTES, ni del desconocido autor del soneto que llamó la atención de Fernández-Guerra. Este verso, con leve diferencia, es de Garcilaso de la Vega, en cuya égloga segunda dice Albano:

“¡Oh dioses, si allá juntos de consuno
de los amantes el cuydado os toca,
o tú solo, si toca a solo uno,
recebid las palabras que la boca
echa con la doliente ánima fuera,
antes que el cuerpo torne en tierra poca.”

Enamoróse CERVANTES de esta locución del famoso vate toledano, y en muestra de la estimación en que le tenía, púsola en tres de sus obras, persuadido de que en justicia no podía llamarse hurto a esta ligera libertad, conforme a uno de los artículos de los *Privilegios, ordenanças y advertencias que Apolo embia a los Poetas Españoles*, preceptos que nuestro autor se sabía de coro mucho antes que en julio de 1614 se los trajese firmados de Apolo el señor Pancracio de Roncesvalles (*Adivnta al Parnaso*, apud *Viage del Parnaso*, fol. 79 vto.): “Yten se advierte que no ha de ser tenido por ladron el Poeta que hurtare algun verso ageno, y le encaxare entre los suyos, como no sea todo el concepto y toda la copla entera: que en tal caso tan ladron es como Caco.”

Que se confundan los sentidos todos,
Pues la pena cruel que en mí se halla
Para contalla pide nuevos modos.

5 "De tanta confusión no las arenas
Del padre Tajo oirán los tristes ecos,
Ni del famoso Betis las olivas:
Que allí se esparcirán mis duras penas
En altos riscos y en profundos huecos,
10 Con muerta lengua y con palabras vivas,
O ya en oscuros valles, o en esquivas
Playas, desnudas de contrato humano,
O adonde el sol jamás mostró su lumbre,
O entre la venenosa muchedumbre
De fieras que alimenta el libio llano.
15 Que puesto que en los páramos desiertos
Los ecos roncós de mi mal, inciertos,
Suenen con tu rigor tan sin segundo,
Por privilegio de mis cortos hados,
Serán llevados por el ancho mundo.

9 "Jerigonza embrollada que no se entiende" llamó el mal contentadizo Clemencín al verso *con muerta lengua y con palabras vivas*. Pues poco tenía esto que entender. Dice Grisóstomo que, muerto él (porque pensaba en el suicidio), no volverá a quejarse de tanta desventura su lengua; pero quedarán vivas las palabras de sus canciones, ecos de su mal, que

"serán llevados por el ancho mundo".

La contraposición de *muerta lengua y palabras vivas*, y otras análogas, eran muy del gusto de los contemporáneos de CERVANTES, y así, hállase en el *Romancero general*:

"Si quieres amar de burlas
Y ser de veras querida,
Vayan tus *palabras muertas*
Donde van mis *obras vivas*."

Y treinta años antes había escrito Barahona en su hermosa égloga funeral de las *hamadriades* (Luis Barahona de Soto, pág. 795):

"...Rogamos que recibas
En voces muertas intenciones vivas."

18 De mis cortos hados, como pudiera haber dicho de mi corta suerte, que así lo dice uno de los dos traviesos muchachos en Rinconete y Cortadillo. Corto, por menguado.

"Mata un desdén, atierra la paciencia,
 O verdadera o falsa, una sospecha;
 Matan los celos con rigor más fuerte;
 Desconcierta la vida larga ausencia;
 Contra un temor de olvido no aprovecha 5
 Firme esperanza de dichosa suerte.
 En todo hay cierta, inevitable muerte;
 Mas yo ¡milagro nunca visto! vivo
 Celoso, ausente, desdeñado y cierto
 De las sospechas que me tienen muerto, 10
 Y en el olvido en quien mi fuego avivo,
 Y, entre tantos tormentos, nunca alcanza
 Mi vista a ver en sombra a la esperanza,
 Ni yo, desesperado, la procuro;
 Antes, por estremarme en mi querella, 15
 Estar sin ella eternamente juro.
 "¿Puédese por ventura en un instante
 Esperar y temer, o es bien hacello,
 Siendo las causas del temor más ciertas?
 ¿Tengo, si el duro celo está delante, 20

13 En sombra quiere decir *ni siquiera en sombra*.

20 Dice Clemencín: "El nombre *celo* ofrece una particularidad notable. Cuando significa la *pasión amorosa desconfiada*, como sucede en el pasaje presente, no tiene singular; decimos *celos*; cuando significa *cuidado, solicitud*, no tiene plural. De otro modo: el nombre *celo* tiene una significación en singular y otra en plural. Aquí está mal usado." Así definió *ex cathedra* Clemencín, y Hartzenbusch, consiguientemente, enmendó *si el duro ceño* en la primera de sus ediciones y *si el desengaño* en la segunda; pero como contra evidencia no hay ciencia, ahora veremos que Clemencín no definió bien, que Hartzenbusch enmendó mal y que antaño era frecuente llamar *celo* a lo que hoy sólo decimos *celos*. Entresacaré cuatro o cinco ejemplos, de más de veinte que fuí allegando. Ya el Arcipreste de Hita llamaba *celo* a esa funesta pasión, en la copla 277 de su famoso libro:

"El *celo* siempre nasce de tu enbydia pura,
 teniendo que a tu amiga otro le fabla en locura..."

Pineda, *Agricultura christiana*, diál. xxii, § xxviii: "...y, por tanto, diré con el mesmo Cicerón... que *zelo* es vna passion que recibe el hombre de que otro goze de lo que él ama..." Al-

De cerrar estos ojos, si he de vello
 Por mil heridas en el alma abiertas?
 ¿Quién no abrirá de par en par las puertas
 A la desconfianza, cuando mira
 5 Descubierto el desdén, y las sospechas
 ¡Oh amarga conversión! verdades hechas,
 Y la limpia verdad vuelta en mentira?
 ¡Oh en el reino de amor fieros tiranos
 Celos! Ponedme un hierro en estas manos.
 10 Dame, desdén, una torcida soga.
 Mas ¡ay de mí! que, con cruel vitoria,
 Vuestra memoria el sufrimiento ahoga.
 "Yo muero, en fin; y por que nunca espere
 Buen suceso en la muerte ni en la vida,
 15 Pertinaz estaré en mi fantasía.

varez, *Sylva spirital*, parte III, pág. 8: "¿Piensas, pues, es poca ansia (por no dezir poca muerte) la que da a su marido vna muger tomada del *zelo*?" Góngora, en uno de sus sonetos, edición de Foulché-Delbosc (1921), t. I, pág. 29:

"¡O *zelo*, del fauor verdugo eterno,
 Vueluete al lugar triste donde estabas,
 o al Reino (si allá cabes) del espanto!"

Y Bernardo de Balbuena, en fin, por no aumentar las citas, en su égloga ix hace decir a un pastor celoso:

"¡Oh *celo*, que, del mismo amor nacido,
 Es tu oficio abrasar vida y contento,
 Y dejar el carbón más encendido!

¿Diría Clemencín que "aquí está mal usado" *celo*, a tener algunos de estos ejemplos a la vista, o a recordar siquiera algún otro en que el mismo CERVANTES usó esta palabra? Porque es lo cierto que escribió en *Las dos doncellas*: "...y ya le tenían el amor y el *celo* de manera, que tomara por buen partido..."

15 *Pertinaz estaré en mi fantasía* es un verso muy endeble, a causa de la sinalefa que tiene en la sexta sílaba, cabalmente donde está el acento principal. Y véase lo que son las cosas: para este verso no tuvo reproche Clemencín, y túvolo para alguno tan pasadero como este otro:

"...a la desconfianza, cuando mira..." ;

de lo cual colijo que el oído de Clemencín no era tan fino y

Diré que va acertado el que bien quiere,
 Y que es más libre el alma más rendida
 A la de Amor antigua tiranía.
 Diré que la enemiga siempre mía
 Hermosa el alma como el cuerpo tiene,
 Y que su olvido de mi culpa nace,
 Y que en fe de los males que nos hace,
 Amor su imperio en justa paz mantiene.
 Y con esta opinión y un duro lazo,
 Acelerando el miserable plazo
 A que me han conducido sus desdenes,
 Ofreceré a los vientos cuerpo y alma,
 Sin lauro o palma de futuros bienes.
 "Tú, que con tantas sinrazones muestras
 La razón que me fuerza a que la haga
 A la cansada vida que aborrezco,
 Pues ya ves que te da notorias muestras
 Esta del corazón profunda llaga
 De como alegre a tu rigor me ofrezco,
 Si por dicha conoces que merezco

delicado que pudiese meterle a censor de versificadores. CERVANTES, lo mismo que todos los poetas de su tiempo, tiene, acá y allá, algunos endecasílabos enfermos del mal de las *sinalefas obstruccionistas*, como las llamaba el maestro Benot. Dos ejemplos, que saco de la jorn. I de su *Numancia*:

"¿Por qué no llegan ya? ¿En qué se detienen..."
 "Que siempre aprovechó, antes que dañase..."

Pero ¡qué pocos poetas de aquel tiempo, ni aun del presente, se hallan libres de este mal!

19 En casi todas las ediciones modernas, "de *cómo* alegre", por no parar mientes los editores en que este *como* equivale a *que*, y no ha de acentuarse.

20 *Por dicha* y *a dicha*, de que dejé nota en el cap. II (127, 17), son modos adverbiales que, como *por ventura*, no significan lo que suenan, sino meramente *acaso*. Sólo reparando en ello puede no parecer disparatado en frases como las siguientes. En el cap. XVII dice Sancho: "Señor, ¿si será éste *a dicha* el moro encantado, que nos vuelve a castigar, si se dejó algo en el tintero?" El mismo CERVANTES, en la jorn. II de *El trato de Argel*:

"JUAN. ¿Qué es esto, madre? ¿*Por dicha*
 Véndennos aquestos moros?"

Que el cielo claro de tus bellos ojos
 En mi muerte se turbe, no lo hagas;
 Que no quiero que en nada satisfagas,
 Al darte de mi alma los despojos;
 5 Antes, con risa en la ocasión funesta
 Descubre que el fin mío fué tu fiesta.
 Mas gran simpleza es avisarte desto,
 Pues sé que está tu gloria conocida
 En que mi vida llegue al fin tan presto.
 10 "Venga, que es tiempo ya, del hondo abismo
 Tántalo con su sed; Sisifo venga
 Con el peso terrible de su canto;
 Ticio traya su huitre, y ansimismo
 Con su rueda Egión no se detenga,
 15 Ni las hermanas que trabajan tanto,

5 *Funesta*, en equivalencia de *fúnebre*, como en este lugar de Suárez de Figueroa (*El Pasajero*, alivio 11, fol. 61): "...antes que este infeliz mongil, este *funesto* manto y la mortaja destas tocas... desluziese mi lustre..."

13 Casi todos los editores, así antiguos como modernos, han leído *traiga*, apartándose de la edición príncipe. No había necesidad de hacerlo: de *traer* se dijo *trayo* y *traya*, como de *caer*, *cayo* y *caya*, y ya vimos que Sancho decía en el cap. x (317, 1): "Aquí *trayo* una cebolla y un poco de queso..." Aún hoy conservamos esa y en el gerundio: *cayendo*, *trayendo*.

15 Todos estos personajes mitológicos, uno más o menos, suelen andar juntos en prosistas y poetas desde que los arracimó Ovidio en el libro IV de sus *Metamorfosis*, para describir los tormentos a que fueron sometidos. *Egión* es *Ixión*; y *las hermanas que trabajan tanto*, las Danaidas, a las cuales, como a los otros condenados, se refirió Lope de Vega en un soneto inserto en sus *Rimas humanas* y en el acto 1 de *Los palacios de Galiana*:

"Que eternamente *las cuarenta y nueve*
 Pretendan agotar el lago Averno;
 Que *Tántalo* del agua y árbol tierno
 Nunca el cristal ni las manzanas pruebe;
 Que sufra el curso, que los exes mueve,
 De su rueda *Igién* por tiempo eterno;
 Que *Sisifo*, llorando en el infierno,
 El duro canto por el monte lleve..."

En la explicación de las referencias mitológicas adrede soy

Y todos juntos su inmortal quebranto
 Trasladen en mi pecho, y en voz baja
 (Si ya a un desesperado son debidas)
 Canten obsequias tristes, doloridas,
 Al cuerpo, a quien se niegue aun la mortaja, 5
 Y el portero infernal de los tres rostros,
 Con otras mil quimeras y mil monstros,
 Lleven el doloroso contrapunto;
 Que otra pompa mejor no me parece
 Que la merece un amador difunto. 10
 "Canción desesperada, no te quejes

parco, porque cualquier tratadillo de mitología colmará las medidas al lector curioso.

1 Leo *immortal*, como dice el manuscrito de la Biblioteca Colombina, y no *mortal*, como todas las ediciones del *Quijote*. El épiteto *immortal* es más apropiado que el de *mortal* para unos trabajos que, como los que acaban de recordarse, no habían de tener fin.

4 Son "*obsequias* —dice Covarrubias— las honras que se hazen a los difuntos, del nombre latino *exequiae*, que en rigor habíamos de decir *exequias*..." De idéntico modo había opinado años antes el franciscano fray Juan de Pineda en su *Agricultura christiana*, diál. III, § XXXII.

6 Alude al Cerbero o Cancerbero, perro con tres cabezas y tres fauces que guardaba la puerta del infierno y del palacio de Plutón.

11 La frase vocativa *Canción desesperada*, con que empieza el *commiato* de la de Grisóstomo, es la misma con que comienza el de una canción de Cetina:

"*Canción desesperada* y sin concierto,
 Nacida entre sospechas y temores..."

Las composiciones poéticas de Cetina anduvieron de mano en mano, en diversas copias, entre los aficionados de Sevilla, y CERVANTES residió mucho tiempo en aquella ciudad y era aficionadísimo a la poesía, como quien escribió, con harta modestia, en el cap. I de su *Viage del Parnaso*, fol. I vto.:

"Yo que sienpre trabaxo y me desuelo
 Por parecer que tengo de Poeta
 la gracia que no quiso darme el cielo..."

Es probable que allí leyese las poesías de Cetina, y que, por

Cuando mi triste compañía dejes;
 Antes, pues que la causa do naciste
 Con mi desdicha aumenta su ventura,
 Aun en la sepultura no estés triste."

- 5 Bien les pareció a los que escuchado habían la canción de Grisóstomo, puesto que el que la leyó dijo que no le parecía que conformaba con la relación que él había oído del recato y bondad de Marcela, porque en ella se quejaba Grisóstomo de
 10 celos, sospechas y de ausencia, todo en perjuicio del buen crédito y buena fama de Marcela. A lo cual respondió Ambrosio, como aquel que sabía bien los más escondidos pensamientos de su amigo:

tanto, la semejanza que indico se deba a una voluntaria o involuntaria reminiscencia de la composición del que cantó regaladamente a unos *ojos claros, serenos*.

2 Clemencín tiene por impropio este adverbio *do*, notando que "no se dice que el efecto nace *en* la causa, sino *de* la causa". Por lo visto, ignoraba que *do* y *donde* solían significar *donde*, como lo patentiza, además de algún pasaje ya anotado (283, 1), el ejemplo siguiente. Gregorio Silvestre, *Las obras del famoso poeta...* (Lisboa, 1592):

"¡O luz *donde* a la luz su luz le viene...!"

Y ¿quién no recuerda aquellos versos de fray Luis de León?:

"...La luna cómo mueve
 La plateada rueda, y va en pos della
 La luz *do* el saber llueve..."

- 4 En el código de Sevilla dice este verso:

"No es desventura para estar tan triste",

y, a lo menos, aventaja al de la novela en consonar sus sílabas cuarta y quinta (no las sexta y séptima) con las dos finales del anterior, como ocurre en las otras estancias.

6 Para que el lector eche de ver cuán plagada de groseras erratas está la edición príncipe del *Quijote*, mal que pese a los manes del corrector Murcia de la Llana, haré notar las que he hallado en esta canción. En la segunda estancia, *El rigor*, por *El rugir*; *Baland*, por *Baladro*, y *contalle*, por *contalla*; en la tercera, *libro*, por *libio*; en la cuarta, *cuenta*, por *cierta*; y en el commiato, *augmentas*, por *augmenta*.

—Para que, señor, os satisfagáis des a duda, es bien que sepáis que cuando este desdichado escribió esta canción estaba ausente de Marcela, de quien él se había ausentado por su voluntad, por ver si usaba con él la ausencia de sus ordinarios fueros; y como al enamorado ausente no hay cosa que no le fatigue ni temor que no le dé alcance, así le fatigaban a Grisóstomo los celos imaginados y las sospechas temidas como si fueran verdaderas. Y con esto queda en su punto la verdad que la fama pregonadora de la bondad de Marcela, a la cual, fuera de ser cruel, y un poco arrogante, y un mucho desdenosa, la mesma envidia ni debe ni puede ponerle falta alguna.

—Así es la verdad —respondió Vivaldo.

Y queriendo leer otro papel de los que había reservado del fuego, lo estorbó una maravillosa visión (que tal parecía ella) que improvisamente se les ofreció a los ojos; y fué que por cima de la

9 Que la canción de Grisóstomo no fué compuesta adrede para este lugar indícalo bien claro la circunstancia de que, por no conformar su texto con la relación que Vivaldo había oído “del recato y bondad de Marcela” (relación que convenia con la que hizo Pedro en el cap. XII), Ambrosio se ve precisado a arbitrar explicación para tal desacuerdo, cosa que no sucedería si esta pieza poética se hubiera escrito *ad hoc*. Paréceme, pues, probable lo contrario: que el romántico episodio de Grisóstomo y Marcela se inventó para dar cabida en él a una canción escrita mucho antes, bien de las que hubiesen de formar parte de la segunda de *La Galatea*, o bien más relacionada con la realidad de un antiguo estado anímico de su autor que con fábula alguna de la vida pastoril, a la cual, y esto es digno de notarse, no hay ni la más ligera alusión en toda la poesía.

11 Hasta que salió a luz mi edición de “La Lectura”, leyóse la cual en todas, sin la preposición *a*. Clemencín, que pensó en suplirla, se limitó, en una de sus notas, a echarla menos. La falta de esa preposición se debió a una de tantas inconsecuentes omisiones de sílabas o letras iguales e inmediatas.

peña donde se cavaba la sepultura pareció la pastora Marcela, tan hermosa, que pasaba a su fama su hermosura. Los que hasta entonces no la habían visto la miraban con admiración y silencio; y los
 5 que ya estaban acostumbrados a verla no quedaron menos suspensos que los que nunca la habían visto.

4 Suele CERVANTES cuando levanta el tono dejar deslizarse en su prosa, casualmente o de industria, algunos versos endecasílabos, tal cual vez alternados con algún heptasílabo. Obsérvelo conmigo el lector. Aquí, tres endecasílabos, dos de ellos muy sonoros:

“...la pastora Marcela tan hermosa,
 que pasaba a su fama su hermosura.
 Los que hasta entonces no la habían visto...”

donde, a mayor abundamiento, para que produzcan el efecto de un trozo de versificación, contribuye la consonancia del vocablo *hermosura* con *sepultura*, que ocurre muy poco antes. En el libro II de *La Galatea*: “A la luz de las furiosas llamas se vieron reluzir los barbaros alfanjes y parecerse las blancas tocas de la turca gente, que, encendida, con sigures o hachas de duro acero, las puertas de las casas derribauan... Quál lleuaua la fatigada madre, y quál el pequeño hijo, que con cansados y débiles gemidos, / la madre por el hijo, / y el hijo por la madre preguntaua.” En otro escritor que no fuese poeta, podrían atribuírse estos versos a falta de oído para notarlos, aun al repasar lo escrito; pero en CERVANTES, que los hacía tan gallardos, no pueden buenamente achacarse a mero descuido, como estos dos endecasílabos *esporádicos* que ocurren en el artículo *tranzón* del léxico de la Academia. “*Tranzón*. m. “Trozo de terreno que separado del antiguo fundo, / forma ya propiedad independiente.” Don Gregorio Mayans, en su *Rethórica* (Valencia, Herederos de Gerónimo Conejos, M.DCC.LVII), t. II, pág. 330, nota como causa de frialdad en el estilo el ser las cláusulas demasiadamente numerosas, “como quando algunos en la prosa hacen versos mui perceptibles, vicio en que suelen caer los que se dan con demasia a la letura i composicion poetica, o no entienden bien qué cosa es prosa.” Nadie achacará esto ultimo a quien fué insuperable forjador de la prosa castellana.

6 La aparición de la pastora Marcela, dominando impro-

Mas apenas la hubo visto Ambrosio, cuando con muestras de ánimo indignado le dijo:

—¿Vienes a ver por ventura ¡oh fiero basilisco destas montañas! si con tu presencia vierten sangre las heridas deste miserable a quien tu crueldad ^s quitó la vida, o vienes a ufanarte en las crueles hazañas de tu condición, o a ver desde esa altura, como otro despiadado Nero, el incendio de su abrazada Roma, o a pisar arrogante este desdichado cadáver, como la ingrata hija al de su padre Tarquino? Dinos presto a lo que vienes, ó qué es aque-

visamente el grupo que formaban los pastores, el muerto, don Quijote y Sancho, Vivaldo y su compañero y los tres mozos de a pie que los acompañaban, ha dado excelente materia a algunos pintores y dibujantes. En el catálogo del Archivo adicional de la Casa de Osuna (541, 28) figuran siete cartas del pintor Francisco de Paula Van Halen al Duque de aquel título, “sobre envío y publicación de *España pintoresca y artística* y regalo del cuadro que pintó, *La Pastora Marcela*.” (Madrid, 1847 y 1848.)

3 Dice Clemencín que en esta pregunta “al verbo *ver* le falta objeto”. Y añade: “¿Qué venia a ver Marcela? No se expresa.” ¿Cómo que no? Imagina Ambrosio que viniese a ver, metafóricamente, si con su presencia vertían sangre las heridas del muerto; si era verdad comprobable la común creencia a que aludiré en la nota que sigue. Lo único que aquí no se entiende es cómo Clemencín pudo no darse cuenta de cosa tan clara.

6 Nadie había desentrañado antes que yo el sentido de la primera parte de esta pregunta de Ambrosio. Refiérese a la supersticiosa creencia de que las heridas del muerto violentamente vuelven a arrojar sangre en presencia del matador. Véase en el tomo VII el apéndice XIII, intitulado *Las supersticiones en el “Quijote”*.

8 *Nero*, a la latina, por *Nerón*, como en el conocido romance:

“Mira *Nero* de Tarpeya
A Roma cómo se ardía...”

11 Dice Hartzenbusch en *Las 1633 notas...*: “Se alude aquí, no a Tarquino, sino a Servio Tulio; pero la equivocación no

llo de que más gustas; que por saber yo que los pensamientos de Grisóstomo jamás dejaron de obederte en vida, haré que, aun él muerto, te obedezcan los de todos aquellos que se llamaron sus
5 amigos.

—No vengo ¡oh Ambrosio! a ninguna cosa de las que has dicho —respondió Marcela—, sino a volver por mí misma y a dar a entender cuán fuera de razón van todos aquellos que de sus penas y de
10 la muerte de Grisóstomo me culpan; y así, ruego a todos los que aquí estáis me estéis atentos; que no será menester mucho tiempo, ni gastar muchas palabras, para persuadir una verdad a los discretos. Hízome el cielo, según vosotros decís, hermosa, y
15 de tal manera, que sin ser poderosos a otra cosa, a que me améis os mueve mi hermosura, y por el amor que me mostráis, decís, y aun queréis, que esté yo obligada a amaros. Yo conozco, con el natural entendimiento que Dios me ha dado, que todo
20 lo hermoso es amable; mas no alcanzo que por

es de CERVANTES, sino de los que antes que él habían escrito sobre tal suceso, confundiendo los nombres.” Y cita, para demostrarlo, unos versos de Pedro Ferrer a Cosme de Aldana (1591), en que dice:

“Yo soy Tullia cruel, endurecida,
Hija del Rey Tarquino, y fui tan dura,
Que viéndole en el suelo sin la vida,
No solo le negué la sepultura...”

Y uno de los romances de Juan de la Cueva:

“Tulia, *hija de Tarquino*,
Quen Roma Rey residía...”

16 Otros dos endecasílabos ocasionales:

“...que, sin ser poderosos a otra cosa,
a que me améis os mueve mi hermosura.”

razón de ser amado esté obligado lo que es amado por hermoso a amar a quien le ama. Y más, que podría acontecer que el amador de lo hermoso fuese feo, y siendo lo feo digno de ser aborrecido, cae muy mal el decir: “Quiérote por hermosa: hasme de amar aunque sea feo.” Pero, puesto caso que corran igualmente las hermosuras, no por eso han de correr iguales los deseos; que no todas hermosuras enamoran: que algunas alegran la vista y no rinden la voluntad; que si todas las bellezas enamorasen y rindiesen, sería un andar las voluntades confusas y descaminadas, sin saber en cuál habían de parar; porque, siendo infinitos los sujetos hermosos, infinitos habían de ser los deseos. Y, según yo he oído decir, el verdadero amor no se divide, y ha de ser voluntario, y no forzoso. Siendo esto así,

1 García de Arrieta presume que había de decir “por razón de ser *amable*”, y que *amado* es mera errata. No lo entiendo así.

9 Algunos editores, como Clemencín y Hartzenbusch, añadieron aquí un *las* que no hay en las ediciones del siglo XVII, diciendo: “que no todas *las* hermosuras”. No hacía falta: es genial elegancia de nuestro idioma omitir el artículo después del adjetivo *todo*: *no todas veces; de todos colores; en todas partes*. En el archivo de la Universidad de Sevilla hay libros antiguos cuyos tejuelos dicen: “Grados *de todas facultades*.” A los que tratan de muchas materias, y de ninguna bien, solemos llamar “aprendices *de todos oficios* y maestros de maldita la cosa”.

16 Aunque estampadas como prosa, estas palabras (y así lo indica la frase *según yo he oído decir*) parecenme dos versos de otro lugar:

“El verdadero amor no se divide,
Y ha de ser voluntario, y no forzoso”,

como lo eran asimismo, aunque no recordados exactamente, aquellos que CERVANTES transcribió como prosa en el cap. XIV de la segunda parte, y que por prosa cervantina vinieron pasando hasta que la Academia en su edición de 1819 (tomo III,

como yo creo que lo es, ¿por qué queréis que rinda mi voluntad por fuerza, obligada no más de que decís que me queréis bien? Si no, decidme: si como el cielo me hizo hermosa me hiciera fea, ¿fuera justo
5 que me quejara de vosotros porque no me amábadis? Cuanto más que habéis de considerar que yo no escogí la hermosura que tengo: que, tal cual es, el cielo me la dió de gracia, sin yo pedilla ni escogella. Y así como la víbora no merece ser culpada
10 por la ponzoña que tiene, puesto que con ella mata, por habérsela dado naturaleza, tampoco yo merezco ser reprehendida por ser hermosa; que la hermosura en la mujer honesta es como el fuego apartado, o como la espada aguda; que ni él quema ni
15 ella corta a quien a ellos no se acerca. La honra y las virtudes son adornos del alma, sin las cuales el cuerpo, aunque lo sea, no debe de parecer hermoso. Pues si la honestidad es una de las virtudes que al cuerpo y alma más adornan y hermosean,

pág. 134) los estampó como versos, restituyéndolos por nota a su autor don Alonso de Ercilla. De esto hay en el *Quijote* más de lo que se ha creído hasta ahora. A los versos que han dado ocasión para esta nota había aludido nuestro autor veinte años antes, en el libro II de *La Galatea*: "...quexarse el nuevo amante de la dureza del rebelde pecho de su señora va fuera de todo razonable término, porque como el amor sea y ha de ser voluntario, y no forçoso, no deuo yo quexarme de no ser querido de quien quiero..."

12 Muchos editores modernos leen aquí *reprendida*, quitando una sílaba al texto y desfigurando el habla de CERVANTES. Antaño no se escribía ni se pronunciaba *reprender*, sino *reprehender*, como queda dicho y demostrado en nota del cap. IV (157, 11).

16 Clemencín enmendó "sin los cuales" y le han seguido en ello Aribau y Fitzmaurice-Kelly. Estaba bien el texto: *las*, porque no se refiere a los adornos, sino a la honra y las virtudes. Hoy, en lugar de *sin las cuales*, diríamos y *sin ellas*.

¿por qué la ha de perder la que es amada por hermosa, por corresponder a la intención de aquel que, por solo su gusto, con todas sus fuerzas e industrias procura que la pierda? Yo nací libre, y para poder vivir libre escogí la soledad de los campos: los árboles destas montañas son mi compañía; las 5
claras aguas destes arroyos mis espejos; con los árboles y con las aguas comunico mis pensamientos y hermosura. Fuego soy apartado y espada puesta lejos. A los que he enamorado con la vista he des- 10
engañado con las palabras; y si los deseos se sustentan con esperanzas, no habiendo yo dado alguna a Grisóstomo, ni a otro alguno, en fin, de ninguno dellos, bien se puede decir que antes le mató su porfía que mi crueldad. Y si se me hace cargo que 15
eran honestos sus pensamientos, y que por esto estaba obligada a corresponder a ellos, digo que cuando en ese mismo lugar donde ahora se cava su sepultura me descubrió la bondad de su intención, le dije yo que la mía era vivir en perpetua soledad, 20
y de que sola la tierra gozase el fruto de mi recogimiento y los despojos de mi hermosura; y si él, con todo este desengaño, quiso porfiar contra la esperanza y navegar contra el viento, ¿qué mucho que se anegase en la mitad del golfo de su desatino? Si 25
yo le entretuviera, fuera falsa; si le contentara, hiciera contra mi mejor intención y prosupuesto. Por-

13 La edición príncipe y casi todas las demás dicen *el fin de ninguno dellos*, y como así la frase no hace buen sentido, Arrieta, siguiendo una indicación de la Academia, suprimió tales palabras, y Hartzenbusch enmendó *el sí*, en lugar de *el fin*, bien que se rectificó en *Las 1633 notas...*, proponiendo que se leyera *del fin*. Al cabo, Cortejón (*suum cuique*) ha acertado con la verdadera lectura, *en fin*, que es la que seguimos.

27 La edición de Cortejón dice malamente, quizá por errata, "hiciera contra *mi* mejor intención..."

fió desengañado, desesperó sin ser aborrecido: ¡mirad ahora si será razón que de su pena se me dé a mí la culpa! Quéjese el engañado; desespérese aquel a quien le faltaron las prometidas esperanzas; confíese el que yo llamare; ufánese el que yo admitiere; pero no me llame cruel ni homicida aquel a quien yo no prometo, engaño, llamo ni admito. El cielo aún hasta ahora no ha querido que yo ame por destino, y el pensar que tengo de amar por elección es escusado. Este general desengaño sirva a cada uno de los que me solicitan de su particular provecho, y entiéndase de aquí adelante que si alguno por mí muere, no muere de celoso ni desdichado, porque quien a nadie quiere, a ninguno debe dar celos; que los desengaños no se han de tomar en cuenta de desdenes. El que me llama fiera y basilisco, déjeme como cosa perjudicial y mala; el que me llama ingrata, no me sirva; el que desconocida, no me conozca; quien cruel, no me siga;

1 En una nota del capítulo anterior (387, 6) dije que las frases *Quiso bien, fué aborrecido; adoró, fué desdeñado*, me parecen versos de una composición recordada allí; y añadido ahora que la expresión *porfió desengañado* se me antoja otro verso de aquella poesía, ignorada hoy.

3 De la frase *dar culpa de* trataré en nota del cap. xxvii.

7 Este mismo razonamiento había dirigido la princesa Cupidea al Caballero de las Doncellas en una carta de *Leandro el Bel* (fol. 6o vto.): “¿Por ventura, constreñite yo a que me amases? No, por cierto, sino tú quisiste. Pues ¿por qué soy obligada yo a pagar lo que no pequé?”

12 Clemencín creyó que el *de* que precede a las palabras *su particular provecho* “está usado en vez de *por*”, y por aquí se averigua que entendió que esta expresión se refería al verbo *solicitar*. No, sino al verbo *servir*. Es como si dijera: “Este general desengaño sirva *de* particular provecho a cada uno de los que me solicitan.”

16 En la edición de Cortejón, a cuenta, sin duda por yerro, pues ninguna otra dice sino *en cuenta*.

que esta fiera, este basilisco, esta ingrata, esta cruel y esta desconocida ni los buscará, servirá, conocerá ni seguirá en ninguna manera. Que si a Grisóstomo mató su impaciencia y arrojado deseo, ¿por qué se ha de culpar mi honesto proceder y recato? Si yo 5 conservo mi limpieza con la compañía de los árboles, ¿por qué ha de querer que la pierda el que quiere que la tenga con los hombres? Yo, como sabéis, tengo riquezas propias, y no codicio las ajenas; tengo libre condición, y no gusto de sujetarme; ni quiero 10 ni aborrezco a nadie; no engaño a éste, ni solicito a aquél; ni burlo con uno, ni me entretengo con el otro. La conversación honesta de las zagalas destas aldeas y el cuidado de mis cabras me entretiene. Tienen mis deseos por término estas montañas, y 15 si de aquí salen, es a contemplar la hermosura del cielo, pasos con que camina el alma a su morada primera.

Y en diciendo esto, sin querer oír respuesta alguna, volvió las espaldas y se entró por lo más cerrado de un monte que allí cerca estaba, dejando 20 admirados, tanto de su discreción como de su hermosura, a todos los que allí estaban. Y algunos dieron muestras (de aquellos que de la poderosa flecha de los rayos de sus bellos ojos estaban heridos) 25

8 Es algo anfibilógico este pasaje, y debe entenderse así: “¿por qué ha de querer que la pierda [*la limpieza*] quien quiere que la tenga [*la compañía*] con los hombres?”

12 La edición príncipe, seguida en esto por muchos, y recientemente por Cortejón, *ni solicito aquél*. Suplo la preposición que falta, por inadvertida omisión de una de dos *aes* inmediatas.

18 Bien sospecho que algunos de los lectores que recién salido a luz tuvo el *Quijote* pensarían al acabar Marcela su discretísimo alegato. Sabe esta arcádica doncellita mucho más que la Doncella Teodor.” Pícase, en efecto, de licurga.

de quererla seguir, sin aprovecharse del manifiesto desengaño que habían oído; lo cual visto por don Quijote, pareciéndole que allí venía bien usar de su caballería socorriendo a las doncellas menesterosas, puesta la mano en el puño de su espada, en altas e inteligibles voces dijo:

—Ninguna persona, de cualquier estado y condición que sea, se atreva a seguir a la hermosa Marcela, so pena de caer en la furiosa indignación mía. Ella ha mostrado con claras y suficientes razones la poca o ninguna culpa que ha tenido en la muerte de Grisóstomo, y cuán ajena vive de condescender con los deseos de ninguno de sus amantes; a cuya causa es justo que, en lugar de ser seguida y perseguida, sea honrada y estimada de todos los buenos del mundo, pues muestra que en él ella es sola la que con tan honesta intención vive.

O ya que fuese por las amenazas de don Quijote, o porque Ambrosio les dijo que concluyesen con lo que a su buen amigo debían, ninguno de los pastores se movió ni apartó de allí hasta que, acabada la sepultura y abrasados los papeles de Grisóstomo, pusieron su cuerpo en ella, no sin muchas lágrimas de los circunstantes. Cerraron la sepultura con una gruesa peña, en tanto que se acababa una losa que, según Ambrosio dijo, pensaba mandar hacer, con un epitafio que había de decir desta manera:

“Yace aquí de un amador
El mísero cuerpo helado,
Que fué pastor de ganado,

19 Hoy diríamos: *Ya fuese... o ya...; o bien Que fuese... o que fuese...* En el cap. xx leeremos: “En esto, parece ser o que el frío..., o que Sancho hubiese..., o que fuese cosa natural..., a él le vino en voluntad...”

Perdido por desamor.
 Murió a manos del rigor
 De una esquivia hermosa ingrata,
 Con quien su imperio dilata
 La tiranía de amor.”

5

Luego esparcieron por cima de la sepultura muchas flores y ramos, y, dando todos el pésame a

1 Esto de *ganado* y *perdido* es un pueril jueguecillo de palabras que andaba muy en boga en tiempo de CERVANTES. A los ejemplos que cité en mis dos ediciones anteriores podrían añadirse muchos otros, de fray Hernando de Santiago, Alonso de Ledesma, don Guillén de Castro..., etc. El mismo Lope de Vega lo usó en sus *Rimas*:

“Yo soy vuestro pastor y vuestro dueño;
 Vos mi *ganado*, y yo vuestro *perdido*...”

y en el acto II de *El llegar en ocasión*:

“...pero a los montes me iré
 tras el *ganado perdido*.”

Usado con verdadero ingenio y maestría no lo he visto sino en una chanzoneta, creo que inédita, de autor anónimo, que supongo granadino y de la academia que don Pedro de Granada tenía en la ciudad del Darro a fines del siglo XVI y principios del XVII:

“Si vais a ver el *ganado*,
 Dios eterno, no es a mí;
 que desde que os ofendí,
 por *perdido* me he juzgado.

Si vais a ver el *perdido*,
 no me busqueis, Niño Dios;
 que en viendoos nacido a vos,
 por *ganado* me he tenido.

Y si al *perdido* y *ganado*
 vais a ver, a mí buscáis:
perdido, pues que lo he estado;
ganado, pues me ganais.”

5 Esta suerte de epitafios, por la falsedad del género pastoril, suelen valer poco, y el de Grisóstomo no había de constituir una excepción. Clemencín atribuye injustamente la escasez de su mérito a la falta de cualidades poéticas de CERVANTES.

su amigo Ambrosio, se despidieron dél. Lo mismo hicieron Vivaldo y su compañero, y don Quijote se despidió de sus huéspedes y de los caminantes, los cuales le rogaron se viniese con ellos a Sevilla, por ser lugar tan acomodado a hallar aven-

1 “¿Por qué lei o gusto —pregunta don Amenodoro Urdaneta (*Cervantes y la crítica*, pág. 319)— puede rechazarse la historia de la encantadora Marcela? Este es, acaso, uno de los trozos más bellos de la obra, y tan verosímil, que en 1774 la Academia de Troyes (en Champaña) nombró, por acuerdo del 10 de mayo, una comisión para verificar los acontecimientos relativos a la muerte de Grisóstomo”; noticia que el docto cervantista venezolano tomó de la *Vida de Miguel de Cervantes*, escrita e ilustrada por don Martín Fernández de Navarrete (pág. 517 de la edición de Madrid, Imprenta Real, 1819).

4 Si el verbo *venir* hubiera de entenderse invariablemente como quería mi difunto amigo don José M.^a Asensio, ¡qué buena prueba sería esta frase de que la primera parte del *Quijote* se escribió en Sevilla! Pero, como demostró Hartzenbusch en erudita carta de 20 de agosto de 1864, más de una vez impresa, CERVANTES usaba el dicho verbo en la acepción, entonces corriente, de *ir de una parte a otra*, y no sólo en la de dirigirse hacia donde está el que habla o escribe. Bien lo explica Pineda en el diálogo XXVIII, § XXV de su *Agricultura christiana*: “Donde se deue notar en la gramatica latina que dize *adueniat* [el padrenuestro], y *aduenire* quiere dezir *yr vna cosa hazia otra*, y *venir* en latín también quiere dezir *yr*, como diziendo *quò venis* quiere dezir *adónde vays*; como, en contrario, *yr* quiere dezir semejantemente *venir*, como diziendo *vnde is* quiere dezir *de adónde venis*.”

5 Este Vivaldo que iba a Sevilla tiene toda la traza de haber sido una persona que realmente existió en tiempo de CERVANTES, ya fuese el mismo *Adan de Bivaldo* que nuestro autor elogió entre los poetas del Betis en el *Canto de Caliope*, libro VI de *La Galatea*,

“El sobrenombre tiene de *Bivaldo*;
de *Adam el nombre...*”,

y que en 1598, por asiento con Felipe II, obtuvo el privilegio de ser único banquero de Sevilla (véase mi libro *El Loaysa de “El Celoso extremeño”*, Sevilla, 1901, pág. 247), o ya fuese un

turas, que en cada calle y tras cada esquina se ofrecen más que en otro alguno. Don Quijote les agra-

Carlos Vivaldo, ginovés, de seguro deudo del anterior y asimismo residente allí, de quien hallé en el Archivo de protocolos de aquella ciudad dos escrituras de 12 de febrero de 1599 y 3 de agosto de 1600, por las cuales, como apoderado de don Francisco Zapata de la Cerda, vecino de Toledo, cobró de doña Ana de Cervantes y Espinola, viuda y heredera de Pedro López de Toledo, los corridos de cierto tributo. (Oficio 24, Diego de Vera, libro I de 1599, fol. 320, y II de 1600, fol. 1160.) Que CERVANTES trajese a cuento en el *Quijote* a personas que había conocido y tratado, sin mudarles siquiera los nombres, es cosa que no causará extrañeza a los que hayan leído mis notas acerca de *el gorrero Triguillos*, también sevillano, en *La Gitani-lla*, pág. 100 del t. I de mi edición de las *Novelas ejemplares* ("Clásicos Castellanos"), y de *el Doctor de la Fuente*, médico de Toledo (págs. xxxvii y 116 de mi edición crítica de *La Ilustre fregona*. (Madrid, M CM XVII).

2 "Para albergar gente perdida de toda la grande variedad de especies que constituían *la picaresca* en los postreros lustros del siglo xvi —escribí en el discurso preliminar de mi edición crítica de *Rinconete y Cortadillo*—, no había en España ninguna ciudad tan a propósito como Sevilla. Su opulencia daba para todos, aun para los más ruines; su desgobierno y su desorden eran el más eficaz salvoconducto para todo linaje de traviesos y delincuentes; y el ser tan grande y populosa, y tan concurrida de gente de cien naciones, ofrecía anchísimo campo a pescadores y mariscadores en seco, y protectora seguridad, si no rodaran bien las cosas, de perderse en un momento y cuantas veces fuera menester, como tragado por la tierra, con sólo escurrir y mudar el bulto de un barrio a otro. *Maremagnum* llamaba a Sevilla, mediado aquel siglo, el setabense Francisco Franco, médico del Rey de Portugal y catedrático del estudio de Santa María de Jesús; *Ninive* y *Babilonia* llamábala cincuenta años después el anónimo autor del *Entremés de los Mirrones*, y por *Babilonia castellana* y *Cairo español* tenía algo más tarde el ecijano Luis Vélez de Guevara, en una de sus comedias. Pero ¿a qué decir más? *Babilonia* se llamaba la ciudad del Guadalquivir en el hampesco lenguaje de la germanía. Empero, sobre las enumeradas, alguna otra cualidad o cosicosa tenía Sevilla que era especial y privativa de su suelo, o de su

deció el aviso y el ánimo que mostraban de hacerle merced, y dijo que por entonces no quería ni debía ir a Sevilla, hasta que hubiese despejado todas aquellas sierras de ladrones malandrines, de quien
 5 era fama que todas estaban llenas. Viendo su buena determinación, no quisieron los caminantes importunarle más, sino, tornándose a despedir de nuevo, le dejaron y prosiguieron su camino, en el cual no les faltó de qué tratar, así de la historia de Marcela y Grisóstomo como de las locuras de don Qui-

cielo, o de su ambiente, o de todos ellos a la vez, y que coadyuvaba muy mucho a constituirla en foco y metrópoli de toda la gente maleante y apicarada de la nación. A los diablos atribuía Santa Teresa de Jesús, con candorosa sencillez cristiana, esta rara cualidad a que me refiero: "No sé —escribía en su *Libro de las Fundaciones*, cap. xxv— si la misma clima de la
 "tierra, que he oído siempre decir los demonios tienen más
 "mano allí para tentar, que se la debe de dar Dios, y en esto
 "me apretaron a mí, que nunca me vi más pusilánime y cobarde
 "en mi vida que allí me hallé: yo, cierto, a mí misma no me
 "conocía."

La clase de aventuras a que irónica y festivamente se refería Vivaldo no tenían nada de caballerescas; eran, por el contrario, de aquellas que apuntaba el anónimo autor del pliego intitulado *Trato de las posadas de Sevilla* (Sevilla, Francisco Pérez, 1596), extractado por mí en 1904 para la edición crítica de *Rinconete y Cortadillo*, págs. 135-136:

"Si te salieres al río
 a pasear por la playa,
 mira que la que te mira
 no es banco que vuelve nada.
 Huye de las ocasiones,
 porque hay ocasiones tantas
 destas a cada momento,
 que no podrás excusarlas."

3 *Despojado*, en todas las ediciones, hasta que Fitzmaurice-Kelly, siguiendo la indicación que hizo Hartzenbusch en *Las 1633 notas...*, leyó *despejado*, tal como se dice en el capítulo xxxviii: "se aseguran los caminos, se *despejan* los mares de cosarios..."

jote. El cual determinó de ir a buscar a la pastora Marcela y ofrecerle todo lo que él podía en su servicio; mas no le avino como él pensaba, según se cuenta en el discurso desta verdadera historia, dando aquí fin la segunda parte.

5

5 Recuérdese lo dicho en nota del cap. VIII (280, 11).







CAPÍTULO XV

DONDE SE CUENTA LA DESGRACIADA AVENTURA QUE
SE TOPÓ DON QUIJOTE EN TOPAR CON UNOS DESAL-
MADOS YANGÜESSES.

C UENTA el sabio Cide Hamete Benengeli que así ⁵
como don Quijote se despidió de sus huéspe-
des y de todos los que se hallaron al entie-
rro del pastor Grisóstomo, él y su escudero se entra-
ron por el mismo bosque donde vieron que se había
entrado la pastora Marcela; y, habiendo andado más ¹⁰
de dos horas por él, buscándola por todas partes,
sin poder hallarla, vinieron a parar a un prado lleno
de fresca yerba, junto del cual corría un arroyo
apacible y fresco; tanto, que convidó, y forzó, a
pasar allí las horas de la siesta, que rigurosamente ¹⁵
comenzaba ya a entrar. Apeáronse don Quijote y
Sancho y, dejando al jumento y a Rocinante a sus
anchuras pacer de la mucha yerba que allí había,

6 *Así como* equivale en éste y en muchos otros lugares, caps. VI (200, 3), XII (357, 18), etc., a *luego que*.

13 *Junto de*, como en el cap. XI (324, 5); pero aquí no enmendaron *junto a*, como allí, Fitzmaurice-Kelly y Cortejón.

14 Clemencín, porque *convidar* y *forzar* “envuelven cierta contradicción”, echaba menos la partícula *aun*: “convidó y *aun* forzó.” Pusiera entre comas las palabras y *forzó*, y la *rectificación* retórica quedaba clara, aunque no tan patente, verbi-gracia, como otra del mismo capítulo (430, 2).

dieron saco a las alforjas, y, sin cerimonia alguna, en buena paz y compañía, amo y mozo comieron lo que en ellas hallaron.

No se había curado Sancho de echar sueltas a Rocinante, seguro de que le conocía por tan manso y tan poco rijoso, que todas las yeguas de la dehesa de Córdoba no le hicieran tomar mal siniestro. Ordenó, pues, la suerte, y el diablo (que no todas veces duerme), que andaban por aquel valle paciendo

4 *Suelta* es la traba o maniota con que se atan las manos de las caballerías. "Llamóse así —dice Covarrubias— *a contrario sensu*", e indistintamente se usa en singular y en plural. Un refrán: "A mula roma, *suelta* gorda."

7 Aunque *siniestro*, como sustantivo, significa por sí solo, según Covarrubias y los diccionarios de hoy, "resabio, vicio o dañada costumbre que tiene el hombre o la bestia", algunas veces se dijo *mal siniestro*. En la escena 41 de la *Comedia llamada Florinea* dice Fulminato: "A la fe, no la dexar criar malas costumbres desde nueva [a la mujer]; porque una bestia mular cobrando *mal siniestro*, ella muere, pero no lo pierde, y ansi no menos es de la muger." Fray Juan de la Cerda, *Vida política de todos los estados de mugeres*, fol. 309 vto.: "...mas hase de procurar que entretanto no se pierda la moça, y cobre *malos siniestros* la hija, se hunda la hazienda, y se buelua demonio el marido..."

9 Lo común es decir *que no duerme*, o *que nunca duerme*, cuando, conforme a la explicación del maestro Correas (*Vocabulario de refranes...*), "se refiere algo, y algún azar y mal que sucedió y parece que el diablo ayudó en él". El mismo CERVANTES dice en otro lugar (I, XLIV): "...el demonio, *que no duerme*, ordenó que..." Esta expresión proverbial pide sitio en el *Diccionario* de la Academia, ya que lo tiene muy repetidamente en las obras de nuestros clásicos. Un ejemplo no cervantino. Quevedo, Musa VI, romance LXXXVI:

"Por hazerme formidable,
El diablo, *que nunca duerme...*"

9 Para Clemencín, "según la recta construcción gramatical, correspondía decir: "*ordenó, pues, la suerte que anduviesen por aquel valle...*" No recordó el exigente erudito que

una manada de hacas galicianas de unos harrieros yangüeses, de los cuales es costumbre sestear con su recua en lugares y sitios de yerba y agua, y aquel donde acertó a hallarse don Quijote era muy a propósito de los yangüeses. Sucedió, pues, que a Rocinante le vino en deseo de refocilarse con las señoras facas, y saliendo, así como las olió, de su natural paso y costumbre, sin pedir licencia a su dueño tomó un trotico algo picadillo y se fué a comunicar

en el tiempo de CERVANTES se solía usar el pretérito imperfecto de indicativo, y no el de subjuntivo, en casos como éste. Ya ocurrió otro en el cap. XII (354, 12): "...nadie la miraba que no *bendecía* a Dios", y allí cité algunos ejemplos para justificar esta manera de decir.

1 Sabido es —y queda dicho en nota del cap. IV (177, 7)— que los nombres colectivos de número singular pueden concertar, por silepsis, con un adjetivo o verbo en plural, cuando concurren ciertos requisitos. Así sucede en el texto con el nombre *manada*, y por esto concierta bien con *andaban*.

1 Las *hacas galicianas* o jacas gallegas, como dice Clemencín, "suelen ser de poca alzada, pero de muchas fuerzas, y, por consiguiente, muy a propósito para el servicio de la harriería, profesión a que eran dados los naturales del pueblo de Yanguas, en la provincia de Segovia". En la edición príncipe son gallegos, y no yangüeses, estos harrieros; la enmienda introducida en las posteriores está insinuada en ella misma, en el epígrafe de este capítulo. A los yangüeses, aunque desfigurándoles un poco el nombre, se refirió fray Luis de Rebolledo en su *Primera parte de Cien oraciones fúnebres* (Sevilla, Clemente Hidalgo, M.DC), oración XXVI: "Los Angueses (*sic*) son harrieros que traen bestias flacas; salen de su casa y tierra y en muchos meses no bueluen a ella, ni se acuerdan de boluer. Y si andando por tierras estrañas lo passaran bien, no fuera de espantar...; pero inuierno y verano, otoño y primavera, duermen en el campo, puestos a la injuria del tiempo."

1 Sobre el escribir con *h* la palabra *harriero* recuérdese una nota que queda en el cap. II (115, 1).

8 En la edición príncipe, *licencia su dueño*, por omisión de una de dos *aes* inmediatas.

9 A Clemencín le pareció mal formado el diminutivo *tro-*

su necesidad con ellas; mas ellas, que, a lo que pareció, debían de tener más ganas de pacer que de ál, recibieronle con las herraduras y con los dientes, de tal manera, que a poco espacio se le rompieron
 5 las cinchas, y quedó sin silla, en pelota. Pero lo que él debió más de sentir fué que, viendo los harrieros la fuerza que a sus yeguas se les hacía, acudieron con estacas, y tantos palos le dieron, que le derribaron mal parado en el suelo.

10 Ya, en esto, don Quijote y Sancho, que la paliza de Rocinante habían visto, llegaban ijadeando, y dijo don Quijote a Sancho:

—A lo que yo veo, amigo Sancho, éstos no son caballeros, sino gente soez y de baja ralea. Dígolo
 15 porque bien me puedes ayudar a tomar la debida venganza del agravio que delante de nuestros ojos se le ha hecho a Rocinante.

—¿Qué diablos de venganza hemos de tomar —respondió Sancho—, si éstos son más de veinte,
 20 y nosotros no más de dos, y aun quizá no somos sino uno y medio?

—¡Yo valgo por ciento! —replicó don Quijote.

Y sin hacer más discursos, echó mano a su espada y arremetió a los yangüeses, y lo mesmo hizo
 25 Sancho Panza, incitado y movido del ejemplo de su

tillo, que así leyó él, siguiendo a la segunda edición de Cuesta. Bien pudo consolarse leyendo, por compensación, *pradecillo*, y no *pradillo*, en el cap. xx. Querer ajustar la gramática del tiempo de CERVANTES a los cánones de la del moderno es una pueril inadvertencia, cuando no una pedantesca pretensión. Cortejón leyó *trotillo*, aun diciéndose tan amante de la edición príncipe.

3 Sobre el pronombre *él* quedó nota en el cap. xi (119, 2).

21 En todas las ediciones antiguas, “y aun quizá *nosotros* sino uno y medio?” Porque sin duda es errata ese *nosotros*, sigo la acertada conjetura de Clemencín, leyendo *no somos*.

amo; y a las primeras dió don Quijote una cuchillada a uno, que le abrió un sayo de cuero de que venía vestido, con gran parte de la espalda.

Los yangüeses, que se vieron maltratar de aquellos dos hombres solos, siendo ellos tantos, acudieron a sus estacas y cogiendo a los dos en medio, comenzaron a menudear sobre ellos con grande ahinco y vehemencia. Verdad es que al segundo toque dieron con Sancho en el suelo, y lo mesmo le avino a don Quijote, sin que le valiese su destreza y buen ánimo. Y quiso su ventura que viniese a caer a los pies de Rocinante, que aún no se había levantado; donde se echa de ver la furia con que machacan estacas puestas en manos rústicas y enojadas. Viendo, pues, los yangüeses el mal recado que habían hecho, con la mayor presteza que pudieron cargaron su recua y siguieron su camino, dejando a los dos aventureros de mala traza y de peor talante.

El primero que se resintió fué Sancho Panza; y hallándose junto a su señor, con voz enferma y lastimada dijo:

—¡ Señor don Quijote! ¡ Ah, señor don Quijote!

—¿ Qué quieres, Sancho hermano? —respondió

1 Clemencin, lo mismo que Mayans, creyó que *primeras* concierda con *cuchilladas*, “como si dijera: *a las primeras cuchilladas, dió una...*” No: *a las primeras* es un modo adverbial que equivale a *de buenas a primeras*. Miguel Salinas, *Rhetorica en lengua castellana...* (Alcalá de Henares, Juan de Brocar, M.D.xlj), fol. 9 vto.: “En qualquier oracion o razonamiento, mayormente si es perfecto o largo, se dize primero alguna cosa que prepare a que se tenga atención y oya de buena gana lo que se ha de dezir, y no siempre conuiene echar luego mano, como dizen, y *a las primeras* dezir lo que quieren a secas.” También se dice figuradamente, en idéntico sentido, *a las primeras de cambio*, frase tomada del comercio, y de la cual podría ser reducción elíptica la que ha dado lugar a esta nota.

don Quijote, con el mismo tono afeminado y doliente que Sancho.

—Querría, si fuese posible —respondió Sancho Panza—, que vuestra merced me diese dos tragos de aquella bebida del feo Blas, si es que la tiene vuestra merced ahí a mano: quizá será de provecho para los quebrantamientos de huesos, como lo es para las heridas.

—Pues a tenerla yo aquí, desgraciado yo, ¿qué nos faltaba? —respondió don Quijote—. Mas yo te juro, Sancho Panza, a fe de caballero andante, que antes que pasen dos días, si la fortuna no ordena otra cosa, la tengo de tener en mi poder, o mal me han de andar las manos.

—Pues ¿en cuántos le parece a vuestra merced que podremos mover los pies? —replicó Sancho Panza.

—De mí sé decir —dijo el molido caballero don Quijote— que no sabré poner término a esos días.

9 Nota don Adolfo de Castro, *Estudios prácticos de buen decir y de arcanidades del habla española* (Cádiz, 1880), página 268, que podemos decir ¡*Infeliz de mí!* “así como ¡*Infeliz yo!*, por más que sea lo usual aplicar a lo que denota adversidad el *de mí*, como ¡*triste, desgraciado de mí!*”, y que “cuando se trata de exclamación de alegría se dice, no ¡*feliz de mí!*, sino ¡*feliz yo!*” Ciertamente; pero tiene muchas excepciones la regla: Ruiz de Alarcón, por boca de uno de los personajes de *La Manganilla de Melilla*:

“¡*Triste yo!* En la vil contienda
Me ha cogido el General.”

14 Esta expresión figurada y familiar, que registra y explica el *Diccionario* de la Academia, se usaba de ordinario disyuntivamente con otra proposición, como en el lugar del texto. Vuelve a ocurrir en el cap. XLIII de esta primera parte.

16 Mejor se diría “que *no* podremos”. Y todavía mejor si preguntase, sin negación: “Pues ¿a los cuántos...”

Mas yo me tengo la culpa de todo; que no había de poner mano a la espada contra hombres que no fuesen armados caballeros, como yo; y así, creo que en pena de haber pasado las leyes de la caballería, ha permitido el Dios de las batallas que se me diese este castigo. Por lo cual, Sancho Panza, conviene que estés advertido en esto que ahora te diré, porque importa mucho a la salud de entrambos; y es que cuando veas que semejante canalla nos hace algún agravio, no aguardes a que yo ponga mano al espada para ellos, porque no lo haré en

4 El *Diccionario* de la Academia tiene a *pasar* por anti-
cuado en la acepción de traspasar o quebrantar leyes o pre-
ceptos. A lo menos en Andalucía, está viva esta acepción en
el habla del vulgo.

11 Así, *al espada*, en las tres ediciones de Cuesta, y en la
de Bowle; las demás, y para esto de las variantes (fuera de
la edición príncipe y otras diez que siempre tengo a la vista)
me sirvo de la del señor Cortejón, bien que en ella no esca-
sean las inexactitudes, ni aun las omisiones, las demás, digo,
hasta la suya misma, leen *la espada*. Y ¿por qué no *el espado*,
cuando así se decía desde los remotos tiempos del poema del
Cid, quien, persiguiendo al rey Búcar,

“Cortol’ el yelmo, e librado todo lo al
Fata la cintura *el espada* legado ha”?

¿Por qué no *el espada*, cuando así hubo de escribirlo CERVAN-
TES, como tal cual vez se escribía *el escalera*, *el espesura*, *el*
estancia, *el estatura*, *el entrada*, etc., etc.? Que por esto dijo
Antonio de Nebrija en el cap. vi del libro III de su *Gramática*
de la lengua castellana: “...cuando algun nombre femenino
comiença en *a*, por que no se encuentre una *a* con otra *a* se
haga fealdad en la pronunciacion, en lugar de *la* ponemos *el*,
como *el agua*, *el alma*, *el açada*. Si comiença en alguna de las
otras vocales, por que no se haze tanta fealdad, indiferente-
mente ponemos *el* o *la*, como *el enemiga*, *la enemiga*; pero en
el plural siempre les damos el artículo de las hembras, como
las aguas, *las enemigas*.” Y más de un siglo después escribía
Ambrosio de Salazar, *Espejo general de la Gramática*... (Rouen,

ninguna manera; sino pon tú mano a tu espada y castígalos muy a tu sabor; que si en su ayuda y defensa acudieren caballeros, yo te sabré defender, y ofendellos, con todo mi poder; que ya habrás
 5 visto por mil señales y experiencias hasta adónde se estiende el valor de este mi fuerte brazo.

Tal quedó de arrogante el pobre señor con el vencimiento del valiente Vizcaíno. Mas no le pareció tan bien a Sancho Panza el aviso de su amo, que
 10 dejase de responder, diciendo:

—Señor, yo soy hombre pacífico, manso, sosegado, y sé disimular cualquiera injuria, porque tengo mujer y hijos que sustentar y criar. Así, que séale a vuestra merced también aviso, pues no puede ser
 15 mandato, que en ninguna manera pondré mano a la espada, ni contra villano ni contra caballero, y que desde aquí para delante de Dios perdono cuan-

Adrien Morront, 1614), pág. 157: "...aunque esta regla [la de haber de ser femenino el artículo que va con nombre de este género] no se conforma en todas las palabras, porque se puede decir muy bien *vn espada*, y sonaría bien, como si dixese *vna espada*; *vn estera...*, *vn escobilla*; de manera que cuando la palabra femenina se comienza por *e* no haze al caso que se pierda la *a...*" Algo de esto perdura hasta hoy en el habla del vulgo; en mi pueblo (Osuna) he oído decir muchas veces: "el niño está en *el* escuela."

13 Todavía no es Sancho, como será después, "costal de refranes"; a serlo, habría recordado el que dice: "Casarás, y amansarás".

14 Hoy diríamos *sírvale*, o *sírvate de aviso*; pero antaño se decía como lo dice Sancho en este lugar. Baltasar del Alcázar, en uno de sus epigramas (*Poesías de...*, edición que preparé para la Academia Española, pág. 67):

"*Séate*, Isabel, *aviso*
 Que a su amiga el carnicero
 No la quiso por Hebrero,
 Pero por Marzo la quiso."

tos agravios me han hecho y han de hacer, ora me los haya hecho, o haga, o haya de hacer, persona alta o baja, rico o pobre, hidalgo o pechero, sin exceptar estado ni condición alguna.

Lo cual oído por su amo, le respondió:

—Quisiera tener aliento para poder hablar un poco descansado, y que el dolor que tengo en esta costilla se aplacara tanto cuanto, para darte a entender, Panza, en el error en que estás. Ven acá,

8 Tanto cuanto es, como dice la Academia, *algún tanto*, algo, pero siempre poco; algo más del *tantico* de que traté en nota del prólogo (35, 7). Rey de Artieda, *Discursos... de Artemidoro*, fol. 73, refiriéndose a la milagrosa navegación de San Raimundo:

“...Y alçando de su capa *tanto quanto*, sale con viento próspero y suave, dexandole con admirable espanto.”

Hoy, en el habla familiar, para denotar algún dinero tomado ilícitamente, por vía de cohecho o soborno, solemos decir: “cada cual cogió su *tanti cuanti*.” También se decía *ya cuanto*, o *yacuan-to*, *Amadís de Gaula*, libro II, cap. XIV: “...e Aldeva e Olinda la mesurada, en la cabeza de la cual las flores secas comenzaron *ya cuanto* a reverdecen...” Y Pineda, *Agricultura christiana*, diál. XVIII, § XXIII: “...y con esto se allanaron *ya quanto*, y entendí que con razon declaran los cuerdos...” (Véase la *Gramática* de Bello y Cuervo, nota del § 358 de aquél y nota de la pág. 55 de éste.)

9 Algunos editores enmendaron, muy gramaticalmente, *el error en que estás*, omitiendo el *en* que en el texto original precede al artículo; pero justo es reconocer que CERVANTES lo escribía así, particularidad en que paró la atención don Rufino José Cuervo en su nota 138 a la *Gramática* de Bello. “La coexistencia de dos construcciones —dijo— ha dado margen a que se confundan cuando interviene una preposición; dícese normalmente: “Sé a qué blanco tiras”, “Sé el blanco a que tiras”; y de aquí, “Sé al blanco que tiras”... No para aquí la confusión de las dos fórmulas, sino que se repite la preposición; giro desatinado que no se admitiría hoy: “Quisiera que el dolor que tengo en esta costilla se aplacara tanto cuanto,

pecador: si el viento de la fortuna, hasta ahora tan contrario, en nuestro favor se vuelve, llenándonos las velas del deseo para que seguramente y sin contraste alguno tomemos puerto en alguna de las
 5 insulas que te tengo prometida, ¿qué sería de ti si, ganándola yo, te hiciese señor della? Pues lo vendrás a imposibilitar, por no ser caballero, ni quererlo ser, ni tener valor ni intención de vengar tus injurias y defender tu señorío. Porque has de saber
 10 que en los reinos y provincias nuevamente conquistados nunca están tan quietos los ánimos de sus naturales, ni tan de parte del nuevo señor, que no se tengan temor de que han de hacer alguna novedad para alterar de nuevo las cosas, y volver, como
 15 dicen, a probar ventura; y así, es menester que

"para darse a entender, Panza, en el error en que estás" (CERVANTES, *Quijote*, I, 15).

"Veníos conmigo y vereis

"En el engaño en que estais."

(El mismo, *La Entretenida*, I.)"

Añadiré aún otro ejemplo. Feliciano de Silva, en la *Segunda Comedia de Celestina*, cena VII, hace decir a Pandulfo: "...y no es ya tiempo de tardar de ir a dar cuenta de lo pasado a Felides, y decille en el estado en que tengo sus amores."

1 Pecador, en la acepción de *infeliz* o *desdichado*, que sigue faltando en el léxico de la Academia, y en la cual se encuentra en algunos otros pasajes del *Quijote*: "Sin duda este pecador está herido de muerte..." (I, XVIII); "...como sale este pecador del profundo del abismo..." (II, LV). Véanse otros ejemplos: Fernández de Oviedo, *Historia de las Indias*, t. II, pág. 424: "Y estaban juntos en la misma plaza hasta ochenta cuerpos [cadáveres de españoles]...; estaban hechos aquellos pecadores un monton e muy hinchados." Fray Juan de la Cerda, *Vida política...*, fol. 427: "...Y la que tres dias ha que estaua llorando al otro marido, verla eys aora atauandose, y pintandose toda, entre aquellos pecadorcillos de sus hijos, que, con su inocencia, no sienten el mal que se les aparece."

el nuevo poseedor tenga entendimiento para saberse gobernar y valor para ofender y defenderse en cualquiera acontecimiento.

—En este que ahora nos ha acontecido —respondió Sancho— quisiera yo tener ese entendimiento y ese valor que vuestra merced dice; mas yo le juro, a fe de pobre hombre, que más estoy para bizmas que para pláticas. Mire vuestra merced si se puede levantar, y ayudaremos a Rocinante, aunque no lo merece, porque él fué la causa principal de todo este molimiento. Jamás tal creí de Rocinante; que le tenía por persona casta y tan pacífica como yo. En fin, bien dicen que es menester mucho tiempo para venir a conocer las personas, y que no hay cosa segura en esta vida. ¿Quién dijera que tras de aquellas tan grandes cuchilladas como vuestra merced dió a aquel desdichado caballero andante, había de venir por la posta y en seguimiento suyo esta tan grande tempestad de palos que ha descargado sobre nuestras espaldas?

—Aun las tuyas, Sancho —replicó don Quijote—, deben de estar hechas a semejantes nublados; pero las mías, criadas entre sinabafas y holandas, claro

1 Hoy diríamos *poseedor* —y aun CERVANTES lo dice en otro lugar (II, VI)—, más bien que *poseedor*.

23 Por el *Tesoro* de Covarrubias y por el *Diccionario* de la Academia sólo sabemos de la *sinabafa* que era tela muy delgada, parecida a la Holanda. Ni da más luz Lope de Vega, en la jorn. III de *El mayorazgo dudoso*:

“Los almaiceles no resplandecían
Del bárbaro Luzmán, morisca gala,
La manga de bruñida *sinabafa*,
La guarnecida aljuba y almalafa”,

ni en el acto III de *La pobreza estimada*; donde dice Audalla:

“Aquí pongo el turbante y la almalafa;

está que sentirán más el dolor desta desgracia. Y si no fuese porque imagino..., ¿qué digo imagino? sé muy cierto, que todas estas incomodidades son muy anejas al ejercicio de las armas, aquí me dejaría morir de puro enojo.

A esto replicó el escudero:

—Señor, ya que estas desgracias son de la cosecha de la caballería, dígame vuestra merced si suceden muy a menudo, o si tienen sus tiempos limitados en que acaecen; porque me parece a mí que a dos cosechas quedaremos inútiles para la tercera, si Dios, por su infinita misericordia, no nos socorre.

—Sábetе, amigo Sancho —respondió don Quijote—, que la vida de los caballeros andantes está sujeta a mil peligros y desventuras, y ni más ni menos está en potencia propincua de ser los caballeros andantes reyes y emperadores, como lo ha mostrado la experiencia en muchos y diversos caballeros, de cuyas historias yo tengo entera noticia. Y pudírate contar agora, si el dolor me diera lugar, de algunos

Que basta que me quede esta camisa
De cándida y bruniada *sinabafa*."

Aunque tela fina y que como tal suele hallarse nombrada entre las prendas de casas ricas, verbigracia, de la de don Alonso de Ercilla, "Cuatro frutericos de *sinabafa* en tres ducados", "Iten dos camisas de *sinabafa*, digo cortinas" (Medina, *La Araucana*, tomo de *Documentos*, Santiago de Chile, MCMXIII, págs. 80 y 424), su uso se había extendido hasta las aldeas, y en el inventario de los bienes que heredó de su madre Alonso Gómez el mozo (Espiel, 2 de enero de 1599, registro de Diego Quadrado, en el Archivo de protocolos de Fuenteovejuna), encontré esta partida: "Vn desquido de *sinabafa*, cinco Reales." Este *descuido* sería lo que ahora llamamos *peinador*.

8 De la cosecha de la caballería, equivale a *propias* o *peculiares* de la caballería, porque *tener* uno tal o cual cosa de su cosecha significa *tenerla 'de suyo*, naturalmente, sin sugestión ni ayuda ajena, como veremos en otro lugar (II, LVIII).

que sólo por el valor de su brazo han subido a los altos grados que he contado, y estos mismos se vieron antes y después en diversas calamidades y miserias: porque el valeroso Amadís de Gaula se vió en poder de su mortal enemigo Arcalaus el encantador, de quien se tiene por averiguado que le dió, teniéndole preso, más de docientos azotes con las riendas de su caballo, atado a una coluna de un patio. Y aun hay un autor secreto, y de no poco crédito, que dice que, habiendo cogido al Caballero del Febo con una cierta trampa, que se le hundió debajo de los pies, en un cierto castillo, y al caer, se halló en una honda sima debajo de tierra, atado de pies y manos, y allí le echaron una destas que llaman melecinas, de agua de nieve y arena, de lo

11 Por no percatarse de que debía haber coma después de la voz *trampa*, pues el *que* siguiente es uno de aquellos redundantes de que traté en nota del cap. x (303, 17), los más de los editores y anotadores del *Quijote* han tenido necesidad de omitir la conjunción *y*, diciendo: "...en un cierto castillo, *al caer, se halló...*" Y alguno que, como Cortejón, ni ha puesto la dicha coma, ni ha suprimido la conjunción *y*, ha dejado tan oscuro el sentido, que ni con linterna se dará con él.

15 *Melecina*, voz hoy en desuso, vale tanto como *clister* o *ayuda*. Esto que cuenta don Quijote del Caballero del Febo se refiere de *Amadís de Gaula* en el cap. xxxii del *Quijote* de Avellaneda, fol. 249: "...pues tan honrado como yo era el fuerte Amadís de Gaula, y con todo me acuerdo auer leydo que auriendole echado preso por engaño vn encantador, y teniendole metido en vna obscura mazmorra, le echó inuisiblemente *vna melecina de arena y agua fria*, tal, que por poco muriera della." Como se ve, estas palabras, salvo la atribución del suceso a Amadís, son copia casi literal del pasaje cervantino. No así una sucia referencia a cierta *melecina de plomo derretido*, de la cual el falso Avellaneda hizo hablar a Sancho en el cap. vii (fol. 50 vto.). Que estas pesadas burlas se hacían en realidad de verdad y no son mera invención de los novelones de caballerías, patentízanlo las alusiones de nuestro teatro: Lope de Vega, en el acto 1 de *Mirad a quién alabáis* y en el 11

que llegó muy al cabo; y si no fuera socorrido en aquella gran cuita de un sabio grande amigo suyo, lo pasara muy mal el pobre caballero. Ansí, que bien puedo yo pasar entre tanta buena gente; que
 5 mayores afrentas son las que éstos pasaron que no las que ahora nosotros pasamos. Porque quiero hacerle sabidor, Sancho, que no afrentan las heridas que se dan con los instrumentos que acaso se hallan en las manos, y esto está en la ley del duelo escrito
 10 por palabras expresas: que si el zapatero da a otro con la horma que tiene en la mano, puesto que verdaderamente es de palo, no por eso se dirá que queda apaleado aquel a quien dió con ella. Digo esto porque no pienses que, puesto que quedamos desta
 15 pendencia molidos, quedamos afrentados: porque las armas que aquellos hombres traían, con que nos

de *Fuente Ovejuna*; Rojas Zorrilla, en la jorn. 1 de *El Catn de Cataluña*, etc. Y aun en tiempo menos remoto. Refiere don Gabriel María Vergara en su *Diccionario Geográfico popular* (Madrid, 1924), pág. 205, que "a los de Perales, pueblecito de la provincia de Madrid, les llaman en la comarca los *jeringueros*, apodo fundado en que, según se cuenta, para librarse de un agente ejecutivo o comisionado de apremios, le jeringaron con una jeringa de las que usan para las caballerías, cargada con una infusión de tabaco, pimienta y sal. Y cantan por burla en los pueblos del contorno:

"Si pasas por Perales,
 Pasa ligero,
Pa que no te jeringuen
 Los *jeringueros*."

13 La misma doctrina expone Tancredo en la jorn. III de *El galán escarmentado*, de Lope 'de Vega:

"A soldados de Flandes y a personas
 en el duelo y su duelo ejercitadas
 he oído litigar que no es afrenta;
 porque un báculo, al fin, que un hombre trae
 no le pudo afrentar, porque le sirve,
 ni fué caso pensado en el contrario."

machacaron, no eran otras que sus estacas, y ninguno dellos, a lo que se me acuerda, tenía estoque, espada ni puñal.

—No me dieron a mi lugar —respondió Sancho— a que mirase en tanto; porque apenas puse mano a mi tizona, cuando me santiguaron los hombros con

5 Mirar, en la acepción de *reparar*, como en el cap. XI (339, 27).

6 El nombre de *tizona*, dado a cualquier espada, casi siempre en tono festivo, viene de haberse llamado de esta manera una de las dos famosas que el Cid ganó en sendas batallas. Véase el *Cantar de Mio Cid*, de Menéndez Pidal, artículo *espada* de su *Vocabulario*. De los nombres *Tizona* y *Colada* se jugó tal cual vez por nuestros escritores jocosos, aludiendo con el segundo al trago: a la limeta o la taza de vino. Así, por ejemplo, Quiñones de Benavente, en su *Entremés de los Alcaldes encontrados*, cuarta parte:

“TREVEJO. Brindad. (*Beben.*)

MOJARRILLA. No hay cosa ya que no me cuadre.

ESCRIBANO. ¡Qué bien toca estocadas el compadre!

CLARA. Empuña siempre la mejor espada.

TREVEJO. La *tizona* dejé por la *colada*.”

6 De *santiguar*, en su acepción de “decir algunas oraciones devotas y santas haciendo algunas cruces y echando algunas bendiciones *in modum crucis*”, como dice Covarrubias, se hizo metafórica y festivamente la acepción, también vulgar, en que aquí emplea esta voz Sancho, significando golpear a uno. Así Juan de Castellanos en sus *Elegías de varones ilustres de Indias*, parte II, elegía II, canto 1:

“El chipa caminando va sin pena
Con estos nahorías o vasallos;
Pero viéndose lejos del arena
Donde quedaban los de los caballos,
Asió del un ramal de la cadena
Y comenzó con él de *santiguillos*;
A unos *santiguaba* las cervices,
Y a otros derribaba las narices.”

En el entremés del *Desafío de Juan Rana*, ahijado a don Pedro Calderón en las *Tardes apacibles de gustoso entretenimiento*, repartidas en varios *Entremeses*, y *Bayles entremesados*... (Madrid, Andrés García de la Iglesia, 1663, fol. 28 vto.):

sus pinos, de manera, que me quitaron la vista de los ojos y la fuerza de los pies, dando conmigo adonde ahora yago, y adonde no me da pena alguna el pensar si fué afrenta, o no, lo de los estacazos, como me la da el dolor de los golpes, que me han de quedar tan impresos en la memoria como en las espaldas.

—Con todo eso, te hago saber, hermano Panza —replicó don Quijote—, que no hay memoria a quien el tiempo no acabe, ni dolor que muerte no le consuma.

COSME. Ciento que la memoria tengo flaca, pues no sé si era palo o era estaca.

BERNARDA. *Santiguome* de veros reposado.

COSME. Yo no, porque ya vengo *santiguado*."

En Sevilla oí decir a una criada, tachando a otra de sucia, que limpiaba las sillas *con cuatro santigüeñazos*.

3 Máinez leyó *yazgo*, como decimos ahora. CERVANTES lo empleó asemejando a *hacer* este verbo, en la primera persona de singular del presente de indicativo (*hago, yago*). Y lo mismo en otro lugar (II, iv): "...caí en esta sima donde *yago*, el rucio conmigo."

10 Hartzenbusch en sus dos ediciones y algunos otros, Fitzmaurice-Kelly entre ellos, leyeron "que *la muerte*", imaginando deberse a yerro de la imprenta la omisión del artículo. No hubo tal: CERVANTES lo dijo a lo refranESCO. Correas, *Vocabulario de refranes*...: "*Muerte y venta* deshace renta." "*Mujer, viento y ventura* presto se muda."

11 Este es resobado tópicO de la filosofía del pueblo y sale con frecuencia en nuestras coplas vulgares. Véanse dos, números 6870 y 6886 de mis *Cantos populares españoles*:

"Todo lo vence el amor;
Todo el dinero lo allana;
Todo lo consume el tiempo;
Todo la muerte lo acaba."

"No hay muralla que por firme
Dure lo que el tiempo dura;
Que todito en este mundo
Tiene fin y sepultura."

—Pues ¿qué mayor desdicha puede ser —replicó Panza— de aquella que aguarda al tiempo que la consume y a la muerte que la acabe? Si esta nuestra desgracia fuera de aquellas que con un par de bizmas se curan, aún no tan malo; pero voy viendo ⁵ que no han de bastar todos los emplastos de un hospital para ponerlas en buen término siquiera.

—Déjate deso y saca fuerzas de flaqueza, Sancho —respondió don Quijote—, que así haré yo, y veamos cómo está Rocinante; que, a lo que me parece, no le ha cabido al pobre la menor parte desta desgracia. ¹⁰

—No hay de que maravillarse deso —respondió Sancho—, siendo él tan buen caballero andante; de lo que yo me maravillo es de que mi jumento haya ¹⁵ quedado libre y sin costas donde nosotros salimos sin costillas.

—Siempre deja la ventura una puerta abierta en las desdichas para dar remedio a ellas —dijo don Quijote—. Dígolo porque esa bestezuela podrá ²⁰ suplir ahora la falta de Rocinante, llevándome a mí

¹⁹ Noble pensamiento es éste, y corresponde a aquel refrán que dice: “Entre la garganta y la sogá, cabe la misericordia.” Y a esta hermosa copla popular:

“Quien espera, desespera;
Quien desespera, no alcanza:
Por eso es bueno esperar...
Y no perder la esperanza.”

Nunca faltó a CERVANTES, que en tantos y tan graves peligros vió su vida, la piadosísima confianza en la bondad de Dios. Véase lo que, por boca de Periandro, dijo en *Persiles y Sigismunda*, libro I, cap. ix: “El alma ha de estar el vn pie en los labios y el otro en los dientes, si es que hablo con propiedad, y no ha de dexar de esperar su remedio, porque sería agrauiar a Dios, que no puede ser agrauiado, poniendo tassa y coto a sus infinitas misericordias.”

desde aquí a algún castillo donde sea curado de mis heridas. Y más, que no tendré a deshonra la tal caballería, porque me acuerdo haber leído que aquel buen viejo Sileno, ayo y pedagogo del alegre dios
5 de la risa, cuando entró en la Ciudad de las cien puertas iba muy a su placer caballero sobre un muy hermoso asno.

—Verdad será que él debía de ir caballero, como vuestra merced dice —respondió Sancho—; pero hay
10 grande diferencia del ir caballero al ir atravesado como costal de basura.

A lo cual respondió don Quijote:

—Las feridas que se reciben en las batallas antes dan honra que la quitan; así que, Panza amigo, no
15 me repliques más, sino, como ya te he dicho, levántate lo mejor que pudieres, y ponme de la manera que más te agradare encima de tu jumento, y vamos de aquí, antes que la noche venga y nos saltee en este despoblado.

20 —Pues yo he oído decir a vuestra merced —dijo Panza— que es muy de caballeros andantes el dor-

6 Nota Clemencín que CERVANTES confundió aquí a la Tebas de Beocia, patria de Baco, con la Tebas de Egipto, que fué la Ciudad de las cien puertas, equivocación en que precedió al autor del *Quijote* Juan de Mena, en sus *Trescientas*. La lectura del poeta cordobés debió de originar el error de CERVANTES en este punto.

14 Como veremos, esto y más volvió a decir nuestro autor en el prólogo de la segunda parte del *Quijote*, refiriéndose ya determinadamente a las heridas que recibió en la batalla de Lepanto. Asimismo, en el de sus *Novelas ejemplares*, que salieron a luz en 1613, habló con legítimo orgullo de la herida que le estropeó una mano: "...perdió en la batalla naval de Lepanto la mano izquierda de un arcabuzazo, herida que, aunque parece fea, él la tiene por hermosa, por haberla cobrado en la más memorable y alta ocasión que vieron los pasados siglos ni esperan ver los venideros..."

mir en los páramos y desiertos lo más del año, y que lo tienen a mucha ventura.

—Eso es —dijo don Quijote— cuando no pueden más, o cuando están enamorados; y es tan verdad esto, que ha habido caballero que se ha estado sobre una peña, al sol y a la sombra, y a las inclemencias del cielo, dos años, sin que lo supiese su señora. Y uno déstos fué Amadís, cuando, llamándose Beltenebros, se alojó en la Peña Pobre, ni sé si ocho años o ocho meses; que no estoy muy bien en la cuenta: basta que él estuvo allí haciendo penitencia, por no sé qué sinsabor que le hizo la señora Oriana. Pero dejemos ya esto, Sancho, y acaba, antes que suceda otra desgracia al jumento, como a Rocinante.

—¡Aun ahí sería el diablo! —dijo Sancho.

Y despidiendo treinta ayes, y sesenta sospiros, y

9 Aunque el nombre que puso a Amadís de Gaula el ermitaño de la Peña Pobre fué el de *Beltenebros*, por alusión a su belleza (*bel*, *bello*) y al estado de tristeza y negra melancolía en que se encontraba (*tenebrós*, *tenebroso*), y, por tanto, no hicieron mal Clemencín y Fitzmaurice-Kelly en llamarle *Beltenebros* cuantas veces sale su nombre en el *Quijote*, no los imitaré en esto, porque ni en las primeras ediciones de la inmortal novela aparece acentuado como voz aguda, ni en España se dijo ni se escribió casi nunca sino *Beltenebros*, llanamente, de lo cual tengo recogidos abundantes ejemplos, así en el *Romancero general* como en Lope de Vega. Tirso de Molina, Calderón y otros poetas.

15 Según el léxico de la Academia, *Ahí será el 'diablo* es “expresión familiar con que se explica el mayor riesgo o peligro que se teme o se sospecha en lo que puede suceder”. Para Cejador la exclamación del texto significa “hasta ahí en eso va a hacer el diablo de las tuyas.” Correas, *Vocabulario de refranes...*: “*Aun eso sería el diablo*. Aun eso sería ello. (Que si tal fuese, habría pesar y castigo.)” Y en otro lugar: “*Y aun esto sería el diablo*; y aun esta sería otra cosa. (Causa de pesadumbre.)”

ciento y veinte pésenes y reniegos de quien allí le había traído, se levantó, quedándose agobiado en la mitad del camino, como arco turquesco, sin poder acabar de enderezarse; y con todo este trabajo
5 aparejó su asno, que también había andado algo des-

1 De los carreteros dice CERVANTES en *El licenciado Vidriera* que "si acaso les queda por sacar alguna rueda de algún atolladero, más se ayudan de dos pésenes que de tres mulas". Ignoran que, según dijo Barahona de Soto,

"Echar pésenes, votos y un bufido
Ni engrandescen las fuerzas corporales
Ni un ánimo levantan abatido."

También lo ignoraba aquel poetastro ciego a quien CERVANTES se refirió en el cap. II del *Viage del Parnaso* (fol. 17):

"Entre los arrojados se oyó vn ciego,
Que murmurando entre las ondas yua
De Apolo con vn pésene y reniego."

Hoy en Andalucía, estragada la palabra *pésene*, suelen decir *echar pestes*: "Salió echando pestes." Los *pésenes* y *reniegos* proferidos contra Dios y sus santos o contra las cosas sagradas eran *casos de Inquisición*, porque ésta entendía en su persecución y castigo. Ante el Tribunal de la de Toledo fué denunciado en 1555 Juan de Flores, frutero, por haber dicho: "*Reniego* de la crisma que tengo en la cara si no me lo paga por justicia." Confesado así por Flores, fué condenado a ayunar dos viernes a pan y agua, a rezar en ellos el rosario de Nuestra Señora y a pagar dos ducados para los gastos del Santo Oficio. (Archivo Histórico Nacional, Inquisición de Toledo, leg. 34 de Causas, núm. 191.)

1 Nótese la bizarra hipérbole del ir duplicando en suspiros el número de los ayes y en pésenes y reniegos el de los suspiros, haciendo así unos a modo de numerales indefinidos, como aquel *septuplum punietur* del Génesis (IV, 15) al tratar del fratricidio de Caín, y como aquel *septuagies septies* del Evangelio (San Mateo, XVI, 21).

3 El *arco turquesco* o *turquí* era de gran longitud, y para disparar con él se apoyaba uno de sus extremos en el suelo, quedando encorvado verticalmente. Sabido esto, nótese la propiedad de la comparación que aquí se ocurre a CERVANTES.

traído con la demasiada libertad de aquel día. Levantó luego a Rocinante, el cual, si tuviera lengua con que quejarse, a buen seguro que Sancho ni su amo no le fueran en zaga. En resolución, Sancho acomodó a don Quijote sobre el asno y puso de reata a Rocinante, y llevando al asno de cabestro, se encaminó, poco más a menos, hacia donde le pareció que podía estar el camino real. Y la suerte, que sus cosas de bien en mejor iba guiando, aún no hubo andado una pequeña legua, cuando le ⁵deparó el camino, en el cual descubrió una venta, que, a pesar suyo y gusto de don Quijote, había de ser castillo. Porfiaba Sancho que era venta, y su amo que no, sino castillo; y tanto duró la porfía, ¹⁰que tuvieron lugar, sin acabarla, de llegar a ella, en la cual Sancho se entró, sin más averiguación, con toda su recua. ¹⁵

4 De la aparente falta de un *ni* y sobra de un *no* en este y otros lugares trataré, rectificando a Clemencín, en nota del capítulo siguiente (455, 15).

7 *Poco más a menos*, como en el cap. VII (250, 2), donde quedó nota.

9 Dice candorosamente Clemencín: “Mejor estuviera *de mal en bien*, porque lo que había precedido era malo.” No entendió, por lo visto, la sutil ironía con que CERVANTES dice *de bien en mejor*. Don Quijote ha salido de entre las estacas de los yangüeses; pero ha salido para caer bajo el pesado puño del harriero, y bajo sus más pesados pies, y bajo el férreo candil del cuadrillero de la Santa Hermandad: ¡tan *de bien en mejor* iba guiando sus cosas la suerte!

10 *Una pequeña legua* es lo que decimos *una legua corta*, a diferencia de las que solemos llamar *bobas*, por bien cumplidas, acepción que registra en tercer lugar el léxico de la Academia en el artículo *bobo*.





CAPÍTULO XVI

DE LO QUE LE SUCEDIÓ AL INGENIOSO HIDALGO EN LA
VENTA QUE ÉL IMAGINABA SER CASTILLO.

EL Ventero, que vió a don Quijote atravesado en el asno, preguntó a Sancho qué mal traía. ⁵ Sancho le respondió que no era nada, sino que había dado una caída de una peña abajo, y que venía algo brumadas las costillas. Tenía el Ventero por mujer a una, no de la condición que suelen tener las de semejante trato, porque naturalmente era ¹⁰ caritativa y se dolía de las calamidades de sus prójimos; y así, acudió luego a curar a don Quijote, y hizo que una hija suya doncella, muchacha y de muy

5 Aunque todas las ediciones, excepto las mías, dicen: *preguntó a Sancho qué mal traía*, quizás al imprimir la original se omitió mecánicamente un *que*: *preguntó... que qué mal traía*. CERVANTES solía escribirlo así: con el *que* anunciativo que precede a las proposiciones indirectamente interrogativas, después del verbo *preguntar*, o de cualquiera de los verbos *decir* y *pedir*, cuando *preguntar* significan. Véanse algunos ejemplos, sin salir del *Quijote*: “preguntéle *que* de qué se reía” (I, ix); “le tornó a preguntar *que* qué quería” (I, xiii); “le preguntó *que* qué era lo que aquellos lienzos...” (II, lviii); “preguntó Sancho al huésped *que* qué tenía para darles de cenar...” (II, lix). Y el mismo *que* anunciativo, precediendo a *quién* y a *cuánto*: “al cual preguntó don Quijote *que* cuánto le debía” (I, iv); “le preguntó *que* quién era” (I, v).

buen parecer, la ayudase a curar a su huésped. Servía en la venta asimesmo una moza asturiana, ancha de cara, llana de cogote, de nariz roma, del un

3 De los asturianos se decía que no tienen cogote, y así Covarrubias, artículo *cocote*, escribe: “*Descogotados*, los que no tienen cogotes, como los asturianos”, observación que también se halla en *La pícara Justina*. Abundan las festivas alusiones a esta particularidad en nuestros escritores del siglo XVII. Quevedo se refirió a ella, por lo menos, en tres lugares de sus obras: en *La hora de todos y la Fortuna con seso*, hacia el fin, donde dijo: “Minerva, hija del *cogote* de Júpiter, diosa que si Júpiter fuera corito, estuviera por nacer”; en el romance XXVII de la Musa VI:

“En esto, huyendo de un calvo,
entró una moza de Asturias,
de las que dicen que olvidan
los *cogotes* en la cuna”,

y en un romancillo de la propia Musa, refiriéndose a otra moza asturiana de cierta venta:

“Corita en *cogote*
y gallega en ancas,
gran mujer de pullas
para los que pasan.”

En un rarísimo pliego de cordel que poseo intitulado *La vida del pícaro, primera parte. Pintura y descripción de su talle, facciones y vestidos... Por Félix Persio Bertiso, hijo de Seuilla* (Madrid, María de Quiñones, 1650):

“Entran picaros gallegos,
tan altos como berlingas,
que por viuir de la vña,
en la Coruña nacian.
Picaros Asturianos,
que la montaña los cria,
rehechos y *sin cogotes*,
de catorce años arriba.”

Según me comunicó el docto escritor montañés don José María de Cossío, desde Tudanca (Santander), “el tal dicho, si no en Asturias de Oviedo, en estas Asturias de Santillana, es tan cierto hoy como lo era en el siglo XVI, y se debe a las cunas que usan para los recién nacidos, llamadas *escanillos*, donde los

ojo tuerta y del otro no muy sana. Verdad es que la gallardía del cuerpo suplía las demás faltas: no tenía siete palmos de los pies a la cabeza, y las espaldas, que algún tanto le cargaban, la hacían mirar al suelo más de lo que ella quisiera. Esta gentil moza, pues, ayudó a la doncella, y las dos hicieron una muy mala cama a don Quijote, en un camaranchón que, en otros tiempos, daba manifiestos indicios que había servido de pajar muchos años; en el cual también alojaba un harriero, que tenía su cama hecha un poco más allá de la de nuestro don Quijote. Y aunque era de las enjalmas y mantas de sus machos, hacía mucha ventaja a la de don Quijote, que sólo contenía cuatro mal lisas tablas sobre dos no muy iguales bancos, y un colchón que en lo sutil parecía colcha, lleno de bodeques, que, a no mostrar que eran de lana por al-

atan y sujetan con cuerdas o cintas con tal fuerza, que la tierna cabeza de los pequeños se allana contra la colchoneta, lo que da lugar a tal defecto."

10 Para Clemencín, "si queda *en otros tiempos*, debe suprimirse *muchos años*". Bien entendido el pasaje, no sobra nada: "en un camaranchón que daba manifiestos indicios que (*de que*) en otros tiempos, muchos años (*por espacio de muchos años*), había servido de pajar". Con grande acierto, pues, dice don Juan Calderón (*Cervantes vindicado...*, pág. 56): "*En otros tiempos y muchos años* expresan dos ideas diferentes y adecuadas al caso; de modo que quitar cualquiera de esas dos expresiones es alterar el pensamiento del autor, privándole de una idea que en él entra como elemento."

13 Hoy diríamos: "*daba, o llevaba, ventaja* a la de don Quijote." Es manera de decir tomada de las apuestas en la carrera y otros juegos. Del dormir sobre sus enjalmas los harrieros, ya trataban las antiguas *Ordenanzas de Granada* (1552), folio 145 vto.: "...Item que los recueros que posaren en los mesones, porque estos son gente que se concierta con los mesoneros por posada por cierto precio cada día, y los más dellos duermen en sus enjalmas, que con estos tales quede en su libertad."

gunas roturas, al tiento, en la dureza, semejaban de guijarro, y dos sábanas hechas de cuero de adarga, y una frazada cuyos hilos si se quisieran contar, no se perdiera uno solo de la cuenta.

- 5 En esta maldita cama se acostó don Quijote, y luego la Ventera y su hija le emplastaron de arriba abajo, alumbrándoles Maritornes, que así se llamaba la asturiana; y como al bizmalle viese la Ventera

2 Como dice Clemencín, “no puede ponderarse más la tosquedad y dureza de las sábanas, puesto que las adargas se hacían de las pieles más ásperas y broncas, como de búfalos y otros animales semejantes”. Tal exageración al comparar es netamente andaluza.

3 Llamaban *frazada* —escribe Covarrubias— a “la manta texida de lana, y peluda, que se echa sobre la cama, que por tener el pelo largo y rebuelto se dixo assi...” Era lo que hoy llamamos *cobertor*.

8 Bowle imaginó hallar la razón del nombre de *Maritornes* en el *Dictionnaire du vieux langage français* de Lacombe: “*Malitorne, méchante femme. Mulier improba.*” No: su formación es castellana, como dice Clemencín. Mas ¿por qué llamó CERVANTES a esta gentil moza *Maritornes*, y no, por ejemplo, *Marisancha*? Éste era buen punto para dilucidado por don Diego. Como el servicio que más de ordinario presta la moza de una venta es llevar a los pasajeros lo que piden, y todos, al pedirlo, le encargan que *torne* pronto con ello, de aquí *Mari-tornes*. Como se dijo *oíslo* de decir esto (*¿oíslo?*) el marido a la mujer y viceversa, según queda explicado en nota del cap. VII (250, 13), CERVANTES hizo el apodo de *Maritornes* (si es que no lo encontró hecho y usado en alguna de las mil ventas en que pernoctó durante su ajetreada vida) sobre el nombre de *María*, común a todas las mujeres, y a la manera de otros muchos apodos o remoquetes tradicionales, como *Mariardida*, *Mari-castaña*, *Maricomino*, *Mariparda*, etc. Pero nuestro autor, al dar nombre a la moza de la venta, estuvo a cien leguas de pensar que lo daba a una especie entera: *Maritornes* llamamos —sancionalo el léxico de la Academia— a toda “moza ordinaria, fea y hombruna”. Y lo mismo en Francia. Aristide Marre, *Petit vocabulaire des mots de la langue française d'importation hispano-portugaise*, apud *Revue de Linguistique et de Philolo-*

tan acardenalado a partes a don Quijote, dijo que aquello más parecían golpes que caída.

—No fueron golpes —dijo Sancho—; sino que la peña tenía muchos picos y tropezones, y que cada uno había hecho su cardenal. 5

Y también le dijo:

—Haga vuestra merced, señora, de manera que queden algunas estopas, que no faltará quien las haya menester; que también me duelen a mí un poco los lomos. 10

—Desa manera —respondió la Ventera—, también debistes vos de caer.

—No caí —dijo Sancho Panza—; sino que del sobresalto que tomé de ver caer a mi amo, de tal manera me duele a mí el cuerpo, que me parece 15 que me han dado mil palos.

—Bien podrá ser eso —dijo la doncella—; que a mí me ha acontecido muchas veces soñar que caía de una torre abajo, y que nunca acababa de llegar al suelo, y cuando despertaba del sueño, hallarme 20 tan molida y quebrantada como si verdaderamente hubiera caído.

—Ahí está el toque, señora —respondió Sancho Panza—: que yo, sin soñar nada, sino estando más despierto que ahora estoy, me hallo con pocos me- 25 nos cardenales que mi señor don Quijote.

—¿Cómo se llama este caballero? —preguntó la asturiana Maritornes.

—Don Quijote de la Mancha —respondió Sancho Panza—; y es caballero aventurero, y de los 30 mejores y más fuertes que de luengos tiempos acá se han visto en el mundo.

gie comparée, tomo XLIII (1910), pág. 61: "En France, ce nom de *Maritorne* est donné le plus souvent à une femme laide et maussade."

—¿Qué es caballero aventurero? —replicó la moza.

—¿Tan nueva sois en el mundo, que no lo sabéis vos? —respondió Sancho Panza—. Pues sabed, hermana mía, que caballero aventurero es una cosa que en dos palabras se ve apaleado y emperador: hoy está la más desdichada criatura del mundo y la más menesterosa, y mañana tendrá dos o tres coronas de reinos que dar a su escudero.

5 Pellicer tuvo por yerro de imprenta esto de *en dos palabras*, y enmendó: *en dos paletas*, tanto porque traía este modo adverbial el *Diccionario* cuanto porque en otro lugar del *Quijote* (II, v) dice Sancho hablando con su mujer: "...pero si *en dos paletas* y en menos de un abrir y cerrar de ojos te la chanto un don y una señoría a cuestras...", y porque más adelante, en los capítulos LI y LX se vuelve a decir así. En cambio, no tomó en cuenta que lo que él suponía yerro del impresor sale asimismo en el cap. XXI de esta primera parte: "Muérese el padre..., queda rey el caballero *en dos palabras*..." Pellicer era hombre de mucha lectura y no se ocurre cómo no tropezó con este modo adverbial en textos de los siglos XVI y XVII. Fray Pedro de Vega, en su *Declaracion de los siete psalmos penitenciales*, fol. 86 vto. de la segunda parte: "...pero mil veces encontrareys linternas de papel, y no se quemán, porque están a los lados [de la llama]; y si acaso se trastornó y quedó el papel hazia lo alto, *en dos palabras* es quemada." *En dos palabras* es frase elíptica, que significa *en breve tiempo*: en el que se tarda en decir dos palabras, que es mucho menos de *un avemaría* y no más de *un santiamén*. Véase la misma locución sin elipsis. Vanegas, *Primera parte de las diferencias de libros que ay en el vniuerso*, fol. 86: "El rayo no es piedra, sino vna llama que no dura *espacio de tres palabras*."

6 *Estar*, equivaliendo a *ser*, como atrás (376, 6), cuando se refiere al estado de ánimo, salud, etc., en que se encuentra una persona. *Leandro el Bel*, fol. 2: "Con lo qual y con la dulce vida que con su marido la princesa Andriana passaua, *estaua* la más contenta muger del mundo..." Francisco Truchado, *Honesto y agradable entretenimiento de Damas y Galanes*, traducido de Caravaggio, fol. 185 vto.; "...a la qual criaron con grandissimo contento y regalo, aunque la Reyna *estaua* la más desgraciada señora del mundo por verse tan pobre..."

—Pues ¿cómo vos, siéndolo deste tan buen señor —dijo la Ventera—, no tenéis, a lo que parece, siquiera algún condado?

—Aún es temprano —respondió Sancho—, porque no ha sino un mes que andamos buscando las aventuras, y hasta ahora no hemos topado con ninguna que lo sea. Y tal vez hay que se busca una cosa y se halla otra. Verdad es que si mi señor don Quijote sana desta herida o caída y yo no quedo contrechado della, no trocaría mis esperanzas con el mejor título de España.

Todas estas pláticas estaba escuchando muy atento don Quijote, y sentándose en el lecho como pudo, tomando de la mano a la Ventera, le dijo:

—Creedme, hermosa señora, que os podéis llamar venturosa por haber alojado en este vuestro castillo a mi persona, que es tal, que si yo no la alabo, es por lo que suele decirse que la alabanza propia envilece; pero mi escudero os dirá quién soy.

10 *Contrechado*, del latín *contractus*, significa, como dice la Academia, baldado, tullido, y además, estropeado, contrahecho.

14 Dos versos endecasílabos ocasionales:

“...sentándose en el lecho como pudo,
tomando de la mano a la Ventera...”

19 Siempre se dijo que *laus in ore proprio vilescit*, o, como lo dice Salomón en el cap. xxvii de sus *Proverbios*: “*Laudet te alienum, non os tuum; extraneus, et non labia tua*”. Demás de esto, el Ordenamiento de la Banda, era de 1368 (Biblioteca Nacional, Ms. 5784), prohibía expresamente la propia alabanza a todo caballero de esta orden: “...e otrosi que nunca ande sin espada o sin misericordia avnque no esté armado, e quando conuiene, que siempre tenga la espada cabe si, e otrosi que nunca se alabe de ninguna cavalleria que faga...” Daba la razón de esto el Marqués de Santillana en el lxi de sus *Proverbios* (*Obras de...*, pág. 52):

“Porque la mesma loor
En tu boca

Sólo os digo que tendré eternamente escrito en mi memoria el servicio que me habedes fecho, para agradecéroslo mientras la vida me durare; y pluguiera a los altos cielos que el amor no me tuviera
 5 tan rendido y tan sujeto a sus leyes, y los ojos de aquella hermosa ingrata que digo entre mis dientes; que los desta fermosa doncella fueran señores de mi libertad.

Confusas estaban la Ventera y su hija y la buena
 10 de Maritornes oyendo las razones del andante caballero, que así las entendían como si hablara en griego, aunque bien alcanzaron que todas se encaminaban a ofrecimiento y requiebros; y, como no usadas a semejante lenguaje, mirábanle y admirá-
 15 banse, y parecíales otro hombre de los que se usaban; y, agradeciéndole con venteriles razones sus ofrecimientos, le dejaron, y la asturiana Maritornes curó a Sancho, que no menos lo había menester que su amo.

20 Había el Harriero concertado con ella que aquella noche se refocilarían juntos, y ella le había dado su palabra de que, en estando sosegados los huéspedes

Non ensalça, mas apoca
 Tu valor."

Excepciones tiene esta regla y más adelante (II, xvi) habrá buena ocasión para indicarlas.

14 *No usadas a, por no acostumbradas a*, que es como decimos ahora. Núñez Cabeza de Vaca, *Relacion y comentarios...*, folio 27: "Estan tan *vsados a* correr, que sin descansar ni cansar corren desde la mañana hasta la noche..." Lemos, *La Torre de David...*, fol. 64: "...que en vn cuerpo delicado es más vna punçada de alfiler que en otro grossero y robusto y *vsado a* ello vna cuchillada."

16 Aquí está *venteril* muy bien dicho, a diferencia de otro lugar del cap. III (131, 5). porque las que ahora hablan son la *ventera* y su hija.

y durmiendo sus amos, le iría a buscar y satisfacerle el gusto en cuanto le mandase. Y cuéntase desta buena moza que jamás dió semejantes palabras que no las cumpliese, aunque las diese en un monte y sin testigo alguno, porque presumía muy 5 de hidalga; y no tenía por afrenta estar en aquel ejercicio de servir en la venta, porque decía ella que desgracias y malos sucesos la habían traído a aquel estado. El duro, estrecho, apocado y fementido lecho de don Quijote estaba primero en mitad 10 de aquel estrellado establo, y luego, junto a él, hizo el suyo Sancho, que sólo contenía una estera de enea y una manta, que antes mostraba ser de anjeo tundido que de lana. Sucedió a estos dos lechos el del Harriero, fabricado, como se ha dicho, de las 15 enjalmas y de todo el adorno de los dos mejores mulos que traía, aunque eran doce, lucios, gordos y

6 Hoy diríamos *presumía mucho de hidalga*, o *presumía de muy hidalga*.

11 Llama *estrellado* al aposento porque entraba en él la luz de los astros por las rendijas del techo, haciéndolas parecer en algún modo estrellas en un cielo oscuro. Esta expresión del texto, mal entendida por Pellicer, fué admirablemente esclarecida por Urdaneta (*Cervantes y la crítica*, pág. 412), quien al fin de su explicación trajo a cuento otro pasaje cervantino, que ni pintado para el caso. “En la novela *Las dos doncellas* —dijo— se lee de un caballero que se había acostado ya tarde: “apenas vió *estrellado* el aposento con luz del día”, etc. Antes había dicho que “el día dió señal de su venida con la “luz que entraba por los muchos lugares y entradas que tienen “los aposentos de los mesones y ventas.”

12 Los lechos más humildes tenían *una estera* por todo colchón. Así dijo el refrán: “El ajuar de la frontera: un cántaro y *una estera*.”

13 El *anjeo*, vienen a decir los diccionarios, era una tela ancha, de estopa o de lino basto, y se llamó así porque al principio lo traían del ducado de Anjou.

17 “Los harrieros —se dice en la novela cervantina de

famosos, porque era uno de los ricos harrieros de Arévalo, según lo dice el autor desta historia, que deste harriero hace particular mención, porque le conocía muy bien, y aun quieren decir que era algo
 5 pariente suyo. Fuera de que Cide Hamete Benengeli fué historiador muy curioso y muy puntual en todas las cosas, y échase bien de ver, pues las que quedan referidas, con ser tan mínimas y tan rateras, no las quiso pasar en silencio; de donde podrán
 10 tomar ejemplo los historiadores graves, que nos cuentan las acciones tan corta y sucintamente, que apenas nos llegan a los labios, dejándose en el tintero, ya por descuido, por malicia o ignorancia, lo más sustancial de la obra. ¡Bien haya mil veces el
 15 autor de *Tablante de Ricamonte*, y aquel del otro

El licenciado Vidriera, y ya lo trajo a cuento anotando este lugar don Juan Bowle—, son gente que ha hecho divorcio con las sábanas, y se ha casado con las enjalmas.”

9 La Academia en su edición de 1819, y después Clemencín y algunos otros, subrogaron el vocablo *raras* en lugar de *rateras*, por parecerles éste inadecuado al pasaje y debido a yerro de los impresores. Y no había tal cosa: *rateras* estaba muy en su lugar y muy bien dicho, como sinónimo de *ruines*, *bajas y despreciables*; que natural o figuradamente no levantan de la tierra cuatro dedos. Una cita de Jovellanos trae Cortejón para demostrar lo infundado de la enmienda; mas con otras de CERVANTES mismo pudo alegar. En la jorn. 1 de la comedia *Pedro de Urdemalas* (*Ocho comedias...*, fol. 201 vto.):

“PEDRO. ...y a Seuilla me voluí,
 donde al *rateruelo* oficio
 me acomodé, baxo y vil,
 de moço de la esportilla;
 que el tiempo lo pidió ansí...”

Y en el *Viage del Parnaso*, cap. v (fol. 41 vto.), invocando a las Musas:

“Descerrajad vuestro más rico almarío
 Y el aliento me dad que el caso pide,
 No humilde, no *ratero* ni ordinario.”

libro donde se cuentan los hechos del Conde Tomillas, y con qué puntualidad lo describen todo! Digo, pues, que después de haber visitado el Harriero a su recua y dádole el segundo pienso, se tendió en sus enjalmas y se dió a esperar a su puntualísima Maritornes. Ya estaba Sancho bizmado y acostado, y, aunque procuraba dormir, no lo consentía el dolor de sus costillas; y don Quijote, con el dolor de las suyas, tenía los ojos abiertos como liebre. Toda la venta estaba en silencio, y en toda ella no había otra luz que la que daba una lámpara que colgada en medio del portal ardía.

2 Por lo que hace al Conde Tomillas, no dió en el hito Clemencín, el cual dice: "Tampoco he visto este libro", y busca a tal personaje en los romances de Montesinos. Cortejón escribe una larga nota acerca del *Tablante de Ricamonte*; pero, como Clemencín,

No sabe dónde *el Conde* se le esconde.

Este Conde Tomillas, en resolución, es cierto personaje de la *Historia de Enrique fi de Oliva, rey de Iherusalem, emperador de Constantinopla* (Sevilla, 1498), reimpressa en 1871 por la Sociedad de Bibliófilos Españoles.

2 Es irónico este elogio. Véase Menéndez y Pelayo, *Orígenes de la Novela*, tomo I, págs. cxxxvii y clxxxiv.

10 Opinión vulgar muy antigua es que las liebres duermen con los ojos abiertos —dícelo Opiano y refiérelo, entre otros, Barahona de Soto en los *Diálogos de la Montería*—, "por el mucho temor que tienen a los cazadores, y aun entiendo que a todas las cosas del campo". Una copla de cuna (núm. 27 de mis *Cantos populares españoles*):

"A la ro-ro, mi niño;
Mi niño duerme
Con los ojos abiertos,
Como las liebres."

También se dice esto del león, a lo cual se refirió Lope de Vega en su égloga titulada *Amarilis*:

"Con los ojos abiertos el león duerme,
Y a nadie mata, porque a nadie mira."

Esta maravillosa quietud y los pensamientos que siempre nuestro caballero traía de los sucesos que a cada paso se cuentan en los libros autores de su desgracia, le trujo a la imaginación una de las es-
 5 trañas locuras que buenamente imaginarse pueden; y fué que él se imaginó haber llegado a un famoso castillo (que, como se ha dicho, castillos eran a su parecer todas las ventas donde alojaba), y que la
 10 hija del Ventero lo era del señor del castillo, la cual, vencida de su gentileza, se había enamorado dél y prometido que aquella noche, a furto de sus padres, vendría a yacer con él una buena pieza; y
 teniendo toda esta quimera que él se había fabricado por firme y valedera, se comenzó a acuitar y
 15 a pensar en el peligroso trance en que su honestidad se había de ver, y propuso en su corazón de no co-

4 Clemencín echa menos el verbo en plural: *le trujeron*, y no *le trujo*, debió decirse. Gramaticalmente tiene razón; pero cabe disculpa para este singular. La frase es elíptica, y después de los dos miembros de la enumeración ha de sobrentenderse un *todo esto* que los resume: "Esta maravillosa quietud y los pensamientos que siempre nuestro caballero traía, *todo esto le trujo* a la imaginación una de las extrañas locuras..." CERVANTES suele pensar y hablar a la andaluza, y la rapidez de su pensamiento deja a veces en lo que escribe unas como soluciones de continuidad, que casi siempre un andaluz notará y sabrá suplir más bien que quien no lo sea. He aquí por qué el discreto don Juan Calderón, en su *Cervantes vindicado...*, pasó de largo al llegar a este pasaje, y no intentó vindicar a CERVANTES del reparo de Clemencín.

11 Como escribió CERVANTES y *prometido* pudo escribir y *prometidole*, y ya lo habría entendido bien Clemencín.

16 *Proponer* uno en su corazón una cosa es tomar resolución firme de ejecutarla. El supuesto Bonium, en sus *Bocados de oro*, fol. 47 vto.: "E quando vido segundo que por su palabra moriera su madre, dióse pena por sí mesmo e *propuso en su coraçon* de nunca más hablar en toda su vida..."

meter alevosía a su señora Dulcinea del Toboso, aunque la misma reina Ginebra con su dama Quintañona se le pusiesen delante.

Pensando, pues, en estos disparates, se llegó el tiempo y la hora (que para él fué menguada) de la 5

1 *Alevosía*, significando *traición* o *deslealtad*.

2 Así, *dama*, en todas las ediciones de 1605 y en las demás antiguas; pero *dueña* leen casi todas las modernas, entre ellas, las de Clemencín y Cortejón. A Pellicer se debió esta enmienda, que adoptó la Academia en su edición de 1819. Pero justo será decir que estuvo mal enmendado, porque las reinas tenían *damas* además de *dueñas*, y porque a la Quintañona se la ha nombrado en nuestra literatura unas veces *dueña* y otras veces *dama*, dictado este último que se comprueba por los siguientes ejemplos. Rodrigo Fernández de Ribera, *La Asinaria*, canto x:

“Pero nuestras más ciertas escrituras
Que contra el Tiempo la Verdad pregoná
Nombre les dan de Dueñas siempre puras.
I dizen que la Dama Quintañona...”

Calderón, en el *Entremés de las Carnestolendas*:

“MARÍA. Esta dama Quintañona
ni se afeita ni se entona...”

No debió, pues, achacarse a yerro de la imprenta la voz *dama*, usada a conciencia por CERVANTES.

3 *Con su dama*, como si dijera y *su dama*. Sabido es que *con* suele hacer veces de conjunción copulativa. Lo mismo en latín, como recuerda García de Diego en su *Gramática Histórica Castellana*, pág. 220. Es muy de nuestro vulgo ese *con*, y bien se echa de ver por esta copla, núm. 5826 de mi colección de *Cantos populares españoles*:

“El tiempo con el querer
Hicieron una contrata:
Que lo que el querer dispone,
El tiempo lo desbarata.”

5 “Las horas consideradas como la duodécima parte del día o de la noche —dice Clemencín—, según las consideraban los antiguos, son cortas o menguadas en los días de invierno

venida de la asturiana, la cual, en camisa y descalza, cogidos los cabellos en una albanega de fustán, con táticos y atentados pasos, entró en el aposento donde los tres alojaban, en busca del Harriero; pero
 5 apenas llegó a la puerta, cuando don Quijote la sintió, y, sentándose en la cama a pesar de sus bizmas y con dolor en sus costillas, tendió los brazos para recibir a su fermosa doncella. La asturiana, que, toda recogida y callando, iba con las manos
 10 delante buscando a su querido, topó con los brazos de don Quijote, el cual la asió fuertemente de una muñeca, y tirándola hacia sí, sin que ella osase hablar palabra, la hizo sentar sobre la cama. Tentóle luego la camisa, y, aunque ella era de harpillera, a
 15 él le pareció ser de finísimo y delgado cendal. Traía en las muñecas unas cuentas de vidrio; pero a él le

y en las noches de verano. Aquí y en el uso común —añade— *hora menguada* es lo mismo que *infeliz* o *desgraciada*: el fundamento de esto se tomaría de la vana creencia que miraba las horas cortas como infaustas." Sobre que las horas tienen sesenta minutos en invierno como en verano, lo derecho habría sido pasar de largo en cosa que ignoraba Clemencín de todo en todo. En el apéndice XIII del tomo VII, que versará sobre *Las supersticiones en el "Quijote"*, trataré con algún espacio de las *horas menguadas*.

2 La *albanega*, según Covarrubias, era "cierta red en forma redonda que las mugeres vsan traer en la cabeça, con que recogen el cabello". Y *fustán*, según el mismo lexicógrafo, "cierta tela de algodón con que se acostumbra aforrar los vestidos".

3 "*Atentados* —dice Clemencín— adjetivo poco conocido y quizá nuevo..." No recuerdo haberlo tropezado en libros anteriores al *Quijote*; pero sí que lo usó Rodrigo Fernández de Ribera en el canto 1 de *La Asinaria* (fol. 8 vto.):

"Fuime alejando de él, i decendiendo
 Con *atentados* passos a la falda
 Que estiende largo trecho el risco horrendo."

16 *Vidro*, como aún dice nuestro vulgo.

dieron vislumbres de preciosas perlas orientales. Los cabellos, que en alguna manera tiraban a crines, él los marcó por hebras de lucidísimo oro de Arabia, cuyo resplandor al del mismo sol escurecía. Y el aliento, que, sin duda alguna, olía a ensalada ⁵ fiambre y trasnochada, a él le pareció que arrojaba de su boca un olor suave y aromático; y, finalmente, él la pintó en su imaginación de la misma traza y modo que lo había leído en sus libros de la otra princesa que vino a ver el mal ferido ¹⁰ caballero, vencida de sus amores, con todos los adornos que aquí van puestos. Y era tanta la ceguedad del pobre hidalgo, que el tacto, ni el aliento, ni otras cosas que traía en sí la buena doncella, no le desengañaban, las cuales pudieran hacer vo- ¹⁵

4 Es quizás reminiscencia de la *Celestina*, acto 1:

“CALISTO. Comienzo por los cabellos: ¿ves tú las madejas del oro delgado que hilan en Arabia? Más lindos son y no resplandecen menos.”

7 Clemencín repara en este punto que no se puede decir que *el aliento arrojaba de su boca un olor suave*, porque “el aliento no tiene boca”. Ni ojos para ver tenía *aliquando* el descontentadizo anotador. Algunas veces, y ésta es una, el artículo *el* vale y significa *en cuanto al, por lo que toca, o hace, al*, y así, ha de entenderse: “Y *en cuanto al* aliento..., a él le pareció que [Maritornes] arrojaba de su boca un olor suave...”

15 “Falta un *ni*, y sobra el *no*”, afirma Clemencín. Construyera de otro modo, leyendo: “Y era tanta la ceguedad..., que *no* le desengañaban el tacto, ni el aliento, ni otras cosas que traía en sí la buena doncella”, y se convencería de que ni sobra un *no* ni falta un *ni*. Muchos de los reparos de Clemencín no prueban, en realidad, que tuviese razón para hacerlos, sino que había leído poco, o con poca atención (que viene a ser lo mismo), y por esto le parecían casos singulares aun algunos comunísimos. CERVANTES, omitiendo ese *ni* y añadiendo ese *no*, hizo, aquí como antes en el cap. xv (439; 4), lo que hacían todos los escritores de su tiempo, que sólo era, bien mirado, construir de diferente manera que construimos hoy. Barahona de Soto (pág. 705 de mi libro acerca de este poeta):

mitar a otro que no fuera harriero; antes le parecía que tenía entre sus brazos a la diosa de la hermosura. Y teniéndola bien asida, con voz amorosa y baja le comenzó a decir:

- 5 —Quisiera hallarme en términos, fermosa y alta señora, de poder pagar tamaña merced como la que con la vista de vuestra gran fermosura me habedes fecho; pero ha querido la Fortuna, que no se cansa de perseguir a los buenos, ponerme
10 en este lecho, donde yago tan molido y quebrantado, que aunque de mi voluntad quisiera satisfacer a la vuestra, fuera imposible. Y más, que se añade a esta imposibilidad otra mayor, que es la prometida fe que tengo dada a la sin par Dulcinea
15 del Toboso, única señora de mis más escondidos pensamientos; que si esto no hubiera de por medio, no fuera yo tan sandio caballero, que dejara

“Aquestas ni otras tales *no* repruebo...”

Quevedo, en uno de sus romances, hablando con cierta joven y refiriéndose a una vieja que quería ser tercera de entrambos:

“Tú ni yo *no* somos habas,
Que, para echarnos, importe.”

Y CERVANTES mismo, en otros lugares de sus obras: “...se hallaron en ella acaso (en la venta) dos muchachos de hasta edad de catorce a quince años: *el uno ni el otro no* pasaban de diez y siete...” (*Rinconete y Cortadillo*.) “...que el mosqueo de las espaldas ni el apalear del agua en las galeras *no* lo estimamos en un cacao.” (*La Gitanilla*.) Hoy diríamos en estos casos, respectivamente: “*Ni* aquestas ni otras tales repruebo...”; “*Ni* tú ni yo somos...”; “Que *ni* el mosqueo ni... lo estimamos...”

4 “¿Cómo amorosa? —pensará alguno—. Pues ¿no le dice con esa voz muy luego que Dulcinea es la única señora de sus más escondidos pensamientos?” Sí, pero ha de entenderse que amoroso, figuradamente, significa a veces *blando, suave*. Y aun *dócil de labrar o cultivar*, de donde se dijo: “Este terreno es más amoroso que aquél”; y, por ironía, “Eres más amoroso que un cardo”; “¡Amoroso es el palo para cucharas!”

pasar en blanco la venturosa ocasión en que vuestra gran bondad me ha puesto.

Maritornes estaba congojadísima y trasudando, de verse tan asida de don Quijote, y, sin entender ni estar atenta a las razones que le decía, procuraba, sin hablar palabra, desasirse. El bueno del Harriero, a quien tenían despierto sus malos deseos, desde el punto que entró su coima por la puerta, la sintió, estuvo atentamente escuchando todo lo que don Quijote decía, y, celoso de que la asturiana le hubiese faltado a la palabra por otro, se fué llegando más al lecho de don Quijote, y estúvose quedo, hasta ver en qué paraban aquellas razones, que él no podía entender; pero como vió que la moza forcejaba por desasirse y don Quijote trabajaba por tenella, pareciéndole mal la burla, enarboló el brazo en alto y descargó tan terrible puñada sobre las estrechas quijadas del enamorado caballero, que le bañó toda la boca en sangre; y, no contento con esto, se le subió encima de las costillas, y, con los pies más que de trote, se las paseó todas de cabo a cabo. El lecho, que era un poco endeble y de no firmes fundamentos, no pudiendo sufrir la añadidura del Harriero, dió consigo en el suelo, a cuyo gran ruido despertó el Ventero, y luego imaginó que debían de ser pendencias de Maritornes, porque, habiéndola llamado a voces, no respondía. Con esta sospecha, se levantó y, encendiendo un candil, se fué hacia donde había sentido la pelaza. La moza, viendo que su amo venía, y que era de condición terrible, toda medrosica y alborotada, se

8 *Coima* es palabra de germanía y significa *mujer mundana, concubina*.

31 *Toda*, adverbializado, como en el cap. VIII (268, 24), y como en estos versos del *Romancero general* (fol. 116 vto.):

acogió a la cama de Sancho Panza, que aún dormía, y allí se acorrucoó y se hizo un ovillo. El Ventero entró diciendo:

—¿Adónde estás, puta? A buen seguro que son
5 tus cosas éstas.

En esto, despertó Sancho, y, sintiendo aquel bulto casi encima de sí, pensó que tenía la pesadilla y comenzó a dar puñadas a una y otra parte, y, entre otras, alcanzó con no sé cuántas a Maritornes, la
10 cual, sentida del dolor, echando a rodar la honestidad, dió el retorno a Sancho con tantas, que, a su despecho, le quitó el sueño; el cual, viéndose tratar de aquella manera, y sin saber de quién, alzándose como pudo, se abrazó con Maritornes, y comenza-
15 ron entre los dos la más reñida y graciosa escaramuza del mundo. Viendo, pues, el Harriero, a la lumbre del candil del Ventero, cuál andaba su dama.

“Levantóse muy aguda
y fuese *toda* riendo,
a quien yo seguí corrido,
poco a poco, desde lejos.”

4 “Expresión sobradamente propia y natural”, dice Clemencín al llegar a este punto. Y añade: “Las de esta clase deben evitarse en el discurso de un libro... A no ser que se diga en abono de CERVANTES que intentó remedar y de esta suerte criticar algunos pasajes de los libros caballerescos donde se incurre en este defecto...” A la verdad, para defensa de CERVANTES no había que acudir a este socorrido expediente, sino demostrar que en el tiempo de nuestro autor no se hacía ascos a la palabra *de las cuatro letras*, como en el de Clemencín y en el nuestro, ni por las personas más remiradas. De ello aduciré las pruebas convenientes al tratar más adelante de la expresión *hídeputa*.

17 Clemencín quisiera que CERVANTES hubiese dicho *a la luz*, y no *a la lumbre, del candil*, porque “*luz* y *lumbre* no son sinónimos: *lumbre* es la causa, *luz* el efecto; *lumbre* es el fuego, *luz* la claridad; la *lumbre* quema, la *luz* alumbra”. Con esto y con todo, siempre por la voz *lumbre* se significó *luz* al par

dejando a don Quijote, acudió a dalle el socorro necesario. Lo mismo hizo el Ventero, pero con intención diferente, porque fué a castigar a la moza, creyendo, sin duda, que ella sola era la ocasión de toda aquella armonía. Y así como suele decirse “el gato al rato, el rato a la cuerda, la cuerda al palo”,

que *fuego. Amadis de Gaula*, libro I, cap. XLIII: “El Rey la cató a la *lumbre* que en la cámara había, e vio que era la más hermosa muger de cuantas viera.” Gómez García, *Carro de dos vidas* (Sevilla, Joannes Pegnicer de Nurenberga & Magno Herbst de fils, 1500), fol. cxxxii: “Las quales [las máculas blancas] fueron causadas en los ojos dél [de Paulo] por el grand resplendor del *lumbre* que le cegó.” Y pronto veremos (cap. XIX) que CERVANTES dice: “...vieron que por el mesmo camino que iban venían hacia ellos gran multitud de *lumbres*, que no parecían sino estrellas que se movían.” Y como para que no pueda imaginarse que *lumbres* es errata, por *luces*, dice pocos renglones después: “...y vieron que las *lumbres* se iban acercando a ellos...”

2 Al leer que *lo mismo hizo el Ventero*, repara Clemencín: “No, sino todo lo contrario.” Entendiera bien el texto, y no habría tenido que reparar. *Hizo*, significa a secas *acudió*, y no *acudió a dalle socorro*. Es uno de tantos casos, en CERVANTES y en todos los buenos escritores, y en el habla popular, donde *hacer* se emplea para no repetir el verbo antecedente; pero no para dar por repetida toda la oración en que ocurre tal verbo. Recuérdese lo dicho en nota de los versos preliminares (61, 6).

5 No cabe ironía más sutil para calificar la tremenda trifulca debida a la libidinosa condescendencia de Maritornes, a la desaforada locura de don Quijote y a los endiablados celos del rijoso harriero de Arévalo.

6 A lo que recuerdo, ninguno de los anotadores del *Quijote* ha dicho antes que yo qué sea esto de *el gato al rato, el rato a la cuerda, la cuerda al palo...*, si bien tampoco han confesado que lo ignoran. ¡Primero mártires que confesores! Esas palabras tanto pueden ser de un cuentecillo popular infantil como de un juego de prendas. Una hormiguita sembró, Dios sabe a cuánta costa, tres garbanzos debajo de las ramas de un peral; y viendo que no nacían, acudió al hortelano para que arrancara el peral, y, pues él no le hizo caso, fué importu-

daba el Harriero a Sancho, Sancho a la moza, la

nando sucesivamente a la hortelana, a la justicia, al rey, a la reina, *al ratón, al gato, al palo*, al fuego, al agua, al buey y al carnicero, para que cada cual obligase al anterior, hasta conseguir por esta cadena de amenazas que el hortelano hiciera lo que se le pedía. En fin, amenazado el buey por el carnicero, dijo: "Pues yo me bebo el agua, para que el agua apague la candela, para que la candela queme *el palo*, para que *el palo* mate *al gato*, para que *el gato* se coma *al ratón*...", y así retornando de uno en otro, hasta que enojándose la hortelana con el hortelano, éste dice:

"Pues yo arranco el peral,
Para que a la hormiguita
Le nazca su garbanzal."

Análogamente en Portugal (F. Adolpho Coelho, *Contos populares portugueses*, Lisboa, 1879, pág. 5): A una hormiga préndesele un pie en la nieve, y para que ésta se lo suelte, va apelando de unos en otros al sol, a la pared, *al rato, al gato*, al perro, *al palo*, al fuego, etc.; pero en este cuento quédase la hormiguita sin el socorro que ha menester: nadie es bastante fuerte para otorgárselo, porque, como dice otra versión rimada que publicó A. Rodrigues d'Azevedo en su *Romanceiro do archipelago da Madcira*, pág. 467,

"Del-lo alto té lo fundo
Nada é forte n'este mundo."

Entre las *novellette* publicadas por el experto folklorista italiano Giovanni Giannini (apud *Canti popolari toscani scelti e annotati da...*, Firenze, 1921) hay una que ofrece mucha analogía —y ya lo advierte estotro Giannini (Alfredo), traductor estimabilísimo del *Quijote*— con nuestro cuentecillo de la hormiguita. Comienza así:

"—Pettuzzo,
Vai nell' ortuzzo
A cogliere il cavoluzzo
Per tu' pa', ch' ha male."

Niégase a ir *Petuzzo*, y su madre, que es quien le ha requerido, apela sucesivamente al mazo contra *Petuzzo*, al fuego contra el mazo, al agua contra el fuego, al buey, para que se beba el agua; a la cuerda, para que ate al buey; al ratón para que roiga la cuerda; al gato, para que se coma al ratón, y al cabo,

moza a él, el Ventero a la moza, y todos menudeaban con tanta priesa, que no se daban punto de reposo; y fué lo bueno que al Ventero se le apagó el candil, y, como quedaron ascuras, dábanse tan sin

“Dice il gatto: —Mangio, mangio!—

Dice i topi: —Rodo, rodo!—

Dice le funi: —Lego, lego!—

Dice l’acqua: —Speno, spengo!—

Dice il foco: —Brucio, brucio!—

Dice la mazza: —I’do, i’do!—

Dice Petuzzo: —I’vo, i’vo!—”

En la *Carta del Bachiller de Arcadía al Capitán Salazar* se lee: “¿Paréceos, amigo, que sabría yo hacer si quisiese un medio libro de *Don Florisel de Niquea*, y que sabría yo irme por aquel estilo de alforjas que parece al juego de *éste es el gato que mató al rato*, etcétera...? Y recuerda don Lucas de Torre, su editor y anotador, aquel relleno imperial aovado que explicaba a un su patrón Estebanillo González: “Repárese vuesa merced en este relleno, porque es lo mismo que el juego *del gato al rato*: este huevo está dentro de este pichón, el pichón ha de estar dentro de una perdiz...” Como se ve, entrambos autores hablan no de un cuento, sino de un juego, que bien pudiera ser uno de prendas, cuya fórmula empieza así:

“Esta es la bota
Que buen vino porta
De Cádiz a Rota.
Este es el tapón
Que tiene la bota
Que buen vino porta
De Cádiz a Rota.
Este es el cordón
Que amarró el tapón
Que tiene la bota...
Este es el ratón
Que royó el cordón
Que amarró el tapón...”

3 *Punto*, dicho por *momento* o *instante*. *Leandro el Bel*, cap. I: “...más de vna ora anduuiéron el vno y el otro *sin tomar punto de descanso* alguno...”

4 Aunque en mis ediciones anteriores leí, como todos los editores modernos, *a escuras*, hoy prefiero el texto de la edición príncipe y restablezco la antigua grafía *ascuras*, que no fué errata, sino forma vulgar usada por muchos escritores.

compasión, todos a bulto, que a doquiera que ponían la mano no dejaban cosa sana.

Alojaba acaso aquella noche en la venta un cuadrillero de los que llaman de la Santa Hermandad Vieja de Toledo, el cual, oyendo ansimesmo el es-

Así don Antonio de Guevara (*Las obras del illustre señor...*, Valladolid, Juan de Villquirán, M. D. xxxjx, fol. xxxiiij): "...y como los tenía ya borrachos [Heliogábalo], hizo los acostar *ascuras* con vnas esclauas negras, feas, pobres y muy viejas." Fray Alonso de Orozco, *Libro de la suavidad de Dios* (Salamanca, Pedro Lasso, 1576), fol. 54: "...y la experiencia nos dice que con la imaginacion encerramos la grandeza de esos cielos, y sin verlos, estando *ascuras* encerrados, imaginamos los cielos, sol y luna y estrellas..." Rey de Artieda, *Discursos... de Artemidoro*, fol. 62 vto.:

"Quiero pintarle algunas auenturas
que despues que llegué me han sucedido,
dos o tres meses que he vivido *ascuras*."

Y, en fin, por no citar muchos más autores, Lope de Vega, en *La Dorotea*, fol. 79 vto., donde dice Laurencio: "Nosotros quedamos *ascuras*." Y que Lope lo escribía así, y no fué cosa del impresor, échase de ver por una de sus cartas al Duque de Sesa (núm. 50 del tomo III de la esmeradísima copia que de los originales se hizo para don Aureliano Fernández-Guerra: "...que *ascuras*, tan teñidas traigo yo las canas como ella [una doña Circe] de día."

4 Según Covarrubias, se llamaron *quadrilleros* "los ministros de la santa Hermandad, porque salen en *quadrilla*"; y ésta es "la compañía de gente, que, por lo menos, para darle este nombre han de ser quatro". Otros afirman que se dijo *cuadrillero* de *quadrillo*, saeta de hierro quadrada y con punta. (Biblioteca Nacional, *Memorial tripartito*, Ms., pág. 531.)

5 "Habíala —dice Pellicer— en Toledo, Talavera y Ciudad Real. Componíase de caballeros y gente noble, y era condición fuesen hacendados y poseyeran colmenares en los montes de Toledo. Tenía por instituto perseguir a los ladrones y salteadores, llamados *golfinos* antiguamente, que infestaban los montes y caminos, robando ganados y dinero. Gozaba de muchos privilegios, que los confirmó San Fernando en el año de 1220. Podían no sólo prender y sustanciar las causas a los reos, sino

traño estruendo de la pelea, asió de su media vara

sentenciarlos a muerte de saeta que, según dice Pedro de Medina (*Grandezas de España*, pág. 196), se executaba en Peralbillo, o Peroalbillo, en el término de Miguelturra, cerca de Ciudad Real. Carlos V mandó que les diesen muerte antes de asae-tearlos. Entre los individuos de que se componía su cabildo o tribunal había un Cuadrillero mayor, que además de los tenientes, tenía en las ciudades, lugares y ventas otros cuadrilleros comisarios, como lo era este que asió la barba de don Quijote. Sebastián Munster hizo el año de 1559 una puntual descripción de esta Hermandad o tribunal en su *Cosmografía*, fol. 60."

Veamos con más pormenores algunas de estas cosas. Por los años de 1200 y siguientes se formaron en los montes de Toledo, Villa Real (después Ciudad Real) y Talavera copiosas bandas de ladrones y asesinos, llamados *golfinos*. Para defender sus vidas y haciendas, los dueños de colmenas y de otros aprovechamientos hicieron hermandad contra ellos, y se obtuvo tal resultado, que aquella hermandad fué aprobada por la autoridad real, y aun llamada *santa*, por el justo fin que perseguía. Vivieron después separadamente las de los tres pueblos. En tiempo de don Enrique IV^a se organizó otra hermandad, a semejanza de la *vieja de Toledo*, y se llamó *de san Martín de la Montaña*, para guardar otros terrenos *del Tajo aquende*. Y, en fin, a propuesta de las cortes reunidas en Madrigal, Cigales y Dueñas, de marzo a junio de 1476, los Reyes Católicos establecieron en todos sus reinos por tres años (y después a perpetuidad) la que se llamó *Hermandad nueva*, para diferenciarla de la primitiva de Toledo.

El privilegio más importante que se otorgó a las Hermandades de Toledo, Talavera y Villarreal fué la carta de confirmación y seguro contra todas las justicias del Reino, dada por don Juan II en Valladolid, a 26 de febrero de 1417. En esta carta se mandó a todos los concejos, corregidores, alcaldes, jueces, etc., "que do quier que las dichas mis Hermandades, o los sus Alcaldes, o Oficiales, o Quadrilleros o qualquier dellos se acascieren en los dichos vuestros lugares et jurisdicciones e señorios, e en qualquier dellos, los dexedes et consintades prender los cuerpos de qualesquier personas de quien dixeren que les fue querellado ficiéron et cometieron algunos excesos, et maleficios, e otra cosa desaguizada, en los yermos, et montes et terminos de las dichas mis Hermandades, et a qualquier de sus oficiales que por los tales presos fueren et vos los pidieren, et

y de la caja de lata de sus títulos, y entró ascuras en el aposento, diciendo:

—¡Ténganse a la justicia! ¡Ténganse a la Santa Hermandad!

- 5 Y el primero con quien topó fué con el apuñeado de don Quijote, que estaba en su derribado lecho, tendido boca arriba, sin sentido alguno; y, echándole a tienta mano a las barbas, no cesaba de decir: “¡Favor a la justicia!”; pero viendo que el que te-
10 nía asido no se bullía ni meneaba, se dió a entender que estaba muerto, y que los que allí dentro estaban eran sus matadores, y, con esta sospecha, reforzó la voz, diciendo:

que ge los consintades sacar de vuestros lugares y señorios para los llevar a las dichas mis Hermandades, para que ende fagan cumplimiento de justicia de las tales querellas dellos dadas... Et si para lo que dicho es et para cada cosa dello vos pidieren favor et ayuda, mandovos que gelo dedes, et que non vos atrevades, nin consintades que otros algunos se atrevan a les perturbar, nin estorvar en manera alguna la dicha mi justicia en público ni escondido, nin encubrir nin amparar nin defender en manera alguna a las personas de quien os fuere querellado a las dichas Hermandades... Non fagades ende al por alguna manera, so pena de la mi merced...”

1 (pág. 463) “¿Por qué *media vara*, y no vara entera?”, se preguntará el lector. He aquí una de tantas cosas como han dejado de explicar los anotadores del *Quijote*. La vara, representativa de la autoridad real, era larga o corta, y a esta última llamaban *media vara*. Haber de ser corta la de los cuadrilleros de la Santa Hermandad, así como la condición de que fuese de color verde, consta todo ello por una certificación que dió en Toledo el escribano Pedro del Castillo, de la cual resulta que en 30 de abril de 1512 se acordó “que los quadrilleros de la Ermandad trajesen para su conocimiento y distinción *la media vara de color verde*, so pena de privación de oficio y perdimiento de su salario”. (Biblioteca Nacional, Ms. 13030, fol. 74 vto.) También eran verdes los vestidos de los cuadrilleros, para que éstos hiciesen poco viso al recorrer los campos, y así decía don Juan de Padilla, el Cartujano, en *Los doze triumphos de los doze apostoles*, fol. 10:

—¡Cíérrese la puerta de la venta! ¡Miren no se vaya nadie, que han muerto aquí a un hombre!

Esta voz sobresaltó a todos, y cada cual dejó la pendencia en el grado que le tomó la voz. Retiróse el Ventero a su aposento, el Harriero a sus enjalmas, la moza a su rancho; solos los desventurados don Quijote y Sancho no se pudieron mover de

“Assi como quando qualquiera ladron
huyendo traspone la breña deshecha
viendo que viene la vara derecha
verdegueando con el quadrillon,
que pone de muerte cruenta sospecha...”

Y en 1604, en la cuenta que se tomó a Ana Rodríguez, viuda de Jerónimo de Mora, alcaide que fué de la cárcel de la Hermandad Vieja de Toledo, figuran entre otras cosas (Archivo Histórico Nacional, Actas de la dicha Hermandad, libro que empieza en septiembre de 1602, fol. 47):

“Un potro de tormento con su aderezo de dar tormento.

”yten una cadena grande y otra pequeña.

”un candado de las cadenas.

”un zepo.

”quarenta pares de grillos.

”doze ballestas.

”*doze vestidos verdes* de ballesteros.

”un arca vieja de tener grillos.

”seis pares de gafas de las ballestas.

”un martillo y botador de poner y quitar grillos.”

No se confunda la *vara entera* con la *vara alta*. Llevar *vara alta* es estar ejerciendo autoridad.

2 Estas eran las dos prevenciones que hacían los agentes de la justicia luego que llegaban a la casa en que acababa de cometerse un delito. CERVANTES, *La Entretenida*, jorn. III (apud *Ocho comedias, y ocho entremeses nuevos...*, folio 190):

“ALGUAZIL. ¿Qué guitarra es aquesta? (*sic*)

CORCHETE. Aquí hay sangre; ¿qué es aquesto?

TORRENTE. Yo soy, que estoy sin narizes.

OCAÑA. Y yo, que estoy casi muerto.

ALGUAZIL. *No se me vaya ninguno;*

Cierren esas puertas luego.”

donde estaban. Soltó en esto el Cuadrillero la barba de don Quijote, y salió a buscar luz, para buscar y prender los delincuentes; mas no la halló, porque el Ventero, de industria, había muerto la lámpara
s cuando se retiró a su estancia, y fuéle forzoso acudir a la chimenea, donde, con mucho trabajo y tiempo, encendió el cuadrillero otro candi.





ÍNDICE

	PÁGS.
<i>Dedicatoria de la edición.....</i>	VII
<i>Prólogo del anotador.....</i>	IX
<i>Ediciones del Quijote en castellano que con preferencia se han tenido a la vista para disponer la presente.....</i>	XXIII

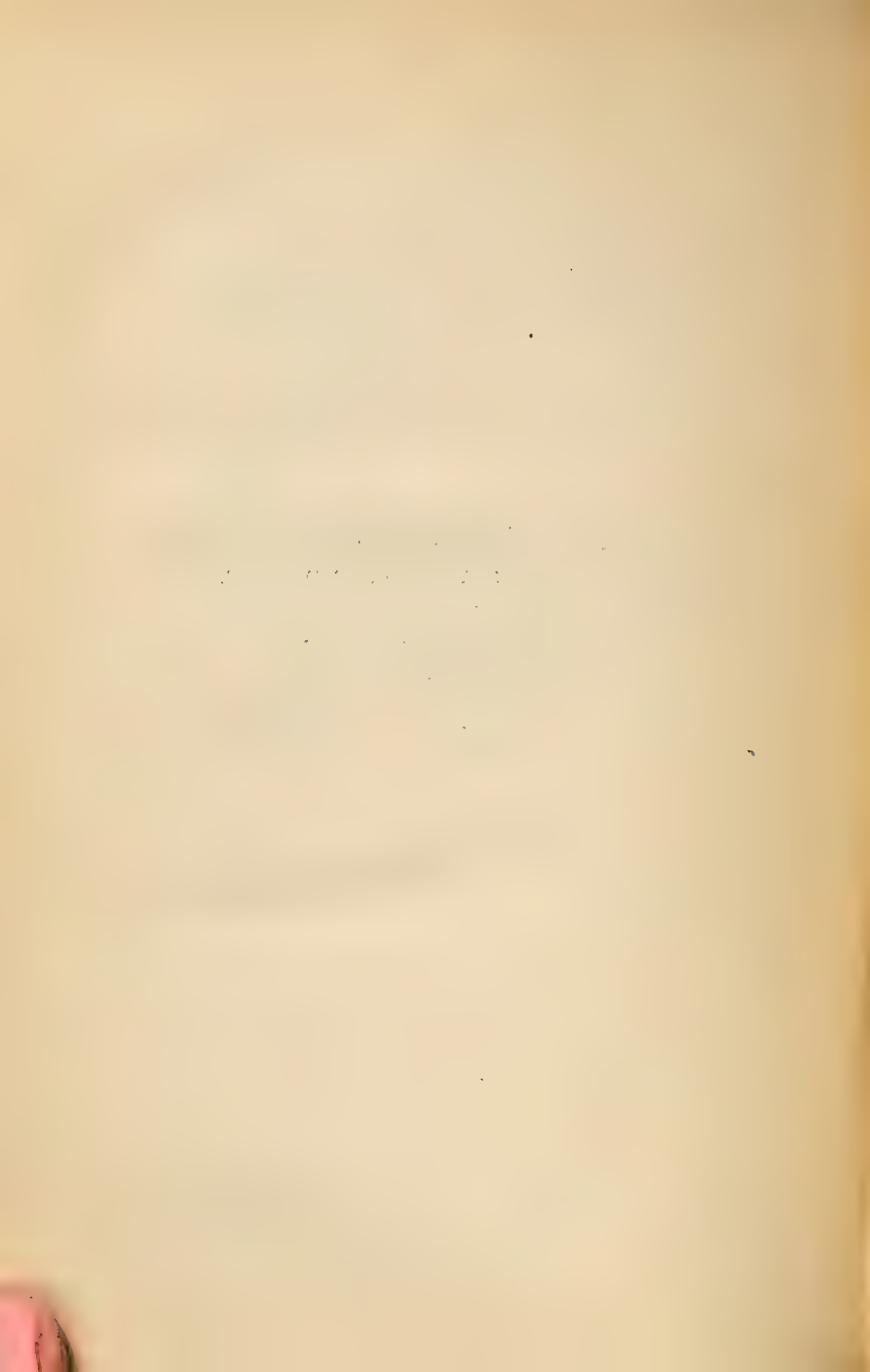
PARTE PRIMERA

<i>Tasa.....</i>	3
<i>Testimonio de las erratas.....</i>	7
<i>Privilegio.....</i>	9
<i>Dedicatoria.....</i>	13
<i>Prólogo del autor.....</i>	19
<i>Versos preliminares.....</i>	47
Cap. I. Que trata de la condición y ejercicio del famoso hidalgo don Quijote de la Mancha.....	75
Cap. II. Que trata de la primera salida que de su tierra hizo el ingenioso don Quijote.....	105
Cap. III. Donde se cuenta la graciosa manera que tuvo don Quijote en armarse caballero.....	131
Cap. IV. De lo que le sucedió a nuestro caballero cuando salió de la venta.....	153
Cap. V. Donde se prosigue la narración de la desgracia de nuestro caballero.....	181
Cap. VI. Del donoso y grande escrutinio que el Cura y el Barbero hicieron en la librería de nuestro Ingenio- so Hidalgo.....	199
Cap. VII. De la segunda salida de nuestro buen caba- llero don Quijote de la Mancha.....	235

Cap. VIII. Del buen suceso que el valeroso don Quijote tuvo en la espantable y jamás imaginada aventura de los molinos de viento, con otros sucesos dignos de felice recordación.....	253
Cap. IX. Donde se concluye y da fin a la estupenda ba- talla que el gallardo vizcaíno y el valiente manchego tuvieron.....	281
Cap. X. De los graciosos razonamientos que pasaron entre don Quijote y Sancho Panza su escudero.....	301
Cap. XI. De lo que sucedió a don Quijote con unos ca- breros.....	321
Cap. XII. De lo que contó un cabrero a los que estaban con don Quijote.....	344
Cap. XIII. Donde se da fin al cuento de la pastora Marcela, con otros sucesos.....	363
Cap. XIV. Donde se ponen los versos desesperados del difunto pastor, con otros no esperados sucesos.....	391
Cap. XV. Donde se cuenta la desgraciada aventura que se topó don Quijote en topar con unos desalmados yangüeses.....	419
Cap. XVI. De lo que le sucedió al Ingenioso Hidalgo en la venta que él imaginaba ser castillo.....	441

FUÉ IMPRESO ESTE TOMO
EN LA "TIPOGRAFÍA DE LA REVISTA DE ARCHIVOS,
BIBLIOTECAS Y MUSEOS"
ACABÓSE EL DÍA 29 DE OCTUBRE
DE MCMXXVII



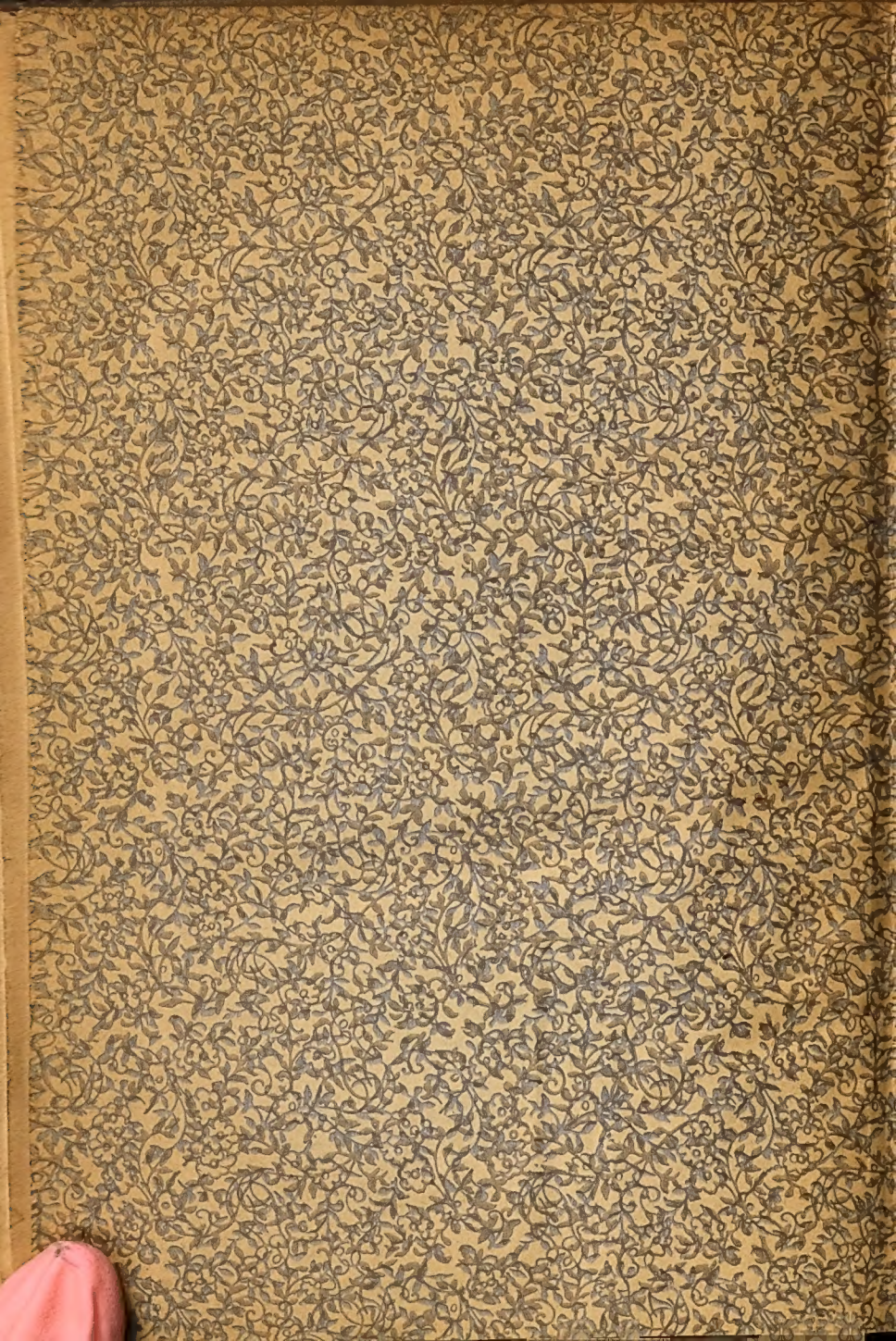


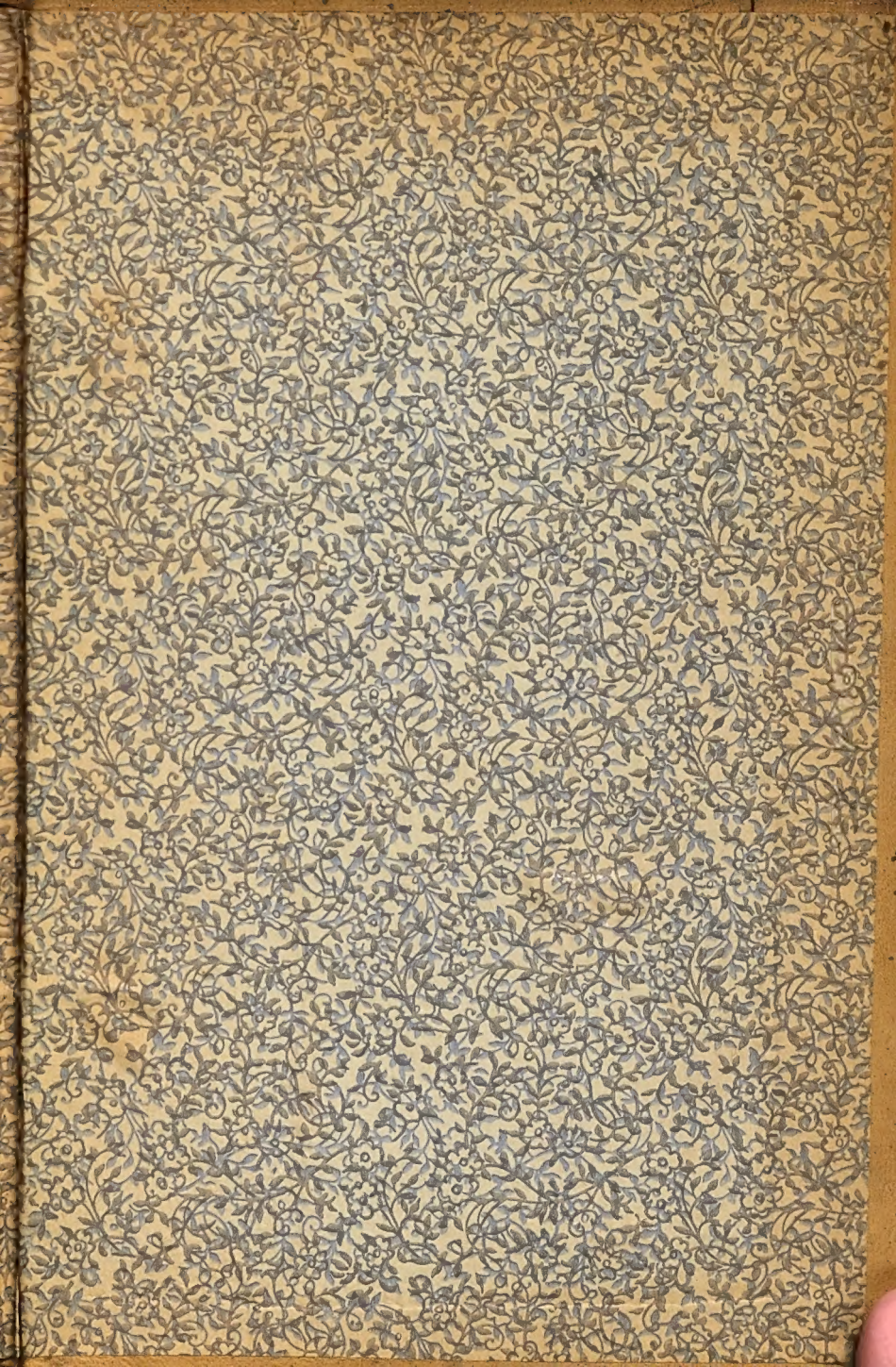






Toda la obra por suscripción. 50 pesetas.
Fuera de suscripción. . . . 60 —

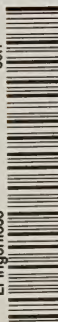




PQ 6323.A1 1927

El ingenioso

cen



3 0081 001 458 995